



José Carlos Mariátegui

**ORIGINALES E
INÉDITOS 1928**

*Ricardo Melgar Bao
Manuel Pasara Pasara
[editores]*



ORIGINALES E INÉDITOS 1928

José Carlos Mariátegui

Manuel Pásara Pásara y
Ricardo Melgar Bao
Editores

José Carlos Mariátegui: Originales e Inéditos, 1928
Manuel Pásara Pásara - Ricardo Melgar Bao, editores

ISBN: 978-956-8416-65-2

Ariadna Ediciones
www.ariadnaediciones.cl
ariadnaedicionesoa@gmail.com
Santiago de Chile
Diciembre 2018

Portada: Luis Thielemann

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Impresión: Talleres Gráficos LOM

ÍNDICE

Presentación	11
Notas de los editores	15
Primera parte	17
Perú nuevo	19
El factor religioso V	19
Julia codesido	23
El factor religioso VI	24
El factor religioso VII	27
El factor religioso VIII (conclusión)	30
La represión de la vagancia	32
Motivos de carnaval	35
1	35
2	36
3	36
4	36
El problema de la universidad	37
Estudiantes y maestros	39
El porvenir de las cooperativas	41
El anti-soneto	43
La crisis de la beneficencia y la cuestión de los asistentes	45
En torno al tema de la inmigración	46
La casa de cartón	50
La obra de José Sabogal	53
Ubicación de hidalgo	55
El problema editorial	58
El latifundio contra el burgo	60
El espíritu feudal y la técnica capitalista	62
El indio y el mestizo I	64
El indio y el mestizo II	66
En defensa de los alumnos del instituto pedagógico	69
<i>Estudios</i> , espécimen de mediocridad reaccionaria	72
Introducción al proceso de nuestra literatura	73
I.- Testimonio de parte	73
II. La literatura colonial	76
Aniversario y balance	80
7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana	83
Principios programáticos del partido socialista	85
Reivindicaciones inmediatas	87
La literatura peruana por Luis Alberto Sánchez	89
La nueva contribución a la crítica de Valdelomar	92

Contribución al planteamiento del problema indígena	94
Contribución al planteamiento del problema indígena II	96
Prensa de doctrina y prensa de información	99
Economía agraria	102
Sobre el problema indígena	104
Sumaria revisión histórica	104
D. Joaquín Capelo	108
D. Germán Leguía Martínez	108
Malanca en Lima	109
Presentacion a <i>El movimiento obrero en 1919</i>	110
D. Federico Elguera	111
El problema agrario peruano La comunidad indigena por A. Solís.....	111
<i>Ante el problema agrario peruano</i> , por Abelardo Solís.....	118
Las dos américas	121
<i>Los de abajo</i> de Mariano Azuela	121
Itinerario de Diego Rivera	124
La batalla electoral en la Argentina	127
La aventura de Tristán Marof	129
La convención internacional de maestros de Buenos Aires	131
La batalla del libro	133
<i>El nuevo derecho</i> de Alfredo Palacios	135
Obregón y la Revolución mexicana	138
La influencia de Italia en la cultura hispano-americana.	140
<i>Camino de santidad</i> por Julio Navarro Monzó	143
La campaña electoral en los Estados Unidos	147
En el Día de la raza	150
Herbert Hoover y la campaña republicana	151
Las elecciones en Estados Unidos y Nicaragua	153
La visita del señor Hoover	155
Edwards Bello, novelista	156
La América Latina y la disputa boliviano-paraguaya	158
América Latina y la disputa boliviano-paraguaya [II].....	161
Epistolario	163
De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg	165
De José Carlos Mariátegui a Nicanor A. de la Fuente	167
De José Carlos Mariátegui a Emilio Roig de Leuchsenring	168
De José Carlos Mariátegui a Mario Nerval	169
De José Carlos Mariátegui a la Célula Aprista de México	170
De José Carlos Mariátegui a Luis Bustamante	172
De José Carlos Mariátegui a Carmen Saco	173
De José Carlos Mariátegui a Miguel Ángel Urquieta.....	174
De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg	176
De José Carlos Mariátegui a Nicanor A.de la Fuente	177

De José Carlos Mariátegui a Luis Carranza	178
De José Carlos Mariátegui a Romain Rolland	179
Denunciando calumnias.....	180
De José Carlos Mariátegui a José María Eguren	184
De José Carlos Mariátegui a Miguel Ángel Urquieta	185
De José Carlos Mariátegui a Carlos Arbulú Miranda	186
De José Carlos Mariátegui a Nicanor A. de la Fuente	187
De José Carlos Mariátegui a José María Eguren	188
De José Carlos Mariátegui a Luis E. Valcárcel	189
De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg	190
De José Carlos Mariátegui a Nicanor A. de la Fuente	191
De José Carlos Mariátegui a José María Eguren	192
De José Carlos Mariátegui a Waldo Frank	193
De José Carlos Mariátegui a José Malanca	194
De José Carlos Mariátegui a Eudocio Ravines	195
Notas	199
Nota a <i>Arte Español</i> (José de la Solana).....	201
Nota a pie de página, a <i>Dios Encadenado</i> por Antenor Orrego	201
Mensaje	201
Aviso Editorial	201
Nota al pie de página del artículo: Carta de Romain Rolland a Constantino Balmont e Ián Bunin	202
Defensa del disparate puro.....	202
Nota de presentación a <i>El redescubrimiento de América. II La acción decadente</i> por Waldo Frank	202
Arte peruano	203
Teresa Carvallo.	203
Coello	203
Nota	204
Oficina del Libro Casilla 2107-Lima	204
Aviso editorial [II]	204
Presentación a: <i>Franz Tamayo habla para Amauta</i>	204
Música y folclore	205
Arte peruano [II].....	205
Ricardo Flores	205
Carmen Saco.....	206
Nota al final de la página	206
La vida económica, nota a pie de página	207
Nota alusiva a la carta de Martí Casanova a José Carlos Mariátegui	207
Nota de <i>Amauta</i>	207
<i>Amauta</i> en el Uruguay	208
Protesta de Luis Velasco Aragón.....	209
Librería e Imprenta Central.-Calle Cuzco (Corcobado) 403.	209
<i>Labor</i>	210
2°. Aniversario de <i>Amauta</i>	210

Sindicalismo intelectual	210
Vida sindical. La organización de los ferroviarios	211
La Federación de Choferes y el Tribunal del Tráfico.....	212
La anécdota laborista	212
La Federación de Ferroviarios	214
El asunto de los choferes	214
Por la mujer que trabaja	214
Nota de <i>Amauta</i> . Las responsabilidades por la catástrofe de Morococha	215

Dedicatorias de José Carlos Mariátegui en los ejemplares

del libro «7 ensayos»	217
Dedicatoria a Andres Aramburú	219
Dedicatoria a José Sabogal y María Wiese.....	219
Dedicatoria a Eduardo Goicochea.....	219
Dedicatoria a Felipe Rotalde y Ángela Ramos	219
Dedicatoria a Ricardo Luna.....	219
Dedicatoria a Emilio Roig de Leuchsenring.....	220
Dedicatoria a Felipe Manuel Beltroy	220
Dedicatoria a César A. Rodríguez	220
Dedicatoria a Honorio Delgado	220

Segunda parte..... 221

Crisis de la democracia.....	221
Estación electoral en Francia	223
Giovanni Giolitti.....	225
El gobierno de la gran coalición en Alemania.....	227
Al. Smith y la batalla demócrata	230
La crisis ministerial francesa.....	232

Socialismo..... 237

El problema de las elites	239
Trotsky y la oposición comunista.....	242
Henri de Man y la «crisis del marxismo»	245
La tentativa revisionista de <i>Más allá del marxismo</i>	249
Motivos polémicos. La crítica revisionista y los problemas de la reconstrucción económica	252
La filosofía moderna y el marxismo	257
Rasgos y espíritu del socialismo belga	260
Estaciones de la crítica antimarxista o revisionista	263
Ética y socialismo	267
Moral de productores y lucha socialista.....	270
El determinismo marxista	272
<i>La otra Europa</i> , por Luc Durtain	276
La economía liberal y la economía socialista	278
Freudismo y marxismo	280

Campo intelectual: obras, huellas y deslindes	285
Una polémica literaria	287
Confesiones de Drieu la Rochelle	289
El alma matinal	291
Vicente Blasco Ibañez	293
Waldo Frank, América y España	296
<i>España virgen</i> de Waldo Frank	299
Últimas aventuras de la vida de don Ramón del Valle Inclán	302
Maeztu, ayer y hoy	305
Nota polémica	308
La última novela de Máximo Gorki	309
Máximo Gorki, Rusia y Cristóbal de Castro	311
Guillermo Ferrero y <i>La terza roma</i>	314
Andanzas y aventuras de Panait Istrati	317
<i>Política, figuras, paisajes</i> , por Luis Jiménez de Asúa	319
El centenario de Tolstoy	322
«1928» y «La Oda al Bidet»	324
Esquema de una interpretación de Chaplin	325
II	327
Colofón: reflexiones disidentes	331
Preámbulo	331
Desde el margen: reflexiones acerca de <i>7 Ensayos</i>	336
Primera entrada	337
Segunda entrada	343
Tercera entrada	353
Cerrando líneas	360

PRESENTACIÓN

Me voy a circunscribir sólo en lo que respecta al propósito del libro y lo que motivó la publicación. El título de esta obra *Originales e inéditos 1928. José Carlos Mariátegui* es, en cierta medida, atrevido, por cuanto se considera que las obras completas, es decir, todos los escritos de Mariátegui están publicados, según se tiene conocimiento. Pese a dichas publicaciones, las lecturas de sus fuentes directas (léase revistas de 1928) prosperaron y tomaron dimensiones para la decisión de compilar los escritos y cotejar con las posteriores publicaciones.

Entendemos por inédito lo no publicado y estaría en contradicción si las obras de Mariátegui hubieran sido publicadas en su totalidad. Pero existe un enigma para los que desean leer y confiar en esa llamada totalidad. No hay nada más inquietante para un acucioso lector que indagar las fuentes directas como si en la indagación se tratara de manuscritos, y estas fuentes, indudablemente, son los primeros escritos de Mariátegui en distintas revistas de su época (consideramos aquí 1928). Y esta edición crítica nos presenta la compilación de los escritos de Mariátegui poco conocidos, digámoslo de alguna manera, como «manuscritos» o «inéditos», porque fueron archivados, y no tuvieron la disposición de su reedición. No nos plantearemos sus razones, sólo dejamos constancia de ello como un acto irresoluto.

Nos fue de sumo interés encontrarnos con artículos que en su momento Mariátegui los supuso oportunos, apresurados para la edición y publicación, como también errores de linotipia. Sucede en escritores de la talla de Mariátegui que, luego de una revisión exhaustiva, lo escrito requiere de depuración. En algunos de sus artículos, como en el caso de su ensayo «Esquema de una interpretación de Chaplin», publicado en la revista *Variedades* y suprimido en la revista *Amauta*: «Para mí el humorismo es, tal vez, lo más serio que existe». Vemos aquí el nervio de su espíritu, el impulso del tiempo, de la coyuntura, de la necesidad imperiosa de su publicación; pero así también conocemos el estado de ánimo, el sentimiento, su arrojo. Y este otro de su animación en «Estaciones de la crítica antimarxista o revisionista» en la revista *Mundial*, y suprimido en la revista *Amauta*, cuando se refiere a las cartas de Rosa Luxemburgo dirigidas a Luisa Kautsky: «declaro que pocas compilaciones de cartas me han emocionado tanto». Con estos dos ejemplos, el autor de los primeros escritos nos revela la originalidad emotiva de sus impresiones en un momento dado. Respetamos todo lo que es de su autoría y los cambios que decidió resolver; y lo manifestamos en esta edición en su momento como nota a pie de página.

Pero también en la presente edición hacemos la verificación de agregados, modificaciones y omisiones posteriores a la muerte de Mariátegui, tanto en párrafos como en vocablos, que están indicados a pie de página. Ponemos este ejemplo, en 7 *Ensayos* de la edición posterior a

1928, en el capítulo «El problema del indio», los editores de *Biblioteca Amauta* agregaron «Sumaria Revisión Histórica», con explicaciones a pie de página; o este otro, el artículo «Política, Figuras, Paisajes, por Luis Jiménez de Asúa» de la revista *Variedades* los editores de *Biblioteca Amauta* suprimieron todo el primer párrafo en *Signos y Obras*, porque según como lo indican a pie de página (p. 132) dicen: «En armonía con una práctica del autor, en atención a su carácter circunstancial, se ha suprimido del texto un párrafo inicial». En otras supresiones de textos, los editores de *Biblioteca Amauta* no dan explicación alguna o se limitan a apuntar como nota sin precisar lo omitido. Así entendemos este artículo publicado en *Variedades* «Trosky y la oposición comunista», y reproducido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (p. 213), los editores señalan: «Revisado conforme al original que poseemos; el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o modificado algunos párrafos». En vocablos damos cuenta en facticia sustituido por ficticia, o vernal por verbal. Vocablos que no había razón de ser sustituidos. Como también las partículas conjuntivas y prepositivas gramaticales que, por omisión o sustitución, han dado un sentido distinto a lo que José Carlos Mariátegui manifestó: no es lo mismo decir «niños y convalecientes», como consta en el original, que «niños convalecientes» («La última novela de Máximo Gorki»), como tampoco «¿Qué podría amar Valle Inclán en un mediterráneo...?» que «¿Qué podría amar Valle Inclán de un mediterráneo...?» («Últimas aventuras de don Ramón del Valle Inclán»). Estos son solo algunos ejemplos que refiere la presente obra. Los lectores podrán confrontar los artículos de 1928 con la amplitud necesaria de la intención que tuvimos a la fidelidad de los escritos originales de José Carlos Mariátegui.

En lo que respecta a la obra *Defensa del marxismo*, escritos publicados en *Mundial*, *Variedades* y *Amauta*, el autor dejó pendiente su publicación como lo indica en la primera página de *7 Ensayos* de 1928: «Obras del autor: *La escena contemporánea*. -Ensayos. (Editorial Minerva, 1925). En prensa: *Defensa del marxismo*-Polémica revolucionaria (Editorial Babel, Buenos Aires)». Es probable que los editores posteriores a José Carlos Mariátegui hayan tomado y respetado los escritos destinados a su publicación para la Editorial Babel, y así lo reafirman en su Nota editorial: «Es indudable que el autor llegó a dar forma definitiva a esta parte, que hallada entre sus escritos, contenida en un sobre en el que Mariátegui anotó, en manuscrito, su título: *Defensa del marxismo*. Y subtítulo: “Polémicas revolucionarias”». Pero toda la primera parte publicada por *Biblioteca Amauta*, que es exclusivamente *Defensa del marxismo*, no existen fuente ni indicación alguna de los agregados u omisiones cometidos por los editores. En esta edición destacamos los agregados y omisiones de acuerdo con las fuentes directas.

En cuanto a las correspondencias, suponemos que no son todas las que aquí presentamos. Por sus características epistolares guardan una reserva particular de su destinatario desconocido. Subrayamos de esta

manera de que lo editado y archivado, sin ánimo de reedición, como para el olvido (más de ochenta años), se convierte en «inédito». Por tal razón consideramos pertinente la publicación de esta edición crítica para el público interesado en las obras de José Carlos Mariátegui.

La presente edición la estructuramos con los criterios de afinidad que se encontraron en los textos, respetando la cronología de su publicación. Consideramos oportuno dividir la obra en dos partes. La primera parte dedicada a temas peruanos y latinoamericanos: Perú nuevo, Las dos américas, Epistolario, Notas y dedicatorias. La segunda parte dedicada a cuestiones de alta relevancia en Occidente: Crisis de la democracia, Socialismo, Campo intelectual: obras, huellas y deslindes.

Manuel Pásara

NOTAS DE LOS EDITORES

1.- En 2018 se conmemora el 90 aniversario de la primera edición de *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, considerada la obra cumbre de José Carlos Mariátegui, la cual es abordada a partir de nuevas entradas e información relevante consignada en sus tres anexos. Este acontecimiento letrado distrajo la atención, rescate y patrimonialización de sus demás escritos, en su gran mayoría artículos, publicados el mismo año. Por vez primera hacemos un movimiento de rectificación historiográfica de orientación crítica al rescatar las versiones completas de sus textos, incluidos los que no fueron considerados en las sucesivas ediciones de sus obras completas. Si se trata de validar que en el pensamiento del autor - madurado y expresado en dicho año- no se pueden cortar los vasos comunicantes que existen entre *7 Ensayos...* y los demás escritos de época. La contribución y mérito de este libro radica en cubrir ese vacío.

2.- Esta compilación, que hemos titulado *Originales e inéditos 1928* de Mariátegui ha sido posible gracias al trabajo colectivo realizado de manera simultánea y complementaria en Perú y México por los siguientes colaboradores: de Perú, Manuel Pásara, Walter Saavedra y Miguel Aragón; y de México, Ricardo Melgar y Perla Jaimes Navarro. Merece mención especial las sugerencias críticas para esta edición propuestas por Eduardo Devés. Este proyecto cuenta con el aval intelectual de la Asociación Cultural Latinoamericana Pacarina del Sur y de la Editorial Ariadna de Santiago de Chile, dirigida por el historiador Manuel Loyola. Esta entidad evoca y reactualiza el legado mariateguiano de *7 Ensayos*, de la revista *Amauta* en su fase de reorientación socialista, del lanzamiento de *Labor* como vehículo de prensa paradigmático para las clases subalternas, de cimentación orgánica, política y cultural de un proyecto socialista dotado de inventiva y que se alimentó del mismo ideario sobre la unidad deseable y posible del Perú y de Nuestra América.

3.- Hemos incluido algunas cartas y dedicatorias (consignadas en los ejemplares de *7 Ensayos*) publicadas en el *Anuario Mariateguiano*. Incluimos también algunas notas y artículos que el colectivo consideró que, a pesar de que no llevaban firma, correspondían por razones de lugar — *Amauta* y *Labor*— estilo, orientación ideológica y estética, a la autoría de Mariátegui. Debemos mencionar que en la sección referida a *Dedicatorias* hay dos dedicatorias inéditas, gracias al investigador Miguel Aragón que nos alcanzó para esta edición.

Gracias a los historiadores Rafael Cuevas y Mario Oliva llegó a nuestras manos la copia faltante de un texto firmado por el ensayista peruano publicado en *Repertorio Americano* de Costa Rica.

Durante el laborioso proceso de revisión y captura, se detectaron algunos errores de composición tipográfica, salvando y corrigiendo algunos que se encontraban en las versiones publicadas en vida de Mariátegui. La

labor de cotejamiento de nuestros acotados registros con las versiones reproducidas en las obras del Amauta —a pesar de sus propias limitaciones de edición— algo nos ayudó. Nos apoyamos en la consulta de los textos incluidos en la *Colección Obras Completas de José Carlos Mariátegui*, publicada por la Empresa Editora Amauta y usamos varias de sus reimpressiones; consultamos también la edición conmemorativa del centenario del natalicio de J. C. Mariátegui, intitulada *Mariátegui Total*, bajo la supervisión de Antonio Melis, publicada en Lima por la Empresa Editora Amauta en 1994 en dos tomos; así como en el libro *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1928), la primera edición popular de 1957 y la 71 edición de 2005, toda vez que las ediciones más recientes no aportan ningún elemento adicional. *Mariátegui Total*, tuvo el mérito de incluir textos no conocidos de Mariátegui. Se podrán identificar porque únicamente aparece a pie de página la referencia de la fuente primigenia y su inclusión en alguno de los títulos memorables que Alberto Tauro y sus colaboradores editaron con el apoyo de la familia Mariátegui entre los años 1959 y 1970: los tomos de bolsillo de la colección *Obras Completas de Mariátegui*.

4.- Los títulos de los artículos llevan un asterisco y remiten a pie de página para documentar la fuente y sus principales reproducciones. Las páginas, dependiendo de la extensión de los textos de Mariátegui, pueden portar una o más llamadas a pie de página. La primera remitirá al lector a la revista o medio donde fue publicado, así como a su inclusión diferenciada en la colección *Obras Completas* y en *Mariátegui Total*. En los casos en que sólo se consigne como fuente la publicación periódica, indicará que el texto en referencia no fue tomado en cuenta para dichas ediciones. Orientó nuestra búsqueda la *Bio-Bibliografía de José Carlos Mariátegui* (1963), elaborada por Guillermo Rouillon. Este libro operó como fina brújula durante nuestras búsquedas, en contados casos, corregimos datos de fechas y registros.

5.- En el caso de *Mariátegui Total* Tomo I, nos encontramos que en la reproducción de su *Defensa del Marxismo* los editores ensamblaron varios textos correspondientes a 1928 y 1929, originalmente diferenciados al momento de ser publicados en *Variedades* y *Mundial*. En estos casos, procedimos a cotejar los textos frente a las versiones primigenias, conservando únicamente las partes publicadas en el año de 1928. En el caso del texto «El problema agrario peruano la comunidad indígena por Abelardo Solís», se encontraron dos textos publicados por Mariátegui en *Labor* y *Mundial* respectivamente. Las variantes significativas que distinguieron a dichas versiones nos decidió a reproducirlas íntegramente.

6.- A excepción del Epistolario, todos los textos fueron cotejados con las versiones publicadas en las revistas ya mencionadas durante el año de 1928.

PRIMERA PARTE

PERÚ NUEVO

EL FACTOR RELIGIOSO VI¹ *

Si el suntuoso culto y la majestuosa liturgia disponían de un singular poder de sugestión para imponerse al paganismo indígena, el catolicismo español, como concepción de la vida y disciplina del espíritu, carecía de aptitud para crear en sus colonias elementos de trabajo y de riqueza. Este es, como lo he observado en mi estudio sobre la economía peruana, el lado más débil de la colonización española. [...] ² Del recalcitrante medioevalismo de España, causante de su floja y morosa evolución hacia el capitalismo, sería arbitrario y extremado suponer exclusivamente responsable al catolicismo que, en otros países latinos, supo aproximarse sagazmente a los principios de la economía capitalista. [En América] ³, las congregaciones, especialmente la de los jesuitas, operaron en el terreno económico, más diestramente que la administración civil y sus fiduciarios. La nobleza española despreciaba el trabajo y el comercio: la burguesía muy retardada en su proceso, estaba contagiada de principios aristocráticos. Pero, en general, la experiencia de Occidente revela la solidaridad entre capitalismo y protestantismo, de modo demasiado concreto.

El protestantismo aparece, en la historia, como la levadura espiritual del proceso capitalista. La Reforma protestante contenía la esencia, el germen del Estado liberal. El protestantismo y el liberalismo correspondieron, como corriente religiosa y tendencia política, respectivamente, al desarrollo de los factores de la economía capitalista. Los hechos abonan esta tesis. El capitalismo y el industrialismo no han fructificado en ninguna parte como en los pueblos protestantes. La economía capitalista ha llegado a su plenitud solo en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. Y, dentro de estos estados, los pueblos de confesión católica han conservado instintivamente gustos y hábitos rurales y medioevales. (Baviera católica, es también campesina). Y en cuanto a los

¹ Esta serie de siete artículos fue integrada por el autor bajo el mismo nombre en 7 *Ensayos*, insertándolos en tres acápitales. Las referencias bibliográficas fueron incorporadas por vez primera en el libro. También fueron subsanados algunos errores tipográficos.

* En *Mundial* (Lima), núm. 395, 6 de enero de 1928. Sec. *Peruanicemos al Perú*. Incluido en 7 *Ensayos*, «La conquista católica», 1928, pp. 130-134; y 2005, pp. 177-181. En *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 79-81, con modificaciones.

² «Mas», agregado en 7 *Ensayos* 1928 y ed. posterior.

³ Omitido en 7 *Ensayos* 1928 y ed. posterior.

estados católicos, ninguno ha alcanzado un grado superior de industrialización. Francia —que no puede ser juzgada por el mercado financiero y cosmopolita de París, ni por el *Comité des Forges*— es más agrícola que industrial. Italia —aunque su demografía la ha empujado por los centros capitalistas de Milán, Turín y Génova— vía del trabajo⁴ industrial, que ha creado los mantiene su inclinación agraria. Mussolini se complace frecuentemente en el elogio de la Italia campesina y provinciana y en uno de sus discursos últimos ha recalado su aversión a un urbanismo y un industrialismo excesivos, por su influjo depresivo sobre el factor demográfico. España, el país más clausurado en su tradición católica —que arrojó de su lado⁵ al judío— presenta la más retrasada y anémica estructura capitalista, con la agravante de que su incipiente industrial y financiera no ha estado al menos compensada por una gran prosperidad agrícola, acaso porque, mientras el terrateniente italiano heredó de sus ascendientes romanos, un arraigado sentimiento agrario, el hidalgo español se aferró al prejuicio de las profesiones nobles. El diálogo entre la carretera⁶ de las armas y la de las letras no reconoció en España más primacía que la de la carrera eclesiástica.

La primera etapa de la emancipación de la burguesía es, según Engels, la Reforma protestante. «La reforma de Calvino —escribe el célebre autor de⁷ *Anti-Düring*— respondía a las necesidades de la burguesía más avanzada de la época. Su doctrina de la predestinación era la expresión religiosa del hecho de que, en el mundo comercial de la competencia, el éxito y el fracaso no dependen ni de la actividad ni de la habilidad del hombre, sino de circunstancias no subordinadas a su control»⁸. La rebelión contra Roma de las burguesías más evolucionadas y ambiciosas condujo a la institución de iglesias nacionales, destinadas a evitar, [en las naciones capitalistas]⁹, todo conflicto entre lo temporal y lo espiritual, entre la Iglesia y el Estado. El libre examen encerraba el embrión de todos los principios de la economía burguesa: libre concurrencia, libre industria, etc. El individualismo, indispensable para el desenvolvimiento de una sociedad basada en estos principios, recibía de la moral y la práctica protestante los mejores estímulos.

Marx ha esclarecido varios aspectos de las relaciones entre protestantismo y capitalismo. Singularmente aguda es la siguiente observación: «El sistema de la moneda es esencialmente católico, el del crédito eminentemente protestante. Lo que salva es la fe: la fe en el valor

⁴ Ligeras variaciones en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁵ «suelo», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁶ «carrera», corregido en *7 Ensayos*.

⁷ «deb», en *7 Ensayos* (1928), p. 131.

⁸ En *7 Ensayos* de la ed. 1928, p. 132 (y ed. posterior), se consigna la fuente: F. Engels, «Socialismo utópico y socialismo científico».

⁹ Omitido en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

monetario considerado como el alma de la mercadería, la fe en el sistema de producción y su ordenamiento predestinado, la fe en los agentes de la producción que personifican el capital, el cual tiene el poder de aumentar por sí mismo su valor. Pero así como el protestantismo no se emancipa casi de los fundamentos del catolicismo, así el sistema de crédito no se eleva sobre la base del sistema de la moneda»¹⁰.

Y no sólo los dialécticos del materialismo histórico constatan esta consanguinidad de los dos grandes fenómenos. Hoy mismo, en una época de reacción, así intelectual como política, un escritor español, Ramiro de Maeztu descubre la flaqueza de su pueblo en su falta de sentido económico. Y he aquí cómo entiende los factores morales del capitalismo yankee¹¹: «Su sentido del poder lo deben, en efecto, los norteamericanos a la tesis calvinista de que Dios, desde toda la eternidad, ha destinado unos hombres a la salvación y otros a la muerte eterna; que esa salvación se conoce en el cumplimiento de los deberes de cada hombre en su propio oficio, de lo cual se deduce que la prosperidad consiguiente al cumplimiento de esos deberes es signo de la posesión de la divina gracia, por lo que hace falta conservarla a todo trance, lo que implica la moralización [de dos teológicos no son actualmente más que]¹² la manera de gastar el dinero. Estos postulados teológicos no son actualmente más que historia. El pueblo de los Estados Unidos continúa progresando, pero a la manera de una piedra lanzada por un brazo que ya no existe para renovar la fuerza del proyectil, cuando esta se agote».¹³

Los neo-escolásticos¹⁴ se empeñan en contestar o regatear a la Reforma este influjo en el desarrollo capitalista, pretendiendo que en el tomismo estaban ya mejor formulados los principios de la economía burguesa.¹⁵ Sorel ha reconocido a Santo Tomás los servicios prestados a la civilización occidental, por el realismo con que trabajó por apoyar el dogma en la ciencia.

Ha hecho resaltar particularmente su concepto de que «la ley humana no puede cambiar la naturaleza jurídica de las cosas, naturaleza que

¹⁰ En 7 *Ensayos* de 1928 y ed. posterior se consigna la fuente: Karl Marx, «*El Capital*».

¹¹ «yanqui», en 7 *Ensayos* 1928 y «yanqui», en ed. posterior.

¹² Una alteración tipográfica de tres líneas en el original fue corregida en 7 *Ensayos* de 1928, p. 132, línea 41; y en la ed. posterior, página 180, líneas 17-19.

¹³ En 7 *Ensayos* de la ed. 1928, p. 133 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Ramiro de Maeztu, «Rodó y el Poder», en *Repertorio Americano*, Tomo VII No 6 (1926).

¹⁴ «neoescolásticos», en lo sucesivo los prefijos irán unidos a la palabra que modifican.

¹⁵ En 7 *Ensayos* 1928, p. 133 (y ed. posterior), se consigna la fuente: René Johannet «Éloge du bourgeois français».

deriva de su contenido económico»¹⁶. Pero si el catolicismo, con Santo Tomás, arribó a este grado de comprensión de la economía, [embrión de todos los principios de la economía de]¹⁷ la Reforma forjó las armas morales de la revolución burguesa, franqueando la vía al capitalismo.

La concepción neoescolástica se explica fácilmente. El neotomismo es burgués; pero no capitalista. Porque, así como socialismo no es la misma cosa que proletariado, capitalismo no es exactamente la misma cosa que burguesía. La burguesía es la clase; el capitalismo es el orden, la civilización, el espíritu que de esta clase ha nacido. La burguesía es anterior al capitalismo. Existió mucho antes que él, pero sólo después ha dado su nombre a toda una edad histórica.

Dos caminos tiene el sentimiento religioso según un juicio de Papini —de sus tiempos de pragmatista—: el de la posesión y el de la renuncia¹⁸. El protestantismo, desde su origen, escogió resueltamente el primero. En el impulso místico del puritanismo, Waldo Frank acertadamente advierte, ante todo, voluntad de potencia. En su explicación de Norteamérica nos dice «cómo la disciplina de la iglesia organizó e hizo marchar a los hombres contra las dificultades materiales de una América indomada; cómo en el renunciamiento a los placeres de los sentidos produjo la máxima energía disponible para la caza del poder y de la riqueza; cómo estos sentidos, mortificados por principios ascéticos, adaptados a todas las condiciones de la vida, tomaron su revancha en una lucha por la fortuna». La universidad norteamericana, bajo estos principios religiosos, proporcionaba a los jóvenes una cultura «cuyo sentido era la santidad de la propiedad, la moralidad del éxito»¹⁹.

El catolicismo, en tanto, se mantuvo como un constante compromiso entre los dos términos, posesión y renuncia. Su voluntad de potencia se tradujo [durante el medioevo]²⁰ en empresas militares y, sobre todo, políticas; no inspiró ninguna gran aventura económica. La América española, por otra parte, no ofrecía [al catolicismo]²¹ un ambiente propicio al ascetismo. En vez de mortificación, los sentidos no encontraron sino [regalo y]²² goce [...]»²³.

¹⁶ En 7 *Ensayos* de la edición 1928, p. 133 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Sorel, «Introduction a l'Economie Moderne» p. 289, Santo Tomás *secunda, secundae*.

¹⁷ Eliminado por el autor en 7 *Ensayos* 1928, p. 133, línea 12; y 2005, pág. 180, línea 37.

¹⁸ En 7 *Ensayos* de la edición 1928, p. 133 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Papini, «Pagmatismo».

¹⁹ En 7 *Ensayos* de la edición 1928, p. 133, se consigna la fuente: Waldo Frank, *Our América* [en la edición 1928 lleva tilde, corregido en la edición posterior].

²⁰ Omitido en 7 *Ensayos*, edición 1928, página 134, línea 1 (y ed. posterior).

²¹ «a la catolicidad», en 7 *Ensayos* 1928 y ed. posterior.

²² Omitido en 7 *Ensayos*, edición 1928 (y ed. posterior).

JULIA CODESIDO *

Hay algo de ascético en el arte de Julia Codesido. Como en casi todo arte verdadero. Sus cuadros no han salido todavía de su estudio. No conocen el aire mundano de las exposiciones. Julia Codesido no ha presentado sus telas sino en el salón de la Escuela de Bellas Artes, con modestia de discípula tímida que no quisiera que se fijaran demasiado en ella [sólo por deferencia a *Amauta*, se decide hoy Julia, grande y buena amiga de esta revista, a figurar en nuestra galería de arte peruano. Y, por esto mismo, he aquí unos cuadros que enseguida]²⁴ da ganas de sacarlos a airearse. Pero tienen buen aire donde están —objetará suave y risueñamente Julia— sólo que no tienen prisa de notoriedad.

Desde hace años, desde su adolescencia, desde mucho antes, Julia Codesido pinta, pinta, pinta. Es una mística de su arte. Vive en un señero encantamiento, entre sus colores y sus telas. Pinta por el placer de pintar, nada más que por el placer de pintar. El gozo de la creación le basta.

En este trabajo apasionado, fervoroso, se ha ido templando su temperamento artístico y enriqueciendo su don creador. Julia Codesido tiene en su obra logradas versiones de nuestros temas plásticos. Porque sin flirtear con moda alguna con moda alguna, pero espontáneo impulso de su espíritu, los asuntos de su pintura, son casi autóctonos. Sensible, alerta, esta artista presta su aporte al empeño de crear un Perú nuevo. Y, por esto, le debemos también nuestro reconocimiento.

En sus figuras se encuentra invariablemente un gran vigor de expresión. Su dibujo es seguro y su colorido pastoso y rico. Y, como cultora de motivos indígenas, no se queda nunca en la nota de folklore²⁵. Cada cuadro suyo, aun cuando Julia no se lo proponga, está más allá de la interpretación verista. En sus cuadros hay siempre creación.

No nos gusta hablar de influencias ante una obra de méritos propios e impronta impersonal. Pero no podemos abstenernos de cumplir justicia a Sabogal por lo que, visiblemente, le debe Julia Codesido —como Camilo Blas— en el descubrimiento de su camino y en la seguridad y rectitud con que lo está recorriendo.

²³ «lasitud y molicie», agregado en 7 *Ensayos* de 1928 (y ed. posterior).

* En *Amauta* (Lima), núm. 11, enero de 1928, pp. 9-10. Incluido en *El Artista y la Época* (1959) pp. 97-98. En *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 586-587.

²⁴ Omitido con nota al pie de página en *El artista y la época*.

²⁵ «folclore», DRAE.

La evangelización de la América española no puede ser enjuiciada como una empresa religiosa sino como una empresa eclesiástica. Pero, después de los primeros siglos del cristianismo, la evangelización tuvo siempre este carácter. Solo una poderosa organización eclesiástica, apta para movilizar aguerridas milicias de catequistas y sacerdotes, era capaz de colonizar para la fe cristiana pueblos lejanos y diversos.

El protestantismo, como ya he apuntado, careció siempre de eficacia catequista, por una consecuencia lógica de su individualismo, destinado a reducir al mínimo el marco eclesiástico de la religión. Su propagación en Europa se debió invariablemente a razones políticas y económicas: los conflictos entre la Iglesia Romana y los Estados y monarcas propensos a rebelarse contra el poder papal y a incorporarse en la corriente seccionista²⁷; y el crecimiento de la burguesía que encontraba en el protestantismo un sistema más cómodo y se irritaba contra el favor de Roma a los privilegios feudales. Cuando el protestantismo ha emprendido una obra de catequización y propaganda, ha adoptado un método en el cual se combina la práctica eclesiástica con sagaces ensayos de servicio social. En la América del Norte, el colonizador anglosajón no se preocupó de la evangelización de los aborígenes. Le tocó colonizar una tierra casi virgen, en áspero combate con una naturaleza cuya posesión y conquista exigían íntegramente su energía. Aquí se descubre la íntima diferencia entre las dos conquistas, la anglosajona y la española: *la primera se presenta en su origen y en su proceso, como una aventura absolutamente individualista, que obligó a los hombres que la realizaron a una vida de alta tensión.* (Individualismo, practicismo y activismo hasta ahora son los resortes primarios del fenómeno norteamericano).

La colonización anglosajona no necesitaba una organización eclesiástica. El individualismo puritano, hacía de cada *pionner* un pastor: el pastor de sí mismo. Al *pionner*²⁸ de la²⁹ Nueva Inglaterra le bastaba su biblia. (Unamuno llama al protestantismo, «la tiranía de la letra»). La América del Norte fue colonizada con una gran economía de fuerzas y de hombres. El colonizador no empleó misioneros, predicadores, teólogos ni conventos. Para la posesión simple y ruda de la tierra, no le hacían falta. No tenía que conquistar una cultura y un pueblo sino un territorio. La suya, dirán

²⁶ Fue publicado como V de la serie, pero siendo su fecha inmediatamente posterior al signado ya con el V, le debió corresponder el VI.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 396, 13 enero de 1928. Incluido en *7 Ensayos*, «La conquista católica», 1928, pp. 134-137; y 2005, pp. 182-185. En *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 81-83, con modificaciones.

²⁷ «secesionista», corregido en *7 Ensayos*, edición 1928, página 134, línea 22; y en las posteriores ediciones.

²⁸ El término francés «pionnier», significa pionero en español.

²⁹ Omitido en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

algunos, no era economía sino pobreza. Tendrán razón; pero a condición de reconocer que de esta pobreza surgieron el poder y la riqueza de los Estados Unidos.

El sino de la colonización española y católica era mucho más amplio; su misión, más difícil. Los conquistadores encontraron en estas tierras, pueblos, ciudades, culturas: el suelo estaba cruzado de caminos y de huellas que sus pasos no podían borrar. La evangelización tuvo su etapa heroica, aquella en que España nos envió misioneros en quienes estaba vivo aún el fuego místico y el ímpetu militar de los cruzados. («Al mismo tiempo que los soldados —leo en [*L'Eglise et le seizieme siecle* de la]³⁰ Julien Luchaire— desembarcaban, en multitud, y escogidos entre los mejores, los curas y los monjes católicos»)³¹. Pero —vencedor el pomposo culto católico del rústico paganismo indígena— la esclavitud y la explotación del indio y del negro, la abundancia y la riqueza, relajaron al colonizador. El elemento religioso quedó absorbido y dominado por el elemento eclesiástico. El clero no era una milicia heroica y ardiente, sino una burocracia regalona, bien pagada y bien vista. «Vino entonces —escribe el doctor M. V. Villarán— la segunda edad de la historia del sacerdocio colonial: la edad de la vida plácida y tranquila en los magníficos conventos, la edad de las prebendas, de los fructuosos curatos, de la influencia social, del predominio político, de las lujosas fiestas, que tuvieron por consecuencias inevitables el abuso y la relajación de costumbres. En aquella época la carrera por excelencia era el sacerdocio. Profesión honrosa y lucrativa, los que a ella se dedicaban vivían como grandes y habitaban palacios; eran el ídolo de los buenos colonos que los amaban, los respetaban, los temían, los obsequiaban, los hacían herederos y legatarios de sus bienes. Los conventos eran grandes y había en ellos celda para todos: las mitras, las dignidades, las canonjías, los curatos, las capellanías, las cátedras, los oratorios particulares, los beneficios de todo orden abundaban. La piedad de los habitantes era ferviente y ellos proveían con largueza a la sustentación de los ministros del altar. Así, pues “todo hijo segundo de buena familia era destinado al sacerdocio”»³².

Y esta iglesia no fue ya ni siquiera la de la Contrarreforma y la Inquisición. El Santo Oficio no tenía casi en el Perú herejías que perseguir. Dirigía más bien su acción contra los civiles en mal predicamento con el clero; contra las supersticiones y vicios que solapada y fácilmente prosperaban en un ambiente de sensualidad y de idolatría, cargado de sedimentos mágicos; y, sobre todo, contra todo lo que juzgaba sospechoso de insidiar o disminuir su poder. Y, bajo este último aspecto, la Inquisición se comportaba más como institución política que religiosa. Está bien

³⁰ Omitido en la edición 1928, y posteriores [en español: *La Iglesia y el siglo XVI*].

³¹ En 7 *Ensayos* de la edición 1928, p. 135 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Luchaire «*L'Eglise et le seizieme siecle*».

³² En 7 *Ensayos* de la edición 1928, p. 135 (y ed. posterior), se consigna la fuente: M. V. Villarán, *Estudios sobre Educación Nacional*, pp. 10 y 11.

averiguado que en España sirvió los fines del absolutismo antes que los de la Iglesia. «El Santo Oficio —dice Luchaire— era poderoso antes que todo, porque el rey quería que lo fuese; porque tenía la misión de perseguir a los rebeldes políticos igual que a los innovadores religiosos: el arma no estaba en las manos del Papa sino en las del rey: el rey la manejaba en su interés tanto como en el de la Iglesia»³³.

La ciencia eclesiástica, por otra parte, en vez de comunicarnos con las corrientes intelectuales de la época, nos separaba de ellas. El pensamiento escolástico fué vivo y creador en España, mientras recibió de los místicos calor y ardimiento. Pero desde que se congeló en fórmulas pedantes y casuistas, se convirtió en yerto y apergaminado saber de erudito, en anquilosada y retorcida³⁴ ortodoxia de teólogo español. En la crítica civilista, no escasean las requisitorias contra esta fase de la obra eclesiástica en el Perú. «¿Cuál era la ciencia que suministraba el clero? —se pregunta Javier Prado en su más duradero y enjundioso estudio. Una teología vulgar, —se responde— un dogmatismo formalista, mezcla confusa y abrumadora de las doctrinas peripatéticas con el ergotismo escolástico. Siempre que la Iglesia no ha podido suministrar verdaderos conocimientos científicos, ha apelado al recurso de distraer y fatigar el pensamiento, por medio de una gimnasia de palabras y fórmulas y de un método vacío, extravagante e infecundo. Aquí, en el Perú, se leía en latín discursos que no se comprendían y que, sin embargo, se argumentaban en la misma condición; había sabios que tenían fórmulas para resolver, nuevos Picox³⁵ de la Mirandola, todas las proposiciones de las ciencias; aquí se solucionaba lo divino y lo humano por medio de la religión y de la autoridad del maestro, aunque reinara la mayor ignorancia no sólo en las ciencias naturales sino también en las filosóficas y aún en las enseñanzas de Bossuet y Pascal»³⁶.

La lucha de la independencia³⁷ —que abrió un nuevo camino y prometió una nueva aurora a los mejores espíritus— descubrió que donde había aún religiosidad —esto es misticismo, pasión— era en algunos curas, criollos e indios, entre los cuales, en el Perú como en México, la revolución liberal reclutaría algunos de sus [...] precusores y de sus grandes tribunos.

³³ En *7 Ensayos* de la edición 1928, p. 135 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Luchaire, ob. citada.

³⁴ «retórica», en *7 Ensayos* 1928 y en ed. posterior.

³⁵ «Pico», corregido en la edición 1928 y en la edición posterior.

³⁶ En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 136 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Javier Prado. «Estado social del Perú durante la dominación española».

³⁷ «Independencia», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

³⁸ «audaces», agregado en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

EL FACTOR RELIGIOSO VII *

La Revolución de la Independencia, del mismo modo que no tocó los privilegios feudales, tampoco tocó los privilegios eclesiásticos. El alto clero conservador y tradicionalista, se sentía naturalmente fiel al rey y a la Metrópoli; pero igual que la aristocracia terrateniente aceptó la República apenas constató la impotencia práctica de ésta ante la estructura colonial. La revolución americana, conducida por caudillos romancescos y napoleónicos y teorizada por tribunos dogmáticos y formalistas, aunque se alimentó como se sabe, de los principios y emociones de la Revolución Francesa, no heredó ni conoció su problema religioso.

En Francia como en los otros países donde no prendió la Reforma, la revolución burguesa y liberal no pudo cumplirse sin jacobinismo y anticlericalismo. La lucha contra la feudalidad descubría en esos pueblos una solidaridad comprometedora entre la iglesia católica y el régimen feudal. Tanto por la influencia conservadora de su alto clero como por su resistencia doctrinal y sentimental a todo lo que en el pensamiento liberal reconocía el individualismo y nacionalismo protestantes, la Iglesia³⁹ cometió la imprudencia de vincularse demasiado a la suerte de la reacción monárquica y aristocrática.

Mas en América española, sobre todo en los países donde la revolución se detuvo por mucho tiempo en su fórmula política (independencia y república) la subsistencia de los privilegios feudales se acompañaba lógicamente de la de los privilegios eclesiásticos. Por esto en México cuando la revolución ha atacado a los primeros, se ha encontrado en seguida en conflicto con los segundos. (En México por estar en manos de la Iglesia una gran parte de la propiedad, unos y otros privilegios se presentaban no sólo política sino materialmente identificados).

Tuvo el Perú un clero liberal y patriota desde las primeras jornadas de la revolución. Y el liberalismo civil, en muy pocos casos individuales, se mostró intransigentemente jacobino y, en menos casos aún, netamente antirreligioso. Procedían nuestros liberales, en su mayor parte, de las logias masónicas, que tan activa función tuvieron en la preparación de la Independencia, de modo que profesaban, casi todos, el deísmo que hizo de la masonería, en los países latinos, algo así como un sucedáneo espiritual y político de la Reforma.

En la propia Francia, la Revolución se mantuvo en buenas relaciones con la cristiandad, aún durante su estación jacobina. Aulard observa sagazmente que en Francia la oleada antirreligiosa o anticristiana

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 397, 20 de enero de 1928. Incluido en *7 Ensayos*, «La Independencia y la Iglesia», 1928, pp. 137-139; y 2005, pp. 185-189. En *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 83-85, con modificaciones.

³⁹ «iglesia», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

obedeció a causas contingentes más bien que doctrinarias. «De todos los acontecimientos—dice— que condujeron al estado de espíritu del cual salió la tentativa de descristianización, la insurrección de la Vendée, por su forma clerical, fue la más importante, la más influyente. Creo poder decir que sin la Vendée, no habría habido culto de la Razón»⁴⁰. Recuerda Aulard el ateísmo⁴¹ de Robespierre, quien sostenía que «el ateísmo es aristocrático» mientras que «la idea de un Ser Supremo que vela por la inocencia oprimida y castiga al crimen triunfante es completamente popular». El culto de la diosa Razón no conservó su impulso vital sino en tanto que fue culto de la Patria, amenazada e insidiada por la reacción extranjera con el favor del poder papal. Además, «el culto de la Razón, agrega Aulard, fue casi siempre deísta y no materialista o ateo»⁴².

La revolución francesa arribó a la separación de la Iglesia del Estado. Napoleón encontró más tarde, en el concordato, la fórmula de la subordinación de la Iglesia al Estado. Pero los períodos de Restauración comprometieron su obra renovando el conflicto entre el clero y la laicidad en el cual Lucien Romier cree ver resumida la historia de la República. Romier parte del supuesto de que la feudalidad estaba ya vencida cuando vino la revolución. Bajo la Monarquía, según Romier —y en esto lo acompañan todos los escritores reaccionarios—⁴³ la burguesía, había ya impuesto su ley. «La victoria contra los señores —dice— estaba conseguida. Los reyes habían muerto a la feudalidad. Quedaba una aristocracia, pero sin fuerza propia y que debía todas sus prerrogativas [...]»⁴⁴ al poder central, cuerpos de funcionarios galoneados con funciones más o menos hereditarias. Restos frágiles de una potencia que se derrumbó a la primera oleada republicana. Cumplida esta destrucción [...]»⁴⁵, la República no tuvo sino que mantener el hecho adquirido sin aplicar a esto un esfuerzo especial. Por el contrario, la Monarquía había fracasado respecto de la Iglesia. A pesar de la domesticación secular del alto clero, [...]»⁴⁶ a pesar de muchas amenazas de ruptura, la lucha contra la autoridad romana no había dado al Estado más poder sobre la religión que en los tiempos de Felipe el Bello.

⁴⁰ En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 138, se consigna la fuente: A. Aulard, «*Le Christianisme et la révolution française*» p. 88.

⁴¹ «deísmo», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁴² En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 138, se consigna la fuente: Ib. p. 162.

⁴³ Error de rayas y comas en el original. Fue corregido en la edición 1928, p. 138, y en las ediciones posteriores.

⁴⁴ «y sus títulos», agregado en *7 Ensayos* y ed. posterior.

⁴⁵ «fácilmente», agregado en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁴⁶ «a pesar de un conflicto con la Curia que renacía de reinado en reinado», agregado en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

Así, es contra la Iglesia y el clero ultramontano que la Iglesia⁴⁷ orientó su principal esfuerzo por un siglo»⁴⁸.

En las colonias españolas de la América del Sur, la situación era muy distinta. En el Perú, en particular, la revolución encontraba una feudalidad intacta. Los choques entre el poder civil y el poder eclesiástico no tenían ningún fondo doctrinal. Traducían una querrela doméstica. Dependían de un estado latente de competición y de equilibrio, propio de países donde la colonización se sentía [...] ⁴⁹ en gran parte evangelización y donde la autoridad espiritual tendía fácilmente a prevalecer sobre la autoridad temporal. La constitución republicana, desde el primer momento proclamó el catolicismo, religión nacional. Mantenidos dentro de la tradición española, carecían estos países de elementos de reforma protestante. El culto de la Razón habría sido más exótico todavía en pueblos de exigua actividad intelectual y floja y rala cultura filosófica. No existían las razones que en otras latitudes históricas para el Estado laico. Amamantando⁵⁰ por la catolicidad española, el Estado peruano tenía que constituirse como Estado semifeudal y católico.

La República continuó la política española, en este como en otros terrenos. «Por el patronato, por el régimen de diezmos, por los beneficios eclesiásticos —dice García Calderón—, se estableció siguiendo el ejemplo francés una constitución civil de la Iglesia. En este sentido, la revolución fue tradicionalista. Los reyes españoles, tenían sobre la Iglesia desde los primeros monarcas absolutos un derecho de intervención y protección: la defensa del culto se convertía en sus manos en una acción civil y legislatora. La Iglesia era una fuerza social, pero la debilidad de la jerarquía perjudicaba a sus ambiciones políticas. No podía⁵¹, como en Inglaterra, realizar un pacto constitucional y delimitar libremente sus fronteras. El rey protegía la Inquisición y se mostraba más católico que el Papa: su influencia tutelar impedía los conflictos, resultaba soberana y única»⁵². Toca García Calderón en este juicio, la parte débil, el contraste interno de los Estados latinoamericanos que no han llegado al régimen de separación. El Estado Católico no puede hacer, si su catolicismo es viviente y activo, una política laica. Su concepción aplicada hasta sus últimas consecuencias, lleva a la teocracia. Desde este punto de vista el pensamiento de los conservadores ultramontanos como García Moreno aparece más coherente que el de los

⁴⁷ «República», en *7 Ensayos*, p. 139, y ed. posterior, p. 188.

⁴⁸ En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 139 (y ed. posterior), se consigna la fuente: Lucien Romier, «Explication de notre temps» pp. 194 y 195.

⁴⁹ «ser», agregado en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁵⁰ «amamantado», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁵¹ «podría», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁵² En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 139, se consigna la fuente: F. García Calderón, «Le Pérou contemporain».

liberales moderados, empeñados en armonizar la confesión católica del Estado con una política laica, liberal y nacional.

EL FACTOR RELIGIOSO VIII (CONCLUSIÓN) *

El liberalismo peruano, débil y formal en materia económica y política, no podía dejar de serlo en materia religiosa. No es exacto, como pretenden algunos, que a la influencia clerical y eclesiástica haya pugnado por oponerse una fórmula jacobina. La actitud personal de Vigil —que es la apasionada actitud de un libre pensador salido de los rangos de la Iglesia— no pertenece propiamente a nuestro liberalismo que, así como no intentó nunca seriamente desfeudalizar el Estado, tampoco intentó laicizarlo. Los convencionales de 1856 no atacaron la religión del Estado. Sobre el más representativo y responsable de sus líderes, don José Gálvez, escribe fundadamente Jorge Guillermo Leguía: «Su ideología giraba en torno de dos ideas: Igualitarismo y Moralidad. Yerran, por consiguiente, quienes, al apreciar sus doctrinas adversas a los diezmos eclesiásticos, afirman que era jacobino. Gálvez jamás desconoció a la Iglesia ni a sus dogmas. Los respetaba y los creía. Estaba mal informada la abadesa que el 2 de mayo exclamó, al tener noticia de la funesta explosión de la Torre de la Merced: “¡Qué pólvora tan bien gastada!” Mal podía ser anticatólico, el diputado que en el exordio de la Constitución invocaba a Dios trino y uno. Al arrebatarse Gálvez a nuestra Iglesia los gajes que caracterizaban una supervivencia feudal, sólo tenía in mente⁵³ una reforma económica y democrática: nunca un objetivo anticlerical. No era Gálvez, según se ha supuesto, autor de tal iniciativa, ya lanzada por el admirable Vigil⁵⁴.

[La aristocracia terrateniente desde que, forzada por su función de clase gobernante, adoptó ideas y gestos de burguesía]⁵⁵, se asimiló parcialmente los restos de este liberalismo. Hubo en su vida un instante de evolución —el del surgimiento del Partido Civil— en que una tendencia liberal, expresiva de su naciente conciencia capitalista, le enajenó las simpatías del elemento eclesiástico, que coincidió, más bien, y no sólo en la redacción de un periódico, con el pierolismo conservador y plebiscitario. En este período de nuestra historia, la aristocracia tomó un aire liberal: el *demo*, por reacción, aunque clamase contra la argolla traficante, adquirió un tono conservador y clerical. En el estado mayor civilista figuraban algunos liberales moderados que tendían a imprimir a la política del Estado una orientación capitalista, desvinculándola en lo posible de su tradición

⁵³ «en mente», en *7 Ensayos* posterior a 1928.

⁵⁴ En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 140, se consigna la fuente: «La Convención de 1856 y don José Gálvez» *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*. No. 1 p. 36.

⁵⁵ «Desde que, forzada por su función de clase gobernante, la aristocracia adoptó ideas y gestos de burguesía», en *7 Ensayos* 1928 y edición posterior.

medieval. Pero, el predominio que mantuvo en el civilismo la casta feudal, junto con el retardamiento que a nuestro proceso capitalista impuso la guerra, impidió a esos abogados o jurisconsultos civilistas avanzar en dicha dirección. El civilismo manifestó, ordinariamente, ante el poder del clero y la Iglesia, un pragmatismo pasivo y un positivismo conservador que, salvo alguna excepción individual, no cesaron luego de caracterizarlo.

El movimiento radical —al cual le tocó denunciar y condenar simultáneamente a los tres elementos de la política de los últimos lustros del siglo XIX⁵⁶: civilismo, pierolismo y militarismo— constituyó en verdad la primera efectiva agitación anticlerical. Dirigido por hombres de temperamento más literario o filosófico que político, gastó⁵⁷ sus mejores energías en esta batalla, que, si produjo, sobre todo en provincias, cierto aumento del indiferentismo religioso, —lo que no era una ganancia— no amenazó en lo más mínimo la estructura económico-social, en la cual todo el orden que anatemizaba, se encontraba hondamente enraizado. La protesta radical⁵⁸ careció de eficacia por no haber aportado un programa económico-social. Sus dos principales lemas —anticentralismo y anticlericalismo— eran por sí solos insuficientes para amenazar los privilegios feudales. Únicamente el movimiento liberal de Arequipa, reivindicado hace apoco por Miguel Ángel Urquieta,⁵⁹ intentó colocarse en el terreno económico-social, aunque este esfuerzo no pasase de la elaboración de un programa.

En los países sudamericanos donde el pensamiento liberal ha cumplido libremente su trayectoria, insertado en una normal evolución capitalista y democrática, se ha llegado —si bien solo como especulación intelectual— a la preconización del protestantismo y de la iglesia nacional como una necesidad lógica del Estado liberal moderno.

Pero, desde que el capitalismo ha perdido en estos países su sentido revolucionario, esta tesis se muestra superada por los hechos⁶⁰. El socialismo, conforme a las conclusiones del materialismo histórico [...] ⁶¹, considera a las formas eclesiásticas y doctrinas religiosas, peculiares e

⁵⁶ «siglo veinte», en *7 Ensayos*, 1928, p. 141, y edición posterior.

⁵⁷ «empleó», en *7 Ensayos*, 1928, p. 141, y edición posterior.

⁵⁸ «o “gonzalez-pradista», agregado en *7 Ensayos*, 1928, p. 141, y edición posterior.

⁵⁹ En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 141, se consigna la fuente: Véase: el artículo «González [González] Prada y Urquieta» en el No. 5 de *Amanta*.

⁶⁰ En la edición de *7 Ensayos* 1928, p. 141, se consigna la fuente:

El líder de las Y.M.C.A. Julio Navarro Monzó, predicador de una nueva Reforma, admite en su obra *El problema religioso en la cultura latinoamericana* que: «habiendo tenido los países latinos la enorme desgracia de haber quedado al margen de la Reforma del siglo XVI, ahora era ya demasiado tarde para pensar en convertirlos al Protestantismo».

⁶¹ «—que conviene no confundir con el materialismo filosófico—», agregado en *7 Ensayos* 1928 y edición posterior.

inherentes al régimen económico-social que las sostiene y produce. Y se preocupa, por tanto, de cambiar éste y no aquellas. La mera agitación anticlerical es estimada por el socialismo como un diversivo liberal burgués. Significa en Europa un movimiento característico de los pueblos donde la reforma protestante no ha asegurado la unidad de conciencia civil y religiosa, y donde nacionalismo político y universalismo romano viven en un conflicto [abierto o latente]⁶² que el compromiso puede apaciguar pero no cancelar ni resolver.

El protestantismo no consigue penetrar en la América Latina por obra de su poder espiritual y religioso sino de sus servicios sociales (Y.M.C.A., misiones metodistas de la sierra, etc.). Este y otros signos indican que sus posibilidades de expansión [...] ⁶³ se encuentran agotados⁶⁴. En los pueblos latinoamericanos les perjudican, además, el movimiento antiimperialista, [que recela]⁶⁵ de las misiones protestantes como de tácitas avanzadas del capitalismo anglosajón, británico o norteamericano. El pensamiento racionalista del siglo XIX⁶⁶, pretendía resolver la religión en la filosofía. Más realista, el pragmatismo, ha sabido reconocer al sentimiento religioso el lugar del cual la filosofía ochocentista se imaginaba vanidosamente desalojarlo. Y, como lo anunciaba Sorel, la experiencia histórica de los últimos lustros, ha comprobado que los actuales mitos revolucionarios o sociales pueden ocupar la conciencia⁶⁷ profunda de los hombres con la misma plenitud que los antiguos mitos religiosos.

LA REPRESIÓN DE LA VAGANCIA *

Siento el deber de responder al llamamiento que, con su valiente y honrada compañía contra la ley de represión de la vagancia, dirige implícitamente Ángela Ramos a todas las opiniones responsables para que cooperen a la abolición de esa ley. Su labor periodística ha descubierto a Ángela Ramos—espíritu alerta y sensible— la inhumanidad y el medievalismo de un sistema carcelario, contra el cual se reacciona solo ahora, al impulso de un movimiento de reforma que arranca del Código vigente. Y la ha puesto, enseguida, delante de la situación monstruosamente singular de los «vagos».

El delincuente por homicidio o por robo, sufre una pena determinada por un tribunal competente, después de un proceso más o

⁶² «ya abierto, ya latente», en *7 Ensayos* 1928 y edición posterior.

⁶³ «normal», agregado en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁶⁴ «agotadas», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁶⁵ «cuyos vigías recelan», sustituido en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁶⁶ «diecinueve», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

⁶⁷ «conciencia», en *7 Ensayos* 1928 y ed. posterior.

* En *Mundial* (Lima), núm. 400, 10 de febrero de 1928. Incluido en *Temas de Educación* (1970), pp. 177-181. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 403-404.

menos moroso. Pero este proceso, cuya lentitud lo expone a una carcelería excesiva o indefinida, le reconoce y garantiza, al menos, su derecho a la defensa. Una vez condenado, el delincuente sabe que, descontada su pena, recobrará a plazo fijo, su libertad y sus derechos civiles. Según los casos, la libertad condicional, introducida en nuestro sistema penal por la reforma Maúrtua, puede reducir la duración de su pena. La ley prevé su rehabilitación; y crea los medios de procurarla. El patronato ampara al preso; las escuelas de penados se ocupan en su instrucción. Todas estas garantías tienen, entre nosotros, un grado muy relativo de efectividad y permanencia; pero, tienden, poco a poco, a consolidarse. Del profesorado de la escuela de penados, parte desde hace algún tiempo el más enérgico impulso de reforma penitenciaria. Modesto Villavicencio, director de la escuela de penados del Panóptico y de la escuela de vigilantes —institución que corre el riesgo de malograrse por culpa del empirismo y la rutina burocrática—, allegó en esa labor los preciosos datos que le permitieron denunciar, en una interesantísima tesis universitaria, los abusos inverosímiles de establecimientos penales, donde subsistían hasta la fecha a que alcanzan los datos de Villavicencio —y donde subsisten hasta hoy conforme a las sensacionales indagaciones de Ángela Ramos— castigos y torturas corporales como la inconcebible «carrera de baqueta». (Villavicencio ha denunciado con un valor moral que lo honra —sin ser rectificado— todos estos castigos sádicos y brutales, en un libro al cual remito a los que se interesan por esta cuestión).

Pero ninguna de las garantías de la ley penal ampara al presunto «vago», caídos bajo la sospecha de la policía. La famosa ley de represión de la vagancia —cuya gestación fue completamente extraña a la reforma penal, y cuya naturaleza está a tal punto en pugna con el espíritu de ésta que nada ha podido hasta ahora enlazarlas ni relacionarlas— niega al hombre, acusado de vagancia, todo derecho y toda garantía. Lo somete a una jurisdicción especial y única: la policía⁶⁸. El atestado policial constituye todo su proceso. Un proceso sumario, en el cual se le priva de la más elemental defensa. La policía es omnipotente contra el vago: la policía lo acusa, lo arresta, lo procesa y lo condena. Contra el peor delincuente, su poder es mucho menos⁶⁹. El juez puede encontrar atenuantes a su crimen. El «vago» no tiene juez o, mejor dicho, no tiene más juez que la policía, cuyas funciones, sin embargo, por definición universal, son de prevención y seguridad única y exclusivamente.

Las penas a que se condena al «vago» son las más inexorables y rígidas: trabajos forzados, confinamiento o segregación indefinidas, deportación inapelable y definitiva. Y todo el horror de esta ley toca su límite cuando se piensa, no solo que puede ser empleada maliciosamente contra un falso «vago», sino que pocas cosas son tan difíciles de establecer

⁶⁸ «policial», en *Temas de la educación*.

⁶⁹ «menor», en *Temas de la educación*.

como la condición de «vagancia». No digo a la policía criolla, tan impresionista y subjetiva en sus convicciones, a la policía más experimentada y perspicaz del mundo le sería casi imposible formarse un concepto objetivo y seguro de cada caso de «vagancia», en nuestro medio. En un país de atrasada economía, de escasa cultura, de embrionaria estadística, donde no existe aún una estadística del trabajo, [y ni siquiera una compleja estadística de trabajo]⁷⁰, ¿cómo se puede apreciar con certidumbre la condición de «vago»? La instrucción profesional obligatoria está todavía por establecer —las escuelas de artes y oficios y las granjas escuelas no alojan sino un número limitado de becarios—: la instrucción elemental misma no se encuentra al alcance de toda la población infantil. ¿Qué oficio se pretenderá entonces comprobar en un menor de dieciocho años que, después de una serie de aprendizajes inconstantes, ninguno de los cuales lo califica en oficio alguno, atraviesa un período de desocupación? En un país sin instrucción profesional y de exiguas industrias, es inevitable cierto nomadismo en una parte de la población masculina, compuesta de individuos que ejercen diversas actividades transitorias, que ensayan distintos trabajos, que viven, en fin, en un forzoso ambulante, en un peligroso estado de inestabilidad. De esta capa social salen los propensos a la «vagancia»; pero sería temerario clasificar a estos mismos como «vagos», sin más pruebas que la sospecha policial. Y poco significa a veces que la sospecha se transforme en convicción. Ya Ángela Ramos nos ha señalado un ejemplo de lógica policial: «Este sujeto es sospechoso; luego es un ratero».

No se extirpa la vagancia, reprimiéndola sino previniéndola. La «vagancia» no es sino un síntoma y un efecto. Su existencia acusa invariablemente un defecto de la organización económica y educacional. Las raíces de la vagancia están en la economía, en la educación de un pueblo. Ahí es donde hay que atacarlas; no en las calles ni en los caminos. Y, en todo caso, la represión debe conformarse y sujetarse al sistema penal general; jamás puede contrariarlo y violentarlo, como acontece precisamente entre nosotros, que tenemos, junto a un código moderno en sus principios, una ley de excepción —la ley de represión de la vagancia— inquisitorial y monstruosa en su concepto y empleo.

He sido de los primeros en denunciar esta ley. «La represión de la vagancia —escribí hace ya cuatro años— debe formar parte del código penal y ser coherente con su orientación jurídica. Ni los peruanos acusados de vagancia ni los extranjeros acusados de perniciosidad pueden ser privados de las garantías necesarias para defenderse». Hoy que en un diario local —comprobados y documentados los efectos de esta ley—, se aboga por su abolición, para la cual se presenta justamente la oportunidad con la reforma de la ley penal, encargada a una comisión que preside un juriconsulto de autoridad reconocida y versación profunda: siento, repito,

⁷⁰ Omitido en *Temas de educación*, p. 179.

el deber de responder a un llamamiento que ojalá toque a todas las conciencias honradas y sensibles del país.

MOTIVOS DE CARNAVAL *

1

No desdeñemos gravemente los pretextos frívolos. Ningún pretexto es bastante frívolo para no poder servir a una reflexión seria. El carnaval, por ejemplo, es una de las mejores ocasiones de asomarse a la psicología y a la sociología limeñas.

El 28 de julio es la fecha cívica en que Lima asume, con la mayor dignidad posible, su función de capital de la república. Pero, por esto mismo, por su énfasis de fecha nacional, no consigue ser característicamente limeña. (Tiene, con todo, a pesar de las ediciones extraordinarias de los diarios, un tono municipal, una reminiscencia de cabildo). La Navidad, malograda por la importación, carece de su sentido cristiano y europeo: efusión doméstica, decorado familiar, lumbre hogareña. Es una navidad estival, cálida, con traje de *palm beach*, en la que las barbas invernales de Noel y los pinos nórdicos hacen el efecto de los animales exóticos en un jardín de aclimatación. Navidad callejera, con cornetas de heladero, sin frío, sin nieve, sin intimidad y sin alburas. La *nochebuena*, la misa de gallo, los *nacimientos* nos han legado una navidad volcada en las calles y las plazuelas, sin más color tradicional que el aguinaldo infantil. La procesión de los Milagros es, acaso, la fiesta más castiza y significativamente limeña del año. Es uno de los aportes de la fantasía creadora del negro a la historia limeña, si no a la historia nacional. No tiene ese paganismo dramático que debe haber en las procesiones sevillanas. Expresa el catolicismo colonial de una ciudad donde el negro se asimiló al blanco, el esclavo al señor, engriéndolo y cunándolo⁷¹. Tradicional, plebeya, tiene bien asentadas sus raíces.

El carnaval limeño era también limeño, mulato, jaranero; pero no podía subsistir en una época de desarrollo urbano e industrial. En esta época tenía que imponerse el gusto europeizante y modernista de los nuevos ricos, de la clase media, de categorías sociales, en suma, que no podían dejar de avergonzarse de los gustos populares. La ciudad aristocrática podía tolerar, señorialmente, durante el carnaval, la ley del suburbio; la ciudad burguesa, aunque parezca paradójico, debía forzosamente atacar, en pleno proceso de democratización, este privilegio

* En *Mundial* (Lima), núm. 402, 24 de febrero de 1928. Incluido en *La novela y la vida* (1955), pp. 120-126. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1385-1386.

⁷¹ «acunándolo», en *La novela y la vida*, p. 121.

de la plebe. Porque el *demós*, ni en su sentido clásico ni en su sentido occidental, es la plebe.

La fiesta se aburguesó a costa de su carácter. Lo que no es popular no tiene estilo. La burguesía carece de imaginación creadora; la clase media —que no es propiamente una clase sino una zona de transición— mucho más. Entre nosotros, sin cuidarse de la estación ni la latitud, reemplazaron el carnaval criollo —un poco brutal y grosero, pero espontáneo, instintivo, veraniego— por un carnaval extranjero, invernal, para gente acatarrada. El cambio ha asesinado la antigua alegría de la fiesta; la alegría nueva, pálida, exigua, no logra aclimatarse. Se le mantiene viva a fuerza de calor artificial. Apenas le falte este calor perecerá desgarradamente. Las fiestas populares tienen sus propias leyes biológicas. Estas leyes exigen que las fiestas se nutran de la alegría, la pasión, el instinto del pueblo.

2

En los desfiles del carnaval, Lima enseña su alma melancólica, desganada, apática⁷². La gente circula por la calle con un poco de automatismo. Su alegría es una alegría sin convicción, tímida, floja, medida, que se enciende a ratos para apagarse enseguida como avergonzada de su propio ímpetu. El carnaval adquiere cierta solemnidad municipal, cierto gesto cívico, que cohíbe en las calles el instinto jaranero de las masas. Quienes hayan viajado por Europa, sienten en esta fiesta la tristeza sin drama del criollo. Por sus arterias de sentimentaloides displicentes no circula sangre dionisiaca, sangre romántica.

3

La fiesta se desenvuelve sin sorpresa, sin espontaneidad, sin improvisación. Todos los números están previstos. Y esto es, precisamente, lo más contrario a su carácter. En otras ciudades, el regocijo de la fiesta depende de sus inagotables posibilidades de invención y de sorpresa. El carnaval limeño nos presenta como un pueblo de poca imaginación. Es, finalmente, un testimonio en contra de los que aún esperan que prospere entre nosotros el liberalismo. No tenemos aptitud individualista. La fórmula manchesteriana pierde todo su sentido en este país, donde el paradójico individualismo español degeneró en fatalismo criollo.

4

El carnaval es, probablemente, una fiesta en decadencia. Representa una supervivencia pagana que conservaba intactos sus estímulos en el Medioevo cristiano. Era entonces un instante de retorno a la alegría

⁷² «desganada “y” apática» [comillas nuestras], en *La novela y la vida*.

pagana. Desde que esta alegría regresó a las costumbres, los días de carnaval perdieron su intensidad. No había ya impulsos reprimidos que explosionaran delirantemente. La bacanal estaba reincorporada en los usos de la civilización. La civilización la ha refinado. Con la música negra ha llegado al paroxismo. El carnaval sobra. El hombre moderno empieza a encontrarle una faz descompuesta de cadáver. Massimo Bontempelli, que con tanta sensibilidad suele registrar estas emociones, no cree que los hombres hayan amado nunca el carnaval. «La atracción del carnaval — escribe — está hecha del miedo de la muerte y del asco de la materia. La invención del carnaval es una brujería en que se mezclan la sensualidad obscena y lo macabro. Tiene su razón de ser en el uso de la máscara, cuyo origen metafísico es, sin duda alguna, fálico: la desfiguración de la cara tiende a mostrar a las muchedumbres humanas como aglomeraciones de cabezas pesadas y avinadas de Priapos⁷³. Los movimientos de estas muchedumbres están animados por ese sentido de agitación estúpida que es propio de los amontonamientos de gusanos en las cavidades viscerales de los cadáveres».

En Europa, el carnaval declina. El clásico carnaval romano no sobrevive sino en los *veglioni*⁷⁴. Y el de Niza no es sino un número del programa de diversiones de los extranjeros de la Costa Azul. La sumaria requisitoria de Bontempelli traduce, con imágenes plásticas, esta decadencia.

EL PROBLEMA DE LA UNIVERSIDAD *

Se presiente la proximidad de una ofensiva contra el viejo régimen universitario. La clausura de la Universidad del Cuzco el año último, planteó con urgente apremio el problema de su reorganización. La comisión encargada de proponer el plan respectivo, lo hizo con diligente empeño y ambiciosa esperanza. Su proyecto parecía definitivamente encallado en los escollos burocráticos del Ministerio de Instrucción Pública, entre los cuales no consigue nunca moverse —según los prácticos— ninguna idea de gran calado. Pero, posteriormente, el Congreso ha facultado de modo expreso al Gobierno a reformar la enseñanza universitaria. Y desde entonces el problema de la Universidad deja sentir demasiado su angustiosa presencia. Todos convienen —menos el Doctor Manzanilla que se clausura en un rígido e incómodo silencio— en que se trata de un problema que no es posible eludir por más tiempo. Se le ha eludido ya más de lo razonable.

⁷³ En la mitología griega, Priapo es el dios del libertinaje. [Nota tomada de *La novela y la vida*]

⁷⁴ Bailes de máscaras. [Nota tomada de *La novela y la vida*].

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 403, 2 de marzo de 1928. Incluido en *Temas de Educación* (1970), pp. 111-114. En *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 385-386.

Desde 1919 se suceden las tentativas y proyectos de reforma universitaria. La asamblea nacional que revisó la Constitución, sancionó los principios por los cuales se agitó más vehementemente la opinión estudiantil. Pero, abandonada siempre la actuación misma de la Reforma al consejo docente de la Universidad, sus principios estaban inevitablemente condenados a un sabotaje más o menos ostensible y sistemático. Esto último dependía de la temperatura moral y política del claustro y de la calle. El rectorado del doctor Villarán correspondió a una estación en la que mantenía beligerante y fervoroso en el alumnado el sentimiento renovador. Los antecedentes de sus campañas sobre educación nacional obligaban, además, personalmente, al Rector, a esforzarse por alcanzar algunas metas asequibles a la modesta actitud de una docencia remolona. Más, pronto la renuncia del doctor Villarán restauró del todo en el gobierno de la Universidad el viejo espíritu. La esperanza de que la Universidad se renovara por sí misma, aunque fuera lentamente, apareció definitivamente liquidada. Hasta los más optimistas y generosos en su crédito de confianza a la docencia, constataron la incurable impotencia de la Universidad para regenerarse sola.

El doctor Manzanilla se siente todavía, según parece, en el mejor de los mundos posibles. Es un optimista —o un pesimista— absoluto, que, en estridente desacuerdo con su época, se resiste a creer que «la ley del cambio es la ley de Dios». No sabemos lo que opina —u opinará— oficialmente en su informe al gobierno. Pero a juzgar por el mal humor con que responde a las preguntas, siempre impertinentes para él, de los periodistas, es evidente que toda intención de reforma universitaria lo importuna. La Universidad de San Marcos está bien en 1928 como estuvo en 1890 o un siglo antes. ¿Para qué tocarla? Si el señor Manzanilla se decidiera a decir algo, es probable que dijera más o menos esto.⁷⁵

Pero, a pesar del señor Manzanilla, la vejez y los achaques de la Universidad son demasiado visibles y notorios hasta para las personas más indulgentes. La necesidad de la Reforma no se disimula a nadie. Es una necesidad integral, a la cual no se escapa ninguno de los aspectos materiales ni espirituales de la Universidad. En otros países, las universidades permanecen aferradas a sus tradiciones, enfeudadas a los intereses de clases; pero, por lo menos, técnicamente acusan un adelanto incesante. En el Perú, la enseñanza universitaria es una cosa totalmente envejecida y desvenecjada. En un viejo local, un viejo espíritu, sedentario e impermeable, conserva sus viejos, viejísimos métodos. Todo es viejo en la Universidad. Se explica absolutamente el afán del doctor Molina en sacarla de sus claustros dogmáticos, a una casa bien aireada. El doctor Molina, al visitar las aulas de San Marcos, de regreso de un largo viaje por Europa, debe haber tenido la

⁷⁵ Ver antecedente en: «Voto en Contra», *Amauta* (Lima), núm. 7, marzo de 1927. Incluido en *Ideología y Política* (1969), pp. 233-234. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 254-255.

impresión de que la Universidad funciona en un sótano lleno de murciélagos y telas de araña.

Hasta este momento no se conoce el alcance de la reforma que, según se anuncia, prepara el Ministro de Instrucción doctor Oliveira. Pero no es infundado desconfiar de que esta vez los propósitos de reforma vayan más allá de una experimentación o una tentativa tímida. Los poderes reales de un ministro, frente a un problema de esta magnitud, son limitados. El señor Oliveira es, por otra parte, un antiguo catedrático que tenderá seguramente a tratar con excesivo miramiento a la vieja docencia. Ha tenido, hasta hoy, algunas declaraciones honradas y precisas sobre el problema de la instrucción pública en el Perú. Por ejemplo, cuando ha reconocido la imposibilidad de educar al indio por medio solo de escuelas, dentro de un régimen de gamonalismo o feudalidad agrarias. Mas la persona del Ministro es accidental. El Ministerio de Instrucción —el estado mayor de la enseñanza— no comparte por cierto los puntos de vista del Ministro. Es probable que ni siquiera se preocupe de ellos. Y esto es decisivo como obstáculo para cualquier propósito, aunque sea el más perseverante y valiente.

Porque el problema de la Universidad no está fuera del problema general de la enseñanza. Y por los medios y espíritu con que aborda el problema de la escuela primaria, se puede apreciar la aptitud de una política educacional para resolver el de la instrucción superior. Sin embargo, mientras sea tiempo, esperemos.

ESTUDIANTES Y MAESTROS *

Los catedráticos inseguros de su solvencia intelectual, tienen un tema predilecto: el de la disciplina. Recuerdan el movimiento de reforma de 1919 como un motín. Ese movimiento no fue para ellos una protesta contra la vigencia de métodos arcaicos ni una denuncia del atraso científico e ideológico de la enseñanza universitaria, sino una violenta ruptura de la obediencia y el acatamiento debidos por el alumnado a sus maestros. En todas las agitaciones estudiantiles sucesivas, estos catedráticos encuentran el rastro del espíritu de asonada y turbulencia de 1919. La Universidad — según su muy subjetivo criterio— no se puede reformar sin disciplina.

Pero el concepto de disciplina es un concepto que entienden y definen a su modo. El verdadero maestro no se preocupa casi de la disciplina. Los estudiantes lo respetan y lo escuchan, sin que su autoridad necesite jamás acogerse al reglamento ni ejercerse desde lo alto del estrado. En la biblioteca, en el claustro, en el patio de la Universidad, rodeado familiarmente de sus alumnos, es siempre el maestro. Su autoridad es un

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 404, 9 de marzo de 1928. Incluido en *Temas de Educación* (1970), pp. 115-118. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 387-388.

hecho moral. Solo los catedráticos mediocres —y en particular los que no tienen sino un título convencional o hereditario— se inquietan tanto por la disciplina, suponiéndola una relación rigurosa y automática que establece inapelablemente la jerarquía material o escrita.

No quiero hacer la defensa de la juventud universitaria —respecto de la cual, contra lo que pudiera creerse, me siento poco parcial y blando—; pero puedo aportar libremente a esa defensa mi testimonio, en lo que concierne a la cuestión de la disciplina, declarando que nunca he oído a los estudiantes juicios irrespetuosos sobre un profesor respetable de veras. (Las excepciones o discrepancias individuales no cuentan. Hablo de un juicio más o menos colectivo). Me consta también que cuando formularon en 1919 la lista de catedráticos repudiados —a pesar de que el ambiente exaltado y tumultuario de las asambleas no era el más a propósito para las valoraciones medidas—, los estudiantes cuidaron de no excederse en sus condenas. Las tachas tuvieron siempre el consenso mínimo de un 90 por ciento de los alumnos de la clase respectiva. En la mayoría de los casos, fueron votadas por unimidad⁷⁶ y aclamación. Los líderes de la Reforma se distinguían todos por una ponderación escrupulosa. No se proponían purgar a la Universidad de los mediocres, sino únicamente de los pésimos. La sanción que encontraron en el gobierno y en el congreso todas las tachas de entonces, evidencia que no eran contestables ni discutibles. El tópico de la disciplina es, pues, un tópico barato y equívoco.

Y del mismo género son las críticas que, fácil e interesadamente, se pronuncian sobre la influencia que tienen en la crisis universitaria otros relajamientos o deficiencias del espíritu estudiantil.

Contra todo lo que capciosamente se insinúe o sostenga, la crisis de maestros ocupa jerárquicamente el primer plano. Sin maestros auténticos, sin rumbos austeros, sin direcciones altas, la juventud no puede andar bien encaminada. El estudiante de mentalidad y espíritu cortos y mediocres, mira en el profesor su dechado o su figurín; con un profesor desprovisto de desinterés y de idealismo, el estudiante no puede aprender ni estimar una ni otra cosa. Antes bien, se acostumbra a desdeñarlas prematuramente como superfluas, inútiles y embarazantes. Un maestro —o, mejor, un catedrático— en quien sus discípulos descubren una magra corteza de cultura profesional, y nada más, carece de autoridad y de aptitud para inculcarles y enseñarles extensión ni hondura en el estudio. Su ejemplo, por el contrario, persuade al discípulo negligente de la conveniencia de limitar sus esfuerzos, primero a la adquisición rutinaria del grado y después a la posesión de un automóvil, al allegamiento de una fortuna, y —si es posible de paso— a la conquista de una cátedra, membrete de lujo, timbre de academia. La vida y la personalidad egoístas, burocráticas, apocadas, del profesor decorativo y afortunado, influyen inevitablemente en la ambición,

⁷⁶ A pie de página dice: «unimidad», error en *Mundial*, subsanado en *Amauta*. Debe decir: «unanimidad», subsanado en *Amauta*.

el horizonte y el programa del estudiante de tipo medio. Profesores estériles tienen que producir discípulos estériles.

Sé bien que esto ni⁷⁷ inmuniza del todo a la juventud contra las críticas ni reproches. La universidad no es, obligada y exclusivamente, su único ambiente moral y mental. Todas las inteligencias investigadoras, todos los espíritus curiosos, pueden —si lo quieren— ser fecundos por el pensamiento mundial, por la ciencia extranjera. Una de las características fisonómicas de nuestra época es, justamente, la circulación universal, veloz y fluida de las ideas. La inteligencia trabaja, en esta época, sin limitaciones de frontera ni de distancia. No nos faltan, en fin, maestros latinoamericanos a quienes podamos útilmente dirigir nuestra atención. La juventud —sus propios movimientos lo comprueban y declaran— no vive falta de estímulos intelectuales ni de auspicios ideológicos. Nada la aísla de las grandes inquietudes humanas. ¿No han sido extrauniversitarias las mayores figuras de la cultura peruana?

Los estudiantes, después de las honrosas jornadas de la reforma, parecen haber recaído en el conformismo. Si merecen alguna crítica, no es por cierto la que mascullan, regañones e incomodados, los profesores que reclaman el establecimiento de una disciplina singular, fundada en el gregarismo y en la obediencia pasivas.

EL PORVENIR DE LAS COOPERATIVAS *

Cuando se discurre entre nosotros sobre la necesidad de fomentar el establecimiento de cooperativas de consumo, se prescinde con frecuencia de los principios económicos que rigen universalmente el desarrollo de la cooperación. Se suele considerar a las cooperativas como empresas privadas que pueden surgir del esfuerzo personal, aunque no esté articulado con una masa organizada de consumidores, y se desenvuelva dentro de un medio individualista e inorgánico. La cooperación es, sin embargo, un método económico que, hasta por la palabra que lo designa, no debería prestarse a confusiones. Es evidente que sin cooperadores no hay cooperación. Y a estos cooperadores no es posible asociarlos con el exclusivo objeto de constituir una cooperativa, sin algún vínculo previo de comunidad. La cooperativa nace generalmente del sindicato. No necesita, como la empresa privada, que afronta los riesgos de la libre concurrencia, adquirir poco a poco una clientela de consumidores. Su seguridad comercial, reposa precisamente en la masa de sus asociados. Las utilidades que garantizan el consumo de éstos, le bastan para subsistir.

⁷⁷ «no», en *Temas de la educación*.

* En *Mundial* (Lima), núm. 405, 16 de marzo de 1928. Reproducido en *Amauta* (Lima), sec. «La Vida Económica» —Cooperativas, núm. 13, marzo de 1928, pp. 38 y 39. Incluido en *Ideología y Política* (1969) pp. 193-196. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 238-240.

La ciencia económica tiene esclarecidas, desde hace ya tiempo, las leyes de la cooperación. En nuestras universidades y colegios, se estudia economía conforme con los textos de Charles Gide, quien justamente se caracteriza por su recalitrante cooperativismo. Y los experimentos de cooperación que han prosperado entre nosotros, confirman objetiva y concretamente el principio de que la cooperativa de consumo encuentra las condiciones propias de su desarrollo únicamente en las masas o conjuntos de trabajadores o empleados, susceptibles de asociación.

No hay razón para engañarse respecto a las causas por las cuales no se ha extendido ni acreditado más la cooperación en nuestro país. Un cooperativismo incipiente está en estricta correspondencia con un sindicalismo embrionario. El sindicato precede, regularmente, a la cooperativa, porque una categoría o un grupo de trabajadores se asocia para la defensa de sus más elementales intereses económicos, antes que para su abastecimiento de comestibles, ropa y vajilla. El cooperativismo es, típicamente, una de las creaciones de la economía capitalista, aunque en la generalidad de los casos aparezca inspirado en una orientación socialista o, más exactamente, prepare los elementos de una socialización.

El movimiento guildista —culminación del cooperativismo— no habría sido posible en la Gran Bretaña sin las bases que espontáneamente le ofrecía el movimiento tradeunionista. Y lo mismo se puede decir de todos los países donde el cooperativismo ha alcanzado un grado notable de prosperidad. En todos esos países, ha sido la asociación gremial, y no ningún sedicente comité «laborista» el motor de la cooperación. «Los actuales sindicatos obreros —escribe un autorizado guildista— constituyen las bases naturales de las guildas». La guilda supera a la cooperativa tanto por estar concebida sobre un plan nacional, en vez de un plan local, como por mirar a la socialización de una industria entera; pero, por esto mismo, permite apreciar, con la mayor exactitud posible el grado de solidaridad entre cooperativismo y sindicalismo.

En la medida en que en un país se estorba el avance del sindicalismo, se entraba también el progreso de la cooperación. Lo que no significa que —como suponen los cooperativistas a ultranza— la cooperativa conduzca espontáneamente al socialismo con la misma o mayor certidumbre que el sindicato. La cooperativa, dentro de un régimen de libre concurrencia, y aun con cierto favor del Estado, no es contraria, sino por el contrario útil, a las empresas capitalistas. Jorge Sorel las considera «excelentes auxiliares del capitalismo, puesto que consienten a éste comerciar directamente con la clientela y poder aprovechar de todo el aumento de consumo que corresponde normalmente a una reducción de precios». (El gran maestro del sindicalismo revolucionario no subestima, por esto, la función de las cooperativas. Reconoce ampliamente que son campos de experiencia muy interesantes y que «nos enseñan cuáles son los servicios de aprovisionamiento que es posible socializar con provecho y cómo puede ser operada esta socialización»). El sindicato mismo tiene su

origen en la lucha de clases; pero funciona ordinariamente como un órgano de conciliación y compromiso. Henri de Man está en lo cierto cuando en su reciente libro —tan vulnerable bajo otros aspectos— observa que el sindicato mantiene en el obrero sentimientos que le hacen aceptar el taller y el trabajo en condiciones que, sin los estímulos morales de la asociación, acabarían por parecerle intolerables. «Este movimiento sindical —escribe De Man— al que los patronos acusan de fomentar la repugnancia al trabajo, y que es, en gran parte, la consecuencia de esta enfermedad, contribuye eficazmente a sostener o crear las condiciones que pueden favorecer el placer al trabajo. Tal es la labor que realizan los sindicatos, luchando por el aumento del salario y la reducción de la jornada. De este modo protegen al obrero contra la miseria y la fatiga y le permiten ver en el trabajo otra cosa que una servidumbre abominable. Le dan la conciencia de su humana dignidad, sin la cual todo trabajo no es más que esclavitud».

En el Perú, el desarrollo de las cooperativas no puede dejar de estar subordinado, conforme a las enseñanzas de la teoría y la práctica económicas, ni al desenvolvimiento de la acción sindical, ni a los factores generales de nuestro proceso económico. Pero, con todo, es el Perú uno de los países de la América Latina donde la cooperación encuentra elementos más espontáneos y peculiares de arraigo. Las comunidades indígenas reúnen la mayor cantidad posible de aptitudes morales y materiales para transformarse en cooperativas de producción y de consumo. Castro Pozo, ha estudiado, con acierto, esta capacidad de las «comunidades», en las cuales reside, indudablemente, contra el interesado escepticismo de algunos, un elemento activo y vital de realizaciones socialistas.

Mientras en ciudades, lo mismo que en los centros agrícolas del país, falta aún la base sindical o tradeunionista sobre la cual puedan reposar las cooperativas de consumo, en los centros indígenas campesinos, las tradiciones comunitarias ofrecen los elementos de un cooperativismo integral.

EL ANTI-SONETO *

Ahora sí podemos creer en la defunción definitiva, evidente, irrevocable del soneto. Tenemos, al fin la prueba física, la constancia legal de esta defunción: el anti-soneto. El soneto que no es ya soneto, sino su negación, su revés, su crítica, su renuncia. Mientras el vanguardismo se contentó con declarar la abolición del soneto en poemas cubistas, dadaístas o⁷⁸ expresionistas, esta jornada de la nueva poesía no estaba aún totalmente vencida. No se había llegado todavía sino al derrocamiento del soneto:

* En *Amauta* (Lima), «Nota de Amauta», núm. 17, septiembre de 1928, p. 76. Incluido en *Peruanicemos al Perú* (1970) pp. 215-217. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 343-344.

⁷⁸ «y», en *Ideología y política*.

faltaba su ejecución. El soneto, prisionero de la revolución, espiaba la hora de corromper a sus guardianes; los poetas viejos, con máscara de juventud, rondaban capciosamente en torno de su cárcel, acechando la oportunidad de libertarlo; los propios poetas nuevos, fatigados ya del jacobinismo del verso libre, empezaban a manifestar a ratos una tímida nostalgia de su autoridad clásica y latina. Existía la amenaza de una restauración especiosa y napoleónica: temidor de la república de las letras. Jaime Torres Bodet, en su preciosa revista *Contemporáneos*, inició últimamente una tentativa formal de regreso al soneto, reivindicado así en la más tórrida sede de América revolucionaria. Hoy, por fortuna, Martín Adán realiza el anti-soneto. Lo realiza, quizá, a pesar suyo, movido por su gusto católico y su don tomista de reconciliar el dogma nuevo con el orden clásico. Un capcioso propósito reaccionario, [lo conduce a un resultado revolucionario]⁷⁹. Lo que él nos da, sin saberlo, no es el soneto sino el anti-soneto. No bastaba atacar al soneto de fuera como los vanguardistas: había que meterse dentro de él, como Martín Adán, para comerse su entraña hasta vaciarlo. Trabajo de polilla, prolijo, secreto, escolástico. Martín Adán ha intentado introducir un caballo de Troya en la nueva poesía; pero ha logrado introducirlo, más bien, en el soneto, cuyo sitio concluye con esta maniobra, aprendida a Ulyses, no el de Joyce sino el de Homero. Golpead ahora con los nudillos en el soneto cual si fuera un mueble del Renacimiento; está perfectamente hueco; es cáscara pura. Barroco, culterano, gongorino, Martín Adán salió en busca del soneto, para descubrir el antisoneto, como Colón en vez de las Indias encontró en su viaje la América. Durante el tiempo que ha trabajado benedictinamente en esta obra, ha paseado por Lima como un sobretodo algo escolástico, casi teológico, totalmente gongorino, como si expiara la travesura de colegial de haber intercalado entre caras ortodoxas su perfil sefardí y su sonrisa semita y aguileña. El antisoneto anuncia que ya la poesía está suficientemente defendida contra el soneto: en largas pruebas de laboratorio, Martín Adán ha descubierto la vacuna preventiva. El antisoneto es un anti-cuerpo. Solo hay un peligro: el de que Martín Adán no haya acabado sino con una de las dos especies del soneto: el soneto alexandrino⁸⁰. El soneto clásico, toscano, auténtico es el de Petrarca, el endecasílabo. Por algo, Torres Bodet lo ha preferido en su reivindicación. El alejandrino es un metro decadente. Si nuestro amigo, ha dejado vivo aún el soneto endecasílabo, la nueva poesía debe mantenerse alerta. Hay que rematar la empresa de instalar al disparate puro en las hormas de la poesía clásica.

⁷⁹ Omitido en *Peruanicemos al Perú*.

⁸⁰ «alejandrino», en *Peruanicemos al Perú*.

LA CRISIS DE LA BENEFICENCIA Y LA CUESTIÓN DE LOS ASISTENTES *

El criterio con que la Beneficencia Pública de Lima ha balanceado su presupuesto deficitario, es singularmente expresivo de lo poco que se adapta y aviene esta anciana institución a sus fines de asistencia social. Puesta en el trance de hacer economías, la Beneficencia ha comenzado por la de los míseros haberes de los asistentes y externos de los hospitales. Es decir, por una economía que no solo resulta la del bizcochuelo del loro, sino la más inconcebible en una institución cuyo objeto principal es, precisamente, la asistencia hospitalaria. El factor técnico es —sin duda— el más importante en tal servicio; pero la resolución de la Beneficencia lo presenta como el menos estimado por esta corporación.

Del déficit y la penuria de la Beneficencia, los asistentes y externos de los hospitales, no son, por supuesto, mínimamente responsables. Los sueldos de los asistentes apenas llegan a cinco libras mensuales. La Beneficencia ha mantenido, en este servicio, con el celo más conservador y la tacañería más recalcitrante, una escala de sueldos que data probablemente de la época colonial. Todos los servidores de esta institución han obtenido progresivos aumentos. Nadie objetará, por cierto, la justicia de estos aumentos; pero todos tendrán que sorprenderse de que la Beneficencia no los haya hecho extensivos a los médicos y practicantes. La asistencia necesita un personal técnico antes que un personal burocrático. El personal técnico, sin embargo, se había conformado hasta ahora con una remuneración exigua, de la cual la Beneficencia se ha acordado solo para reducirla o cercenarla.

Las propinas —hay que llamarlas así— de los estudiantes que prestan sus servicios como externos, y aun como internos, en los hospitales, en un país donde no existen bolsas de estudios, constituyen un modesto y parcial sucedáneo de los medios con que se cuenta en otras partes para ayudar en su carrera a los estudiantes pobres. Su supresión o reducción no se explicaría en ningún caso; pero se explica menos aún decretada por la Beneficencia. La razón de economía no es bastante para justificar una medida de esta naturaleza que, de otro lado, no será sin duda suficiente para sacar a la Beneficencia de los apuros a que la ha conducido una administración imprevisora. La rebaja de los egresos tendría, necesariamente, que detenerse siempre ante renglones manifiestamente intangibles.

Es lógico y honrado que la Beneficencia se esfuerce por acomodar sus gastos a sus recursos. Pero su plan de economías no puede obedecer a un criterio puramente administrativo y financiero. Una Sociedad de Beneficencia no debe ni puede olvidar jamás su objeto, su función. Si no le

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 406, 23 de marzo de 1928. Incluido en *Peruanicemos al Perú* (1970), pp. 171-174. *Mariátegui Total Tomo I*, pp. 327-328.

es posible cumplirlos, de otro modo que rebajándolos y amputándolos, tiene el deber de confesar y aceptar su fracaso. Porque a la Beneficencia se le podría haber disculpado su incapacidad orgánica para amoldarse a un entendimiento democrático de la asistencia social; se le podría haber disculpado su marcha remolona y achacosa hacia metas inaccesibles a sus gastadas fuerzas e incompatibles con sus hábitos sedentarios; pero no se le puede disculpar su déficit y su falencia. Lo menos que cabía exigir de la Beneficencia era parsimonia en los gastos, puntualidad en los presupuestos, prudencia en las empresas. En materia médico-social, su competencia tenía que ser muy elemental y modesta; pero siquiera en materia administrativa, podía suponersele amaestrada por la experiencia. Su considerable patrimonio la ponía a cubierto de estrecheces.

La crisis económica de la Beneficencia, por sus efectos en los servicios hospitalarios, indica claramente que esa institución ha llegado, cargada de años y de benemerencias, a la edad de la jubilación forzosa. Las instituciones, como los individuos, envejecen. La Beneficencia no puede evadir su destino. Su ancianidad y su patriotismo, no son títulos bastantes para que se le prorrogue una misión que desde hace tiempo no está en aptitud de desempeñar. Hoy se encuentra en la imposibilidad de pagar cinco libras mensuales a los médicos asistentes. Con los años —por eficaz que sea la gestión de su actual dirección— sus dificultades y sus tropezones tendrán que multiplicarse. Si algún servicio se quiere reservar a la Beneficencia para conservarla por algún tiempo más como una reliquia histórica, que se le encargue la asistencia de los ancianos indigentes y de los mendigos. Esta sería tal vez una ocupación adecuada a su tradición y a sus aficiones. Pero los hospitales deben pasar a manos más seguras y robustas. La supresión de los haberes de los asistentes, como en general la crisis económica de la Beneficencia, refleja un estado de decadencia orgánica que ni el más milagroso taumaturgo acertaría a curar con el paliativo de las economías. Con el ahorro, la Beneficencia no ha hecho más que ponerse a dieta. Pero ni éste ni otro tratamiento lograrán rejuvenecerla y vigorizarla. Lo menos que hay que hacer con ella, de urgencia, es aliviarla de trabajo y de responsabilidades.

EN TORNO AL TEMA DE LA INMIGRACIÓN*

La Conferencia Internacional de Inmigración de La Habana, invita a considerar este asunto en sus relaciones con el Perú. Parecen liquidados, por fortuna, los tiempos de política retórica en que, extraviada por las

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 409, 13 abril de 1928. Incluido en *Amauta*, sec. «La vida económica» —Inmigración, (con modificaciones y agregados), núm. 13, marzo de 1928, pp. 37-38. *Peruanicemos al Perú* (1970), pp. 175-181 (con los agregados de *Amauta*). *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 328-330.

fáciles elucubraciones⁸¹ de los programas de partido y de gobierno, la opinión pública peruana se hacía excesivas o desmesuradas ilusiones sobre la capacidad del país para atraer y absorber una inmigración importante. Pero el problema de la migración no está aún sería y científicamente estudiado, en ninguno de sus dos aspectos: ni en las posibilidades del Perú de ofrecer trabajo y bienestar a los inmigrantes, en grado de determinar una constante y cuantiosa corriente migratoria a sus suelos, ni en las leyes que regulan y encauzan las corrientes de inmigración y su aprovechamiento por los pueblos escasamente poblados.

Las restricciones a la inmigración vigentes en los Estados Unidos desde hace algunos años, han mejorado un tanto la posición de los demás países de América en lo concerniente al interesamiento de los inmigrantes por sus riquezas y recursos. Pero este es un factor general y pasivo del cual tienen muy poco que esperar los países que no se encuentren en condiciones de asegurar a los inmigrantes perspectivas análogas a las que convirtieron a Norteamérica en el más grande foco de atracción de la inmigración mundial.

Estados Unidos ha sido, en el período en que afluían a su territorio fabulosas masas de inmigrantes, una nación en el más vigoroso, orgánico y unánime proceso de crecimiento industrial y capitalista que registra la historia. El inmigrante de aptitudes superiores, hallaba en Estados Unidos el máximo de oportunidades de prosperidad o enriquecimiento. El inmigrante modesto, el obrero manual, encontraba, al menos, trabajo abundante y salarios elevados que, en caso de no asimilación, le consentían repatriarse después de un período más o menos largo de paciente ahorro. La Argentina y el Brasil, además de las ventajas de su situación sobre el Atlántico, han presentado, en otra proporción y distinto marco, parecido proceso de desenvolvimiento capitalista. Y, por esta razón, se han beneficiado de los aluviones de inmigración occidental en escala mucho mayor que los otros pueblos latinoamericanos.

El Perú, en tanto, no ha podido atraer masas apreciables de inmigrantes por la sencilla razón de que —no obstante, su leyenda de riqueza y oro— no ha estado económicamente en condiciones de solicitarlas ni de ocuparlas. Hoy mismo, mientras la colonización de la montaña, que requiere la solución previa y costosa de complejos problemas de vialidad y salubridad, no cree en esa región grandes focos de trabajo y producción, la suerte del inmigrante en el Perú, es muy aleatoria e insegura. Al Perú no pueden venir, sino en muy exiguo número, obreros industriales. La industria peruana es incipiente y solo puede remunerar medianamente a contados técnicos. Y tampoco pueden venir al Perú campesinos y jornaleros. El régimen de trabajo y el tenor de vida de los trabajadores indígenas del campo y las minas, están demasiado por debajo del nivel material y moral de los más modestos inmigrantes europeos. El campesino

⁸¹ «lucubraciones», en *Peruanicemos al Perú*.

de Italia y de Europa Central no aceptaría jamás el género de vida que puedan ofrecerle las mejores y más prósperas haciendas del Perú. Salarios, vivienda, ambiente moral y social, todo le parecería miserable. Las posibilidades de inmigración polaca —a pesar de ser Polonia uno de los países de mayor movimiento emigratorio, a causa de su crisis económica— están circunscritas como se sabe a la montaña, a donde el inmigrante vendría como colono —vale decir como pequeño propietario— y no como bracero. Las leyes de reforma agraria que, después de la guerra, han liquidado en la Europa Central y Oriental —Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Grecia, etc.— los privilegios de la gran propiedad agraria, hacen más difícil que antes la inmigración de los campesinos de esos países a pueblos donde no rijan menores principios de justicia distributiva. El trabajador del campo de Europa, en general, no emigra sino a los países agrícolas donde se ganan altos salarios o donde existen tierras apropiables. Ni uno ni otro es, por el momento, el caso del Perú.

Las obras de irrigación en la costa —en tanto que una reforma agraria y del régimen de trabajo no se lleve a cabo— no parecen tampoco destinadas a acelerar la inmigración mediante la colonización de las tierras habilitadas para el cultivo. El derecho de los yanacones y comuneros a la preferencia en la distribución de estas tierras, se impone con fuerza incontestable. No habría quien osara proponer su postergación en provecho de inmigrantes extranjeros.

La montaña, por grande que sea el optimismo que encienda⁸² intermitentemente la fortuna de sus *pioneers* —cuyos innumerables fracasos y penurias tienen siempre menor resonancia—, presentará por mucho tiempo los inconvenientes de su insalubridad y su incomunicación. El inmigrante se aviene cada día menos a los riesgos de la selva inhóspita. La raza de Robinson Crusoe se extingue a medida que aumentan las ventajas de la convivencia social y civilizada. Y ni⁸³ aún las razones de patriotismo logran triunfar del legítimo egoísmo individual, en orden a las empresas de colonización. Italia no ha logrado dirigir a sus colonias africanas ni las corrientes rumanas⁸⁴ ni los capitales que fácilmente parten a América, con grave peligro de desnacionalización, como bien lo siente el fascismo, que se imagina encontrar un remedio en prerrogativas incompatibles con la soberanía y el interés de los estados que reciben y necesitan inmigrantes.

El Perú tiene que resolver muchos problemas económicos, antes que el de la inmigración. Y para la solución de este último, se prepararía con más provecho si el fenómeno de la emigración e inmigración, en su móvil realidad, fuera objeto de un estudio sistemático y objetivo, practicado con amplio criterio económico y social.

⁸² «infunda», en *Peruanicemo al Perú*.

⁸³ «no», en *Peruanicemos al Perú*.

⁸⁴ «humanas», corregido en *Amauta*.

[Por las condiciones sociales y económicas del país, mucho más que por su situación geográfica, se explica el que la inmigración que de preferencia ha recibido, haya sido inmigración amarilla. Sólo el culí chino ha podido trabajar en las haciendas peruanas, en condiciones semejantes al indio. La agricultura peruana no puede retener en sus labores al bracero japonés que, a menos que se arraigue como colono o arrendatario, la deserta apenas le es posible para dedicarse al pequeño comercio, o algún oficio o industria.

El experimento de la colonización de la montaña con inmigrantes alemanes, y que se detuvo en la colonia del Pozuzo, demuestra la dificultad de asimilar inmigración de esa procedencia. Los colonos del Pozuzo se han enquistado en esa región, sin mezclarse con la población nacional, más por un sentido de raza, comunidad y civilización que por la escasez de comunicaciones con los centros poblados. El inmigrante alemán, por otra parte, es generalmente obrero industrial. Si no puede venir al Perú como comerciante o técnico, no encuentra una situación proporcionada a sus aptitudes y aspiraciones.

Inglaterra, por razones de su crisis de desocupación, es el país que acusa, en la estadística, una emigración más cuantiosa. Pero ya hemos hecho también, con el más negativo resultado, el ensayo de la inmigración inglesa. Hubo que devolver a su patria a los inmigrantes que vinieron y que, como era natural, regresaron completamente decepcionados.

La inmigración europea que más fácilmente se ha adaptado al país, ha sido la italiana. Pero, por las razones ya expresadas, no encuentra en las condiciones económico-sociales del Perú estímulos para su crecimiento. Conforme a un resumen estadístico que tenemos a la vista, la colonia italiana del Perú sumaba en 1871, 1,321 personas. En diez años aumentó a 10,000 para bajar a 4,511 en el período de depresión económica que siguió a la guerra con Chile. En 1911, se elevaba a 12,000 y de entonces a acá sólo ha crecido en mil personas. La inmigración italiana, en general, se compone en su mayor parte de campesinos. Ocupan el segundo, tercero y cuarto en su número, los artesanos, jornaleros y albañiles, respectivamente.

España es otro de los principales países de inmigración, el cuarto en 1925 según los datos estadísticos de la Oficina Internacional de Trabajo de Ginebra que publicamos más abajo. Pero también la inmigración española se compone particularmente de campesinos. La Argentina y Cuba son los países donde pueden obtener remuneración atrayente en el trabajo agrícola. El Perú no sólo está muy lejos; está además social y económicamente retardado. He aquí las cifras de inmigración transoceánica de 1925, según la Oficina Internacional de la Sociedad de Naciones:

Gran Bretaña	140, 594
Italia	104, 421
Alemania	62, 563
España	55, 544

Polonia	38, 649
Irlanda	30, 181
Portugal	21, 575

El estudio de la estadística de emigración, así como de la composición de las corrientes migratorias europeas, conduce a la conclusión de que el Perú tiene que resolver muchos problemas sociales y económicos antes que el de la inmigración. Una estadística de desocupados, y mejor aún, una estadística del trabajo, es, por lo pronto indispensable, para conocer la verdadera capacidad actual del país a este respecto].⁸⁵

LA CASA DE CARTÓN⁽¹⁾ *

De la publicación de este libro soy un poco responsable; pero como todas mis responsabilidades acepto y asumo éstas sin reservas. Amanecida en una carpeta de escolar, esta novela se asomó por primera vez al público desde las ventanas de *Amauta*, tres anchos trapecios incaicos, como los de Tampusocco, de donde están mensurando el porvenir los que mañana partirán a su conquista. Martín Adán no es propiamente vanguardista, no es revolucionario, no es indigenista. Es un personaje inventado por él mismo, de cuyo nacimiento ha dado fe, pero de cuya existencia no tenemos todavía más prueba que sus escritos. El autor de «Ramón» es posterior a su criatura, contra toda ley biológica y contra toda ley lógica de causa y efecto. Las cuartillas en la novela estaban escritas mucho antes de que la necesidad de darles un autor produjese esa conciliación entre el Génesis y Darwin que su nombre intenta. (Constituían una literatura adolescente y clandestina, paradójicamente albergada en el regazo idílico de la Acción Social de la Juventud). Más aún, por humorismo Martín Adán se dice reaccionario, clerical y civilista. Pero su herejía evidente, su escepticismo contumaz, lo contradicen. El reaccionario es siempre apasionado. El escepticismo es ahora demo-burgués, como fue aristocrático cuando la burguesía era creyente y la aristocracia enciclopedista y volteriana. Si el civilismo no es ya capaz sino de herejía, quiere decir que no es capaz de reacción. Y yo creo que la herejía de Martín Adán tiene este alcance: y, por esto, me he apresurado a registrarla como un signo. Martín

⁸⁵ Agregado en la revista *Amauta*, núm. 13 marzo de 1928, pp.37-38. *Peruanicemos al Perú. Mariátegui total*, tomo I.

⁽¹⁾ *La Casa de Cartón*, novela por Martín Adán, en prensa en las Impresiones y Encuadernaciones «Perú». Prólogo de Luis Alberto Sánchez. Colofón de José Carlos Mariátegui. [Nota de *Mundial* a pie de página]

* En *Mundial* (Lima), núm. 414, 18 de mayo de 1928. Incluido en *Amauta*, núm. 15, mayo-junio de 1928, p. 41. *Peruanicemos al Perú* (1970) pp. 207-212. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 341-342.

Adán no se preocupa, sin duda, de los factores políticos que, sin que [él]⁸⁶ lo sepa, deciden su literatura. He aquí, sin embargo, una novela que no habría sido posible antes del experimento billinghurstiano, de la insurrección «colónida», de la decadencia del civilismo, de la revolución del 4 de julio y las obras de Foundation. No me refiero a la técnica, al estilo, sino al asunto, al contenido. Un joven de gran familia, mesurado, inteligente, cartesiano, razonable como Martín Adán, no se habría expresado jamás irrespetuosamente de tantas cosas antiguamente respetables; no habrían denunciado en términos tan vivaces y plásticos a la tía de Ramón, veraneante y barranquina, ni la habría sacado al público en una bata de motitas, acezante, estival e íntima, con su gato y su negrita; no habría dejado de pedirle un prólogo a don José de la Riva Agüero o al doctor Luis Varela y Orbegoso, ni habría dejado de mostrarse un poco doctoral y universitario en una tesis, llena de citas, sobre don Felipe Pardo o don Althaus Clemente, o cualquier otro don Felipe o don Clemente de nuestras letras. Sus propios padres no habrían cometido la temeraria imprudencia de matricularlo en un colegio alemán, de donde tenía que sacar, junto con unas calcomanías de Herr Oswaldo Teller, cierta escrupulosa consideración por Darwin, la ciencia ochocentista y sus teorías recónditamente liberales, protestantes y progresistas. Crecidos años atrás, Martín Adán se habría educado en el Colegio de la Recoleta o los Jesuitas, con distintas consecuencias. Su matrícula fiel en las clases de un liceo alemán, corresponde a una época de crecimiento capitalista, de demagogia anticolonial, de derrumbamiento neogodo, de enseñanza de las lenguas sajonas y de multiplicación de las academias de comercio. Época vagamente preparada por el discurso del doctor Villarán contra las profesiones liberales, por el discurso del doctor Víctor Maúrtua sobre el progreso material y el factor económico y por las conferencias de Oscar Víctor Salomón, Hyde Park, sobre el Perú y el capital extranjero; pero concreta, social, material y políticamente representada por el leguísimo, las urbanizaciones, el asfalto, los nuevos ricos, el Country Club, etc. La literatura de Martín Adán es vanguardista porque no podía dejar de serlo; pero Martín Adán mismo no es aún del todo. El buen viejo Anatole France, inveterano corruptor de menores, malogró su inocencia con esos libros de prosa melódica en que todo, hasta el cinismo y la obscenidad, tiene tanta compostura, erudición y clasicismo. Y Anatole France no es sino un demo-burgués de París deliberadamente desencantado, profesionalmente escéptico, pero lleno de un supersticioso respeto al pasado y de una ilimitada esperanza en el porvenir; un pequeñoburgués del Sena, que desde su juventud produjo la impresión de ser excesiva y habitualmente viejo —viejo por comodidad y espíritu sedentario—. Martín Adán está todavía en estación anatoliana, aunque ya empiece a renegar estos libros que lo iniciaron en la herejía y en la *scepsis*. En su estilo, ordenado y elegante, sin arrugas ni desgarramientos, se reconoce

⁸⁶ Omitido en *Amauta y Peruanicemos al Perú*.

un gusto absolutamente clásico. En algunas de las páginas de *La Casa de Cartón* hay a ratos hasta cierta morosidad azoriniana. Y ni en las páginas más recientes se encuentra alucinación ni *pathos* suprarrealistas. Martín Adán es de la estirpe de Cocteau y Radiguet más que de la estirpe de Morand y Giraudoux. En la literatura le ocurre lo que en el colegio; no puede evitar las notas de aprovechamiento. Su desorden está previamente ordenado. Todos sus cuadros, todas sus estampas son veraces, verosímiles, verdaderas. En *La Casa de Cartón* hay un esquema de biografía del Barranco o, mejor, de sus veranos. Si la biografía resulta humorística, la culpa no es de Martín Adán sino del Barranco. Martín Adán no ha inventado a la tía de Ramón ni su bata ni su negrita; todo lo que él escribe, existe. Tiene las condiciones esenciales de clásico. Su obra es clásica, racional, equilibrada, aunque no lo parezca. Se le siente clásico, hasta en la medida en que es anti-romántico. En la forma acusa a veces el ascendiente de Eguren; mas no en el espíritu. En Martín Adán es un poco egureniano el imaginero, pero solo el imaginero. Anti-romántico —hasta el momento en que escribimos estas líneas como dicen los periodistas— Martín Adán se presenta siempre reacio a la aventura. «No te raptaré por nada del mundo. Te necesito para ir a tu lado deseando raptarte. ¡Ay del que realiza su deseo!» Pesimismo cristiano, pragmatismo católico que poéticamente se sublima y conforta con palabras del Eclesiastés. Mi amor a la aventura es probablemente lo que me separa de Martín Adán. El deseo del hombre aventurero está siempre insatisfecho. Cada vez que se realiza, renace más grande y ambicioso. (Y cuando se camina de noche al lado de una mujer bella hay que estar siempre dispuesto al rapto). Algunos lectores encontrarán en este libro un desmentido de mis palabras. Pensarán que la publicación de *La Casa de Cartón* a los diecinueve años es una aventura. Puede parecerlo, pero no lo es. Me consta que Martín Adán ha tomado sus precauciones. Publica un libro cuyo éxito está totalmente asegurado. Y, sin embargo, lo publica en una edición de tiraje limitado, antes de afrontar en una edición mayor al público y la crítica. Escritor y artista de raza, su aparición tiene el consenso de la unanimidad⁸⁷ más uno. Es tan ecléctico y herético, que a todos nos reconcilia en una síntesis teosóficamente cósmica y monista. Yo no podía saludar su llegada sino a mi manera: encontrando en su literatura una corroboración de mis tesis de agitador intelectual. Por esto, aunque no quiera escribir sino unas cuantas líneas, me ha salido un acápite largo como los editoriales del doctor Clemente Palma. Si a Martín Adán se le ocurre atribuirlo al pobre Ramón, como sus poemas Underwood, habrá logrado una reconciliación más difícil que la del Génesis y Darwin.

⁸⁷ «unimidad», error en *Mundial*, subsanado en *Amauta*.

LA OBRA DE JOSÉ SABOGAL*

La obra de José Sabogal, que parte esta semana para Buenos Aires, ganará dentro de poco, en divulgación y nombradía continentales, todo lo que, guarda dentro de los convencuales muros de la Escuela de Bellas Artes, no le estaba consentido alcanzar ni pretender, no obstante su sólido mérito. Buenos Aires es el primer mercado artístico y literario de la América Latina. Puede juzgarse prematura su ambición al título de *meridiano* —voz de guerra de sus equipos de vanguardia, en oposición y respuesta a una nostálgica y extemporánea reivindicación de Madrid—; pero objetivamente todos tienen que convenir en que, por el volumen de su población, su salud de urbe grande y próspera, su comunicación creciente con la mayor parte de los países de Sudamérica y el número y calidad de sus elementos de cultura, Buenos Aires llena ya, en muchas cosas, función de capital sudamericana. Aunque se cruzan en Buenos Aires muchas corrientes internacionales —o precisamente por esto— la urbe más cosmopolita de la América Latina concurre intelectual y artísticamente, con vigilante interés y encendida esperanza, a la formación de un espíritu indoamericano fundado en los valores indígenas y criollos. El arte de Sabogal, que es un gran aporte a este trabajo de definición de la cultura y la personalidad de Indo América, está destinado a impresionar extraordinariamente la inteligencia y la sensibilidad argentinas.

En la gestación de esta obra no aparecen en ningún momento ni la improvisación ni el artificio. Tiene un proceso biológico, espontáneo, ordenado. Sabogal posee las cualidades del constructor. Sin prisa, sin impaciencia, aguarda su hora. Su arte está identificado con su vida, íntegramente colmada del gozo y la fatiga de la creación.

Y los óleos y xilografías que lleva a Buenos Aires tienen para nosotros el valor de no constituir únicamente un conjunto de logradas obras artísticas, sino de significar uno de los factores espirituales de la nueva peruanidad. Sabogal pinta sin la preocupación de la tesis. La pintura en sí misma le basta. Su obra es puramente plástica, pictórica. Pero esto no impide que, por cierta íntima asonancia con sentimientos y reivindicaciones de la época, trascienda e influya poderosamente en la vida actual del Perú. El pintor piensa y sueña en imágenes plásticas. Mas, en el movimiento espiritual de un pueblo, las imágenes del pintor son a veces expresión culminante. Las imágenes engendran conceptos lo mismo que los conceptos inspiran imágenes. Sabogal aparece así, por su labor, ajena en su intención a toda trascendencia ideológica, como uno de los constructores del porvenir de este pueblo.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 420, 29 de junio de 1928. Versión ampliada del artículo publicado en *Amauta* (Lima), núm. 6, febrero de 1927, pp. 9-10. Incluido en *El artista y la época* (1959), pp. 90-93. *Mariátegui Total* Tomo I pp. 583-584.

Repetiré sobre Sabogal algo que ya he expresado. Que señala con su obra un capítulo de la historia del arte peruano. Es uno de nuestros valores-signos. Sólida, honrada, vital, su obra no reclama los elogios que se prodigan, entre nosotros, tan barata y fácilmente. La empequeñecería, en vez de avalorarla, una consagración criolla. Sabogal no es aún bastante conocido; pero esto no le preocupa a él y tiene razón. Lo que importa es que a su tiempo sea «reconocido». Y este «reconocimiento» se lo asegura ya el trabajo realizado.

Sabogal es, ante todo, el primer «pintor peruano». Antes de él habíamos tenido algunos pintores, pero no habíamos tenido, propiamente, ningún «pintor peruano». Sabogal reivindicará probablemente este título para algunos de los indios que, anónima, pero a veces genialmente, decoran mates en la sierra. Mas, si bien esta aserción tendrá un poco de verdad, tendrá también un poco de ironía. Ese poco de ironía que a Sabogal le gusta poner en su lenguaje. El indígena sufre todavía un evidente ostracismo de la peruanidad. El empeño de los espíritus nuevos quiere, precisamente, poner término a este ostracismo.

El espíritu de Sabogal ha madurado en un instante en que se constata la decadencia, la disolución del arte occidental. Espíritu fuerte y hondo de constructor, de creador, dotado de una sensibilidad genial, este arte anárquico e individualista que, según sus elegantes críticos y exégetas, se deshumaniza, no ha podido conquistarlo. Ha sido en parte por haber arribado a Europa en este periodo de caos —en el cual no se define y concreta todavía una corriente constructiva, aunque la prometan las búsquedas sinceras y las tentativas inteligentes— que Europa no ha logrado europeizarlo. Pero su defensa la ha tenido Sabogal, sobre todo, en su personalidad, en su instinto de artista.

Creo, sin embargo, en la utilidad de su experiencia europea. El trato directo con las escuelas y artistas de Europa, el estudio personal de los maestros de todos los tiempos, no solo ha enriquecido y afinado, sin duda, su temperamento, y ha templado su técnica, forjada en la fragua de una revolución artística. Sobre todo, lo ha ayudado —por reacción contra un mundo en el cual se sentía extranjero— a descubrirse y reconocerse. Su autonomía le debe mucho a la experiencia europea. Sabogal ha comprendido o, por lo menos, esclarecido en Europa la necesidad de un humus histórico, de una raíz vital en toda gran creación artística. Y si Europa no se lo ha asimilado, en cambio, él se ha asimilado a Europa, en la formación de su técnica.

No es el interés genérico del pintor por lo pintoresco ni por lo característico, lo que ha movido a este artista admirable a encontrar la riqueza plástica de la raza autóctona. Sabogal siente sus temas. Se identifica con la naturaleza y con la raza que interpreta en sus cuadros y en sus xilografías. Después de él, se ha propagado la moda del indigenismo en la pintura; pero quien tenga mirada penetrante no podrá confundir jamás la profunda y austera versión que de lo indio nos da Sabogal con la que nos dan tantos

superficiales explotadores de esta veta plástica, en la cual se ceba ahora hasta la pintura turística. Se podría decir que en el arte de Sabogal renacen elementos del arte incaico, a tal punto se le siente consustanciado con sus temas vernáculos.

Severo con los demás, pero severo también consigo mismo, como todo creador auténtico, tiene Sabogal la probidad artística de esos maestros prerrenacentistas que le son tan queridos. No se encuentra en su obra concesiones al mercado ni coqueterías con la frivolidad del ambiente. Trabaja por realizarse libre y plenamente. Por eso, su obra pertenece ya a la historia, mientras otras no pasarán de la crónica.

UBICACIÓN DE HIDALGO *

Alberto Hidalgo significó en nuestra literatura de 1917 al 18, la exasperación y la terminación del experimento «colónida». Hidalgo llevó la melagomanía⁸⁸, la egolatría, la beligerancia del gesto «colónida» a sus más extremas consecuencias. Los bacilos de esta fiebre, sin la cual no habría sido posible tal vez elevar la temperatura de nuestras letras, alcanzaron en el Hidalgo, todavía provinciano, de «Panoplia Lírica», su máximo grado de virulencia. Valdelomar, estaba ya de regreso de su aventurero viaje, por los dominios d'annunzianos, en el cual— acaso porque en D'Annunzio junto a Venezia bizantina esta el Abruzzo rústico y la playa adriática —descubrió la costa de la criolledad y entrevió, lejano, el continente del incaísmo. Valdelomar había guardado, en sus actitudes más ególatras, su humorismo. Hidalgo, un poco tieso aún dentro de su chaqué arequipeño, no tenía la misma agilidad para la sonrisa. El gesto «colónida» en él era patético. Pero Hidalgo, en cambio, iba a aportar a nuestra renovación literaria, quizá por su misma bronca virginidad de provinciano, a quien la urbe no había aflojado, un gusto viril por la mecánica, el maquinismo, el rascacielos, la velocidad, etc. Si con Valdelomar incorporamos en nuestra sensibilidad, antes estragada por el espeso chocolate escolástico, a D'Annunzio, con Hidalgo asimilamos a Marinetti, explosivo, trepidante, camorrista. Hidalgo, panfletista y lapidario, continuaba, desde otro punto de vista, la línea de González Prada y More. Era un personaje excesivo para un público sedentario y reumático. La fuerza centrífuga y secesionista que lo empuja, se lo llevó de aquí en un torbellino.

Hoy Hidalgo es, aunque no se mueva de un barrio de Buenos Aires, un poeta de idioma. Apenas si, como antecedente, se puede hablar de sus aventuras de poeta local. Creciendo, creciendo, ha adquirido efectiva

* En *Mundial* (Lima), núm. 421, 6 de julio de 1928; y *Amanta* (con modificaciones), núm. 16, julio de 1928, pp. 41-42. Incluido en *7 Ensayos* (con modificaciones), 1928, cap. «Proceso de la Literatura, XIII.- Alberto Hidalgo», pp. 226-230.

⁸⁸ «melagomanía», corregido en *Amanta* y en *7 Ensayos*.

estatura americana. Su literatura tiene circulación y cotización en todos los mercados del mundo hispano. Como siempre su arte es de secesión. El clima del sur⁸⁹ ha atemperado y robustecido sus nervios un poco tropicales, que conocen todos los grandes de la literatura y todas las latitudes de la imaginación. Pero Hidalgo está —como no podía dejar estar— en la vanguardia. Se siente —según sus palabras— en la izquierda de la izquierda.

Esto quiere decir, ante todo, que Hidalgo ha visitado las diversas estaciones y recorrido los varios caminos del arte ultramoderno. La experiencia vanguardista le es, íntegramente, familiar. De esta gimnasia incesante, ha sacado una técnica poética depurada de todo rezago sospechoso. Su expresión es límpida, segura, bruñida, certera, desnuda. El lema de su arte es este: «simplismo».

Pero Hidalgo [—gran agitador artístico, de Hispano América—]⁹⁰ por su espíritu, esta sin quererlo y sin saberlo, en la última estación romántica. En muchos versos, encontraremos la confesión de su individualismo absoluto. De todas las tendencias literarias contemporáneas, el unanimismo es evidentemente la más extraña y ausente de su poesía. Cuando logra su más alto acento de lírico puro, se evade a veces de su egocentrismo. Así, por ejemplo, cuando dice: «Soy apretón de manos a todo lo que vive. /Poseo plena la vecindad del mundo». Mas con estos versos comienza su poema «Envergadura del Anarquista»⁹¹ que es la más sincera y lírica efusión de su individualismo. Y desde el segundo verso, la idea de «vecindad de mundo» acusa el sentimiento de secesión y de soledad.

El romanticismo —entendido como movimiento literario y artístico, anexo a la revolución burguesa— se resuelve, conceptual y sentimentalmente, en individualismo. El simbolismo, el decadentismo, en último análisis, no han sido sino estaciones románticas, Y lo han sido también las escuelas vanguardistas⁹² para los artistas que han sabido escapar al subjetivismo excesivo de la mayor parte de sus proposiciones.

Hay un síntoma sustantivo en el arte individualista, que indica, mejor que ningún otro, su proceso de disolución: el empeño con que cada manifestación, y hasta cada elemento artístico, reivindica su autonomía. Hidalgo es uno de los que más radicalmente adhieren a este empeño, si nos atenemos a su tesis del «poema de varios lados»⁹³. «Poema en el que cada uno de sus versos constituye un ser libre, a pesar de hallarse al servicio de una idea o una emoción centrales». Tenemos así proclamada,

⁸⁹ «austrab», sin la contracción «deb», en *Amauta*, núm. 16, p. 41; y 7 *Ensayos* 1928, p. 227.

⁹⁰ Omitido en *Amauta*, núm. 16, p. 41; y en 7 *Ensayos*, 1928, p. 227.

⁹¹ Véase: el poema en *Amauta*, núm. 10, diciembre de 1927, p. 36.

⁹² «modernistas», en *Amauta*, núm. 16, p. 41; y 7 *Ensayos* 1928, p. 227.

⁹³ Véase: «Pequeña retórica personal por Alberto Hidalgo» en *Amauta*, núm. 5, diciembre de 1927, p. 8.

categoricamente, la autonomía, la individualidad del verso. La estética del anarquista no podía ser otra.

Políticamente, históricamente, el anarquismo es, como está averiguado, la extrema izquierda del liberalismo. Entra, por tanto, a pesar de todas las protestas inocentes o interesadas, en el orden ideológico burgués. El individualista, en nuestro tiempo, puede ser un «revolté»; pero no es, históricamente, un revolucionario. Hidalgo —aunque lo niegue— no ha podido sustraerse a la emoción revolucionaria de nuestro tiempo cuando ha escrito su «Ubicación de Lenin»⁹⁴ y su «Biografía de la palabra Revolución»⁹⁵. En el prefacio de su último libro *Descripción del Cielo*, la ilusión subjetivista lo hace, sin embargo, escribir que el primero «es un poema de exaltación, de pura lírica», y que «Lenin ha sido un pretexto para crear como pudo serlo una montaña, un río o una máquina», y que «la “Biografía de la palabra revolución” es un elogio de la revolución pura, de la revolución en sí, cualquiera que sea la causa que la dicte». La revolución pura, la revolución en sí, querido Hidalgo, no existe para la historia y por ende, no existe tampoco para la poesía. La revolución pura es una abstracción. Existen la revolución liberal, la revolución socialista, muchas revoluciones. No existe la revolución pura como cosa histórica y, por consiguiente, como tema público.

De las tres categorías primarias en que, por comodidad de clasificación y de crítica, cabe a mi juicio dividir la poesía contemporánea, lírica pura, disparate absoluto y épica revolucionaria. Hidalgo siente, sobre todo, la primera, la que ya ha dado sus más bellos y fuertes poemas. El poema a Lenin es una creación lírica. (Hidalgo se engaña sólo en cuanto se supone ajeno a la emoción histórica). El disparate, si enjuicamos su actualidad por «Descripción del Cielo», desaparecen casi completamente de su poesía de hoy. Es, más bien, uno de los elementos de su prosa agresiva; y nunca es, en verdad, disparate absoluto. Carece de su incoherencia encantada. La épica revolucionaria —que anuncia un nuevo romanticismo indemne del individualismo del que termina— no se concilia con su temperamento ni con su vida, violentamente anárquicos.

A su individualismo exasperado, debe Hidalgo su dificultad para el cuento o la novela. Cuando intenta, se mueve dentro de un género que existe la extraversión del artista. Los cuentos de Hidalgo son los de un artista intravertido. Sus personajes aparecen esquemáticos, artificiales, mecánicos. Estorba a la creación, la excesiva, intolerante y tiránica presencia del artista, que se niega a dejar vivir a sus criaturas por su propia cuenta, porque pone demasiado su individualidad o su intención en todas ellas.

⁹⁴ Véase: el poema en *Amauta*, núm. 1, septiembre de 1926, p. 12.

⁹⁵ Véase: el poema en *Amauta*, núm. 7, septiembre de 1927, p. 33.

EL PROBLEMA EDITORIAL*

El problema de la cultura en el Perú, en uno de sus aspectos —no el más adjetivo—, se llama problema editorial. El libro, la revista literaria y científica, son no sólo el índice de toda cultura, sino también su vehículo. Y para que el libro se imprima, difunda y cotice no basta que haya autores. La producción literaria y artística de un país depende, en parte, de una buena organización editorial. Por esto, en los países donde actúa una vigorosa política educacional, la creación de nuevas escuelas y la extensión de la cultura obligan al Estado al fomento y dirección de las ediciones, y en especial de las destinadas a recoger la producción nacional. La labor del gobierno mexicano se destaca en América, en este plano, como la más inteligente y sistemática. El Ministerio de Instrucción Pública de ese país tiene departamentos especiales de bibliotecas, de ediciones y de bibliografía. Las ediciones del Estado se proponen la satisfacción de todas las necesidades de la cultura. Publicaciones artísticas como la magnífica revista *Forma* —la mejor revista de artes plásticas de América— son un testimonio de la amplitud y sagacidad con que los directores de la instrucción pública entienden en México su función.

El Perú, como ya he tenido oportunidad de observarlo, se encuentra a este respecto en el estadio más elemental e incipiente. Tenemos por resolver íntegramente nuestro problema editorial: desde el texto escolar hasta el libro de alta cultura. La publicación de libros no cuenta con el menor estímulo. El público lee poco, entre otras cosas porque carece, a consecuencia de una defectuosa educación, del hábito de la lectura seria. Ni en las escuelas ni fuera de ellas, hay donde formarle este hábito. En el Perú existen muy pocas bibliotecas públicas, universitarias y escolares. A veces se otorga este nombre a meras colecciones estáticas o arbitrarias de volúmenes heterogéneos.

Publicar un libro, en estas condiciones, resulta una empresa temeraria a la cual se arriesgan muy pocos. Por consiguiente, nada es más difícil para el autor que encontrar un editor para sus obras. El autor, por lo general, se decide a la impresión de sus obras por su propia cuenta, a sabiendas de que afronta una pérdida segura. Es para él la única manera de que sus originales no permanezcan indefinidamente inéditos. Las ediciones son así muy pobres, los tirajes son ínfimos, la divulgación del libro es escasa. Un autor no puede sostener el servicio de administración de una editorial. El libro se exhibe en unas cuantas librerías de la república. Al extranjero sale muy raras veces.

Una de las limitaciones más absurdas, uno de los obstáculos más artificiales de la circulación del libro es la tarifa postal. La expedición de un pequeño volumen a cualquier punto de la república cuesta al menos de 34

* En *Mundial* (Lima), núm. 422, 13 de julio de 1928. Incluido en *Temas de Educación* (1970), pp. 133-137. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 392-393.

centavos. Para una editorial, este gasto, que no tiene como otros plazos ni espera, puede ser mayor que el del costo de impresión del volumen mismo. La distribución de un libro es tan cara como su producción, que no tiene muy ciertas garantías de cubrirse con la venta.

He aquí, sin duda, una valla que al Estado no le costaría nada abatir. El libro debe ser asimilado a la condición de la revista y del periódico que, dentro de la república, gozan de franquicia postal. El correo perderá unos pocos centavos; pero la cultura nacional ganará enormemente. En otros países, el correo facilita por medio de la «cuenta corriente» o del pago de una suma mensual muy moderada, la difusión de toda clase de publicaciones. En un país, donde el público no siente la necesidad de la lectura sino en una exigua proporción, el interés nacional en proteger e impulsar la difusión del libro aparece cien veces mayor.

Y como hay también interés en que el libro nacional salga al extranjero, para que el país adquiera una presencia creciente en el desarrollo intelectual de América, la tarifa postal debe ser igualmente favorable a su exportación. Los autores y los editores triplicarán sus envíos con una tarifa reducida.

No hace falta agregar que el Estado y las instituciones de cultura disponen de otros medios de fomentar la producción literaria y artística nacional. El establecimiento de ediciones del Ministerio de Instrucción, de la Biblioteca Nacional, de las Universidades, es, entre ellos, indispensable, tanto para la provisión de las bibliotecas escolares y públicas como para el mantenimiento de servicios de intercambio, sin los cuales no se concibe relaciones regulares con las Universidades y Bibliotecas del extranjero.

Existe, en el congreso, un proyecto de ley que instituye un premio nacional de literatura. La institución de esta clase de premios ha sido, en todos los países, provechosa, a condición naturalmente de que se le haya conservado alejada de influencias sospechosas y de tendencias partidistas. El sistema de los concursos tan grato al criollismo es contrario a la libre creación intelectual y artística. No tiene justificación sino en casos excepcionales. Es, sin embargo, entre nosotros, la única mediocre y avara posibilidad que se ofrece de vez en cuando a los intelectuales de ver premiado un trabajo suyo. Los premios, mil veces más eficaces y justicieros, cuando recompensan los esfuerzos sobresalientes de la vida intelectual de un país, sin proponerles un tema obligatorio, estimulan a la vez a autores y editores, ya que constituyen una consagración de seguros efectos en la venta de un libro.

Aunque falta todavía mucho para que los problemas vitales de la cultura nacional merezcan en el Perú la consideración de las gentes, vale la pena plantearlos, de vez en cuando, en términos concretos, para que al menos los intelectuales adquieran perfecta conciencia de su magnitud.

EL LATIFUNDIO CONTRA EL BURGO *

La supervivencia de la feudalidad en la Costa, se traduce en la languidez y pobreza de su vida urbana. El número de burgos y ciudades de la Costa, es insignificante. Y la aldea propiamente dicha, no existe casi sino en los pocos retazos de tierra donde la campiña enciende todavía la alegría de sus parcelas en medio del agro feudalizado.

En Europa, la aldea desciende del feudo disuelto. [«La aldea no es —escribe Lucien Romier— como el burgo o la ciudad, el producto de un agrupamiento: es el resultado de la desmembración de un antiguo dominio, de una señoría, de una tierra laica o eclesiástica en torno de un campanario. El origen unitario de la aldea transparece en varias supervivencias: tal “el espíritu de campanario”, tales las rivalidades inmemoriales entre las parroquias. Explica el hecho tan impresionante de que las rutas antiguas no atraviesen las aldeas: Las respetan como propiedades privadas y abordan de preferencia sus confines»].⁹⁶

En la costa peruana la aldea no existe casi, porque el feudo, más o menos intacto, subsiste todavía. La hacienda —con su casa más o menos clásica, la ranchería generalmente miserable, y el ingenio y sus colcas— es el tipo dominante de agrupación rural. Todos los puntos de un itinerario están señalados por nombres de haciendas. La ausencia de la aldea, la rareza del burgo, prolonga el desierto dentro del valle, en la tierra cultivada y productiva.

Las ciudades, conforme a una ley de geografía económica, se forman regularmente en los valles, en el punto donde se entrecruzan sus caminos. En la costa peruana, valles ricos y extensos, que ocupan un lugar conspicuo en la estadística de la producción nacional, no han dado vida hasta ahora a una ciudad. Apenas si en sus cruceros o sus estaciones, medra a veces el burgo, un pueblo estagnado⁹⁷, palúdico, macilento, sin salud rural y sin traje urbano. Y, en algunos casos, como en el del valle de Chicama, el latifundio ha empezado a sofocar a la ciudad. La negociación capitalista se torna más hostil a los fueros de la ciudad que el castillo o el dominio feudal. Le disputa su comercio, la despoja de su función.

Dentro de la feudalidad europea, los elementos de crecimiento, los factores de vida del burgo, eran, a causa de la clase de cultivos, mucho mayores que dentro de la semifeudalidad criolla. El campo necesitaba de los servicios del burgo, por clausurado que se mantuviese. Disponía, sobre todo, de un remanente de productos de la tierra que tenía que ofrecerle.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 424, 28 de julio de 1928. Incluido en *7 Ensayos*, «Economía agraria y latifundismo feudal» (con modificaciones), 1928, pp. 20-22 (a partir del cuarto párrafo), y ed. posterior, pp. 30-32.

⁹⁶ En *7 Ensayos*, 1928, y ed. posterior, se consigna como nota a pie de página.

⁹⁷ De estancado.

Mientras tanto, la hacienda costeña produce algodón o caña para mercados lejanos. Asegurado el transporte de estos productos, su comunicación con la vecindad no le interesa sino secundariamente. El cultivo de frutos alimenticios, cuando no ha sido totalmente extinguido por el cultivo del algodón o la caña, tiene por objeto abastecer el consumo de la hacienda. El burgo, en muchos valles, no recibe nada del campo ni posee nada en el campo. Vive, por esto, en la miseria, de uno que otro oficio urbano, de los hombres que suministra al trabajo de las haciendas, de su fatiga triste de estación por donde pasan anualmente muchos miles de toneladas de frutos de la tierra. Una porción de campiña, con sus hombres libres, con su comunidad hacendosa, es un raro oasis en esta sucesión de feudos deformados, con máquinas y rieles, sin los timbres de la tradición señorial.

[¿Qué dicen nuestros estudiosos de geografía económica y geografía social de este aspecto del Perú costeño? ¿Encuentran normal este panorama monótono y exclusivo, de casas-haciendas, rancherías e ingenios? ¿Les parece que sin ciudades prósperas, sin burgos activos, son posibles: espíritu urbano, desarrollo social, cultura, artes, etc.? Todas estas creaciones no están suficientemente aseguradas por una capital y unas cuantas ciudades].⁹⁸

La hacienda, en gran número de casos, cierra casi completamente sus puertas a todo comercio con el exterior: los «tambos» tienen la exclusiva del aprovisionamiento de su población. Esta práctica que, por una parte, acusa el hábito de tratar al peón como una cosa y no como una persona, por otra parte, impide que los pueblos tengan la función, que garantizaría su subsistencia y desarrollo, dentro de la economía rural de los valles. La hacienda, acaparando con la tierra y las industrias anexas, el comercio y los transportes, priva de medios de vida al burgo, lo condena a una existencia sórdida y exigua.

Las industrias y el comercio de las ciudades están sujetos a un controlador, reglamentos, contribuciones municipales. La vida y los servicios comunales se alimentan de su actividad. El latifundio, en tanto, escapa a estas reglas y tasas. Puede hacer a la industria y el comercio urbanos una competencia desleal. Está en aptitud de arruinarlos.

El problema tiene muchos aspectos. Quien los explore con mirada atenta descubrirá cuestiones insospechadas de economía, sociología, administración. Ya una ciudad de la costa ha experimentado dolorosamente, en su carne y su salud, la prepotencia del latifundio. Antes que ella, la conocían y sufrían de cerca, sin una queja, casi todos los pueblos de los valles costeños.

⁹⁸ Omitido en 7 *Ensayos*, 1928, y ed. posterior.

EL ESPÍRITU FEUDAL Y LA TÉCNICA CAPITALISTA *

En defensa de la gran propiedad agraria en el Perú, se aduce razones de economía capitalista, identificándolas, claro está, con las necesidades del supuesto progreso nacional. Pero estas razones no son estrictamente pertinentes, porque el latifundio en el Perú conserva su carácter feudal.

El capitalismo no es, como parecen creerlo algunos, solo maquinas y crédito. Estos son sus instrumentos característicos; pero no su espíritu. Una parte de los latifundios del país son explotados actualmente conforme a una técnica capitalista: pero el espíritu feudal de los terratenientes apenas si ha sido tocado por la evolución. La hacienda continúa, social y políticamente, la tradición del feudo. El trabajador pierde, dentro de sus linderos, la mayor parte de sus derechos civiles. La autoridad misma del Estado no llega al latifundio sino en la medida tolerada por los intereses y usos del propietario. Agrupados en una aldea, los campesinos que laboran sus tierras tendrían su propia administración municipal. La población de la hacienda ignora casi totalmente los hábitos de la vida civil. El arbitrio o la rutina de los patrones rige absolutamente su existencia. El argumento favorito de los abogados de la gran propiedad es el de la imposibilidad de crear, sin ella, grandes centros de producción. La agricultura moderna — dicen⁹⁹— requiere costosas maquinarias, ingentes inversiones, administración experta. La pequeña propiedad no se concilia con estas necesidades. Las exportaciones de azúcar y algodón establecen el equilibrio de nuestra balanza comercial.

Mas [ninguna de estas razones justifican el latifundio mismo].¹⁰⁰ Los cultivos, los ingenios y las exportaciones de que se enorgullecen los latifundistas, están muy lejos de constituir su propia obra. La producción de algodón y azúcar ha prosperado al impulso de créditos obtenidos con este objeto, sobre la base de tierras adecuadas y mano de obra barata. La organización financiera de esos cultivos, cuyo desarrollo y cuyas utilidades están regidas por el mercado mundial, no es un resultado de la previsión ni la cooperación de los latifundistas. La gran propiedad no ha hecho sino adaptarse al impulso que le ha venido de fuera. El capitalismo extranjero, en su perenne búsqueda de tierras, brazos y mercados, ha financiado y dirigido el trabajo de los propietarios, prestándoles dinero con la garantía de sus productos y de sus tierras. Ya muchas propiedades cargadas de hipotecas

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 426, 10 de agosto de 1928. Incluido en *7 Ensayos*, «Economía agraria y latifundismo feudal» (con modificaciones), 1928, pp. 22-24 (a partir del segundo párrafo), y ed. posterior, pp. 30-32.

⁹⁹ «se arguye», *7 Ensayos*, 1928 y ed. posterior.

¹⁰⁰ Omitido en *7 Ensayos*, 1928 y ed. posterior.

han empezado a pasar a la administración directa de las firmas exportadoras.

La experiencia más vasta y típica de la capacidad a los terratenientes del país, nos la ofrecen el departamento de La Libertad. Las grandes haciendas de sus valles se encontraban en manos de su aristocracia latifundista. El balance de largos años de desarrollo capitalista se resume en los hechos notorios: la concentración de la industria azucarera de la región en dos grandes centrales, la de Cartavio y la de Casagrande¹⁰¹, extranjeras ambas; la subordinación de las negociaciones nacionales de estas dos empresas, particularmente a la segunda; el acaparamiento del propio comercio de importación por esta misma empresa: la decadencia comercial de Trujillo y la liquidación de la mayor parte de sus firmas importadoras. [Alcides Spelucín ha expuesto recientemente, en un diario de Lima, con mucha objetividad y ponderación, las causas y etapas de esta crisis. Aunque su crítica recalca más la acción invasora del capitalismo extranjero, la responsabilidad del capitalismo local —por absentismo, por imprevisión y por inercia— es a la postre la que ocupa el primer término].¹⁰²

Los sistemas provinciales, los hábitos feudales de los antiguos grandes propietarios de La Libertad no han podido resistir a la expansión de las empresas capitalistas extranjeras. Estas no deben su éxito exclusivamente a sus capitales: lo deben también a su técnica, a sus métodos, a su disciplina. Lo deben a su voluntad de potencia. Lo deben, en general, a todo aquello que ha faltado a los propietarios locales, algunos de los cuales habría podido hacer lo mismo que la empresa alemana ha hecho, si hubiese tenido auténticas condiciones de capital de industria.

[El capitalismo no es solo una técnica; es además un espíritu. Este espíritu que en los países anglosajones alcanza su plenitud, entre nosotros [aparece incipiente, débil, tibio]¹⁰³].¹⁰⁴ Pesan sobre el criollo la herencia y la educación españolas, que le impiden percibir y entender netamente todo lo que distingue al capitalismo de la feudalidad. Los elementos morales, políticos, psicológicos del capitalismo no parecen haber encontrado aquí su clima. El capital, para el capitalismo genuino, es un medio más que un fin. Opuestamente, el capitalista o mejor el propietario criollo tiene el concepto de la renta antes que el de la producción. El sentimiento de aventura, el ímpetu de creación, el poder organizador, que caracterizan al capitalista verdadero son entre nosotros casi desconocidos. [Confundir latifundismo

¹⁰¹ «Casa Grande», en *7 Ensayos*, 1928, p. 23.

¹⁰² En *7 Ensayos*, 1928, p. 23, y ed. posterior, se consigna como nota a pie de página.

¹⁰³ «es exiguo, incipiente, rudimentario», en *7 Ensayos*, 1928.

¹⁰⁴ En *7 Ensayos*, 1928, p. 23, y ed. posterior, se consigna como nota a pie de página.

con capitalismo es la actitud lógica de una casta de terratenientes desprovistos de espíritu capitalista].¹⁰⁵

La concentración capitalista ha estado precedida por una etapa de libre concurrencia. La gran propiedad moderna no surge, por consiguiente, de la gran propiedad feudal, como los terratenientes criollos se imaginan probablemente. Todo lo contrario, para que la gran propiedad moderna surgiese, fue necesario el fraccionamiento, la disolución de la gran propiedad feudal. El capitalismo es un fenómeno urbano: tiene el espíritu del burgo industrial, manufacturero, mercantil. Por esto, uno de sus primeros actos fue la liberación de la tierra, la destrucción del feudo. El desarrollo de la ciudad necesitaba nutrirse de la actividad libre del campesino. [En los países de Europa donde después de la guerra se ha derrumbado a la feudalidad —Checoslovaquia, Polonia, etc. — la primera obra de legislación ha sido la limitación de la gran propiedad].¹⁰⁶

En el Perú, contra el sentido de la emancipación republicana, se ha encargado el espíritu del feudo —antítesis y negación del espíritu del burgo— la creación de una economía capitalista. [Por eso, la cuestión agraria ocupa todavía el primer puesto entre nuestros problemas].¹⁰⁷

EL INDIIO Y EL MESTIZO I*

El porvenir de la América Latina depende, según la mayoría de los pronósticos de ahora, de la suerte del mestizaje. Al pesimismo hostil de los sociólogos de la escuela de Le Bon sobre el mestizo, ha sucedido un optimismo mesiánico que pone en el mestizo la esperanza del continente. El trópico y el mestizo son, en la vehemente profecía de Vasconcelos, que esboza una utopía, en la acepción positiva y filosófica de esta palabra [—*La Raza Cósmica* sería una utopía del mismo género que *La República* de Platón y la utopía de Tomás Moro—]¹⁰⁸ en la misma medida en que aspira a predecir el porvenir, suprime e ignora el presente. Nada es más extraño a su especulación y a su intento, que la crítica de la realidad contemporánea, en la cual busca exclusivamente los elementos favorables a su profecía.

El mestizaje que Vasconcelos exalta no es precisamente la mezcla de las razas española, indígena y africana operada ya en el continente, sino la fusión y refusión de las crisoladoras, de las cuales nacerá después de un trabajo secular, la raza cósmica. El mestizo actual, concreto, no es para Vasconcelos el tipo de una nueva raza, de una nueva cultura, sino apenas su promesa. La especulación del filósofo, del utopista, no conoce límites de

¹⁰⁵ Suprimido en 7 *Ensayos*, 1928 y ed. posterior.

¹⁰⁶ Ídem

¹⁰⁷ Ídem

* En *Mundial* (Lima), núm. 427, 17 de agosto de 1928. Incluido en 7 *Ensayos*, «El proceso de la literatura», 1928, p. 255-257; y ed. posterior, pp. 339-342.

¹⁰⁸ Suprimido en 7 *Ensayos*, 1928, p. 255, y en la edición posterior, p. 339.

tiempo ni de espacio. Los siglos no cuentan en su construcción ideal más que como momentos. La labor del crítico, del historiógrafo, del político, es de otra índole. Tiene que atenerse a resultados inmediatos y contentarse con perspectivas próximas.

El mestizo real de la historia, no el ideal de la profecía, constituye el objeto de su investigación o el factor de su plan. En el Perú, por la impronta diferente del medio y por la combinación múltiple de las razas entrecruzadas, el término mestizo no tiene siempre la misma significación. El mestizaje es un fenómeno que ha producido una variedad compleja, en vez de resolver una dualidad, la del español y el indio.

El Dr. Uriel García halla el neindio en el mestizo. Pero este mestizo es el que proviene de la mezcla de las razas española e indígena, sujeta al influjo del medio y la vida andinas. El medio serrano en el cual sitúa el Dr. Uriel García su investigación, se ha asimilado al blanco invasor. Del abrazo de las dos razas, ha nacido el nuevo indio, fuertemente influido por la tradición y el ambiente regionales.

Este mestizo que, en el proceso de varias generaciones, y bajo la presión constante del mismo medio telúrico y cultural, ha adquirido ya rasgos estables, no es el mestizo engendrado en la costa por las mismas razas. El sello de la costa es más blando. El factor español más activo.

El chino y el negro complican el mestizaje costeño. En ninguno de estos dos elementos ha aportado aún a la formación de la nacionalidad valores culturales ni energías progresivas. El *coolí*¹⁰⁹ chino es un ser segregado de su país, por la superpoblación y el pauperismo. Injerta en el Perú su raza, mas no su cultura. La inmigración china no nos ha traído ninguno de los elementos esenciales de la civilización china, acaso porque en su propia patria han perdido su poder dinámico y generador. Lao Tzé y Confucio han arribado a nuestro conocimiento por la vía de Occidente. La medicina china es quizá la única importación directa de Oriente, de orden intelectual, y debe, sin duda, su venida a razones prácticas y mecánicas, estimuladas por el atraso de una población en la cual conserva hondo arraigo el curanderismo en todas sus manifestaciones. La habilidad y excelencia del pequeño agricultor chino, apenas si han fructificado en los valles de Lima, donde la vecindad de un mercado importante ofrece seguros provechos a la horticultura. El chino, en medio¹¹⁰, parece haber inoculado en su descendencia, el fatalismo, la apatía, las taras del Oriente decrepito. El juego, esto es un elemento de relajamiento e inmoralidad, singularmente nocivo en un pueblo propenso a confiar más en el azar que en el esfuerzo, recibe su mayor impulso de la inmigración china. Sólo a partir del movimiento, nacionalista, que tan extensa residencia¹¹¹ ha encontrado entre

¹⁰⁹ «culí», en *7 Ensayos*, 1928, p. 256 [culí o culi: trabajador o criado chino o de la india].

¹¹⁰ «en cambio», en *7 Ensayos*, 1928, p. 257; y ediciones posteriores.

¹¹¹ «resonancia», en *7 Ensayos*, 1928, p. 257; y ediciones posteriores.

los chinos expatriados de continente la colonia china ha dado señales activas de interés cultural e impulsos progresistas. El teatro chino, reservado casi únicamente al divertimento nocturno de los individuos de esa nacionalidad, no ha conseguido en nuestra literatura más eco que el propiciado efímeramente por los gustos exóticos y artificiales del decadentismo. Valdelomar y los «colónidas», lo descubrieron entre sus sesiones de opio, contagiados del orientalismo de Loti y Farrere. El chino, en suma, no trasfiere al mestizo ni su disciplina moral, ni su tradición cultural y filosófica, ni su habilidad de agricultor y artesano. Un idioma inasequible, la calidad del inmigrante y el desprecio hereditario que por él siente el criollo, se interponen entre su cultura y el medio.

El aporte del negro, venido como esclavo, casi como mercadería aparece más nulo y negativo todavía. El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie.

El prejuicio de las razas ha decaído; pero la noción de las diferencias y desigualdades en la evolución de los pueblos se ha ensanchado y enriquecido, en virtud del progreso de la sociología y la historia. La inferioridad de las razas de color no es ya uno de los dogmas de que se alimenta el [...] orgullo blanco. Pero todo el relativismo de la hora no es bastante para abolir la inferioridad de cultura. [He aquí el punto en que, como veremos en otro artículo, tropiezan por el momento las apoloías del mestizaje, basadas en una entusiasta cancelación del prejuicio de raza].¹¹³

EL INDIO Y EL MESTIZO II*

La raza es apenas uno de los elementos que determinan la forma de una sociedad. Entre estos elementos Vilfredo Pareto, en su magistral tratado de sociología, distingue las siguientes categorías: «1.- El suelo, el clima, la flora, la fauna, las circunstancias geológicas, numeralógicas, etc.; 2.- Otros elementos externos a una dada sociedad, en un dado tiempo, esto es las acciones de las otras sociedades sobre ella, que son externas en el espacio, y las consecuencias del estado anterior de esa sociedad, que son externas en el tiempo; 3.- Elementos internos, entre los cuales los principales son la raza, los residuos o sea los sentimientos que manifiestan, las inclinaciones, los intereses, las aptitudes al razonamiento, a la observación, el estado de los conocimientos, etc.» (Pareto afirma que la forma de la sociedad es determinada por todos los elementos que operan

¹¹² «maltrecho», agregado en 7 *Ensayos*, 1928 y ediciones posteriores.

¹¹³ Suprimido en 7 *Ensayos*, 1928 y ediciones posteriores.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 428, 24 de agosto de 1928. Incluido en 7 *Ensayos*, 1928, pp. 257-260, y ed. posterior.

sobre ella, que, una vez determinada, opera a su vez sobre los elementos, de manera que se pueda decir que se efectúa una mutua determinación)¹¹⁴.

Lo que importa, por consiguiente, en los estudios sociológicos de los estratos indio y mestizo, no es la medida en que el mestizo hereda las cualidades o los defectos de las razas progenitoras sino su aptitud para evolucionar, con más facilidad que el indio, hacia el estado social, o el tipo de civilización del blanco. El mestizaje necesita ser analizado no como cuestión étnica, sino como cuestión sociológica. El problema étnico, en cuya consideración se han complacido sociólogos rudimentarios y especuladores ignorantes, es totalmente ficticio y supuesto. Asume una importancia desmesurada para los que, ciñendo servilmente su juicio a una idea acariciada por la civilización europea en su apogeo —y abandonada ya por esta misma civilización, propensa en su declinio¹¹⁵ a una concepción relativista de la historia— atribuyen las creaciones de la sociedad occidental a la superioridad de la raza blanca. Las aptitudes intelectuales y técnicas, la voluntad creadora, la disciplina moral de los pueblos blancos, se reducen, en el criterio simplista de los que aconsejan la regeneración del indio por el cruzamiento, a meras condiciones zoológicas de la raza blanca.

Pero si la cuestión étnica¹¹⁶ —cuyas sugerencias conducen a sus superficiales críticos a inverosímiles razonamientos zootécnicos— es artificial, y no merece la atención de quienes estudian concreta y políticamente el problema indígena, otra es la índole de la cuestión sociológica. El mestizaje descubre en este terreno sus verdaderos conflictos, su íntimo drama. El color de la piel se borra como contraste; pero las costumbres, los sentimientos, los mitos —los elementos espirituales y formales de esos fenómenos que se designan con los términos de sociedad y de cultura— reivindican sus derechos. El mestizaje —dentro de las condiciones económico-sociales subsistentes entre nosotros— no solo produce un nuevo tipo humano y étnico, sino un nuevo tipo social; y si la imprecisión de aquel, por una abigarrada combinación de razas, no importa en sí misma una inferioridad, y hasta puede anunciar, en ciertos ejemplares felices, los rasgos de la «raza cósmica»¹¹⁷, la imprecisión o hibridismo del tipo social, se traduce, por un oscuro predominio de sedimentos negativos, en una estagnación¹¹⁸ sórdida y morbosa. Los aportes del negro y del chino se dejan sentir, en este mestizaje, en un sentido casi siempre negativo o desorbitado. En el mestizo no se prolonga la tradición del blanco ni del

¹¹⁴ En *7 Ensayos*, 1928 y posteriores, se consigna la fuente: Vilfredo Pareto, *Trattato di Sociologia Generale*, tomo III p. 265

¹¹⁵ «declive», en *7 Ensayos*, 1928 y ed. posterior.

¹¹⁶ «racial», en *7 Ensayos*, 1928 y ed. posterior

¹¹⁷ «cósmica», elimina comillas en «raza», en *7 Ensayos*, 1928 y ed. posterior.

¹¹⁸ Alvin Hansen es el autor de la «teoría de la estagnación»: para el desarrollo se requiere de los impulsos externos. Véase: *Guía de Keynes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

indio: ambas se esterilizan y contrastan. Dentro de un ambiente urbano, industrial, dinámico, el mestizo salva rápidamente las distancias que lo separan del blanco, hasta asimilarse la cultura occidental con sus costumbres, impulsos y consecuencias. Puede escaparle —le escapa generalmente— el complejo fondo de creencias, mitos y sentimientos, que se agita bajo las creaciones materiales e intelectuales de la civilización europea o blanca; pero la mecánica y la disciplina de ésta le imponen automáticamente sus hábitos y sus concepciones. En contacto con una civilización maquinista, asombrosamente dotada para el dominio de la naturaleza, la idea del progreso, por ejemplo, es de un irresistible poder de contagio o seducción. Pero, este proceso de asimilación o incorporación se cumple prontamente solo en un medio en el cual actúan vigorosamente las energías de la cultura industrial. En el latifundio feudal, en el burgo retardado, el mestizaje carece de elementos de ascensión. En su sopor extenuante, se anulan las virtudes y los valores de las razas entremezcladas; y, en cambio, se imponen prepotentes las más enervantes supersticiones.

Para el hombre del poblacho mestizo —tan sombríamente descrito por Valcárcel con una pasión no exenta de preocupaciones sociológicas— la civilización occidental constituye un confuso espectáculo, no un sentimiento. Todo lo que en esta civilización es íntimo, esencial, intransferible, energético, permanece ajeno a su ambiente vital. Algunas imitaciones externas, algunos hábitos subsidiarios, pueden dar la impresión de que este hombre se mueve de la órbita de la civilización moderna. Mas, la verdad es otra.

Desde este el punto de vista, el indio, en su medio nativo, mientras la emigración no lo desarraiga ni deforma, no tiene nada que envidiar al mestizo. Es evidente que no está incorporado aún en esta civilización expansiva, dinámica que aspira a la universalidad. Pero no ha roto con su pasado. Su proceso histórico está detenido, paralizado, más no ha perdido, por esto, su individualidad. El indio tiene una existencia social que conserva sus costumbres, su sentimiento de la vida, su actitud ante el universo. Los «residuos» y las derivaciones de que nos habla la sociología de Pareto, que continúa obrando sobre él son los de su propia historia. La vida del indio tiene estilo. A pesar de la conquista, del latifundio, del gamonal, el indio de la sierra se mueve todavía, en cierta medida, dentro de su propia tradición. El «ayllu» es un tipo social bien arraigado en el medio y la raza.

[Los estudios, que ya he citado muchas veces, de Hildebrando Castro Pozo, sobre la «comunidad indígena», consignan a este respecto datos de extraordinario interés. Estos datos coinciden absolutamente con la sustancia de las aserciones de Valcárcel en *Tempestad en los Andes*, a los cuales, si no estuviesen confirmadas por investigaciones objetivas, se podría suponer excesivamente optimistas y apoloéticas. Además, cualquiera puede comprobar la unidad, el estilo, el carácter de la vida indígena. Y

sociológicamente la persistencia en la comunidad de los que Sorel llama «elementos espirituales del trabajo», es de un valor capital].¹¹⁹

El indio sigue viviendo su antigua vida rural. Guarda hasta hoy su traje, sus costumbres, sus industrias típicas. Bajo el más duro feudalismo, los rasgos de la agrupación social indígena no han llegado a extinguirse. La sociedad indígena puede mostrarse más o menos primitiva o retardada; pero es un tipo orgánico de sociedad y de cultura. Y ya la experiencia de los pueblos de Oriente, el Japón, Turquía, la misma China, nos han probado cómo una sociedad autóctona, aún después de un largo colapso, puede encontrar por sus propios pasos, y en muy poco tiempo, la vía de la civilización moderna y traducir, a su propia lengua, las lecciones de los pueblos de Occidente.

EN DEFENSA DE LOS ALUMNOS DEL INSTITUTO PEDAGÓGICO *

El primer año de vida del Instituto Pedagógico, acaba de ser turbado por un incidente, que sería prematuro declarar resuelto con la ejecución de la medida disciplinaria dictada por las autoridades superiores de Instrucción Pública contra seis alumnos de ese centro de enseñanza. Porque el incidente comienza, en realidad, con esta medida, si se considera con ánimo sereno los hechos que la han antecedido.

Estos seis estudiantes normalistas no son responsables sino de haber redactado, por mandato de una asamblea de sus compañeros, y en términos que en esta asamblea quedaron acordados, un memorial al Congreso, respecto a las deficiencias que, a juicio del alumnado, son evidentes en el funcionamiento del Instituto Pedagógico¹²⁰.

¹¹⁹ En *7 Ensayos* de 1928 (p. 260) y ed. posterior está como nota a pie de página.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 429, 31 de agosto de 1928. Incluido en *Temas de Educación* (1970) pp. 81-85. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 377-378.

¹²⁰ En *Amauta*, núm. 17, septiembre de 1928, p. 93, sec. «Panorama Móvil», dice el siguiente comentario por la expulsión de los seis alumnos del Instituto Pedagógico: EL DERECHO DE OPINIÓN Y DE CRÍTICA DE LOS ESTUDIANTES

Un memorial elevado por los alumnos del Instituto Pedagógico Nacional a la Cámara de Diputados, solicitando un nuevo local y mejores métodos de administración y enseñanza, ha causado la inmediata expulsión de seis alumnos de ese instituto —Heraclio Garmendía, Esteban Hidalgo S., Francisco Quiroz S., Emilio Barrantes, Emilio Morales, Jesús Gutiérrez— reputados precipitada e inapelablemente por el Ministerio de Instrucción como instigadores de esa actitud del alumnado que no ha tenido, sin embargo, nada de descompuesta o turbulenta. Los seis estudiantes nombrados no eran responsables sino de la redacción del memorial, por mandato de una asamblea del alumnado, en la cual quedaron acordados los términos de este documento. Esta explicación no ha bastado para obtener la reconsideración de tan extrema medida. Las gestiones

El acierto o desacierto de los alumnos al resolver dirigirse al Congreso, más bien que al Ministerio del Ramo, es una cuestión que, por mi parte, no me propongo examinar. Entiendo que, en materia administrativa, una solicitud al Congreso tiene que recorrer, en el mejor de los casos, un camino más largo y moroso que una solicitud al Ministerio competente. Es posible que, en el criterio de los alumnos peticionarios, al recurrir al Congreso, haya influido la consideración de que, siendo uno de los puntos del memorial la necesidad de trasladar el Instituto Pedagógico a un local apropiado, dependía del voto de las Cámaras, en la dación del Presupuesto de la República, la solución del mayor problema de esa Normal Superior, contemplado en la petición. Cualquiera que sea el juicio que se pronuncie sobre esta cuestión de procedimiento, lo que está en causa es la responsabilidad en que pueden haber incurrido, conforme al director del Instituto y las autoridades de Enseñanza, los seis alumnos mencionados.

La medida extrema con que se les ha castigado —cancelación de sus becas y matrícula— no ha seguido a una sumaria información, verificada por el Ministerio mismo. De otro modo, se habría sabido que ninguna sanción, en el caso de ser procedente, podía recaer exclusivamente en los seis alumnos que, obedeciendo a una deliberación de sus compañeros, redactaron el memorial. No se trata, como la medida adoptada parece suponer, de los instigadores, de los promotores de una protesta. Como fueron designados estos seis alumnos, pudieron ser designados otros que, sin duda, habrían desempeñado el encargo en la misma forma. Los puntos del memorial quedaron determinados en la asamblea que nombró a la comisión. En la designación de ésta, se tuvo seguramente en cuenta las dotes de inteligencia y sagacidad de sus miembros para interpretar con éxito el sentimiento del alumnado. El memorial, en fin, fue oportunamente conocido y aprobado por los 150 alumnos que lo suscriben. ¿Por qué la represión descubre sólo seis culpables? Esta es la interrogación de los 150 firmantes.

de los alumnos del Instituto Pedagógico y de la Asociación Nacional de Normalistas, no han sido atendidas por el Ministerio, obstinado en su desacierto. Apenas si, como revisión de la pena, se ha despachado a los seis estudiantes a sus provincias, con la promesa de que el año próximo serán readmitidos los seis en el Instituto.

Nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha tratado ya en *Mundial* este hecho, que coincide con la crisis de la Universidad de Arequipa [En *Amauta*, núm. 18, agosto de 1928, pp. 92-93. Notas: La Reforma en la Universidad de Arequipa], agravada y no resuelta, según se nos avisa, por el rector Dr. Escomel con la expulsión de varios alumnos. No tenemos aún la confirmación de esta noticia. Pero lo acontecido en la Escuela Normal nos basta para denunciar el criterio cerradamente reaccionario con que se actúa la reforma de la enseñanza superior, reaccionaria también en su espíritu, a pesar de cierto paramento de innovación y del golpe asestado a la antigua oligarquía de San Marcos en su estado mayor.

Pero no solo acontece que se ha prescindido de toda investigación prudente de los hechos, sino que, probablemente, el Ministro de Instrucción Pública no se ha informado de los términos del memorial. Estos no autorizan ningún castigo. Los alumnos se han dirigido al Congreso con todo respeto y toda mesura. No los movía ninguna intención de turbulencia, sino el anhelo legítimo de que la enseñanza, la administración y el funcionamiento general del Instituto sean reformados y mejorados. El más elemental criterio de eficacia y oportunidad, se oponía a que asumieran una actitud impertinente. Pueden haberse equivocado en el trámite y el método; pero esto quedaría suficientemente castigado con una reconvencción.

La expulsión pone súbitamente en la calle a seis estudiantes, todos ellos pobres y provincianos, sin recursos para sostenerse, fuera del Instituto, en la capital. Los condena a la pérdida de una carrera, a la que consagraban entusiastamente su juventud y su inteligencia. Uno o dos de estos alumnos, si no me equivoco, debían terminar este año sus estudios.

El incidente, por otra parte, no queda resuelto, como digo al comenzar, con la medida extrema adoptada. Sin esta medida, no habría trastorno alguno en la existencia del Instituto Pedagógico. Los alumnos habrían rectificado o abandonado su gestión, en espera de que el doctor Oliveira —a quien por el hecho de estar vinculado su nombre a la creación de este establecimiento, sobre las bases de la antigua Escuela Normal, se debe suponer interesado en que su marcha no sufra fallas— quisiera informarse de su desiderata y atenderlos en la medida en que los creyese oportunos.

Frente a una expulsión, de tan evidente injusticia, el alumnado del Instituto Pedagógico tiene deberes de solidaridad, más aún, tiene deberes de responsabilidad de sus actos, que es imposible impedirle que cumpla. Si se quiere que un conflicto cuyas derivaciones nadie puede prever, no altere el orden del Instituto Pedagógico, en su primer año de trabajo, la reconsideración del castigo debe ser concedida sin demora. La Asociación de Normalistas, órgano del preceptorado nacional, ampara la demanda que en este sentido formulan los estudiantes del Instituto Pedagógico. Los estudiantes de la Universidad a su vez, aguardan con ansiedad la resolución del Ministro de Instrucción. El caso de Guadalupe —piensan todos— se repite con circunstancias agravantes. El doctor Oliveira está ante una cuestión de justicia, a la cual no debe sobreponerse ninguna consideración adjetiva y procesal.

ESTUDIOS, ESPÉCIMEN DE MEDIOCRIDAD REACCIONARIA *

La Universidad Católica de Lima ha empezado a publicar un órgano que no servirá, por cierto, para acreditarla intelectualmente. Diremos, ante todo, que no nos molesta la existencia de un frente conservador. Al contrario, a veces lo echamos de menos. Quisiéramos que una de las consecuencias de nuestra acción doctrinal fuese el surgimiento de un frente de intelectuales conservadores, enérgico, ilustrado, beligerante, inteligente. Una lucha esforzada y seriamente conducida, entre revolucionarios y conservadores verdaderos, sería fecunda para el pensamiento y la vida de este país enfermo de mediocridad, oportunismo e indecisión. A los escritores católicos de *Estudios*, no les reprochamos el que sean católicos, sino que el que sean tan poco católicos y tan poco escritores. No lamentamos en ellos la doctrina sino la calidad. Que un movimiento histórico tan serio y considerable como el socialismo, sea enjuiciado por malos literatos, absolutamente extraños a estas especulaciones, como el señor Raymundo Morales de la Torre y el señor J. Leonidas Madueño, es algo que dice hasta qué punto ha decaído la tradición intelectual conservadora en el Perú. El señor Morales de la Torre, en un artículo deslabazado, emplea contra el socialismo confusas razones de liberal, no de católico. Su artículo demuestra una ignorancia absoluta no solo de lo que es el socialismo, sino de lo que un católico puede pensar de él.

El socialismo, naturalmente, no tiene nada que temer de la crítica inepta de un decadente cursi como el señor Morales de la Torre ni de las aburridas pláticas de un insulso monaguillo como el señor Madueño. Pero, en un terreno de crítica intelectual, no ajeno a cierto hondo sentido nacionalista, hay que dolerse de que la crítica católica se muestre tan mediocre y abigarrada en el Perú. Con la misma sinceridad nos indignaríamos de que de la crítica de un hecho histórico tan serio y considerable como el catolicismo, se encargara, en una revista revolucionaria, el señor Pardo Castro, por ejemplo. *Estudios*, en su editorial, se confiesa francamente reaccionaria. La Universidad Católica suscribe la apología de Primo de Rivera y de Mussolini. Esto podría disgustar un poco a quienes sigan rígidamente la línea doctrinal del Vaticano y el *Osservatore Romano*. Pero ya sabemos que los escritores de *Estudios* son reaccionarios antes que católicos. Más coherente nos parece, en verdad, a pesar de todo, el catolicismo social de los ennovecentistas.

* En *Amanta* (Lima), núm. 17, septiembre 1928. pp. 91-92. En *Peruanicemos al Perú* en sec. «Notas». Incluido en *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 347-348.

I.- TESTIMONIO DE PARTE

La palabra proceso tiene en este caso su acepción judicial. No esconde ningún propósito de participar en la elaboración de la historia de la literatura peruana. Me propongo solo aportar mi testimonio a un juicio que considero abierto. Me parece que en este proceso se ha oído hasta ahora, casi exclusivamente, testimonios de defensa y que es tiempo de que se oiga también testimonios de acusación. Mi testimonio es convicta y confesamente un testimonio de parte. Todo crítico, todo testigo, cumple consciente o inconscientemente una misión. Contra lo que baratamente pueda sospecharse, mi voluntad es afirmativa, mi temperamento es de constructor, y nada me es más antitético que el bohemio puramente iconoclasta y disolvente; pero mi misión ante el pasado parece ser la de votar en contra. No me eximo de cumplirla, ni me excuso por su parcialidad. Piero Gobetti, uno de los espíritus con quienes siento más amorosa asonancia, escribe en uno de sus admirables ensayos¹²¹: «El verdadero realismo tiene el culto de las fuerzas que crean los resultados, no la admiración de los resultados intelectualísticamente contemplados a priori. El realista sabe que la historia es un reformismo, pero también que el proceso reformístico, en vez de reducirse a una diplomacia de iniciados, es producto de los individuos en cuanto operen como revolucionarios a través de netas afirmaciones de contrastantes exigencias».¹²²

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 431, I Testimonio de parte; II La literatura colonial, 14 de septiembre de 1928. En *7 Ensayos*, 1928, pp. 169-176; 2005, pp. 229-239. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 103-107.

¹²¹ Véase: «Tres ensayos por Piero Gobetti» en *Amauta*, núm. 24, 1929, pp. 10-21.

¹²² Piero Gobetti, *Opera Critica*, parte prima, p. 88.- Gobetti insiste en varios pasajes de su obra en esta idea, totalmente conforme con el dialecticismo marxista, que excluye en modo absoluto esas síntesis a priori tan fácilmente acariciadas por el oportunismo mental de los intelectuales. Trazando el perfil de Domenico Giulioti, compañero de Papini en la aventura intelectual del *Dizionario dell'uomo salvatico*, escribe Gobetti: «A los individuos tocan las posiciones netas; la conciliación, la transacción es obra de la historia tan solo es un resultado». Y en el mismo libro, al final de unos apuntes sobre la concepción griega de la vida, afirma: «El nuevo criterio de la verdad es un trabajo en armonía con la responsabilidad de cada uno. Estamos en el reino de la lucha (lucha de los hombres contra los hombres, de las clases contra las clases, de los Estados contra los Estados) porque solamente a través de la lucha se tiemplan fecundamente las capacidades y cada uno defendiendo con intransigencia su puesto, colabora al proceso vital» [Nota al pie de página de JCM].

Mi crítica renuncia a ser imparcial o agnóstica, si la verdadera crítica puede serlo, cosa que no creo absolutamente. Toda crítica obedece a preocupaciones de filósofo, de político, de moralista. Croce ha demostrado lucidamente que la propia crítica impresionista o hedonista de Jules Lemaitre, que se suponía exenta de todo sentido filosófico, no se sustraía más que la de Saint Beuve, al pensamiento, a la filosofía de su tiempo.¹²³

El espíritu del hombre es indivisible; y yo no me duelo de esta fatalidad, sino por el contrario, la reconozco, como una necesidad de plenitud y coherencia. Declaro, sin escrúpulo —o, quizá, por escrúpulo— que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas, aunque, dado el descredito de este vocablo en el lenguaje corriente, debe agregar que la política en mi es filosofía y religión.

Pero esto no quiere decir que considere el fenómeno literario o artístico desde puntos de vista extra-estéticos, sino que mi convicción artística se unimisma, en la intimidad de mi consciencia, con mis concepciones morales, políticas y religiosas y que, sin dejar de ser concepción estrictamente estética, no puede operar independiente o diversamente.

Riva Agüero enjuició la literatura peruana con evidente criterio «civilista» o colonialista. Su ensayo sobre el *Carácter de la literatura del Perú independiente*¹²⁴ está en todas sus partes inequívocadamente transido no solo

¹²³ Benedetto Croce, *Nuovi Saggi di Estetica*, ensayo sobre la crítica literaria como la filosofía, p. 205 a 207. En el mismo volumen, descalificando su lógica inexorable las tendencias estetistas e historicistas en la historiografía artística, Croce ha evidenciado que «la verdadera crítica de arte es ciertamente crítica estética, pero no porque desdeñe la filosofía como la crítica pseudoestética, sino porque obra como filosofía o concepción del arte; y es crítica histórica, pero no porque se atenga a lo extrínseco del arte, como la crítica pseudohistórica, sino porque, después de haberse valido de los datos históricos para la reproducción fantástica (y hasta aquí no es todavía historia), obtenida ya la reproducción fantástica, se hace historia, determinando qué cosa es aquel hecho merced al concepto y estableciendo cuál es propiamente el hecho acontecido. De modo que las dos tendencias que están en contraste en las direcciones inferiores de la crítica, en la crítica coinciden; y “crítica histórica del arte” y “crítica estética” son lo mismo» [Nota al pie de página de JCM].

¹²⁴ Aunque es un trabajo de su juventud, o precisamente por serlo, el *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* traduce viva y sinceramente el espíritu y el sentimiento de su autor. Los posteriores trabajos de crítica literaria de Riva Agüero no rectifican fundamentalmente esa tesis. El *Elogio del Inca Garcilazo*, por la exaltación del genial criollo y de sus *Comentarios Reales* podría haber sido el prelude de una nueva actitud. Pero, en realidad, ni una fuerte curiosidad de erudito por la historia inkaica, ni una fervorosa tentativa de interpretación del paisaje serrano, han disminuido en el espíritu de Riva Agüero la fidelidad a la Colonia. La estada en España ha agitado, en la medida que todos saben, su fondo conservador y virreinal. En un libro escrito en España, *El Perú Histórico y*

de conceptos políticos sino aún de sentimientos de casta. Es simultáneamente una pieza de historiografía literaria y de reivindicación política.

El espíritu de casta de los encomenderos coloniales, inspira sus esenciales proposiciones críticas que casi invariablemente se resuelven en españolismo, colonialismo, aristocratismo. Riva Agüero no prescinde de sus preocupaciones políticas y sociales, sino en la medida en que juzga la literatura con normas de preceptista, de académico, de erudito; y entonces su prescindencia es solo aparente porque, sin duda, nunca se mueve más ordenadamente su espíritu dentro de la órbita escolástica y conservadora. Ni disimula demasiado Riva Agüero el fondo político de su crítica, al mezclar a sus valoraciones literarias consideraciones anti-históricas respecto al presunto error en que incurrieron los fundadores de la independencia prefiriendo la república a la monarquía, y vehementes impugnaciones de la tendencia de oponer a los oligárquicos partidos tradicionales, partidos de principios, por el temor de que provoquen combates sectarios y antagonismos sociales. Pero Riva Agüero no podía confesar explícitamente la trama política de su exégesis: primero, porque solo posteriormente a los días de su obra, hemos aprendido a ahorrarnos muchos disimulos evidentes e inútiles; segundo, porque condición de predominio de su clase —la aristocracia encomendera— era precisamente la adopción formal de los principios e instituciones de otra clase —la burguesía liberal— y, aunque se

Artístico. Influencia y Descendencia de los Montañeses en él (Santander, 1921), manifiesta una consideración acentuada por la sociedad incaica; pero en esto no hay que ver sino prudencia y ponderación de estudioso, en cuyos juicios pesa la opinión de Gracilazo y de los cronistas más objetivos y cultos. Riva Agüero constata que: «Cuando la Conquista, el régimen social del Perú entusiasmó a observadores tan escrupulosos como Cieza de León y a hombres tan doctos como el Licenciado Polo de Ondegardo, el Oidor Santillán, el jesuita autor de la Relación Anónima y el P. José de Acosta. Y, ¿quién sabe si en las veleidades socializantes y de reglamentación agraria del ilustre Mariana y de Pedro de Valencia (el discípulo de Arias Montano) no influiría, a más de la tradición platónica, el dato contemporáneo de la organización incaica, que tanto impresionó a cuantos la estudiaron?» No se exime Riva Agüero de rectificaciones como la de su primitiva apreciación de *Ollantay*, reconociendo haber «exagerado mucho la inspiración castellana de la actual versión en una nota del ensayo sobre el *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*» y que, en vista de estudios últimos, si *Ollantay* sigue apareciendo como obra de un refundidor de la Colonia, «hay que admitir que el plan, los procedimientos poéticos, todos los cantares y muchos trozos son de tradición incaica, apenas levemente alterados por el redactor». Ninguna de estas leales comprobaciones de estudioso, anula empero el propósito ni el criterio de la obra, cuyo tono general es el de un recrudescido españolismo que, como homenaje a la metrópoli, tiende a reivindicar el españolismo «arraigado» del Perú [Nota al pie de página de JCM].

sintiese íntimamente monárquica, española y tradicionalista, esa aristocracia necesitaba conciliar anfibólicamente un sentimiento reaccionario con la práctica de una política republicana y capitalista y el respeto de una constitución demo-burguesa.

Concluida la época de incontestada autoridad civilista en la vida intelectual del Perú, la tabla de valores establecida por Riva Agüero ha pasado a revisión con todas las piezas filiales y anexas.¹²⁵ Por mi parte, a su inconfesa parcialidad «civilista» o colonialista enfrente mi explícita parcialidad revolucionaria o socialista. No me atribuyo mesura o equidad de árbitro: declaro mi pasión y beligerancia de opositor. Los arbitrajes, las conciliaciones se actúan en la historia, y a condición de que las partes se combatan con copioso y extremo alegato.

II. LA LITERATURA COLONIAL

Materia primaria de unidad de toda literatura es el idioma. La literatura española como la italiana y la francesa comienzan con los primeros cantos y relatos escritos en esas lenguas. Solo a partir de la producción de obras propiamente artísticas de mérito perdurable, en español, italiano y francés aparecen respectivamente las literaturas española, italiana, francesa. La diferenciación de estas lenguas del latín no estaba aún acabada, y del latín se derivaban directamente todas ellas, consideradas por mucho tiempo como lenguaje popular. Pero la literatura nacional de dichos pueblos latinos nace, históricamente¹²⁶, con el idioma nacional, que es el primer elemento de demarcación de los confines generales de una literatura.

El florecimiento de las literaturas nacionales coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional. Forma parte del movimiento que, a través de la Reforma y el Renacimiento, creó los factores ideológicos y espirituales de la revolución liberal y del orden capitalista. La unidad de la cultura europea, mantenida durante el Medioevo por el latín y el Papado, se rompió a causa de la corriente nacionalista, que tuvo una de

¹²⁵ Discuto y critico preferentemente la tesis de Riva Agüero porque la estimo la más representativa y dominante, y el hecho de que a sus valoraciones se ciñan estudios posteriores, deseosos de imparcialidad crítica y ajenos a sus motivos políticos, me parece una razón más para reconocerle un carácter central y un poder fecundador. Luis Alberto Sánchez, en el primer volumen de *La Literatura Peruana* —que gustoso comentaré próximamente—, admite que García Calderón en *Del Romanticismo al Modernismo*, dedicado a Riva Agüero, glosa, en verdad el libro de éste; y aunque años más tarde se documentara mejor para escribir su síntesis de *La Literatura Peruana*, no aumenta muchos datos a los ya apuntados por su amigo y compañero, el autor de *La Historia en el Perú*, ni adopta una orientación nueva, ni acude a la fuente popular indispensable. [Nota al pie de página de JCM].

¹²⁶ «históricamente», corregido en la ed. 1928.

sus expresiones en la individualización nacional de las literaturas. El «nacionalismo» en la historiografía literaria, es por tanto un fenómeno de la más pura raigambre política, extraño a la concepción estética del arte. Tiene su más vigorosa afirmación en Alemania, desde la obra de los Schlegel que renueva profundamente la crítica y la historiografía literarias. Francesco de Sanctis —autor de la justamente célebre *Storia della letteratura italiana*, de la cual Brunetière escribía con fervorosa admiración «esta historia de la literatura italiana que yo no me canso de citar y que no se cansan en Francia de no leer»— considera característico de la crítica ochocentista «quel pregio Della nazionalità tanto stimato dai critici moderni e pel quale lo Schlegel esalta il Calderón, nazionalissimo spagnuolo e deprime il Metastasio non punto italiano».¹²⁷

La literatura nacional es en el Perú, como la nacionalidad misma, de irrenunciable filiación española. Es una literatura escrita, pensada y sentida en español, aunque en los tonos, y aún en la sintaxis del idioma, la influencia indígena sea en algunos casos más o menos palmaria e intensa. La civilización autóctona no llegó a la escritura y, por ende, no llegó propia y estrictamente a la literatura, o más bien, ésta se detuvo en la etapa de los aedas, de las leyendas y de las representaciones corográfico-teatrales. La escultura y la gramática quechuas son en su origen obra española y los escritos quechuas pertenecen totalmente a literatos bilingües como el Lunarejo; hasta la aparición de Inocencio Mamani, el joven autor de *Tucupac Mumashcan* (2)¹²⁸. La lengua castellana, más o menos americanizada, es el lenguaje literario y el instrumento intelectual de esta nacionalidad cuyo trabajo de definición aún no ha concluido.

En la historiografía literaria, el concepto de literatura nacional, del mismo modo que no es intemporal, tampoco es demasiado concreto. No traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización, no

¹²⁷ Francesco de Sanctis, *Teoría e Storia Della Letteratura* vol. I p. 186.- Ya que he citado los *Nuovi Saggi di Estetica* de Croce no debo dejar de recordar que, reprobando las preocupaciones excesivamente nacionalista y modernista, respectivamente, de las historias literarias de Adolfo Bartels y Ricardo Mauricio Meyer, Croce sostiene: «que no es verdad que los poetas y los otros artistas sean expresión de la consciencia nacional, de la raza, de la estirpe, de la clase, o de cualquier otra cosa símil». La reacción de Croce contra el desorbitado nacionalismo de la historiografía literaria del siglo diecinueve, al cual sin embargo escapan obras como la de George Brandes, espécimen extraordinario de buen europeo, es extrema y excesiva como toda reacción; pero responde, en el universalismo vigilante y generoso de Croce, a la necesidad de resistir a las exageraciones de la imitación de los imperiales modelos germanos [Nota al pie de página de JCM].

¹²⁸ Véase: en *Amauta* (Lima) núms. 12 y 14 las noticias y comentarios de Gabriel Collazos y José Gabriel Cossio sobre la comedia quechua de Inocencio Mamani, a cuya gestación no es probablemente extraño el ascendiente fecundador de Gamaniel Churata. [Nota al pie de página de JCM].

aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos. (La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable). Remarcando el carácter de excepción de la literatura hebrea, De Sanctis constata lo siguiente: «Verdaderamente una literatura del todo nacional es una quimera. Tendría ella por condición un pueblo perfectamente aislado como se dice que es la China (aunque también en la China han penetrado hoy los ingleses). Aquella imaginación y aquel estilo que se llama orientalismo, no es nada de particular al Oriente, sino más bien es del setentrion¹²⁹ y de todas las literaturas bárbaras y nacientes. La poesía griega tenía de la asiática, y la latina de la griega, y la italiana de la griega y la Latina» (3).¹³⁰

El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace también de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista. Nuestro caso es diverso del de aquellos pueblos de América donde la misma dualidad no existe, o existe en términos inocuos. La individualidad de la literatura argentina, por ejemplo, está en estricto acuerdo con una definición vigorosa de la personalidad nacional.

La primera etapa de la literatura peruana no podía eludir la suerte que le imponía su origen. La literatura de los españoles de la colonia no es peruana; es española. Claro está que no por estar escrita en idioma español, sino por haber sido concebido con espíritu y sentimiento españoles. A este respecto, me parece que no hay discrepancia. Gálvez reconoce como crítico que «la época de la Colonia no produjo sino imitadores serviles e inferiores de la literatura española y especialmente la gongórica de la que tomaron solo lo hinchado y lo malo y que no tuvieron la comprensión ni el sentimiento del medio, exceptuando a Garcilazo¹³¹, que sintió la naturaleza, y a Caviedes, que fue personalísimo en sus agudezas, y que en ciertos aspectos de la vida nacional, en la malicia criolla, puede y debe ser considerado como el lejano antepasado de Segura, de Pardo, de Palma y de Paz Soldán»(4).¹³²

Las dos excepciones, mucho más la primera que la segunda, son incontestables. Garcilazo, sobre todo, es una figura solitaria en la literatura de la Colonia. En Garcilazo se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilazo es subconscientemente más inca que conquistador, más quechua que español. Es, también, un caso de excepción. Y en esto residen precisamente su individualidad y su grandeza.

¹²⁹ «septentrion», en *7 Ensayos* (2005) y DRAE.

¹³⁰ De Sanctis, Ob. Citada, p. 186 y 187. [Nota al pie de página de JCM].

¹³¹ «Garcilas», en *7 Ensayos* ed. posterior a 1928.

¹³² José Gálvez, *Posibilidad de una genuina literatura nacional*, p. 7 [Nota al pie de página de JCM].

Garcilazo nació del primer abrazo, del primer amplexo fecundo de las dos razas, la conquistadora y la indígena. Es, históricamente, el primer «peruano», si entendemos la «peruanidad» como una formación social, determinada por la conquista y la colonización españolas. Garcilazo llena con su nombre y su obra una etapa entera de la literatura peruana. Es el primer peruano, sin dejar de ser español. Su obra, bajo su aspecto histórico-estético, pertenece a la épica española. Es inseparable de la máxima epopeya de España: el descubrimiento y conquista de América.

Colonial, española, aparece la literatura peruana, en su origen, hasta por los géneros y asuntos de la primera época. La infancia de toda literatura, normalmente desarrollada, es la lírica (5).¹³³ La literatura oral indígena obedeció, como todas, esta ley. La Conquista trasplantó al Perú, con el idioma español, una literatura ya evolucionada que continuó en la Colonia su propia trayectoria. Los españoles trajeron un género narrativo bien desarrollado que del poema épico avanzaba ya a la novela. Y la novela caracteriza la etapa literaria que empieza con la Reforma y el Renacimiento. La novela es, en buena cuenta, la historia del individuo de la sociedad burguesa; y desde este punto de vista no está muy desprovisto de razón Ortega y Gasset cuando registra la decadencia de la novela. La novela renacerá, sin duda, como arte realista, en la sociedad proletaria; pero, por ahora, el relato proletario, en cuanto expresión de la epopeya revolucionaria, tiene más de épica que de novela propiamente dicha. La épica medioeval, que decaía en Europa en la época de la Conquista, encontraba aquí los elementos y los estímulos de un renacimiento. El conquistador podía sentir y expresar épicamente la conquista. La obra de Garcilazo está entre la épica y la historia. La épica, como observa muy bien De Sanctis, pertenece a los tiempos de lo maravilloso (6).¹³⁴ La mejor prueba de la irremediable mediocridad de la literatura de la Colonia la tenemos en que, después de Garcilazo, no ofrece ninguna original creación épica.

¹³³ De Sanctis, en su *Teoría e Storia della Letteratura* (p. 205) dice: «El hombre, en el arte como en la ciencia, parte de la subjetividad y por esto la lírica es la primera forma de la poesía. Pero de la subjetividad pasa después a la objetividad y se tiene la narración, en la cual la conmoción subjetiva es incidental y secundaria. El campo de la lírica es lo ideal, de la narración lo real: en la primera, la impresión es fin, la acción es ocasión; en la segunda sucede lo contrario; la primera no se disuelve en prosa sino destruyéndose; la segunda se resuelve en la prosa que es su natural tendencia». [Nota al pie de página de JCM].

¹³⁴ «Son los tiempos de lucha —escribe De Sanctis— en los cuales la humanidad asciende de una idea a la otra y el intelecto no triunfa sin que la fantasía sea sacudida: cuando una idea ha triunfado y se desenvuelve en ejercicio pacífico no se tiene más la épica, sino la historia. El poema épico, por tanto, se puede definir como la historia ideal de la humanidad en su paso de una idea a otra» (Ib. p. 207). [Nota al pie de página de JCM].

La temática de los literatos de la Colonia es, generalmente, la misma de los literatos de España, y siendo continuación o repetición de ésta, se manifiesta siempre en retardo por la distancia. El repertorio colonial se compone casi exclusivamente de títulos que a leguas acusan el eruditismo, el escolasticismo¹³⁵, el clasicismo trasnochado de los autores. Es un repertorio de rapsodias y ecos, si no de plagios. El acento más personal es, en efecto, el de Caviedes, que anuncia el gusto limeño por el tono festivo y burlón. El Lunarejo, no obstante su sangre indígena, sobresalió solo como gongorista, esto es en una actitud característica de una literatura vieja que, agotado ya el Renacimiento, llegó al barroquismo y al culteranismo. El *Apologético en favor de Góngora*, desde este punto de vista, está dentro de la literatura española.

ANIVERSARIO Y BALANCE *

Amauta llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno —«revista que envejece, degenera»— habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para hacer historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que *Amauta* se ha impuesto, es esta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema

¹³⁵ «escolasticismo», corregido en la edición 1928.

* En *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, pp. 1-3. *Labor*, núm. 1, 10 de noviembre de 1928, p. 8, con el encabezamiento de una nota:

2º Aniversario de *Amauta*. Agotado el núm. 17 de *Amauta*, que con ocasión del segundo aniversario reafirma y precisa la posición ideológica de esta revista, juzgamos oportuno reproducir en *LABOR* su editorial.

Incluido en *Ideología y Política* (1969) pp. 246-250. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 260-262.

afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista pequeñoburgués y demagógico).

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y de una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita llamarse revista de la «nueva generación», de la «vanguardia», de las «izquierdas». Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

«Nueva generación», «nuevo espíritu», «nueva sensibilidad», todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: «vanguardia», «izquierda», «renovación». Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será, simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: «anti-imperialista», «agrarista», «nacionalista-revolucionaria». El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, solo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simple colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma

rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indo-americana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes eran, sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la inkaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He ahí¹³⁶ una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipemos¹³⁷ a las síntesis, a las transacciones, que solo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo más a condición de que los revolucionarios operen como

¹³⁶ «aquí», en *Ideología y política*, p. 249.

¹³⁷ «anticipamos», en *Ideología y política*, p. 249.

tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí¹³⁸ los hombres que hacen la historia. Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por *La trahison des clercs*¹³⁹. Confesamos, sin escrúpulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas, a los espíritus incapaces de aceptar y comprender su época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

7 ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA*

[En un grueso volumen de 266 páginas, nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha reunido los siguientes siete ensayos: Esquema de la Evolución Económica. - El Problema del Indio. - El Problema de la Tierra - El Proceso de la Instrucción Pública - El Factor Religioso - Regionalismo y Centralismo - El Proceso de la Literatura. Estos siete ensayos se componen íntegramente de apuntes y estudios que, en serie o fragmentariamente, han aparecido en estos últimos años en esta misma sección, escritos especialmente para *Mundial*. Por esta razón, Mariátegui quiere anticipar a los lectores de *Mundial* el prefacio de su obra, que la semana próxima estará a la venta en las librerías. Un libro, cuyo mérito apreciará la crítica, se ha ido formando en esta sección de *Mundial* que ahora publica sus palabras prologales, a las cuales Mariátegui hace preceder este concepto de Nietzsche: «Ich will keinen Autor mehr lessen, dem man anmerkt, or wollte ein Buch machen: sondern nur jene, deren jedenken unversehens ein buch wurden».- Es innecesario agregar que este libro no comprende sino lo que Mariátegui ha escrito sobre los temas indicados, encerrando solo la parte sustancial de su labor en *Mundial*, con exclusión de comentarios puramente periodísticos y otros artículos].

Reúno en este libro, organizados y anotados en siete ensayos, los escritos que he publicado en *Mundial* y *Amauta* sobre algunos aspectos sustantivos de la realidad peruana. Como *La Escena Contemporánea*, no es éste, pues, un libro orgánico. Mejor así. Mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor contraído a la producción intencional, deliberada, de un libro, sino a aquel cuyos pensamientos

¹³⁸ «aquí», en *Ideología y política*, p. 250.

¹³⁹ Título del libro de Julien Benda (1927).

* Publicado en *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 437, 26 de octubre de 1928. Incluido en *7 Ensayos*, 1928 pp. 5-6 (a partir del segundo párrafo de la presente edición); 2005 pp. 11-12 y *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 5-6.

formaban un libro espontánea e inadvertidamente. Muchos proyectos de libros visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que solo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene. Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola¹⁴⁰, un único proceso. Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de —también conforme a un principio de Nietzsche— mete¹⁴¹ toda mi sangre en mis ideas.

Pensé incluir en este volumen un ensayo sobre la evolución política e ideológica del Perú. Mas, a medida que avanzo en él, siento la necesidad de darle desarrollo y autonomía en un libro aparte. El número de páginas de estos «7 Ensayos» me parece ya excesivo, tanto que no me consiente completar algunos trabajos como yo quisiera o debiera. Por otra parte, está bien que aparezcan antes que mi nuevo estudio. De este modo, el público que me lea se habrá familiarizado oportunamente con los materiales y las ideas de mi especulación política e ideológica.

Volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mi investigación y mi polémica. Tal vez¹⁴² hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado. Toda esta labor no es sino una contribución a la crítica socialista de los problemas y la historia del Perú. No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo América sin la ciencia o el pensamiento europeo u occidentales, Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario. Es todo lo que debo advertir lealmente al lector a la entrada de mi libro.

Lima, 1928

José Carlos Mariátegui.

¹⁴⁰ «cosa», el autor agregó en *7 Ensayos*.

¹⁴¹ «meter», en *7 Ensayos*, 1928 y ediciones posteriores.

¹⁴² «Tal vez», en ediciones posteriores a 1928.

PRINCIPIOS PROGRAMATICOS DEL PARTIDO SOCIALISTA *

El programa debe ser una declaración doctrinal que afirme:

1. El carácter internacional de la economía contemporánea, que no consiente a ningún país evadirse a las corrientes de transformación surgida de las actuales condiciones de producción.

2. El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El Partido Socialista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La revolución de la independencia hace más de un siglo fue un movimiento solidario de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El manifiesto de Marx y Engels condensó el primer principio de la revolución proletaria en la frase histórica: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

3. El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro, en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercado de su capital y sus mercaderías y como depósito de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo. Los obliga a la especialización, a la monocultura. (Petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú). Crisis que se derivan de esta rígida determinación de la producción nacional por factores del mercado mundial capitalista.

4. El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario

* Redactado a petición del Comité Organizador del Partido Socialista del Perú en octubre de 1928. Incluido en *Apuntes para una Interpretación Marxista de Historia Social del Perú*, de Ricardo Martínez de la Torre. Lima, Empresa Editora Peruana S.A., 1948, Tomo II, pp. 398 a 402. Incluido en *Ideología y Política* (1969), pp. 159-164. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 225-228.

de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, lo adopta como su método de lucha.

5. La economía precapitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país en la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses imperialistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial.

El destino colonial del país reanuda su proceso. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha anti-imperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.

6. El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yanaconazgo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se preste al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativos, no significa en lo absoluto una romántica y anti-histórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalista; y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino por el contrario la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional.

7. Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolares, y en general de todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior el monopolio de la riqueza.

8. Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el

desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.

9. El Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase.

[Anexas al programa se publicarán proyectos de tesis sobre la cuestión indígena, la cuestión económica, la lucha anti-imperialista, que después del debate de las secciones y de las enmiendas que en su texto introduzca el Comité Central, quedarán definitivamente formuladas en el Primer Congreso del Partido.

Desde el manifiesto el Partido dirigirá un llamamiento a todos sus adherentes, a las masas trabajadoras, para trabajar por las siguientes]¹⁴³

REIVINDICACIONES INMEDIATAS

Reconocimiento amplio de la libertad de asociación, reunión y prensa obreras.

Reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores.

Abolición de la conscripción vial.

Sustitución de la ley de la vagancia por los artículos que consideraban específicamente la cuestión de la vagancia en el anteproyecto del Código Penal puesto en vigor por el Estado, con la sola excepción de esos artículos, incompatibles con el espíritu y el criterio penal de la ley especial.

Establecimiento de los Seguros Sociales y de la Asistencia Social del Estado.

Cumplimiento de las leyes de accidentes del trabajo, de protección del trabajo de las mujeres y menores, de la jornada de ocho horas en las faenas de la agricultura.

Asimilación del paludismo en los valles de la costa a la condición de enfermedad profesional, con las consiguientes responsabilidades de asistencia para el hacendado.

Establecimiento de la jornada de siete horas en las minas y en los trabajos insalubres, peligrosos y nocivos para la salud de los trabajadores.

Obligación de las empresas mineras y petroleras de reconocer a sus trabajadores, de modo permanente y efectivo, todos los derechos que les garantizan las leyes del país.

Aumento de los salarios en la industria, la agricultura, las minas, los transportes marítimos y terrestres y las islas guaneras, en proporción con el costo de la vida y con el derecho de los trabajadores a un tenor de vida más elevado.

¹⁴³ Omitido en *Ideología y política*.

Abolición efectiva de todo trabajo forzado o gratuito; y abolición o punición del régimen semiesclavista en la montaña.

Dotación a las comunidades de tierras de latifundios para la distribución entre sus miembros en proporción suficiente a sus necesidades.

Expropiación, sin indemnización, a favor de las comunidades, de todos los fondos de conventos y congregaciones religiosas.

Derecho de los yanaconas, arrendatarios, etc., que trabajen un terreno más de tres años consecutivos, a obtener la adjudicación definitiva del uso de sus parcelas, mediante anualidades no superiores al 60 por ciento del canon actual de arrendamiento.

Rebaja, al menos en un 50 por ciento de este canon, para todos los que continúen en su condición de aparceros o arrendatarios.

Adjudicación a las cooperativas y a los campesinos pobres de las tierras ganadas al cultivo por las obras agrícolas de irrigación.

Mantenimiento en todas partes, de los derechos reconocidos a los empleados por la ley respectiva. Reglamentación por una comisión paritaria, de los derechos de jubilación, en forma que no implique el menor menoscabo de los establecidos en la ley.

Implantación del salario y sueldo mínimo.

Ratificación de la libertad de cultos y enseñanza religiosa, al menos en los términos del artículo constitucional y consiguiente derogatoria del último decreto contra las escuelas no católicas.

Gratuidad de la enseñanza en todos sus grados.

Estas son las principales reivindicaciones por las cuales el Partido Socialista luchará de inmediato. Todas ellas corresponden a perentorias exigencias de la emancipación material e intelectual de las masas. Todas ellas tienen que ser activamente sostenidas por el proletariado y por los elementos conscientes de la clase media. La libertad del Partido para actuar pública y legalmente, al amparo de la Constitución y de las garantías que ésta acuerda a sus ciudadanos, para crear y difundir sin restricciones su prensa, para realizar sus congresos y debates, es un derecho reivindicado por el acto mismo de fundación pública de esta agrupación. Los grupos estrechamente ligados que se dirigen hoy al pueblo, por medio de este manifiesto, asumen resueltamente, con la conciencia de un deber y una responsabilidad histórica, la misión de defender y propagar sus principios y mantener y acrecentar su organización, a costa de cualquier sacrificio. Y las masas trabajadoras de la ciudad, el campo y las minas, y el campesinado indígena, cuyos intereses y aspiraciones representamos en la lucha política, sabrán apropiarse de estas reivindicaciones y de esta doctrina, combatir perseverante y esforzadamente por ellas y encontrar, a través de cada lucha, la vía que conduce a la victoria final del socialismo.

¡Viva la clase obrera y campesina del Perú!

¡Viva el proletariado mundial!

¡Viva la revolución social!

Sobre estos principios programáticos se inició, no sólo el trabajo práctico, sino el proceso de unificación ideológica, el proceso para la elaboración de una teoría y una acción conscientemente disciplinada y emprendedora.

La redacción de los Estatutos del Partido Socialista fue encomendada a Martínez de la Torre y aprobada por el Comité Central]¹⁴⁴.

LA LITERATURA PERUANA POR LUIS ALBERTO SÁNCHEZ *

No es posible enjuiciar aún íntegramente el trabajo de Luis Alberto Sánchez, en esta historia de *La Literatura Peruana*¹⁴⁵, concebida como un «derrotero para una historia espiritual del Perú», por la sencilla razón de que no se conoce sino el primer volumen. Este volumen expone las fuentes bibliográficas de Sánchez, el plan de su trabajo, el criterio de sus valoraciones; y estudia los factores de la literatura nacional: medio, raza, influencias. Presenta, en suma, los materiales y los fundamentos de la obra de Sánchez. El segundo tomo nos colocará ante el edificio completo.

Sánchez, desde sus *Poetas de la Colonia*, se ha entregado a esta labor de historiógrafo y de investigar con una seriedad y una contracción muy poco frecuentes entre nosotros. El escritor peruano tiende a la improvisación fácil, a la divagación brillante y caprichosa. Nos faltan investigadores habituados a la disciplina de seminario. La Universidad no los forma todavía; la atmósfera y la tradición intelectual del país no favorecen el desenvolvimiento de las vocaciones individuales. En la generación universitaria de Sánchez —lo certifican los trabajos de Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, Manuel Abastos—, aparece, como una reacción, ese ascetismo de la biblioteca que en los centros de cultura europeos alcanza grados tan asombrosos de recogimiento y concentración. Esto es, sin duda, algo anotado ya justicieramente en el haber de la que, de otro lado, puede llamarse, en la historia de la Universidad, «generación de la Reforma».

Desde un punto de vista de hedonismo estético, de egoísmo crítico, no es muy envidiable la fatiga de revisar la producción literaria nacional y sus apostillas y comentarios. Mis más tesoneras lecturas de este género corresponden, por lo que me respecta, a los años de rabioso apetito de mi adolescencia, en que un hambre patriótica de conocimiento y admiración de nuestra literatura clásica y romántica me preservaba de cualquier justificado aburrimiento. Después, no he frecuentado gustoso esta literatura, sino cuando el acicate de la indagación política e ideológica me ha

¹⁴⁴ Omitido en *Ideología y política*.

¹⁴⁵ Véase: en *Amauta* el comentario a la obra de Luis Alberto Sánchez «La literatura peruana por Andre Maurois», *Libros y revistas*, núm. 16, julio de 1928, p. 43.

consentido recorrer sin cansancio sus documentos representativos. Mi aporte a la revisión de nuestros valores literarios —lo que yo llamo mi testimonio en el proceso de nuestra literatura— está en la serie de artículos que sobre autores y tendencias he publicado en esta misma sección de *Mundial*, y que, organizados y ensamblados, componen uno de los 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana*, que dentro de pocos días entregaré al público.

Porque, descontado el goce de la búsqueda, hay poco placer crítico y artístico en este trabajo. La historia literaria del Perú consta, en verdad, de unas cuantas personalidades, algunas de las cuales —de Melgar a Valdelomar— no lograron su expresión plena, mientras otras, como don Manuel González Prada, se desviaron de la pura creación artística, solicitadas por un deber histórico, por una exigencia vital de agitación y de polémica políticas. Este parece ser un rasgo común a la historia literaria de toda Hispanoamérica. «Nuestros poetas, nuestros escritores —apunta un excelente crítico, Pedro Henríquez Ureña— fueron las más veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos». La materia resulta, por tanto, mediocre, desigual, escasa, si el crítico no renuncia ascéticamente a sus derechos de placer estético. Y no todos tienen la fuerza de este renunciamiento que es casi una penitencia. Para afanarse en establecer, con orden riguroso, la biografía y la calidad de uno de nuestros pequeños clásicos y de nuestros pequeños románticos, precisa —haciéndose tal vez cierta violencia a sí mismo— persuadirse previamente de su importancia, hasta exagerarla un poco.

La historia erudita, bibliográfica y biográfica, de nuestra literatura, como la de todas las literaturas hispano-americanas, tiene, por esto, el riesgo de aceptar cierta inevitable misión apologética, con sacrificio del rigor estimativo y de la verdad crítica. La crítica artística, y por tanto la historia artística —ya que como piensa Benedetto Croce se identifican y consustancian— son subrogadas por la crónica y la biografía. Las cumbres no se destacan casi de la llanura, en un panorama literario minucioso y detallado. No cumple así esta clase de historia su función de guiar eficazmente las lecturas y de ofrecer al público una jerarquía sagaz y justa de valores. Henríquez Ureña, ante este peligro, se pronuncia por una norma selectiva: «Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. Con sacrificios y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas. Epicarmo fue sacrificado a la gloria de Aristófanes; Georgias y Protágoras a las iras de Platón. La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó».

El género mismo de las historiografías literarias nacionales o generales, se encuentra universalmente en crisis, reservado a usos

meramente didácticos y cultivado por críticos secundarios. Su época específica es la de los Schlegel, Mme. Staël, Chateaubriand, De Sanctis, Taine, Brunetière, etc. La crítica sociológica de la literatura de una época culmina en los seis volúmenes de las *Corrientes principales de la literatura del siglo diecinueve* de Georges Brandes. Después de esta obra, cae en progresiva decadencia. Hoy el criterio de los estudiosos se orienta por los ensayos que escritores como Croce, Tilgher, Prezzolini, Gobetti en Italia; Kerr en Alemania; Benjamín Crémieux, Albert Thibaudet, Ramón Fernández, Valery Larbaud, etc., en Francia, han consagrado al estudio monográfico de autores, obras y corrientes. Y respecto a las personalidades contemporáneas, se consulta con más gusto y simpatía el juicio de un artista como André Gide, André Suárez, Israel Zangwill, y aun de un crítico de partido como Maurras o Massis, que el de un crítico profesional como Paul Souday. Se registra, en todas partes, una crisis de la crítica literaria, y en particular de la crítica como historia por su método y objeto. Croce, constatando este hecho, afirma que «la verdadera forma lógica de la historiografía literario-artística es la característica del artista singular y de su obra y la correspondiente forma didascálica del ensayo y la monografía» y que «el ideal romántico de la historia general, nacional o universal sobrevive solo como un ideal abstracto; y los lectores corren a los ensayos y a las monografías o leen las mismas historias generales como compilaciones de ensayos y monografías o se limitan a estudiarlas o consultarlas como manuales».

Pero en el Perú donde tantas cosas están por hacer, esta historia general no ha sido escrita todavía; y, aunque sea con retardo, es necesario que alguien se decida a escribirla. Y conviene felicitar a quien asuma esta tarea un escritor de la cultura y el talento de Luis Alberto Sánchez, apto para apreciar corrientes y fenómenos no ortodoxos, antes que cualquier fastidioso y pedante seminarista, amamantado por Cejador u otro preceptista ultramarino o americano.

Esperamos, con confianza, el segundo tomo de la obra de Sánchez, que contendrá su crítica propiamente dicha, y por tanto su historia propiamente dicha, de obras y personalidades. Del mérito de esta crítica, depende la apreciación del valor y eficacia del método adoptado por Sánchez y explicado en el primer tomo. La solidez del edificio será la mejor prueba de la bondad de los andamios.

En tanto, tengo que hacer una amistosa rectificación personal a Sánchez: Al referirse a mi «proceso de la literatura peruana», deduce las fuentes de mis citas y aún esto incompletamente. Cuando conozca completo, y en conjunto, mi estudio, comprobará, que, con el mismo criterio con que enjuicio solo los valores-signos, en lo que concierne a la crítica y a la exégesis comento los documentos representativos y polémicos. No tengo, por supuesto, ninguna vanidad de erudito ni bibliógrafo. Soy, por

una parte, un modesto autodidacta¹⁴⁶ y, por otra parte, un hombre de tendencia o de partido, calidades ambas que yo he sido el primero en reivindicar más celosamente. Pero la mejor forma¹⁴⁷ de¹⁴⁸ contribución que puedo prestar al rigor y a la exactitud de las referencias de la obra de Sánchez, es sin duda la que concierne a la explicación cabal de mí mismo.

LA NUEVA CONTRIBUCION A LA CRÍTICA DE VALDELOMAR *(1)

Valdelomar no es todavía, en nuestra literatura, el hombre matinal. Actuaban sobre él demasiadas influencias decadentistas. Entre «das cosas inefables e infinitas» que intervienen en el desarrollo de sus leyendas incaicas, con la Fe, el Mar y la Muerte, pone al Crepúsculo. Desde su juventud, su arte estuvo bajo el signo de D'Annunzio. En Italia, el tramonto romano, el atardecer voluptuoso del Janiculum, la vendimia autumnal, Venecia anfibia —marítima y palúdica— exacerbaron en Valdelomar las emociones crepusculares de «Il Fuoco».

Pero a Valdelomar lo preserva de una excesiva intoxicación decadentista su vivo y puro lirismo. El «humor»¹⁴⁹, esa nota frecuente de su arte, es la senda por donde se evade del universo d'annunziano. El «humor»¹⁵⁰ da el tono al mejor de sus cuentos: «Hebaristo, el sauce que murió de amor». Cuento pirandelliano, aunque Valdelomar acaso no conociera a Pirandello que, en la época de la visita de nuestro escritor a Italia, estaba muy distante de la celebridad ganada para su nombre por sus obras teatrales. Pirandelliano por el método: identificación panteísta¹⁵¹ de las vidas paralelas de un sauce y un boticario; pirandelliano por el personaje: levemente caricaturesco, mesocrático, pequenoburgués, inconcluso; pirandelliano por el drama: el fracaso de una existencia que, en una tentativa

¹⁴⁶ «autodidacto», en *Peruanicemos al Perú*.

¹⁴⁷ Omitido en *Peruanicemos al Perú*.

¹⁴⁸ Omisión en *Mundial* y en *Peruanicemos al Perú*.

* En *Mundial* (Lima), núm. 434, 5 de octubre de 1928. Incluido en *7 Ensayos*, sobre Valdelomar, con modificaciones, 1928, (tercer párrafo), pp. 214-216; 2005 (tercer párrafo), pp. 288-290. En *Mariátegui Total*, Tomo I, (tercer párrafo), pp. 129-130.

(1) Se han cumplido nueve años de la muerte de Abraham Valdelomar. El Congreso Regional del Centro, en su última legislatura, aprobó el proyecto que consigna una suma en el presupuesto para la impresión de las obras completas de este admirable escritor, por cuenta del Estado. Sería deplorable que esta idea no se realizara, antes del décimo aniversario de la desaparición de Valdelomar, en una edición digna de tan extraordinaria figura de las letras nacionales. [Nota al pie de página de JCM]

¹⁴⁹ En *7 Ensayos* de 1928, p. 214, el autor lo escribe entrecomillado y en francés «humour», que es el sentido que pretendió usar en *Mundial*.

¹⁵⁰ Ídem.

¹⁵¹ «panteísta», subsanado en *7 Ensayos*.

superior a su ritmo sórdido, siente romperse su resorte con grotesco y risible traquido.

Un sentimiento panteísta, pagano, empujaba a Valdelomar a la aldea, a la naturaleza. Las impresiones de su infancia, transcurrida en una apacible caleta de pescadores, gravitan melodiosamente en su subconsciencia. Valdelomar es singularmente sensible a las cosas rústicas. La emoción de su infancia está hecha de hogar, de playa y de campo. El «soplo denso, perfumado del mar», la impregna de una tristeza tónica y salobre:

«y lo que él me dijera aún en mi alma persiste; mi padre era callado y mi madre era triste y la alegría nadie me la supo enseñar». («*Tristitia*»).

Tiene, empero, Valdelomar, la sensibilidad cosmopolita y viajera del hombre moderno. New York, Times Square, son motivos que lo atraen tanto como la aldea encantada y el «caballero Carmelo». Del piso 54 del Woolworth pasa sin esfuerzo a la yerbasanta y la verdolaga de los primeros soledosos caminos de su infancia. Sus cuentos acusan la movilidad caleidoscópica de su fantasía. El dandismo de sus cuentos yanquis o cosmopolitas, el exotismo de sus imágenes chinas u orientales («mi alma tiembla como un junco débil»), el romanticismo de sus leyendas incaicas, el impresionismo de sus relatos criollos, son en su obra estaciones que se suceden, se repiten, se alternan en el itinerario del artista, sin transición y sin ruptura espirituales.

Su obra es esencialmente fragmentaria y escisípara. La existencia y el trabajo del artista se resentían de indisciplina y exuberancia criollas. Valdelomar reunía, elevadas a su máxima potencia, las cualidades y los defectos del mestizo costeño. Era un temperamento excesivo, que del más exasperado orgasmo creador caía en el más asiático y fatalista renunciamiento de todo deseo. Simultáneamente ocupaban su imaginación un ensayo estético, una divagación humorística, una tragedia pastoril («Verdolaga»), una vida romancesca («La Mariscal»). Pero poseía el don del creador. Los gallinazos del Martínete, la Plaza del Mercado, las riñas de gallos, cualquier tema podía poner en marcha su imaginación, con fructuosa cosecha artística. De muchas cosas, Valdelomar es descubridor. A él se reveló, primero que a nadie en nuestras letras, la trágica belleza agonal de las corridas de toros. En tiempos en que este asunto estaba reservado aún a la prosa pedestre de los iniciados en la tauromaquia, escribió su *Belmonte, el trágico*.

La «greguería¹⁵²» empieza con Valdelomar en nuestra literatura. Me consta que los primeros libros de Gómez de la Serna que arribaron a Lima, gustaron sobre manera a Valdelomar. El gusto atomístico de la «greguería» era, además, innato en él, aficionado a la pesquisa original y a la búsqueda microcósmica. Pero, en cambio, Valdelomar no sospechaba aún en Gómez

¹⁵² Palabra inventada por Gómez de la Serna para sus aforismos o máximas de carácter humorístico.

de la Serna al descubridor del Alba. Su retina de criollo impresionista era experta en gozar voluptuosamente, desde la ribera dorada, los colores ambiguos del crepúsculo.

CONTRIBUCIÓN AL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA INDÍGENA*

Todas las tesis sobre el problema indígena, que ignoran o eluden a éste como problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos —y a veces solo verbales—, condenados a un absoluto descrédito. No las salva a algunas su buena fe. Prácticamente, todas no han servido sino para ocultar o desfigurar la realidad del problema. La crítica socialista lo descubre y esclarece, porque busca sus causas en la economía del país y no en su mecanismo administrativo, jurídico o eclesiástico, ni en su dualidad o pluralidad de razas, ni en sus condiciones culturales y morales. La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con otras obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo, mientras subsista la feudalidad de los «gamonales».⁽¹⁾

El «gamonalismo» invalida inevitablemente toda ley u ordenanza de protección indígena. El hacendado, el latifundista, es un señor feudal. Contra su autoridad, sufragada por el ambiente y el hábito, es impotente la ley escrita. El trabajo gratuito está prohibido por la ley y, sin embargo, el trabajo gratuito, y aún el trabajo forzado, sobrevive en el latifundio. El juez, el subprefecto, el comisario, el maestro, el recaudador, están enfudados a la gran propiedad. La ley no puede prevalecer contra los gamonales. El funcionario que se obstinase en imponerla, sería abandonado y sacrificado por el poder central, cerca del cual son siempre omnipotentes, las influencias del gamonalismo, que actúan directamente o a través del parlamento, por una y otra vía con la misma eficacia.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 435, 12 de octubre de 1928. Incluido en 7 *Ensayos*, «El problema del indio», 1928, pp. 25-29. En 7 *Ensayos*, 2005, pp. 35-40.

(1) En el prólogo de *Tempestad de los Andes*, vehemente y beligerante evangelio-indigenista, he aplicado hace un año este punto de vista. «La reivindicación indígena —digo en ese prólogo a la obra de Valcárcel— carece de concreción mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es para adquirir realidad, corporeidad— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico y moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido por primera vez, esclarecido y demarcado». [Nota al pie de página de JCM]

El nuevo examen del problema indígena por esto, se preocupa mucho menos de los lineamientos de la legislación tutelar que de las consecuencias del régimen de propiedad agraria. El estudio del doctor José A. Encinas (*Contribución a una legislación tutelar indígena*) inicia en 1918 esta tendencia, que de entonces a hoy no ha cesado de acentuarse⁽²⁾. Pero, por el carácter mismo de su trabajo, el doctor Encinas, no podía formular en él un programa económico-social. Sus proposiciones, dirigidas a la tutela de la propiedad indígena, tenían que limitarse a este objetivo jurídico. Esbozando las bases del *Home Stead* indígena, el doctor Encinas recomienda la distribución de tierras del Estado y de la iglesia. No menciona absolutamente la expropiación de los gamonales latifundistas. Pero su tesis se distingue por una reiterada acusación de los efectos del latifundismo, que sale inapelablemente el condenado de esta requisitoria⁽³⁾, que prelude en cierto modo la actual crítica económico-social de la cuestión del indio. Esta crítica repudia y descalifica diversas tesis que consideran la cuestión con uno u otro de los siguientes criterios unilaterales y exclusivos: administrativo, jurídico, étnico, educacional, eclesiástico, ético.

La derrota más antigua y evidente es, sin duda, la de los que reducen la protección de los indígenas a un asunto de ordinaria administración. Desde los tiempos de la legislación colonial española, las ordenanzas sabias y prolijas, elaboradas después de concienzudas encuestas, se revela totalmente infructuosas. La fecundidad de la Republica, desde las jornadas de la Independencia, en decretos, leyes y providencias encaminadas a amparar a los indios contra la exacción y el abuso, no es de las menos considerables. El gamonal de hoy, como el «encomendero» de ayer, tiene sin embargo muy poco que temer de la teoría administrativa. Sabe que la práctica es distinta.

El carácter individualista de la legislación de la Republica ha favorecido, incuestionablemente, la absorción de la propiedad indígena por el latifundismo. La situación del indio, a este respecto, estaba contemplada con mayor realismo por la legislación española. Pero la reforma jurídica no

(2) González Prada, que ya en uno de sus primeros discursos de agitador intelectual, había dicho que formaban el verdadero Perú los millones de indios de los valles andinos, en sus apuntes sobre los indios, incluidos en la última edición de *Horas de lucha*, tiene juicios que lo señalan como el precursor de una nueva consecuencia social. «Nada —dice— cambia más pronto ni más radicalmente la psicología del hombre que la propiedad: al sacudir la esclavitud del vientre, crece en cien palmos. Con solo adquirir algo el individuo asciende algunos peldaños en la escala social, porque las clases se reducen a grupos clasificados por el monto de la riqueza. A la inversa del globo aerostático, sube más el que más pesa. Al que diga: la escuela, respóndasele: la escuela y el pan. La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social». [Nota al pie de página de JCM]

(3) «Sostener la condición económica del indio —escribe Encinas— es el mejor modo de elevar su condición social». [Nota al pie de página de JCM]

tiene más valor práctico que la reforma administrativa, frente a un feudalismo intacto en su estructura económica. La apropiación de la mayor parte de la propiedad comunal e individual indígena está ya cumplida. La experiencia de todos los países que han salido de su evo feudal, no demuestran por otra parte, que sin la disolución del feudo no ha podido funcionar, en ninguna parte, un derecho liberal.

La suposición de que el problema indígena es un problema étnico se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para que su obra de expansión y conquista. Esperar la emancipación indígena en un activo cruzamiento de la raza aborígen con inmigrantes blancos, es una ingenuidad anti-sociológica, concebible solo en la mente rudimentaria de un importador de carneros marinos.

Los pueblos asiáticos, a los cuales no es inferior en un ápice del pueblo indio, han asimilado admirablemente la cultura occidental, en lo que tiene de más dinámico y creador, sin transfusiones de sangre europea. La degeneración del indio peruano es una barata inversión de los leguleyos de la mesa feudal.

CONTRIBUCIÓN AL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA INDÍGENA II*

La tendencia a considerar el problema indígena como un problema moral, encarna una concepción liberal, humanitaria, ochocentista, iluminista, que en el orden político de Occidente anima y motiva las «ligas de derechos del hombre». Las conferencias y sus ciudades anti-esclavistas, que en Europa han denunciado más o menos infructuosamente los crímenes de los colonizadores europeos, nacen de esta tendencia, que ha confiado siempre con exceso en sus llamamientos al sentido moral de la civilización. González Prada no se encontraba exento de su esperanza cuando escribía que la «condición de indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar de los opresores»⁽¹⁾. La asociación Pro-Indígena (1909-1917) representó, ante todo, la misma esperanza, aunque su verdadera eficacia estuviera en los fines concretos e inmediatos de defensa del indio que le asignaron sus directores, orientación que debe mucho, seguramente, al idealismo práctico, característicamente sajón, de Dora

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 436, 19 de octubre de 1928. Incluido en 7 *Ensayos*, «El problema del indio», 1928, pp. 29-32. En 7 *Ensayos*, 2005, pp. 40-44.

⁽¹⁾ González Prada, *Horas de Lucha*, segunda edición. [Nota al pie de página de JCM].

Mayer⁽²⁾. El experimento está ampliamente cumplido, en el Perú y en el mundo. La prédica humanitaria no ha detenido ni embarazado en Europa el imperialismo ni ha bonificado sus métodos. La lucha contra el imperialismo no confía ya sino en la solidaridad y en la fuerza de los movimientos de emancipación de las masas coloniales. Este concepto preside en la Europa contemporánea una acción antiimperialista, a la cual se adhieren espíritus liberales como Alberto Einstein y Romain Rolland, y que por tanto no puede ser considerada de exclusivo carácter socialista.

En el terreno de la razón y la moral, se situaba hace siglos, y con mayor energía, o al menos mayor autoridad, la acción religiosa. Esta cruzada no obtuvo, sin embargo, sino leyes y providencias, muy sabiamente inspiradas. La suerte de los indios no varió sustancialmente. González Prada, que como sabemos no consideraba estas cosas con criterio, propia y sectariamente socialista, busca la explicación de este fracaso en la entraña económica de la cuestión: «No podía suceder de otro modo: oficialmente se ordenaba la explotación; se pretendía que humanamente se cometiera iniquidades o equitativamente se consumaran injusticias. Para extirpar los abusos, habría sido necesario abolir los repartimientos y las mitas, en dos palabras, cambiar todo el régimen colonial. Sin las faenas del indio americano se habrían vaciado las arcas del tesoro español». Más evidentes posibilidades de éxito que la prédica liberal, con todo, la prédica religiosa. Esta apelaba al exaltado y operante catolicismo español mientras aquella

⁽²⁾ Dora Mayer de Zulen resume así el carácter del experimento pro-indígena: «En fría concreción de datos prácticos, la Asociación pro-indígena significa para los historiadores lo que Mariátegui supone: un experimento de rescate de la atrasada y esclavizada Raza Indígena por medio de un cuerpo protector extraño a ella que gratuitamente y por vías legales ha procurado servirle como abogado en sus reclamos ante los Poderes del Estado». Pero, como aparece en el mismo interesante balance de pro-indígena, Dora Mayer piensa que esta asociación trabajó, sobre todo, por la formación de un sentido de responsabilidad. «Dormida estaba —anota— a los cien años de la emancipación republicana del Perú, la conciencia de los gobernantes, la conciencia de los gamonales, la conciencia del clero, la conciencia del público ilustrado y semi-ilustrado, respecto a sus obligaciones para con la población que no solo merecía un filantrópico rescate de vejámenes inhumanos, sino a la cual el patriotismo peruano debía un resarcimiento de honor nacional, porque la Raza Incaica había descendido a escarnio de propios y extraños». El mejor resultado de la Pro-Indígena resulta, sin embargo, según el leal testimonio de Dora Mayer, su influencia en el despertar indígena. «Lo que era deseable que sucediera, estaba sucediendo; que los indígenas mismos, saliendo de la tutela de las clases ajenas, consiguieran los medios de su reivindicación. A pesar de que la empresa de los Congresos Indígenas no ha mostrado adelanto en los años de 1921 a 1925, puede abrigarse cierta confianza de que la vitalidad radical del movimiento no se ha extinguido y solo aguarda la benignidad de un momento propicio para retoñar con brío». [Nota al pie de página de JCM]

intentaba [o intenta]¹⁵³ aún, hacerse escuchar del exiguo y formal liberalismo criollo.

Pero hoy la esperanza en una solución eclesiástica es indiscutiblemente la más rezagada y antihistórica de todas. Quienes la representan no se preocupan siquiera, como sus distantes —¡tan distantes!— maestros, de obtener una nueva declaración de los derechos del indio, con adecuadas autoridades y ordenanzas, sino de encargar al misionero la función de mediar entre el indio y el gamonal⁽³⁾. La obra que la Iglesia no pudo realizar en un orden medioeval, cuando su capacidad espiritual e intelectual podía medirse por frailes como el padre de las Casas, ¿con qué elementos contaría para prosperar ahora? Las misiones adventistas bajo este aspecto, han ganado la delantera al clero católico, cuyos claustros convocan cada día menor suma de vocaciones de evangelización.

El concepto de que el problema del indio es un problema de educación, no aparece sufragado ni aún por un criterio estricta y autónomamente pedagógico. La pedagogía toma hoy más en cuenta que nunca los factores sociales y económicos. El pedagogo moderno sabe perfectamente que la educación no es una mera cuestión de escuela y métodos didácticos. El medio económico-social condiciona inexorablemente la labor del maestro. El gamonalismo es fundamentalmente adverso a la educación del indio: su subsistencia tiene en el mantenimiento de la ignorancia del indio el mismo interés que en el cultivo de su alcoholismo⁽⁴⁾. La escuela moderna —en el supuesto de que, dentro de las circunstancias vigentes, fuera posible multiplicarla en proporción a la población escolar campesina— es incompatible con el latifundio feudal. La mecánica de la servidumbre, anularía totalmente la acción de la escuela, si esta misma, por un milagro inconcebible dentro de la realidad social, consiguiera conservar, en la atmósfera del feudo, su pura

¹⁵³ Omitido en en 7 *Ensayos* de 1928 y edi. posterior.

⁽³⁾ «Sólo el misionero —escribe el Sr. José León y Bueno, uno de los líderes de “Acción Social de la Juventud”— puede redimir y restituir al indio. Siendo el intermediario incansable entre el gamonal y el colono, entre el latifundista y el comunero, evitando las arbitrariedades del Gobernador que obedece sobre todo al interés político del cacique criollo; explicando con sencillez la lección objetiva de la naturaleza e interpretando la vida en su fatalidad y en su libertad; condenado el desborde sensual de las muchedumbres en las fiestas; cegando la incontinencia de sus mismas fuentes y revelando a la raza su misión excelsa, puede devolver al Perú su unidad, su dignidad, y su fuerza». (Boletín de la A.S.J. —Mayo de 1928). [Nota al pie de página de JCM]

⁽⁴⁾ Es demasiado sabido que la producción —y también en muchos casos el contrabando— de aguardiente de caña, constituye uno de los más lucrativos negocios de los hacendados de la sierra. Aún los de la costa, explotan en cierta escala este filón. El alcoholismo del peón y del colono aparece indispensable a la prosperidad de nuestra gran propiedad agraria. [Nota al pie de página de JCM].

misión pedagógica. La más eficiente y grandiosa enseñanza normal no podría operar estos milagros. La escuela y el maestro están irremisiblemente condenados a desnaturalizarse bajo la presión del ambiente feudal, inconciliable con la más elemental concepción progresista o evolucionista de las cosas. Cuando se comprende a medias esta verdad, se descubre fórmula salvadora en los internados indígenas. Mas la insuficiencia clamorosa de esta fórmula se muestra en toda su evidencia, apenas se reflexiona en el insignificante porcentaje de la población escolar indígena que resulta posible internar en estas escuelas.

La solución pedagógica, propugnada por muchos con perfecta buena fe, está ya hasta oficialmente descartada. Los educacionistas son, repito, los que menos pueden pensar en independizarla de la realidad económico-social. No existe, pues, en la actualidad, sino como una sugestión vaga e informe, de la que ningún cuerpo y ninguna doctrina se hace responsable. El nuevo planteamiento, al cual este estudio se propone contribuir, consiste en buscar el problema indígena, en el problema de la tierra.

PRENSA DE DOCTRINA Y PRENSA DE INFORMACIÓN *

(MONDE)

Con su gran hebdomadario *Monde*¹⁵⁴, Henri Barbusse reanuda, en cierto modo, el experimento de *Clarté* primera época. El comité director de *Monde* está compuesto por Einstein, Gorki, Upton Sinclair, Manuel Ugarte, Unamuno, León Bazalgette, M. Morhardt y León Werth. No es pues, un comité de partido. Pero tampoco es un comité heterogéneo. Todos los grandes escritores que lo constituyen, tienen ante los problemas de hoy un gesto más o menos semejante [...] ¹⁵⁵, dentro de sus diferencias de temperamento y disciplina. Todos son hombres de izquierda, en la acepción general de esta clasificación, quizás un poco abstracta.

Monde no habría sido posible sin la serie de ensayos que significó la existencia de *Clarté*, desde su aparición como órgano de una Internacional del Pensamiento, hasta su transformación en una revista doctrinal de extrema izquierda: *La Lutte de Classes*. El experimento *Clarté*, como el de la frustrada Internacional de la Inteligencia, ha probado la imposibilidad de

* En *Labor* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 2, noviembre de 1928. Publicado en *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1082, 24 de noviembre de 1928, con el nombre de *Monde*. En *Ideología y Política* (1969) pp. 175-178. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 231-233.

¹⁵⁴ Carmen Saco anuncia para *Amauta*, desde París, octubre 1928, la importancia de la nueva revista y de sus colaboradores. Véase: «Monde» en *Amauta*, Libros y revistas, núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, p. 104.

¹⁵⁵ «o análogo», agregado en *Ideología y política*.

obtener de la cooperación de un sector muy amplio, y por tanto fuertemente matizado, de intelectuales de izquierda, una acción doctrinal bien concertada. Unamuno no podría suscribir, en muchos puntos, el pensamiento de Barbusse, militante del comunismo, del mismo modo que a Morhardt no sería sensato exigirle una adhesión rigurosa a las ideas de Upton Sinclair en *El libro de la Revolución*. Pero Morhardt, que ha aportado al proceso de las responsabilidades de la gran guerra un testimonio documentado y vigoroso, tiene por este lado un estrecho contacto con sus colegas del comité director, parecidamente al sabio Einstein que si, consagrado a otras disciplinas intelectuales, no milita en los rangos del marxismo, colabora en cambio abiertamente con los revolucionarios en la lucha contra el imperialismo. La línea doctrinal es función de partido. Los intelectuales, en cuanto intelectuales, no pueden asociarse para establecerla. Su misión, a este respecto, debe contentarse con la aportación de elementos de crítica, investigación y debate.

Mas, si se ha demostrado imposible, sobre estas bases demasiado extensas, una revista de doctrina, no está en el mismo caso una revista de información. Y este es el carácter de *Monde*, que se presenta como hebdomadario de información literaria, artística, científica, económica y social. Periódico de combate, periódico con filiación, porque lucha contra todas las fuerzas y tendencias reaccionarias; pero no de partido, porque representa la cooperación de muchos escritores y artistas, solidarios sólo en la oposición a las corrientes regresivas y, con menor intensidad y eficacia, en la adhesión a los esfuerzos por crear un orden nuevo.

El periódico de partido tiene una limitación inevitable: la de un público y un elenco propios. Para los lectores extraños a su política, no tiene generalmente sino un interés polémico. Este hecho favorece a una prensa industrial que mientras se titula prensa de información y, por ende, neutral, en realidad es la más eficaz e insidiosa propagandista de las ideas y hechos conservadores y la más irresponsable mistificadora de las ideas y hechos revolucionarios.

Hace absoluta falta, por esto, dar vida a periódicos de información, dirigidos a un público muy vasto, que asuman la defensa de la civilidad y del [nuevo orden]¹⁵⁶, que denuncien implacablemente la reacción y sus métodos y que agrupen, en una labor metódica, al mayor número de escritores y artistas avanzados. Estos periódicos son susceptibles de adaptación progresiva al tipo industrial, si el criterio administrativo se impone al criterio docente, y de desviación reformista, si los absorbe gradualmente la corriente democrática con sus resquemores y prejuicios anti-revolucionarios. Pero, de toda suerte, constituyen una empresa que es necesario acometer, sin preocuparse excesivamente de sus riesgos.

La presencia de Henri Barbusse, revolucionario honrado de gran corazón e inteligencia, en la dirección de *Monde* es una garantía de que esta

¹⁵⁶ «orden nuevo», en *Ideología y política*, p. 176.

revista, no obstante la liberalidad que se permite en la elección de sus colaboradores, sabrá mantenerse en su línea inicial. Barbusse encuentra, por sus antecedentes, por su talento, por su obra, un largo crédito de confianza en todos los sectores revolucionarios. La extrema izquierda de sus compañeros de *Clarté* —bajo cuya dirección y responsabilidad se cumplió la segunda etapa de este experimento— le reprocha su insuficiente marxismo. Pero [esta es]¹⁵⁷ una cuestión juzgada ya, con incontestable competencia, por la crítica rusa. La formación intelectual de Barbusse, aumenta el valor de su adhesión a la causa revolucionaria, acrecenta¹⁵⁸ el alcance de su ruptura con el viejo orden social.

La encuesta que *Monde* ha abierto sobre la literatura proletaria, suscitando un extenso debate internacional¹⁵⁹, debe la amplitud que desde el primer momento ha alcanzado, al carácter no sectario, no partidista de este periódico. En esta encuesta participa una gama intelectual que va de André Breton y la revolución «surrealiste» a Paul Souday¹⁶⁰, crítico del *Temps*. *Monde* no admite que la literatura proletaria sea una palabra vana. Tiene sus puntos de vista propios. Pero esto no le impide desear y provocar un debate exhaustivo, consultando las más variadas opiniones. Sólo así es dable a un periódico interesar a grandes sectores del público.

Hispanoamérica tiene una representación autorizada y prestigiosa en el comité de *Monde*. Así el nombre de Manuel Ugarte como el del gran don Miguel de Unamuno, que da tan edificante y magnífico ejemplo de fidelidad a los deberes de la Inteligencia, no encuentran sino simpatías y respeto en los pueblos de idioma español. *Monde* está destinado a conseguir un eco fecundo en la consciencia¹⁶¹ del continente hispánico.

Las anteriores consideraciones son pertinentes para la explicación de nuestro experimento de *Amauta* y *Labor*.

Entre nosotros, *Amauta* se orienta cada vez [más] hacia el tipo de revista de doctrina. *Labor* que, de una parte, es una extensión de la labor de *Amauta*, de otra parte, tiende al tipo de periódico de información. Su

¹⁵⁷ «es ésta», en *Ideología y política*, 177.

¹⁵⁸ «acrecienta», en *Idelogía y política*, p. 177.

¹⁵⁹ Véase en el núm. 1 de *Labor* las opiniones de André Breton, Luc Durtain, Jean Cocteau, León Werth, Waldo Frank, Franco André, Vandervelde y Unamuno [Tomado de la nota a pie de p. de *Ideología y política*]. Y las opiniones de los mencionados, líneas arriba, en *Amauta*, núm. 18, octubre de 1928, pp. 1-8.

¹⁶⁰ El escritor francés Paul Souday (1869-1929) no está en la relación, como lo indica el encabezamiento de las encuestas:

Del núm. 16 de *Monde* (8 de septiembre) traducimos para nuestros lectores las primeras respuestas, omitiendo sólo la de Paul Souday, crítico de *Le Temps* de París, quien no opina como artista, ni como político, ni como filósofo, sino como crítico ilustre, viejo, pedante y un poco zonzó. [Véase en *Amauta*, núm. 18, octubre de 1928, p. 1].

¹⁶¹ «conciencia», en *Ideología y política*, p. 178

función no es la misma. Como la información, especialmente en nuestro caso, no puede ser entendida en el estrecho sentido de crónica de sucesos, sino sobre todo como crónica de ideas, *Labor* tiene respecto a su público, que desea lo más amplio posible —nuestro periódico, quincenario por el momento, semanario apenas su difusión lo consienta, está dirigido a todos los trabajadores manuales e intelectuales—, obligaciones de ilustración integral de las cuestiones y movimientos contemporáneos, que una revista doctrinal desconoce. Así se explica perfectamente el que, sin adherir a la corriente que Romain Rolland acaudilla con tan eminente autoridad moral e intelectual, hayamos publicado en el primer número de este periódico el último capítulo de Romain Rolland sobre Tolstoy y su obra; y el que en nuestros números sucesivos, cumpliendo honradamente nuestro deber de vulgarización e información, acentuemos acaso esta liberalidad, especialmente cuando se trata de opiniones y temas que no encuentran fácil acogida en la gran prensa, a pesar de su derecho a la atención pública.

ECONOMÍA AGRARIA *

[¿Tienen razón los que afirman que el porvenir del país está en su riqueza minera? La evidencia de que el destino del Perú no es industrial o manufacturero, escapa seguramente a pocos. Solo la industria ligera, con la protección de las tarifas aduaneras, encuentra algunas posibilidades de desarrollo. En todo caso, sin perspectivas de convertirse en industria explotadora. Pero con la minería no ocurre lo mismo. La prosperidad de las empresas petroleras y las reservas ingentes de mineras que el exportador descubre de los flancos de los andenes mueven a muchos suponer que la explotación de estos recursos sobrepasará en poco tiempo a la agricultura.

Dejemos el examen de los vaticinios para otra ocasión. Por el momento, atengámonos a los datos de la realidad presente. Conforme a ellos,¹⁶² el Perú mantiene no obstante el increcimiento de la minería, su carácter de país agrícola. El cultivo de la tierra ocupa a la gran mayoría de la población nacional. El indio, que representa quizá¹⁶³ las cuatro quintas partes de ésta, es tradicional y habitualmente agricultor.

Desde 1925, a consecuencia del descenso de los precios del azúcar y el algodón y de la disminución de las cosechas, las exportaciones de la minería han sobrepasado largamente a las de la agricultura. La exportación del petróleo y sus derivados, en rápido ascenso, influye poderosamente en este suceso. (De Lp. 1.387.778 en 1916 se ha elevado a Lp. 7.421.128 en

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 439, 9 de noviembre de 1928 (el artículo es posterior a la publicación de *7 Ensayos* de 1928). Incluido en *7 Ensayos*, «Economía agraria y latifundismo feudal», con modificaciones, 1928, pp. 19-20. *7 Ensayos*, 2005, p. 28-30.

¹⁶² Omitido en *7 Ensayos* de 1928 y ediciones posteriores.

¹⁶³ Omitido en *7 Ensayos*.

1926). Pero la producción agropecuaria no está representada sino en una parte por los productos exportados: algodón, azúcar y derivados, lanas, cueros, gomas. La agricultura y ganadería nacionales proveen al consumo [del país]¹⁶⁴, mientras los productos mineros son casi integralmente exportados. Las importaciones de sustancias alimenticias y bebidas alcanzaron en 1925 a Lp. 4.148.311. El más grueso renglón de estas importaciones, corresponden al trigo, que se produce en el país en cantidad muy insuficiente aún. No existe estadística completa de la producción y el consumo nacionales. Calculando un consumo diario de 50 centavos del sol por habitante en productos agrícolas y pecuarios del país [(promedio que nadie encontrará exagerado)]¹⁶⁵, se obtendrá un total de más de Lp. 84.000.000 sobre la población de 4.609.999 que arrojan el cómputo de 1896. Si se supone una población de 5.000.000 de habitantes [(cálculo también prudente, desde que hay quienes admiten un total de 6.000.000)]¹⁶⁶ el valor del consumo nacional sube a Lp. 91.250.000. Estas cifras atribuyen una enorme primacía a la producción agropecuaria en la economía del país.

[El valor de la producción minera en 1926 ha sido de Lp. 22.453.627. Mayor, bastante mayor que el de las exportaciones de algodón, azúcar y derivados, cuero, gomas y lanas, queda en el cuadro general de la producción, muy por debajo de la cifra de la producción agropecuaria, calculada sobre la base de la población probable y de su consumo].¹⁶⁷

La minería, de otra parte, ocupa a un número reducido aún de trabajadores. Conforme al *Extracto Estadístico de 1926*, trabajan en esta industria 28,592 obreros. La industria manufacturera emplea también un contingente modesto de brazos. [(*El Extracto Estadístico del Perú* no consigna ningún dato sobre el particular. *La Estadística Industrial del Perú* del Ingeniero Carlos P. Jiménez, 1922, tampoco ofrece una cifra general)]¹⁶⁸ Solo las haciendas de caña de azúcar ocupaban en 1926 en sus faenas de campo 22.367 hombres y 1,173 mujeres. Las haciendas de algodón de la costa, en la campaña de 1922-23, la última a que alcanza la estadística publicada, se sirvieron de 40,557 braceros; y las haciendas de arroz, en la campaña 1924-25, de 11,332.

La mayor parte de los productos agrícolas y ganaderos que se consumen en el país, proceden de los valles y planicies de la sierra [(sobre cuya producción solo se cuenta con una incompleta estadística del trigo)]¹⁶⁹. En las haciendas de la costa, como es bien sabido los cultivos alimenticios están por debajo del minimum obligatorio que señala una ley expedida en el

¹⁶⁴ «nacional», en 7 *Ensayos*.

¹⁶⁵ Omitido en 7 *Ensayos*.

¹⁶⁶ Ídem.

¹⁶⁷ Suprimido en 7 *Ensayos* 1928 y ediciones posteriores.

¹⁶⁸ En 7 *Ensayos* de 1928 (y ed. posterior) se consigna como fuente a pie de página.

¹⁶⁹ Suprimido en 7 *Ensayos* 1928 (y ed. posterior).

periodo en que el alza del algodón y el azúcar incitó a los terratenientes a suprimir casi totalmente aquellos cultivos, con grave efecto en el encarecimiento de las subsistencias.

La clase terrateniente [—este es un tópico en el que se debe insistir mucho—]¹⁷⁰ no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista patrona, patrona de la economía nacional¹⁷¹. La minería, el comercio, los transportes, se encuentran en manos del capitán extranjero. Los latifundistas se han contentado con servir de intermediarios a éste, en la producción de algodón y azúcar para el mercado Internacional. Este sistema económico ha mantenido en la agricultura, una organización semifeudal, que [como hemos visto en otros artículos]¹⁷², constituye el más pesado lastre del desarrollo del país.

[De aquí la importancia sustantiva de la cuestión agraria].¹⁷³

SOBRE EL PROBLEMA INDÍGENA

Estos apuntes, que completan en cierta forma el capítulo sobre EL PROBLEMA DEL INDIO de «7 ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA», constituyen una breve revisión histórica de la cuestión, escrita por José Carlos Mariátegui para la agencia Tass de New York, que le pidió un artículo al respecto.

SUMARIA REVISIÓN HISTÓRICA*

La población del Imperio incaico, conforme a cálculos prudentes, no era menor de diez millones. Hay quienes la hacen subir a doce y aún a quince millones. La Conquista fue, ante todo, una tremenda carnicería. Los conquistadores españoles, por su escaso número, no podían imponer su dominio sino aterrorizando la población indígena, en la cual produjeron una impresión supersticiosa las armas y los caballos de los invasores, mirados como seres sobrenaturales. La organización política y económica de la Colonia, que siguió a la Conquista, no puso término al exterminio de la raza indígena. El Virreinato estableció un régimen de brutal explotación. La

¹⁷⁰ Ídem.

¹⁷¹ En *7 Ensayos* se consigna la nota a pie de página: Las condiciones en que se desenvuelve la vida agrícola del país son estudiadas en el ensayo sobre el problema de la tierra, pags. 33 a 75 de este volumen [edición 1928].

¹⁷² Suprimido en *7 Ensayos*, 1928 y ed. posterior.

¹⁷³ Ídem.

* En *Labor* (Lima), núm. 1, 10 de noviembre de 1928, pp. 6. Incluido en *7 Ensayos* (posterior a la edición de 1928), en el cap. «El problema del indio» en su segunda parte «Sumaria revisión histórica», 2005, pp. 44-49.

codicia de los metales preciosos, orientó la actividad económica española hacia la explotación de las minas que, bajo los incas, habían sido trabajadas en muy modesta escala, en razón de no tener el oro y la plata sino aplicaciones ornamentales y de ignorar los indios, que componían un pueblo esencialmente agrícola, el empleo del hierro. Establecieron los españoles, para la explotación de las minas y los «obrajes», un sistema abrumador de trabajos forzados y gratuitos, que diezmó a la población aborígen. Esta no quedó así reducida solo a un estado de servidumbre — como habría acontecido si los españoles se hubiesen limitado a la explotación de las tierras conservando el carácter agrario del país— sino, en gran parte, a un estado de esclavitud. No faltaron voces humanitarias y civilizadoras que asumieron ante el rey de España la defensa de los indios. El padre de las Casas sobresalió eficazmente en esta defensa. Las Leyes de Indias se inspiraron en propósitos de protección de los indios, reconociendo su organización típica en «comunidades». Pero, prácticamente, los indios continuaron a merced de una feudalidad despiadada que destruyó la sociedad y la economía incaicas, sin sustituirlas con un orden capaz de organizar progresivamente la producción. La tendencia de los españoles a establecerse en la Costa ahuyentó de esta región a los aborígenes a tal punto que se carecía de brazos para el trabajo. El Virreinato quiso resolver este problema mediante la importación de esclavos negros, gente que resultó adecuada al clima y las fatigas de los valles o llanos cálidos de la costa, e inaparente, en cambio, para el trabajo de las minas, situadas en la sierra fría. El esclavo negro reforzó la dominación española que, a pesar de la despoblación indígena, se habría sentido de otro modo demográficamente demasiado débil frente al indio, aunque sometido, hostil y enemigo. El negro fue dedicado al servicio doméstico y a los oficios. El blanco se mezcló fácilmente con el negro, produciendo este mestizaje uno de los tipos de población costeña con características de mayor adhesión a lo español y mayor resistencia a lo indígena.

La Revolución de la Independencia no constituyó, como se sabe, un movimiento indígena. La promovieron y la usufructuaron los criollos y aun los españoles de las colonias. Pero aprovechó el apoyo de la masa indígena. Y, además, algunos indios ilustrados como Pumacahua, tuvieron en su gestación parte importante. El programa liberal de la Revolución comprendía lógicamente la redención del indio, consecuencia automática de la aplicación de sus postulados igualitarios. Y, así, entre los primeros actos de la República, se contaron varias leyes y decretos favorables a los indios. Se ordenó el reparto de tierras, la abolición de los trabajos gratuitos, etc.; pero no representando la revolución en el Perú el advenimiento de una nueva clase dirigente, todas estas disposiciones quedaron solo escritas, faltas de gobernantes capaces de actuarlas. La aristocracia latifundista de la Colonia dueña del poder conservó intactos sus derechos feudales sobre la tierra y, por consiguiente, sobre el indio. Todas las disposiciones

aparentemente enderezadas a protegerla, no han podido nada contra la feudalidad subsistente hasta hoy.

El Virreinato aparece menos culpable que la República. Al Virreinato le corresponde, originalmente, toda la responsabilidad de la miseria y la depresión de los indios. Pero, en ese tiempo inquisitorial, una gran voz cristiana, la de fray Bartolomé de las Casas, defendió vibrantemente a los indios contra los métodos brutales de los colonizadores. No ha habido en la República un defensor tan eficaz y tan porfiado de la raza aborigen.

Mientras el Virreinato era un régimen medioeval y extranjero, la República es formalmente un régimen peruano y liberal. Tiene, por consiguiente, la República deberes que no tenía el Virreinato. A la República le tocaba elevar la condición del indio. Y contrariando este deber, la República ha pauperizado al indio, ha agravado su depresión y ha exasperado su miseria. La República ha significado para los indios la ascensión de una nueva clase dominante que se ha apropiado sistemáticamente de sus tierras. En una raza de costumbre y de alma agrarias, como la raza indígena, este despojo ha constituido una causa de disolución material y moral. La tierra ha sido siempre toda la alegría del indio. El indio ha desposado la tierra. Siente que «la vida viene de la tierra» y vuelve a la tierra. Por ende, el indio puede ser indiferente a todo, menos a la posesión de la tierra que sus manos y su aliento labran y fecundan religiosamente. La feudalidad criolla se ha comportado, a este respecto, más ávida y más duramente que la feudalidad española. En general, en el encomendero español había frecuentemente, algunos hábitos nobles de señorío. El encomendero criollo tiene todos los defectos del plebeyo y ninguna de las virtudes del hidalgo. La servidumbre del indio, en suma, no ha disminuido bajo la República. Todas las revueltas, todas las tempestades del indio, han sido ahogadas en sangre. A las reivindicaciones desesperadas del indio les ha sido dada siempre una respuesta marcial. El silencio de la puna ha guardado luego el trágico secreto de estas respuestas. La República ha restaurado, en fin, bajo el título de conscripción vial, el régimen de las mitas.

La República, además, es responsable de haber aletargado y debilitado las energías de la raza. La causa de la redención del indio se convirtió bajo la República, en una especulación demagógica de algunos caudillos. Los partidos criollos la inscribieron en su programa. Disminuyeron así en los indios la voluntad de luchar por sus reivindicaciones.

En la Sierra, la región habitada principalmente por los indios, subsiste apenas modificada en sus lineamientos, la más bárbara y omnipotente feudalidad. El dominio de la tierra coloca en manos de los «gamonales», la suerte de la raza indígena, caída en un grado extremo de depresión e ignorancia. Además de la agricultura, trabajada muy primitivamente, la sierra peruana, presenta otra actividad económica: la

minería, casi totalmente en manos de dos grandes empresas norteamericanas. En las minas rige el salariado; pero la paga es ínfima, la defensa de la vida del obrero casi nula, la ley de accidentes de trabajo, burlada. El sistema del «enganche», que por medios de anticipos falaces esclaviza al obrero, coloca a los indios a merced de estas empresas capitalistas. Es tanta la miseria a que los condena la feudalidad agraria, que los indios encuentran preferible, con todo, la suerte que les ofrecen las minas.

La propagación en el Perú de las ideas socialistas ha traído como consecuencia un fuerte movimiento de reivindicación indígena. La nueva generación peruana siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina. Este mismo movimiento se manifiesta en el arte y en la literatura nacionales en los cuales se nota una creciente revalorización de las formas y asuntos autóctonos, antes despreciados por el predominio de un espíritu y una mentalidad coloniales españolas. La literatura indigenista parece destinada a cumplir la misma función que la literatura «mujikista» en el período prerrevolucionario ruso. Los propios indios empiezan a dar señales de una nueva consciencia. Crece día a día la articulación entre los diversos núcleos indígenas antes incomunicados por las enormes distancias. Inició esta vinculación, la reunión periódica de congresos indígenas, patrocinada por el Gobierno, pero como el carácter de sus reivindicaciones se hizo pronto revolucionario, desnaturalizada luego con la exclusión de los elementos avanzados y a la leva de representaciones apócrifas. La corriente indigenista presiona ya la acción oficial. Por primera vez el Gobierno se ha visto obligado a aceptar y proclamar puntos de vista indigenistas, dictando algunas medidas que no tocan los intereses del «gamonalismo» y que resultan por esto ineficaces. Por primera vez también el problema indígena, escamoteado antes por la retórica de las clases dirigentes, es planteado en sus términos sociales y económicos, identificándosele ante todo con el problema de la tierra. Cada día se impone, con más evidencia, la convicción de que este problema no puede encontrar su solución en una fórmula humanitaria. No puede ser la consecuencia de un movimiento filantrópico. Los patronatos de caciques y rábulas son una befa. Las ligas del tipo de la extinguida Asociación Pro-Indígena son una voz que clama en el desierto. La Asociación Pro-Indígena no llegó en su tiempo a convertirse en un movimiento. Su acción se redujo gradualmente a la acción generosa, abnegada, nobilísima, personal, de Pedro S. Zulen y Dora Mayer. Como experimento, el de la Asociación Pro-Indígena sirvió para contrastar, para medir, la insensibilidad moral de una generación y de una época.

La solución del problema del indio tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios. Este concepto conduce a ver en la reunión de los congresos indígenas un hecho histórico. Los

congresos indígenas, desvirtuados en los últimos años por el burocratismo, no representaban todavía un programa; pero sus primeras reuniones señalaron una ruta comunicando a los indios de las diversas regiones. A los indios les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales. Esto ha contribuido, en gran parte, a su abatimiento. Un pueblo de cuatro millones de hombres, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no son sino una masa orgánica¹⁷⁴, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico.

D. JOAQUÍN CAPELO *

En la última página de la foja de servicios del ingeniero y catedrático don Joaquín Capelo, se lee que concluyó su vida, y su carrera pública, como delegado del Perú ante la Conferencia del Trabajo de Ginebra. Encargo que indica que las preocupaciones y el espíritu de Capelo, pese a las vicisitudes que ponen a prueba en el Perú la continuidad de un hombre, no habían variado en esta última etapa, tan privada, tan ausente — ausente del Perú y su historia— de la biografía del antiguo senador por Junín.

En el elenco del viejo Partido Demócrata, Capelo era uno de los pocos hombres de vuelo reformista y de inquietud social. Dentro de la atmósfera de pesado personalismo caudillista de su partido, conservó cierta superioridad ideológica, cierto estilo personal, que el cronista veraz no dejará seguramente de reconocerle. Billinghamst, Ulloa, Capelo compendiaban las posibilidades vitales del partido Demócrata, personificaban toda su actitud de continuación y renovamiento. El Partido prefirió morir con su Califa; y con la caída de Billinghamst se acabó la esperanza de que volviera a representar la lucha contra el civilismo, contra la «aristocracia» encomendera y latifundista.

Capelo tuvo el mérito de apreciar a un hombre como Zulen. Más aún, tuvo el mérito de apreciar sus ideas y sus móviles. Presidió el experimento de la Asociación Pro-Indígena. Como senador por Junín, defendió a los obreros de la región minera contra sus explotadores. Era un hombre de orden que no iba más allá de cierto reformismo. El cansancio y el pesimismo lo ganaron quizá tempranamente. Pero no fue de los que pasan sin dejar alguna huella propia y noble.

D. GERMÁN LEGUÍA MARTÍNEZ *

El nombre del doctor Germán Leguía y Martínez está inscrito, con variado título, en la historia del Perú. Perteneció a la generación «radical»; tuvo destacada figuración en el movimiento ideológico, de tribuna y de

¹⁷⁴ «inorgánica», en la edición posterior a 1928.

prensa más que de plaza, que presidiera González Prada; concurrió a la obra de la cultura nacional en su tiempo, con variado aporte: como literato, historiógrafo y jurisconsulto; ejerció funciones de magistrado y estadista y hasta tuvo su momento de caudillo.

Conservó, en su existencia, a través de los episodios de su carrera pública, el tono moral, el fondo de patriotismo y jacobinismo, que caracterizó a las mejores figuras del Partido Radical o sea a lo que podríamos llamar la tercera jornada del liberalismo en el Perú. Hombres a lo Figueredo, honrados, prudentes, macizos, sin efectivo arraigo en lo social, sin garra de revolucionario, pero con una sólida probidad no exenta de generoso romanticismo.

Hubo un momento en que don Germán Leguía y Martínez pareció representar las posibilidades de prosecución revolucionaria del 4 de julio. No las representó efectivamente, si duraban aún, a juzgar por lo hechos: las masas no respondieron a su llamamiento. En el momento de la secesión, no quedó a su lado sino un manípulo fiel. Y el doctor Leguía y Martínez, en su manifiesto empleó un lenguaje político que lo mostraba retrasado con relación a su tiempo e ineficaz para despertar y agitar las fuerzas populares que dieron impulso y poder al 4 de julio. Los hombres nuevos del Perú tienen no poco que aprender en su ejemplo.

MALANCA EN LIMA *

La Exposición de Malanca en Lima (salones de la Academia Nacional de Música) obtuvo todos los sufragios de la gente de arte y letras. No obtuvo, en cambio, al parecer, los de la gente, muy poca sin duda, que compra cuadros. Había muchos motivos para que la pintura de Malanca interesase a los compradores —en cuyo número hay que considerar en primer término al Estado. Inconcebible —o más bien demasiado concebible— que estos motivos de estimación y adquisición no hayan sido apreciados.

Malanca, artista puro, trabajador honrado, que ha traído a Lima un arte de la más noble calidad, se lleva al menos la satisfacción de haber encontrado afecto y admiración sinceros en todos los espíritus aptos para comprenderlo como pintor y hombre. Entre Malanca y el grupo de *Amauta* se estableció, desde el primer instante, esa fraternidad profunda, que solo la comunidad de ideales humanos puede crear. Malanca es uno de los nuestros: lo era desde antes que nos visitara.

PRESENTACION A *EL MOVIMIENTO OBRERO EN 1919***

Con este documentado y sencillo estudio sobre la huelga general de mayo de 1919, Ricardo Martínez de la Torre pone la primera piedra de una obra, a cuya ejecución deben contribuir todos los estudiosos de la cuestión social en el Perú. El movimiento proletario del Perú no ha sido reseñado ni estudiado todavía. Los conquistadores, los virreyes, los caudillos, los generales, los literatos, las revoluciones, de este país, encuentran fácilmente abundantes, aunque no siempre estimables, biógrafos. La crónica de la lucha obrera está por escribir.

La faena no es, en verdad, fácil. Los documentos de las reivindicaciones proletarias andan dispersos en hojas sueltas o eventuales y en papeles inéditos, que nadie se ha cuidado de coleccionar. En la prensa diaria, cerrada ordinariamente al clamor de los obreros revolucionarios, es raro hallar otra cosa que una sistemática justificación de las peores represiones. Por consiguiente, para reconstruir la crónica de una huelga, de una jornada sindical, hay que interrogar a testigos generalmente imprecisos en sus versiones, expurgar la información confusa y hostil —simple comunicado policial en la mayoría de los casos— de los diarios, buscar entre los militantes quienes conserven ejemplares de los volantes y periódicos proletarios. Martínez de la Torre ha empezado su trabajo con el «paro de las subsistencias», no solo por tratarse de la más considerable batalla del proletariado de Lima y el Callao, sino por la versión casi completa que de este suceso y de sus antecedentes y consecuencias, encuentra en *La Razón*, el diario que durante poco más de tres meses dirigimos y sostuvimos en 1919 César Falcón y yo, y que, iniciado ya nuestro orientamiento hacia el socialismo, combatió al flanco del proletariado, con ánimo de «simpatizante», en esa vigorosa movilización de masas.

Esta circunstancia, y la de haber instado yo muchas veces a algunos compañeros a ocuparse en la tarea a la cual se entrega hoy Martínez de la Torre con una voluntad y un ardimiento muy suyos, me autorizan a escribir estas breves palabras preliminares para su trabajo, que inaugura una serie especial en las ediciones de *Amauta*.

La información documental de Martínez de la Torre, en este trabajo, es bastante completa. El proceso del «paro de las subsistencias», cuya experiencia condujo al proletariado a su primera tentativa de organización sindical nacional, bajo el principio de la lucha de clases, está aquí explicado en sus principales factores y aspectos.

Los juicios del autor sobre el confusionismo y desorientación de que fatalmente se resentía la acción obrera, en esa jornada y sus

** Presentación del folleto *El Movimiento Obrero en 1919*, de Ricardo Martínez de la Torre, Lima, Ediciones Amauta, 1928. Incluido en *Ideología y Política* (1969) pp. 181-183 y *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 234-235.

preliminares, me parecen demasiado sumarios. Martínez de la Torre no tiene a veces en cuenta el tono incipiente, balbuceante, instintivo de la acción clasista de 1919. Después de su victoriosa lucha por la jornada de ocho horas, es esa la primera gran agitación del proletariado de Lima y el Callao, de carácter clasista. La dirección del movimiento, no puede presentar la línea severamente sindical, revolucionaria, que Martínez de la Torre echa de menos en ella. Por su juventud, Martínez de la Torre no aporta un testimonio personal de la lucha del 19. Juzga los hechos a la distancia, sin relacionarlos suficientemente con el ambiente histórico dentro del cual se produjeron. Prefiero hallarlo intransigente, exigente, impetuoso, a hallarlo criollamente oportunista y equívoco. Pero a condición de no omitir este reclamo a la objetividad, en mi comentario, obligado a establecer que el mérito de este trabajo no está en su parte crítica presurosamente esbozada.

Los escritores que concurrimos a la propaganda y la crítica socialistas en el Perú, tenemos el deber de reivindicar, como historiógrafos, las grandes jornadas del proletariado nacional. La de Mayo de 1919 es una de ellas. Nuestro joven y estimado compañero, debuta con acierto al elegirla para su primer ensayo de historiografía de la lucha de clases en el Perú.

D. FEDERICO ELGUERA *

En las letras peruanas, don Federico Elguera, aporta su obra a la afirmación del carácter festivo, no desprovisto a veces de fondo o intención satírica de la literatura limeña. Su obra municipal prelude en la historia de Lima la época del asfalto, las avenidas, el cemento. Era un espíritu, de fondo ligeramente irónico, de gusto netamente limeño, que se burló, sin embargo, de ciertas tonterías de sus paisanos y que soñó para ellos áreas más amplias, perspectivas más largas y estilo más urbano. En materia urbana, se preocupó más de lo ornamental, del «centro», que de la expansión y modernización de los suburbios. En esto como en toda época, con cierto escepticismo, no desmintió nunca su adhesión a la clientela civilista.

EL PROBLEMA AGRARIO PERUANO LA COMUNIDAD INDIGENA POR ABELARDO SOLÍS **

Una falsa apreciación del problema agrario, es la que se ha referido únicamente a considerar el caso de las comunidades indígenas. De la discusión que ha sobrevenido como consecuencia de esta fácil y cómoda percepción se han perfilado dos opiniones principales que traducen, sin embargo, solo un aspecto de nuestra cuestión agraria. Hase manifestado por una parte en copiosa y bien formada literatura, que dicho régimen de

** En *Labor* (Lima), núm. 3, 8 de diciembre de 1928, p. 3.

propiedad comunal debe ser reemplazado, por conveniencia nacional, por el régimen de la propiedad individual, mediante el reparto de parcelas de tierras comunales entre los miembros de la comunidad. Tal fue, como anotamos el ideal que orientó a Bolívar, al expedir su decreto y tal fue lo que se trató de generar durante nuestra centuria republicana. Ese ideal fue mal expresado por nuestra legislación, después de la tentativa de Bolívar y especialmente por la ley de 1828. Pero la ley de 1828 se limitó a declarar que las comunidades eran propietarias de los terrenos que poseían, sin que, por esta declaración tan deficiente, se llegara a considerar a los comuneros como propietarios de los respectivos lotes individualizados. Como faltó realizar la división y participación de las tierras comunales, la propiedad de la comunidad reconocida por esa ley, continuo proindiviso, es decir, asimilada a esta modalidad de la propiedad privada.

Puede decirse que, si la pequeña propiedad indígena existió y existe aún, en algunos lugares, se debió a causas distintas y extrañas a los enunciados legales. Los modos civiles de adquirir el dominio y en general, las instituciones que contiene el código civil, no han logrado crear la pequeña propiedad indígena; y si ella se conforma y rige hasta hoy por las disposiciones del derecho civil vigente, las mismas reglas del código, las mismas leyes civiles en general, pueden indiferentemente condicionar su existencia, como conducirla a su desaparición.

El intento de constituir la pequeña propiedad indígena a expensas de las comunidades ha sido contraproducente, ilusorio. Los partidarios de esta solución han atendido a criterios de orden económico-capitalista, argumentando a favor de su tesis, el que la propiedad comunal, vinculada e inmóvil es una supervivencia histórica que impide la libre circulación de los capitales y mantiene una agricultura holgazana, rutinaria e improductiva.

Lógicamente se deduce, que según las conveniencias del capitalismo y dentro del sistema preconizado, las pequeñas propiedades llegarían a ser absorbidas y a constituir latifundios, debido a los abusos de la libertad de contratación. De esta suerte el latifundismo se incrementaría ventajosa y fácilmente. No sería improbable que al régimen de las Comunidades, sucediera de modo uniforme el régimen de los latifundios y de las tierras incultas. La engañosa confusión de la justicia con la legalidad, el abuso del formalismo jurídico, carente de la viva realidad del derecho, podían de esta suerte, conducir el libre paso avasallador de las usurpaciones hechas en nombre de la ley, vale decir, legalizadas. Esto ha sucedido y viene sucediendo aun sin contarse con la abundancia de motivos que significarían la generalización de la medida que comentamos. Ya sabemos que las usurpaciones de tierras han sido precedidas frecuentemente de algún expediente judicial o administrativo en el que los casuismos judiciales y las avezadas argucias de abogadillos sin escrúpulos llegaron a procurar la sanción y el reconocimiento legal de losseudoderechos invocados por los latifundistas, contra las Comunidades. No ha habido despojo de tierras sin

su correspondiente formación de títulos encubridores, sin la hoja de parra de una invocación legalista.

La opinión enunciada se deriva de la consideración de un principio falso: el de suponer que la individualización de la propiedad territorial, implica un estado de aislamiento egoísta, análogo a la situación hipotética, del individuo solitario y libre como si fuera de éste, no existieran relaciones ni necesidades de orden colectivo. Mas los mismos defensores de la tesis individualista, señalan los remedios indispensables para entrabar la tendencia expansiva de las grandes propiedades. Se ha establecido, en efecto, el control de la intervención del Ministerio Fiscal; la tutela burocrática de los patronatos y de las autoridades políticas, así como la trabazón de terminantes disposiciones legales y de resoluciones administrativas, a fin de evitar con todo esto la acumulación de las parcelas de tierra, en poder de un solo propietario. Pero esa misma trabazón legal, como la intervención del Ministerio Fiscal y de las autoridades del Estado ¿qué significa? ¿Dónde está el desmesurado argumento de la libre disposición de la propiedad y todos sus atributos heredados del derecho romano? ¿Qué ocurre en los horizontes del individualismo económico? En realidad, según lo expuesto, tiéndese a restringir y rectificar las pretensiones de este sistema económico-jurídico. Empero esto nos conduce por rutas nuevas, hacia mejores mecanismos legales.

Conviene aludir a las taxativas especiales que emanan el código de procedimientos civiles (artículo 995) sobre posesión; y la jurisprudencia de los tribunales, que concretamente reconoce el derecho de las comunidades para litigar, hasta la constitución política del estado (artículo 41 y 58) que ha dado origen a la creación de un patronato de indígenas y a la sección de asuntos indígenas del ministerio de fomento. Con tales leyes o instituciones, nacidas en una atmósfera preñada de brutal individualismo reaccionario, nuestro actual estado, servidor de intereses plutocráticos y feudales, trata infructuosamente de interceptar las vías de un cáncer social que nos destruye: el latifundismo.

Indicaremos dos observaciones fundamentales al seguir ocupándonos de las opiniones de los partidarios de la desaparición de las comunidades, que como se ha dicho, responden a una compleja realidad social que no se puede suprimir a fuerza de decretos y leyes.

Las Comunidades no son instituciones artificiales, de vida más o menos eventual; no son agrupaciones susceptibles de plasmarse conforme a los modelos de un programa opuesto al interés colectivo que representan.

Por otra parte, el número de comunidades que hay en todo el territorio y la extensión de las tierras que ocupan tradicionalmente, demuestra que la cohesión de los vínculos solidarios que ofrecen, tiene raíces muy hondas, como que forman la trama de la estructura económica en que reposa la vida social indígena.

La segunda observación, refiérase a la verdad de que las comunidades son los únicos baluartes de la defensa del interés y hasta de la

vida misma de los indígenas frente a las acechanzas y embestidas del latifundismo. La existencia de la pequeña propiedad indígena sería incompatible, de otro modo con la existencia de los grandes monopolios de tierras. Porque la producción de la agricultura menor, tendría que subordinarse y luego desaparecer ante las imposiciones de una realidad inestable o incontrastable representada por la producción fácil y abundante de los latifundios.

Las Comunidades atenuan con su resistencia, la lucha que palpita en nuestro medio social darwiniano entre la codicia y el poder del gamonal y la minoría y debilidad del indígena. ¿Cómo procurar que sea el indio económicamente libre; que sea pequeño propietario -con la aplicación de vanas e ilusorias fórmulas legales- conservando un sistema agrario desigual e injusto? Nuestros doctrinarios liberales, fieles a sus mal digeridos principios y esclavos de sus supersticiones legalistas, no han apreciado, en verdad, todos los aspectos de la cuestión agraria indígena. Han expuesto las ventajas de la pequeña propiedad; han señalado los vicios y defectos de la vida indígena en el seno de las rutinarias Comunidades; han señalado el mal de una agricultura improductiva y arcaica, pero las proposiciones resolutorias de la cuestión analizada por sus críticas, han sido deficientes, unilaterales y falsas. Olvidan que solo dentro de la comunidad el indio deja de ser esclavo o siervo del hacendado o del mandón que ejerce cargo político de autoridad. Esta actitud puramente intelectual de nuestros liberaloides doctrinarios es por lo demás lógica y perfectamente consecuente con la vieja ideología de la democracia burguesa. Se atiende según este punto de vista, a la preocupación de uniformar las instituciones del clásico derecho civil pretendiendo extender a la vida indígena, los beneficios de la civilización actual, vale decir, los beneficios de que gozan los burgueses.

Atendamos ahora, lo que sustentan los que proclaman la conveniencia de solo conservar a las comunidades indígenas, sin preocuparse de que sea suprimido el régimen de los latifundios.

Creen éstos, que mientras el indígena se halle atrasado e inculto; mientras predomine la barbarie serrana frente a la indolencia costeña, debe evitarse la transformación de la organización de las comunidades. Considerando a la propiedad individual del mismo modo que los adversarios del régimen de las comunidades, oponen simples reparos a la formación de un nuevo sistema de tierras juzgando prematuro el desenvolvimiento de la vida comunal indígena. En realidad, esta opinión fundada en un criterio tímidamente realista, llega a conclusiones análogas a las de los primeros, desde que el fin común en ambas opiniones, es la formación de la propiedad individual, sobre la base de una desaparición, sea brusca o lenta, de las comunidades. Los que han defendido a las comunidades de esta manera, se han cuidado de no decir nada respecto de la subsistencia de los latifundios. Y para disimular lo que hay de convencionalismos y de fútil en esta opinión, sus mantenedores —políticos de la plutocracia y de la feudalidad reinante— transigen y convienen

afirmando que «en la práctica no se diferencia un régimen de otro, tanto como para decidir la abolición de las comunidades».

Una mejor protección legal y el reconocimiento de la personería jurídica de las comunidades, así como una reglamentación de sus vidas, dicen que sería suficiente para que estas sean fácilmente incorporadas a las posibilidades de un progreso que no definen; y, que, en fin, así la agricultura fuente principal de la economía social indígena, quedaría robustecida y prospera.

Las dos opiniones señaladas, no han trascendido del campo de la retórica forense y de sus vanas pretensiones académicas. La causa de esto y de la esterilidad de tales opiniones, está en que ninguna de ellas considera el principal término de la acusación del problema agrario: el latifundismo.

Es comprensible y justo que se advierta en las Comunidades, los núcleos principales de todo movimiento agrario. Y que se asigne a dichas Comunidades, un rol primordial en la solución del programa que tratamos más; sin la presa apreciación de lo que significa el latifundismo adverso, por si solo a reforma, el problema agrario, aún no lo que atañe únicamente a las comunidades permanecerá irresoluble analizar esta faz de la cuestión agraria, importa al mismo tiempo comprender la segura y progresiva colimación de las formas a que puede llegar la individualización de la propiedad de la tierra en el seno de las Comunidades. Porque de las soluciones eliminatorias que se tengan que reproducir en la masa de los latifundios, penden las garantías requeridas para desenvolvimiento y subsistencia de las mismas Comunidades y de las pequeñas propiedades rurales; Comunidades, cuyo periodo de conservación y vida retardada, se hayan condicionado por cada constante y darwiniana lucha que establece la precisión y la coexistencia amenazante, de los latifundios.

Solamente sin la coexistencia es posible el mejoramiento moral y económico de las retardadas comunidades y de sus componentes individuales. Desde luego afirmamos éstos, sin tratar de los demás factores económicos y sociales que operan dentro de la realidad social indígena. Repetimos que, por lo expuesto, el latifundio, antes que la Comunidad, es pues, el primer término de la ecuación agraria que hay que despejar.

Desde que se implantó el régimen del monopolio de tierras, a raíz de la conquista española, se procuró evitar el crecimiento ilícito del latifundio, mediante tentativas diversas; y en todo tiempo y lugar se comprendió que el latifundismo ha sido y es peligroso y nocivo para la economía de las naciones. Conviene por esto, recordar una vez más, la frase de epítafio con que explicó y gravó en su lápida, la decadencia romana, al decir por boca de Plinio, el joven: *Latifundia perdere Italiam*.

Nuestra historia constata que, no obstante la dirección individualista que siguieron las instituciones jurídicas, un celoso instinto de conservación social, continuó latiendo hasta inspirar al estado todas esas medidas legales con que se opuso una valla a la hipertrofia del régimen de los latifundios. Siempre se trató de evitar con más o menos éxito, que la

hacienda llegase a absorber la pequeña propiedad agraria. Se reconoció que el latifundismo dañaba intereses colectivos de todo orden, pero nunca, se procuró fraccionar o limitar la existencia de los latifundios. Así, los hechos creados por la violencia fueron mantenidos y elevados a la categoría de derechos conservados mediante la sanción y las reglas jurídicas todavía en vigencia. ¿Qué, en cambio, ha podido conseguirse con la mera protección legal de las Comunidades? ¿Cuál ha sido el resultado obtenido por las restricciones, con que alguna vez, se intentó entabrar el crecimiento ilícito de los latifundios? La respuesta fluye espontáneamente de nuestra realidad rural: la mera conservación intangible de ese género de propiedad. Del fondo de estas cuestiones, cabe preguntarse si se pudo obtener otro resultado feliz, con la simple protección legalista de las comunidades —así fuese ésta la más amplia— y de la convencional limitación de los latifundios. ¿Así fuese ésta la más precisa y férrea?

La respuesta está indicada por el *statu quo* de las desigualdades económicas que hacen grave nuestra doliente injusticia social. Con tales procedimientos dilatorios, se conseguirá únicamente prolongar ese *statu quo*, aplazando las reivindicaciones populares. Porque en los márgenes del cauce de la historia, siempre han de quedar las osamentas de instituciones caducas, mientras sigan transcurriendo incontenibles, los renovados caudales de la vida social.

El *statu quo* de la pequeña propiedad rural, es sumamente inestable dentro del régimen jurídico que nos rige. Para que lleguen a subsistir los grandes centros de pequeñas propiedades, es necesario prescribir simultáneamente, la inmovilidad de esas propiedades, reconstituyendo un nuevo régimen agrario del que se haya abolido el burladero de la libre disposición de las tierras y de todas las formas de transmisión del dominio. Esto haría necesaria la reglamentación del derecho sucesorio circunscrito a la familia del labriego. Y éste, según nuestra tradición jurídica ya no caracteriza a la pequeña propiedad privada, sino que es como un esbozo de una institución *sui generis*: el *home-stead* (hogar agrícola). Pero el *home-stead*, no podría subsistir tampoco, bajo la competencia y coexistencia del latifundismo. Por consiguiente, ni rehabilitar a la comunidad, ni crear en el seno de ella, el *home-stead* sería factible, benéfico y duradero, si al mismo tiempo no se aparcelan los latifundios improductivos y sin industria y se socializan los latifundios industrializados.

En México, no obstante el radicalismo inicial de la revolución agraria y de sus quince años de lucha, la rehabilitación del ejido y la devolución de las tierras usurpadas a los indios, no se ha resuelto enteramente el problema agrario, debido a esta deficiente solución de no abolir el latifundismo, ante todo.

La pequeña agricultura que podría florecer exuberantemente sin la competencia del latifundio, tendrá que ser al fin, postergada y vencida por la fácil y ventajosa explotación que hacen los hacendados.

Así no se habría resuelto el problema económico de la producción, ni el problema social de la justicia. Continuaríamos bajo el imperio de las grandes desigualdades económicas que harían interminable y nefasto el cruento drama de nuestras injusticias sociales. Todas estas dificultades surgen evidentemente cuando se elude la consideración primaria del problema agrario, que no reside únicamente en el statu quo de las comunidades indígenas, que es la parte afectada por el desarrollo hipertrófico de la propiedad individual de la tierra. Una rehabilitación de las comunidades significaría, es verdad, la preindicación de las tierras que les fueron usurpadas. La revocación de los defectuosos títulos de los latifundios, nos llevaría a ese resultado. Además, comprendería el surgimiento de otras asociaciones de campesinos, con derecho a las tierras cultivables que forman los actuales latifundios, en que fueron englobadas y disueltas otras comunidades, cuyos restos son todavía notorios, a través de la supervivencia de las costumbres de los habitantes de aldehuelas establecidas en el seno de muchas haciendas y de cuyas poblaciones reducidas provienen sus peonadas de gente nativa.

La rehabilitación de las comunidades puede considerarse como un procedimiento auxiliar. Por lo mismo que el primitivo régimen de las Comunidades, no constituye un ideal agrario propio de nuestra época. Bien sabemos que esta forma de explotación agrícola y de propiedad análoga a la del antiguo MIR ruso, ha fracasado. La experiencia de Rusia, prueba irrefutablemente esta afirmación, la política agraria de los bolchevistas ha consistido en transformar y reducir esa forma de propiedad. Se ha advertido que conjuntamente con la transformación política del viejo imperio zarista, ha ido desapareciendo la arcaica institución agraria del MIR. Los bolchevistas son adversarios del MIR. Es que el MIR no ha sido un arquetipo de la reforma agraria rusa.

Tratando de nuestras comunidades, cabe pensar en que ellas, pueden ser consideradas como imperfectos gremios agrícolas, capaces de llevar acabo un eficaz movimiento agrario. Por lo demás, defensa de la actual comunidad indígena o defensa del latifundio colonial, implican siempre volver al pasado; pasado incaico o pasado colonial español; pero pasado al fin. ¡Volveremos acaso a buscar en las ordenanzas de Toledo o en las leyes de indias, las fórmulas necesarias para resolver el problema indígena del presente! ¿Es que el problema agrario actual está fijado solo en los marcos de la historia? Nuestros jurisconsultos y legisladores de espíritu conservador, bien pueden entretener con opinar sobre la excelencia y defectos de ésta o aquella fórmula de nuestros códigos actuales y sobre los viejos mecanismos de nuestra justicia oficial. Nuestros historicistas, bien pueden continuar ejerciendo el extraño pontificado masoquista de deslumbrarnos con sus glosas del tiempo pasado y así vivir nostálgicos de incas absolutistas y de indolentes cortes virreinales. A otra clase de hombres corresponde ahora, el señalar un cáncer social y empezar así la lucha gigantesca y gloriosa de entregar las tierras a los que tienen derecho a ellas, a

los que las cultivan. De ahí que frente a la cháchara pedantesca de los que propugnan por esta u otra forma de transigir con el régimen, de los latifundios, es menester concluir manifestando que antes que las preferencias exclusivistas por el *home-stead* o por la pequeña propiedad agraria, surgentes del seno de las actuales comunidades, hay que procurar que, pequeña propiedad u *home-stead* o ambas a la vez —según las condiciones de tiempo, lugar y densidad de población agrícola—, sean efecto de la distribución de las tierras, de los latifundios y de su explotación bajo una forma colectiva de posesión y usufructo. Lo único que cabe proclamar ahora es que cesen los monopolios de tierras y servidumbre indígena. La solución de nuestro problema agrario debe buscarse, no por el lado de las comunidades indígenas, sino por el de los poderosos detentadores de la tierra.

ANTE EL PROBLEMA AGRARIO PERUANO, POR ABELARDO SOLÍS*

La más profunda de las transformaciones que se advierten en el pensamiento nacional, es el desplazamiento de los tópicos políticos por las cuestiones económicas. Razonar sobre economía es siempre razonar políticamente, pero pasando de lo formal a lo sustancial. En el Perú, donde se ha discurrecido con exceso respecto a las formas políticas, se ha meditado, en cambio, bien poco acerca de las realidades económicas. Esta preocupación aparece únicamente ahora y es sin duda el mejor signo de una nueva mentalidad [(así como el más severo cargo contra la Universidad civilista, y particularmente contra su extinta Facultad de Ciencias Políticas —que jamás produjo un político científico— es el que formula en la exposición de motivos del Estatuto Universitario el Ministro de Instrucción Pública doctor Oliveira cuando deja expresa constancia de que para establecer la Facultad de Ciencias Económicas ha habido que buscar profesores sin grado académico en la Banca, la Administración Pública, etc., porque la antigua facultad, en largos años, no había servido para formar economistas)]¹⁷⁵.

Comentando el *Bosquejo de Historia Económica del Perú* del doctor César A. Ugarte tuve ocasión hace dos años de registrar el creciente orientamiento de las nuevas generaciones hacia los estudios económicos. Ahora me ofrece la oportunidad para reiterar esta observación el reciente libro del señor Abelardo Solís: *Ante el Problema Agrario Peruano*.

El problema de la tierra domina nuestra realidad económica. No importa, por consiguiente, que en su exposición Solís trate los aspectos

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 445, 21 de diciembre de 1928. Incluido en *Amauta*, «Abelardo Solís “Frente al problema agrario peruano”», núm. 20, enero de 1929, pp. 100-102 (con algunas modificaciones). *Peruanicemos al Perú*, 1959, pp. 189-194.

¹⁷⁵ Omitido en *Amauta*, núm. 20, enero de 1929, p. 100.

propriadamente jurídicos y legales más que los aspectos propriadamente económicos. Basta que su especulación, en vez de un tema constitucional o político —régimen presidencial o parlamentario, unitario o federativo, etc.— haya abordado un tema que pertenece ante todo a la economía nacional y que, por tanto, no figuraba antes en la orden del día de la Universidad.

La contribución del Dr. Solís al debate de esta cuestión es oportuna, inteligente y honrada. Su crítica de la tendencia individualista de la legislación republicana, enfoca con severo realismo los efectos adversos a la propiedad indígena de este liberalismo formal, impotente ante el latifundio, funesto para la «comunidad». Solís llega a esta proba conclusión, valiosísima como testimonio de un hombre de leyes y códigos —y que por sí sola certifica la rectitud y superioridad de su espíritu—: «El problema agrario no ha sido jamás un problema de legislación, sino un problema vital que no podía resolverse mediante recetas legalistas». La inclinación legalista a las reformas administrativas, que tantos estímulos encontró en el verbalismo de las viejas generaciones, es categóricamente abandonada. Se busca, al fin, la clave de la situación social y por ende política del Perú, en el carácter y el uso de la propiedad de la tierra. Y desaparece la aprehensión por las medidas revolucionarias y radicales. Estudiando los orígenes del latifundio en el Perú, Solís escribe que «hay que insistir en señalar el carácter inicial de usurpación violenta en la apropiación individual de la tierra, es decir, hay que referirse a su raíz histórica, por lo mismo que en el transcurso de los acontecimientos humanos con los propietarios a su vez —como descendiente de los primeros terratenientes y mantenedores de la usurpación, por éstos realizada— quienes suelen manifestar una contradictoria y acomodaticia repugnancia por los métodos de expropiación violenta, puestos en práctica en las revoluciones que han logrado restituir en la posesión y usufructo de la tierra a los que la cultivan, esos trabajadores campesinos, verdaderos descendientes de los primitivos agricultores que fueron desposeídos por los fundadores del latifundismo». Observación de rigurosa exactitud histórica que escandalizará, sin embargo, a los defensores intransigentes y ortodoxos de los derechos de los propietarios.

El punto de vista de que parte Solís para denunciar los errores de la legislación republicana, en su tendencia a disolver la «comunidad», lo mueve a superestimar un tanto la dirección opuesta en la legislación y la práctica coloniales. No conviene olvidar que la propiedad comunitaria y la propiedad feudal se conciliaban teórica y prácticamente. Reconocer a las «comunidades» el derecho de conservar sus propiedades era un modo de vincular al campesino a la tierra. Si la propiedad comunitaria ha subsistido hasta hoy, no obstante su indefensa posición legal, propicia a la expansión de la gran propiedad, ha sido sin duda por la observación empírica de que el valor de un latifundio dependía de su riqueza en hombres y de que para fomentar ésta no era prudente despojar del todo a los indios de sus tierras y, en todo caso, había que devolverles su uso mediante el «yanaconazgo». De

la extrema y retórica requisitoria contra la praxis colonial, no se debe pasar al término opuesto.

Solís dedica sendos artículos a la universalidad del movimiento agrario, a la reforma agraria en México, en Rusia y en Checoslovaquia. La vulgarización de esas reformas es evidentemente indispensable tanto para incitar a las gentes a considerar nuestra cuestión agraria, sin suponerla una invención de teorizantes y revolucionarios, cuanto para confrontar nuestra situación agraria con la de esos países antes de su nueva política y aprovechar las sugerencias de sus respectivas experiencias. La información de Solís no alcanza a hechos y estudios recientes que le habrían conducido a conclusiones más completas. Así, en lo que concierne al éxito del parcelamiento en Checoslovaquia habría sido interesante que su crítica hubiese tenido en cuenta los hechos que mueven al doctor Adam Rose, catedrático de política agraria de la Universidad de Varsovia, a constatar:

«1º, Que el porcentaje de obreros que llegaron a ser propietarios como consecuencia de la reforma es más elevado en Checoslovaquia que en Alemania, pero se mantiene, sin embargo, demasiado bajo;

2º. Que hasta los obreros que llegan a comprar un lote obtienen en la mayoría de los casos, muy poca tierra para emprender una explotación racional;

3º. Que cerca de la mitad de los obreros no han obtenido más socorro que una indemnización que les ayudó a vivir sin trabajar durante algunos meses, o hasta durante un año, pero que no debería considerarse como una verdadera solución del problema que nos ocupa».

Las conclusiones finales del libro de Solís se condensan en las siguientes proposiciones: «La organización y definición del derecho de posesión de la tierra; la supresión de los monopolios de tierras, para hacer efectivo el principio de que tienen derecho a ellas, sólo los que la cultivan; la reglamentación de la explotación de la tierra por los asociados y los individuos; tales serán las principales normas constitucionales del Estado y de la legislación agraria peruana». «Sustituir al hacendado por la colectividad de trabajadores rurales, continuando intensificada y mejorada la explotación agrícola, suprimiendo, en beneficio de la colectividad de trabajadores y del Estado, la renta obtenida exclusivamente por el terrateniente: he aquí la primordial cuestión concreta de lo que tratamos». Estas proposiciones anulan la discrepancia con algunas consideraciones del estudio de Solís, menos entonadas a un concepto económico y socialista del problema. Hay allí una fórmula por concretar que puede ser una base de acuerdo para quienes estudian la cuestión con móviles prácticos y criterio positivo.

LAS DOS AMÉRICAS

*LOS DE ABAJO DE MARIANO AZUELA**

México tiene la clave del porvenir de la América india. Por esta posesión, el pueblo azteca ha pagado, sin cicatería ni parsimonia, el tributo de su sangre. Tuvo don de profecía Vasconcelos cuando escogió el lema de la Universidad mexicana: «Por mi raza hablará el espíritu». En México se exaltan y se agrandan prodigiosamente las posibilidades creadoras de nuestra América. El pueblo que primero ha hecho una revolución, es el primero que está haciendo un arte, una literatura, una escuela. Pueden sonreír los que suponen que la literatura, es una categoría independiente de la política, del espacio y del¹⁷⁶ tiempo. El poder de creación es uno solo. Una época revolucionaria es creadora por excelencia. Es una época de alta tensión en la cual todas las energías y todas las potencias de un pueblo — políticas, económicas, artísticas, religiosas— logran su máximo grado de exaltación.

La pintura, la escultura, la poesía de México son las más vitales del continente. Las de otros pueblos hispanoamericanos presentan, en algunos casos, individualidades y movimientos sugestivos y ejemplares; pero las de México tienen la fuerza vital del fenómeno orgánico y colectivo. Las distingue su savia popular, su impronta mexicana.

La Revolución Mexicana ha tenido, en literatura, su período de poesía. Período de cantos a la revolución (El «estridentismo» es su batalla literaria característica y Maples Arce su poeta representativo). *Los de abajo*, [la]¹⁷⁷ novela de Mariano Azuela, parece ser signo de que la revolución entra, también, en literatura, en su período de prosa. La novela, el relato, fijarán más duradera y profundamente que el verso el carácter y la emoción de la epopeya revolucionaria.

Los de abajo no es todavía la novela de la Revolución. A esta novela no será posible llegar sino a través de tentativas preparatorias. Azuela nos revela en su libro tan sólo un lado, un contorno de la revolución. No desfila, delante de nosotros, el ejército de la revolución, sino una de sus columnas volantes. La versión de Azuela, robusta, honrada, violenta, se detiene en la guerrilla, en la escaramuza, en el episodio.

Los personajes de *Los de abajo* están reclutados entre los francotiradores o montoneros de la revolución, no entre sus soldados

* En *Varietades*, (Lima), núm. 1038, 21 de enero de 1928. Incluido en *Amauta* (Lima), núm. 12, febrero de 1928, p. 42. En *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 84-86. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 451-453.

¹⁷⁶ «e», en *Temas de nuestra América*, (1971) p. 85.

¹⁷⁷ Suprimido en *Temas de nuestra América*.

regulares. El protagonista Demetrio Macías, que capitaneaba¹⁷⁸ una banda de montañeses, por ser el más valiente, el más hombre de todos, anda a salto de mata, en armas contra la ley, porque está fuera de la ley como todos sus compañeros. Si sus andanzas lo convierten en general villista es, más que por su instinto de guerrillero, por la astucia del aventurero Luis Cervantes, *profiteur*¹⁷⁹ de la guerra civil.

Macías, cuenta así su historia y la de su banda:

«Yo soy de Limón, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mis casas, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar, es decir, que nada me faltaba. Pues, señor, nosotros los rancheros, tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates¹⁸⁰ y todas las encomiendas. Después entra uno con sus amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; a veces es uno condescendiente y se deja cargar la mano, y se le sube el trago, y le da su mucho gusto, [...]»¹⁸¹. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comiencen a meterse con usted; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurra quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre, usted no tiene la sangre de orchata¹⁸², usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, [...]»¹⁸³ se levanta y les dice su justo precio! Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es machito¹⁸⁴ de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, sí, señor, sale la daga, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito!».

«Bueno. ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. ¡Ni siquiera vio correr el gallo!... Una escupida en las barbas por entrometido, y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación. Usted ha de saber del chisme ese de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz, ¡qué sé yo! Bueno: pues el mismo¹⁸⁵ don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que diz que yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte y,

¹⁷⁸ «capitaneá», en *Temas de nuestra América*, p. 86.

¹⁷⁹ Voz francesa de aprovechador, acaparador.

¹⁸⁰ Tomates.

¹⁸¹ Omitido de la novela: «y ríe uno y canta, si le da la gana».

¹⁸² «horchata», en la novela.

¹⁸³ «y», en la novela.

¹⁸⁴ «debroncito» [orgullosa], en la novela.

¹⁸⁵ «dicho», en la novela.

luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después se nos han ido juntando más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos».

La guerrilla de Demetrio Macías sucumbe en una emboscada, en la misma sierra donde tiempo atrás deshizo a una columna de federales. La acción de la novela constituye un [...] ¹⁸⁶ episodio villista. Su naturaleza de episodio es patente hasta por el desenlace. El episodio necesita terminar; la historia es siempre una continuación y un comienzo. La revolución está hecha de muchos episodios como el de *Los de abajo*; pero está hecha también y sobre todo de un gran caudal de anhelos y de impulsos populares que, después de mucho estrellarse y desbordarse, se abrió el hondo cauce por el cual corre ahora. La guerrilla es un arroyo que baja de la sierra, para perderse a veces; la revolución, un gran río que confuso en sus orígenes, se ensancha y precisa en su amplio curso.

Pero *Los de abajo*, los montoneros de Mariano Azuela, pertenecen siempre a la revolución. La revolución no puede renegarlos. El montonero, el ¹⁸⁷ hombre listo y bravo que merodeaba por la sierra fuera de la ley, sirvió para medir la miseria y la esclavitud del peón, del campesino, oprimido por la ley. La revolución que, desde antes de serlo, sembró de esperanzas y de anhelos el país, tenía el don de imponer su verbo y de prestar su fe a sus combatientes. El propio *profiteur* Luis Cervantes, el bachiller arribista que escapa a Estados Unidos con el botín de los saqueos, después de entregar a Macías a la mujer que lo quiere y lo sigue, obedece inconscientemente a una fuerza superior a él. A pesar de su desvergüenza y de su fuga, es un servidor de la revolución. Él aprovecha a la revolución, pero la revolución lo aprovecha también a él. ¿No es él quien descubre a Macías que su aventura puede insertarse en un ¹⁸⁸ gran movimiento y consagrarse a una gran causa? («Mentira que usted ande por aquí don Mónico, el cacique; usted [...] ¹⁸⁹ lucha ¹⁹⁰ contra el caciquismo que asola a toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros...»). La revolución necesitaba estos tinterillos, estos bachilleres, aunque luego la desertasen y traicionasen. Si era posible un Luis Cervantes, era posible también un Otilio Montañó ¹⁹¹,

¹⁸⁶ «capítulo del», agregado en *Temas de nuestra América*.

¹⁸⁷ «ese», en *Temas de nuestra América*.

¹⁸⁸ «su», en *Temas de nuestra América*.

¹⁸⁹ «anda aquí por don Motra», agregado en *Temas de nuestra América*, que no está en la novela.

¹⁹⁰ «se ha levantado», en la novela.

¹⁹¹ «Atilio Montañés», error en *Temas de nuestra América*.

el oscuro maestro elemental que dictó el programa agrarista a Emiliano Zapata, expresando la más vigorosa reivindicación de las masas mexicanas.

Nada de esto disminuye, por cierto, el gran mérito de la obra de Mariano Azuela, gran precursor de la novela americana. *Los de abajo*, no le debe artísticamente nada a ninguna literatura. Azuela la ha creado íntegramente con materiales mexicanos. Para algo la revolución de su patria es tan rica en materia y en espíritu. Pero si se quiere buscarle una equivalencia a esta sobria y fuerte novela, en otra literatura revolucionaria, se podría tal vez encontrarla en cierto grado, en los *Cuentos de Caballería Roja* de Babel y, en otro sentido, en *Los Tejones* de Leonov. Equivalencia he escrito y no parecido ni afinidad.

ITINERARIO DE DIEGO RIVERA*

A propósito de la novela de Mariano Azuela, escribí que no por azar se producía en México el más vigoroso movimiento artístico de América, y que la Revolución Mexicana —fenómeno político y económico— explica y decide este fenómeno estético y espiritual. La biografía del genial pintor Diego Rivera ilustra y comprueba, con maravillosa precisión, tal tesis. Rivera no encontró su estilo, su expresión, mientras no encontró el asunto de su obra. Su vida en Europa fue una apasionada búsqueda, una vehemente indagación. Pero su obra sólo empieza a ser personal cuando la revolución comienza a inspirarlo¹⁹², plenamente. Hasta entonces el arte de Diego Rivera no alcanzó su expresión definitiva y autónoma. El gran artista conoció todas las escuelas y estudió todas las corrientes de su época. Ninguna encendió sus potencias creadoras, ninguna sacudió su subconsciencia¹⁹³ artística como los rudos episodios de la insurrección agrarista. El grito de Emiliano Zapata y la palabra del maestro rural Otilio Montaña llegaron al fondo intacto y latente de su espíritu, que jamás habrían tocado los elegantes evangelios de la estética y la filosofía occidentales.

La autobiografía¹⁹⁴ de Diego Rivera es, bajo¹⁹⁵ este punto de vista, el mejor documento sobre el artista y su vida. Por esto, en el¹⁹⁶ número de *Forma*, [la hermosa revista de artes plásticas que publica en México el Ministerio de Educación Pública]¹⁹⁷, Xavier Villaurrutia no ha hallado mejor

* Publicado en *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1042, 18 de febrero de 1928. Incluido en *El Artista y la Época* (1959), pp. 93-97. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 585-586.

¹⁹² «inspirarla», en *El artista y la época*, p. 94.

¹⁹³ «subconsciencia», en *Temas de nuestra América*, p. 94.

¹⁹⁴ La autobiografía completa, Véase en *Amauta*, núm. 4, dic., 1926, p. 5.

¹⁹⁵ «desde», en *El artista y la época*, p. 94.

¹⁹⁶ «un», en el *Artista y la época*, p. 94.

¹⁹⁷ Omitido en *El artista y la época*, p. 94.

modo que de recorrer la historia de Diego Rivera que siguiendo su propio itinerario autobiográfico. Pero el itinerario mismo, en las exactas y cabales palabras de Rivera, es más expresivo que cualquier paráfrasis. Y, omitiendo sólo las primeras estaciones de la iniciación del artista, quiero copiarlo textualmente enseguida:

«1902.-Empezó a trabajar en el campo, disgustado de la orientación de la escuela, bajo el catalán Frabrés.

1907.- Marchó a España donde el choque entre la tradición mexicana, los ejemplos de pintura antigua y el ambiente y producción moderna española de entonces, obrando sobre su timidez educada en el respeto a Europa lo desorientaron, haciéndole producir cuadros detestables, muy inferiores a los hechos por él en México antes de marchar a Europa. En ese año trabajó en el taller de don Eduardo Chicharro.

1908-1910.- Viaja por Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra; trabaja poco. Telas anodinas, de este periodo y el anterior, son las que posee la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Octubre de 1910.- Vuelve a México donde permanece hasta julio de 1911. Asiste al principio de la Revolución Mexicana en los Estados de Morelos y de México, y al movimiento zapatista. No pinta nada, pero en su espíritu se definen los valores que orientarán su vida de trabajo hasta hoy.

Julio de 1911.- Vuelve a París y empieza ordenadamente su trabajo.

1911.-Influencias neoimpresionistas. (Seurat).

1912.-Influencias greco-cezannianas.

1913.-Influencias picassianas; amistad con Pissarro.

1914.-Aparecen dentro de sus cuadros cubistas (discípulo de Pissarro) los indicios de su personalidad de mexicano.

1915.-Sus compañeros cubistas condenan su exotismo.

1916.-Desarrollo de ese exotismo (coeficiente mexicano). París.

1917.-Empieza a anunciarse en su pintura el resultado de su trabajo sobre la estructura de la obra de arte y apártanse sus cuadros del tipo cubista.

1918.-Nuevas influencias de Cezanne y Renoir. Amistad con Elie Faure.

1920-21.- Viaje por Italia. 350 dibujos según los Bizantinos, Primitivos Cristianos, prerrenacentistas y del natural.

Septiembre de 1921.- Vuelve a México. Óleos en Yucatán y Puebla; dibujos al choque con la belleza de México. Aparece al fin la personalidad del pintor.

1922.-Decoración del Anfiteatro¹⁹⁸ de la Escuela Nacional Preparatoria. No logra hacer obra autónoma y las influencias de Italia son extremadamente visibles.

¹⁹⁸ «Anfiteatro Simón Bolívar», decorado por Rivera.

1923-1926.- Murales en la Secretaría de Educación Pública y Escuela Nacional de Chapingo. Esta obra comprende ciento sesenta y ocho frescos en donde, poco a poco, se desprende de las influencias y extiende su personalidad, la que, según su intuición y su juicio, y de algunos críticos, siempre tendió a la pintura mural».

Ahora, por tercera vez, Diego Rivera se encuentra en Europa. Pero esta vez no le preocupan absolutamente ni las escuelas postimpresionistas o neoclásicas ni los frescos ni lienzos del Renacimiento. Es desde hace varios años uno de los más grandes pintores contemporáneos. Es, tal vez, el que con materiales más eternos y con elementos más históricos y tradicionales está creando una gran obra revolucionaria. La Rusia de los Soviets —que con ocasión de su décimo aniversario recibe desde noviembre último innumerables visitas de escritores y artistas— lo ha invitado a asistir a su primer jubileo. En él, la Revolución rusa saluda al espíritu más representativo acaso de la Revolución mexicana.

La obra de Diego Rivera no se dispersa en museos y exposiciones como la de los demás pintores célebres de hoy. Lo mejor de ella —lo que la define y distingue en el arte actual— está en los muros del Ministerio de Educación Pública y en la Escuela Nacional de Agricultura de su país. Diego Rivera no se ha enriquecido ni ha traficado con su pintura. Ha ganado, por sus frescos, un jornal, como un obrero. Pero esto —que era quizá absolutamente indispensable para diferenciar su obra de todas las que se cotizan a alto precio en los mercados europeos o americanos— la dota de su sentido más característico. Sólo así Diego Rivera podía realizar una obra, engendrada por el espíritu y nutrida de la sangre de una gran revolución.

Si como quiere Bernard Shaw, un arte no es verdaderamente grande sino cuando crea la iconografía de una religión, el de Diego Rivera posee el mejor y más alto título de grandeza. En sus frescos Diego Rivera ha expresado, en admirable lenguaje plástico, los mitos y los símbolos de la revolución social, actuada y sentida por una América más agraria que obrera, más rural que urbana, más autóctona que española. Su pintura no es descripción sino creación. Diego Rivera domina con igual maestría el episodio y el conjunto. En la literatura mexicana, nadie ha hecho aún nada tan grande como lo que ha hecho Rivera en la pintura, al dar a la Revolución una grandiosa representación plástica de sus mitos. A la versión realista del hombre y la mujer del pueblo, del peón y del soldado, se asocia la concepción casi metafísica, y totalmente religiosa, de los símbolos que contienen y compendian el sentido de la Revolución. Para expresar la tierra, el trabajo, etc., Diego Rivera construye figuras suprahumanas, como los profetas y las sibilas de Miguel Ángel.

Y he aquí un pintor, tal vez el único de la época, que se puede admirar y apreciar de lejos, desde cualquier rincón de la tierra, sin tomar en

préstamo ningún sentimiento a la crítica. Lo que ha pintado tiene una prodigiosa fuerza de propaganda que estremece a todos los que reconocen su intención y entienden su espíritu. En cualquier fotografía de un cuadro de Rivera, pobre reflejo de [...]»¹⁹⁹ fragmento de su obra, hay bastante vibración para que, al menos, se escuche una nota de gran sinfonía distante.

LA BATALLA ELECTORAL EN LA ARGENTINA*

Dos grandes bloques electorales se disputarán la presidencia de la república en las próximas elecciones argentinas: el radicalismo irigoyenista y el radicalismo antipersonalista. El primero sostendrá la candidatura del expresidente Hipólito Irigoyen que, muy de acuerdo con la estrategia irigoyenista, no ha sido proclamada oficialmente todavía, pero que desde hace mucho tiempo deja sentir su presencia silenciosa y dramática en la escena eleccionaria. El segundo bloque en el cual se coaligan «anti-personalistas» y conservadores, votará por la candidatura Melo-Gallo, acordada en la reciente convención del radicalismo anti-personalista después de una porfiada competencia entre los doctores Melo y Gallo, que se resolvió con la designación del uno para la presidencia y del otro para la vicepresidencia.

Concurrirán además a las elecciones, con candidatura propia, el Partido Socialista y el Partido Comunista. Pero la concurrencia de ambos, sólo tiene, por objeto, afirmar su autonomía ante los dos bloques burgueses. El comunismo, conforme a su práctica mundial, asistirá a las elecciones con meros fines de agitación y propaganda clasistas. El Partido Socialista, debilitado por un cisma, socavado por el irigoyenismo en algunos sectores de Buenos Aires, su plaza fuerte electoral, y afligido por la pérdida de su jefe Juan B. Justo, una de las más altas figuras de la política argentina de los últimos tiempos, se prepara para una movilización, en la cual le costará mucho trabajo mantener las cifras de su electorado. Se trabaja por rehacer su unidad. Es probable que, a pesar de la rivalidad entre los grupos directores en contraste, se arribe a un acuerdo. Pero siempre, soldada o no a antes²⁰⁰, la escisión perjudicará irremparablemente la posición del Partido en el escrutinio.

De los bandos burgueses, el radicalismo irigoyenista es, al menos formalmente, el más homogéneo y compacto. Tiene la fuerza de la unidad de comando y la sugestión de un caudillo, de vigoroso ascendiente personal. Mas, en verdad, la composición social del irigoyenismo es más variada que la del anti-personalismo. El irigoyenismo representa el capital financiero, la

¹⁹⁹ «un», agregado en *El artista y la época*, p. 97.

* En *Varietades* (Lima), núm. 1041, febrero 11, 1928, sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial». Incluido en *Temas de nuestra América* (1959), pp.137-140. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 467-468.

²⁰⁰ «tiempo», en *Temas de nuestra América*, p. 138.

burguesía industrial y urbana y se apoya en la clase media y aun en aquella parte del proletariado, a la cual el socialismo no ha conseguido aún imponer su concepción clasista. Es la izquierda del antiguo radicalismo; propugna una política reformista que hace casi inútil el programa social-democrático, prolonga el viejo equívoco radical que en los países donde el capitalismo se encuentra en crecimiento, conserva sus resortes históricos. Irigoyen, el caudillo taciturno y silencioso, es la figura más conspicua de la burguesía argentina. Pertenece a esa estirpe de políticos de gran autoridad personal que, aun entre los países de más avanzada evolución demo-liberal de Sudamérica se benefician hasta hoy de la tradición caudillista.

La coalición anti-personalista tiene sus bases en la burguesía agropecuaria, y en los elementos conservadores y tradicionalistas; pero emplean aún, en su propaganda, palabras y conceptos del antiguo radicalismo que le consienten captarse a las fracciones de la pequeña burguesía urbana adversas o²⁰¹ reacias al irigoyenismo. Cuenta con el favor del actual presidente de la república²⁰², señor Alvear, a raíz de cuya ascensión al poder se produjo la ruptura entre las dos ramas del radicalismo. Dispone de poderosos órganos de prensa y de numerosas clientelas electorales en provincias.

Se dice que Alvear ha rechazado, recientemente, proposiciones de paz de Irigoyen, quien, según esta noticia, había prometido retirar su candidatura a cambio del desestimiento de Melo y Gallo, candidatos anti-personalistas. Es evidente, en todo caso, que Alvear reconoce a Melo y Gallo como los candidatos de su partido y que pondrá al servicio de ésta fórmula electoral todo su poder.

El régimen demo-liberal se presenta en la República Argentina robusto y sólido aún. La estabilización capitalista de Occidente que, como ya he tenido ocasión de observar, resulta hasta cierto punto —no obstante la parte que en ella tiene el fenómeno fascista— una estabilización democrática, preserva a la democracia argentina de cercanos peligros. Pero se registran, con todo, desde hace algún tiempo, signos precursores de que el descrédito ideológico de la democracia y del liberalismo se propaga también en la república del sur. Las apologías a las dictaduras no escasean, ni Lugones es el único intelectual que ha tomado el partido por la Reacción. También Manuel Gálvez y otros se entretienen en la alabanza y justificación de los gobiernos de fuerza. Un diario de izquierda —aunque sumamente heterodoxo— como *Crítica*, ha iniciado la revisión del juicio nacional sobre Rosas, mediante una encuesta en la cual han sido invitados a opinar intelectuales notoriamente empeñados en reivindicar la fama del famoso déspota. Y, por su parte, los intelectuales izquierdistas de la nueva generación no esconden su absoluto escepticismo respecto al porvenir de la democracia.

²⁰¹ «y», en *Temas de nuestra América*, p. 139.

²⁰² Omitido en *Temas de nuestra América*, p. 139.

De las elecciones próximas probablemente no saldrá comprometido el régimen de sufragio en la República; pero seguramente tampoco saldrá robustecido. Pero la crítica reaccionaria y revolucionaria sacará de estas elecciones una experiencia considerable.

En cuanto, a los posibles resultados del escrutinio, todo pronóstico parece aventurado. El partido anti-personalista cuenta con enormes recursos electorales. Pero, por el ascendente de su figura de caudillo, la victoria de Irigoyen no sería para nadie una sorpresa.

LA AVENTURA DE TRISTÁN MAROF *

Un Don Quijote de la política y la literatura americanas, Tristán Marof, o Gustavo Navarro, como ustedes gusten, después de reposar en Arequipa de su última aventura, ha estado en Lima, algunas horas, de paso para La Habana. ¿Dónde había visto yo antes su perfil semita y su barba bruna? En ninguna parte, porque la barba bruna de Tristán Marof es de improvisación reciente. Tristán Marof no usaba antes barba. Esta barba varonil, que tan antigua parece en su cara mística e irónica, es completamente nueva. Lo ayudó a escapar de su confinamiento y a asilarse en el Perú. Ha formado parte de su disfraz; y, ahora, tiene el aire de pedir que la dejen quedarse donde está. Es una barba espontánea, que no obedece a ninguna razón sentimental ni estética, que tiene su origen en una razón de necesidad y utilidad y que, por esto mismo, ostenta una tremenda voluntad de vivir, y resulta tan arquitectónica y decorativa.

La literatura de Tristán Marof —*El Ingenuo Continente Americano*, *Suetonio Pimenta*, *La Justicia del Inca*²⁰³, etc.— es como su barba. No es una literatura premeditada, del literato que busca fama y dinero con sus libros. Es posible que Tristán Marof ocupe más tarde un sitio eminente en la historia de la literatura de Indo-América. Pero esto ocurrirá sin que él se lo proponga. Hace literatura por los mismos motivos porque hace política; y es lo menos literato posible. Tiene sobrado talento para escribir volúmenes esmerados; pero tiene demasiada ambición para contenerse con gloria tan pequeña y anacrónica. Hombre de una época vitalista, activista, romántica, revolucionaria —con sensibilidad de caudillo y de profeta— Tristán no podía encontrar digna de él sino una literatura histórica. Cada libro suyo es un documento de su vida, de su tiempo. Documento vivo; y, mejor que documento, acto. No es una literatura bonita, ni cuidada, sino vital, económica, pragmática. Como la barba de Tristán Marof, esta literatura se identifica con su vida, con su historia.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm 1044, 3 de marzo de 1928. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 124-126. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 453-454.

²⁰³ Véase: el comentario de la obra por Carlos Manuel Cox en *Amauta*, Libros y Revistas, núm. 8, abril de 1927, pp. 1-2.

Suetonio Pimienta es una sátira contra el tipo de diplomático rastacuero y advenedizo que tan liberalmente produce Sur y Centro América. Diplomático de origen electoral o «revolucionario» en la acepción sudamericana del vocablo. *La Justicia del Inca* es un libro de propaganda socialista para el pueblo boliviano. Tristán Marof ha sentido el drama de su pueblo y lo ha hecho suyo. Podía haberlo ignorado, en la sensual y burocrática comodidad de un puesto diplomático o consular. Pero Tristán Marof es de la estirpe romántica y donquijotesca que, con alegría y pasión, se reconoce predestinada a crear un mundo nuevo.

Como Waldo Frank —como tantos otros americanos entre los cuales me incluyo—, en Europa descubrió a América. Y renunció al sueldo diplomático para venir a trabajar rudamente en la obra iluminada y profética de anunciar y realizar el destino del Continente. La policía de su patria —capitaneada por un intendente escapado prematuramente de una novela posible de Tristán Marof— lo condenó al confinamiento en un rincón perdido de la montaña boliviana. Pero, así como no se confina jamás una idea, no se confina tampoco a un espíritu expansivo e incoercible como Tristán Marof. La policía pacaña podía haber encerrado a Tristán Marof en un baúl con doble llave. Como un *fakir*²⁰⁴, Tristán Marof habría desaparecido del baúl, sin violentarlo ni fracturarlo, para reaparecer en la frontera, con una barba muy negra en la faz pálida. En la fuga, Tristán Marof siempre habría ganado la barba.

A algunos puede interesarles el literato; a mí me interesa más el hombre. Tiene la figura prócer, aquilina, señera, de los hombres que nacen para hacer la historia más bien que para escribirla. Yo no lo había visto nunca; pero lo había encontrado muchas veces. En Milán, en París, en Berlín, en Viena, en Praga, en cualquiera de las ciudades donde, en un café o un mitin, he tropezado con hombres en cuyos ojos leía la más dilatada y ambiciosa esperanza. Lenines, Trotskys, Mussolinis de mañana. Como todos ellos, Marof tiene el aire a la vez jovial y grave. Es un Don Quijote de agudo perfil profético. Es uno de esos hombres frente a los cuales no le cabe a uno duda de que darán que hablar a la posteridad. Mira a la vida, con una alegre confianza, con una robusta seguridad de conquistador. A su lado, marcha su fuerte y bella compañera. Dulcinea, muy humana y muy moderna, con ojos de muñeca inglesa y talla *walkyria*²⁰⁵.

Le falta a este artículo una cita de un libro de Marof. La sacaré de *La Justicia del Inca*. Escogeré estas líneas que hacen justicia sumaria de Alcides Arguedas: «Escritor pesimista, tan huérfano de observación económica como maniático en su acerba crítica al pueblo boliviano. Arguedas tiene todas las enfermedades que cataloga en su libro: hosco, sin emoción exterior, tímido hasta la prudencia, mudo en el parlamento, gran elogiador del general Montes... Sus libros tienen la tristeza del altiplano. Su

²⁰⁴ «faquir», DRAE.

²⁰⁵ «valquiria», DRAE.

manía es la decencia. La sombra que no lo deja dormir, la plebe. Cuando escribe que²⁰⁶ el pueblo boliviano está enfermo, yo no veo la enfermedad. ¿De qué está enfermo? Viril, heroico, de gran pasado, la única enfermedad que lo carcome es la pobreza». Este es Tristán Marof. Y esta es mi bienvenida y mi adiós a este caballero andante de Sudamérica.

LA CONVENCION INTERNACIONAL DE MAESTROS DE BUENOS AIRES^{207*}

Los vigías del confuso y extenso panorama indoamericano registran un hecho de trascendencia para el destino del continente: la Convención Internacional de Maestros de Buenos Aires. Las agencias telegráficas, demasiado ocupadas por los viajes de Lindberg, no han dedicado casi ninguna atención a este suceso. Pero he aquí, precisamente, una razón para destacarlo y enjuiciarlo. Muy raro es encontrar reflejado en la información cablegráfica cotidiana uno de los acontecimientos que están dibujando la nueva fisonomía espiritual de nuestra América.

La convocatoria de este congreso de maestros data de principios del año último. Partió de la Asociación General de Profesores de Chile, una de las corporaciones de maestros de América más señaladas por su ideario y sus campañas renovadoras. El golpe de estado del coronel Ibáñez malogró el propósito de los maestros chilenos de reunir la Convención en Santiago. Algunos de los miembros dirigentes de la Asociación General de Profesores andaban perseguidos. Y, en general, bajo un régimen estrechamente militarista y chauvinista faltaba una atmósfera espiritual adecuada para las labores de un congreso donde se debía discutir sobre la realización de ideales ecuménicos —americanos— de fraternidad y civilidad. Los iniciadores del congreso encargaron entonces su organización a un calificado grupo de profesores argentinos. En la Argentina, alcanzó su más vigorosa afirmación el movimiento de reforma universitaria latinoamericana, nacido en una universidad argentina de Córdoba. La nueva sede de la Convención reunía, por ende, las mejores garantías morales de trabajo fecundo.

Los votos aprobados por el congreso testimonian el espíritu sincera y profundamente renovador que lo ha inspirado. Un aguerrido, dinámico y autorizado grupo de educadores argentinos —en el cual

²⁰⁶ Omitido en *Temas de nuestra América*, p. 126.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1045, 10 de marzo de 1928. Incluido en *Temas de Educación* (1970) pp. 75-79. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 375-377. Véase: relacionado con el tema, en *Amauta Noticias*, núm. 6, febrero de 1927, p. 36; Carta de Gabriela Mistral a Julio Barcos, núm. 10, diciembre de 1927 pp. 4-6; por Miguel Ángel Urquieta, núm. 11, enero de 1928, pp. 3-4; por Julio Barcos, núm. 12, febrero de 1928, p. 8; por Luis Galván, núm. 18, enero de 1928, pp. 59-66.

sobresalen las figuras de Alfredo Palacios, Carlos Sánchez Viamonte, Julio R. Barcos, Juan Mantovani, Gabriel del Mazo y otros— ha orientado y dirigido las labores del congreso, imprimiéndole su concepto moderno y humano de la enseñanza. En estas labores, al lado de representantes del Uruguay, México, Centro América, Chile, Bolivia y demás países latinoamericanos, han tomado parte Manuel A. Seoane y Oscar Herrera, compatriotas nuestros.

El Congreso ha enfocado, con generosa visión, los grandes problemas de la enseñanza, pronunciándose abiertamente por una amplia acción social de los maestros. Una de sus declaraciones al respecto, propugna lo siguiente: «1º- Orientar la enseñanza hacia el principio de la fraternidad humana, basado en una más justa distribución de las riquezas entre los hombres de todas las latitudes de la tierra; 2º.- Propiciar en la enseñanza, la modificación del criterio histórico actual, despojándolo de su carácter guerrero, dando primacía a la historia civil y a la interpretación social de la civilización». Otras declaraciones reivindican para el magisterio el derecho a la dirección técnica de la educación; afirman la alianza de los maestros con los trabajadores manuales que luchan por un programa de justicia social y económica; y reclaman la democratización efectiva de la enseñanza a cuyos grados superiores sólo deben tener acceso los más aptos. Las conclusiones sancionadas²⁰⁸ por la Convención sobre este punto traducen el nuevo ideario educativo. «La educación privada y pública —dice una de estas conclusiones— cuando signifique preparación de elites y creación de futuras situaciones de dominación, atenta contra la vida moral de la humanidad. Las elites no deben hacerse: surgirán solas en el cultivo igual de todos los jóvenes espíritus. Las pseudoelites, formadas por el privilegio educativo, no reposan en condiciones naturales, recurren a la fuerza, a la intriga y a la tiranía para sostenerse minando los verdaderos valores sociales de la persistencia y mejoramiento progresivo de la especie humana». La socialización de la cultura supone: «a) el gobierno democrático de la educación por padres, maestros y profesores elegidos libremente por éstos; b) la autonomía económica, administrativa y técnica de los consejos escolares; c) la escuela unificada, desde el *Kindergarten*²⁰⁹ a la Universidad, fundada en el trabajo espiritual y manual fusionados en la labor educativa y que supone el derecho de todo individuo de ser educado hasta el límite que marquen sus capacidades». La Convención ha hecho justicia a las obras más significativas y considerables de renovación de la enseñanza en América, destacando como tales «la acción innovadora de la revolución mexicana en materia educacional; el moderno código de educación de Costa Rica, inspirado en las ideas más recientes, y el magnífico plan de reconstrucción educacional elaborado por la Asociación General de Profesores de Chile».

²⁰⁸ «sancionada», en *Temas de la educación*.

²⁰⁹ Voz alemana, jardín de la infancia.

En este Congreso de Maestros —que ha recibido la adhesión de pedagogos e instituciones de gran autoridad de Europa—, se ha expuesto y comentado todos los ensayos y movimientos educacionales contemporáneos. El espíritu de la Convención ha sido, en todas sus deliberaciones, se reconoce una concepción más liberal que socialista de la educación. A una reivindicación excesiva de la autonomía de la enseñanza, se junta una insistente aserción del carácter antidogmático de ésta. Dos conceptos que acusan la persistencia de los viejos *mirajes* de la «escuela laica» y la «libertad de enseñanza», como realidades absolutas y superiores a la «escuela religiosa» y a la «enseñanza del Estado». El amigo Barcos —cuyos méritos de educador soy el primero en proclamar—, movido por su liberalismo, considera el nuevo programa de educación de Chile superior al de Rusia, por ser éste dogmático y el primero no. Por mi parte, no creo en una cultura sin dogmas ni en un Estado agnóstico. Y aún me siento tentado de declarar que —partiendo de puntos de vista inconciliablemente opuestos— coincido con Henri Massis en que sólo el dogma es fecundo. Hay dogmas y dogmas, y hasta el de repudiarlos todos es, a la postre, uno más. Pero ya este es un tópico aparte cuyo esclarecimiento no cabe dentro de una sumaria reseña de las labores de la Convención Internacional de Maestros de Buenos Aires, aunque éstas lo pongan en discusión.

LA BATALLA DEL LIBRO *

Organizada por uno de los más inteligentes editores argentinos, Samuel Glusberg, director de *Babel*, se ha realizado recientemente en Mar del Plata la Primera Exposición Nacional del Libro. Este acontecimiento —que ha seguido a poca distancia a la Feria Internacional del Libro— ha sido la manifestación más cuantiosa y valiosa de la cultura argentina. La Argentina ha encontrado de pronto en esta exposición, el vasto panorama de su literatura. El volumen imponente de su producción literaria y científica le ha sido presentado, en los salones de la exposición, junto con la extensión y progreso de su movimiento editorial.

Hasta hoy, no obstante el número de sus editoriales, la Argentina no exporta sus libros sino en muy pequeña escala. Las editoriales y librerías españolas mantienen, a pesar del naciente esfuerzo editorial de algunos países, una hegemonía absoluta en el mercado hispanoamericano. La circulación del libro americano en el continente, es muy limitada e incipiente. Desde un punto de vista de libreros, los escritores de *La Gaceta Literaria* estaban en lo cierto cuando declaraban a Madrid meridiano literario de Hispanoamérica. En lo que concierne a su abastecimiento de libros, los

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 407, 30 de marzo de 1928. En *Temas de Educación* de (1970), pp. 139-143. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 393-394.

países de Sudamérica continúan siendo colonias españolas. La Argentina es, entre todos estos países, el que más ha avanzado hacia su emancipación, no sólo porque es el que más libros recibe de Italia y Francia, sino sobre todo porque es el que ha adelantado más en materia editorial. Pero no se ha creado todavía en la Argentina empresas o asociaciones capaces de difundir las ediciones argentinas por América, en competencia con las librerías españolas. La competencia no es fácil. El libro español es, generalmente, más barato que el libro argentino. Casi siempre, está además mejor presentado. Técnicamente, la organización editorial y librera de España se encuentra en condiciones superiores y ventajosas. El hábito favorece al libro español en Hispanoamérica. Su circulación está asegurada por un comercio mecanizado, antiquísimo. El desarrollo de una nueva sede editorial requiere grandes bases financieras y comerciales.

Pero esta sede tiene que surgir, a plazo más o menos corto, en Buenos Aires. Las editoriales argentinas operan sobre la base de un mercado como el de Buenos Aires, el mayor de Hispanoamérica. El éxito de *Don Segundo Sombra* y otras ediciones, indica que Buenos Aires puede absorber en breve tiempo, la tirada de una obra de fina calidad artística. (No hablemos ya de las obras del señor Hugo Wast). La expansión de las ediciones argentinas, por otra parte, se inicia espontáneamente. Las traducciones publicadas por Gleizer, *Claridad*, etc., han encontrado una excelente acogida en los países vecinos. Los libros argentinos son, igualmente, muy solicitados. Glusberg, Samet y algún otro editor de Buenos Aires ensanchan cada vez más su vinculación continental. La expansión de las revistas y periódicos bonaerenses señala las rutas de la expansión de los libros salidos de las editoriales argentinas.

La Exposición del Libro Nacional, plausiblemente provocada por Glusberg, con agudo sentido de oportunidad, es probablemente el acto en que la Argentina revisa y constata sus resultados y experiencias editoriales, en el plano nacional, para pasar a su aplicación a un plano continental. Arturo Cancela, en el discurso inaugural de la exposición, ha tenido palabras significativas. «Poco a poco —ha dicho— se va diseñando en América el radio de nuestra zona de influencia intelectual y no está lejano el día en que, realizando el ideal romántico de nuestros abuelos, Buenos Aires llegue a ser, efectivamente, la Atenas del Plata». «Este acto de hoy es apenas un bosquejo de esa apoteosis, pero puede ser el prólogo de un acto más trascendental. El libro argentino está ya en condiciones de merecer atención del público en las grandes ciudades de trabajo». «Por su pasado, por su presente y por su futuro, el libro argentino merece una escena más amplia y una consagración más alta».

De este desarrollo editorial de la Argentina —que es consecuencia no solo de su riqueza económica sino también de su madurez cultural— tenemos que complacernos como buenos americanos. Pero de sus experiencias podemos y debemos sacar, además, algún provecho en nuestro trabajo nacional. El índice libro, como he tenido ya ocasión de observarlo

más de una vez, no nos permite ser excesivamente optimistas sobre el progreso peruano, tenemos que resolver nuestros más elementales problemas de librería y bibliografía. El hombre de estudio carece en este país de elementos de información. No hay en el Perú una sola biblioteca bien abastecida. Para cualquier investigación, el estudioso carece de la más elemental bibliografía. Las librerías no tienen todavía una organización técnica. Se rigen de un lado por la demanda, que corresponde a los gustos rudimentarios del público, y de otro lado por las pautas de sus proveedores de España. El estudioso, necesitaría disponer de enormes recursos para ocuparse por sí mismo de su bibliografía. Invertiría, además, en este trabajo un tiempo y una energía, robados a su especulación intelectual.

Poco se considera y se debate, entre nosotros, estas cuestiones. Los intelectuales parecen más preocupados por el problema de imprimir sus no muy nutridas ni numerosas obras, que por el problema de documentarse. Los libreros trabajan desorientados, absorbidos por la fatiga diaria de defender el negocio. Tenemos ya una fiesta o día del libro, en la cual se colecta para las bibliotecas escolares fondos que son aplicados sin ningún criterio por una de las secciones más rutinarias del Ministerio de Instrucción; pero más falta nos haría, tal vez, establecer una feria del libro, que estimulara la actividad de editores, autores y libreros y que atrajera sería y disciplinadamente la atención del público y del Estado sobre el más importante índice de cultura de un pueblo.

EL NUEVO DERECHO DE ALFREDO PALACIOS *

El Dr. Alfredo Palacios, a quien la juventud hispano-americana aprecia como a uno de sus más eminentes maestros, ha publicado este año una segunda edición de *El Nuevo Derecho*. Aunque las nuevas notas del autor enfocan algunos aspectos recientes de esa materia, se reconoce siempre en la obra de Palacios un libro escrito en los primeros años de la paz, cuando el mundo, arrullado todavía por los ecos del mensaje wilsoniano, se mecía en una exaltada esperanza democrática. Palacios ha sido siempre, más que un socialista, un demócrata, y no hay de qué sorprenderse si en 1920 compartía la confianza entonces muy extendida, de que la democracia conducía espontáneamente al socialismo. La democracia burguesa, amenazada por la revolución en varios frentes, gustaba entonces de decirse y creerse democracia social, a pesar de que una parte de la burguesía prefería ya el lenguaje y la práctica de la violencia. Se explica, por esto, que Palacios conceda a la Conferencia del Trabajo de Washington y a los principios de legislación internacional del trabajo incorporados en el tratado de Paz, una atención mucho mayor que a la Revolución Rusa y a sus instituciones. Palacios se comportaba en 1920, frente a la Revolución, con mucha más

* En *Varietades* (Lima) 30 de junio de 1928. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) 99-103. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 454-456.

sagacidad que la generalidad de los social-demócratas. Pero veía en las conferencias del trabajo, más que en la Revolución Soviética, el advenimiento del derecho socialista. Es difícil que mantenga esta actitud hoy que Mr. Albert Thomas, Jefe de la Oficina Internacional del Trabajo — esto es, del órgano de las conferencias de Washington, Ginebra, etc.— acuerda sus alabanzas a la política obrera del Estado fascista, tan enérgicamente acusado de mistificación²¹⁰ y fraude reaccionario por el Dr. Palacios, en una de las notas que ha añadido al texto de *El Nuevo Derecho*.

Este libro, sin embargo, conserva un notable valor, como historia de la formación del derecho obrero hasta la paz wilsoniana. Tiene el mérito de no ser una teoría ni una filosofía del «nuevo derecho», sino principalmente un sumario de su historia. El Dr. Sánchez Viamonte, que prologa la segunda edición²¹¹, observa con acierto: «No obstante su estructura y contenido de tratado, el libro del doctor Palacios es más bien un sesudo y formidable alegato en defensa del obrero, explicando el proceso histórico de su avance progresivo, logrado objetivamente en la legislación por el esfuerzo de las organizaciones proletarias y a través de la lucha social en el campo económico. No falta a este libro el tono sentimental un tanto dramático y a veces épico, desde que, en cierto modo, es una epopeya; la más grande y trascendental en todas, la más humana, en suma: la epopeya del trabajo. Por eso, supera el tratado puramente técnico del especialista, frío industrial de la ciencia, que aspira a resolver matemáticamente el problema de la vida».

Palacios estudia los orígenes del «nuevo derecho» en capítulos a los que el sentimiento apologetico, el tono épico como dice Sánchez Viamonte, no resta objetividad ni exactitud magistrales. El sindicato, como órgano de la conciencia y la solidaridad obreras, es enjuiciado por Palacios con un claro sentido de su valor histórico. Palacios se da cuenta perfecta de que el proletariado ensancha y educa su conciencia de clase en el sindicato mejor que en el partido. Y, por consiguiente, busca en la acción sindical, antes que en la acción parlamentaria de los partidos socialistas, la mecánica de las conquistas de la clase obrera.

Habría, empero, que reprocharle, a propósito del sindicalismo, su injustificable prescindencia del pensamiento de Georges Sorel en la investigación de los elementos doctrinales y críticos del derecho proletario. El olvido de la obra de Sorel —a la cual está vinculado el más activo y fecundo movimiento de continuación teórica y práctica de la idea marxista— me parece particularmente remarcable por la mención desproporcionada que, en cambio, concede Palacios a los conceptos jurídicos de Jaurès. Jaurès —a cuya gran figura no regateo ninguno de los méritos que en justicia le pertenecen— era esencialmente un político y un

²¹⁰ «mixtificación», en *Temas de nuestra América*, p. 99.

²¹¹ Véase: el prólogo de la segunda edición en *Amauta*, núm. 13, marzo de 1928, pp. 22-23.

intelectual que se movía, ante todo, en el ámbito del partido y que, [por ende]²¹², no podía evitar en su propaganda socialista, atento a la clientela pequeñoburguesa de su agrupación, los hábitos mentales del oportunismo parlamentario. No es prudente, pues, seguirlo en su empeño de descubrir en el código burgués principios y nociones cuyo desarrollo baste para establecer el socialismo. Sorel, en tanto, extraño a toda preocupación parlamentaria y partidista, apoya directamente sus concepciones en la experiencia de la lucha de clases. Y una de las características de su obra — que por este solo hecho no puede dejar de tomar en cuenta ningún historiógrafo del «nuevo derecho» — es precisamente su esfuerzo por entender y definir las creaciones jurídicas del movimiento proletario.

El genial autor de las *Reflexiones sobre la violencia* advertía —con la autoridad que a su juicio confiere su penetrante interpretación de la idea marxista— la «insuficiencia de la filosofía jurídica de Marx», aunque acompañase esta observación de la hipótesis de que «por la expresión enigmática de “dictadura del proletariado”, él entendía una manifestación nueva de ese *Volksgeist*²¹³ al cual los filósofos del derecho histórico reportaban la formación de los principios jurídicos». En su libro *Materiales de una teoría del proletariado*, Sorel expone una idea —la de que el derecho al trabajo equivaldrá en la conciencia proletaria a la que es derecho de propiedad en la conciencia burguesa— mucho más importantes y sustancial que todas las eruditas especulaciones del profesor Antonio Menger. Pocos aspectos, en fin, de la obra de Proudhon —más significativa también en la historia del proletariado que los discursos y ensayos de Jaurès— son tan apreciados por Sorel como su agudo sentido del rol del sentimiento jurídico popular en un cambio social.

La presencia en la legislación demo-burguesa de principios, como el de «utilidad pública», cuya aplicación sea en teoría suficiente para instaurar, sin violencia, el socialismo, tiene realmente una importancia mucho menor de la que se imaginaba optimistamente la elocuencia de Jaurès. En el seno del orden medioeval y aristocrático, estaban asimismo muchos de los elementos que, más tarde, debían producir, no sin una violenta ruptura de ese marco histórico, el orden capitalista. En sus luchas contra la feudalidad, los reyes se apoyaban frecuentemente en la burguesía, reforzando su creciente poder y estimulando su desenvolvimiento. El derecho romano, fundamento del código capitalista, renació igualmente bajo el régimen medioeval, en contraste con el propio derecho canónico, como lo constata Antonio Labriola. Y el municipio, célula de la democracia liberal, surgía también dentro de la misma organización social. Pero nada de esto significó una efectiva transformación del orden histórico, sino a partir del momento en que la clase burguesa tomó revolucionariamente en sus

²¹² Omitido en *Temas de nuestra América*, p. 101.

²¹³ Voz alemana, espíritu nacional o popular.

manos el poder. El código burgués requirió la victoria política de la clase en cuyos intereses se inspiraba.

Muy extenso comentario sugiere el nutrido volumen del Dr. Palacios. Pero este comentario me llevaría fácilmente al examen de toda la concepción reformista y demócrata del progreso social. Y esta sería materia excesiva para un artículo. Prefiero abordarla, sucesivamente, en algunos artículos sobre debates y tópicos actuales de revisionismo socialista.

Pero no concluiré sin dejar constancia de que Palacios se distingue de la mayoría de los reformistas por la sagacidad de su espíritu crítico y el equilibrio de su juicio sobre el fenómeno revolucionario. Su reformismo no le impide explicarse la revolución. La Rusia de los Soviets —a pesar de su dificultad para apreciar integralmente la obra de Lenin— tiene en el pensamiento de Palacios la magnitud que le niegan generalmente regañones teóricos y solemnes profesores de la social-democracia. Y en su libro, se revela honradamente contra la mentira que el derecho «nazca con tanta sencillez como una regla gramatical».

OBREGÓN Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA *

El general Obregón, asesinado diecisiete días después de su elección como Presidente de México, condujo a la Revolución Mexicana en uno de sus periodos de más definida y ordenada actividad realizadora. Tenía porte, temple y dones de jefe. Estas condiciones le consintieron presidir un gobierno que, con un amplio consenso de la opinión, liquidó la etapa de turbulencias y contradicciones a través de las cuales el proceso revolucionario mexicano concretó su sentido y coordinó sus energías. El gobierno de Obregón representó un movimiento de concentración de las mejores fuerzas revolucionarias de México. Obregón inició un periodo de realización firme y sagaz de los principios revolucionarios, apoyado en el partido agrarista, en los sindicatos obreros y en los intelectuales renovadores. Bajo su gobierno, entraron en vigor las nuevas normas constitucionales contenidas en la Carta de 1917. La reforma agraria —en la cual reconoció avisadamente Obregón el objetivo capital del movimiento popular— empezó a traducirse en actos. La clase trabajadora consolidó sus posiciones y acrecentó su poder social y político. La acción educacional, dirigida y animada por uno de los más eminentes hombres de América, José Vasconcelos, dio al esfuerzo de los intelectuales y artistas una aplicación fecunda y creadora.

La política gubernamental de Obregón logró estos resultados, por el acierto con que se asoció a sus fines la mayor suma de elementos de reconstrucción. Su éxito no se debió, sin duda, a la virtud taumatúrgica del caudillo. Obregón robusteció el Estado surgido de la Revolución,

* En *Variedades* (Lima) 21 de julio de 1928, núm. 1064. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 49-52. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 428-430.

precisando y asegurando su solidaridad con las más extensas y activas capas sociales. El Estado, con su gobierno, se proclamó y sintió órgano del pueblo, de modo que su suerte y su gestión dejaban de depender del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses y sentimientos de las masas. La estabilidad de su gobierno descansó en una amplia base popular. Obregón no gobernaba a nombre de un partido, sino de una concentración revolucionaria, cuyas diversas reivindicaciones constituían un programa. Pero esta aptitud para unificar y disciplinar las fuerzas revolucionarias, acusaba precisamente sus cualidades de líder, de conductor.

La fuerza personal de Obregón procedía de su historia de general de la Revolución. Esta fuerza era debida, en gran parte, a su actuación militar. Pero el mérito de esta actuación, se apreciaba por el aporte que había significado a la causa del pueblo. La foja de servicios del general Obregón tenía valor para el pueblo por ser la de un general de la Revolución que, al enorgullecerse de sus 800 kilómetros de campaña, evocaba el penoso proceso de una epopeya multitudinaria.

Obregón era hasta hoy el hombre que merecía más confianza a las masas. En pueblos como los de América, que no han progresado políticamente lo bastante para que sus intereses se traduzcan netamente en partidos y programas, este factor personal juega todavía un rol decisivo. La revolución mexicana, además, atacada de fuera por sus enemigos históricos, insidiada de dentro por sus propias excrecencias, cree necesitar aún a su cabeza a un jefe militar, con autoridad bastante para mantener a raya a los reaccionarios, en sus tentativas armadas. Tiene la experiencia de muchas desertiones, detrás de las cuales ha jugado la intriga de los reaccionarios, astutamente infiltrada en los móviles personales y egoístas de hombres poco seguros, situados accidentalmente en el campo revolucionario por el oleaje del azar. El caso de Adolfo de la Huerta, dando la mano a los reaccionarios, después de haber participado en el movimiento contra Carranza y haber ocupado provisoriamente el poder, ha sido seguido a poca distancia por el [del general Serrano y el del general Gómez]²¹⁴.

Por esto, al aproximarse el término del mandato de Calles, la mayoría de los elementos revolucionarios designó al general Obregón para su sucesión en la presidencia. Esto podía dar a muchos la impresión de que se establecía un turno antipático en el poder. De la resistencia a esta posibilidad, se aprovecharon las candidaturas Serrano y Gómez, trágicamente liquidadas hace algunos meses. Pero la fórmula Obregón, para quien examinase objetivamente los factores actuales de la política mexicana, aparecía dictada por razones concretas, en defensa de la Revolución.

Obregón no era, ciertamente, un ideólogo, pero en su fuerte brazo de soldado de la Revolución podía apoyarse aún el trabajo de definición y experimentación de una ideología. La reacción lo temía y lo odiaba, no sin

²¹⁴ «de los generales Serrano y Gómez», en *Temas de nuestra América*, p. 51.

intentar halagarlo a veces con la interesada insinuación de suponerlo más moderado que Calles. Moderado y prudente era sin duda Obregón, mas no precisamente en el sentido que la reacción sospechaba. Su moderación y su prudencia, hasta el punto en que fueron usadas, habían servido a la afirmación de las reivindicaciones revolucionarias, a la estabilización del poder popular.

Su muerte agranda su figura en la historia de la Revolución Mexicana. Quizá su segundo gobierno no habría podido ser tan feliz como el primero. El poder engríe a veces a los hombres y embota su instinto y su sensibilidad políticas.

En los hombres de una revolución, que carecen de una fuerte disciplina ideológica, es frecuente este efecto. La figura de Obregón se ha salvado de este peligro. Asesinado por un fanático, en cuyas cinco balas se ha descargado el odio de todos los reaccionarios de México, Obregón concluye su vida, heroica y revolucionariamente. Obregón queda definitivamente incorporado en la epopeya de su pueblo, con los mismos timbres que Madero, Zapata y Carrillo. Su acción y su vida pertenecieron a una época de violencia. No le ha sido dado, por eso, terminar sus días serenamente. Ha muerto como murieron muchos de sus tenientes, casi todos sus soldados. Pertenecía a la vieja guardia de una generación educada en el rigor de la guerra civil, que había aprendido a morir, más bien que a vivir, y que había hecho instintivamente suya sin saberlo una idea que se adueña, con facilidad, de los espíritus en esta edad revolucionaria: «vive peligrosamente».

LA INFLUENCIA DE ITALIA EN LA CULTURA HISPANO-AMERICANA*

La resonancia del pleito del meridiano intelectual, no ha estado exenta de útiles indagaciones sobre las influencias que prevalecen en las letras de Hispanoamérica. Lambertino Sorrenti ha efectuado una encuesta entre los escritores argentinos, sobre la extensión y eficacia de la influencia italiana en la literatura de su país, y algunas de las respuestas cosechadas, para su exhibición en la revista argentina *Nosotros* y la italiana *La Fiera Letteraria*, aportan sagaces inquisiciones al esclarecimiento del ascendiente italiano en la cultura de nuestra América. Porque, según resulta de²¹⁵ la mayoría de dichas respuestas, no obstante el porcentaje de sangre italiana que la Argentina debe a la inmigración, los elementos de imitación o inspiración italiana que se encuentran en la literatura de ese país, no son casi diversos ni mayores de los que se constatan en otras literaturas hispanoamericanas, sin exceptuar la nuestra.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1069, 25 de agosto de 1928. Incluido en *El Alma Matinal* (1950) pp. 152-156; y edición 1959, pp. 126-130. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 547-549.

²¹⁵ Suprimido en *El Alma Matinal*.

Las primeras asimilaciones de la cultura de Italia, en todas estas literaturas, se operan por intermedio de España, cuyos literatos y pensadores bebieron abundantemente en la fuente latina e itálica, en todos los tiempos, lo que Benedetto Croce advierte en el propio empeño de Menéndez Pelayo y sus secuaces de reivindicar el españolismo del pensamiento y la literatura castellanas, el influjo «[del nacionalizamiento]²¹⁶ que se había actuado en el siglo decimonono²¹⁷ en Italia por obra de Gallupi, de Rosmini, de Gioberti, al acoger el pensamiento extranjero y moderno, sobre todo alemán, pero dándole colorido nacional, de modo que aquellos escritores se presentaban como intérpretes y vivificadores de la antigua sabiduría de su patria». Desde los clásicos hasta los ultraístas, España no ha cesado de servir de mediadora entre Italia y sus excolonias, y la misma Argentina, malgrado un mayor intercambio directo, no ha podido hasta ahora emanciparse totalmente de esta mediación. Los cuadernos y *affiches*²¹⁸ ultraístas y creacionistas españoles han sido las primeras versiones del movimiento futurista italiano aprovechados por el vanguardismo de Hispanoamérica, aunque algunos confusos ecos del furioso *jazz band* marinettiano hubiesen llegado antes, a fuerza de su singular estridencia. Y ahora mismo debemos a la España del Directorio y Primo de Rivera la mayoría de los plagios fascistas en nuestra América de que se nutren algunos incipientes reaccionarios que sin el «cultivo» hispano se habrían librado acaso del contagio del musolinismo²¹⁹. He observado, por mi parte, [...] ²²⁰ las citas directas de Rocco, Corradini, Suckert, Settimelli, etc., que abundan más en mis escritos de crítica socialista que en las fulastres rapsodias de estos filofascistas terciarios.

Lugones, que declara haber «buscado y sufrido la influencia de la cultura italiana con el mayor provecho para su vida intelectual», se considera a este respecto una excepción. Esa influencia en la Argentina no le parece proporcionada al caudal de la sangre italiana que su país ha absorbido. Ricardo Rojas niega importancia racial específica a esta gran contribución de sangre italiana en la formación argentina. Consecuente con [sus tesis nacionalistas]²²¹, piensa que «la argentinidad es más un *ethos* que un *ethnos*». Alfredo A. Bianchi encuentra exigua la influencia intelectual de Italia, al lado de la de Francia. A su juicio, «el único meridiano intelectual de América es París». Alberto Gerchunoff, no acepta ninguna influencia dominante, en estos pueblos, cuyo espíritu «se forma bajo la sugestión atractiva de los

²¹⁶ «de la nacionalización», en *El Alma Matinal*, sin comillas de apertura y cierre, p. 127.

²¹⁷ «décimo nono», en *Varietades*, y «decimonono», en *El Alma Matinal*. DRAE: decimonono

²¹⁸ «afiches», DRAE.

²¹⁹ «mussolinismo», en *El Alma Matinal*.

²²⁰ «que», en *El Alma Matinal*, p. 127.

²²¹ «su tesis nacionalista», en *El Alma Matinal*, p. 128.

diversos aspectos que ofrece la cultura europea, sin preferencias acentuadas». Enrique Méndez Calzada, siente incompatible la cuestión con el cosmopolitismo de la época y halla en materias de influencias «una constante interferencia y superposición que se hace inextricable la maraña». Eva Méndez, recuerda el esfuerzo de *Martín Fierro* por divulgar obras e ideas estéticas de la nueva Italia con la colaboración de Volta, Piantanida, Sorrentino, Marinetti y otros, considerando por lo demás insignificante o nula la influencia procesada. Homero Guglielmini, reconoce a Italia un ascendiente considerable, indicando a D'Annunzio como el escritor que ha ejercido en la pasada generación argentina un influjo comparable al de Anatole France, y a Pirandello como el escritor italiano más leído y estudiado presentemente. Agrega que «Croce es uno de los pensadores europeos que ha provisto de mayor contenido teórico a la nueva sensibilidad argentina».

Los estragos de la lectura y renombre de Anatole France y Gabriel D'Annunzio han sido proporcionalmente parejos en todo²²² Hispanoamérica, lo que se explica con facilidad por el parentesco espiritual de ambos grandes literatos como representativos del decadentismo y por la propensión espontánea del alma criolla a toda suerte de bizantinismos y delicuescencias crepusculares. El d'anunnzianismo, sobre todo, fue un fenómeno de irresistible seducción para el estado de ánimo rubendariano. En el Perú, padecemos algunas de sus más empalagosas y ramplonas caricaturas, aunque, como compensación, la influencia d'anunnziana dejara su huella en temperamento tan sensible y afinado como el de Valdelomar, d'anunnziano de primera mano, bien distinto de cuantos se iniciaron en los misterios del «divino Gabriel» en las ediciones baratas de Manuel o en sus no menos infieles biblias parisienses.

Pero es un tanto arbitrario reducir casi a D'Annunzio la importación cultural italiana de toda una época. En el orden científico y universitario, la importación italiana ha sido considerable. Los tratadistas italianos se han contado entre los más favorecidos en diversas materias: Derecho, Filosofía, etc., si bien no siempre se ha acertado en estas preferencias, que a veces nos han impuesto autoridades equívocas, a expensas del conocimiento de autoridades auténticas. Una buena parte de los falaces y simplistas conceptos, en circulación todavía en Latinoamérica, sobre el materialismo histórico, se debe, verbi gratia, a las obras del señor Aquiles Loria, tenidas por muchos como una versión fidedigna de la escuela marxista, no obstante la descalificación inmediata que encontró en Alemania y la condena inapelable que, con muy fundadas razones, mereciera de Croce, quien en cambio comentó siempre con el más justo aprecio los trabajos de Antonio Labriola, menos divulgado entre nuestros estudiosos de sociología y economía.

²²² «toda», *El Alma Matinal*, p. 128.

En la literatura peruana, las influencias de Italia no son muy extensas, pero son siempre distinguidas. El caso de Valdelomar, que he citado a propósito de d'annunzianismo, no es una excepción. La filiación de algunos elementos técnicos de la obra de González Prada es netamente italiana. González Prada conocía bien a Leopardi, a Carducci y a otros grandes italianos del 800. José M. Eguren, nuestro gran poeta, debe mucho a sus lecturas italianas, gusto que heredó de un hermano cultísimo que residió largos años en Italia y conoció mucho su idioma y sus letras. Eguren es un enamorado de la lengua italiana, en la cual le encantaría escribir, según repite a sus amigos. Lee con deleite particular a los contemporáneos italianos, de Pirandello a Bontempelli, estimando mucho por su modernidad y talento al bizarro director de *900*, aunque sin simpatizar con su reivindicación de Dumas y el folletín que no le parece sincera. Enrique Bustamante y Ballivián —que, siguiendo una inclinación evidente en él desde sus primeras jornadas literarias y favorecida por sus estancias en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, se ha formado una cultura literaria muy amplia y cosmopolita— incluye a no pocos italianos entre sus autores favoritos. Riva Agüero, me manifestó en Roma su interés por el grupo de «L'Idée Nationale» —ya absorbido por el fascismo— y otros intelectuales de derecha. César Falcón ha pasado en Italia dos temporadas muy bien aprovechadas por su magnífico talento. Juntos visitamos a Papini en Florencia, asistimos al congreso socialista de Livorno y a otras jornadas de la lucha política anterior a la marcha a Roma, presenciando la conferencia europea de Génova y recorrimos los paisajes, ideas, ciudades, museos y sucesos de Italia en un viaje en cuyo itinerario se confunden Montecitorio, Nitti, el Vaticano, Venecia, Fiesole, Milán, la Scala, Frascati, el Renacimiento, Botticelli, Croce, *L'Ordine Nuovo*²²³, Terracini, Gramsci, Bordiga, el café Aragno, el Marinense, Pisa, el Augusteo, etc., etc. Los García Calderón, sobre todo Francisco, no se sustraen a la atracción de los grandes movimientos espirituales de Italia. Clodo Aldo, entre los más jóvenes, ha aprendido bastante en Italia. Y yo —aunque en mis escritos se suponga arbitrariamente más galicismo que italianismo— he contribuido no poco al conocimiento entre nosotros de la Italia contemporánea, con todo el amor que siento por la cultura y la historia de ese gran pueblo.

CAMINO DE SANTIDAD POR JULIO NAVARRO MONZÓ *

Navarro Monzó es, en la América Latina, un elocuente y erudito predicador de religiosidad. Su empeño de suscitar inquietudes espirituales y religiosas en esta América de catolicismo jesuítico y burocrático, significa

²²³ *El nuevo orden*, revista fundada por Gramsci, Togliatti y otros, en 1921.

* En *Varietades* (Lima), núm. 1071, 8 de septiembre de 1928. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 109-114. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 456-457.

una reacción contra el positivismo mediocre, el escolasticismo rudimentario y el culto mecánico que impera en nuestros pueblos.

El catolicismo culminó en la España de los misticismo²²⁴ y de Loyola. La fe que conquistó a esta América fue la más combativa, ardorosa, encendida. Pero, superpuesta a los mitos indígenas, acomodada a una sociedad sensual y mestiza, no conservó en las colonias hispanas, como no conservó en las misma España, su impulso místico. La Contrarreforma condenaba a los países que la adoptaban a renunciar al secreto íntimo de la nueva economía y de la nueva política de Occidente. España aceptó, reclamó, con vehemente y apasionada fidelidad al Medioevo, este destino. Sus colonias lo heredaban pasivamente, sin *pathos*, sin heroísmo, sin tragedia. Y así, mientras el catolicismo español puede producir todavía un espíritu y un pensamiento religiosos, tan acendrados y patéticos, como los de Unamuno, el catolicismo latinoamericano alcanza su grado más alto en la ortodoxia relativa, en el pragmatismo sagaz de Gabriela Mistral, si no en el tolstoyanismo orientalista de Vasconcelos. La alta especulación religiosa — aun filosófica— no entra casi en el trabajo intelectual de los latinoamericanos; y, en todo caso, constituyen un ejercicio laico más bien que religioso, como lo indican los nombres citados. El latinoamericano no siente, sino en una medida muy ínfima, el problema religioso y moral de la cultura. O se contenta gregaria y formalmente con las soluciones simples y rígidas del catecismo elemental. O se adapta a un escepticismo frívolo, vacuo, estéril, extraño a toda meditación filosófica, proclive a toda abdicación moral.

En esta atmósfera trivial y sórdida²²⁵, la propaganda de Navarro Monzó tiene el mérito y la utilidad de todo excitante espiritual. A gentes que se mueven según la mecánica de la civilización occidental, pero ajenas a sus «cómo» y a sus «por qué», ausentes de su sentido y de su drama, Navarro Monzó trata de interesarlas en la búsqueda y el entendimiento de los valores espirituales. La evolución religiosa de la humanidad, es el tema constante de sus libros, conferencias y artículos. La primacía de lo espiritual, es la conclusión de la enseñanza.

Camino de Santidad, contiene los elementos esenciales del pensamiento de Navarro Monzó, estrechamente emparentado con diversas notorias posiciones de la filosofía contemporánea en la explicación del fenómeno místico. El racionalismo ochocentista resolvía la religión en la filosofía. El pragmatismo y el vitalismo del novecientos, prefieren reconocer la autonomía de la religión. «Como Samuel Butler fue el primero en insinuar —escribe Navarro Monzó en *Camino de Santidad*— lo divino en la naturaleza no es sino un esfuerzo de superación que parece tratar de realizar sus pensamientos, modelos eternos, en el devenir de las cosas; un torrente ascendente que, tanteando, ensayando, equivocándose y volviendo a

²²⁴ «místicos», en *Temas de nuestra América*, p. 109.

²²⁵ «sorda», en *Temas de nuestra América*, 110.

empezar, se abre paso lentamente, creando formas cada vez más bellas, más perfectas, seres cada vez más inteligentes; una voluntad que hace irrupción en los cataclismos primeros hasta hallar en el hombre un instrumento bastante imperfecto aún pero cada vez más consciente y, por ende, más dócil a sus constantes designios de bien». El fenómeno místico, la experiencia religiosa, son estudiados por Navarro Monzó lejos de cualquier dogmatismo confesional. Toda fe religiosa marca una etapa de ascensión humana. El concepto de Dios no ha permanecido estático. El Dios de la cristiandad no es el de la Biblia. «Dios no es ya una entidad terrible, el Señor del Sinaí, Yahveh de los Ejércitos, que fulmina a los hombres con sus rayos y tiñe sus vestidos en sangre humana pisoteando a los pueblos en las batallas, como un viñatero estruja bajo sus pies las uvas en el lagar. El profeta lo compara a una madre y, no satisfecho aún, en nombre de Él, dice al pueblo judío: “tú me has ‘esclavizado’ con tus pecados y me has cansado con tus iniquidades”. No es el Dios trascendente que escribe su ley sobre tablas de piedra. Es algo inmanente, solidario con la humanidad, que busca grabar sus mandatos en los corazones en tablas de carne, como querían Jeremías y Ezequiel. Es una fuerza que busca realizar sus designios en el curso de la historia pero que nada puede sin la cooperación del hombre, que se siente coartado por la obstinación humana». Y más adelante, reitera Navarro Monzó esta definición de la divinidad, apoyándose en los escritos joaninos. «Su autor —dice— como todos los demás autores del Nuevo Testamento, vieron en Jesús una revelación positiva de lo Divino, y el Dios que se revela en el Cristo no es, naturalmente, la Divinidad desnuda de todo atributo, trascendente e inefable de la cual nos habla Lao Tse, Plotino y Eckhart. No es el supremo misterio descubierto por la metafísica, sino la Inteligencia que se manifiesta ordenando todas las cosas, la Bondad que las rige: El Padre, en una palabra, del cual habla tanto y tan insuperablemente el Sermón de la Montaña».

Filosóficamente, el pensamiento de Navarro Monzó no avanza un paso más allá de la filosofía racionalista, y antes bien se detiene con sagaz reserva ante sus últimas conclusiones, acaso porque una categórica y explícita negación de toda trascendencia, rompería la cuerda tesa²²⁶ que enlaza su propaganda con el protestantismo. No llega tampoco al individualismo absoluto de Unamuno en *La Agonía del Cristianismo*²²⁷, que tan exaltadamente se revela contra el pretendido cristianismo social, cuando afirma que «la cristiandad exige una soledad perfecta» y que «El ideal de la cristiandad es una cartuja que abandona padre y madre y hermanos por el Cristo y renuncia a fundar una familia, a ser marido y padre». Y, práctica e históricamente, Navarro Monzó, aunque proclama que la Nueva Reforma

²²⁶ «tensa», en *Temas de nuestra América*, p. 112.

²²⁷ Véase: Miguel de Unamuno «L'agonie du Christianisme por José Carlos Mariátegui» en *Amauta*, Libros y revistas, núm. 1, septiembre de 1926, p. 33; *Varietades*, 2 de enero de 1926; Incluido en *Signos y obras* (1959), pp. 116-120.

es un hecho, no se evade del ámbito ideológico del protestantismo. De su obra, puede decirse que es una preparación para la herejía, pero que no es aún la herejía; que es el anuncio de un evangelio, pero no es el evangelio todavía. *Camino de Santidad* es una invitación al misticismo; pero no como lo han sido todos los movimientos religiosos, a un tipo determinado de misticismo. «Hay un poco de misticismo —escribe Navarro Monzó— en el amor de la familia, en el sacrificio diario que un hombre hace por los suyos. Hay más misticismo todavía en el interés que se toma por los intereses generales: en la solidaridad de clase, en el desarrollo de la cultura, en la dignidad de su gremio, en el buen nombre de su profesión. Mayor es todavía el Misticismo que implica el patriotismo cuando éste no es apenas huera y retórica patriotería, cuando lleva a los supremos sacrificios de todas aquellas cosas que, en la rutina de la vida diaria, el hombre considera inestimables. Pero si palabras tales como Justicia, Verdad, Bien, llegan a ser consideradas como valores absolutos frente a los cuales palidecen todos los demás valores; si un hombre se halla dispuesto a sacrificar su posición y la de su familia, a colocarse frente a los prejuicios de su clase, a enfrentarse aún con su misma Patria para defender uno de aquellos valores en contra de un pueblo entero apasionado y enloquecido, es indudable que se halla en las cumbres mismas del Misticismo».

Pero en la prédica de Navarro Monzó hay demasiada diplomacia para que sea verdaderamente mística. Es una propaganda entonada a la tendencia «modernista» —empleando el término con que se le bautiza en el campo católico— de conciliar la religión con la ciencia, la tradición con la modernidad. Es el Libre Cristianismo, tan acérrimamente descalificado por el Papini tremendamente hereje y religioso de 1910 y definido por él en sus *Polemiche Religiose* como «una suerte de libre pensamiento porque niega toda organización religiosa y reduce la religión a una imprecisa fe en el indefinido Dios panteístico y a las obras socialmente buenas». («Es el libre pensamiento —agregaba Papini— que bien conocemos con un poco más de Cristo y un poco menos de coherencia. Ese libre pensamiento de los países nórdicos más pegados a la idea de una religión constituida, como el libre pensamiento es el libre cristianismo de los países latino que cuando comienzan a desvestirse no se paran hasta que no se quedan desnudos»).

Desde hace mucho tiempo, Navarro Monzó ha descartado radicalmente la posibilidad de extender a Latinoamérica el protestantismo. «Cuando los mismos países reformados —sostenía hace varios años en otro libro— están sintiendo la necesidad de una Nueva Reforma, lo mejor que pueden hacer los países latinos es buscar ellos mismo su propia Reforma, una Reforma que corresponda a las necesidades mentales y sociales del hombre del siglo XX, en lugar de aceptar servilmente los frutos de la Reforma llevada a cabo por los pueblos del Norte hace ya cuatro siglos». Pero Navarro Monzó no precisa esta nueva Reforma —sus proposiciones al respecto son muy genéricas y elásticas—. Y, en todo caso, no se ve cómo la Nueva Reforma podría encontrar su sede en pueblos que han ignorado

totalmente la primera Reforma y que no han sentido su necesidad. El modernismo —esto es una nueva corriente peculiar de los países católicos y latinos— sería, si la América Latina se moviese hacia un cisma, un modelo mucho más apropiado y próximo.

Persuadido de que es tarde para esperar su aclimatación en la América Latina, el protestantismo nos recomienda —por boca de estos propagandistas no ortodoxos— no sus propios dogmas que reconoce ya bastante envejecidos, sino los principios probables de una presunta Nueva Reforma. No es, así, sin duda, como se ha presentado en la historia ninguna gran herejía, destinada a convertirse en un dogma o una religión. La primera condición del hereje creador y fecundo es su beligerancia, su intransigencia. Los héroes de la Reforma protestante desafiaron la hoguera, la excomunión, el infierno. No es posible creer, por muy indulgente y optimista que uno sea, en una Nueva Reforma diplomáticamente predicada desde las tribunas de la Y.M.C.A.²²⁸

La Reforma representó, en el orden religioso, la ruptura no sólo con Roma y el Papado, sino con el orden medioeval, con la sociedad feudal. La Nueva Reforma, si ha de venir, tendrá que surgir a su vez en abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista. El protestantismo ha sido y es la religión y la moral del capitalista, del gran capitalismo. No se concibe una nueva Reforma que no comience por entender esta solidaridad.

Si Navarro Monzó se colocara en el mismo terreno que Unamuno, podría inhibirse de conocer y enjuiciar estos problemas. Pero, aunque políticamente, como natural desarrollo de la idea liberal y protestante, no parezca distante del anarquismo, su concepción está perfectamente clasificada dentro de las varias formas del cristianismo social. Navarro Monzó no quiere separar la religión de la vida, ni que lo espiritual ignore lo temporal. Para Julián Benda, he aquí sin duda otro caso de *Clerc qui trahit*²²⁹.

LA CAMPAÑA ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS *

En el actual instante de la historia mundial, la elección de presidente de la república norteamericana es un acontecimiento de un interés internacional como nunca lo ha sido, ni aun cuando —pendiente de este pacto la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de las Naciones— tocó al electorado yanqui elegir al sucesor de Mr. Wilson. Era entonces demasiado evidente el descenso de Wilson para que se abrigase excesivas esperanzas respecto a la suerte del Partido Demócrata en los escrutinios. La

²²⁸ «YMCA», en *Temas de nuestra América*, p. 114.

²²⁹ «La traición de los intelectuales» (La obra de Benda es *La Traición des clercs* (1927).

* En *Varietades* (Lima), «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1074, 29 de septiembre de 1928. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970) pp. 231-234. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1194-1196.

elección de 1924 halló a los Estados Unidos en un grado más de su crecimiento como imperio y potencia mundial. Pero en esta elección las fuerzas electoras se dividieron no en dos, sino en tres grandes corrientes, con ostensible beneficio para el partido de la gran burguesía. El Partido Demócrata concurrió a la elección con una candidatura de débil ascendente personal. Y la aparición de un tercer partido, con el senador La Follette a la cabeza, no podía ir más allá de una imponente movilización de fuerzas.

Esta vez, el electorado se concentra de nuevo en dos grandes corrientes. La política electoral norteamericana recobra su antiguo ritmo bipartito. La candidatura demócrata dispone de considerable y excepcional influjo popular; y su programa se diferencia del programa republicano con más vivacidad que en anteriores oportunidades. Otros factores singulares, además de la personalidad del candidato, juegan esta vez en la elección: la religión de Al Smith, cuya victoria significaría la ascensión de un católico por primera vez a la presidencia de los Estados Unidos; y su posición antiprohibicionista que agita un ardoroso contraste de opiniones y aún de intereses. La actitud de los republicanos frente a los «desiderata» de los agricultores, a pesar de los esfuerzos del partido de Herbert Hoover por atenuar los efectos de su política económica en el electorado rural, aparece como otro agente de orientación eleccionaria que complica la situación.

La candidatura del Partido Republicano es característica del actual sentido de su misión. La designación de Herbert Hoover es debida, en gran parte, a su condición específica de hombre de negocios. La burguesía yanqui colocó siempre en la presidencia de la república a un estadista o un magistrado, a una figura que no significase una ruptura de la más encumbrada tradición [del país]²³⁰ de Washington y Lincoln. A un tipo de capitalista puro, se prefirió siempre un tipo burocrático o intermediario. Para esta elección, el partido republicano ha buscado un jefe en el mundo de los negocios. En un artículo del *Magazine of Wall Street* enjuiciando las cualidades de los principales candidatos como hombre²³¹ de negocios, se consigna la siguiente apreciación sobre Hoover, oportunamente remarcada por Bukharin en un discurso en la III Internacional: «No es exagerado decir que él (Hoover) se considera y es realmente dirigente del mundo de negocios americanos. No hubo nunca en ninguna parte una institución tan estrechamente ligada al mundo de los negocios como el departamento de Hoover... Él respeta al gran capital y admira a los grandes capitalistas. Tiene la opinión de que una sola persona que hace una gran cosa es mejor que una docena de sabios soñadores que hablan de lo que no han intentado nunca hacer y que nunca sabrán hacer. Es incontestable que Hoover presidente, no se semejará a ninguno de sus predecesores. Será un *business-president* dinámico, en tanto que Coolidge era un *business-president* estático.

²³⁰ Omitido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 232.

²³¹ «hombres», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 232.

Será el primer *business-president* en oposición a los presidentes políticos que hemos tenido hasta ahora».

Smith representa la tradición demócrata. Es el tipo de estadista, formado en la práctica de la administración, más magistrado que caudillo. Poco propenso a la filosofía política, se mantiene casi a igual distancia de Bryan que de Wilson. Su carácter, su figura, hablan al electorado demócrata mejor que su ideología. En su nominación, el Partido Demócrata se ha mostrado más conservador que el Republicano, desde el punto de vista de la fidelidad a la tradición política norteamericana. Smith corresponde al tipo de presidente, configurado según el principio yanqui de que cualquier ciudadano puede elevarse a la presidencia de la república, mucho más que Hoover. La elección de Hoover, del gran hombre de negocios, con cierta prescindencia de inveterados miramientos democráticos —y demagógicos— sería, bajo este aspecto, un acto más atrevido que la elección de Al Smith, antiprohibicionista y católico.

¿Cuál de estos dos candidatos conviene más a los intereses del imperio norteamericano? He aquí la cuestión que el instinto histórico de su media y pequeña burguesía tiene que resolver, pronunciándose en su mayoría por Al Smith o por Herbert Hoover.

El resultado de los escrutinios no depende automáticamente de las estrictas fuerzas electorales de cada partido. Un cálculo, basado rígidamente en los porcentajes de las últimas votaciones, resulta, como es natural, desfavorable para los demócratas. En la elección, pueden influir en mayor o menor grado los factores especiales ya anotados, la personalidad del candidato demócrata, popularísima en el Estado de Nueva York, el sentimiento público sobre la debatida cuestión del prohibicionismo, la influencia de los intereses agrícolas, la repercusión del programa de Al Smith en las masas populares, etc. Según un sistema de cálculo electoral, que Bruce Bliven llama una diversión inocente, los elementos que en esta oportunidad decidirán el voto de un elector son los siguientes: hábito (lealtad partidista), «prohibicionismo», religión, personalidad del candidato. A estos factores se les asigna sobre una escala de 100, los siguientes puntos respectivamente: 60, 50, 55, 25. Según su prevailecimiento particular en cada estado, se predice el probable orientamiento de los estados cuyo resultado es dudoso. Pero más seguro es atenerse al estudio concreto de cada electorado. Y a este trabajo andan entregados en Estados Unidos los expertos.

La chance de Smith se basa en sus probabilidades de una gran victoria en los estados del Sur. Estos Estados pueden dar 114 votos electorales. A estos votos se agregarán los de los Estados demócratas de Kentucky, Tennessee y Oklahoma. La decisión del resultado global la darán los escrutinios de Massachussetts, Connecticut, Rhode Island, New York, New Jersey, Maryland, Illinois, Missouri, Wisconsin y Montana. Después de un atento examen de los coeficientes electorales de estos Estados, Bruce Bliven opina que Smith puede vencer en Rhode Island, New York,

Maryland, Missouri, Wisconsin y Montana, mientras Hoover cuenta con mayores elementos de triunfo en los otros Estados mencionados. Del éxito con que maniobren los demócratas para atraerse los millones de votos que le favorecieron al senador La Follette, dependerá en gran parte de la suerte de su candidato.

EN EL DÍA DE LA RAZA *

[¿Cuál es su concepto sobre la figura de Colón?]

Colón es uno de los grandes protagonistas de la civilización occidental. Hace más de cinco años, reportado por *Variedades*, para una de sus *Instantáneas*, lo indiqué como el héroe histórico o pretérito de mi predilección. Pienso en él cada vez que me visita la idea de escribir una apología del aventurero. Porque hay que reivindicar al aventurero, al gran aventurero. Las crónicas policiales, el léxico burgués, han desacreditado esta palabra. Colón es el tipo del gran aventurero: *pionner* de *pionners*. América es una creación suya. Recientemente, en el libro de un pequeño burgués de Francia, se ha pretendido disminuir su empresa, rebajar su figura. ¡Cómo si pudiese importar que antes que Colón otros navegantes hubiesen ya conocido el Continente! América ingresó en la historia mundial, cuando Colón la reveló a Europa. Es imposible decir exactamente en qué medida, la civilización capitalista —anglosajona y protestante— es obra de este navegante mediterráneo y católico. ¿Católico?

[¿Y sobre el significado del descubrimiento de América?]

El descubrimiento de América es el principio de la modernidad: la más grande y fructuosa de las cruzadas. Todo el pensamiento de la modernidad está influido por este acontecimiento. ¡Imposible enjuiciarlo en un acápite, por apretado y denso que sea! La Reforma, el Renacimiento, la Revolución liberal ¡de cuántas cosas habría que hablar! Hasta la última gran especulación intelectual del Medioevo, *La Ciudad del Sol*, la utopía comunista de Tomás Campanella, aparece influida por el descubrimiento de América. Algunos de sus biógrafos, pretenden que Campanella conoció y admiró, por las primeras crónicas, la civilización incaica. En todo caso, el Nuevo Mundo actuó evidentemente sobre su imaginación.

[¿Cuáles deben ser los ideales de la raza y los medios más eficaces para vincular a los pueblos hispanoamericanos?]

* En *Variedades* (Lima), Nuestras encuestas, núm. 1076, octubre 13, 1928. Incluido en *La novela y la vida* (1955) pp. 162-164. *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1397.

Hispano-América, Latino-América, como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la comunidad de estos pueblos, somos, en verdad, los socialistas, los revolucionarios. ¿Qué puede acercarnos a la España de Primo de Rivera? En cambio, ¡qué cerca estaremos siempre de la España de Unamuno, de la España revolucionaria, agónica, eternamente joven y nueva! A Norte América sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista.

Que conste, que no hablo en homenaje a la Fiesta de la Raza. No [...] ²³² adhiero a celebraciones municipales ni al concepto mismo de nuestra latinidad. ¡Latinos, nosotros!

HERBERT HOOVER Y LA CAMPAÑA REPUBLICANA *

Mr. Herbert Hoover, candidato del Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos, dirige su campaña electoral con la misma fría y severa estrategia con que dirigía una campaña económica desde el Ministerio de Comercio o, mejor aún, desde su bufete de *business man*. Es, según parece, el mejor candidato que el Partido Republicano podía enfrentar a Al Smith, quien como ya hemos visto es, a su vez, el mejor candidato que el Partido Demócrata podía escoger entre sus directores. Ningún otro candidato permitiría a los demócratas movilizar a sus votantes con las mismas probabilidades de victoria. Con cualquier otro opositor, el candidato republicano estaría absolutamente seguro de su elección. Los dos grandes partidos confrontan a sus mejores hombres, como se dice, un poco deportivamente, en lenguaje angloamericano.

Yo ²³³ he tenido oportunidad de observar cómo eligiendo a Smith, la democracia norteamericana se mantendría dentro de su tradición —y por ende se mostraría, en cierto sentido, más conservadora—, que si prefiriese a Hoover, por corresponder Smith al tipo específico de administrador, de gobernante, de estadista, que la república de Washington, Lincoln y Jefferson ha estimado invariablemente como su tipo presidencial, aún dentro de la más rigurosa política imperialista y plutocrática.

Hoover procede directamente del estado mayor de la industria y la finanza. Es, personal e inmediatamente, un capitalista, un hombre de negocios. Tiene la formación espiritual más integral y característica de líder industrial y financiero del imperio yanqui. No viene de una facultad de humanidades o de derecho. Es un ingeniero, modelado desde su juventud

²³² «me», agregado en *La novela y la vida*, p. 164.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1079, 3 de noviembre de 1928. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970), pp. 239-243. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1198-1199.

²³³ «Ya», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 240.

por la disciplina tecnológica del industrialismo. Hizo, apenas salido de la Universidad, su aprendizaje de colonizador en minas de Australia y de la China. En su madurez, como Director de Auxilios, amplió y completó en Europa su experiencia de los intereses imperiales de los Estados Unidos.

Este último es, al mismo tiempo, el cargo del cual arranca su carrera política. Porque, sin haber pasado por el servicio público y haberse acreditado competente en él, es evidente que ningún *business man* norteamericano, aún en una época de extrema afirmación capitalista, estaría en grado de obtener el voto de sus correligionarios para la presidencia de la República.

Por profesar con entusiasmo y énfasis ilimitados el más norteamericano individualismo, Hoover pertenece, sin duda, a la estirpe del *pioneer*, del colonizador, del capitalista, mucho más que Smith. Su protestantismo hace también de Hoover un hombre de más cabal filiación capitalista. Hoover reivindica, con intransigencia, la doctrina del Estado liberal, contra las proclividades intervencionistas y humanitarias del demócrata Smith. Pero esto, en los tiempos que corren, no importa propiamente la fidelidad a la economía liberal clásica. El individualismo de Hoover no es el de la economía de la libre concurrencia, sino el de la economía del monopolismo, de la cartelización. Contra las empresas, negocios y restricciones estatales Hoover defiende a las grandes empresas particulares. Por su boca, no habla el capitalismo liberal del periodo de libre concurrencia, sino el capitalismo de los trusts y monopolios.

Hoover es uno de los líderes de la «racionalización de la producción». Como una de sus mayores benemerencias, se recuerda a su acción, en el Ministerio de Comercio, para conseguir la máxima economía en la producción industrial, mediante la disminución de los tipos de manufacturas y productos. El más cabal éxito de Hoover, como secretario de Comercio, consiste en haber logrado reducir de 66 a 4 las variedades de adoquines, de 88 a 9 las de grados de asfalto, de 1,351 a 496 las de limas y escofinas, de 78 a 12 las de frazadas, etc. Paradójico destino el del gobernante individualista, en esta edad del capitalismo: trabajar, con todas sus fuerzas, por la estandarización, esto es por un método industrial que reduce al mínimo los tipos de artículos y manufacturas, imponiendo al público y a la vida el mayor ahorro de individualismo.

Quizá igualmente paradójico sea el destino del capitalista e imperialista absoluto en el orden político. Contribuyendo a que el proceso capitalista se cumpla rigurosamente, sin preocupaciones humanitarias y democráticas, sin concesiones oportunistas a la opinión y a la ideología medias, un gobernante del tipo de Hoover, apresurará probablemente mejor que un gobernante del tipo Smith, el avance de la revolución y, por tanto, la evolución económica y política de la humanidad. La experiencia democrática demagógica de la Europa Occidental, parece confirmar plenamente la concepción soreliana de la guerra de clases en la economía y la política. El capitalismo necesita ser, vigorosa y enérgicamente, capitalista.

En la medida en que se inspira en sus propios fines, y en que obedece sus propios principios sirve al progreso humano, mucho más que en la medida en que los olvida, debilitada su voluntad de potencia, disminuido su impulso creador.

Hilferding, el ministro de la social-democracia alemana —más estimable sin duda como teórico del *Finanzkapital*²³⁴— decía no hace mucho que, puesto que el capitalismo seguía adelante, no era posible dudar de que se avanzaba hacia la revolución, porque nada es más revolucionario que el capitalismo. El juicio de Hilferding, como conviene a la posición de un reformista algo escéptico, acusa un determinismo demasiado mecanista, incompatible con un verdadero espíritu socialista y revolucionario. Pero, es útil y oportuna su cita en este caso, como elemento de investigación del sino de la candidatura Hoover. Los que en la política norteamericana operan en una dirección revolucionaria, pueden admitir íntimamente que la victoria de Hoover, dentro de un orden de circunstancias que es el más probable en un período de temporal estabilización capitalista, convendría a la transformación final del régimen económico y social del mundo, más que la victoria del demócrata Smith. Pero no les es dado o lícito pensar esto, sino a condición de oponerse con toda su energía, a esa misma victoria de Hoover, aún a trueque de ir al encuentro de la victoria de Smith. Porque la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol. Y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate.

LAS ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS Y NICARAGUA *

La elección de Mr. Herbert Hoover estaba prevista por la mayoría de los expertos de que, en estos casos, disponen los Estados Unidos para un minucioso cómputo de las probabilidades electorales de cada partido.

La pérdida de algunos votos por el Partido Demócrata en el «sólido Sur» no es una sorpresa. No había pasado inadvertida para los observadores la posibilidad de que el intransigente sentimiento protestante que prevalece en los Estados del Sur, acarrese en algunos, contra la tradición demócrata de ese electorado, la victoria del candidato Republicano.

Tampoco es, en rigor, una sorpresa el triunfo de Hoover en el Estado de Nueva York. En las votaciones presidenciales, el Estado de Nueva York ha sido normalmente republicano. En esta votación la fuerte chance de Smith en Nueva York, dependía de su popularidad personal, a la que ha debido su elección, en tres oportunidades, como gobernador de este

²³⁴ El capital financiero.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1080, 10 de noviembre de 1928. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 147-150. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 471-473.

Estado. La reñida lucha entre republicanos y demócratas en Nueva York, demuestra lo fundado de la esperanza de Al Smith de ganar para su causa los 45 votos decisivos que Hoover, en impresionante duelo, ha conservado para su partido.

Al Smith ha tenido una buena votación en todo el país. En todos los Estados dudosos, el porcentaje de votos obtenido por Smith excede considerablemente al alcanzado por el candidato demócrata en la elección de 1924. El Partido Demócrata ha efectuado una magnífica movilización electoral. A esta briosa ofensiva contra el poder republicano, ha contribuido en gran parte el ascendiente personal de Al Smith. Pero esto no obsta para atribuir a la personalidad de Al Smith una buena parte también²³⁵ de los estímulos que han ayudado a la victoria republicana. La elección de un católico antiprohibicionista encontraba resistencias enormes en dos grandes corrientes del sentimiento yanqui: el protestantismo y el prohibicionismo. Republicano, protestante, prohibicionista, Hoover estaba²³⁶ bajo este triple aspecto, [dentro de]²³⁷ la tradición presidencial de los Estados Unidos. Hoover ha ganado los votos de Estados, en los que, como en Nueva York, aproximadamente, la chance de Al Smith era, a juicio de los expertos, muy grande. El cable subraya su victoria en Missouri, Maryland, Wisconsin y Montana. En estos Estados, Smith ha disputado vigorosamente la mayoría a Hoover; pero, como en Nueva York, el escrutinio eleva así a la presidencia de los Estados Unidos en reemplazo de Mr. Calvin Coolidge, a aquel de sus líderes que promete actuar la más enérgica política capitalista. El rol asumido por el Imperio Yanqui, en la política mundial, después de la gran guerra, exigía esta elección. Hoover siente este rol mucho más y mejor que Smith. Como apuntaba en mi anterior artículo, Hoover tiene una perfecta educación imperialista de hombre de negocios. En sus discursos, asoma francamente el orgullo del destino imperial de Norteamérica. En su política no pesarán las consideraciones democráticas que habrían influido en el gobierno de Al Smith. El estilo de Woodrow Wilson queda de nuevo licenciado. Estados Unidos necesita, en este período de máxima afirmación internacional de su capitalismo, un hombre como Herbert Hoover. El perfecto hombre de estado en un imperio de trusts y monopolios, es, sin duda, el prefecto hombre de negocios.

Es interesante que las elecciones de Nicaragua hayan coincidido casi, en el tiempo, con las elecciones de Estados Unidos. Nicaragua, electoralmente, es por el momento, un sector de la política norteamericana. Desde que el vicepresidente Sacasa y el general Moncada, jefes de la

²³⁵ Omitido en *Temas de nuestra América*, p. 148.

²³⁶ «está», en *Temas de nuestra América*, p. 148.

²³⁷ «bajo», en *Temas de nuestra América*, p. 148.

oposición liberal pactaron con los yanquis, los liberales nicaragüenses resbalaron al campo de gravitación de los intereses norteamericanos. El único camino de resistencia activa al dominio yanqui era el camino heroico de Sandino. El Partido Liberal no podía tomarlo.

Desde que la bandera de la lucha armada quedó exclusivamente en manos de Sandino y de su aguerrida e intrépida legión, la solución liberal se presentó como la mejor para el interés norteamericano. Los políticos conservadores, conocidos por su antigua adhesión a la política yanqui, eran dentro del personal de posibles gobernantes, los menos apropiados para la pacificación de Nicaragua. La elección de un conservador habría tenido el aspecto de una imposición o un escamoteo electorales.

Pero estas ventajas de la solución liberal no se habrían mostrado tan claramente, si Sandino no hubiese mantenido impertérrito, su actitud rebelde. La presidencia de un liberal tiene la función de reducir al mínimo los estímulos capaces de alimentar la hoguera sandinista. Moncada, en el poder, debe testimoniar la neutralidad yanqui, la corrección de las elecciones, la plenitud de la soberanía popular. La democracia, en este caso, sirve mejor que la dictadura.

El general Moncada no hará, ciertamente, una política sustancialmente distinta de la que desenvolverían un Chamorro o un Díaz. Pero salvará mejor las formas de la independencia nicaragüense. El nombre de su partido no está tan comprometido, ante la opinión de Nicaragua y del continente latinoamericano, como el nombre del Partido Conservador. Aquí está, más que en la impopularidad de los conservadores, la clave de su tranquila victoria.

LA VISITA DEL SEÑOR HOOVER *

¿Qué clase de mensaje ha traído a la América Latina el señor Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos? El señor Hoover es, ante todo, un hombre de negocios y ha dicho pocas y sobrias palabras. En Lima, ha hablado de la excelencia de la aviación comercial como medio de acercar a los pueblos de América. Su viaje, según propia definición, es un viaje de buena voluntad. El ingeniero y el puritano, el capitalista y el explorador, aparecen siempre en sus gestos y en su lenguaje.

El señor Hoover ha trabajado en minas de Australia y la China, en finanzas de Europa, en la industria y la administración de Estados Unidos. Le faltaba este viaje a la América Latina para redondear su experiencia personal del mundo. Antes de ocupar la presidencia de Estados Unidos, ha querido concluir su aprendizaje imperialista.

* En *Amauta*, núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, p. 95. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970), nota a pie de página, pp. 239-240. *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 480.

Porque el señor Hoover, en la presidencia de los Estados Unidos, representa al mismo tiempo que el capitalismo puro, una concepción plenamente imperialista de la política yanqui. El capitalismo, con esta elección, prescinde de intermediarios, en la más típica de sus democracias: no busca ya su jefe de gobierno entre tipos de magistrados, estadistas o profesores, sino directamente entre tipos de industriales y financistas de versación mundial, con servicios en los 5 Continentes. Llegamos a la etapa en que el hombre de Estado se identifica absolutamente con el hombre de negocios.

El mensaje del señor Hoover no es, por ende, el de sus millones de electores —que al elegirlo han votado unos por el protestantismo, otros por el prohibicionismo, otros por el más cuáquero y norteamericano de los candidatos—; ni es siquiera el mensaje del Partido Republicano, que fue el del gran leñador Lincoln y hoy se contenta con ser el de la plutocracia de Wall Street; es el mensaje de la diplomacia del dólar, la misma cuando habla por boca del señor Coolidge que cuando habla por boca del señor Borah. Cuestión de roles.

La crónica, si es exacta, registrará que el señor Hoover encontró en Lima, como es lógico, cortesía oficial, atenciones protocolarias; pero que el pueblo, en todas sus capas, presenció su llegada con la más absoluta y compacta indiferencia. No tenía por qué mostrar otro gesto. Con prisa norteamericana, con velocidad de *recordman*, el señor Hoover quiere llevarse una impresión cinematográfica de la América Latina. Esta impresión debe ser lo más superficial y física que resulte posible.

EDWARDS BELLO, NOVELISTA *

Joaquín Edwards Bello confirma con su obra la tendencia de la literatura chilena a lograr su madurez en la novela, en el relato. La lírica — en prosa y verso— predomina excesivamente en la mayor parte de las literaturas sudamericanas. Chile tiene poetas que influyen diversa y acentuadamente en el espíritu hispanoamericano: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro. Pero la fruta de estación de su literatura es, más bien, la novela. Con la novela entra una literatura en su edad adulta.

El Roto, novela de la cual nos ha dado una edición definitiva completamente revisada la Editorial Nascimento, acusaba ya, [en 1920]²³⁸, a un vigoroso novelista. El asunto revelaba su simpatía por lo popular, su robusta vocación de biógrafo de tipos sociales, su violenta liberación de decadentes supersticiones antiplebeyas. En su sondaje de los bajos fondos

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1083, 1 de diciembre de 1928. Incluido en *Amauta*, núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, pp. 103-104. *Temas de Nuestra América* (1959), pp. 121-123. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 459-460.

²³⁸ Omitido en *Temas de nuestra América*.

de la vida social chilena, no lo asustaba lo más animal y soterrano²³⁹. *El Roto* es un análisis del turbio limo del suburbio. «Se trata —anuncia Edwards Bello en un breve prefacio— de la vida del prostíbulo chileno, que tuvo un sentido social profundo, por la constancia con que influyó en el pueblo y por el carácter aferradamente nacional de sus componentes. En pocas partes de Ibero-América tuvo el pueblo una manifestación tan personal. La vida alegre chilena extravasó triunfalmente a Bolivia, Perú y otros países del Continente. Pueril sería hacer ascos a este fenómeno de vitalidad. Ahora que se cerraron los salones donde las asiladas sonreían ceremoniosamente; ahora que se apagaron esas cuecas tamboreadas, este libro adquiere un valor especial de documento. Es una reconstitución apasionada de vida popular que se extingue». Los personajes están fuertemente abocetados. Clorinda, Esmeraldo, son criaturas específicas del arrabal, a las que el novelista se ha acercado con curiosidad y ternura, sagaces y alertas sus pupilas de artista, de creador. Pero la obra no está plenamente realizada. Tiene, a ratos, fallas, fisuras, por las cuales se entrometen, de vez en cuando, tópicos de artículos de fondo. La intención del autor se hace a veces ostensible, por medios que no son estrictamente los de la expresión artística. Al dominio diestro, fácil, seguro de estos medios, no llega Edwards Bello sino en el *Cap Polonio*, novela corta, de trama turística, de atmósfera móvil y transatlántica. Edwards Bello es, en el *Cap Polonio*, por la sensibilidad viajera y cosmopolita, un Paul Morand suramericano; pero Paul Morand matinal, sin delicuescencia, de savia araucana, con el brío de una juventud todavía fresca y aventurera, en el fondo romántica. El color de sus descripciones, el tono de sus personajes, es estival y mediterráneo, con cierta alegría marinera, de playa, antípoda de esa emoción de *acuarium*, mórbida, chinesca, de las «noches». La Paradita tiene un poco de la vivacidad brutal de la Bien Plantada. Se diferencia de la Bien Plantada, porque ignoramos sus raíces. El autor nos la presenta, pasajera del *Cap Polonio*, separada de su naturaleza, ausente de su contorno. En su encuentro hay ese elemento de imprecisión, de contingencia y de fugacidad, que interviene en las impresiones del turista.

En *El Chileno de Madrid*, novela de mayor aliento, reaparece la experiencia turística, la actitud nómada²⁴⁰ de Edwards Bello. El chileno no es lo más vital de la novela. Su drama carece de verdadera tensión. Lo que vive, con energía, con voluntad, con pasión, es Madrid, esta estación de su viaje, en que su chilenismo se desvanece un poco, quizá para siempre. El chileno es un pretexto para mostrarnos Madrid en contraste o en roce con una sensibilidad suramericana. Carmen, doña Paca, la Angustias, Mandujano, el Curriquiqui, tienen en la novela una presencia más resuelta, más rotunda, en todo instante, que Pedro Wallace el chileno hispanizado y que Julio Assensi el español chilenezado. Estos personajes están absolutamente logrados: han encontrado a su autor. (Que ha ido a

²³⁹ «soterráneo», en *Temas de nuestra América*, p. 121.

²⁴⁰ «nómada», en *Temas de nuestra América*, p. 122.

descubrirlos desde Suramérica). Pedro trata de reanudar su vida. Hay en su existencia una ruptura, un desgarramiento que le impide gozar ampliamente su actualidad. Entre su presente y su alma, se interpone una nostalgia que amortigua su choque con las cosas y frustra su posesión del mundo. Pedro va a Madrid a la *recherche du temps perdu*²⁴¹. Una mujer española, femenina, doméstica, maternal y un hijo —su pasado, su juventud— son el centro de gravitación de su alma. Mientras no regrese a ellos, no recobrará su equilibrio. Chileno puro, pasa por la novela con un aire de *déraciné*²⁴². Lo aqueja un vago nomadismo. Por esto, se adhiere ávidamente a un Madrid castizo, antiguo, tradicional.

La nota más acendrada de la novela es una amorosa reivindicación de este Madrid. Y esto²⁴³ delata de nuevo, el sedimento romántico de Edwards Bello. Ningún español habría sentido acaso, con tanta ternura, lo castizo madrileño. El español, por tradicionalista que sea, no puede consentirse los mismos placeres caros, dulces, filiales que un turista suramericano, sentimental, artista, con dinero. Pero, artística, estéticamente, en el caso de Edwards Bello, este sentimiento no deja sino ganancia: una bella novela. Una novela que, por otra parte, no será a la larga más que una estación de su itinerario de viajero y artista.

LA AMÉRICA LATINA Y LA DISPUTA BOLIVIANO-PARAGUAYA* ²⁴⁴

La facilidad suramericana, tropical, con que dos países del continente han llegado a la movilización y a la escaramuza, nos advierte que las garantías de la paz en esta parte del mundo son mucho menores de lo que, por optimismo excesivo, nos habíamos acostumbrado a admitir.

²⁴¹ *En busca del tiempo perdido* (título de la novela de Marcel Proust).

²⁴² Voz francesa de desarraigado.

²⁴³ «esta», en *Variedades*, «esto», en *Amauta* y «ésta», *Temas de nuestra América*.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1086, 22 de diciembre de 1928. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 31-35. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 421-423.

²⁴⁴ Véase: en *Amauta* relacionado al tema: Documentos, «Manifiesto del Comité Pro-Conderación Sindical Latino-Americana, contra la guerra», núm. 20, enero de 1929 pp. 83-85. Política Americana, «La disputa internacional por Chaco, por Abraham Valdéz», núm. 22, abril de 1929, pp. 88-92; y, en el mismo año y número de la revista, Movimiento Sindical, «Se realizó en Montevideo la Conferencia Sindical Antigüerra», pp. 94-96. Panorama móvil, «La disputa del Chaco», núm. 23, mayo de 1929, pp. 73-77; en el mismo año y número de la revista, Movimiento Sindical, «El Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo», p. 91; y, en el mismo año y número de la revista, «Resolución sobre los peligros de guerra» (Resolución votada por la Primera Conferencia Sindical Sudamericana, reunida en los días 25, 26 y 27 de febrero de 1929 en Montevideo), pp. 92-94. Documentos, «A los obreros y campesinos de Paraguay y Bolivia», núm. 28, enero de 1930, pp. 93-94.

Sudamérica como Centroamérica, si nos atenemos a este aviso repentino, pueden convertirse en cualquier instante en un escenario balcánico. Un choque de patrullas, un cambio de invectivas, basta —si hay de por medio uno de esos pleitos de confines, que en nuestra América reemplazan a las cuestiones de minorías nacionales— para que dos pueblos lleguen a la tragedia.

La paz, como acabamos de ver, no tiene fiadores. Ni los Estados Unidos ni la Sociedad de las Naciones, en caso de inminencia guerrera van más allá del ofrecimiento amistoso de sus buenos servicios. El pacto Kellogg²⁴⁵, el espíritu de Locarno²⁴⁶ no tienen —para América menos aún que para Europa— sino un valor platónico, diplomático. La paz carece no sólo de garantías materiales —el desarme—, sino de garantías jurídicas. Si los combates paraguayos y bolivianos no hubiesen coincidido con la celebración de la Conferencia Pan-Americana de Conciliación y Arbitraje, en Washington, habría fallado²⁴⁷ el organismo capaz de mediar con autoridad entre los dos países. El Gobierno de Washington y la Sociedad de las Naciones se neutralizan cortésmente; el monroísmo descubre su sentido negativo, su función yanqui, no americana. Estados Unidos encuentra en una revolución como la de Nicaragua motivo suficiente para intervenir con sus barcos, sus aviones y su marinería; pero, ante un conflicto armado entre dos países hispano-americanos, siente la necesidad de no rebasar el límite de la más estricta y prudente neutralidad.

Los problemas de política interna concurren a hacer extremadamente peligrosa cualquiera fricción. En el caso de Bolivia, la situación del gobierno de Siles parece haber jugado un rol decisivo en el inflamamiento y exageración de la cuestión creada por el ataque paraguayo. (Ataque que habría estado precedido de la incursión de tropas bolivianas en territorio situado bajo la autoridad del Paraguay. No discuto los comunicados oficiales. Los términos de la controversia no interesan a mi comentario). El gobierno de Siles es un gobierno de facción, que tiene como adversarios no sólo a los que lo fueron del gobierno de Saavedra, sino también a una gran parte de los saavedristas. Su estabilidad depende del ejército. Su política internacional tiene que entonarse, por ende, a un humor militarista. El llamamiento a las armas y el grito de la patria en peligro han sido, muchas veces, en la historia, excelentes recursos de política oligárquica. En Bolivia, Siles ha asido la oportunidad para constituir un ministerio de concentración que ensancha las bases partidaristas de su política. Escalier y Abdón Saavedra se han puesto a sus órdenes. Don Abdón, ruidosamente expulsado a poco de la ascensión de Siles al poder, ha

²⁴⁵ O pacto de París: no usar la guerra en caso de controversia internacional (27 de agosto 1928).

²⁴⁶ Los Acuerdos de Locarno o de paz en Europa se realizaron después de la Primera Guerra Mundial el 16 de octubre de 1925.

²⁴⁷ «faltado», en *Temas de nuestra América*.

regresado a Bolivia. Puede suceder que, con todo esto, los riesgos para el porvenir se compliquen y acrecienten. Que el frente interno, la concordia de los partidos, signifique para el gobierno de Siles la amenaza de un caballo de Troya. Pero las oligarquías hispano-americanas han vivido siempre así, alternando la violencia con la astucia, girando contra el porvenir.

Sin estos elementos de excitación artificial, agravados por temperamentos más o menos patéticos, más o menos propensos al vértigo bélico, sería inconcebible el que una escaramuza de fronteras, un choque de patrullas —es decir, un episodio corriente de la vida internacional de este continente, donde las fronteras no están aún bien solidificadas y definidas— pudiese ser considerado seriamente como un motivo de movilización y de guerra.

Los riesgos de conflicto armado se explican, sin duda, mucho más en Europa superpoblada, dividida en múltiples nacionalidades —nacionalidades reales y distintas— forzada mientras subsista el orden vigente a un difícil equilibrio. En este continente latinoamericano que, con excepción del Brasil, habla un único idioma, y que no tiene luchas ni competencias tradicionales, las rivalidades que enemistan a los pueblos, y que pueden precipitarlos en la guerra son, al lado de las diferencias europeas, menudas querellas provincianas.

Lo más inquietante, por esto, en los últimos acontecimientos, es que no hayan suscitado en la opinión pública de los pueblos latinoamericanos, una enérgica, instantánea, compacta y unánime afirmación pacifista. La defensa de la paz²⁴⁸ ha sido dejada a la prensa, a los gobiernos. Y la acción oficial, sin el requerimiento público, no agota nunca sus recursos. Tal vez la sorpresa ha dominado y paralizado a las gentes. Quizás los pueblos no han salido todavía del estupor. Ojalá sea esta la explicación de la calma pública. El deber de la Inteligencia, sobre todo, es, en Latinoamérica, más que en ningún otro sector del mundo, el de mantenerse alerta contra toda aventura bélica. Una guerra entre dos países latinoamericanos sería una traición al destino y a la misión del continente. Sólo los intelectuales que se entretienen en plagiarse los nacionalismos europeos pueden mostrarse indiferentes a este deber. Y no es por pacifismo sentimental, ni por abstracto humanitarismo, que nos toca vigilar contra todo peligro bélico. Es por el interés elemental de vivir prevenidos contra la amenaza de la balcanización de nuestra América, en provecho de los imperialismos que se disputan sordamente sus mercados y sus riquezas.

²⁴⁸ «Paz», en *Temas de nuestra América*, p. 33.

AMERICA LATINA Y LA DISPUTA BOLIVIANO-PARAGUAYA [II]*

Mi artículo del número anterior de *Varietades* —por consideraciones que en cuanto importan atención a mis escritos, no tengo sino que agradecer— no ha podido pasar sin protesta de mi distinguido amigo don Alberto Ostria Gutiérrez, ministro de Bolivia. Mis opiniones, sobre la cuestión boliviano-paraguaya, en general, no se avienen sin duda con los términos diplomáticos de los comunicados oficiales de Bolivia ni del Paraguay: me sitúo, ante éste, como ante cualquier otro acontecimiento internacional, en un terreno de interpretación, no de crónica. Indago, quizá con alguna audacia, por razones de temperamento y de doctrina, lo sustancial, diversa y opuestamente a la diplomacia que tiene que contentarse con lo formal. Me es imposible, por tanto, discutir con el señor Ostria Gutiérrez, insistiendo en mis apreciaciones. El Sr. Ostria Gutiérrez, concede, en riguroso acuerdo con sus deberes de diplomático, todo su valor oficial, a convenciones que mi juicio, libre de toda traba, rebasa totalmente. Así, para el señor Ostria Gutiérrez, el gobierno del señor Siles no es un gobierno de facción porque reposa en dos partidos; pero para mí, estos dos partidos, uno de los cuales se ha formado precisamente al calor de este gobierno y tiene, por tanto, una discutible identidad, no son sino una facción de la burguesía boliviana. Sabemos demasiado el valor que se puede conceder a los partidos en nuestra política suramericana, tan dominada por los personalismos. Los partidos, en estos escenarios, se componen y descomponen con asombrosa facilidad en torno a las personalidades. Poco representaba la fuerza gubernamental de los nacionalistas y republicanos —divididos los últimos en dos ramas—, ante la oposición de Saavedra, Montes, Escalier, etc., que ahora se estrechan la mano, aunque no sea sino precariamente, en un frente único, del que se beneficia, también por el momento, el gobierno del señor Siles. El señor Ostria Gutiérrez, en su íntima consciencia de intelectual, convendrá en que los dos estamos en nuestro papel, con una circunstancia a mi favor: la de que mi crítica no está embarazada por obligaciones ni responsabilidades de funcionario. Siento una gran amistad por el pueblo boliviano, por sus buenos intelectuales, con algunos de los cuales cultivo las mejores relaciones; pero no tengo ninguna simpatía por el gobierno del señor Siles, como no la tendría por el gobierno de un Escalier, un Montes, etc.

Esta explicación de mis puntos de vista, me exime de toda réplica.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1087, 29 de diciembre de 1928. Incluido en *Temas de Nuestra América* (1959) pp. 33-35. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 422-423.

EPISTOLARIO

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A SAMUEL GLUSBERG *

Lima, 10 de enero de 1927 (1928)
Señor don Samuel Glusberg
Buenos Aires.

Acabo de recibir unas líneas de Ud. que me apremian a satisfacer el deseo de escribirle. Creo no haber contestado su carta del 1 de noviembre sino con el envío de los ejemplares de *Amauta* y el retrato que me pedía. Ud. me perdonará todos estos retardos considerando las ocupaciones que me ha impuesto la reorganización de *Amauta*.

He transmitido su encargo a Garro, a quien he hecho llegar su carta. Está animado del propósito de poner enseguida manos a la obra. Aprovechará, seguramente, sus vacaciones (es profesor además de literato) para esta traducción. Me ha dicho que le escribirá enseguida.

He conseguido reanudar la publicación de *Amauta* en Lima. Pero, naturalmente, los azares de la política criolla pueden, después de un tiempo, interrumpirla otra vez. La policía peruana no sabe distinguir entre especulación ideológica y conspiración o montonera. Si *Amauta* sufriera una nueva clausura, renunciaría a la tarea de rectificar el juicio de esta gente y me dirigiría a Buenos Aires donde creo que mi trabajo encontraría mejor clima y donde yo estaría a cubierto de espionajes y acechanzas absurdas.

Le remito con *Amauta*, dos ejemplares de *Tempestad* en los *Andes*, último libro de Minerva y primero de la Biblioteca *Amauta*, en la cual publicaré enseguida una selección de la obra completa de nuestro gran poeta José M. Eguren y un libro mío: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Tengo otro libro de tema internacional, como *La Escena Contemporánea*, al cual titulo *Polémica Revolucionaria*. No lo podría dar enseguida a luz por Minerva, porque se diría entonces que no edito casi sino mis libros. Deseo saber, por esto, si podría editarlo *Babel*. Yo tomaría a firme 300 ejemplares para la venta en Lima y, al menos otros tantos podrían enviarse en consignación, bajo mi responsabilidad, a los agentes de provincias que yo indicase. De *La Escena Contemporánea* se vendieron fácilmente 1500 ejemplares, de modo que la cifra no es optimista en demasía. El volumen del libro sería el de *La Civilización Manual y otros ensayos* aproximadamente. La parte principal se contrae a la crítica de las tesis

* Archivo Mariátegui. Mecanografiada. Membrete de *Amauta*. Fechada el 10 de enero de 1927, pero se trata de un lapsus del autor, siendo con toda evidencia una respuesta a las cartas de Samuel Glusberg del 1° de noviembre y de diciembre de 1927. Publicada en *Textual*, Lima, núm. 5-6, diciembre de 1972, pp. 15-16. *Polémica Revolucionaria* es el título primitivo del libro que se titulará *Defensa del Marxismo. Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1874-1876.

reaccionarias y democráticas más en circulación y actualidad (Massis, Rocco, Maeztu, Ford, Wells, etc.) Hago a mi modo la defensa de Occidente: denunciando el empeño conservador de identificar la civilización occidental con el capitalismo y el de reducir la revolución rusa, engendrada por el marxismo, esto es por el pensamiento y la experiencia de Europa, a un fenómeno de barbarie oriental. Me interesaría tener a la vista las réplicas de Lugones a sus impugnadores (Molina, etc.) Si Ud. me las pudiera facilitar se lo agradecería mucho.

¿Podemos canjear algunas ediciones de *Minerva* con ediciones de *Babel*, de las menos conocidas en Lima?

Le remitiré algunos recortes sobre mi persona. Aunque soy un escritor muy poco autobiográfico, le daré yo mismo algunos datos sumarios: Nací el 95. A los 14 años, entré de alcanza-rejones a un periódico. Hasta 1919 trabajé en el diarismo, primero en *La Prensa*, luego en *El Tiempo*, finalmente en *La Razón*, diario que fundé con César Falcón, Humberto del Águila y otros muchachos. En este último diario patrocinamos la reforma universitaria. Desde 1918, nauseado de política criolla —como diarista, y durante algún tiempo redactor político y parlamentario conocí por dentro los partidos y vi en zapatillas a los estadistas— me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismos finiseculares, en pleno apogeo todavía. De fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí más de dos años en Italia, en donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y un hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época, señalan las estaciones de mi orientamiento socialista. A mi vuelta al Perú, en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes y la Universidad Popular, artículos, expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de investigación de la realidad nacional, conforme al método marxista. En 1924, estuve como ya le he contado a punto de perder la vida. Perdí una pierna y quedé muy delicado. Habría seguramente curado ya del todo, con una existencia reposada. Pero ni mi pobreza ni mi inquietud intelectual me lo consienten. Desde hace seis meses, mejoro poco a poco. No he publicado más libro que el que Ud. conoce. Tengo listos dos y en proyectos otros. He ahí mi vida, en pocas palabras. No creo que valga la pena, hacerla notoria. Pero no puedo rehusarle los datos que Ud. me pide. Me olvidaba: soy un autodidacto. Me matriculé una vez en Letras en Lima, pero con el solo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extra-universitario y tal vez sí hasta anti-universitario. En 1925 la Federación de Estudiantes me propuso a la Universidad como catedrático de la materia de mi competencia; pero la mala voluntad del Rector y, secundariamente, mi estado de salud, frustraron esta iniciativa.

Le he escrito más largamente de lo que al comenzar me proponía. Pero, por supuesto, esto me complace mucho.

No he recibido el segundo número de los *Cuadernos de Oriente y Occidente* que están muy bien, como todo lo que se edita con su intervención.

Estoy muy reconocido a Gerchunoff por su deseo de que forme parte del personal de colaboradores de su diario. Creo que, aunque no vaya por ahora a Buenos Aires, me será posible colaborar desde aquí.

En el próximo número de *Amauta*, salen notas sobre algunos libros de *Babel*.

Con sinceros votos para el año que empieza, lo saluda afectuosamente su amigo y compañero.

José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A NICANOR A. DE LA FUENTE *

Lima, 30 de enero de 1928.
Sr. Nicanor A. de la Fuente
Chiclayo.

Muy estimado compañero:

Contesto su apreciada carta del 16 de enero que me informa de la solicitud con que se ocupa Ud. en el encargo de *Amauta*. Espero que la reanudación nos permita conseguir en Chiclayo el número de accionistas que calculamos al principio, cuando remitimos a Ud. y a C. Arbulú Miranda, en total, doce recibos por la primera cuota.

Dos de sus poemas aparecen en el No. en prensa, que estará listo mañana. El tercero saldrá en el No. siguiente. Aunque, poeta por excelencia, creo que no nos debe Ud. enviar sólo versos. Entiendo que escribe Ud. también cuentos y los reclamo para *Amauta*.

No he recibido el No. de *Albores*. No obstante mi exceso de trabajo, les mandaré alguna breve colaboración, apenas disponga de tiempo.

De Carlos Arbulú M. no tengo noticias desde hace mucho tiempo. La administración ha recibido últimamente nuevos ejemplares devueltos por

* Archivo Mariátegui. Mecanografiada. Membrete de *Amauta*. Los dos poemas anunciados para el número inminente son «Naturaleza Muerta» y «Y va uno para la costurera», *Amauta* (Lima), núm. 11, enero de 1928, pp. 26 y 36. El tercero es «Nocturno» publicado en *Amauta* (Lima), núm. 13, marzo de 1928. p. 14. *Mariátegui Total*, Tomo I. P. 1879.

él. Dígame que debe fijar una cifra más aproximada de la cantidad de ejemplares que puede absorber esa agencia para que no continuemos con estos viajes de ida y vuelta de la revista. Me explico que en el primer momento su optimismo agrandase las expectativas de *Amauta*, pero ya es tiempo de establecer una base más precisa.

Con saludos de Bazán y otros compañeros, lo abraza cordialmente su afmo. amigo.

José Carlos Mariátegui

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING*

Lima, 12 de marzo de 1928

Muy estimado compañero:

No he tenido respuesta de Ud. a la carta en la que le anunciaba la aparición de *Amauta*, ni he recibido el número de *Social* en que publicó Ud. el artículo que le envié para su revista. Pero atribuyo esto a las irregularidades del correo que, durante varios meses, me ha tenido sujeto a una censura molesta que no ha aflojado sino cuando los censores se han dado cuenta de que con esta red no cazaban sino correspondencia de colegas míos y de agentes de *Amauta*, de ningún interés para la policía. Le ruego enviarme *Social*. La administración de *Amauta* le mandó el ejemplar del No. 10 para que encargara Ud. la venta de la revista a una librería de La Habana. Nos ha escrito, supongo que por insinuación de Ud., José A. Foncueva, ofreciéndose para propagar *Amauta* en Cuba.

Le encarezco hacer llegar a Tristán Marof la carta adjunta y le reitero las protestas de mi amistad devotísima.

José Carlos Mariátegui.

* Archivo de Roig de Leuchsenring, La Habana. Mecanografiada. Membrete de José Carlos Mariátegui. La fecha va al pie de la firma (Lima, 12 de marzo de 1928). *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1892.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A MARIO NERVAL*

Lima, 14 de marzo de 1928

Estimado amigo y compañero:

Desde que el amigo Marof me remitió de Arequipa su carta, vengo aplazando a mi pesar la satisfacción de escribirle. Tengo un trabajo superior a mis fuerzas que me impide ocuparme de mi correspondencia. El régimen médico a que estoy sujeto me impone cierto reposo que sólo en pequeña parte puedo concederme.

Tristán Marof estuvo de paso por Lima algunas horas. Las pasamos juntos, charlando de amigos de aquí y de allá. Él y su mujer hicieron muy grato recuerdo de Ud.

Le recuerdo su promesa de colaborar en *Amauta*. Y agradezco su solícita cooperación.

Y muy cordialmente lo abrazo y me repito su afmo. amigo y compañero.

José Carlos Mariátegui.

Arch. M. Man. Membrete de *Amauta*.

* Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1892.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A LA CÉLULA APRISTA DE MÉXICO *

Lima, 16 de abril de 1928¹

Compañeros:

No había contestado hasta hoy la carta de la célula suscrita por Magda Portal, en espera de una carta de Haya de la Torre que me precisase mejor el sentido de la discrepancia: «Alianza o partido». La carta de la célula me supone simplemente influido por el Secretariado de Buenos Aires la Ucsaya, etc., o, por lo menos, pretende que mis observaciones son en esencia las mismas. Hasta la reaparición de *Amauta* he permanecido sistemáticamente privado por la censura de mis canjes y correspondencia, de modo que no he conocido en su oportunidad ni el número de *La Correspondencia Sud Americana* en que —según he sabido después sin obtener el ejemplar— aparecieron las observaciones del Secretariado de Buenos Aires, ni la tesis de la Ucsaya, ni nada por el estilo. Sólo recientemente he vuelto a recibir *El Libertador*; desde que la censura ha comprobado que en mi casilla no intercepta sino correspondencia intelectual o administrativa, sin importancia para sus fines. Por otra parte, creo haber dado algunas pruebas de mi aptitud para pensar por cuenta propia. De suerte que no me preocuparé de defenderme del reproche de obedecer a sugerencias ajenas. Este había sido, también, un motivo para que no me apresurase a responder a la carta de la «célula».

Pero como no tengo hasta hoy ninguna aclaración de Haya, a quien escribí extensamente, planteándole cuestiones concretas —por la vía de Washington, en diciembre— y llegan, en cambio, noticias de que ustedes están entregados a una actividad con la cual me encuentro en abierto desacuerdo, y para la cual ninguno de los elementos responsables de aquí ha sido consultado, quiero hacerles conocer sin tardanzas mis puntos de vista sobre este nuevo aspecto de nuestra discrepancia.

La cuestión: el «APRA: alianza o partido», que Uds. declaran sumariamente resuelta, y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el APRA se titula alianza y se subtitula frente único, pasa a segundo término, desde el instante en que aparece en escena el Partido Nacionalista Peruano, que ustedes han decidido fundar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y provincias. Recibo correspondencia constante de provincias, de intelectuales, profesionales,

* En *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre, t. II, pp. 296-298. *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1898.

¹ Miguel Aragón y Juan Zenón Gutiérrez han expresado dudas y argumentos razonables para la clasificación de esta carta: ambos coinciden en que pudo ser escrita meses después de la fecha que se indica.

estudiantes, maestros, etc.; y jamás en ninguna carta he encontrado hasta ahora mención del propósito que Uds. dan por evidente e incontrastable. Si de lo que se trata, como sostiene Haya en una magnífica conferencia, es de descubrir la realidad y no de inventarla, me parece que Uds. están siguiendo un método totalmente distinto y contrario.

He leído un «segundo manifiesto del comité central del partido nacionalista peruano, residente en Abancay». Y su lectura me ha contristado profundamente; 1° porque, como pieza política, pertenece a la más detestable literatura eleccionaria del viejo régimen; y 2° porque acusa la tendencia a cimentar un movimiento —cuya mayor fuerza era hasta ahora su verdad— en el *bluff* y la mentira. Si ese papel fuese atribuido a un grupo irresponsable, no me importaría su demagogia, porque sé que en toda campaña un poco o un mucho de demagogia son inevitables y aún necesarios. Pero al pie de ese documento está la firma de un comité central que no existe, pero que el pueblo ingenuo creerá existente y verdadero. ¿Y es en esos términos de grosera y ramplona demagogia criolla, como debemos dirigirnos al país? No hay ahí una sola vez la palabra socialismo. Todo es declamación estrepitosa y hueca de liberaloides de antiguo estilo. Como prosa y como idea, está esa pieza por debajo de la literatura política posterior a Billinghamurst.

Por mi parte, siento el deber urgente de declarar que no adheriré de ningún modo a este partido nacionalista peruano que, a mi juicio, nace tan descalificado para asumir la obra histórica en cuya preparación hasta ayer hemos coincidido. Creo que nuestro movimiento no debe cifrar su éxito en engaños ni señuelos. La verdad es su fuerza, su única fuerza, su mejor fuerza. No creo con Uds. que para triunfar haya que valerse de «todos los medios criollos». La táctica, la praxis, en sí mismas son algo más que forma y sistema. Los medios, aun cuando se trata de movimientos bien adoctrinados, acaban por substituir a los fines. He visto formarse al fascismo. ¿Quiénes eran, al principio, los fascistas? Casi todos elementos de más vieja impregnación e historia revolucionaria que cualquiera de nosotros. Socialista de extrema izquierda, como Mussolini, actor de la semana roja de Boloña; sindicalistas revolucionarios, de temple heroico, como Corridoni, formidable organizador obrero; anarquista de gran vuelo intelectual y filosófico como Massimo Rocca; futurista, de estridente ultraísmo, como Marinetti, Settimelli, Bottai, etc. Toda esa gente era o se sentía revolucionaria, anticlerical, republicana «más allá del comunismo» según la frase de Marinetti. Y ustedes saben cómo el curso mismo de su acción los convirtió en una fuerza diversa de lo que a sí mismos se suponían. La táctica les exigía atacar la burocracia revolucionaria, romper al partido socialista, destrozár la organización obrera. Para esta empresa la burguesía los abasteció de hombres, camiones, armas y dinero. El socialismo, el proletariado, era, a pesar de todos sus lastres burocráticos, la revolución. El fascismo por fuerza tenía una función reaccionaria.

Me opongo a todo equívoco. Me opongo a que un movimiento ideológico, que, por su justificación histórica, por la inteligencia y abnegación de sus militantes, por la altura y nobleza de su doctrina ganará, si nosotros mismos no lo malogramos, la conciencia de la mejor parte del país, aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral. En estos años de enfermedad, de sufrimiento, de lucha, he sacado fuerzas invariablemente de mi esperanza optimista en esa juventud que repudiaba la vieja política, entre otras cosas porque repudiaba los «métodos criollos», la declamación caudillesca, la retórica hueca y fanfarrona. Defiendo todas mis razones vitales al defender mis razones intelectuales. No me avengo a una decepción. La que he sufrido, me está enfermando y angustiando terriblemente. No quiero ser patético, pero no puedo callarles que les escribo con fiebre, con ansiedad, con desesperación.

Y no estoy solo en esta posición. La comparten todos los que tienen conocimiento de la propaganda de ustedes —propaganda que por otra parte no está justificada al menos por su eficacia— porque fracasará inevitablemente. - Hemos acordado una carta colectiva que muy pronto les enviaremos.

De aquí a entonces, espero recibir mejores noticias. Y en tanto los abrazo con cordial sentimiento.

José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A LUIS BUSTAMANTE*

Lima, 22 de abril de 1928

Querido Bustamante:

Casi simultáneamente recibo las cartas de Heyssen y de Ud. después de un buen tiempo de completa carencia de noticias de París. Por desgracia, no me va a ser posible contestarles extensamente enseguida por atravesar en estos momentos un periodo de depresión de mi salud y de mis fuerzas. A unos meses de estabilización de mi salud, durante los cuales me veo obligado a trabajar excesivamente para compensar el tiempo de interrupción o debilitamiento de mi labor, sigue invariablemente una crisis más o menos sensible y marcada. De julio a agosto pasados estuve muy mal: sufrí un derrame a la articulación, del cual curé después de una punción y

* Páez, Ángel. «Cuando la política se debatía a mano: las cartas inéditas de Haya y Mariátegui». *La República*, País – Política, Lima, 19 de noviembre del 2015. pp. 12 y 13, col. 2 p. 13. (Mecanografiada con membrete de Amauta). Del libro *El Libro Rojo*, Los Inicios T.II, Primera ed., septiembre 2015, p. 215. Fundación Armando Villanueva del Campo.

unos baños de sol en Chosica. I a partir de febrero último la articulación ha vuelto a empezar a molestarme. Me he sometido a un tratamiento enérgico; pero parte de este tratamiento es cierto reposo que no puedo acordarme.

Le hemos enviado al Consulado diez ejemplares de los tres últimos de «Amauta». Le mandaremos también, dado que en París una numerosa colonia cuzqueña e indigenista, «Tempestad en los Andes», el libro de Valcárcel. Contra todas las dificultades y miserias del medio, vamos reorganizando «Amauta», que sufrió gran quebranto con la suspensión. Hemos constituido una sociedad editora, en cuyas ediciones aparecerá en breve un libro mío. Me propongo responder largamente las observaciones y preguntas de Uds. Entiendo que Cox les ha comunicado en parte mis puntos de vista. Pero en el intervalo de estas cartas, se han producido hechos que ahondan la divergencia entre el grupo de México y el nuestro. Las cartas de Ud. y de Heyssen no corresponden a la nueva situación, de modo que necesitamos conocer exactamente lo que Uds. piensan sobre el artificialísimo Partido Nacionalista concebido en México por nuestros camaradas de allá y sobre la no menos artificialísima agitación electoral o electorera que intentan promover con los más gastados y pésimos recursos de la vieja técnica política. Para mí esta conducta, mientras no me sea explicada satisfactoriamente, —que lo dudo, porque las instrucciones o recomendaciones venidas al respecto son peores, aunque el papel editado en New York con el título de manifiesto del Partido Nacionalista— constituye una gran decepción. He escrito a los compañeros de México la carta que le adjunto en copia, para que conozcan Uds. mi posición en este debate que ya no puede permanecer reducido a un monótono y estéril canje de puntos de vista con los amigos de México solamente. Con muchos afectuosos saludos de los míos y de los compañeros que me frecuentan, lo abraza fraternalmente su amigo y compañero.

Rúbrica: José Carlos

P.S. abrazos a Heyssen y Rabines, a quienes escribiré pronto. Dígale a Rabines que no he tenido respuesta a la carta que le dirigí a fines de año anunciándole la reaparición de «Amauta».

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A CARMEN SACO *

Lima, 8 de junio de 1928

Camarada Carmen Saco:

Como colaboradora y miembro del Directorio Administrativo de *Amauta*, lleva Ud. la representación de nuestra Revista a todos los países que visite.

Le confiamos especial encargo de saludar a nuestro nombre a los grupos de vanguardia con los que trabe relación, de establecer canje de *Amauta* con las revistas de ideas y arte que nos interesan y de enviarnos impresiones y dibujos de sus viajes.

Con el afecto y la simpatía de todos los que trabajamos en *Amauta*, le estrecha la mano cordialmente su

afmo. amigo y camarada
José Carlos Mariátegui

Arch. M. Mec. Membrete de *Amauta*. Al final sello con las palabras: Por la Sociedad Editor «Amauta» [firma] Director.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A MIGUEL ÁNGEL URQUIETA*

Lima, 30 de junio de 1928

Mi querido Urquieta:

Ud. me perdonará que sólo ahora conteste su carta del 10 de abril y agradezca la generosidad, absolutamente suya, de esa nobilísima epístola a Bustamante y Ballivián, al saber que he estado muy enfermo, tanto que han transcurrido dos meses sin que escriba una línea. Es posible que haya Ud. advertido la ausencia de mi firma en las revistas de acá, si no una noticia pública en el N° 14 de *Amauta*. He estado bastante mal. Me siento convaleciente desde hace pocos días, después de una pequeña intervención quirúrgica que precede a otra mayor. El Dr. Quesada, que se ha hecho cargo de la parte quirúrgica de mi tratamiento, es por fortuna muy optimista y me asegura mi completa curación en un plazo de ocho a diez meses.

Le ruego decir todo mi reconocimiento a Bustamante por sus abrumadoras palabras. Tengo que protestar, por honradez, contra el calificativo exorbitante que a Uds. les dicta su cariño. Yo no creo ejercer un apostolado, porque, en primer lugar, no aspiro a él y, en segundo lugar, el apostolado requiere condiciones proselitistas de las que carezco demasiado. No soy sino un agitador intelectual. Mi temperamento es demasiado crítico y raciocinante, para que se me conceda otra función. He luchado por elevarme sobre la miserable limitación del literato, del periodista, entre nosotros y no sólo entre nosotros. He ahí todo mi mérito.

* Reproducida en *Anuario Mariateguiano* (Lima), núm. 10, 1998, pp. 16-17.

Sobre lo que Ud. me pregunta, tendría no poco que decirle, pero esta carta no puede ser, contra mi deseo, muy extensa. Tengo una enorme cantidad de trabajo acumulado a consecuencia de mi enfermedad. Debo, por esto, ser breve. -En dos palabras, le diré que, siendo como soy, y los compañeros de México lo saben, absolutamente extraño a la aptitud y los móviles de Hurwitz y Terreros, no apruebo, por mi parte, la orientación que desde hace algún tiempo imprime Haya al Apra, concebida al principio como frente único y alianza —su nombre lo declara— y definido luego como partido, lo que supone una homogeneidad de opinión y filiación que no cabe esperar ni pretender. En varias cartas a los compañeros de México, y al propio Haya, he expuesto mis observaciones, sin conseguir que entiendan mi punto de vista. Yo no pretendo que mi opinión prevalezca; pero en todo caso, reclamo una decisión que sea efectivamente el parecer de la mayoría de los elementos, muy pocos todavía, realmente afiliados al Apra. Sostengo que existen elementos, gérmenes, de organización del Apra; pero no el Apra mismo como aquello que su nombre designa. Me opongo a una campaña de *bluff*. Reclamo más seriedad. Y, mantenida la definición de partido, reivindico absolutamente mi independencia y la de *Amauta*. -En este estado, el debate ha empezado una ilusa campaña a favor de la candidatura de Haya a la presidencia, en el nombre de un llamado partido nacionalista. Si esto surgiese espontáneamente de simpatizantes no obligados a respetar nuestra ideología y su congrua praxis, no diría nada. Pero un movimiento de esta clase no existe; que los esfuerzos —destinados a caer en el vacío— de los que intentan provocarlo, parten del propio núcleo de los deportados del Apra. Y, aunque hasta ahora, con el objeto de evitar toda mala inteligencia de este desacuerdo, y su resonancia fuera de nuestras filas, he mantenido en estricta reserva la controversia, no puedo abstenerme de informar a compañeros como Ud. de mis puntos de vista. Para completar esta información, le enviaré copias de unas cartas dirigidas a México.

No he recibido últimamente de Ud. nada para *Amauta*. Reclamo su colaboración. Ud. sabe cuánto lo estimo. Ud. pertenece por derecho propio a la plana mayor de *Amauta*. No necesito recordárselo.

En espera de sus noticias, que deben venir dirigidas a A. M. Chiappe, Washington izquierda 544-970, Lima. Lo abraza fraternalmente su affmo. amigo y compañero

José Carlos Mariátegui

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A SAMUEL GLUSBERG *

Lima, 4 de julio de 1928.
Señor don Samuel Glusberg
Buenos Aires

Muy estimado compañero:

Tengo que explicarle por qué no le he escrito en tanto tiempo. He atravesado una crisis en mi salud y durante más de dos meses no he podido escribir una línea. Ahora tengo un saldo de trabajo, del cual voy ocupándome poco a poco. Por fortuna, los médicos se manifiestan muy optimistas respecto al tratamiento que sigo actualmente. Quesada, un gran cirujano de aquí, está seguro de curarme en un plazo de ocho a diez meses y de ponerme en condiciones de caminar con una pierna ortopédica. Me ha contagiado su seguridad.

A causa de mi enfermedad, no he podido revisar ni ordenar los originales el libro ofrecido a *Babel*. Acepto titularlo de otro modo, conservando como subtítulo «Polémica revolucionaria». Igualmente acepto las condiciones de la edición, contenidas en su carta al respecto, la última que de Ud. he recibido.

He visto el prospecto de *La Vida Literaria*. Anunciaré su aparición en *Amauta* y la comentaré en la sección respectiva. Gustoso colaboraré en sus páginas. Le mandaré pronto un artículo con algunas noticias literarias del Perú.

Le adjunto unos recortes: el de una nota sobre *España Virgen* de Waldo Frank y el de un artículo en que, incitando a una campaña prolibro en este ambiente somnoliento, me refería a la exposición organizada por Ud. el de la recensión de *España Virgen*, le ruego remitirlo a Waldo Frank cuando le escriba, porque no tengo otro. -Me comprometo a gestionar, cuando Waldo Frank llegue a Buenos Aires, la invitación de la Universidad de Lima para que visite el Perú. En la Facultad de Letras no faltan catedráticos amigos. Con la reforma han entrado otros más próximos que se ocuparán de buen grado de esta invitación. Esto, además de que es fácil que la iniciativa encuentre entusiasta acogida de los estudiantes. -Frank tiene ya el cartel que corresponde a su *España Virgen*. La traducción de otras obras suyas lo acrecentará. -Entre los intelectuales, algunos lo han leído en inglés y en francés. Estoy muy contento de haber sido aquí tal vez el primero en recomendarlo a la curiosidad de la gente de letras.

No he visto a Garro últimamente. Sé que ha tenido un duelo en su familia y que ha estado algunos días fuera de Lima. Supongo que lo tendrá a Ud. directamente informado de su trabajo.

* Archivo Mariátegui. Mecanografiada. Membrete de *Amauta* (Lima), 4 de julio de 1928. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1907.

Va a Buenos Aires, con el objeto de exponer sus óleos y xilografías en el salón de los «Amigos del Arte», nuestro gran pintor José Sabogal. En *Amauta* y alguna otra revista, ha visto Ud. sin duda cosas suyas. Es un artista y un hombre, en la más noble acepción de ambas palabras. Me permito recomendárselo, aunque Sabogal se recomienda solo por su obra, porque a veces en las grandes ciudades el tráfico de la calle no deja oír bien una nota de arte puro. Ud. puede hacer bastante porque Sabogal sea debidamente apreciado, presentándolo a Gerchunoff, Lugones y otros colegas de autoridad.

Sabogal me ha dejado esta dirección en Buenos Aires: Agrelo No. 3538. Además, en la Legación del Perú darán razón del él.

Hace meses le enviamos certificado con los primeros números de la segunda época de *Amauta*, el libro *Tempestad en los Andes* de Valcárcel. Remitimos *Amauta* como canje a *Babel*, a *Cuadernos de Oriente y Occidente* y a *La Vida Literaria*. —Puede Ud. enviarnos 20 ej. de esta última revista para su venta en la librería. Le haremos toda la propaganda necesaria.

En espera de sus gratas noticias, le estrecha la mano muy cordialmente su afmo. amigo y compañero.

José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A NICANOR A. DE LA FUENTE *

Lima, 7 de julio de 1928
Señor Nicanor A. de la Fuente.
Chiclayo.

Muy estimado compañero:

Contesto sólo ahora su carta del 21 de mayo, porque hace pocos días que mis fuerzas convalecen. He sufrido una nueva crisis en mi salud, como es posible que ya sepa Ud. Mi primer pensamiento es para todos los excelentes camaradas que en este tiempo me han hecho llegar sus palabras de amistad y simpatía.

En el No. 15 de *Amauta* habrá encontrado Ud. sus poemas, así como el magnífico prólogo de Orrego, que con placer hemos anticipado al público. El aviso saldrá en el número próximo. Por no haber tenido a la mano su carta, cuando se armaba el número —estaba aún enfermo— dejó de publicarse en el N.º 15.

No he recibido directamente ningún número de la revista que ahí publica un grupo de jóvenes, con Becerra creo a la cabeza; pero, por intermedio de un amigo, he conocido el N.º que reproduce el cariñoso

recuerdo de Blanca Luz. Agradézcales, a mi nombre, su simpatía, y dígales que por mi estado de salud no les escribo.

La circulación de *Amauta* en Chiclayo, según me avisan de la administración, ha bajado sensiblemente. Es cierto que la anterior, por el monto de las devoluciones, arrojaba un total ficticio. Estoy seguro de que Arbulú, para quien le adjunto una carta, querrá estimular eficazmente el celo de nuestros amigos.

A Ud. por su gestión le debemos todo nuestro reconocimiento.

Salude al Dr. Revilla, al Dr. Bazán, y reciba un abrazo cordial de su amigo y compañero, que mucho le estima y recuerda.

José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A LUIS CARRANZA *

Lima, 10 de julio de 1928
Señor Dr. D. Luis Carranza
Piura

Muy estimado amigo:

Convaleciente de una nueva crisis en mi salud, regreso gradualmente a mi labor. Entre las primeras cartas con que reanudo mi correspondencia con los amigos del Perú y del extranjero, está la presente carta, que le lleva la expresión de mi más cordial y constante recuerdo.

Chávez Sánchez me informó del bondadoso interés de Ud. por tener noticias de mi salud. —Después de su visita, me he repuesto bastante. Con la crisis me ha visitado esta vez la esperanza. El Dr. Quesada, que se ha encargado de la parte quirúrgica de mi tratamiento, se manifiesta seguro de curarme en el plazo de unos meses. Me prepara para una operación que me pondrá en condiciones de caminar con una pierna ortopédica. Yo comparto su voluntad y su optimismo.

Confío en que vuelva Ud. a colaborar en *Amauta*. —La medida que Ud. proponía en su artículo publicado en el N° 10, contra la explotación del indio, bastaría para liquidar la feudalidad en la sierra. Es una medida más capitalista que socialista, compatible con una economía liberal. Pero no se adoptará mientras el gamonalismo siga pesando como hasta ahora en la administración y en el parlamento.

* Archivo Baltazar Caravedo Carranza. Mecanografiada, salvo la PD. Lima, 10 de julio de 1928. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1909.

Pronto recibirá Ud. mi libro, que por mi enfermedad ha tardado en aparecer. -Esperamos el de López Albújar. -¿Recibió Ud. el ejemplar que le remitimos de *Tempestad en los Andes* de Valcárcel?

Le ruego publicar un aviso de *Amauta* en *El Tiempo*. Su texto puede ser el del que aparece constantemente en la revista, o algo más lacónico. En reciprocidad, publicaremos un anuncio de *El Tiempo* en todos nuestros números.

Haga presentes mis saludos a los amigos y reciba el más cordial apretón de manos de su afmo. amigo y colega,

José Carlos Mariátegui.

P. D.- Saludos especiales a Augusto Moscol.

DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A ROMAIN ROLLAND *

Lima, 20 de julio de 1928
Mr. Romain Rolland
Villeneuve.

Très admiré ami et maître:²

* Archivo Mariátegui. Mecanografiada, salvo las líneas finales sobre el portador de la carta, manuscrita. Membrete de *Amauta*, Borrador sin firma. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1910.

² Traducción:

Muy admirado amigo y maestro: Creemos que *Amauta* no le sea desconocida. La hemos enviado a Ud. a partir de su aparición y aunque Ud. recibe muchos periódicos, libros y revistas que sin duda Ud. no tiene el tiempo de hojear, tal vez el mensaje de la joven América Latina no escapa a su generosa atención. Conocemos su gran interés humano por todo lo que pertenece a un mundo nuevo. En las páginas de *Amauta* Ud. encontrará el testimonio del respeto que tenemos por su pensamiento y su obra. Queremos agradecerle especialmente su defensa noble y honrada de la revolución rusa que sigue siendo para todos los revolucionarios del nuevo mundo la más grande experiencia contemporánea. Todas nuestras esperanzas se apoyan en esta revolución. Si Ud. quiere dirigir su palabra a América Latina seremos muy felices si hace de *Amauta* la portadora de su mensaje. Nuestra América le quiere y le admira mucho más de lo que Ud. piensa. Toda una generación ha sido despertada en parte por su *Jean Cristophe* y por su protesta contra la guerra. Sírvase aceptar nuestro saludo y consideramos entre sus amigos más devotos. El portador de esta carta, Mr. Jean Otten, es un joven estudiante suizo que ha vivido entre nosotros dos años y medio. Ha aceptado con entusiasmo la idea de visitarle en nombre de *Amauta*.

Nous croyons que *Amauta* ne vous ai pas inconnue. Nous vous l'avons envoyée depuis sa parution et bien que vous recevez beaucoup de journaux, livres et revues que sans doute vous n'avez pas le tems de feuilleter, peut être le message de la jeune Amérique Latine n'échappe pas à votre genereuse attention. Nous savons votre grand intérêt humain pour tout ce que appartient a un monde nouveaux.

Dans les pages de *Amauta* vous trouverez le temoignage de le respect que nous avons a votre pensée et a votre oeuvre. Nous voulons vous remercier specielment votre noble et honnête defense de la revolution russe qui reste por tous les revolutionnaires du monde nouveaux le plus grand experiment contemporaine. Toute notre espoir s'attache a cette revolution.

Si vous voulez adresser votre parole a l'Amérique Latine, nous serons très hereux si vous faite *Amauta* porteuse de votre message. Notre Amérique vous aime et vous admire beaucoup plus que vous y pensez. Toute une generation a été eveillé en partie par votre *Jean Cristophe* et par votre proteste contre la guerre.

Veillez bien agreer notre salutations et nous compter parmi vos amis les plus devoués.

Le porteur de cette lettre, Mr. Jean Otten, est un jeune etudiant suisse qui a vecu entre nous deux annés et demi. Il a accepté avec entousiasme l'idée de vous visiter a nomme de *Amauta*.

DENUNCIANDO CALUMNIAS * 3

Lima, 25 de julio de 1928
Sr. D. Joaquín García Monge
San José.

Muy estimado compañero:

En el N° 21 de *Repertorio Americano* leo un artículo del señor Cristóbal de Castro sobre Gorki y el Soviet, tomado de *La Libertad* de Madrid. La selección habitual del material de *Repertorio* otorga a ese artículo arbitrario y mendaz un lugar inmerecido en la atención de los lectores de tan apreciado y representativo periódico. Esta me parece una razón decisiva para oponer a tiempo a las caprichosas aserciones del cronista de *La Libertad* un desmentido, para el cual me siento tan autorizado como

* En *Repertorio Americano*, t. XVII, núm. 9, San José Costa Rica, septiembre 1°, 1928, p. 139.

³ Véase: relacionado con la calumnia, en *Amauta* «Documentos», núm.17, septiembre de 1928, p. 95.

cualquiera de los colaboradores de *Repertorio* que siga —aunque sea desde lejos— el trabajo de Máximo Gorki y sus relaciones con la Rusia soviética.

Acucioso instigador del odio burgués a la Revolución, el señor Cristóbal de Castro no ha encontrado mejor manera de servir este odio que inventar a Gorki un repudio absoluto de los soviets y a éstos una cainita persecución del insigne novelista. De esta persecución habrían pretendido desagraviarlo —según el señor de Castro— con el homenaje que le han tributado en su sexagésimo cumpleaños.

Todas las aseveraciones del artículo mencionado son temerariamente falsas. El júbilo, el clamor con que el pueblo ruso ha saludado el retorno de Gorki a su patria, refrendan plebiscitariamente el homenaje soviético. Y, contra todo lo que es capaz de afirmar don Cristóbal de Castro, Gorki ha vuelto a Rusia solicitado por un irresistible y espontáneo impulso interior.

Gorki es, como escribe Víctor Serge, el «testigo» de la revolución, el testigo lúcido, alerta, ferviente. Serge define con certeras palabras este papel: «Gorki sabía, veía, juzgaba, comprendía todo. Veía lejos, veía justo, de una manera que le era propia (y que además no era la “nuestra”...) Otros que hacían la revolución veían infinitamente mejor que él, que no aspiraba a este rol, lo que se debía hacer, los fines y los caminos. Estos no tenían la aptitud de ahondar en el contenido humano de sus propios actos, de comprender al enemigo de otro modo que, como enemigo, de ver la revolución diversamente que como una grande y ruda tarea por proseguir sin debilidad. Gorki era su igual y su hermano; pero un hermano “diferente”. La historia es hecha por las masas; pero las masas se encarnan en hombres en las horas críticas de la historia. En esta hora de la Revolución había un hombre que era el cerebro de la República, otro que era su voluntad de vivir y su espada, un tercero inflexible y probo que era el Terror. Gorki era el testigo».

Me parece difícil precisar mejor la misión, el sino de Gorki frente a la revolución rusa. El testimonio del gran escritor no acepta tergiversaciones. Ningún testimonio ha sido, sin embargo, tan tenazmente invocado y mistificado por los enemigos de los soviets. Cuando Gorki, urgido por su campaña a favor de las víctimas del hambre, más que por su estado de salud, salió de Rusia en 1921, la prensa burguesa propagó las más insidiosas conjeturas sobre sus relaciones con los soviets. En diciembre de 1922 visité a Gorki en Saarow Ost (1)⁴. Le escuché entonces un terminante desmentido de las palabras que se le atribuían. Gorki, de incógnito en Saarow Ost, se negaba a todo reportaje. Esto no obstaba para que las agencias telegráficas difundiesen entrevistas a Ias que jamás se había prestado. Su posición no había cambiado: su admiración a Lenin, de la cual

⁴ En *La Escena Contemporánea* hay un artículo que cuenta esta entrevista [Nota de JCM a pie de página para referirse del artículo «Máximo Gorki y Rusia» en dicha obra de 1925 (1959, pp. 173-177)]

dan fe páginas archinotorias, se mantenía intacta. Volvería a Rusia apenas su salud lo consintiese y su trabajo lo reclamase. Así ha sucedido: convalecidas sus fuerzas en Saarow Ost, Capri y Sorrento, Gorki ha regresado a Rusia, nostálgico de su gente, para escribir una novela de la vida obrera. *Los Artamonov*, su última obra, es una novela de la vida burguesa. La historia de los Artamonov concluye cuando la revolución empieza. Para su nuevo trabajo, Gorki necesita documentarse en la misma Rusia.

Como vemos, no faltan, hoy mismo, periodistas inescrupulosos que mienten en torno a este tema. El señor Cristóbal de Castro, en su artículo de *La Libertad*, desahoga una vez más su encono inepto y mezquino contra la revolución rusa, exhumando los más desacreditados embustes acerca de la actitud de Gorki ante los soviets. Al revés de Gorki novelista, el señor Cristóbal de Castro no ha menester de documentarse para tratar cualquier asunto. Tiene la osadía irresponsable del gacettillero para afirmar cualquier cosa, sin ningún temor de engañarse, sin ningún temor de engañar a sus lectores. Le bastan para escribir la historia los recuerdos dispersos de sus lecturas apresuradas y vulgares. Puede escribir la biografía de Gorki, sin haberse acercado jamás a su obra ni a su vida. *El hombre y los ex-hombres* se titula el lamentable artículo de este lamentable don Cristóbal, porque su autor tiene la curiosa sospecha de que el de los ex-hombres es el asunto central de toda la obra de Gorki. Afirma que «al estallar la revolución bolchevique, Máximo Gorki culminaba su apostolado por los ex hombres», confundiendo probablemente a los ex-hombres con el proletariado ruso. Esta afirmación sola es bastante para advertir que el señor Castro no conoce la obra de Gorki sino de oídas, por lo que se conversa sobre ella en los cafés. De otra manera, nadie habría podido formarse un juicio tan sumario y grosero.

Haré gracia al lector de los demás truculentos lugares comunes de que el cronista de *La Libertad* se vale para explicar a su modo la posición de Gorki ante los soviets. Me interesa denunciar su más flagrante y personal mentira: el eje mismo de su divagación.

No obstante su costumbre de servir a la glotonería de su público cualquier vulgaridad, el señor Cristóbal de Castro no habría escrito este artículo si no hubiese tenido algo que decir de la reciente novela de Gorki, aún no traducida, creo, al español. He aquí lo que dice: «En Capri, junto al mar azul, el apóstol de los ex-hombres fue metodizando sus cóleras por la reflexión y sus juicios por el documento hasta dar en su libro *Los Artamonov* un robusto resumen del comunismo al través de tres generaciones: el mujik, de la época de los siervos; el industrial dilapidador de la época zarista y el revolucionario bolchevique. Generación aldeana y crédula. Generación industrial y ambiciosa. Generación revolucionaria y tiránica. Las tres generaciones de Artamonov no sólo se dañaron a sí mismas, sino que quitaron la fe y la paz a los siervos, a los mujiks, a los obreros de toda Rusia».

Precisamente sobre este libro de Gorki he escrito —casi al mismo tiempo que el señor Cristóbal de Castro el suyo— el artículo que, en recorte de la revista peruana *Mundial*, le adjunto. (Me diferencia del señor Cristóbal de Castro el hábito de no comentar o resumir sino libros que he leído). Y me siento dispuesto a suponer que el señor de Castro no conoce *Los Artamonov* sino a través de uno de esos retazos de crónica, recogidos sin ningún discernimiento crítico, de que sin duda se sirve muchas veces para su trabajo periodístico. Porque, en caso de haber leído *Los Artamonov* su absurda interpretación lo dejaría en muy mala postura. Resultaría que el escritor de *La Libertad* no sólo está mal informado por gacetilleros presurosos y confusos, sino que es incapaz de informarse mejor por su cuenta. Habría leído *Los Artamonov* sin entender palabra del asunto.

Remito a los lectores al libro de Gorki (traducción italiana de Erme Cadei, Milán, Fratelli Treves). Les será fácil enterarse de que ni el asunto ni los personajes de *Los Artamonov* explican ni reflejan el comunismo. Las tres generaciones de la familia Artamonov que nos presenta Gorki son tres generaciones burguesas. El fundador de esta precaria dinastía de burgueses de provincia, procede del servicio de un príncipe, de quien la abolición de la servidumbre lo ha emancipado con un regular premio. Ilia Artamonov es un siervo emancipado como los que se encuentra en los orígenes de la burguesía de otros países. Es un campesino, pero no es propiamente un mujik. Proviene quizá de una generación aldeana y crédula, pero él mismo no lo es. En Ilia Artamonov se reconoce más bien el impulso creador, la codicia fecunda que mueve el surgimiento de toda burguesía. Toda la obra de la familia Artamonov —una fábrica y sus provechos— es obra del viejo ex-doméstico. De sus hijos, uno lo sucede en el comando de la fábrica; el otro, un jorobado, se refugia en un monasterio, del cual se evade después. Su sobrino Alejo, hijo natural de un noble y de una hermana de Ilia, adoptado por éste, tiene gustos de aristócrata, mezclados a una naturaleza basta, sin cultivo. Alejo se prolonga en su hijo Miron, un burgués de cierta facundia y presunción, contagiado de ideas reformadoras y progresistas, que miran el afianzamiento del poder de la burguesía contra el poder supérstite de la aristocracia. Otro de *Los Artamonov* de la tercera generación repudia la fábrica y la familia. Los repudia para entregarse al socialismo; pero escapa por este mismo acto, de manera definitiva, al argumento de la novela. Es un personaje ausente desertor. La ruina de los Artamonov tiene un testigo implacable: el viejo portero Ticon. Cuando la revolución sobreviene, habla por sus labios. Pero tampoco Ticon es comunista ni es obrero. No es sino un testigo rencoroso y desilusionado del drama de los Artamonov.

Todo en este libro —argumento, agonistas— es distinto y opuesto a lo que supone don Cristóbal de Castro en su artículo, que concluye atribuyendo a Gorki una niña de pocos años. (He visto en *Crítica* de Buenos Aires la fotografía en que aparece Gorki con esta niña y su madre. Y he reconocido en la última a la nuera de Gorki, la esposa de su hijo, la

intérprete gentilísima y políglota de mi charla de Saarow Ost con el célebre novelista).

Cuando las calumnias contrarrevolucionarias no salen de una prensa que tiene la misión de combatir y difamar la revolución rusa, no es posible ya afanarse en contrarrestarlas. Pero cuando como en este caso, logran alojarse en una tribuna honrada, hay que denunciarlas implacablemente.

Por esto, querido y admirado García Monge, no puedo resistir al deber de escribirle esta carta, para la cual solicito hospitalidad en las páginas de *Repertorio*.

Suyo devotísimo.
José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A JOSÉ MARÍA EGUREN*

6 de septiembre de 1928
Querido y admirado poeta:

Gracias por sus nuevas noticias. Me encanta su personal confirmación de mi juicio sobre la esencia de su arte: su gusto gótico. Comenzaba a escribirle con estas palabras mi respuesta a su anterior carta cuando me avisaron que su enviado se había ido ya, por descuido de la criada. Ahora, correspondiendo a su nuevo mensaje, reanudo el cortado discurso, muy actual en mi ánimo por estar corrigiendo las pruebas de mi estudio sobre Ud. que entra en mi libro en prensa: 7 Ensayos, etc. Posiblemente le pondré algunas notas, pero no lo tocaré absolutamente en sus líneas primitivas, porque reconozco totalmente ratificadas por mi indagación posterior, todas las apreciaciones que lo componen.

No tengo en este momento sus pruebas. Quedé ayer con La Fuente⁵ en enviárselas con él el domingo. Para toda consulta tendré en cuenta el teléfono que me indica. Le ruego numerar al margen en la prueba las composiciones, para que la armadura se ajuste a ese orden.

Mi enfermedad ha perturbado y demorado la ejecución de mi plan editorial, pero felizmente sigo mejor y podré reganar tiempo.

Le envío un número especial de «Transition» y un libro moderno italiano.

Gracias por todo, por su recuerdo, por los libros y un abrazo cordial de su affmo. amigo

José Carlos Mariátegui.

* Aporte para esta edición del investigador Miguel Ángel Aragón.

⁵ Probablemente se refiera al poeta Martín Adán.

Lima, 26 de septiembre de 1928

Mi querido Urquieta:

Que no le extrañe la tardanza conque contesto su carta del 10 de agosto. He pasado semanas enteramente atareadas por corrección de pruebas de mi libro en prensa en Lima, revisión de originales del libro que tengo comprometido con la editorial de Buenos Aires, el número de *Amauta* del segundo aniversario, que Ud. recibirá probablemente con esta carta, y otras cosas más, aparte de mi trabajo ordinario. Todo esto, pesando sobre fuerzas muy relativas y en convalecencia. No he podido escribir a ningún amigo y sólo hoy empiezo a dedicar algún tiempo a mi correspondencia.

El número de *Amauta* le advertirá a Ud. del punto al que ha llegado mi divergencia con los compañeros que desde México trabajan por un partido nacionalista, la candidatura de Haya y otras cosas del mismo género. Habría sido útil que Ud. hubiese aplazado su renuncia hasta tener conocimiento exacto de nuestros puntos de vista. Pero veo que la han apresurado motivos personales.

En lo tocante a México, Ud. sabe que, sin atribuir al gobierno de ese país una ideología precisamente socialista, y antes bien conviniendo en que la revolución es incidiada por dentro por elementos del antiguo régimen filtrados en las filas revolucionarias, mi posición no es la de Ud. Tampoco lo es en lo que respecta a Rusia. Si mis artículos no lo han informado cabalmente de mi juicio, le diré en una carta más extensa exactamente lo que pienso sobre esto. Pero no encuentro motivo en su opinión, para ninguna agresión... No he recibido los recortes anunciados por Ud. y quisiera que repitiese el envío para conocer ampliamente esta polémica.

El restablecimiento de relaciones con Chile me parece un suceso del cual no es posible sino congratularse, cualesquiera que sean las circunstancias que lo hayan decidido. Pero no coincido con Ud. en creer que nos toque aplaudir por él al gobierno peruano, a quien sobran las alabanzas de sus partidarios. En esto no estoy de acuerdo con Ud. aunque reconozco plenamente la sinceridad y la honradez de su gesto.

Mándeme siempre su colaboración para *Amauta*. Su discreción le permitirá darse cuenta de los límites de la tolerancia de la revista y evitar los tópicos políticos para preferir los literarios o artísticos. Un estudio sobre el problema del indio en Bolivia o en el Sur del Perú, sería también muy bien acogido.

* En *Anuario Mariateguiano* (Lima), núm. 10, 1998, pp. 18-19.

Desde que me propuse escribirle tengo el cargo de la administración de adjuntarle el incluso estado de cuenta. Soy responsable del retardo en la remisión.

Espero escribirle con más extensión muy pronto. Hasta entonces, me despido de Ud. con el afectuoso sentimiento de siempre.

Su devoto amigo y compañero

José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A CARLOS ARBULÚ MIRANDA *

Lima, 29 de septiembre de 1928

Querido Arbulú Miranda:

He querido escribirle más de una vez en las últimas semanas, después de su carta del 30 de julio, pero no he conseguido escapar a las exigencias del trabajo extraordinario que me imponen la corrección de las últimas pruebas de mi libro en prensa, la revisión de los originales del que debo enviar a Buenos Aires, etc. Sólo hoy, en la calle ya el N°. 17 de *Amauta*, que recibirá Ud. con la presente, si ésta alcanza también el primer correo, dispongo de tiempo para dedicar algunos momentos a mi correspondencia.

Hemos transformado como Ud. verá el formato de *Amauta* por razones técnicas y de presentación, aprovechando la oportunidad del comienzo de un año de existencia. Este formato es más coleccionable y su armadura mucho más fácil que la del formato antiguo. No sé aún si mantendremos el volumen de 108 páginas de este número de aniversario y, por consiguiente, su precio de 60 cts.; pero creo que a los lectores de *Amauta* no les parecerá excesivo un aumento a cambio del cual reciben un volumen tan nutrido.

El editorial se refiere, por una parte, al vanguardismo genérico e indefinido de los oportunistas habituales y, por otra parte, a cierta desviación que ha intentado propagarse en nuestras propias filas, a propósito del Apra. Yo he tenido con Haya primero y con el grupo de México después un largo debate, en el cual he sostenido con abundantes y claras razones que el Apra, como su mismo título lo dice, no debía ser un partido sino una alianza y he desaprobado posteriormente la propaganda con la cual se pretendía presentar la candidatura de Haya. He encontrado a los amigos de México reacios a rendirse a estas razones que, en cambio, han sido totalmente aceptadas por quienes aquí están más cerca de nosotros y, últimamente, por los compañeros de Buenos Aires, según carta de la cual le

* Archivo Mariátegui. Mecanografiada. Membrete de *Amauta*. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1929.

enviaré copia. Ravines y Bazán, de París, también se muestran de acuerdo conmigo. Como antecedentes de este debate —que por mi parte he procurado mantener dentro de los límites de una correspondencia estrictamente privada, para no dar pábulo a insidias divisionistas—, le acompaño dos cartas, una mía y otra que acordamos suscribir yo y varios compañeros, pero que en breve resultó insuficiente ante la prisa con que el grupo de México había avanzado en el sentido condenado abiertamente por nosotros. Deseo que Ud. se forme juicio completo de este debate, lo mismo que los compañeros más íntimos de Chiclayo. -Un joven de Nueva York, Rojas Zevallos, al parecer muy indiscreto, se ha dirigido a mí en términos impertinentes, quejándose de mi desacuerdo con Haya. Este señor, que no sé qué papel se asigna en el Apra, es totalmente ajeno al socialismo y reduce todo a una oposición de caudillos. Naturalmente con personas que así piensan nada tengo de común. Ante sus desviaciones reivindicó mi posición de socialista, más revolucionaria siempre que cualquier invención latinoamericana.

Pronto recibirá Ud. mi libro, cuyos últimos pliegos se imprimen en estos días. Sus poemas aparecerán en el próximo número demorados por plétora de material poético en las cajas. En espera de sus noticias, cordialmente lo abraza su amigo y compañero

José Carlos.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A NICANOR A. DE LA FUENTE *

Lima, 7 de octubre de 1928

Querido Nixa:

Permítame llamarle desde Lima por este nombre fraternal e íntimo. Contesto sólo hoy su carta del 12 de agosto. Con ella recibí sus poemas, uno de los cuales alcanzó el N.º. 17 de *Amauta*. Los otros saldrán en el que está en prensa.

¿Qué le parece el número 17 de *Amauta*? Ha encontrado magnífica acogida. Está ya agotado, no obstante el mayor precio. Vamos a hacer un quincenario popular a 10 ctvs.: *Labor* para mantener a *Amauta* a este volumen y presentación. Anúncielo a Arbulú Miranda.

Tengo que escribirle extensamente sobre un debate interno provocado por una serie de actitudes inconsultas del Grupo de México. A Arbulú le he mandado copias de dos cartas en que formulamos en abril

* Archivo Mariátegui. Manuscrita. Membrete de Amauta. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1932.

nuestros puntos de vista. Esta actitud nuestra contra una desviación demagógica y oportunista parece que ha irritado a ciertos elementos del Apra como el Sr. Rojas Zevallos que me dirige una indignante carta cuya copia le adjunto, para que aprecien Uds. la posición de estos señores. Es evidente que con apristas como el Sr. Rojas no tenemos nada de común. Llama, como Ud. verá, ridículos los ideales sociales.

En espera de su impresión, lo saluda con todo afecto su amigo y compañero,

José Carlos Mariátegui.

P.D. Pase a Arbulú los papeles adjuntos.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A JOSÉ MARÍA EGUREN*

Lima, 10 de octubre de 1928

Querido poeta:

He recibido las pruebas y los libros que le envié. Las composiciones no incluidas en «Simbólicas» fueron tachadas por Ud. mismo si no me engaño. Y en cuanto a «Antigua» y «Las Puertas» están corregidas ya en primera prueba y dentro de dos o tres días le mandaré la segunda. Quiero que salgan en esta selección todas las composiciones que Ud. señale. La selección es absolutamente obra suya. No es posible que ninguna composición que Ud. estime deje de aparecer.

Tengo deseo de charlar con Ud. pronto y me alegro de que se encuentre Ud. ya restablecido.

Muy cordialmente lo abraza su devoto amigo

José Carlos Mariátegui.

* Aporte para esta edición del investigador Miguel Ángel Aragón.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A LUIS E. VALCÁRCEL *

Lima, 19 de octubre de 1928.

Estimado compañero:

Respondo sin tardanza su grata última, a fin de que nuestra comunicación se mantenga constante. Quiero, además, antes de que la operación a que debo someterme disminuya mi capacidad para la correspondencia confidencial, al reducirme a la lectura y el dictado, enterarlo de cierto debate con los grupos de compañeros deportados sociales del extranjero, a propósito de una desatinada propaganda a favor de la candidatura de Haya y de la constitución de un partido nacionalista, iniciativa esta última aludida en el editorial de *Amauta*. Con esta declaración, me he propuesto, a la vez que sentar los principios de la acción de *Amauta*, contrarrestar la desviación que el grupo de México, por su cuenta y riesgo, venía auspiciando.

El modo más leal de informarlo a este respecto, para que no se encuentre Ud. desorientado ante rumores confusos, me parece el de documentarlo. Ud. interrogará a los documentos y buscará en ellos la respuesta a cada cuestión. Empiezo por acompañarle la copia de una carta colectiva, acordada en abril, y que pronto resultó inferior al desacuerdo provocado por la precipitación del grupo de México, que se lanzó a la aventura inconsulta de enviar papeles a nombre de un supuesto comité del partido socialista, al cual se atribuía residencia en Abancay. Irá enseguida la copia de una carta mía, oponiéndome resueltamente a esta campaña, de acuerdo con mi filiación doctrinal, y otros papeles más que le harán saber los términos, contrarios también al proyecto de los de México, en que se han pronunciado en este debate los compañeros de Buenos Aires y París. No quiero que ésta vaya demasiado abultada.

He transmitido ya a Martínez el cargo de escribir a la Librería Velasco sobre el pago de su cuenta. Es sensible que estas negligencias estorben el desarrollo de nuestra empresa, que trabaja con las dificultades que Ud. supone en este medio exiguo.

No hay inconveniente en la publicación que me propone. Envíeme revisado el texto de su trabajo, con una introducción que lo entone al estilo *Amauta* y no recuerde inmediatamente la primera publicación. Las vistas vendrán muy bien, como ilustración.

Espero sus noticias y colaboración, que le ruego dirigir a Amalia Vda. de Mariátegui, Sagástegui 669.

* Archivo Luis E. Valcárcel. Mecanografiada. Membrete de *Amauta* Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1937.

Y con los más cordiales sentimientos, me repito su siempre devotísimo amigo y compañero.

José Carlos Mariátegui.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A SAMUEL GLUSBERG *

Lima, 7 de noviembre de 1928

Estimado Compañero:

Recibo en este momento sus últimas líneas. Me apresuro a contestarle, enviándole un libro que acaba de aparecer en las ediciones de *Amauta*, en el cual recojo, organizados, algunos de mis trabajos sobre el Perú.

No olvido mi compromiso con Ud. El libro que daré a *Babel* se titula *Defensa del Marxismo* porque incluiré en él un ensayo que concluye en el próximo número de *Amauta*, y que revisaré antes de enviarle. Como segunda parte va un largo ensayo: «Teoría y Práctica de la Reacción», crítica de las mistelas neotomistas y fascistas. El subtítulo de la obra será siempre «Polémica Revolucionaria».

Tengo casi todo listo otro libro: *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, ideas y emociones de la época. Comprende, por ejemplo, mi «Esquema de una Explicación de Chaplin» (*Amauta* No. 18).

Trabajo en otros dos libros: *Ideología y Política en el Perú* (comprometido para las ediciones de *Historia Nueva*) e *Invitación a la Vida Heroica*.

Le mando los dos últimos números de *Amauta*. Y en breve le enviaré algunas carillas para *La Vida Literaria* que anunciaré en *Amauta* y por cuya resurrección lo felicito.

Me acerco a una operación destinada a ponerme en condiciones de marcha con un aparato ortopédico. Si tiene el éxito previsto, es posible que dentro de seis meses visite Buenos Aires.

Muy pronto le expediré los originales de mi libro. Puede Ud. ya darle sitio en su programa editorial. ¿Se imprimirá en España o Buenos Aires? Mejor sería hacerlo en Buenos Aires para ganar tiempo.

Muy afectuosamente lo saluda, en espera de sus apreciadas noticias, su amigo y compañero.

José Carlos Mariátegui.

* Archivo Mariátegui Manuscrita. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1940.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A NICANOR A. DE LA FUENTE *

Lima, 12 de noviembre de 1928

Estimado amigo y compañero:

Contesto su carta, reconocido a sus palabras de solidaridad. No he seguido documentándolos sobre el desacuerdo con los de México y las intervenciones de los amigos de Buenos Aires y París, por no haber tenido en estos días quien se ocupe del trabajo dactilográfico. No he tenido tampoco acuse de recibo de Arbulú a quien escribí acompañando algunas copias, aparte de las que, por intermedio de Ud., le remití. Espero conocer su opinión. Trabajo activamente, para reganar el tiempo perdido en mis labores durante la crisis en mi salud. Le envío mis 7 *Ensayos* (de este libro, mandamos 20 ej. para la venta a Carlos) y *Labor*, nuestro nuevo periódico. Aspiramos a convertirlo en un periódico de 12 páginas, con 4 de ilustraciones artísticas y nuevas secciones. Hay que comenzar modestamente, hasta que su economía y penetración estén aseguradas. Cuento con el esfuerzo de todos ustedes.

Por el correo siguiente, irán las otras ediciones de *Amauta*. Lo que dificulta y demora nuestro trabajo, es la escasez de recursos. El capital de nuestra Sociedad está suscrito, pero no pagado. Entiendo que —como Ud. por su parte observa— algunos accionistas dudan de la estabilidad de nuestra empresa; pero económicamente esta estabilidad depende sólo de su concurso y el de los agentes. Pagado el capital y cubierta la deuda de nuestros agentes, estaremos en aptitud de cumplir todo nuestro plan editorial, publicando un libro mensual y llevando nuestras ediciones a todos los pueblos del idioma, en donde recibiríamos en cambio los mejores libros para nuestra Oficina. Ojalá sea posible organizar en ese departamento un sólido grupo de Amigos de Amauta.

De *La Cruz del Sur* le enviaré algún ejemplar. Es una de las mejores revistas de arte e ideas de Sud-América. Trabaja ahí el grupo más selecto de Montevideo. Le mando algunas revistas. Dígale a Carlos que escriba. Que nos envíe colaboraciones: notas, apuntes para *Amauta* y *Labor*. No me ha enviado últimamente sino unos poemas que están ya cajeados en la imprenta y que no han salido por la congestión de poemas a que tenemos que hacer frente. Hay superproducción poética. Los poemas se estorban unos a otros, en las cajas, para salir los primeros. Muchos, lógicamente, envejecen en la imprenta. Los obreros claman porque ahorremos espacio. Una de nuestras palabras de orden debe ser: la vuelta a la prosa. La prosa es disciplina y construcción. El verso es un riesgo de desorden y exceso. No lo digo por Ud. que es, ante todo, poeta, mientras Carlos es más bien prosador

* Archivo Mariátegui Mecanografiada. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1941-1942.

y debe dedicarse más a lo suyo. Peor creo que los mismos poetas deben disciplinar un poco sus medios de expresión y construcción, en la prosa. Ya, se está produciendo una corriente en este sentido. Abril y otros poetas están volviendo a la prosa.

En espera de sus gratas nuevas, lo abraza cordialmente su afmo. amigo y compañero,

José Carlos.

P. S. —Dígale a Carlos que del N°. 16 le enviaron 80 ej. en vez de 50, por haberse tomado la antigua cifra de revisión, en lugar de la nueva al despachar.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A JOSÉ MARÍA EGUREN *

Lima, 21 de noviembre de 1928

Querido poeta:

Gracias por sus noticias. A Núñez le he dado encargo de gestionar, si es posible, una venida suya, con la cual quedase definitivamente revisado el material de su libro y reparadas todas las omisiones. En *La Canción de las Figuras*, si no me equivoco, señalamos las composiciones que debían excluirse por deseo suyo. Me aterra la idea de una exclusión indebida. Quiero que el libro recoja todo aquello que Ud. estime y elija en su obra. No me perdonaría una omisión que pudiese desagradarle. Si Ud. lo quiere, incluiremos todas las composiciones de *La Canción de las Figuras* que yo consideraba excluidas por Ud. Es excesiva mi responsabilidad. Voy a buscar «El Estanque»; y el sábado le enviaré todas las pruebas.

Le envió mis 7 *Ensayos*. Lentamente venían componiéndose, demorados por mi enfermedad. No han debido aparecer antes que sus *Poesías*; pero la imprenta necesitaba el tipo. Lo material condiciona siempre nuestros itinerarios.

Lo abraza con todo afecto, muy reconocido a sus gentiles pensamientos, su devotísimo amigo

José Carlos Mariátegui.

* Archivo Herederos de Eguren. Manuscrita. Membrete de *Amauta*. Incluida en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1944.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A WALDO FRANK *

Lima, 10 de diciembre de 1928
Washington izquierda 544-970
Señor Waldo Frank
Nueva York

Muy admirado y querido compañero:

Hace tiempo que aplazo la satisfacción de escribirle. Vivo acaparado por un trabajo absorbente entregado a una tarea de responsabilidad múltiple. No tengo casi tiempo que dedicar a la amistad, a la correspondencia. Tengo, en fin, el problema del desequilibrio entre mi trabajo y mi salud. Hoy, la partida a New York del pintor argentino José Malanca, que pondrá en sus manos esta carta, es la más grata invitación a escribirle.

Porque he exagerado. Mis labores me imponen límites en la correspondencia, pero no en la amistad. Pocos amigos tiene Ud., probablemente, en Sudamérica, tan amorosamente atentos a su voz, a su obra, como yo, aunque mucho de lo que Ud. escriba me escape. En cada página suya, que llega a mis manos, siento íntegra su presencia, encuentro siempre alguna nota entrañablemente suya.

Recibí su magnífica *España Virgen*. La primera impresión de esta lectura consta una breve nota, que publiqué aquí en una revista en que colaboro semanalmente. Envié el recorte a nuestro amigo Samuel Glusberg de Buenos Aires, con el encargo de que se lo hiciera llegar.

Le he enviado últimamente mis 7 *ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, con números de *Amauta*. Es un documento honrado y leal sobre esta parte de América. Nada más. Pero quizá disponga Ud. de un rato para pasar la vista por sus páginas. Conforme a su deseo, cesó de aparecer en *Amauta* toda traducción de su *Re-discovery of America*. Le quiero asegurar que nuestro propósito no era otro que publicar tres o cuatro fragmentos.

Malanca es un mensajero de esa Indo-América que Ud. quiere conocer. En sus cuadros se lleva quizá el más hermoso paisaje de esta parte del continente. Y en él apreciará Ud. al mismo tiempo que al artista, al hombre, todo pureza, bondad, claridad, impulso. Tiene absolutamente la simpatía de cuantos trabajamos en *Amauta*. Ud. juzgará su obra.

Lo tengo constantemente en mi recuerdo. Algunas notas de mi libro se lo probarán.

Malanca le dirá lo demás. Yo le estrecho la mano con el más devoto afecto de amigo y compañero.

José Carlos Mariátegui

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A JOSÉ MALANCA *

Lima, 12 de diciembre de 1928
A José Malanca
E.P.M.

Querido amigo y compañero:

Antes de que Ud. se embarque, con el penúltimo abrazo, queremos darle mandato expreso de representar a *Amauta* y *Labor* en los países que Ud. visite, a comenzar por Estados Unidos, donde hasta hoy no hemos tenido sino una que otra agencia episódica.

Ud. no necesita credencial para representar a *Amauta*, siendo como es un espíritu tan solidario con nuestra obra; pero es preciso que una carta lo acredite para cuanto concierne a la organización de una más extensa difusión de nuestra revista.

Le encargamos particularmente encargar en Nueva York a la Librería Brentano y a alguna otra del público latinoamericano la venta de la revista y sus ediciones, sobre la cual acordamos una comisión de 25%. El precio de la revista en el extranjero es de 25 centavos de dólar.

Que esta carta sea también el testimonio de la simpatía y el afecto profundo de todos sus compañeros de *Amauta*.

Su devotísimo amigo y camarada

José Carlos Mariátegui.

* Archivo Malanca Del Prado, Córdoba (Argentina). Mecanografiada. Membrete de *Amauta*. Publicado en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1957.

DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI A EUDOCIO RAVINES*

Lima, 31 de diciembre de 1928

No le he escrito en espera de conclusiones definitivas que comunicarle. Pero usted sabe lo difícil que es aquí concluir algo. Por otra parte, el trabajo diario me embarga con una tiranía extenuante. Debo hacer frente a obligaciones innumerables: las de mi trabajo personal, las de mis colaboraciones en las revistas, las de mis estudios y cien más. Todo esto sin olvidar la de *manager* mis fuerzas, siempre propensas a fallar. Como si *Amauta* no me diera bastante trabajo, nos hemos metido en la empresa de *Labor*, periódico al que vamos dando poco a poco su fisonomía, con la idea de transformarlo en semanario apenas su economía lo consienta. Quiero ver en él el germen de un futuro diario socialista. ¿Cuándo se realizará esta intención? En mi trabajo, en mis proyectos, los plazos, el tiempo, han contado siempre poco. Es, probablemente, por eso, que no comparto esa absoluta impaciencia de algunos de nuestros amigos. Sé que el temperamento criollo es así y me parece que hay que lamentarlo. Nos falta, como pocas cosas, el tesón austero, infatigable de los europeos. Nuestro temperamento ardoroso, vehemente, repentista, es el más propenso a los desfallecimientos desesperados.

Estoy completamente de acuerdo con usted en lo sustancial. Cualquiera que sea el sesgo que siga la política nacional, y en particular la acción de los elementos con que hasta ayer habíamos colaborado identificados en apariencia —hemos descubierto ahora que era en apariencia— los intelectuales que nos hemos entregado al socialismo, tenemos la obligación de reivindicar el derecho de la clase obrera a organizarse en un partido autónomo. Por parte de Haya y los amigos de México hay una desviación evidente. Negarse a admitirla, por motivos puramente sentimentales, sería indigno no sólo de una inteligencia crítica, sino hasta de una elemental honradez. Haya sufre demasiado el demonio del caudillismo y del personalismo. En el fondo tienen un arraigo excesivo en su ánimo las seducciones del irigoyenismo y del alessandrismo, que han influido, más de los que él sin duda se imagina, en su entrenamiento para el combate y la propaganda. Yo le escribí a fines de noviembre a Nueva York haciendo serios reparos al carácter personalista de su acción y, sobre todo, a la tendencia a constituir el Apra como un partido y no como una alianza y abandonar cada vez más la teoría y la práctica del socialismo. Bazán puede decirle algo de esta carta porque se la dicté a él y ambos nos preguntamos la reacción que podía provocar en Haya. Convinimos en que yo tenía absolutamente el deber de tomar posición franca y netamente. Sin embargo, como Bazán recordará, suprimí de la carta todos los términos que pudiesen dar a la carta un tono inamistoso. No tuvo ninguna respuesta. Haya y los amigos de México se entregaron a una propaganda insensata, que desaprobé

enérgicamente y de la que nadie en el país hace caso, lo que demuestra el realismo de mis observaciones, si al posibilismo de nuestros amigos no le bastan mis razones doctrinarias. Cuando escribí a México rechazando sus métodos respecto al Apra y la candidatura, supuse que tal vez mi carta no había llegado a manos de Haya y le envié entonces la copia. Recibí la respuesta que, con el objeto de que usted conozca exactamente los términos de nuestro diálogo, le acompaño en copia. Respuesta impertinente, absurda, de «jefe» ofendido, que rehusaba toda discusión y que demostraba definitivamente que considerábamos las cosas desde posiciones mentales distintas. He cortado, desde esa carta, mi correspondencia con Haya. ¿Para qué escribirnos? Si yo le devolviese sus ironías y sus puyazos, llegaríamos a una ruptura desagradable por su carácter personal. Me parece que la mejor prueba de estimación y esperanza que puedo dar todavía a Haya es no contestarle.

Yo no he venido al socialismo por el camino de la U.P. y menos todavía de la camaradería estudiantil con Haya. No tengo por qué atenerme a su inspiración providencial de caudillo. Me he elevado del periodismo a la doctrina, al pensamiento, a través de un trabajo de superación del medio que acusa cierta decidida voluntad de oponerme, con todas mis fuerzas dialécticamente, a su atraso y sus vicios. Sé que el caudillismo puede ser aún útil; pero sólo a condición de que esté férreamente subordinado a una doctrina, a un grupo. Si hay que adaptarse al medio, no tenemos nada de que reprocharle a la vieja política. No se imagine usted cuánto he sufrido con esos manifiestos del supuesto comité central de un supuesto partido nacionalista. A Haya no le importa el lenguaje; a mí sí; y no por preocupación literaria sino ideológica y moral. Si al menos en el lenguaje político no nos distinguimos del pasado, temo fundadamente que, a la postre, por las mismas razones de adaptación y mimetismo, concluyamos por no diferenciarnos sino en los individuos, en las personalidades.

No suscribo, por otra parte, la esperanza en la pequeña burguesía, supervalorizada por el aprismo. La pequeña burguesía es la base política del leguismo, que le habla bien su idioma, se apropia de sus mitos, conoce y explota sus resortes sentimentales y mentales. ¿Qué cosa sino demagógico pequeño burgués es el confuso fraseario o ideario del leguismo? No vamos a negar sin caer en la más clamorosa falta de realismo, las raíces populares del movimiento del 4 de julio. De esas raíces, el régimen conserva la raíz pequeñoburguesa. La Ley del Empleado, es la única ley social de este gobierno. Es también el único acto que el capitalismo nacional no le aprueba, acechando la oportunidad de revisarlo y anularlo. De diez individuos de la clase media que usted interroga, cinco son leguistas latentes, si no manifiestos, no por adhesión a las personas del gobierno, sino a sus conceptos y métodos. Nuestro fenómeno alessandrino o irigoyenista se ha producido ya: es el leguismo. Tiene, como corresponde al medio, las limitaciones y las gazmoñerías de un criterio clerical,

conservador; no ha tocado al capital, ni siquiera a la vieja aristocracia; ha mantenido todos los prejuicios; pero es, en parte, nuestro motín pequeñoburgués rápidamente usufructuado por el gran capital y, sobre todo, por la finanza extranjera. La clase que frente a esta política puede decir una palabra propia, autónoma, distinta, es la clase obrera, la única que puede constituir además la vanguardia, y ser la guía del proletariado indígena.

Tenemos que trabajar, por consiguiente, si queremos edificar algo sólido, sobre bases netamente socialistas. Si hay otros que quieren un método original, pequeñoburgués, caudillista, perfectamente. Que vayan por su cuenta. Yo no los acompaño ni los apruebo. Y creo que estoy más cerca de la realidad y más cerca del Perú que ellos, a pesar de mi presunto europeísmo y de mi supuesto excesivo doctrinarismo.

En este sentido se orienta nuestra actividad en el Perú, como habrá usted podido observarlo en *Amanta* y *Labor*. No me arrepiento de haber reivindicado mi independencia frente a Haya. He descubierto que no estaba solo: que mis puntos de vista correspondían a la clase que me interesa: la clase obrera. Juzgo, naturalmente, por lo que piensan sus elementos con conciencia clasista. Ya lo informaré a usted cuidadosamente. Si usted encontrara posibilidad de venir, nos aportaría un refuerzo precioso. Si prefiere usted continuar en París estudiando, o pasar a otro centro mejor, también trabajaría usted eficazmente por nuestra causa. En cuanto a los compañeros divergentes, creo que si en ellos la adhesión al socialismo es una cosa seria, vendrán al fin a nuestro camino.

Lo abraza fraternalmente.

[José Carlos Mariátegui]

Notas

NOTA A *ARTE ESPAÑOL* (JOSÉ DE LA SOLANA)

1*

De este notable pintor español reproduciremos en nuestro próximo número otros cuadros, con unas notas de nuestra estimada colaboradora Carmen Saco.

NOTA A PIE DE PÁGINA, A *DIOS ENCADENADO* POR ANTENOR ORREGO

2**

La colaboración que para este número de *Amauta* nos envía Antenor Orrego, uno de nuestros más queridos compañeros, nos ofrece ocasión de testimoniarse públicamente la solidaridad del grupo de escritores y artistas reunido en esta revista, ante la violencia zoológica con que lo ha ultrajado en Trujillo el filisteísmo aldeano.

MENSAJE¹

3.

En prensa este número de *Amauta*, llegan las primeras noticias sobre la horrenda represión que ha manchado una vez más la sombría historia de la tiranía de Juan Vicente Gómez. —Venezuela es, por culpa de este torvo déspota, una herida sangrante en el flanco de América—. Gómez y su régimen están por debajo de todos los calificativos.

Amauta envía su mensaje de fraterna solidaridad a todos los que luchan contra este despotismo tropical. Ojalá arribe el eco de este mensaje a las mazmorras de Puerto Cabello y La Rotonda.

AVISO EDITORIAL

4.

Reanudamos la publicación de nuestro boletín de defensa indígena destinado a denunciar los crímenes y abusos del gamonalismo y de sus agentes, así como a señalar los hechos que indican el resurgimiento indio. Acogeremos, como antes, todas las denuncias que vengan garantizadas por las firmas de los interesados. Algunas hemos recibido que no damos a la luz por carecer de esta formalidad. La Federación Indígena Regional Peruana nos pide una hospitalidad que nos sentimos en el deber de concederle.

* Nota a «Arte Español» (José de la Solana) en *Amauta* (Lima), núm. 11, enero de 1928, p. 12.

** Nota al pie de página a *Dios encadenado* por Antenor Orrego en *Amauta* (Lima), núm. 11, enero de 1928, p. 16.

¹ En *Amauta* (Lima), núm. 12, febrero de 1928, p. 5.

**NOTA AL PIE DE PÁGINA DEL ARTÍCULO: CARTA DE ROMAIN ROLLAND
A CONSTANTINO BALMONT E IÁN BUNIN**

5. **

Balmont y Bunin, dos de los más ilustres «emigrados» rusos, reaccionarios como todos sus congéneres, dirigieron a Romain Rolland una carta en la que se quejaban del silencio encontrado por un llamamiento de «escritores rusos que permanecían en Rusia» a sus colegas de Europa contra el régimen soviético. Tomamos de *Europe* la respuesta de Romain Rolland que, pesar de sus reservas es una magnífica defensa de la Revolución.

DEFENSA DEL DISPARATE PURO

***6.

Martín Adán toca en estos versos el disparate puro que es, a nuestro parecer, una de las tres categorías sustantivas de la poesía contemporánea. El disparate puro certifica la defunción del absoluto burgués. Denuncia la quiebra de un espíritu, de una filosofía, más que de una técnica. En una época clásica, espíritu y técnica mantienen su equilibrio. En una época revolucionaria, romántica, artistas de estirpe y contextura clásicas como Martín Adán, no aciertan a conservarse dentro de la tradición. Y es que entonces formalmente la tradición no existe sino como un inerte conjunto de módulos secos y muertos. La verdadera tradición está invisible, etéreamente en el trabajo de creación de un orden nuevo. El disparate puro tiene una función revolucionaria porque cierra y extrema un proceso de disolución. No es un orden —ni el nuevo ni el viejo—; pero sí es el desorden, proclamado como única posibilidad artística. Y —hecho de gran relieve psicológico— no puede sustraerse a cierto ascendente de los términos, símbolos y conceptos del orden nuevo. Así, Martín Adán, obedeciendo a su sentido racionalista y clásico, traza en el paisaje un camino marxista y decide sindicarse a los chopos. Otras comparaciones o analogías no le parecerían ni lógicas, ni eficaces ni modernas. Una tendencia espontánea al orden aparece en medio de una estridente expresión de desorden.

**NOTA DE PRESENTACIÓN A *EL REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. II*
LA ACCIÓN DECADENTE POR WALDO FRANK**

7. *

En sus dos primeros artículos, Mr. Frank expuso el fundamento para la aproximación a América. «Los últimos días de Europa» (*Amauta* No.

** Nota al pie de página del artículo: «Carta de Romain Rolland a Constantino Balmont e Ián Bunin» en *Amauta* (Lima), núm. 13, marzo de 1928, p. 1.

*** Nota de *Amauta*, (Lima), núm. 13, marzo de 1928, p. 11, escrita por Mariátegui para el poema *Gira* de Martín Adán. Incluido en *Peruanicemos al Perú, Mariátegui Total*, Tomo I, p. 343.

* Nota de presentación a «El redescubrimiento de América. II La acción decadente por Waldo Frank» en *Amauta* (Lima), núm. 13, marzo de 1928, p. 5.

11), proclama que no hubo sino una gran cultura occidental, cuyos confines fueron Grecia, Judea, Alejandría, Roma; cuyo Cuerpo organizado alcanzó su madurez en la Edad Media cristiana y cuya muerte ha sido el trabajo de los tiempos modernos. El símbolo de su cuerpo fue el Mediterráneo; el símbolo de su disolución es el Atlántico. En «El Sentido del Conjunto» (*Amauta* No. 12), Mr. Frank vincula la ciencia, el arte y la religión en una serie de la cual el sentido de conjunto del hombre es el común denominador. Este sentido asciende desde la consciencia personal hasta el Cosmos. La Religión, última estructura de este sentido, depende de la subestructura de la ciencia; y cuando la ciencia cae, la religión cae también. La ciencia moderna está construyendo nuevamente la subestructura de una gran religión. Ahora, Mr. Frank, continúa con un estudio de las fuerzas disolventes de Europa que crearon la América.

ARTE PERUANO **

8.

TERESA CARVALLO

Entre los artistas formados en la Escuela de Bellas Artes, Teresa Carvallo es un genuino caso de vocación y sensibilidad artísticas. Su obra acusa una interesante personalidad. Emotiva, Teresa Carvallo pone en sus cuadros su puro espíritu místico y su elevado sentimiento estético. Construye figuras sobrias y hieráticas, que reflejan bien su gusto severo, su tendencia contemplativa, su imaginación concisa. Los temas y los elementos de su arte se ajustan siempre en una unidad neta, natural, sin artificio. Tiene un colorido fresco y sintético que se entona bien con su sentido de las cosas. Publicamos tres fotografías de cuadros de esta pintora auténtica, que tan honrada y alacrememente trabaja.

COELLO

Este escultor tiene ya en su obra logradas realizaciones artísticas. «La Qquena» y «La Sahumadora», que reproducimos en esta página, son un fruto maduro y fresco de su empeño creador. «La Qquena» es una escritura completa por todo: la sentida pose, el concepto de masa y hasta el tamaño elegido. «La Sahumadora» presenta una visión un poco pictórica de la escultura, pero el tipo local está visto e interpretado con gran verdad criolla.

** En *Amauta* (Lima), núm. 13, marzo de 1928, pp. 9 y 10.

NOTA

9.*

(Véase en los números 11 y 12 de *Amauta* otras reproducciones de notables cuadros de José de la Solana y una impresión crítica de nuestra colaboradora Carmen Saco).

OFICINA DEL LIBRO CASILLA 2107-LIMA**

10.

La Oficina del Libro, establecida por la Sociedad Editora *Amauta*, se propone organizar, mediante una activa y metódica propaganda, la difusión del libro en provincias, ofreciéndolo al lector al mismo precio a que se vende en la capital y sin más recargo que el 10% de gastos de correo certificado.

A este efecto, la oficina del libro distribuirá mensualmente en provincias, varios miles de ejemplares del boletín bibliográfico *Libros y Revistas* que publicará en cada número una lista completa de novedades extranjeras y nacionales, con sus precios, los cuales serán invariables y fijos para todos los clientes. Distribuirá también la Oficina del Libro, al iniciar su trabajo, catálogos y listas de las existencias de todas las librerías importadoras y editoras que se adhieran a su servicio.

AVISO EDITORIAL [II]***

11.

Las labores de la composición de este número que, por enfermedad de José Carlos Mariátegui, director de la Revista *Amauta*, aparece con algunos días de retraso, han sido dirigidas por el Gerente; habiéndose adoptado ya las medidas precisas para que el número de mayo no sufra retraso.

PRESENTACIÓN A: FRANZ TAMAYO HABLA PARA AMAUTA

12.*

El reportaje al pensador boliviano Franz Tamayo que publicamos enseguida, provocó en La Paz, donde un diario se anticipó a su publicación en *Amauta* una protesta del representante diplomático de Italia en Bolivia,

* Nota a «Arte español. José de la Solana», en *Amauta* (Lima), núm. 13, marzo de 1928, p. 12.

** Reproducido en *Amauta* (Lima): núm. 13, marzo de 1928, p. 40; núm. 14, abril de 1928, p. 44; en *Amauta* (Lima), núm. 15, mayo-junio de 1928, p. 44; en *Amauta* (Lima), núm. 16, julio de 1928, p. 44.

*** En *Amauta* (Lima), núm. 14, abril de 1928, p. 6. Los corchetes se agregan para diferenciar la primera nota que lleva el mismo título, ambas pertenecen a la misma sección de *Amauta*.

* Presentación a: «Franz Tamayo habla para *Amauta*» en *Amauta* (Lima), núm. 14, abril de 1928, p. 25. Véase: el reportaje en la misma página de *Amauta*.

que, aunque este género de rectificaciones oficiales es tan habitual y corriente, alcanzó, quizá por su énfasis fascista, especial resonancia. El cable transmitió a raíz de ese incidente, las palabras de Franz Tamayo que lo originaron y cuya repercusión hay que atribuir al renombre y significación del ilustre escritor. No necesitamos casi recordar, al margen de este reportaje, que sentimos y juzgamos la política de modo diverso que Franz Tamayo, a quien testimoniamos nuestra gratitud por su deferencia a esta tribuna, por ser su palabra una de las que merece atención y respeto a la nueva generación.

MÚSICA Y FOLCLORE**

13.

Lima está ahora sacudida por el rasguear de cien guitarras. Se reconoce a sí misma —después de tantas infidelidades de ciudad transitada por la corriente cosmopolita— en la «marinera», sal de su gente, restallido de su alegría, apoteosis de su jarana. También la visitan —y acaso la conquistan un poco— el *yaraví*, el *buayno*, la *kaschua* indias.

El nacionalismo oportunista y político de unos y el nacionalismo profundo y social de otros —reivindicación de lo popular— alientan y propician este contrapunto de voces y tonos de la tierra. El pueblo se siente, como nunca, criollo puro. Y se toma una buena y sana revancha en esta fiesta, contra el aburrimiento monótono de ese carnaval anestésico, traído por la moda y que no se aclimata.

Exilio temporal del *jazz band* descastado —sin el frenesí del negro acrobático auténtico— y del tango cimarrón —a fuerza de malas traducciones y de entonarse al ambiente tibio y opaco.

Al hogar de *Amauta* han venido algunos de estos músicos, mensajeros del canto del pueblo. Antonio Suárez Vera y Marcos Cahuaranga, de Huarochirí —dos diestrísimos y regujados tocadores— los primeros. Luego, el aguerrido conjunto de Ancash. Vendrán otros todavía. De todos diremos dos palabras.

ARTE PERUANO [II]*

14.

RICARDO FLORES.

Ricardo E. Flores empezó a revelar sus dotes de artista hace ya varios años, algunos antes de que, comportándose ya a los ojos de las personas de buen sentido como un «raro», luego de desertar de las aulas universitarias, se marchara a un pueblo serrano, en busca de temas

** En *Amauta* (Lima), núm. 15, mayo-junio de 1928, p. 7.

* En *Amauta* (Lima), núm. 15, mayo-junio de 1928, pp. 9-10. Los corchetes se han agregado para diferenciar la primera nota con el mismo título, ambas notas pertenecen a la misma sección de *Amauta*.

pictóricos y paisajes rústicos más entonados con su alma que la delicesciente complicación urbana de Lima. De su labor artística en la sierra de Huánuco, ha traído a la capital, a donde regresa con desgano, copiosa cosecha de estudios —él no los quiere llamar cuadros— ejecutados con sinceridad y talento. Flores ha captado muy bien escenas y motivos de una sierra que no es, por cierto, la más explotada: valles tibios de la vertiente oriental, a los que llega algo del hálito tropical de la floresta, y en los que el mestizaje encuentra, mejor, su ambiente.

CARMEN SACO

Carmen Saco regresa a Europa y, como su inquietud y su impulso son los mismos de siempre, no se quedará en la Europa clásica, occidental, burguesa, meta de todos los viajes de placer y de estudio de los rastacueros de América. Irá a «la otra Europa», como la llama Luc Durtain. Buena ocasión para decir sobre Carmen y su arte, con comprensión y simpatía, algunas palabras sagaces. Pero su partida nos sorprende, como nuestra buena amiga y querida artista sabe. No nos gusta, además, dejarnos forzar la mano por la oportunidad. Carmen Saco, por su adhesión sentimental e intelectual a una nueva fe, por su calidad de artista genuina, tiene toda nuestra estimación. Mujer de sangre y crianza limeñas, es por su arte y sus ideas una audaz y cruda reacción contra el limeñismo. De su escultura está agresivamente proscrito lo «bonito» lo «lindo». Desde sus raíces, esta escultora nace libre del ambiente, como una protesta contra su gusto melíflujo. Ni los temas ni las interpretaciones de Carmen Saco, pretenden agradar a nuestros señoritos coloniales de corte londinense o parisino. Inteligente e impávida, Carmen se ha rebelado espiritualmente contra Lima, aunque la ligen todavía a ella sus recalcitrantes hábitos de limeña regalona. Lo indio, lo criollo, lo nacional, lo profundo, le interesa más que todo lo artificial y epidérmico. Por eso, está en *Amanta*. La renovación de la mujer peruana, deberá bastante a su bravo ejemplo. La obra de Carmen, en sus últimos tiempos, se resiente de sus viajes. Casi está solo presurosamente abocetada. Pero de la voluntad creadora de la artista depende que todos estos gémenes fructifiquen vigorosamente en su obra futura. Con sus *maquettes*² revolucionarias, parte una fuerte esperanza nuestra.

NOTA AL FINAL DE LA PÁGINA

15. *

En nuestro boletín de defensa indígena destinado a denunciar los crímenes y abusos del gamonalismo y de sus agentes, así como a señalar los hechos que indican el resurgimiento indio, acogeremos, como antes, todas

² voz francesa: modelos.

* Nota al final de la página, en *Amanta* (Lima), núm. 15, mayo-junio de 1928, p. 36.

las denuncias que vengan garantizadas por las firmas de los interesados. Algunos hemos recibido que no damos a la luz por carecer de esta formalidad.

16.

LA VIDA ECONÓMICA, NOTA A PIE DE PÁGINA **

De la notable *Monografía de Puno*, recientemente publicada, por su autor, nuestro estimado colaborador y amigo el doctor Emilio Romero, tomamos este capítulo, cuyos datos serán seguramente útiles a los lectores de esta sección, para quienes no sea fácil leer la obra misma.

NOTA ALUSIVA A LA CARTA DE MARTÍ CASANOVA A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

17. ***

En nuestro próximo número publicaremos la respuesta de nuestro amigo Martí Casanova a Franz Tamayo. Por falta de espacio nos privamos de incluirla en este número.

NOTA DE AMAUTA*

18.

El señor Navarro Monzó expone en este artículo³, escrito últimamente para revistas anglosajonas, y que cortésmente ha querido ofrecer también en copia inédita a *Amauta*, las proposiciones fundamentales

** Nota al pie de página, en *Amauta* (Lima), núm. 15, mayo-junio de 1928, p. 37. Véase: el capítulo de Romero, pp. 37-40 del mismo núm. y año; y su continuación en *Amauta*, núm. 16, julio de 1928, pp. 37-39.

*** Nota alusiva a la carta de Martí Casanova a José Carlos Mariátegui en *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, p. 91. La carta esta publicada de esta forma:

México D. F. Julio 10 de 1928.

Señor José Carlos Mariátegui.

Lima, Perú.

Mi estimado amigo:

Le incluyo copia de una carta de Tamayo a mí, y la contestación, por si usted cree tiene cabida en «*Amauta*».

Me dice Cox que en uno de los últimos números se ha publicado mi artículo sobre Jacoba Rojas [Véase: «Arte Mexicano-Jacoba Rojas» en *Amauta*, núm. 14, abril de 1928, pp. 10-11]. Me permito rogarle que me envíe un ejemplar, así como el envío regular de su magnífica revista.

Con mi admiración y saludos de cordial camaradería.

Martí Casanova.

* En *Amauta* (Lima), núm. 16, julio de 1928, p. 20.

³ Véase el artículo «La nueva reforma», en *Amauta*, núm. 16, julio de 1928, pp. 17-20.

de la tesis de sus conferencias. A propósito de su reciente libro *Camino de Santidad*, diremos en el próximo número de *Amauta* lo que pensamos sobre el vasto intento del fervoroso conferencista de la Y.M.C.A. Queremos que aquellos de nuestros lectores que no han tenido ocasión de seguirlo en sus conferencias, se enteren antes mediante este artículo, de las ideas centrales de su propaganda. Esta propaganda tiene, a nuestro juicio, la contradicción de eludir los problemas concretos de la época y de proponerse al mismo tiempo la reconciliación de la religión con la vida. Prácticamente, aunque propugne con vehemencia una nueva Reforma, Navarro Monzó se mantiene en la vieja Reforma. Por su camino se llega al individualismo absoluto, al anarquismo, esto es a la extrema consecuencia de la filosofía liberal y protestante. Pero estas son objeciones que dejamos para el comentario prometido. Entre tanto, entregamos a nuestros lectores el pensamiento del ilustre conferencista.

AMAUTA EN EL URUGUAY**

19.

En nuestro número anterior, ofreció un selecto conjunto de colaboraciones uruguayas. Poemas de Emilio Oribe, Julio del Casal, Nicolás Fusco Sansone, María Enriqueta Muñoz⁴, Alfredo Mario Ferreiro. *Linoleums* de René Magariños Uscher. Una *entrevista*⁵ a Fernán Silva Valdés.

Debemos este valioso envío de colaboraciones especiales para *Amauta* a nuestro distinguido amigo y representante en Montevideo Jaime L. Morenza, del grupo que publica *La Cruz del Sur*, una de las mejores revistas literarias y artísticas del continente.

Con Morenza, tenemos un grato compromiso: el de corresponder al envío, con una remesa de originales de poetas y prosadores peruanos para *La Cruz del Sur*. Quedan advertidos nuestros colaboradores que deseen figurar en este seleccionado, cuya presencia en *La Cruz del Sur*, después de las últimas colaboraciones uruguayas en *Amauta* —que ya había incorporado a su evento a Emilio Frugoni, Ildefonso Pereda Valdez y Fusco Sansone, sin contar a Blanca Luz Brum, tan nuestra desde el primer número— afirmará un intercambio simpático y activo entre las vanguardias de Lima y Montevideo.

** En *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, p. 92.

⁴ Véase: sus poemas «Esqueleto de la Torre» y «Lamparero de la noche» en *Amauta*, núm. 16, julio de 1928, pp. 30-31. [María Elena Muñoz, no es Enriqueta].

⁵ Véase: «Interviews uruguayas» en *Amauta*, núm. 16, julio de 1928, p. 42.

PROTESTA DE LUIS VELASCO ARAGÓN

20.*

Luis Velasco Aragón nos ha enviado, para su publicación en *Amauta*.

LIBRERÍA E IMPRENTA CENTRAL.-CALLE CUZCO (CORCOBADO) 403.**

21.

En el nuevo movimiento librero de la capital, ha conquistado rápidamente este establecimiento una destacada posición. Su éxito se debe al criterio bibliográfico de sus propietarios E.C. Matos y Cía., quienes de modo evidente se han dado cuenta de la labor que hace falta hacer, especialmente en el campo de la vulgarización de la cultura moderna en ediciones populares, para satisfacer una efectiva necesidad del público. A lado de las ediciones españoles de mayor prestigio, encontramos en los escaparates y anaqueles de la Librería *Central*, las más selectas ediciones hispanoamericanas. La actividad de E. C. Matos y Cía. se inspira en un marcado espíritu americanista. Representantes de las revistas argentinas *Nosotros* y *Claridad*, que tan conspicuamente representan, cada una en su género, el pensamiento argentino e hispano-americano, han establecido relaciones con buen número de editoriales de la América Española, en particular con aquellas cuyas ediciones, por su selección, interés y precio, cuentan con mayor cantidad de lectores. *Nosotros* y *Claridad*, debido en gran parte a la propaganda que a favor de su difusión está realizando la Librería *Central*, no tardarán en alcanzar entre nosotros la vasta circulación que merecen. *Nosotros*, que celebró hace poco su vigésimo quinto aniversario, con una magnífica edición, comentada elogiosamente por todas las revistas y periódicos de cultura de América, y por no pocos de Europa, tiene un sólido prestigio, que por si solo basta para asegurarle el mejor puesto entre las revistas predilectas del lector culto. *Claridad* es, una popular tribuna del pensamiento izquierdista, en la cual colaboran jóvenes escritores peruanos que en Buenos Aires y Montevideo efectúan la más entusiasta labor por la coordinación y conocimiento de los grupos de avanzada de estos tres países. Toda la propaganda que en pro de estas revistas realice la Librería *Central* es, pues, benéfica y digna de estímulo.

El catálogo de libros nacionales de la Librería *Central* es muy completo. Figuran en él todas las ediciones y autores, desde la Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, hasta las últimas obras vanguardistas. E. C. Matos y Cía. trabajan esforzadamente por el libro

* Protesta de Luis Velasco Aragón, en *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, en su sección Memoranda, pp. 103-104.

** En *Amauta* (Lima), núm. 18, octubre de 1928, en su sección «Las librerías» p. 104.

peruano y este es otro de sus méritos. Las revistas de cultura nacional los cuentan también entre sus más fervorosos propagandistas.

La Librería *Central* atiende solícitamente los pedidos de provincias. Envía sus catálogos y listas a quien los demanda. Su dirección es: Librería Central, Calle Cuzco (Corcobado) 403.-Lima.

LABOR *

22.

El grupo redactor de este periódico adhiere a la moderna tendencia periodística al ahorro y la modestia en las palabras de presentación. *Labor*, además, no necesita un programa especial. Es una extensión de la obra de *Amauta* y sus ediciones. Aspira ser un periódico de gran difusión.

Su publicación obedece a instancias de muchos de nuestros amigos de Lima y provincias que quieren que nuestra obra cultural penetre en capas más extensas del público. Para satisfacer este anhelo no basta la revista. Damos, por esto, vida a un periódico. Por ahora, *Labor* constará sólo de 8 páginas. Pero, tan luego como su tiraje y publicidad lo consientan, daremos 12 páginas.

2º. ANIVERSARIO DE AMAUTA**

23.

Agotado el No. 17 de *AMAUTA* que con ocasión del segundo aniversario reafirma y precisa la posición ideológica de esta revista, juzgamos oportuno reproducir en *LABOR* su editorial.

SINDICALISMO INTELECTUAL ***

24.

Es interesante, y digno de ser especialmente anotado, el hecho de que el sindicalismo de las profesiones intelectuales haga, gradualmente, su aparición en el Perú. Las palabras «sindicato» y «sindicalismo», que hasta hace poco causaban en ciertos grupos sociales una supersticiosa aprensión, un indefinido temor, empiezan a ser comprendidas y adoptadas. La fundación del Sindicato de Médicos, de la Asociación Nacional de Higienistas y la Asociación Nacional de Periodistas, aunque solo el primero se titule sindicato, obedece a propósitos netamente sindicales. Las profesiones intelectuales, instancias de sus propios intereses corporativos, comienzan a salir de la etapa de los «círculos» y otras representaciones inorgánicas.

* En *Labor* (Lima), núm. 1, 10 de noviembre de 1928, p. 1.

** En *Labor* (Lima), núm. 1, 10 de noviembre de 1928, p. 8.

*** En *Labor* (Lima), núm. 1, 10 de noviembre de 1928, p. 8.

Las secciones de trabajadores del Ferrocarril Central (tráfico, carrilanos, Chosica, etc.), acaban de constituir la Federación que genuinamente las representará, y a la que acompaña la adhesión absoluta de los ferroviarios del Central. En la experiencia sindical, y sobre todo en el curso de las deliberaciones de los últimos meses, los ferroviarios habían tenido oportunidad de darse clara cuenta de que su organización no estaba tan bien constituida. En efecto, la Confederación Ferrocarrilera, no obstante su título, tenía un funcionamiento excesivamente centralista, que permitía el acaparamiento de su representación por un grupo residente en el Callao, al que no llegaban las aspiraciones y sentimientos de la masa ferroviaria distribuida en otras secciones. No se trataba además de una confederación propiamente dicha, ya que no era un conjunto de sindicatos o federaciones, y su nombre, por lo tanto, no correspondían a la realidad y significaba la persistencia de un rezago de empirismo gremial, incompatible con la nueva conciencia y conocimientos de los ferroviarios de la línea central. A consecuencia de su defectuoso funcionamiento centralista, con sede en el Callao, y de la falta de comunicación activa con el sentimiento de los asociados, la directiva de la Confederación había acabado por burocratizarse completamente, perdiendo todo carácter efectivamente representativo y gremial.

Se ha evidenciado así, en la experiencia diaria —sin el influjo de apreciaciones teóricas —la necesidad de reorganizar la Confederación Ferrocarrilera del Perú —o mejor dicho de establecerla— sobre bases orgánicas y serias. Para alcanzar tal finalidad, hay que comenzar, como es natural, por la constitución de federaciones que agrupen en organismos gremiales, concediendo efectiva y directa representación a todas las secciones, a los trabajadores de las diversas líneas. Los del Ferrocarril Central constituyen, sin duda, la vanguardia y el cimiento de la futura Confederación.

La nueva Federación, que ha comunicado ya su fundación a las autoridades, y que nace rodeada de la simpatía y el entusiasmo de la línea central, sin más excepción que la de los que resultan perjudicados en sus posiciones burocráticas, se coloca en un terreno estrictamente gremial y económico; y será la base de la Confederación que se constituirá más tarde, cuando una verdadera confederación sea posible, ya que no se confederan los individuos sino las entidades.

Los trabajadores de todos los gremios, y en especial los obreros de los transportes, siguen con la más sincera complacencia la marcha de la organización de los ferroviarios. Informaremos, de paso, a nuestros lectores, que la reclamación formulada por estos, sosteniendo su derecho a

* En *Labor* (Lima), núm. 2, 24 de noviembre de 1928, p. 16.

la revisión del pacto de 1919 con la Empresa, continúa pendiente de la resolución del Ministro de Fomento.

LA FEDERACIÓN DE CHOFERES Y EL TRIBUNAL DEL TRÁFICO*

26.

El conflicto entre los choferes y la Municipalidad por la cuestión del tribunal del tráfico ha entrado en una fase crítica. Por acuerdo de la Federación, en vista de la intransigente negativa de la Municipalidad a contemplar equitativamente las reclamaciones de los choferes, contra dicho tribunal, los federados notificados para comparecer ante él se abstienen de presentarse. Ha comenzado, en represión de esta actitud, el envío de los carros al depósito municipal y el retiro de los brevets a los choferes llamados ante el tribunal.

La reivindicación de los choferes al respecto, descansa en razones de evidente justicia. La Federación quiere que se reforme el tribunal, dando representación en él a los choferes. La Municipalidad se niega a aceptar esta proposición, con el curioso argumento de que no es posible ser a la vez juez y parte. Un representante de la federación en un tribunal compuesto por tres personas, no significaría ningún peligro de parcialidad en las decisiones arbitrales, sino únicamente la más elemental garantía de justicia. La Municipalidad, por lo visto, ignora la frecuencia con que, en todas las naciones civilizadas, dentro de normas perfectamente conservadoras, se confía la resolución de las cuestiones del trabajo a comisiones paritarias, constituidas por representantes de los patrones y los obreros y presididas por un representante del Estado. El tribunal que los choferes reclaman sería, precisamente, una comisión paritaria. Los choferes, en suma, están dentro de la justicia y la lógica y se demuestran en su demanda, más ilustrados que la Municipalidad en su resistencia supersticiosa y obstinada.

El viejo tribunal del tráfico, como se encontraba constituido, está definitivamente condenado no sólo por los choferes, sino por el público en todas sus clases.

LA ANÉCDOTA LABORISTA *

27.

Como en el Perú no deben faltar nunca las caricaturas y las parodias —sobre todo cuando se hacen protestas de rabioso nacionalismo—, la flora política nacional exhibe desde hace poco un sedicente Partido Laborista. Este partido, que ambiciona nada menos que a representar políticamente a la clase obrera, tiene su origen en elementos de

* En *Labor* (Lima), núm. 2, 24 de noviembre de 1928, p. 16.

* En *Labor* (Lima), núm. 3, 8 de diciembre de 1928, p. 2. Incluido en *Ideología y política* (1969), pp. 204-205. *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 243.

pequeña burguesía, de tipo burocrático y «constitucional» y muestra en sus confusos documentos unas veces la más extravagante concepción y, otras veces la más criolla ignorancia del socialismo, aún modestamente atenuado a aquello que es posible designar con la palabra «laborismo». El Partido Laborista o del Trabajo, que en Inglaterra y otros países, ha surgido como un natural movimiento político de los gremios o sindicatos obreros, en el Perú pretende brotar artificialmente de una tertulia de empleados cesantes o jubilados, que como todos los pequeños burgueses del mundo se sienten portadores de alguna buena e infalible receta social y política.

Desde su organización hasta su lenguaje, el presunto Partido Laborista del Perú —absolutamente extraño a las masas obreras que aspiran a representar— acusa resabios de cacerismo y de burocracia. Tiene un jefe nato, en vez de un presidente o un secretario general, como cualquier partido democrático, aunque no es la consecuencia de un fenómeno de caudillaje, sino de algo mucho menos serio (pero no menos criollo).

La doctrina política y económica del novísimo «partido» es una colección de curiosas chirigotas, cuando no se reduce a un rosario de inocuos y gastados lugares comunes. Así, ante los conflictos entre el capital y el trabajo, no se manifiesta entusiasta por el arbitraje, porque la taumátúrgica acción de este partido se propone suprimir esos conflictos. ¿Cómo? ¿Se trata, acaso, de un partido revolucionario, que mira a la abolición de las clases? Absolutamente no. El partido laborista denuncia como perniciosas, disolventes y diabólicas las ideas revolucionarias. Pero se imagina suprimir los conflictos entre el capital y el trabajo, con patriarcales y razonables, aunque asmáticos, consejos a obreros y patronos. Algunos manifiestos redactados en estilo de recurso o petición a alguno de los poderes públicos —capaces de entusiasmar sin embargo a una asamblea de «indefinidos» y «cesantes», y a algunos comparsas reclutados en el artesanado mutualista— bastan para resolver alegremente la cuestión social. Discretos y medidos subsidios de la burguesía y un poco de música de «cachimbos», harían el resto.

Para que nada falte a la salsa criolla de este suceso político, sucede que son dos los grupos que se disputan el derecho a llamarse «partido laborista». De un lado, están el jefe nato y sus adeptos; de otro lado los «laboristas» de todos los tiempos; el elenco de la Confederación de Artesanos y de otros centros representativos del mismo género.

El asunto, por fortuna, pertenece a la crónica, no a la historia, y desde el punto de vista folclórico está por debajo de cualquier tondero o «resbalosa».

LA FEDERACIÓN DE FERROVIARIOS*

28.

Progresan los trabajos de los ferroviarios por dar una sólida y orgánica constitución sindical a su gremio. La junta directiva de la Federación cuenta con el apoyo unánime de la masa de obreros que representan. Se ha hecho por parte de los interesados en continuar monopolizando burocráticamente la representación de la Confederación Ferrocarrilera impertinentes objeciones a esta obra organizadora que ellos debieron asumir a su tiempo y que no está hoy inspirada en ningún propósito divisionista, sino como ya hemos dicho en nuestro número anterior, en la intención de reconstruir la Confederación Ferrocarrilera sobre bases efectivas y funcionales que correspondan a un verdadero criterio confederal y consulten permanentemente el sentir del gremio.

EL ASUNTO DE LOS CHOFERES **

29.

La federación de Choferes ha resuelto asumir la responsabilidad por las notificaciones que la policía del tráfico haga a los agremiados para comparecer ante el descalificado tribunal del tráfico. La Federación recoge las papeletas respectivas, para responder, en su oportunidad, como institución, ante el tribunal y la Municipalidad. Desaparecen así las responsabilidades individuales para dar paso a una responsabilidad corporativa, a la cual todos los choferes dan su consenso disciplinado, con firme espíritu de solidaridad.

POR LA MUJER QUE TRABAJA *

30.

Los rigores de la explotación siempre se han extremado con la mujer. Los refinamientos de la especulación patronal son de consecuencias desastrosas para la clase que produce, especialmente para la mujer obrera, de cuya humildad se aprovecha en todo orden de cosas desde el principal hasta el último mandón que alguna ingerencia autoritaria tiene en las actividades del trabajo. Jornada excesiva, salario insuficiente, pena ruda, amenazas y despotismo, y cuanta negación de derecho o trato inhumano pueda idearse, las sufre la mujer, verdadera víctima de explotación.

Para las que ignoren o para los que tengan solamente un criterio imaginativo de la condición de la obrera en el taller, en la fábrica y aún en la oficina, se impone la observación práctica para comprobar tan amarga realidad y convencerse de la urgente obligación de aportar algo contra tan clamorosa injusticia.

* En *Labor* (Lima), núm. 3, 8 de diciembre de 1928, p. 8.

** En *Labor* (Lima), núm. 3, 8 de diciembre de 1928, p. 8.

* En *Labor* (Lima), 8 de diciembre de 1928, núm. 3, p. 8.

Labor, que comprende y siente como propias las necesidades proletarias, cumplirá imperioso deber al comentar en sus columnas cuanto abuso o irregularidad llegue a su conocimiento. De preferencia vamos a ocuparnos de la forma como cumplen la ley de protección a la mujer y al niño algunas empresas industriales.

NOTA DE *AMAUTA*. LAS RESPONSABILIDADES POR LA CATÁSTROFE DE MOROCOCHA**

31.

Tenemos la obligación de hacer llegar a la población obrera de Morococha la expresión de la solidaridad de los grupos trabajadores manuales e intelectuales que representa *Amauta*. Solidaridad que no se detiene en la apropiación fraternal del dolor de los obreros de Morococha por la muerte de algunas decenas de compañeros, si no comprende la mancomunidad en la exigencia de que la empresa minera no eluda ninguna de sus responsabilidades.

Estas líneas siguen a las primeras noticias de la catástrofe. Carecemos al escribirlas de los elementos o datos de las responsabilidades de la Empresa por omisión o negligencia. Nos parece evidente, sin embargo, que estas responsabilidades existen. Los técnicos de la Empresa debían haber advertido el peligro de trabajar bajo la laguna, en un terreno deleznable, sin suficientes obras de defensa. La invasión de las galerías por una avalancha de lodo y agua, no es asimilable como accidente a un terremoto o a un huracán. Para algo el trabajo minero se realiza conforme a una técnica científica, por una compañía poderosa, con recursos suficientes. Hablar de las responsabilidades de la Empresa no es, por tanto, prejuzgar sobre hecho que aún no son bien conocidos; es, simplemente, enunciar una cuestión de mero sentido común.

La Empresa está obligada a indemnizar conforme a la ley a las familias de las víctimas y a mantener en el trabajo a los obreros que ocupaba en las minas que, a consecuencia del accidente, quedan cegadas. Ni un solo obrero puede ser despedido por esta causa.

Pero esto no basta. Es necesario que una comisión técnica, compuesta por profesionales insobornables, se encargue de establecer las responsabilidades por omisión o negligencia; y que ante esta comisión tengan representación y personería los obreros, quienes deben ser ampliamente oídos, dentro de un ambiente que excluya toda coacción. Se trata, para los obreros, del más elemental de sus derechos: del derecho a exigir garantías para su vida.

** En *Labor* (Lima), 8 de diciembre de 1928, núm. 3, p. 8. En *Amauta*, noviembre-diciembre, núm. 19 de 1928, pp. 94-95. Incluido en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 275.

El capital extranjero que explota las riquezas mineras del país, paga al Perú en salarios y tributos una suma muy modesta, en proporción a sus utilidades. El asunto de los humos de la Oroya es un dato cercano de caso que hace la Cerro de Pasco Cooper Corporation de los intereses de las poblaciones, en medio de las cuales se instala. Antes, la Asociación Pro Indígena había tenido ya constante motivo de intervención en el tratamiento y «enganche» de los obreros de las minas. Frente a toda prepotencia de esta empresa, habituada a tratar con insolente desprecio los derechos de sus trabajadores indígenas, debe mantenerse vigilante y solidaria la clase trabajadora. *Amauta* es su tribuna doctrinaria, pronta siempre a la acusación, alerta siempre a la defensa.

**DEDICATORIAS DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI EN
LOS EJEMPLARES DEL LIBRO «7 ENSAYOS»**

DEDICATORIA A ANDRES ARAMBURÚ

A Andrés A. Aramburú, director de «Mundial», a quien estas páginas deben su origen y su generoso estímulo, con la amistad y la estimación de su affmo. compañero.

José Carlos Mariátegui
Lima, 6 de noviembre de 1928

DEDICATORIA A JOSÉ SABOGAL Y MARÍA WIESSE

A José Sabogal y María Wiese¹
con la profunda devoción de su amigo.

JC Mariátegui
6/11/928

DEDICATORIA A EDUARDO GOICOCHEA

Al Dr. Eduardo Goicochea, que con generoso espíritu me asiste en mi combate y que fraternamente estuvo a mi lado en horas difíciles, homenaje de gratitud y de afecto.

José Carlos Mariátegui
Lima, 7 de noviembre de 1928

DEDICATORIA A FELIPE ROTALDE Y ÁNGELA RAMOS

A Felipe Rotalde y Angela Ramos de Rotalde, con la amistad y la estimación de

José Carlos Mariátegui
Lima, 7 de noviembre de 1928

DEDICATORIA A RICARDO LUNA

Al Sr. coronel Ricardo Luna, muy cordialmente su atento amigo²

José Carlos Mariátegui
Lima, 10 de noviembre de 1928

¹ Ofrecida para esta edición por Miguel Ángel Aragón.

² Ídem.

DEDICATORIA A EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

A Emilio Roig de Leuchsenring, director de la selectísima y vigilante revista «Social», alerta siempre a todas las señales de nuestro tiempo, devotísimo compañero

José Carlos Mariátegui
Lima, 20 de diciembre de 1928

DEDICATORIA A FELIPE MANUEL BELTROY

A Manuel Beltroy con afectuoso abrazo de su amigo y compañero

José Carlos Mariátegui
Lima, 26 de diciembre de 1928

DEDICATORIA A CÉSAR A. RODRÍGUEZ

Al poeta César A. Rodríguez con la vieja y devota amistad y la invariable estimación de su affmo. Compañero

José Carlos Mariátegui
Lima, 30 de diciembre de 1928

P.S.- A nombre de los compañeros de «Amauta», reclamo su colaboración en nuestra revista que tenga siempre su simpatía. Creo no tener que esforzarme demasiado para excusar el que no le escriba. Vivo agobiado de trabajo, exigiendo de mis fuerzas más de lo que pueden dar. Pero siempre, aunque no lo escriba, lo tengo en mi recuerdo y afecto. Y deseo tener el desarrollo de su obra y su personalidad que algún día comentaré con toda la atención que merecen.

DEDICATORIA A HONORIO DELGADO

Al Dr. Honorio Delgado con la profunda estimación de su devotísimo compañero y amigo

José Carlos Mariátegui
Lima, 30 de diciembre de 1928

SEGUNDA PARTE

CRISIS DE LA DEMOCRACIA

ESTACIÓN ELECTORAL EN FRANCIA *

Este año promete una buena cosecha a la democracia. Es un año esencial y unánimemente electoral. Habrá elecciones en Francia, Inglaterra, Alemania, la Argentina, etc. Y no sería normal ni lógico que la democracia saliera ejecutada en una votación. El sufragio universal se traicionaría a sí mismo si condenase el parlamento y la democracia. Puede inclinarse alternativamente a la izquierda o a derecha; pero no puede suprimir la derecha ni la izquierda. Ni la revolución ni la reacción muestran, por eso, ninguna ternura electoral o parlamentaria. Las elecciones son, así para los reaccionarios como para los revolucionarios, una simple oportunidad de predicar el cambio de régimen y de denunciar la quiebra de la democracia. Las elecciones italianas de 1921, convocadas en plena creciente fascista, dieron la mayoría a las izquierdas y trajeron abajo a Giolitti. El fascismo ganó apenas treintaicinco asientos en la cámara. Pero el año siguiente, después de la marcha a Roma, obtuvo de la misma cámara un voto de confianza. Poco importa que la reacción o la revolución estén próximas. Las elecciones, formalmente, oficialmente, necesitan dar siempre la razón a la democracia. La víspera misma de ganar el gobierno, los bolcheviques perdieron las elecciones. Los social-demócratas de Kerensky tenían la cándida pretensión de que, dueños ya del poder, Lenin y sus correligionarios reconociesen a una asamblea que los condenaba *a priori*. Lenin, como bien se sabe, prefirió licenciar esta asamblea extemporánea y retórica.

El momento, por otra parte, es de temporal estabilización capitalista, que es como decir de estabilización democrática. Porque la burguesía puede haber empleado el golpe de estado fascista para conseguir o afianzar su estabilización; pero sólo en los países donde la democracia no era muy extensa ni muy efectiva. En Inglaterra, en Alemania, en Francia, el capitalismo se ha defendido dentro de la democracia, aunque se haya valido a ratos de leyes de excepción contra sus adversarios. La burguesía no es precisa o estrictamente el capitalismo; pero el capitalismo sí es, forzosamente, la democracia burguesa.

Los resultados de las elecciones no importan demasiado. El 11 de Mayo de 1924, el bloque nacional y el cartel de izquierdas se disputaron *accanitamente*¹ en Francia la victoria electoral. El escrutinio de ese día no se contentó con derribar a Poincaré de la presidencia del consejo. No pareció satisfecho sino después de arrojar a Millerand de la presidencia de la república. Caillaux, el condenado del bloque nacional, regresó a Francia con cierto aire de César democrático. Y, sin embargo, dos años después el cartel

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1048, 31 de marzo de 1928. Incluido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), pp. 218-221. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1190-1191.

¹ Voz italiana, ferozmente.

se disolvía, para dar paso a una nueva fórmula: un gabinete presidido por Poincaré, con Herriot en el Ministerio de Instrucción y Briand en el del Exterior. El 11 de Mayo no tocó, en consecuencia, la sustancia de las cosas. Herriot acabó colaborando en un ministerio poincarista y Poincaré concluyó presidiendo un gobierno apoyado en los radicales-socialistas. Esta vez, como la anterior, cualquiera que sea el resultado de las elecciones sólo podrá sostenerse en el gobierno un ministerio de «opinión». El escrutinio no producirá, por ningún motivo, un gobierno de partido. Ni un bloque de derechas ni un cartel de izquierdas sería lo suficientemente sólido. El gobierno futuro tendrá que contar, como el de Poincaré, con el favor de la pequeña burguesía no menos que con la venia de la alta finanza y la gran industria. Una victoria del partido socialista sería, sin duda, la única posibilidad de acontecimientos imprevistos e insólitos. Pero ningún partido asumiría el poder con más miedo a sus responsabilidades ni con más miramiento a la opinión que el partido socialista. Los socialistas franceses se inclinan, por esto, a una reconstitución más o menos adaptada a las circunstancias, de la fórmula radical-socialista. León Blum rehusaba en 1925 y 26 la participación de los socialistas en el gobierno en espera, según él, de que les llegara la oportunidad de asumirlo íntegramente por su cuenta. Esta política apresuró el regreso de Poincaré y el restablecimiento de la unión nacional, con el programa de revalorización del franco. Mas la oportunidad aguardada, con tanta certidumbre, por León Blum, no parece haber llegado todavía. Los socialistas no podrían hacer en el poder sino una de estas dos políticas: o una política revolucionaria, sostenida por todas las fuerzas del proletariado, que conduciría inevitablemente a la guerra social, o una política conservadora, de concesiones incesantes a los intereses y la opinión burgueses, como la practicada por los laboristas ingleses durante el experimento Mac Donald. En el segundo caso, un ministerio socialista duraría menos aún que el primer ministro Herriot después de las elecciones victoriosas del 11 de Mayo. En el primer caso, salvo la acción de jefes superiores, con dotes excepcionales del comando, los socialistas serían finalmente desalojados del poder por los comunistas.

El destino del partido socialista francés podría bien ser el de reemplazar al partido radical-socialista. Pero este proceso requiere tiempo. Los radicales socialistas, aunque pierdan súbitamente su ascendiente sobre las masas pequeñoburguesas de las grandes ciudades, conservarán por algún tiempo, sus clientelas electorales de provincias. Tienen viejas raíces que los defienden de una rápida absorción, sea por parte de la izquierda socialista, sea por parte de la derecha plutocrática. Su función no ha terminado. Y, mientras la estabilización democrática no se encuentre seriamente amenazada, su chance electoral seguirá siendo considerable.

GIOVANNI GIOLITTI

Los días que corren no son propicios para una equitativa valoración de Giolitti. El fascismo no puede mostrarse demasiado indulgente con el político que más conspicua y específicamente representa la Italia demo-liberal, positivista, tendera burocrática de los últimos lustros prebélicos. El antifascismo post-aventiniano —aunque grato a la firmeza con que Giolitti votó en el Parlamento contra la política anti-liberal del fascismo— no puede perdonar al estadista piamontés su parte de errores tácticos de gobierno que consintieron la marcha sobre Roma y la abdicación y desmoronamiento del Estado liberal. La apología de Francesco Crispi y de los hombres de la antigua derecha, se acomoda al gusto y al interés de la dictadura fascista mucho más que el reconocimiento de las benemerencias de Giolitti, que debió su fortuna política a la derrota del método crispiano.

Nunca se ha despotricado tanto en Italia contra la democracia sanchopancesca, utilitaria, negociante, giolittiana, en una palabra, de la «monarquía socialista» como desde que Mussolini, en la necesidad de sofocar toda protesta contra el régimen, anunció su intención de reemplazar definitivamente y formalmente al viejo Estado liberal por el Estado fascista. Giolitti ha escuchado sin inmutarse, en sus postreros años, las más exorbitantes y estruendosas requisitorias contra su sentido prudente, realista, práctico, administrativo, de la política.

La Italia de Vittorio Veneto, que el fascismo siente espiritual e históricamente tan suya, debe a la obra giolittiana, ordenadora y parsimoniosa, los elementos fundamentales de su costosa victoria. En largos años de una administración, que sacrificó los tópicos clásicos del *Risorgimento* a los hechos prosaicos de un trabajo de crecimiento y equilibrio capitalistas, Giolitti, el neutralista, preparó a Italia para la guerra, capacitándola para ascender del desastre de Adua al triunfo de Vittorio Veneto.

El rencor de la Italia d'annunziana, retórica, militarista, contra el sobrio y parco estadista piamontés, se ha tomado la más exultante y completa revancha contra el régimen fascista. Sería fácil, sin embargo, probar que el fascismo debe su persistencia y estabilización, más que a sus medidas de violencia, a su método oportunista, a su estrategia social, a una praxis, en suma, heredada del giolittismo, con la diferencia de que éste prescindía de la declamación idealista y asignaba a su función fines más modestos e inmediatos.

Giolitti era la antítesis del político programático y doctrinario. Pero, profesaba, sin duda íntimamente un ideal, que ahora se destaca más netamente que nunca como el resorte espiritual de su obra; el ideal de hacer de Italia un estado moderno, apto para superar definitivamente una pesada tradición clerical, comunal, güelfa, anti-unitaria.

Para consolidar el Estado liberal, monárquico y unitario, surgido de las luchas del *Risorgimento*, Giolitti comprendió que era necesario abandonar el dogmatismo y la intransigencia de Crispi y licenciar definitivamente una buena parte de las frases e ideas del *Risorgimento* mismo. La política del Estado, en la medida en que podía ser reformadora y progresista, en el orden político, tenía que apoyarse en las masas obreras, cada vez más ganadas al socialismo. El ideario liberal significaba un constante fermento de tendencias e impulsos republicanos. Giolitti liquidó la cuestión institucional acordando a las masas el derecho de huelga y asociación, el sufragio universal, el mejoramiento económico.

Críticos liberales como Mario Missiroli no le han ahorrado invectivas por su empirismo oportunista, exento al parecer de toda convicción doctrinal. Pero, precisamente, Missiroli, que acusaba a Giolitti de haber destruido el patrimonio ideal del *Risorgimento* con su política transformista de transacción y compromiso, ha acabado por reconocer, el fondo voluntarista e ideal de la política giolittiana. La experiencia de la crisis postbélica, lo obligó a admitir que «la política giolittiana era la sola conveniente a un pueblo incapaz de superar las contradicciones de su historia milenaria». «Fue después de la catástrofe del socialismo y de la democracia —escribe Missiroli— cuando comprendí la ineluctabilidad de la política giolittiana y la grandeza de Giolitti. Fue entonces cuando intuí su profundo pesimismo, su patriotismo ascético, su infalible sentido de la historia. La grandeza de Giovanni Giolitti consiste en haber sabido gobernar, según los modos de la civilidad occidental, un pueblo que había permanecido extraño a las formaciones espirituales de la modernidad y en haberlo elevado, merced a una obra exclusivamente personal, por encima de su propia consciencia² moral y de sus hábitos atrasados».

Piero Gobetti no anda muy lejos de Missiroli cuando define a Giolitti como «la sublimación más rara y casi única de la ordinaria administración». Giolitti, realmente, resolvía la política en la administración; pero sin perder de vista los fines superiores del Estado liberal. Incorporando a las masas en la vida política, como partido de clase, opuso a las inclinaciones conservadoras de la burguesía el contrapeso indispensable para que no condujesen al Estado al renegamiento gradual de los principios del liberalismo. El socialismo le permitió salvar al Estado de la estratificación burocrática y de la reacción ultramontana. La función del socialismo, como Missiroli también lo acepta en el prefacio de su segunda edición de *La Monarquía Socialista*, que rectifica en parte las aserciones originales de la obra, fue eminentemente liberal en el período giolittiano.

Pero esta política sólo podía desenvolverse libremente en la época en que las masas se acomodaban con facilidad a una acción reformista. Desde que la guerra abrió un período revolucionario, el socialismo se tornó

² «consciencia», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 224.

amenazador e inquietante. Giolitti, siguiendo su estrategia equilibrista de contrapeso y antinomias, pensó que podía servirse de las brigadas fascistas para volver a la razón a los socialistas. Luego, sería fácil reducir al orden a los *fasci di combattimento*. Su último gran servicio a la burguesía y al orden fue su actitud contemporizadora ante la ocupación de las fábricas. La resistencia del gobierno a la reivindicación obrera del control de las fábricas, habría provocado probablemente la revolución. Giolitti prefirió ceder a la demanda de las masas, quitándoles de este móvil concreto que las impulsaba a la lucha. Pero erró, en cambio, en su cálculo cuando disolvió a la cámara en 1921, con la esperanza de asegurarse, con el concurso de la violencia fascista, una mayoría manejable. Este error franqueó a los fascistas el camino del poder. Mussolini le debe toda su fortuna política. Si el ministro «de la mala vida» como le llamaban algunos por sus concomitancias con la plutocracia septentrional y las oligarquías y caciquismos meridionales, hubiese acertado en su maniobra electoral, la conquista de Roma por el fascismo habría quedado conjurada. Giolitti no se daba cuenta de la naturaleza extraordinaria, excepcional, de los nuevos tiempos. Con su calma y su socarronería piamontesas, creía que todas las efervescencias y exuberancias postbélicas acabarían por apaciguarse y desvanecerse. Presentía, más próxima de lo que en verdad estaba, la estabilización. Este error histórico, esta falla política, han puesto en revisión toda su fatigosa obra de parlamentario y gobernante; y le han restado, en su última hora, la satisfacción de verse continuado.

EL GOBIERNO DE LA GRAN COALICIÓN EN ALEMANIA^{3*}

La laboriosa gestación del gabinete que preside el líder socialista Herman Müller, denuncia la dificultad del compromiso logrado entre la social-democracia y el *Volkspartei*⁴ para constituir un gobierno de coalición en Alemania. Los socialistas, que en las últimas elecciones obtuvieron una magnífica victoria, han hecho las mayores concesiones posibles a los populistas y Stresemann (*Volkspartei*), que en dichas elecciones perdieron no pocos asientos parlamentarios. La social-democracia ha vuelto al poder; pero a condición de compartirlo con el partido que representa más específicamente los intereses de la burguesía alemana. El programa del gabinete Müller-Stresemann es un programa de transacción, en cuya práctica tienen que surgir frecuentes contrastes. A eliminar en lo posible las causas de conflicto, han estado destinadas, sin duda, las largas negociaciones que han precedido la formación del gobierno. Pero el compromiso, por

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1067, 11 de agosto de 1928. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970), pp. 227-230. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1193-1194.

⁴ Voz alemana: Partido Popular

sagaces que sean sus términos, está siempre subordinado en su aplicación al juego de las contingencias. La culminación de la victoria de los socialistas habría sido el restablecimiento de la coalición de Weimar: socialistas, centristas y demócratas; la asunción del poder por la coalición negro-blanco y oro; la restauración en el gobierno de los colores y el espíritu republicanos y democráticos. Pero una victoria electoral no es la garantía de una victoria parlamentaria. Las elecciones francesas del 11 de mayo de 1924 dieron la mayoría al bloque de izquierdas; pero la asamblea salida de ellas concluyó por restablecer en el gobierno a Poincaré. El parlamento y el gobierno parecen ser, además, en Alemania, desde hace algún tiempo, una escuela de prudencia y ponderación. Los partidos creen servir mejor sus doctrinas por la transacción que por la táctica opuesta. Alemania está resuelta a dar al mundo —que la reprochó siempre su tiesura, su rigidez y su lentitud— las más voluntarias seguridades de su flexibilidad, de su agilidad, de su ponderación. La elección de Hindenburg, candidato del bloque de las derechas, que recibía de los nacionalistas el tono y el verbo, fue estimada por muchos como el comienzo de una restauración monárquica y conservadora, que en poco tiempo habría cancelado el espíritu y la letra de la constitución de Weimar.

Mas la ascensión de Hindenburg a la presidencia tuvo, por el contrario, la virtud de conciliar, poco a poco, a las derechas con las instituciones democráticas. El partido populista ya había superado esta prueba. Pero el partido nacionalista conservaba aún, enardecido por la marejada reaccionaria, su intransigencia anti-republicana. El paso de la oposición al poder, lo obligó a abandonarla, al mismo tiempo que a suavizar, en obsequio a la política internacional de Stresemann, su aspereza revanchista. No obstante, sus críticas y reservas, los nacionalistas han aceptado prácticamente la política de reconciliación de Alemania con los vencedores, hábilmente actuada por Stresemann. Y han relegado, durante largo tiempo, a último término, sus reivindicaciones monárquicas. Su colaboración con la república, aunque dosificada a las circunstancias, ha servido a la estabilización democrática y republicana del Reich⁵. Los nacionalistas han salido diezmados de las últimas elecciones, en las cuales, en cambio, los partidos del proletariado, socialistas y comunistas, han hecho una imponente afirmación de su fuerza popular. Los socialistas no han podido, a su turno, sustraerse al influjo de esta atmósfera de moderación y compromiso. El retorno a la coalición de Weimar no les ha parecido inoportuno y aventurado sólo a los centristas, sino también a los propios directores de la social-democracia. Por esto la participación de Stresemann y el *Volkspartei* en el gobierno, reclamada también seguramente por Hindenburg, ha exigido una gestión empeñosa, en la cual los jefes socialistas se han sentido impulsados a una estrategia muy cauta. Stresemann, ha

⁵ Reino o imperio alemán.

discutido con ellos en una posición ventajosa. Algunos votos menos en el parlamento, no han restado a su partido absolutamente nada de su significación de órgano político de la gran industria y la alta finanza. La social-democracia sabe perfectamente que, al parlamentar con los populistas, trata con el estado mayor de la burguesía alemana.

Y, desde este punto de vista, al⁶ proceso de estabilización democrática de Alemania nos descubre, en sus raíces, un aspecto de la crisis del parlamentarismo o sea de la democracia. La potencia de un partido, como lo demuestra este caso, no depende estrictamente de su fuerza electoral y parlamentaria. El sufragio universal puede disminuir sus votos en la cámara, sin tocar su influencia política. Un partido de industriales y banqueros, no es lo mismo que un partido de heterogéneo proselitismo. Al partido socialista, que es un partido de clase, sus ciento cincuenta y tantos votos parlamentarios, si le bastan para asumir la organización del gabinete, no lo autorizan a excluir a⁷ de éste a la banca y la industria, a menos que opte por un camino revolucionario que no es el suyo.

La gran coalición no deja fuera de la mayoría parlamentaria, sino de un lado a los nacionalistas fascistas y, de otro lado, a los comunistas. A la extrema derecha y a la extrema izquierda. Los comunistas —que a consecuencia del fracaso de la agitación revolucionaria de 1923 han atravesado un período de crisis interna— han realizado en las últimas elecciones una extraordinaria movilización de sus efectivos. Grandes masas de simpatizantes, han vuelto a favorecer con sus votos al partido revolucionario. La primera consecuencia de la victoria de la clase obrera en la política ha sido, por esto, la amnistía para todos los perseguidos y procesados políticos-sociales. Esta amnistía fue uno de los votos del pueblo. El gobierno no podía dejar de sancionarlo.

Los socialistas tienen cuatro ministros en el gabinete: Müller, canciller; [Hilferding (Finanzas); Severing (Interior); y Wisel (Trabajo)]⁸. Pero está cuantiosa participación en el poder, no es la que corresponde a la fuerza electoral del proletariado. Stresemann y sus amigos pesan en el gobierno de la gran coalición, tanto como los ministros de la social-democracia. El equilibrio de este gobierno, por lo tanto, resulta artificial y contingente en grado sumo. Ya se habla de la probabilidad de apuntalarlo en el otoño próximo, con un remiendo. Y esto es lógico. La gran coalición es un frente demasiado extenso para no ser provisional e interino.

⁶ «eb», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 229.

⁷ «de», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*.

⁸ «Hilferding, Finanzas; Severing, Interior; y Wisel, Trabajo», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 230.

AL. SMITH Y LA BATALLA DEMÓCRATA *

El partido demócrata norteamericano combate su actual batalla electoral con la energía de sus mejores tiempos. Como ya he tenido oportunidad de recordarlo, su movilización de votantes en 1924 careció de los estímulos y elementos que ahora la favorecen. La presencia del senador La Follette en el campo eleccionario, por una parte, y la descolorida personalidad de Mr. Davis, por otra, impedían al partido demócrata, en esa ocasión, imprimir a su campaña frente al partido republicano, el carácter vigorosamente polémico y antagónico, que ahora le granjea un extenso y activo proselitismo en la opinión liberal, en ese tercer partido latente, potencial, que mientras no ocupe este puesto el socialismo, esperan algunos ver surgir de la conjunción de los elementos no asimilados por los demócratas. Esta vez, ante la campaña de Al Smith, se habla en este sector liberal, «avancista», de una rehabilitación del Partido Demócrata. La candidatura y la personalidad del Gobernador de Nueva York han tenido la virtud de operar el milagro.

Este hecho prueba, ante todo, lo absurdo de la hipótesis de que en los Estados Unidos pueda desarrollarse un tercer gran partido que no sea aún, por específicas razones americanas, socialista, revolucionario. Para el diálogo, para la oposición dentro de la ideología demo-liberal, bastan dos partidos, el republicano y el demócrata. El tercer partido, como partido, «progresista», «avancista», sobra absolutamente. Sólo aleatorias y contingentes corrientes electorales, originadas por un gesto o un tipo de secesión, pueden encender, de tarde en tarde, esta ilusión. Apenas el Partido Demócrata desciende a la arena, con un líder fuerte y un lenguaje beligerante, recupera su poder de polarización y absorción de todas las tendencias genéricamente radicales o democráticas. El tercer gran partido se incuba, no en dispersos núcleos o capillas «independientes», sino en una clase, el proletariado, enfeudada aún en su mayoría al oportunismo y al empirismo de la Federación Americana del Trabajo.

Por ahora, la única función que las circunstancias históricas encargan a los imponderables elementos sueltos del tercer partido latente, es la de reintegrarse a la vieja corriente demócrata, tan luego como acierta a traer a su cauce los arroyos colaterales, aptos para conservar su independencia sólo en las épocas de floja y mansa avenida. La adhesión de estos elementos sirve al veterano Partido Demócrata para recobrar el tono guerrero de los años en que W. J. Bryan, lejano aún de sus días de ancianidad ortodoxa y «trascendentalista», tronaba contra los trusts imperialistas.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1077, 20 de octubre de 1928. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970), pp. 235-238. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1196-1197.

Y no hay que sorprenderse de que iconoclastas habituales como el famoso H. L. Mencken, sostengan con entusiasmo y esperanza la candidatura de Al Smith, reconociéndolo un liberal de verdad que «ha mantenido como Gobernador del Estado de Nueva York, la libertad de palabra, las asambleas libres y todos los demás derechos y garantías del *Bill de Derechos*». El sentido práctico, muy anglosajón, de estos adversarios de la plutocracia republicana, representada por Hoover, aprecia ante todo las posibilidades concretas de triunfo con que cuenta la candidatura de Al Smith, que en el caso de derrota constituiría al menos una imponente afirmación demócrata.

Todos los propugnadores de la candidatura de Al Smith se preocupan, fundamentalmente, de comunicar a sus lectores, su convicción de que, con una intensa y extrema movilización electoral, la chance del gobernador demócrata es muy grande. El análisis de la situación electoral de cada Estado, y en especial de los que, republicanos ordinariamente, pueden dar esta vez su voto al candidato demócrata, se convierte en la especulación favorita de escritores que ofrecen a Smith una adhesión estrictamente doctrinal, política.

Las bases electorales de los demócratas se encuentran, como es notorio, en los Estados del Sur. Toda confianza en la victoria de Smith reposa en la convicción de que el Partido Demócrata está seguro del *Solid South*. He enumerado ya los Estados de cuyo voto depende el resultado final de la lucha. Las razones por las que se atribuye a Smith probabilidades de ganar en estos Estados, son muy variadas e ilustrativas. En Rhode Island, por ejemplo, donde Mr. Davis obtuvo en 1924 el 36 por ciento de los votos, Al Smith dispone de un electorado mucho más numeroso, por ser católica casi la mitad de los votantes. En Nueva York, estado de mayoría republicana, el factor favorable es el ascendiente personal de Smith que debe a su popularidad tres victorias sobre los republicanos. El porcentaje de votos católicos, que es sólo de 27 a 28, juega en Nueva York un rol secundario. En Wisconsin, donde los demócratas únicamente obtuvieron el ocho por ciento de los sufragios en 1924, se asigna a Smith posibilidades de triunfo por la opinión anti-prohibicionista que en este Estado prevalece.

En el Sur, ciudadela de los demócratas, los republicanos explotarán contra Smith la intransigencia protestante; pero contra Hoover, y por ende a favor de Smith, opera en esos Estados un sentimiento reaccionario: la aversión a los negros. Hoover, según lo constata, precisamente, Mencken, ha herido este sentimiento, por no haber mantenido, como Secretario de Comercio, en las Oficinas del Censo, la distinción racial. «En el Sur —dice Mencken— temen y odian a los negros más que al mismo Papa».

Si Smith sale electo, no deberá su victoria a lo que de liberal hay en su programa y de avanzado o reformista en su proselitismo, ni aún a sus cualidades de estadista y líder democrático, sino a la complicada interacción

de factores tan diversos como el sentimiento de religión o de raza o la opinión respecto a la ley anti-alcohólica.

La política internacional que Smith, conforme a su programa, se propone desenvolver, es de reconciliación con la América Latina. En los propios republicanos no son pocos los que, como el senador Borah, consideran excesiva y censurable la política actuada por Coolidge, caracterizada por medidas como la intervención en Nicaragua, que tan categóricamente desmiente el presunto pacifismo del pacto Kellogg. Lo más probable, en general, es que al imperialismo yanqui le convenga actualmente una atenuación sagaz de sus métodos en los países latinoamericanos. Y, de otro lado, el crédito que puede concederse a la capacidad de una administración demócrata para no usar sino buenas maneras con estos países, aparece forzosamente muy limitado. El gobierno de los Estados Unidos como lo probó el de Wilson, tiene que realizar la política internacional que le imponen las necesidades de su economía capitalista. Y, en todo caso, la victoria de Smith, como ya hemos visto, no significaría precisamente la victoria de su programa. Y, menos que de ninguna, la de esta parte —las relaciones con la América Latina— que ocupa un lugar tan secundario en la atención del pueblo norteamericano.

LA CRISIS MINISTERIAL FRANCESA*

Los radicales socialistas franceses no han podido conciliar su posibilismo y su programa hasta el punto de renegar toda la tradición laicista de su partido —y con ella toda la política de Waldeck-Rousseau y Combes— acompañando a Poincaré en el restablecimiento de las congregaciones religiosas. Un vivo clamor se alzó en los rangos radicales socialistas contra esta medida del gobierno de Poincaré aconsejada por razones de prestigio y expansión internacionales, a las cuales se habrían rendido seguramente los propios ministros radicales socialistas Herriot, Sarraut, etc., sin la agitación culminada con el voto del partido adverso a este capítulo de la política poincarista.

Poincaré ha reorganizado el gabinete con una numerosa participación de los republicano-socialistas —Briand, Painlevé, Hennessy, etc.—; pero la presencia de este grupo no confiere absolutamente a su gobierno el carácter con el cual apareció, en el período agudo de la crisis del franco, y con el cual se confirmó en la campaña eleccionaria. Los radicales-socialistas, aunque sus jefes no sean, en verdad, muy proclives a una duradera beligerancia —Herriot tiene una perfecta psicología de pacifista burgués y Sarraut es, ante todo, orgánicamente, un prefecto—, han pasado a

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1081, 17 de noviembre de 1928. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970) pp. 244-247. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1199-1201.

la oposición, después de tres años de renuncia a actuar su propia política. La gran coalición burguesa, presidida por Poincaré para hacer frente a la crisis del franco, ha terminado. No tiene mucha importancia el hecho de que uno de los grupos que constituyeron el 11 de Mayo de 1924 el bloque de izquierdas —los republicanos socialistas— permanezca al lado de Poincaré, que le ha acordado una representación excesiva en el poder: cinco portafolios. Los republicanos socialistas componen un grupo parlamentario —más propiamente que un partido— numéricamente débil, cuya fuerza reside en la habilidad estratégica de Briand y otros de sus diputados para maniobrar en el Parlamento. Briand y los republicanos socialistas, lo mismo que Loucheur y sus «radicales de izquierda» acompañaron al bloque nacional hasta la víspera de su derrota del 11 de Mayo. Loucheur, magnate de la industria, tiene intereses económicos incompatibles con la oposición.

Pero Briand y Loucheur en el ministerio son el signo de que Poincaré es aún la carta más fuerte. Las últimas elecciones han servido a Poincaré para quebrantar y disminuir la posición de los radicales socialistas. Bajo el estandarte ministerial, los radicales socialistas no pudieron esta vez presentarse al país con un programa de izquierda. Tuvieron que contentarse con un desteñido rol subsidiario. Poincaré les escamoteó diestramente la estrecha mayoría que le quitaron en 1924.

Para rehacer el bloque de izquierda, hace falta tiempo. Los radicales socialistas reanudarán necesariamente su inteligencia con los socialistas; pero reconstituirán el bloque con una autoridad disminuida por el fracaso de su política de coalición. Si en 1924 se acusaba a Herriot de obedecer a las sugerencias de León Blum, ahora en el poder de los socialistas, dentro de nuevo bloque de izquierdas, se mostrará lógicamente acrecentado. La oposición acechará la primera fisura en el gabinete, para traer abajo a Poincaré. La cuestión de la participación en el poder volverá a plantearse entonces a los socialistas. La última crisis, la ha puesto de nuevo en debate. Un período de graves deliberaciones comienza para el partido socialista que, siendo de hecho un partido de gobierno, no se resuelve todavía a aceptar los riesgos y los honores de la participación directa en el poder.

Quienes pueden regocijarse del sentido de la crisis son los elementos clericales. El gobierno de la Tercera República, después de varios lustros de política anticlerical, reconoce necesarias a la expansión de Francia en el extranjero las congregaciones religiosas. Lo que antes se canceló, en nombre de la laicidad, ahora es restablecido en nombre de conveniencias nacionales. Se descubre que las congregaciones, intolerables como agentes de la Iglesia en el interior, son buenos instrumentos de la política internacional del Estado. El partido radical-socialista no ha podido suscribir esta política. Mas en esto hay que ver, sobre todo, una consecuencia de su rol gubernamental secundario. Es probable que, con la jefatura y las responsabilidades del gobierno en sus manos, le hubiera sido menos

inconcebible rectificarse. Herriot y Sarraut habrían encontrado entonces argumentos persuasivos para aplacar la excitada asamblea de sus correligionarios. En una condición de inferioridad y obediencia, la abdicación agravaba extremadamente. Tardieu, en el Ministerio del Interior, en reemplazo de Sarraut, imprime un fuerte color derechista al programa interno del nuevo gobierno. León Blum ha dicho que Tardieu es un hombre de izquierda por su temperamento; pero que las circunstancias lo han llamado a jugar la función de hombre de derecha. El interés de apelar al instinto de conservación y defensa de las clases conservadoras para mantener en el poder a Poincaré y su coalición, obligará a Tardieu, en este caso, a acentuar su tendencia reaccionaria. Sarraut, como ministro del Interior, resultó un típico prefecto de policía. Tardieu, conservador de gran estilo, tratará de hacer sentir más su fuerza personal. Es, entre los nuevos ministros, el que más evidentemente se entrena para suceder a Poincaré en el puesto de condotiero de las fuerzas conservadoras.

EL PROBLEMA DE YUGOESLAVIA. LOS CROATAS CONTRA BELGRADO *

La historia de Belgrado, la capital del reino serbio⁹ ayer, del reino serbio-croata-esloveno desde la victoria aliada, parece marcada por un signo trágico. Los capítulos de su política se cierran con uno o varios asesinatos, como los más truculentos dramas de otro tiempo. El reinado de Pedro Karageorgevich arrancó de la más balcánica de las tragedias reales. (El asesinato de Sarajevo, que prendió fuego a Europa en 1914 es un episodio de la historia de Belgrado). Hoy, el asesinato de los jefes de la oposición croata, en plena sesión del parlamento de Belgrado, el 20 de junio último, es la señal de una lucha a muerte que no concluirá probablemente sino con el derrocamiento de una dinastía. Según afirma Vladimiro Raditch, hijo del célebre Esteban Raditch, muerto en agosto último a consecuencia de las heridas que recibiera en esa sesión sangrienta, ese asesinato «ha enterrado definitivamente, y para siempre, la estructura actual del Estado. Este régimen no existe más para el pueblo croata».

Se recuerda la insólita tragedia. Dos diputados de la oposición croata Pavlé Raditch y Gjoure Bassaritchev fueron muertos ese día en el Parlamento. Las balas de los diputados ministeriales hirieron mortalmente al viejo Raditch, jefe del partido campesino croata, a quien en la lucha contra el centralismo serbio seguían masas fanáticas. Los diputados croatas y serbios que pertenecen a la coalición agraria-demócrata se retiraron del parlamento nacional. Y, reunidos en Zagreb, en la dieta croata, declararon el

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1085, 15 de diciembre de 1928. Incluido en *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial II* (1970) pp. 248-251. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1201-1202.

⁹ «servio», y en los siguientes en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*.

desconocimiento de esta asamblea y de todo el régimen constitucional. Desde ese instante, las fuerzas políticas que componen la coalición, se encuentran en abierta rebelión contra el Estado y la carta constitucional en que éste reposa.

Con esta declaración, la oposición croata no hace más que volver a su primitiva actitud. La constitución del reino serbio-croata-esloveno careció desde su origen del consenso croata. Croatas y eslovenos que, dentro de Austro-Hungría, habían conservado ciertos derechos administrativos y se habían elevado a un nivel de educación política superior al de los serbios, fieles aún al estilo balcánico, propugnaban un régimen federativo que asegurase a cada una de las partes del nuevo Estado una relativa autonomía administrativa. Pero la clase gobernante servia, que se sentía absolutamente apoyada por las potencias vencedoras, no estaba dispuesta a renunciar a su predominio. Y aprovechó de esta ventaja para imponer al país una constitución de su gusto. Los grupos croatas y eslovenos hicieron, desde entonces, de la revisión de esta Carta la más esencial de sus reivindicaciones. Y el partido campesino acaudillado por Raditch se destacó en esta agitación por el numeroso proselitismo con que contaba en las masas su programa agrario.

Hubo un tiempo en que, puesto casi fuera de la ley, este partido daba la impresión de entrar en una vía insurreccional. Esteban Raditch adhirió a trabajos revolucionarios, con sede en Moscú, para crear una internacional campesina. La cooperación del partido agrario y del partido comunista parecía probable. Los comunistas habían obtenido, a poco de la organización de sus filas, doscientos mil votos sobre millón y medio de sufragios nacionales y 59 asientos en la cámara sobre un total de 419. No obstante la represión gubernamental, constituían una fuerza enorme. Los campesinos de Raditch tenían para actuar enérgica y eficazmente contra el régimen el doble estímulo de la cuestión agraria y de la cuestión constitucional.

Pero de pronto se produjo un cambio de conversión en Raditch y sus adeptos. El número de puestos, ganado por este partido en las elecciones de representantes y la amenaza constante de una insurrección, indujeron a Patchitch, el patriarca de la burguesía serbia y jefe de la reacción, a atraer a Esteban Raditch a una política colaboracionista. Los políticos ingleses, según declara el propio Vladimiro Raditch, decidieron al líder croata a situarse en el terreno parlamentario y seguir una línea transaccional. Entre el compromiso, aconsejado por Londres y la revolución, propuesta por Moscú, Esteban Raditch prefirió el compromiso. Hay que hacer a su resolución el honor de suponerla ajena a toda sugestión mezquina. Pero una vez más se comprobó en la historia el peligro de que la suerte de un partido de masas esté en manos de un caudillo de autoridad absoluta y tipo taumatúrgico. Raditch se equivocó. Ha pagado su error con su vida; pero a su causa este error le ha costado todavía más.

Después de un fugaz período de participación en el gobierno y de asistencia al parlamento, la oposición campesina vuelve a la lucha ilegal. El asesinato de tres de sus representantes y su máximo caudillo, ha abierto entre ella y el parlamento de Belgrado un abismo que el puente de ninguna transacción puede ya salvar. Vladimir Raditch anuncia la voluntad de las masas de luchar hasta el fin. Esta misma era su voluntad cuando hace cuatro años Esteban Raditch las condujo al compromiso y las obligó a la espera.

Para defender al régimen no vigila ya en Belgrado el viejo Patchitch. La corte de Belgrado ha perdido con este veterano servidor, a su más experto político. Se habla, de vez en vez, como de una solución para el problema de Macedonia, de la reunión en un solo Estado de Bulgaria y Yugoslavia como también se llama el reino serbio-croata-esloveno. Pero esta idea no podría realizarse sino después de otra guerra y con otro Patchitch, más experto y redomado todavía, como gerente. Además, en el plano de las previsiones y proyectos para el porvenir, la ha desplazado ya una idea más grande: la de la Federación de los Estados Balcánicos. Federación igual a desbalcanización, ha insinuado ya alguien.

SOCIALISMO

EL PROBLEMA DE LAS ELITES*

No son pocos los escritores de Occidente que reducen la crisis de la democracia europea a un problema de elites. Saturados de supersticiones intelectualistas y de una idea exagerada de su clarividencia y desinterés, estos escritores no ponen en duda la existencia de tales elites, entendiéndolas y definiéndolas, generalmente, como una aristocracia de pensadores y filósofos. El problema consiste en que no gobiernan ni dirigen a los pueblos. El poder está en mano de políticos rutinarios o escépticos, manejados por una poderosa plutocracia. El estado obedece los designios ambiciosos y utilitarios de una oligarquía financiera que, por medio de la gran prensa, controla la opinión pública. La responsabilidad de este malestar es atribuido por sus críticos melancólicos, a la democracia cuantitativa, a la mediocridad parlamentaria, etc.

Pero todos estos intelectuales, más o menos contemplativos, parten de un prejuicio conservador que invalida su especulación en apariencia desinteresada. Todos miran con horror, retóricamente disimulado, al socialismo, a la revolución, al proletariado. No son capaces de concebir —por mera y vulgar desistencia¹ conservadora— la reorganización de Europa y la defensa de la civilización, sino dentro de los cuadros burgueses. Esta limitación, que es su drama, no les permite abarcar en su integridad el trajinado problema de las elites. No les consiente averiguar si las nuevas elites no estarán ya madurando fuera de la burguesía y, en todo caso, contra la burguesía; si las elites visibles, actuales, burguesas, no estarán representadas por esos barones de la banca y la industria y por esos políticos de ambigua tradición parlamentaria, tan supersticiosamente descritos. Es lógico suponer que el capitalismo oponga al proletariado sus mejores fuerzas. Si no se defiende con fuerzas más escogidas, con hombres más convencidos y elevados, es seguramente porque no los tiene. El caso del gobierno francés, sagazmente considerado, bastaría para desvanecer cualquier equívoco. Gobierna a Francia desde hace dos años un gabinete de antiguos *premiers*, presidido por uno a quien Albert Thibaudet ha incluido entre sus «príncipes del espíritu» y en quien la burguesía ve un hombre de elite, un aristócrata de la democracia. Entre los *premiers* que lo rodean, se encuentra Herriot, humanista erudito, demócrata sincero, idealista honesto, y Briand, uno de los más probados ingenios parlamentarios de la Francia contemporánea. Este gabinete de tanta autoridad política, compuesto por hombres diestros y experimentados, no está, sin embargo, menos sujeto que los anteriores a los intereses de la industria y la finanza. Por ejemplo, una

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1036, 7 de enero de 1928. Incluido en *Alma Matinal* (1950) pp. 48-53; ed. 1959, pp. 40-45. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 506-509.

¹ «resistencia», en *El Alma Matinal*, p. 40.

campaña de prensa puede ponerlo, contra su intención, al borde de la ruptura con Rusia. ¿Un ministerio de elite intelectual, sabría acaso resistir mejor la presión de los intereses capitalistas? Más inverosímiles aún sería un Estado y un capitalismo regidos espiritualmente, desde sus bufetes, por tres o cuatro austeros catedráticos.

Las verdaderas elites intelectuales operan sobre la historia revolucionando la conciencia de una época. El verbo necesita hacerse carne. El valor histórico de las ideas se mide por su poder de principios o impulsos de acción. He aquí algo que los desconsolados críticos de la democracia parecen olvidar totalmente.

Es absurdo hablar de un drama de las elites. Una elite en estado de ser compadecida, por este solo hecho deja de ser una elite. Para la historia no existen elites relegadas. La elite es esencialmente creadora.

Por obvias razones, la elite del capitalismo en los últimos tiempos, ha estado principalmente compuesta de jefes de empresa, de grandes comerciantes, industriales y financistas.

¿No ha tenido la burguesía en este período una elite política e intelectual? Sin duda, la ha tenido. Sólo que, a medida que se ha acentuado la decadencia de sus principios y de su espíritu, esta elite ha parecido destinada a suministrar intelectuales y políticos al socialismo. El hecho de que muchos de los mayores estadistas de la Europa burguesa —Briand, Millerand, Mussolini, Masaryk, Pilsudsky, Vandervelde, etc.— proceden del socialismo, se debe a la atracción espiritual ejercida por el socialismo sobre los hombres de más sensibilidad política de la pequeña y media burguesía. En los países en donde el fenómeno capitalista no ha alcanzado su plenitud material y moral, la mayoría de estos hombres se ha sentido irresistiblemente impulsado a entrar en las filas socialistas, en las cuales ha militado por lo menos temporalmente.

No es una auténtica elite la que debe el poder a un privilegio que ella misma no ha conquistado con sus propias fuerzas. Los ideólogos de la reacción, envalentonados más por la derrota del proletariado que por la victoria de la burguesía en la Europa Occidental, aguardan un militar o un caudillo cualquiera que instaure su dictadura. Se reservan el papel de asesorarlo. Esto los descalifica bastante como hombres de elite, título que más legítimamente correspondería al «providencial» que, por azar, los izase eventualmente al poder bajo su dictadura.

Lo que echa de menos este género de crítica no es, por todas estas señales, una elite en general, superior ni extraña a la guerra de clases, sino una fuerte elite burguesa. Y más precisa y lógica, en este plano, resulta la actitud de quienes como Lucien Romier y René Johannet trabajan por forjar los resortes ideológicos espirituales de una gran ofensiva capitalista, sin preocuparse demasiado de los fueros de la inteligencia y del espíritu. Romier, que propugna el restablecimiento de una doctrina de orden y autoridad, maniobra con cautelas y reservas de político. Johannet, que

plantea el problema de la elite en francos términos de reacción burguesa, razona con intransigencia y dogmatismo de ideólogo. Pero ambos coinciden en el esfuerzo de reavivar y excitar en la burguesía su instinto y su orgullo de clase. Porque —como lo observa Julien Benda— el burgués, abrumado por las ironías y las befas de varias generaciones, había perdido este orgullo hasta el punto de emplear, para hacerse perdonar u olvidar su burguesismo, toda suerte de declaraciones de amor al proletariado. «Hoy —dice Benda— es suficiente pensar en el fascismo italiano, en cierto *Elogio del Burgués Francés*, en tantas otras manifestaciones del mismo sentido, para ver que la burguesía toma plena conciencia de sus egoísmos específicos, que los proclama como tales y los venera como tales, considerándolos ligados a los supremos intereses de la especie; que se glorifica de venerarlos y erguirlos contra los egoísmos que quieren su destrucción».

Pero, así Romier como Johannet, necesitan indispensablemente identificar la suerte de la civilización con la del capitalismo. Aunque Romier, en su enumeración de los tipos de elite, no olvida al obrero, jefe de maestranza o de sindicato, que se eleva a ese rango, es evidente que considera el problema de la elite como un problema interno y particular de la burguesía. Para Romier y Johannet, la revolución proletaria significaría el imperio de la multitud, de la horda, del número, y por ende la negación de toda elite.

A ninguno de estos críticos, se le ocurre, por supuesto, reparar en que una revolución es siempre la obra de una elite, de un equipo, de una falange de hombres heroicos y superiores; ni en que, por consiguiente, el problema de la elite, existe también como problema interno para el proletariado, con la diferencia de que éste, en su lucha, en su ascensión, va templando y formando dentro de un ambiente místico y pasional, y con la sugestión de mitos vivos, sus cuadros directores. Históricamente, hay mucha más posibilidad de que el genio creador surja en el campo del socialismo que en el campo del capitalismo, sobre todo en los países donde no sólo como hecho espiritual, sino también como hecho material, el capitalismo aparece concluido. (Concluido, a pesar de conservar el poder político, porque su posibilidad de crecimiento económico, han tocado su límite).

Ninguna crítica seria y veraz, puede chicanear respecto a la calidad de elite de los hombres de la revolución rusa. Un burgués ortodoxo, el senador De Monzie, se la ha reconocido sin reservas. «La disciplina interna es tan ruda —escribe De Monzie—, las sanciones aplicadas son tan violentas, que en verdad no hay aristocracia bolchevique, es decir elite consolidada en la posesión de privilegios. Y sin embargo se encuentra una elite. Esto es innegable. Los viajeros atentos que han visitado Rusia después de la revolución, exaltan la calidad de estos hombres de Estado improvisados, cuya misión era precisamente improvisar un Estado.

Autodidactas² formados en largo exilio, por la experiencia de los congresos socialistas, por la frecuentación de las intrigas y amarguras cosmopolitas, se han revelado de un golpe, no individual sino colectivamente». De Monzie admite que se les maldiga, «pero no sin admirarlos». Por su parte Duhamel ha hallado en el gobierno de los Soviets al primer aristócrata ruso, que es a su juicio Lunatcharsky.

El fracaso de la ofensiva socialista en Italia y Alemania se debió en gran parte a la falta de una sólida elite revolucionaria. Los cuadros directores del socialismo italiano no eran revolucionarios sino reformistas, como los de la social-democracia alemana. El núcleo comunista estaba compuesto de figuras jóvenes, sin profundo ascendiente sobre las masas. Para la revolución estaba pronto el número, la masa; no estaba aún pronta la calidad.

Las nuevas elites vendrán del lado que, entre los intelectuales conservadores, confesos o embozados, no se quisiera que viniesen. El Napoleón de la Europa de mañana, que impondrá el código de la sociedad nueva, saldrá de las filas del socialismo. Porque al porvenir le toca realizar o mejor comprobar esta fórmula: Revolución-Aristocracia.

TROTSKY Y LA OPOSICIÓN COMUNISTA*

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por éste contra la oposición trotskista, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen sovieta a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso. No conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Los problemas externos se complican, en su proceso, con los problemas internos. Es la obra de

² «Autodidactos», en *El Alma Matinal*.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1043, 25 de febrero de 1928. Incluido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, según la nota de sus editores a pie de p. dice: «Revisado conforme al original que poseemos: el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o modificado algunos párrafos», (1970), pp. 213-217. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1188-1190.

hombres heroicos y excepcionales, que³, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. [El partido bolchevique no se sometió nunca pasivamente a las órdenes de Lenin, sobre cuyo despotismo fantaseó a su modo un periodismo folletinesco que no podía imaginarlo sino como un zar rojo]⁴. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique. [Así sucedió, por ejemplo, en octubre de 1917, en la víspera del asalto al poder, que lo encontró en estricto acuerdo con Trotsky y en abierto contraste con Zinoviev y Kamenev]⁵.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la consciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que

³ «y», en *Figuras y aspectos de la vida mundial II*, p. 213.

⁴ Suprimido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), p. 214 (párrafo 1º). Recuperado en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1188 (párrafo 3º); y por la presente edición, revisado de la revista *Variedades*.

⁵ Texto suprimido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), p. 214 (párrafo 1º). Recuperado en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 1189 (párrafo 1º); y por la presente edición, revisado de la revista *Variedades*.

sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee [absolutamente]⁶ las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres: no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskismo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotsky a la política del Comité Central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de *Cours Nouveau*⁷. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del Comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudescimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotsky se reincorporó en el Comité Central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tornó a ocupar un puesto en la administración.

Mas la corriente opositorista, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del Comité Central, se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y social-democrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la Nep a los *kulaks*.

[Este bloque, con todo, acusaba predominantemente en su crítica las preocupaciones y recelos del elemento urbano frente al poder del espíritu campesino]⁸. [Trotsky, particularmente, es un hombre de *cosmópolis* (Uno de sus actuales compañeros de ostracismo político, Zinoviev, lo acusaba en

⁶ Palabra suprimida en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), p. 215.

⁷ Nuevo Curso.

⁸ Suprimido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), p. 216 (párrafo 3º). Recuperado en esta edición.

otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino). Tiene un sentido internacional, ecuménico, de la revolución socialista]⁹. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo (*¿A donde va Inglaterra?*) lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que, en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso: [el presidio o Siberia eran Rusia todavía]¹⁰. Mientras tanto Trotsky, como Zinoviev, como Radek, como Rakovsky, pertenecen a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos.

HENRI DE MAN Y LA «CRISIS DEL MARXISMO»*

En un volumen que tal vez ambiciona la misma resonancia de divulgación de los dos tomos de *La Decadencia de Occidente*, de Spengler, [—y que ha sido ya traducida, con más premura que rigor, al español, para el editor M. Aguilar—]¹¹ Henri de Man se propone —traspasando el límite del empeño de Eduardo Bernstein hace un cuarto de siglo— no solo la «revisión» sino la «liquidación» del marxismo.

La tentativa, sin duda, no es original. El marxismo sufre desde fines de siglo XIX —esto es desde antes que se iniciara la reacción contra las características de ese siglo racionalista, entre las cuales se le cataloga —las

⁹ En *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), p. 216 (párrafo 2º), dice: «Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev, lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista».

¹⁰ Suprimido en *Figuras y aspectos de la vida mundial II* (1970), p. 216 (párrafo 3º).

* En *Variedades* (Lima), núm. 1062, 7 de julio de 1928 y en *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, pp. 4-6. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) pp. 19-23. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1291-1293.

¹¹ Suprimido en *Defensa del Marxismo* (1976) p. 19.

acometidas, más o menos documentadas o instintivas, de profesores universitarios, herederos del rencor de la ciencia oficial contra Marx y Engels, y de militantes heterodoxos, disgustados del formalismo de la doctrina del partido. El profesor Charles Andler pronosticaba en 1897 la «disolución» del marxismo y entretenía a sus oyentes, en la cátedra, con sus divagaciones eruditas sobre ese tema. El profesor Masaryk, ahora presidente de la República Checoslovaca, diagnosticó en 1898 la «crisis del marxismo», y esta frase, menos extrema y más universitaria que la de Andler, tuvo mejor fortuna. Masaryk acumuló, más tarde, en seiscientas páginas de letra gótica, sus sesudos argumentos de sociólogo y filósofo sobre el Materialismo Histórico, sin que su crítica pedante que, como se lo probaron en seguida varios comentaristas, no así el sentido de la doctrina de Marx, socavase mínimamente los cimientos de ésta y Eduardo Bernstein, insigne estudioso de Economía, procedente de la escuela social-democrática, formuló en la misma época su tesis revisionista, elaborada con datos del desarrollo del capitalismo, que no confirmaban las previsiones de Marx respecto a la concentración del capital y la depauperación del proletariado. Por su carácter económico, la tesis de Bernstein halló más largo eco que la de los profesores Andler y Masaryk; pero ni Bernstein ni los demás «revisionistas» de su escuela, consiguieron expugnar la ciudadela del marxismo. Bernstein, que no pretendía suscitar una corriente secesionista sino reclamar la consideración de circunstancias no previstas por Marx, se mantuvo dentro de la social-democracia alemana, más dominada entonces de otro lado, por el espíritu reformista de Lasalle que por el pensamiento revolucionario del autor de *El Capital*.

No vale la pena enumerar otras ofensivas menores, operadas con idénticos o análogos argumentos o circunstancias a las relaciones del marxismo con una ciencia dada, la del derecho verbigracia. La herejía es indispensable para comprobar la salud del dogma. Algunas han servido para estimular la actividad intelectual del socialismo, cumpliendo una oportuna función de reactivos. De otras, puramente individuales, ha hecho justicia implacable el tiempo.

La verdadera revisión del marxismo, en el sentido de renovación y continuación de la obra de Marx, ha sido realizada, en la teoría y en la práctica, por otra categoría de intelectuales revolucionarios. Georges Sorel, en estudios que separan y distinguen lo que en Marx es esencial y sustantivo de lo que es formal y contingente, representó en los dos primeros decenios del siglo actual, más acaso que la reacción del sentimiento clasista [y]¹² de los sindicatos, contra la degeneración evolucionista y parlamentaria del socialismo, el retorno a la concepción dinámica y revolucionaria de Marx y su inserción en la nueva realidad intelectual y orgánica. A través de Sorel, el marxismo asimila los elementos y adquisiciones sustanciales de las

¹² Omitido en *Amauta*, p. 5, y en *Defensa del marxismo*, p. 20.

corrientes filosóficas posteriores a Marx. Superando las bases racionalistas y positivistas del socialismo de su época, Sorel encuentra en Bergson y en¹³ los pragmatistas ideas que vigorizan el pensamiento socialista, restituyéndolo a la misión revolucionaria de la cual lo había gradualmente alejado el aburguesamiento intelectual y espiritual de los partidos y de sus parlamentarios, que se satisfacían, en el campo filosófico, con el historicismo más chato y el evolucionismo más pálido. La teoría de los mitos revolucionarios, que aplica al movimiento socialista la experiencia de los movimientos religiosos, establece las bases de una filosofía de la revolución, profundamente impregnada de realismo psicológico y sociológico, a la vez que se anticipa a las conclusiones del relativismo contemporáneo, tan caras a Henri de Man. La reivindicación del sindicato, como factor primordial de una consciencia¹⁴ genuinamente socialista y como institución característica de un nuevo orden económico y político, señala el renacimiento de la idea clasista sojuzgada por las ilusiones democráticas del período de apogeo del sufragio universal, en que retumbó magnífica la elocuencia de Jaurès. Sorel, esclareciendo el rol histórico de la violencia, es el continuador más vigoroso de Marx en ese período de parlamentarismo social-democrático, cuyo efecto más evidente fue, en la crisis revolucionaria postbélica, la resistencia psicológica e intelectual de los líderes obreros a la toma del poder a que los empujaban las masas. Las *Reflexiones sobre la violencia* parecen haber influido decisivamente en la formación mental de dos caudillos tan antagonicos como Lenin y Mussolini. Y Lenin aparece, incontestablemente, en nuestra época como el restaurador más enérgico y fecundo del pensamiento marxista, cualesquiera que sean las dudas que a este respecto desgarran al desilusionado autor de *Más allá del Marxismo*. La revolución rusa constituye, admitirlo¹⁵ o no los reformistas, el acontecimiento dominante del socialismo contemporáneo. Es en ese acontecimiento, cuyo alcance histórico no se puede aún medir, donde hay que ir a buscar la nueva etapa marxista.

En *Más allá del Marxismo*, Henri de Man, por una suerte de imposibilidad [espiritual]¹⁶ de aceptar y comprender la revolución, prefiere recoger los malos humores y las desilusiones de postguerra, del proletariado occidental, como expresión del estado presente del sentimiento y la mentalidad socialistas. Henri de Man es un reformador¹⁷ desengañado. Él mismo cuenta, en el prólogo de su libro, cómo las decepciones de la guerra destrozaron su fe socialista. El origen de su libro, está, sin duda, en «el abismo, cada vez más profundo, que lo separaba de los antiguos

¹³ Omitido en *Defensa del marxismo*, p. 21.

¹⁴ «consciencia», en *Amauta*, p. 5 y en *Defensa del marxismo*, p. 21.

¹⁵ «acéptenlo», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*, p. 22.

¹⁶ Suprimido en *Defensa del marxismo*.

¹⁷ «reformista», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

correligionarios marxistas convertidos al bolchevismo». Desilusionado de la praxis reformista, De Man —discípulo de los teóricos de la social-democracia alemana, aunque el ascendiente de Juarès suavizara sensiblemente su ortodoxia— no se decidió, como los correligionarios de quienes habla, a seguir el camino de la revolución. La «liquidación del marxismo», en que se ocupa, representa ante todo su propia experiencia personal. Esa «liquidación» se ha operado en la consciencia¹⁸ de Henri de Man, como en la de otros muchos socialistas intelectuales, que con el egocentrismo peculiar a su mentalidad, se apresuran a identificar con su experiencia el juicio de la historia.

De Man ha escrito, por esto, deliberadamente podríamos decir, un libro derrotista y negativo. Lo más importante de *Más allá del Marxismo* es, indudablemente, su crítica de la política reformista. El ambiente en el cual se sitúa, para su análisis de los móviles e impulsos del proletariado, es el ambiente mediocre y pasivo en el cual ha combatido: el del sindicato y el de la social-democracia belgas. No es, en ningún momento, el ambiente heroico de la revolución que, durante la agitación postbélica, no fue exclusivo de Rusia, como puede comprobarlo cualquier lector de estas líneas en las páginas rigurosamente históricas, periodísticas —aunque el autor mezcle a su asunto un ligero elemento novelesco— de *La Senda Roja*, de Álvarez del Vayo. De Man ignora y elude la emoción, el *pathos* revolucionario. El propósito de liquidar y superar el marxismo, lo ha conducido a una crítica minuciosa de un medio sindical y político que no es absolutamente, en nuestros días, el medio marxista. Los más severos y seguros estudiosos del movimiento socialista constatan que el rector efectivo de la social-democracia alemana, a la que teórica y prácticamente se siente tan cerca De Man, no fue [...] ¹⁹ sino Lasalle. El reformismo lassalliano se armonizaba con los móviles y la praxis empleados por la social-democracia en el proceso de su crecimiento, mucho más que el revolucionarismo marxista. Todas las incongruencias, todas las distancias que De Man observa entre teoría y la práctica de la socialdemocracia tedesca, no son, por ende, estrictamente imputables al marxismo sino en la medida que se quiera llamar marxismo a algo que había dejado de serlo casi desde su origen. El marxismo activo, viviente, de hoy tiene muy poco que ver con las desoladas comprobaciones de Henri de Man que deben preocupar, más bien, a Vandervelde y demás políticos de la social-democracia belga, a quienes, según parece, su libro ha hecho tan profunda impresión.

[En un próximo artículo resumiré y comentaré el pensamiento de este libro que, de toda suerte, tiene en la producción política contemporánea, una considerable significación, que lo señala para el estudio

¹⁸ «conciencia», en *Defensa del marxismo*, p. 22.

¹⁹ «Marx», agregado en *Amauta*, núm. 17, p.6, y en *Defensa del marxismo*, p. 23.

y la crítica, como el alegato y el testimonio de un intelectual, espectador y combatiente de uno de los más interesantes períodos históricos].²⁰

LA TENTATIVA REVISIONISTA DE *MÁS ALLÁ DEL MARXISMO**

Ha habido siempre entre los intelectuales del tipo de Henri de Man una tendencia peculiar a aplicar, al análisis de la política o de la economía, los principios de la ciencia más en boga. Hasta hace poco la biología imponía sus términos a especulaciones sociológicas e históricas, con un rigor impertinente y enfadoso. En nuestra América tropical, tan propensa a ciertos contagios, esa tendencia ha hecho muchas víctimas. El escritor cubano Lamar Schweyer, autor de una *Biología de la Democracia*, que pretende entender y explicar los fenómenos de la democracia latinoamericana sin el auxilio de la ciencia económica, puede ser citado entre estas víctimas. Es obvio recordar que esta adaptación de una técnica científica a temas que escapan a su objeto, constituye un signo de diletantismo intelectual. Cada ciencia tiene su método propio y las ciencias sociales se cuentan entre las que reivindican con mayor derecho esta autonomía.

Henri de Man representa, en la crítica socialista, la moda de la psicología y del psicoanálisis. La razón más poderosa de que el marxismo le parezca una concepción retrasada y ochocentista reside, sin duda, en su disgusto de sentirlo anterior y extraño a los descubrimientos de Freud, Jung, Adler, Ferenczi, etc. En esta inclinación se trasluce también su experiencia individual. El proceso de su reacción antimarxista es, ante todo, un proceso psicológico. Sería fácil explicar toda la génesis de *Más allá del marxismo* psicoanalíticamente. Para esto, no urge internarse en las últimas etapas de la biografía del autor. Basta seguir, paso a paso, su propio análisis, en el cual se encuentra invariablemente en conflicto su desencanto de la práctica reformista y su recalcitrante y apriorística negativa a aceptar la concepción revolucionaria, no obstante la lógica de sus conclusiones acerca de la generación degeneración de los móviles de aquella. En la subconsciencia de *Más allá del marxismo* actúa un complejo. De otra suerte, no sería posible explicarse la línea dramáticamente contradictoria, retorcida, arbitraria, de su pensamiento.

Esto no es un motivo para que el estudio de los elementos psíquicos de la política obrera no constituya la parte más positiva y original del libro, que contiene, a este respecto, observaciones muy sagaces y buidas. Henri de Man emplea con fortuna en este terreno la ciencia psicológica,

²⁰ Párrafo suprimido en *Defensa del Marxismo* (1959), p. 23.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1063, 14 de julio de 1928 y en *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, pp. 6-9. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) pp. 25-30. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1293-1295.

aunque extreme demasiado el resultado de sus inquisiciones cuando encuentra el resorte principal de la lucha anticapitalista en un «complejo de inferioridad social». Contra lo que De Man presupone, su psicoanálisis no obtiene ningún esclarecimiento contrario a las premisas esenciales del marxismo. Así, por ejemplo, cuando sostiene que «el resentimiento contra la burguesía obedece, más que a su riqueza, a su poder», no dice nada que contradiga la praxis marxista que propone precisamente la conquista del poder político como base de la socialización de la riqueza. El error que se atribuye a Marx al extraer de sus reivindicaciones sociales y económicas una tesis política —y Henri de Man se encuentra entre los que usan este argumento— no existe absolutamente. Marx colocaba la captura del poder en la cima de su programa, no porque subestimase la acción sindical, sino porque consideraba la victoria sobre la burguesía como hecho político. Igualmente inocua es esta otra aserción: «Lo que impulsó a los obreros de la fábrica a la lucha defensiva, no fue tanto una disminución de salario como la independencia social, de alegría en el trabajo, de la seguridad en el vivir; era una tensión creciente entre las necesidades rápidamente multiplicadas y un salario que aumentaba muy lentamente y era, en fin, la sensación de una contradicción entre las bases morales y jurídicas del nuevo sistema de trabajo y las tradiciones del antiguo». Ninguna de estas comprobaciones disminuye la validez del método marxista que busca la causa económica «en último análisis», y esto es lo que nunca han sabido entender los que reducen arbitrariamente el marxismo a una explicación puramente económica de los fenómenos.

De Man está enteramente en lo justo cuando reclama una mayor valoración de los factores psíquicos del trabajo. Es una verdad incontestable la que se resume en estas proposiciones: «aunque nos dediquemos a una labor utilitaria, no ha cambiado nuestra disposición original que nos impulsó a buscar el placer del trabajo, expresando en él los valores psíquicos que nos son más personales»; «el hombre puede hallar la felicidad no solamente por el trabajo, sino también en el trabajo»; «hoy la mayor parte de la población de todos los países industriales se halla condenada a vivir mediante un trabajo que, aun creando más bienes útiles que antes, proporciona menos placer que nunca a los que trabajan»; «el capitalismo ha separado al productor de la producción: al obrero de la obra». Pero ninguno de estos conceptos es un descubrimiento del autor de *Más allá del Marxismo*, ni justifica en alguna forma una tentativa revisionista. Están expresados no sólo en la crítica del *taylorismo* y demás consecuencias de la civilización industrial, sino, ante todo, en la nutridísima obra de Sorel, que acordó la atención más cuidadosa a los elementos espirituales del trabajo. Sorel sintió, mejor acaso que ningún otro teórico del socialismo, no obstante su filiación netamente «materialista» —en la acepción que tiene este término como antagónico del de «idealista»—, el desequilibrio espiritual a que condenaba al trabajador el orden capitalista. El mundo espiritual del trabajador, su

personalidad moral, preocuparon al autor de *Reflexiones sobre la violencia*, tanto como sus reivindicaciones económicas. En este plano, su investigación continúa la de Le Play y Proudhon, tan frecuentemente citados en alguno de sus trabajos, entre los cuales el que esboza las bases de una teoría sobre el dolor testimonia su fina y certera penetración de psicólogo. Mucho antes de que el freudismo cundiera, Sorel reivindicó todo el valor del siguiente pensamiento de Renan: «Es sorprendente que la ciencia y la filosofía, adoptando el partido frívolo de las gentes de mundo de tratar la causa misteriosa por excelencia como una simple materia de chirigotas, no hayan hecho del amor el objeto capital de sus observaciones y de sus especulaciones. Es el hecho más extraordinario y sugestivo del universo. Por una gazmoñería que no tiene sentido en el orden de la reflexión filosófica, no se habla de él o se adapta²¹ a su respecto algunas ingenuas vulgaridades. No se quiere ver que se está ante el nudo de las cosas, ante el más profundo secreto del mundo». Sorel, profundizando, como él mismo dice, esta opinión de Renan, se siente movido «a pensar que los hombres manifiestan en su vida sexual todo lo que hay de más esencial en su psicología; si esta ley psicoerótica ha sido tan descuidada por los psicólogos de profesión, ha sido en cambio casi siempre tomada en seria consideración por novelistas y dramaturgos».

Para Henri de Man es evidente la decadencia del marxismo por la poca curiosidad que, según él, despiertan ahora sus tópicos en el mundo intelectual, en el cual encuentran en cambio extraordinario favor los tópicos de psicología, religión, teosofía, etc. He aquí otra reacción del más específico tipo psicológico intelectual. Henri de Man probablemente siente la nostalgia de tiempos como los del proceso Dreyfus, en que un socialismo gaseoso y abstracto, administrado en dosis inocuas a la neurosis de una burguesía blanda y linfática, o de una aristocracia esnobista, lograba las más impresionantes victorias mundanas. El entusiasmo por Jean Jaurès, que colora de delicado galicismo su lassalliana —y no marxista— educación social-democrática, depende sin duda de una estimación excesiva y *touta fait*²² intelectual de los sufragios obtenidos, en el gran mundo de su época, por el idealismo humanista del gran tribuno. Y la observación misma, que motiva estas nostalgias, no es exacta. No hay duda que la reacción fascista primero y la estabilización capitalista y democrática después, han hecho estragos remarcables en el humor político de literatos y universitarios. Pero la Revolución rusa, que es la expresión culminante del marxismo teórico y práctico, conserva intacto interés para los estudiosos. Lo prueban los libros de Duhamel y Durtain, recibidos y comentados por el público con el mismo interés que, en los primeros años del experimento soviético, los de H. G. Wells y Bertrand Russell. La más inquieta y valiosa falange vanguardista de

²¹ «adopta», en *Amanta*, p. 8, y *Defensa del marxismo*, p. 28.

²² Bastante.

la literatura francesa —el suprarrealismo— se ha sentido espontáneamente empujada a solicitar del marxismo una concepción de la revolución que les esclareciera política e históricamente el sentido de su protesta. Y la misma tendencia asoma en otras corrientes artísticas e intelectuales de vanguardia, así de Europa como de América. En el Japón, el estudio del marxismo ha nacido en la universidad; en la China se repite el fenómeno. Poco significa que el socialismo no consiga la misma clientela que en un público versátil hallan el espiritismo, la metapsíquica y Rodolfo Valentino.

La investigación psicológica de Henri de Man, por otra parte, lo mismo que su indagación doctrinal, han tenido como sujeto el reformismo. El cuadro sintomático que nos ofrece en su libro del estado afectivo de la obrera industrial corresponde a su experiencia individual en los sindicatos belgas. Henri de Man conoce el campo de la Reforma; ignora el campo de la Revolución. Su desencanto no tiene nada que ver con ésta. Y puede decirse que en la obra de este reformista decepcionado se reconoce, en general, el ánimo pequeñoburguesa de un país tampón, prisionero de Europa capitalista, al cual sus límites prohíben toda autonomía de movimiento histórico. Hay aquí otro complejo y otra represión por esclarecer. Pero no será Henri de Man quien la esclarezca.

MOTIVOS POLÉMICOS. LA CRÍTICA REVISIONISTA Y LOS PROBLEMAS DE LA RECONSTRUCCIÓN ECONÓMICA*

No se concibe una revisión —y menos todavía una liquidación— del marxismo que no intente, ante todo, una rectificación documentada y original de la economía marxista. Henri de Man, sin embargo, se contenta en este terreno con chirigotas como la de preguntarse «por qué Marx no hizo derivar la evolución social de la evolución geológica o cosmológica», en vez de hacerla depender, en último análisis, de las causas económicas. De Man no nos ofrece ni una crítica ni una concepción de la economía contemporánea. Parece conformarse, a este respecto, con las conclusiones a que arribó Vandervelde en 1898, cuando declaró caducas las tres siguientes proposiciones de Marx: ley de Bronce de los salarios, ley de la concentración del capital y ley de la correlación entre la potencia económica y la política. Desde Vandervelde, que como agudamente observaba Sorel no se consuela (y aún con las satisfacciones de su gloriola²³ internacional) de la desgracia de haber nacido en un país demasiado chico para su genio, hasta

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 432, 21 de septiembre de 1928; ampliado y con modificaciones en *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, pp. 9-12. Incluido en *Defensa del marxismo*, con el título «La economía liberal y la economía socialista», ampliado y con modificaciones, (1959) pp. 31-36.

²³ En *Mundial* como en *Amauta*; y «gloria», en *Defensa del marxismo*.

Antonio Graziadei, que pretendió independizar la teoría del provecho de la teoría del valor; y desde Bernstein, líder del revisionismo alemán, hasta Hilferding, autor del *Finanzkapital*, la bibliografía económica socialista encierra una copiosa especulación teórica, a la cual el novísimo y espontáneo albacea de la testamentaría marxista no agrega nada de nuevo.

Henri de Man se entretiene en chicanear acerca del grado diverso en que se han cumplido las previsiones de Marx sobre la descalificación del trabajo a consecuencia del desarrollo del maquinismo. «La mecanización de la producción —sostiene De Man— produce dos tendencias opuestas: una que descalifica el trabajo y otra que lo recalifica». Pero este hecho es obvio. Lo que importa es saber la proporción en que la segunda tendencia compensa la primera. Y a este respecto De Man no tiene ningún dato que darnos. Únicamente se siente en grado de «afirmar que por regla general las tendencias descalificadoras adquieren carácter al principio del maquinismo, mientras que las recalificadoras son peculiares de un estado más avanzado del progreso técnico». No cree De Man que el taylorismo, que «corresponde enteramente a las tendencias inherentes a la técnica de la producción capitalista, como forma de producción que rinda todo lo más posible con ayuda de las máquinas y la mayor economía posible de la mano de obra», imponga sus leyes a la industria. En apoyo a esta conclusión afirma que «en Norteamérica, donde nació el taylorismo, no hay una sola empresa importante en que la aplicación completa del sistema no haya fracasado a causa de la imposibilidad psicológica de reducir a los seres humanos al estado del gorila». Esta puede ser otra ilusión de teorizante belga, muy satisfecho de que a su alrededor sigan hormigueando tenderos y artesanos; pero dista mucho de ser una aseveración corroborada por los hechos. Es fácil comprobar que los hechos desmienten a De Man. El sistema industrial de Ford, del cual esperan los intelectuales de la democracia toda suerte de milagros, se basa como es notorio en la aplicación de los principios tayloristas. Ford, en su libro *Mi vida y mi Obra*, no ahorra esfuerzos por justificar la organización *taylorista* del trabajo. Su libro es, a este respecto, una defensa absoluta del maquinismo, contra las teorías de psicólogos y filántropos. «El trabajo que consiste en hacer sin cesar la misma cosa y siempre de la misma manera constituye una perspectiva *terrificante*²⁴ para ciertas organizaciones intelectuales. Lo sería para mí. Me sería imposible hacer la misma cosa de un extremo del día al otro; pero he debido darme cuenta que, para otros espíritus, tal vez para la mayoría, este género de trabajo no tiene nada de aterrante. Para ciertas inteligencias, al contrario, lo temible es pensar. Para estas, la ocupación ideal es aquella en que el espíritu de iniciativa no tiene necesidad de manifestarse». De Man confía en que el taylorismo se desacredite, por la comprobación de que «determina en el obrero consecuencias psicológicas de tal modo desfavorables a la

²⁴ Pavoroso.

productividad que no pueden hallarse compensadas con la economía de trabajo y de salarios teóricamente probable». Mas, en esta como en otras especulaciones, su razonamiento es de psicólogo y no de economista. La industria se atiene, por ahora, al juicio de Ford mucho más que al de los socialistas belgas. El método capitalista de racionalización del trabajo ignora radicalmente a Henri de Man. Su objeto es el abaratamiento del costo mediante el máximo empleo de máquinas y obreros no calificados. La racionalización tiene, entre otras consecuencias, la de mantener, con un ejército permanente de desocupados, un nivel bajo de salarios. Esos desocupados provienen, en buena parte, de la descalificación del trabajo por el régimen taylorista, que tan prematura y optimistamente De Man supone condenado.

De Man acepta la colaboración de los obreros en el trabajo de reconstrucción de la economía capitalista. La práctica reformista obtiene absolutamente su sufragio. «Ayudando al restablecimiento de la producción capitalista y a la conservación del estado actual —afirma—, los partidos obreros realizan una labor preliminar de todo progreso ulterior». Poca fatiga debía costarle, entonces, comprobar que, entre los medios de esta reconstrucción, se cuenta en primera línea el esfuerzo por racionalizar el trabajo perfeccionando los equipos industriales, aumentado el trabajo mecánico y reduciendo el empleo de mano de obra calificada.

Su mejor experiencia moderna, la ha sacado, sin embargo, Norteamérica, tierra de promisión, cuya vitalidad capitalista lo ha hecho pensar que «El socialismo europeo en realidad, no ha nacido tanto de la oposición contra el capitalismo como entidad económica como de la lucha contra ciertas circunstancias que han acompañado al nacimiento del capitalismo europeo; tales como la pauperización de los trabajadores, la subordinación de clases sancionada por las leyes, los usos y costumbres, la ausencia de democracia política, la militarización de los Estados, etc.». En los Estados Unidos el capitalismo se ha desarrollado libre de residuos feudales y monárquicos. A pesar de ser ese un país capitalista por excelencia, «no hay un socialismo americano que podamos considerar como expresión del descontento de las masas obreras». El socialismo, como conclusión lógica viene a ser algo así como el resultado de una serie de taras europeas, que Norteamérica no conoce.

De Man no formula explícitamente este concepto, porque entonces quedaría liquidado no solo el marxismo sino el propio socialismo ético que, a pesar de sus muchas decepciones, se obstina en confesar. Pero he aquí una de las cosas que el lector podría sacar en claro de su alegato. Para un estudioso serio y objetivo —no hablemos ya de un socialista— habría sido fácil reconocer en Norteamérica una economía capitalista vigorosa que debe una parte de su plenitud e impulso a las condiciones de libertad en que le ha tocado nacer y crecer, pero que no se sustrae, por esta gracia original, al sino de toda economía capitalista. El obrero

norteamericano es poco dócil al taylorismo. Más aún, Ford constata su arraigada voluntad de ascensión. Más la industria yanqui dispone de obreros extranjeros que se adaptan fácilmente a las exigencias de la taylorización. Europa puede abastecerla de los hombres que necesita para los géneros de trabajo que repugnan al obrero yanqui. Por algo los Estados Unidos es un imperio; y para algo Europa tiene un fuerte saldo de población desocupada y famélica. Los inmigrantes europeos no aspiran generalmente a salir de maestros obreros, remarca Mr. Ford. De Man, deslumbrado por la prosperidad yanqui, no se pregunta al menos si el trabajador americano encontrará siempre las mismas posibilidades de elevación individual. No tiene ojos para el proceso de proletarización que también en Estados Unidos se cumple. La restricción de la entrada de inmigrantes no le dice nada.

El neorrevisionismo se limita a unas pocas superficiales observaciones empíricas que no aprehenden el curso mismo de la economía, ni explican el sentido de la crisis postbélica. Lo más importante de la previsión marxiana²⁵ —la concentración capitalista— se ha realizado. Social-demócratas como Hilferding, a cuya tesis se muestra más atento un político burgués como Vaillaux²⁶ («Oú va la France?»²⁷) que un teorizante socialista como Henri de Man, aportan su testimonio científico a la comprobación de este fenómeno. ¿Qué valor tienen al lado del proceso de concentración capitalista, que confiere el más decisivo poder a las oligarquías financieras y a los trusts industriales, los menudos y parciales reflujos escrupulosamente registrados por un revisionismo negativo, que no se cansa de rumiarse mediocre e infatigablemente a Bernstein, tan superior evidentemente, como ciencia y como mente, a sus pretensos²⁸ continuadores? En Alemania, acaba de acontecer algo en que deberían meditar con provecho los teorizantes empeñados en negar la relación de poder político y poder económico. El partido populista [...] ²⁹, castigado en las elecciones, no ha resultado, sin embargo, mínimamente disminuido en el momento de organizar un nuevo ministerio. Ha parlamentado y negociado de potencia a potencia con el partido socialista, victorioso en los escrutinios. Su fuerza depende de su carácter de partido de la burguesía industrial y financiera; y no puede afectarla la pérdida de algunos asientos en el Reichstag, ni aún si la social-democracia los gana en proporción triple³⁰.

²⁵ «marxista», subsanado en *Amauta*.

²⁶ «Caillaux», subsanado en *Amauta*.

²⁷ «V. “Oú va la France?”», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

²⁸ «presuntos», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

²⁹ «(Deustche Volkspartie)», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

³⁰ Aquí concluye el original de *Mundial*. En *Amauta*, núm. 17, septiembre de 1928, pp. 12-13 y en *Defensa del marxismo*, 1976, pp. 36-38, se extienden en lo siguiente, tomado de *Amauta*. Lenin, jefe de una gran revolución proletaria al mismo tiempo que autor de obras de política y economía marxistas del valor de

Imperialismo, última etapa del capitalismo —hay que recordarlo porque De Man discurre como si lo ignorase totalmente—, plantea la cuestión económica en términos que los reconstructores no han modificado absolutamente y que siguen correspondiendo a los hechos. «El antiguo capitalismo —decía Lenin en el estudio mencionado— ha terminado su tarea. El nuevo constituye una transición. Encontrar “principios sólidos y un fin concreto” para conciliar el monopolio y la libre concurrencia, es evidentemente tratar de resolver un problema insoluble». «La democratización de sistema de acciones y obligaciones, del cual los sofistas burgueses, oportunistas y social-demócratas, esperan la “democratización” del capital, el reforzamiento de la pequeña producción y muchas otras cosas, no es en definitiva sino uno de los medios de acrecer la potencia de la oligarquía financiera. Por esto, en los países capitalistas más avanzados o más experimentados, la legislación permite que se emitas títulos del más pequeño valor. En Alemania la ley no permite remitir acciones de menos de mil marcos y los magnates de la finanza alemana consideran con un ojo envidioso a Inglaterra donde la ley permite emitir acciones de una libra esterlina. Siemens, uno de los más grandes industriales y uno de los monarcas de la finanza alemana, declaraba en el Reichstag el 7 de junio de 1900 que “la acción a una libra esterlina es la base del imperialismo británico”».

El capitalismo ha dejado de coincidir con el progreso. He aquí un hecho, característico del monopolio, que un intelectual tan preocupado como Henri de Man de los valores culturales, no habría debido de negligir en su crítica. En el periodo de la libre concurrencia, el aporte de la ciencia hallaba enérgico estímulo en las necesidades de la economía capitalista. El inventor, el creador científico, concurrirían al adelanto industrial y económico, y la industria excitaba el proceso científico. El régimen del monopolio, tiene distinto efecto. La industria, la finanza comienzan a ver, como anota Caillaux, un peligro en los descubrimientos científicos. El progreso de la ciencia se convierte en un factor de inestabilidad industrial. Para defenderse de este riesgo, un trust puede tener interés en sofocar secuestrar un descubrimiento. «Como todo monopolio —dice Lenin— el monopolio capitalista engendra infaliblemente una tendencia a la estagnación y a la corrupción: en la medida en que se fijan, aunque sea temporalmente, precios de monopolio, en que desaparecen cierta medida de estimulantes de progreso técnico y, por consiguiente, de todo otro progreso, los estimulantes de la marcha adelante, surge la posibilidad económica de entabrar el progreso técnico». Gobernada la producción por una organización financiera, que funciona como intermediaria entre el rentista y la industria, en vez de la democratización del capital, que algunos creían descubrir en las sociedades por acciones, tenemos un completo fenómeno de parasitismo: una ruptura del proceso capitalista de la producción se acompaña a un relajamiento de los factores a los que la industria moderna debe su colosal crecimiento. Es un aspecto de la producción en la que el gusto de De Man por las pesquisas psicológicas podían haber descubierto motivos vírgenes todavía.

Pero De Man piensa que el capitalismo más que una economía es una mentalidad y reprocha a Bernstein los límites liberados de su revisionismo que,

LA FILOSOFÍA MODERNA Y EL MARXISMO *

En lenguaje bíblico el poeta Paul Valery expresaba así en 1919 una línea genealógica: «Y éste fue Kant que engendró a Hegel, el cual engendró a Marx, el cual engendró a...». Aunque la revolución rusa estaba ya en acto, era todavía muy temprano para no contentarse prudentemente con estos puntos suspensivos al llegar a la descendencia de Marx. Pero en 1925, C. Achelin los reemplazó por el nombre de Lenin. Y es probable que el propio Paul Valery no encontrase entonces demasiado atrevido ese modo de completar su oración.

El materialismo histórico reconoce en su origen tres fuentes: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Este es, precisamente, el concepto de Lenin. Conforme a él, Kant y Hegel anteceden y originan a Marx primero y a Lenin después [...]³¹, de la misma manera que el capitalismo antecede y origina al socialismo. A la atención que representantes tan conspicuos de la filosofía idealista, como los italianos Croce y Gentile han dedicado al fondo filosófico del pensamiento de Marx, no es ajena, ciertamente, esta filiación evidente del materialismo histórico. La dialéctica trascendental de Kant preludia, en la historia del pensamiento moderno, la dialéctica marxista.

Pero esta filiación no importa ninguna servidumbre del marxismo a Hegel ni a su filosofía que, según la célebre frase, Marx puso de pie, contra el intento de su autor, que la había parado de cabeza. Marx, en primer lugar, no se propuso nunca la elaboración de un sistema filosófico, [sino de un método]³² de interpretación histórica, destinado a servir de instrumento a la actuación de su idea política y revolucionaria. Su obra, en parte, es filosofía, porque este género de especulaciones no se reduce a los sistemas propiamente dichos, en los cuales, como advierte Benedetto Croce —para quien es filosofía todo pensamiento que tenga carácter filosófico— no se encuentra a veces sino su exterioridad. La concepción materialista de Marx nace dialécticamente como antítesis de la concepción idealista de Hegel. Y esta misma relación no aparece muy clara a críticos tan sagaces como Croce. «El lazo entre las dos concepciones —dice Croce— me parece, más que otra cosa, meramente psicológico, porque el hegelianismo

en vez de poner en discusión las hipótesis filosóficas de que partió el marxismo, se esforzó en emplear el método marxista y continuar sus indagaciones, hay, pues, que buscar sus razones en otro terreno.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 1072, 22 de septiembre de 1928 y en *Amauta* (Lima), núm. 17, septiembre de 1928, pp. 13-14; y núm. 18, octubre de 1928, p. 10-12 (hasta el segundo párrafo). Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) p. 39-44 (hasta el 2º párrafo). *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1298-1301.

³¹ «—añadimos nosotros—», agregado de *Defensa del marxismo*, p. 39.

³² Suprimido en *Defensa del marxismo*, p. 40.

era la precultura del joven Marx y es natural que cada uno reanude³³ los nuevos a los viejos pensamientos, como desenvolvimiento, como corrección, como antítesis».

El empeño de quienes, como Henri de Man, condenan sumariamente al marxismo como un simple producto del racionalismo del siglo XIX, no puede ser, pues, más precipitado y caprichoso. El materialismo histórico no es, precisamente, el materialismo metafísico o filosófico, ni es una filosofía de la historia, dejada atrás por el progreso científico. Marx no tenía por qué crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual. Refutando al profesor Stammler, Croce afirma que «el presupuesto del socialismo no es una filosofía de la historia, sino una concepción histórica determinada por las condiciones presentes de la sociedad y del modo como ésta ha llegado a ellas». La crítica marxista estudia concretamente la sociedad capitalista. Mientras el capitalismo no haya tramontado definitivamente, el canon de Marx sigue siendo válido. El socialismo, o sea la lucha por transformar el orden social de capitalista en colectivista, mantiene viva esa crítica, la continúa, la confirma, la corrige. Vana es toda tentativa de catalogarla como una simple teoría científica, mientras obre en la historia como evangelio y método de un movimiento de masas. Porque el «materialismo [...]»³⁴ — habla de nuevo Croce— surgió de la necesidad de darse cuenta de una determinada configuración social, no ya de un propósito de investigación de los factores de la vida histórica; y se formó en la cabeza de políticos y de³⁵ revolucionarios, no ya de fríos y acompasados sabios de biblioteca.

Marx está vivo en la lucha que por la realización del socialismo libran, en el mundo, innumerables muchedumbres, animadas por su doctrina. La suerte de las teorías científicas o filosóficas, que él usó, superándolas y trascendiéndolas, como elementos de su trabajo teórico, no compromete en lo absoluto la validez y la vigencia de su idea. Esta es radicalmente extraña a la mudable fortuna de las ideas científicas y filosóficas que la acompañan o anteceden inmediatamente en el tiempo.

Henri de Man formula así su juicio: «El marxismo es un hijo del siglo XIX. Sus orígenes se remontan a la época en que el reinado del conocimiento intelectual que inauguraran el humanismo y la Reforma, alcanzaba su apogeo con el método racionalista. Este método tomó su santo y seña de las ciencias naturales exactas, a las cuales se debía el progreso de las técnicas de la producción y de la intercomunicación; y consiste en trasponer³⁶ el principio de la causalidad mecánica, que se

³³ «anude», en *Amauta*, p. 10, y en *Defensa del marxismo*, p. 40.

³⁴ «histórico», agregado en *Amauta*, núm. 18, p. 10, y en *Defensa del marxismo*, p. 41.

³⁵ Omitido en *Defensa del marxismo*, p. 41.

³⁶ «transportar», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

manifiesta en la técnica, a la interpretación de los hechos psíquicos. Ve en el pensamiento racional que la psicología contemporánea no reconoce más que como una función ordenadora e inhibitoria de la psíquica, la regla de todo deseo humano y de todo desenvolvimiento social». Y, enseguida, agrega que «Marx hizo una síntesis psicológica del pensamiento filosófico de su época» (conviniendo en que era, «singularmente en el propio orden sociológico, tan nueva y vigorosa, que no es lícito dudar de su genial originalidad»), y que «lo que se expresa en las doctrinas de Marx no son los movimientos de ideas, que no han surgido sino después de su muerte, de las profundidades de la vida obrera y de la práctica social; es el materialismo causal de Darwin y el idealismo teleológico de Hegel».

No son muy diversas las inapelables sentencias pronunciadas, de una parte, por el futurismo y, de otra, por el tomismo, contra el socialismo marxista. Marinetti junta, en un solo haz, para fusilarlos más rápido e implacablemente, a Marx, Darwin, Spencer y Comte, sin cuidarse de las distancias que pueden mediar entre estos hombres en sus conceptos igualmente ochocentistas y, por tanto, ajusticiables. Y los neotomistas, partiendo del extremo opuesto —de la reivindicación del medioevo contra la modernidad— descubren en el socialismo la conclusión lógica de la Reforma y de todas las herejías protestantes, liberales e individualistas. Así, De Man no presenta siquiera el mérito de la originalidad en el esfuerzo, perfectamente reaccionario, de catalogar el marxismo entre los [...]»³⁷ específicos procesos mentales del «estúpido» siglo diecinueve.

No hace falta reivindicar a este siglo contra la artificiosa y superficial diatriba de sus execradores para confutar al autor de *Más allá del Marxismo*. Ni hace falta siquiera demostrar que Darwin, como Spencer y Comte, corresponde, en todo caso, de diversa manera, al modo de pensar del capitalismo, igual que Hegel, de quien desciende —con el mismo título aparente que el racionalismo revolucionario de Marx y Engels —el racionalismo conservador de los historicistas³⁸ que aplicaron la fórmula «todo lo racional es real», a la justificación de los despotismos y las plutocracias. Si Marx no pudo basar su plan político ni su concepción histórica en la biología de De Vries ni en la psicología de Freud ni en la física de Einstein, ni más ni menos que Kant en su elaboración filosófica tuvo que contentarse con la física newtoniana y la ciencia de su tiempo; el marxismo —o sus intelectuales— en su curso posterior, no ha cesado de asimilar lo más sustancial y activo de la especulación filosófica e histórica posthegeliana o postrracionalista. Georges Sorel, tan influyente en la formación espiritual de Lenin, ilustró el movimiento revolucionario socialista —con un talento que Henri de Man seguramente no ignora, aunque en su volumen omita toda cita del autor de *Reflexiones sobre la*

³⁷ «más», agragado en *Amauta y Defensa del marxismo*.

³⁸ «historiadores», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

Violencia— a la luz de la filosofía bergsoniana, continuando a Marx que, cincuenta años antes, lo había ilustrado a la luz de la filosofía de Hegel, Fichte y Feuerbach. La literatura revolucionaria no abunda, como le gustaría a De Man, en eruditas divulgaciones de psicología, metafísica, estética, etc., porque tiene que atender a objetivos concretos de agitación [...]»³⁹. Pero, fuera de la prensa oficial de partido, en revistas como *Clarté* y *La Lutte des Classes* de París, *Unter den Banner des Marxismus* de Berlín, etc., encontraría las expresiones de un pensamiento filosófico bastante más serio que el de su tentativa revisionista.

Vitalismo, activismo, pragmatismo, relativismo, ninguna de estas corrientes filosóficas, en lo que podían aportar a la Revolución, han quedado al margen del movimiento intelectual marxista. William James no es ajeno a la teoría de los mitos sociales de Sorel, tan [seriamente influenciada]⁴⁰, de otra parte, por Vilfredo⁴¹ Pareto. Y la revolución rusa, en Lenin, Trotsky y otros, ha producido un tipo de hombre «pensante» y «operante», que debía dar algo que meditar⁴² a ciertos filósofos baratos, llenos de todos los prejuicios y supersticiones racionalistas de que se imaginan purgados e inmunes.

RASGOS Y ESPÍRITU DEL SOCIALISMO BELGA *

[Vandervelde, máximo líder del socialismo belga, opera como amigable componedor entre las fracciones de la República Argentina. Su visita a Buenos Aires, en misión diplomática de la II Internacional, es una ocasión de considerar algunos aspectos y personas del más céntrico y típico de los partidos europeos de esta Internacional, a la que su último congreso de Bruselas ha tratado de rejuvenecer un poco]⁴³.

³⁹ «y crítica», agregado en *Amauta*, núm. 18, p. 12, y en *Defensa del marxismo*, p. 43.

⁴⁰ «señaladamente influenciada», en *Amauta*, núm. 18, p. 12; «señaladamente influida», en *Defensa del marxismo* p. 44.

⁴¹ «Wilfredo», error en *Defensa del marxismo*, 44.

⁴² «pensar», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1078, 27 de octubre de 1928 y en *Amauta* (Lima), núm. 18, octubre de 1928, pp. 14-16. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) pp. 49-53. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1301-1303.

⁴³ Omitido en *Amauta*, núm. 18, p. 14 y en *Defensa del Marxismo* p. 49. En cambio, consta, en sustitución del omitido, lo siguiente: No son arbitrarias las alusiones que el lector ha encontrado en el curso a la nacionalidad de Henri de Man. El caso de Man se explica, en gran parte, por el proceso de la lucha de clases de su país. Su tesis se alimenta de la experiencia belga. Quiero explicar esto antes de seguir adelante en el examen de sus proposiciones. El lector puede encerrar dentro de un paréntesis.

Bélgica es el país de Europa con el que se identifica más el espíritu de la II Internacional. En ninguna ciudad encuentra mejor su clima que en Bruselas, el reformismo occidental. Berlín, París significarían una sospechosa y envidiada hegemonía de la socialdemocracia alemana o de la S.F.I.O. La II Internacional ha preferido habitualmente para sus asambleas Bruselas, Ámsterdam, Berna. Sus sedes características son Bruselas y Ámsterdam. (El *Labour Party* británico ha guardado en su política mucho de la situación insular de Inglaterra).

Vandervelde, De Brouckère, Huysmans, han hecho temprano su aprendizaje de funcionarios de la II Internacional. Este trabajo les ha comunicado, forzosamente, cierto aire diplomático, cierto hábito de mesura y equilibrio, fácilmente asequibles a su psicología burocrática y pequeñoburguesa de socialistas belgas.

Porque Bélgica no debe a su función de hogar de la II Internacional el tono menor de su socialismo. Desde su origen el movimiento socialista o proletario de Bélgica, se resiente del influjo de la tradición pequeñoburguesa de un pueblo católico y agrícola, apretado entre dos grandes nacionalidades rivales, fiel todavía en sus burgos a los gustos del⁴⁴ artesanado, insuficientemente conquistado por la gran industria. Sorel no ahorra, en su obra, duros sarcasmos sobre Vandervelde y sus correligionarios.

«Bélgica —escribe en *Reflexiones sobre la violencia*— es uno de los países donde el movimiento sindical es más débil; toda la organización del socialismo está fundada sobre la panadería, la pulpería⁴⁵ y la mercería, explotadas por comités del partido; el obrero, habituado largo tiempo a una disciplina clerical, es siempre un “inferior” que se cree obligado a seguir la dirección de las gentes que le venden los productos de que ha menester, con una ligera rebaja, y que lo abrevan las arengas sean católicas, sean socialistas. No solamente encontramos el comercio de especias⁴⁶ erigido en sacerdocio, sino que es de Bélgica de donde nos vino la famosa teoría de los servicios públicos, contra la cual Guesde escribió en 1883 un tan violento folleto y que Deville llamaba al mismo tiempo, una deformación belga del colectivismo. Todo el socialismo belga tiende al desarrollo de la industria del Estado, a la constitución de una clase de trabajadores- funcionarios, sólidamente disciplinada bajo la mano de hierro de los jefes que la democracia aceptaría». Marx, [...] ⁴⁷ juzgaba a Bélgica el paraíso de los capitalistas.

En la época de tranquilo apogeo de la social-democracia lassalliana y jauresiana, estos juicios no eran, sin duda, muy populares. Entonces, se

⁴⁴ «de», en *Defensa del marxismo*, p. 50.

⁴⁵ «épicerie», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁴⁶ «viveres», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁴⁷ «como se sabe», en *Amauta*, p. 14, y en *Defensa del marxismo*, p. 50.

miraba a Bélgica como el paraíso de la reforma, más bien que del capital. Se admiraba el espíritu progresista de sus liberales, alacres y vigilantes defensores de la laicidad; de sus católicos sociales, vanguardia del *Rerum Novarum*⁴⁸, de sus socialistas, sabiamente abastecidos de oportunismo lassalliano y de elocuencia jauresiana. Eliseo Reclus había definido a Bélgica como «el campo de experiencia de Europa». La democracia occidental sentía descansar su optimismo en este pequeño Estado en que parecían dulcificarse todos los antagonismos de clase y partido.

El proceso de la guerra quiso que en esta beata sede de la II Internacional, la política de la «Unión sagrada» llevara a los socialistas al más exacerbado nacionalismo. Los líderes del internacionalismo, se convirtieron en excelentes ministros de la monarquía. [A esto se debe]⁴⁹, evidentemente, en gran parte, la desilusión de Henri de Man respecto al internacionalismo de los socialistas. Sus inmediatos puntos de referencia están en Bruselas, la capital donde Jaurès pronunciara inútilmente, dos días antes del desencadenamiento de la guerra, su última arenga internacionalista.

En su erección nacionalista, [...] ⁵⁰ Bélgica mostró mucha más grandeza y coraje que en su oficio pacifista e internacional [...] ⁵¹. «El sentimiento de la falta de heroísmo —afirma Piero Gobetti— nos debe explicar los imprevistos gestos de dignidad y de altruismo en este pueblo utilitarista y calculador que, en 1830 como en 1914, en todos los grandes cruceros de su historia sabe comportarse con desinterés señorial». Para Gobetti —a quien no se puede atribuir el mismo humor de polémica con Vandervelde que a Sorel— la vida normal de Bélgica sufre de la falta⁵² de lo sublime y de lo heroico. Gobetti completa la diagnosis soreliana. «La fuerza de Bélgica —observa— está en el equilibrio realizado entre agricultura, industria y comercio. Resulta de esto la feliz mediocridad de las tierras fértiles y cerradas. Las relaciones con el exterior son extremadamente delicadas; ninguna audacia le es consentida impunemente; todas las crisis mundiales repercuten con gran sensibilidad en su comercio, en su capacidad de expansión, amenazando a cada rato constreñirlo en las posiciones seguras, pero insoportables, de su equilibrio casero. Bélgica es un pueblo de tipo casero y provincial, empujado por la situación absurda y afortunada, a jugar siempre un rol superior a sus fuerzas en la vida europea». A las consecuencias de la tradición y la mecánica de la vida belga, no podía escapar el movimiento obrero y socialista. «La práctica de la lucha de clases

⁴⁸ «De las cosas nuevas»: primera encíclica social de la Iglesia católica, promulgada por el papa León XIII (1891).

⁴⁹ «De aquí proviene», en *Amauta*, p. 15, y en *Defensa del marxismo*, p. 51.

⁵⁰ «ante la invasión», en *Amauta*, p. 15, y en *Defensa del marxismo*, p. 51.

⁵¹ «de *bureau* del socialismo europeo», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁵² «ausencia», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

—apunta⁵³ Gobetti— no era consentida por las mismas exigencias idílicas de una industria experimental y de una agricultura que acerca y adapta a todas las clases. La mediocridad es [también]⁵⁴ enemiga hasta de la desesperación. Un país en el cual se experimenta no puede dejar de cultivar la discreción de los gestos, la quietud modesta y optimista. Además, aunque del 1848 al 1900, han desaparecido casi completamente en Bélgica los artesanos y la industria a domicilio, el instinto pequeñoburgués ha subsistido en el operario de la gran industria, que a veces es contemporáneamente agricultor y obrero y siempre, habitando a treinta o cuarenta kilómetros de la fábrica, se sustrae a la vida y a la psicología de la ciudad, escuela del socialismo intransigente». A juicio de Gobetti, los líderes del socialismo belga «han conducido a los obreros de Bélgica a la vanguardia del cooperativismo y del ahorro, pero los han dejado sin un ideal de lucha. Después de treinta años de vida política se hallan de representantes naturales de un socialismo áulico y oligárquico⁵⁵, y continuador de las funciones conservadoras».

La consideración de estos hechos nos explica no sólo la entonación general de la larga obra de Vandervelde, [el actual huésped del socialismo argentino]⁵⁶, sino también la inspiración del libro derrotista y desencadenado de Henri de Man, que⁵⁷ poco antes de la guerra fundara una «central de educación», de la que proceden justamente los animadores del primer movimiento comunista belga. Henri de Man, como él mismo lo dice en su libro, no pudo acompañar a sus amigos, en su trayectoria heroica. Malhumorado y pesimista, regresa, por esto, a lado de Vandervelde, que lo acoge con sus más zalameros y comprometedores elogios.

ESTACIONES DE LA CRÍTICA ANTIMARXISTA O REVISIONISTA *

Karl⁵⁸ Marx inició [un]⁵⁹ tipo de hombre de acción y de pensamiento, de hombre pensante y operante. Pero en los líderes de la revolución rusa aparece, con rasgos más definidos, el ideólogo realizador. Lenin, Trotsky, Bukharin, Lunatcharsky, filosofan en la teoría y la praxis. Lenin deja, al lado de sus trabajos de estrategia de la lucha de clases, su

⁵³ «agrega», en *Amauta*, p. 15, y en *Defensa del marxismo*, p. 51.

⁵⁴ Suprimido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁵⁵ «obligatorio», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁵⁶ Omitido en *Defensa del marxismo*, p. 53, segundo párrafo.

⁵⁷ «quien», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Motivos polémicos», núm. 438, 2 de noviembre de 1928; y, con modificaciones, en *Amauta* (Lima), núm. 18, octubre de 1928, pp. 12-13 (a partir del 3º párrafo). Incluido en *Defensa del Marxismo*, pp. 44-47 (a partir del 3 párrafo).

⁵⁸ Omitido en *Amauta*, p. 12, y en *Defensa del marxismo*, p. 44.

⁵⁹ «este», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

Materialismo y Empírio-criticismo. Trotsky, en medio del trajín de la guerrera civil y de la discusión de partido, se da tiempo para sus meditaciones sobre *Literatura y Revolución*. ¿Y en Rosa Luxemburgo, acaso no se unimisman, a toda hora, la combatiente y la artista? ¿Quién entre los profesores que de Henri de Manfel⁶⁰, [autor de *Más allá del Marxismo*]⁶¹, admira, vive con más plenitud e intensidad de idea y de creación? Vendrá un tiempo en que a despecho de los engreídos catedráticos que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer que escribió desde la prisión esas maravillosas cartas a Luisa Kautsky [—declaro que pocas compilaciones de cartas me han emocionado tanto—]⁶² despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Ávila. Espíritu más filosófico y moderno que toda la caterva pedante que la ignora —activo y contemplativo al mismo tiempo— [y Unamuno si la conoce bien la amará por esto —y la llamará espíritu quijotesco y agónico—]⁶³ puso en el poema trágico de su existencia el heroísmo, la belleza, la tensión, el gozo que no enseña ninguna escuela de la sabiduría.

En vez de procesar al marxismo por retraso e indiferencia respecto a la filosofía contemporánea, sería el caso, más bien, de procesar a ésta por deliberada y miedosa incompreensión de la lucha de clases y del socialismo. Ya un filósofo liberal como Benedetto Croce —verdadero filósofo y verdadero liberal— ha abierto este proceso, en términos de la inapelable justicia, antes de que otro filósofo, idealista y liberal también, y continuador y exégeta del pensamiento hegeliano, Giovanni Gentile, aceptase un puesto en las brigadas del fascismo, en promiscua sociedad con los más dogmáticos neotomistas y los más incandescentes anti-intelectualistas. (Marinetti y su patrulla [futurista]⁶⁴).

[Indagando las culpas de las generaciones [...] ⁶⁵ precedentes, Croce las define y las denuncia así:

«Dos grandes obras: una contra el Pensamiento, cuando por protesta contra la violencia ocasionada a las ciencias empíricas (que era el motivo en cierto modo legítimo) y por la ignavia mental (que [...] ⁶⁶ el ilegítimo) se quiso, después de Kant, Fichte y Hegel, tornar atrás, y se abandonó el principio de la potencia del pensamiento para abarcar y dominar toda la realidad, la cual no es, y no puede ser otra cosa, sino espiritualidad y pensamiento. Al principio no se desconoció propia y abiertamente la potencia del pensamiento y solamente se la cambió en la de

⁶⁰ «Man», subsanado en *Amauta*.

⁶¹ Suprimido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁶² Omitido en *Amauta*, núm. 18, p. 12 (párrafo 3) y en *Defensa del marxismo*, p. 45.

⁶³ Omitido en *Amauta*, núm. 18, p. 12 (párrafo 3) y en *Defensa del marxismo*, p. 44.

⁶⁴ Omitido en *Amauta*, núm. 18, p. 13, y *Defensa del marxismo*, p. 46

⁶⁵ «inmediatamente», agregado en *Amauta*, p. 12, y en *Defensa del marxismo*, p. 45.

⁶⁶ «era», subsanado en *Amauta*.

la observación y experimento; pero, puesto que estos procedimientos empíricos debían necesariamente probarse insuficientes, la realidad real apareció como un más allá inaprehensible, un incognoscible, un misterio, y el positivismo generó de su seno el misticismo y las renovadas formas religiosas.

» Por esta razón he dicho que los dos periodos, tomados en examen, no se pueden separar netamente y poner en contraste entre sí: de este lado el positivismo, al frente el misticismo; porque éste es hijo de aquel. Un positivista, después de la gelatina de los gabinetes, no creo que tenga otra cosa más cara que el incognoscible, esto es la gelatina en la cual se cultiva el microbio del misticismo.

» Pero la otra culpa requeriría el análisis de las condiciones económicas y de las luchas sociales del siglo decimonono⁶⁷ y en particular de aquel gran movimiento histórico que es el socialismo, o sea la clase de la entrada de la clase obrera en la arena política. Hablo desde un aspecto general; y trascendiendo las pasiones y las contingencias del lugar y del momento. Como historiador y como observador político, no ignoro que tal o cual hecho que toma el nombre de socialismo, en tal o cual otro lugar y⁶⁸ tiempo, puede ser con mayor o menor razón contrastado, como por lo demás sucede con cualquier otro programa político, que es siempre contingente y puede ser más o menos extravagante e inmaduro y celar un contenido diverso de su forma aparente. Mas, bajo el aspecto general, la pretensión de destruir el movimiento obrero, nacido del seno de la burguesía, sería como pretender cancelar la revolución francesa⁶⁹, la cual creó el dominio de la burguesía; más aún, el absolutismo iluminado del siglo decimooctavo⁷⁰, que preparó la revolución; y poco a poco suspirar por la restauración del feudalismo y del sacro imperio romano⁷¹, y por añadidura, por el regreso de la historia a sus orígenes: donde no sé si encontraría el comunismo primitivo de los sociólogos (la lengua única del profesor Trombetti), pero no se encontraría, ciertamente, la civilización. Quien se pone a combatir al socialismo, no ya en este o en aquel momento de la vida de un país, sino en general (digamos así, en su exigencia), está constreñido a negar la civilización y el mismo concepto moral en que la civilización se funda. Negación imposible; negación que la palabra rehúsa pronunciar y que por esto ha dado origen a los inefables ideales de la fuerza por la fuerza, del imperialismo, del aristocraticismo, tan feos que sus mismos asertores no tienen ánimo de proponerlos en toda su rigidez y ora los modelan

⁶⁷ «décimo nono», en *Mundial*; «decimonono», en *Amauta y Defensa del marxismo*.

⁶⁸ «O», en *Defensa del marxismo*, p. 45.

⁶⁹ «Revolución Francesa», en *Defensa del marxismo*.

⁷⁰ «décimo octavo», en *Mundial y Amauta*; «decimooctavo», en *Defensa del marxismo*.

⁷¹ «Sacro Imperio Romano», en *Defensa del marxismo*.

mezclándoles elementos heterogéneos, ora los presentan con cierto aire de bizzarria fantástica o⁷² de paradoja literaria, que debería servir a hacerlos aceptables. O bien ha hecho surgir, por contragolpe, los ideales, peor que feos, tontos, de la paz del quietismo y de la no resistencia al mar». (*Crítica*, 1907 y *La Letteratura de la Nuova Italia*, vol. IV. [...] ⁷³)⁷⁴.

La bancarrota del positismo⁷⁵ y del cientifismo⁷⁶ [...] ⁷⁷ no compromete absolutamente la posición de los marxistas. La teoría y la política de Marx se cimentan invariablemente en la ciencia, no en el cientificismo. Y en la ciencia, quieren reposar hoy, como lo observa Julien Benda en su *Trahison des Clercs*, todos los programas políticos, sin excluir a los más reaccionarios y anti-históricos [(el de la «Action Française», por ejemplo)]⁷⁸. Brunetière, que proclama la quiebra de la ciencia, ¿no se complacía acaso en maridar catolicismo y positivismo? ¿Y Maurras no se reclamaba⁷⁹ igualmente del pensamiento científico? La religión del porvenir, como piensa Waldo Frank, descansará en la ciencia [o se elevará sobre ella. «Copérnico, Newton, Galileo, Einstein, Spinoza, Leibnitz, Kant, los pensadores en psicología, política y leyes sociales —escribe Frank en el segundo de sus estudios sobre *The Re Discovery of America* en *The New Republic*— edifica desde la ruina de los mundos una nueva fundación para que culmine el futuro conjunto nuestra verdadera religión». ¿Será también esto cientificismo superado? Análogas a las especiosas razones que se emplean para hablar de divorcio entre el marxismo y la nueva filosofía —y la nueva ciencia— son las que sirven para lamentar la despreocupación o indiferencia del socialismo marxista respecto a las bases éticas de un nuevo orden social. La culpa, en parte, la tienen ciertos marxistas ortodoxos, demasiado ortodoxos, a lo Lafargue, en los cuales sin duda pensó Marx cuando, con su habitual ironía, dijo aquello de «en cuanto a mí, no soy marxista». Pero también, a este respecto Marx ha sido reivindicado enérgicamente por Groce, con argumentos semejantes a los que usa en la defensa de Maquiavelo]⁸⁰

⁷² «y», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁷³ «p. 187», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁷⁴ En *Amauta*, núm. 18, pp. 12-13 y en *Defensa del marxismo*, pp. 45-46, registran como nota a pie de página.

⁷⁵ «positivismo», subsanado en *Amauta*.

⁷⁶ «cientificismo», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁷⁷ «como filosofía», agregado en *Amauta*, núm. 18, p. 13, y en *Defensa del marxismo*.

⁷⁸ Omitido en *Amauta*, núm. 18, p. 13, y en *Defensa del marxismo*, p. 46.

⁷⁹ «reclama», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁸⁰ Omitido en *Amauta*, núm. 18, p. 13, y *Defensa del marxismo*, p. 46. En cambio, sustituido: «si alguna creencia ha de ascender a la categoría de verdadera religión» (comillas nuestras).

No son nuevos los reproches al marxismo por su supuesta anti-eticidad, por sus móviles materialistas, por el sarcasmo con que Marx y Engels tratan en sus páginas polémicas la moral burguesa. La crítica neorrevisionista no dice, a este respecto, ninguna cosa que no hayan dicho antes utopistas y fariseos de toda marca. Pero la reivindicación de Marx, desde el punto de vista ético, la ha hecho ya también Benedetto Croce — esto es uno de los representantes más autorizados de la filosofía idealista, cuyo dictamen parecerá a todos más decisivo que cualquier deploración jesuítica⁸¹ de la inteligencia pequenoburguesa—. En uno de sus primeros ensayos sobre el materialismo histórico, confutando la tesis de la anti-eticidad del marxismo, Croce escribía lo siguiente: «Esta corriente ha estado principalmente determinada por la necesidad en que se encontraron Marx y Engels, frente a las varias categorías de utopistas, de afirmar que la llamada cuestión social no es una cuestión moral (o sea, según se ha de interpretar, no se resuelve con prédicas y con los medios llamados morales) y por su acerba crítica de las ideologías e hipocresías de clase. Ha estado luego ayudada, según me parece, por el origen hegeliano del pensamiento de Marx y Engels, siendo sabido que en la filosofía hegeliana la ética pierde la rigidez que le diera Kant y le conservara Herbart. Y, finalmente, no carece en esto de eficacia la denominación de “materialismo”, que hace pensar en seguida en el interés bien entendido y en el cálculo de los placeres. Pero es evidente que la idealidad y lo absoluto de la moral, en el sentido filosófico de tales palabras, son presupuestos necesarios del socialismo. ¿No es, acaso, un interés moral o social, como se quiere decir, el interés que nos mueve a construir un concepto de la plusvalía⁸²? ¿En economía pura se puede hablar de plusvalía? ¿No vende el proletariado su fuerza de trabajo por lo que vale, dada su situación en la presente sociedad? Y, sin ese presupuesto moral, ¿cómo se explicaría junto con la acción política de Marx, el tono de violenta indignación o de sátira amarga que se advierte en cada página del *El Capital*?» (*Materialismo Storico de Economía marxística*). Me ha tocado ya apelar a este juicio de Croce, a propósito de algunas frases de Unamuno, en *La Agonía del Cristianismo*, obteniendo que el genial español, al honrarme con su

* En *Mundial* (Lima), sec. «Motivos polémicos», núm. 440, 16 de noviembre de 1928 y en *Amauta* (Lima), núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, pp. 10-12. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) pp. 55-59. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1303-1306.

⁸¹ «jesuítica», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁸² «del sobrevalor», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

respuesta⁸³, escribiera que, en verdad, Marx no fue un profesor sino un profeta.

Croce ha rectificado explícitamente, más de una vez, las palabras citadas. Una de sus conclusiones críticas sobre la materia es, precisamente, «la negación de la intrínseca amoralidad o de intrínseca anti-eticidad de marxismo». Y, como en el mismo escrito, se maravilla de que nadie «haya pensado en llamar a Marx, a título de honor, el Maquiavelo del proletariado», cabe⁸⁴ encontrar la explicación amplia y cabal de su concepto en su defensa del autor de *El Príncipe*, tan perseguida igualmente por las deploraciones de sus pósteros. Sobre Maquiavelo, Croce ha escrito que «descubre la necesidad y la autonomía de la política que está más allá del bien y del mal moral, que tiene sus leyes contra los cuales es vano revelarse y a la que no se puede exorcizar o arrojar del mundo con el agua bendita». Maquiavelo, en opinión de Croce, se presenta «como dividido de ánimo y de mente acerca de la política, de la cual ha descubierto la autonomía y que le aparece ora triste necesidad de envilecerse las manos por tener que habérselas con gente bruta, ora arte sublime de fundar y sostener aquella gran institución que es el Estado» (*Elementi di politica*). El parecido entre los dos casos ha sido expresamente indicado por el propio Croce, en estos términos: «Un caso, análogo en ciertos aspectos a éste de las discusiones sobre la ética de Marx, es la crítica tradicional de la ética de Maquiavelo: crítica que fue superada por De Sanctis (en el capítulo en torno a Maquiavelo de su *Storia della letteratura*), pero que retorna de continuo y se afirma en la obra del profesor Villari, quien encuentra⁸⁵ la imperfección de Maquiavelo en esto: [...]»⁸⁶ que él no se propuso la cuestión moral. Y me ha ocurrido siempre preguntarme por qué obligación, por qué contrato Maquiavelo debiese tratar toda suerte de cuestiones, inclusive aquellas por las cuales no se interesaba y sobre las cuales no creía tener nada [...]»⁸⁷ que decir. Sería lo mismo que reprochar a quien haga investigaciones de química el no remontarse a las investigaciones generales metafísicas sobre los principios de lo real».

La función ética del socialismo —respecto a la cual inducen sin duda en⁸⁸ error las presurosas y sumarias exorbitancias de algunos marxistas como Lafargue— debe ser buscada no en grandilocuentes decálogos, ni en especulaciones filosóficas, que en ningún modo constituían una necesidad

⁸³ Véase la carta de Unamuno a José Carlos Mariátegui, fechada a pie de carta el 28 de noviembre de 1926 (Hendaya), en *Amauta*, núm. 5, enero de 1927, pp. 1-2.

⁸⁴ «hay que», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁸⁵ «halla», en *Amauta*, p. 11, y en *Defensa del marxismo*, p. 37.

⁸⁶ «en», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁸⁷ «de», en *Defensa del marxismo*, p. 57.

⁸⁸ «a», en *Defensa del marxismo*.

de la teorización marxista, sino en la creación de una moral de productores por el propio proceso de la lucha anticapitalista. «En vano —ha dicho Kautsky— se busca inspirar al obrero inglés con sermones morales una concepción más elevada de la vida, el sentimiento de más nobles esfuerzos. La ética del proletariado emana de sus aspiraciones revolucionarias; son ellas las que les dan más fuerza y elevación. Es la idea de la revolución lo que ha salvado al proletariado del rebajamiento». Sorel agrega que para Kautsky la moral está siempre subordinada a la idea de lo sublime y, aunque en desacuerdo con muchos marxistas oficiales que extremaron las paradojas y burlas sobre los moralistas, conviene en que «los marxistas tenían una razón particular para mostrarse desconfiados de todo lo que tocaba a la ética; los propagandistas de reformas sociales, los utopistas y los demócratas habían hecho tal abuso de la Justicia, que existía el derecho de mirar toda disertación al respecto como un ejercicio de retórica o como una sofística destinada a extraviar a las personas que se ocupaban en el movimiento obrero».

Al pensamiento soreliano de Eduardo Berth debemos una apología de esta función ética del socialismo. «Daniel Halevy —dice Berth— parece creer que la exaltación del “productor” debe perjudicar la del “hombre”; me atribuye un entusiasmo totalmente americano por una civilización industrial. No es así absolutamente; “la vida del espíritu libre” me es tan cara como a él mismo y estoy lejos de creer que no hay más que la producción en el mundo. Es siempre, en el fondo, el viejo reproche hecho a los marxistas, a quienes acusa de ser, moral y metafísicamente, “materialistas”. Nada más falso; el materialismo histórico no impide en ningún modo el más alto desarrollo de lo que Hegel llamaba el “espíritu libre o absoluto”; es, por el contrario, su condición preliminar. Y nuestra esperanza es, precisamente que, en una sociedad asentada sobre una amplia base económica, constituida por una federación de talleres donde obreros libres estarían animados de un vivo entusiasmo por la producción, el arte, la religión y la filosofía podrán tomar un impulso prodigioso y el mismo ritmo ardiente y frenético transportará hacia las alturas».

La sagacidad, no exenta de fina ironía francesa, de Luc Durtain constata este ascendente religioso del marxismo en el primer país cuya constitución se conforma a sus principios. Históricamente estaba ya comprobado por la lucha socialista de Occidente, que lo «sublime proletario» no es una [nueva]⁸⁹ utopía intelectual ni una hipótesis propagandística.

⁸⁹ Suprimido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

MORAL DE PRODUCTORES Y LUCHA SOCIALISTA*

Cuando Henri de Man, reclamando al socialismo un contenido ético, se esfuerza en demostrar que el interés de clase no puede ser por sí solo motor suficiente de un orden nuevo, no va absolutamente «más allá del marxismo», ni repara en cosas que no hayan sido ya advertidas por la crítica revolucionaria. Su revisionismo ataca al sindicalismo reformista, en cuya práctica el interés de clase se contenta con la satisfacción de limitadas aspiraciones materiales.

Una moral de productores, como la concibe Sorel, como la concebía Kautsky, no surge mecánicamente del interés económico: se forma en la lucha de clase, librada con ánimo heroico, con voluntad apasionada. Es absurdo buscar el sentimiento ético del socialismo en los sindicatos aburguesados, en los cuales una burocracia domesticada ha enervado la conciencia de clase, o en los grupos parlamentarios, espiritualmente al enemigo que combaten con discursos y mociones. Henri de Man dice algo perfectamente ocioso cuando afirma: «El interés de clase no lo explica todo. No crea móviles éticos». Estas constataciones pueden impresionar a cierto género de intelectuales novecentistas que, ignorando clamorosamente el pensamiento marxista, ignorando la historia de la lucha de clases, se imaginan fácilmente, como Henri de Man, rebasar los límites de Marx y su escuela.

La ética del socialismo se forja en la lucha de clase. Para que el proletariado cumpla, en el progreso moral [de la humanidad]⁹⁰, su misión histórica, es necesaria que adquiera conciencia previa de su interés de clase; pero el interés de clase, por sí solo, no basta. Mucho antes que Henri de Man, los marxistas lo han entendido y sentido perfectamente. De aquí, precisamente, arrancan sus acérrimas críticas contra el reformismo poltrón. «Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria», repetía Lenin, aludiendo a la tendencia amarilla a olvidar el finalismo revolucionario por atender solo a las circunstancias presentes.

La lucha por el socialismo, eleva a los obreros, que con extrema energía y absoluta convicción toman parte en ella, a un ascetismo, al cual es totalmente ridículo echar en cara su credo materialista, en el nombre de una moral de teorizantes y filósofos. Luc Durtain, después de visitar una escuela soviética, preguntaba si no podía encontrar en Rusia una escuela laica, a tal punto le parecía religiosa la enseñanza marxista. El materialista, si profesa y sirve su fe religiosamente, solo por una convención del lenguaje puede ser

* En *Mundial* (Lima), sec. «Motivos polémicos», núm. 441, 23 de noviembre de 1928 y en *Amauta* (Lima), núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, pp. 12-14 (a partir del 3º párrafo). Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959), pp. 59-63 (a partir del 2º párrafo).

⁹⁰ Omitido en *Amauta*, núm. 19, p. 12, y en *Defensa del marxismo*, p. 60.

opuesto o distinguido del idealista. (Ya Unamuno, tocando otro aspecto de la oposición entre idealismo y materialismo, ha dicho que «como eso de la materia no es para nosotros más que una idea, el materialismo es idealismo»).

El trabajador, indiferente a la lucha de clase, contento con su tenor de vida, satisfecho de su bienestar material, podrá llegar a una mediocre moral burguesa, pero no alcanzará jamás a elevarse a una ética socialista. Y es una impostura pretender que Marx quería señalar al obrero de su trabajo, privarlo de cuanto espiritualmente lo une a su oficio, para que de él se adueñase mejor el demonio de la lucha de clase. Esta conjetura solo es concebible en quienes se atienen a las especulaciones de marxistas como Lafargue, el apologista del derecho a la pereza.

La usina, la fábrica, actúan en el trabajador psíquica y mentalmente. El sindicato, la lucha de clases, continúan y completan el trabajo de educación que ahí empieza. «La fábrica —apunta Gobetti— da la precisa visión de la coexistencia de los intereses sociales: la solidaridad del trabajo. El individuo se habitúa a sentirse parte de un proceso productivo, parte indispensable en el mismo modo que es insuficiente. He aquí la más perfecta escuela de orgullo y humildad. Recordaré siempre la impresión que tuve de los obreros, cuando me ocurrió visitar las usinas de la Fiat, uno de los pocos establecimientos anglosajones, modernos, capitalistas, que existen en Italia. Sentía en ellos una actitud de dominio, una seguridad sin pose, un desprecio por toda suerte de diletantismo⁹¹. Quien vive en una fábrica, tiene la dignidad del trabajo, el hábito al sacrificio y a la fatiga. Un ritmo de vida que se funda severamente en el sentido de tolerancia y de interdependencia, que habitúa a la puntualidad, al rigor, a la continuidad. Estas virtudes del capitalismo, se resienten de un ascetismo casi árido; pero en cambio el sufrimiento contenido alimenta con la exasperación el coraje de la lucha y el instinto de la defensa política. La madurez anglosajona, la capacidad de creer en ideologías precisas, de afrontar los peligros por hacerlas prevalecer, la voluntad rígida de practicar dignamente la lucha política, nacen de este noviciado, que significa la más grande revolución sobrevinida después del Cristianismo». En este ambiente severo, de persistencia, de esfuerzo, de tenacidad, se han templado las energías del socialismo europeo que, aun en los países donde el reformismo parlamentario prevalece sobre las masas, ofrece a los indoamericanos un ejemplo de continuidad y duración. Cien derrotas han sufrido en esos países los partidos socialistas, las masas sindicales. Sin embargo, cada nuevo año, la elección, la protesta, una movilización cualquiera, ordinaria o extraordinaria, las encuentra siempre acrecidas y obstinadas.⁹²

⁹¹ «diletantismo», en *Defensa del marxismo*, p. 61.

⁹² Continúa en *Amanta*, núm. 19, p. 13, y en *Defensa del Marxismo*, p. 62, en punto seguido, y antepone lo siguiente:

Si el socialismo no debiera organizarse como orden social, bastaría esta obra formidable de educación y elevación para justificarlo en la historia. El propio De Man admite este concepto al decir, aunque con distinta intención, que «lo esencial en el socialismo es la lucha por él», frase que recuerda mucho aquellas en que Bernstein aconsejaba a los socialistas preocuparse del «movimiento» y no del «fin», diciendo, según Sorel, una cosa mucho más filosófica de lo que el líder revisionista pensaba.

De Man no ignora la función pedagógica y espiritual del sindicato y la fábrica, aunque su experiencia sea mediocrementemente social-democrática. «Las organizaciones sindicales —observa— contribuyen, mucho más de lo que suponen la mayor parte de los trabajadores y casi todos los patrones, a estrechar los lazos que unen al obrero al trabajo. Obtienen este resultado casi sin saberlo, procurando sostener la aptitud profesional y desarrollar la enseñanza industrial, al organizar el derecho de inspección de los obreros y democratizar la disciplina del taller por el sistema de delegados y secciones, etc. De este modo prestan al obrero un servicio mucho menos problemático, considerándolo como ciudadano de una ciudad futura, [...]»⁹³ que buscando el remedio en la desaparición de todas las relaciones psíquicas entre el obrero y el medio ambiente del taller». Pero el neorrevisionista belga, no obstante sus alardes idealistas, encuentra la ventaja y el mérito de éste⁹⁴ en el creciente apego del obrero a este⁹⁵ bienestar material y en la medida en que [...]⁹⁶ hace de él un filisteo. ¡Paradojas del idealismo pequeñoburgués!

EL DETERMINISMO MARXISTA *

Otra actitud frecuente de los intelectuales que se entretienen en roer la bibliografía [...]»⁹⁷, es la de exagerar interesadamente el determinismo de Marx y su escuela con el objeto de declararlos, también desde este punto

Renán conocía lo que de religioso y de místico es esta fe social. Labriola enaltecía con razón en el socialismo alemán, «este caso verdaderamente nuevo e imponente de pedagogía social, o que en un número tan grande de obreros y de pequeñoburgueses se forme una conciencia nueva, a la cual concurren en igual medida el sentimiento director de la situación económica, que induce a la lucha, y a la propaganda del socialismo, entendido como meta y punto de arribo».

⁹³ «antes», agregado en *Defensa del marxismo*, p. 63.

⁹⁴ «esto», en *Amauta*, p. 14, y en *Defensa del marxismo*, p. 63.

⁹⁵ «su», en *Amauta* p. 14, y en *Defensa del marxismo* p. 63.

⁹⁶ «éste», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Motivos polémicos», núm. 443, 7 de diciembre de 1928, y en *Amauta* (Lima), núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, pp. 14-16. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) pp. 65-69. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1306-1308.

⁹⁷ «marxista», agregado en *Amauta*, p. 14, y en *Defensa del marxismo*, p. 65.

de vista, un producto de la mentalidad mecanicista del siglo XIX, incompatible con la concepción heroica, voluntarista de la vida, a que se inclina el mundo moderno, después de la gran⁹⁸ guerra⁹⁹. Estos reproches no se avienen con la crítica de las supersticiones racionalistas y utopísticas¹⁰⁰ y de fondo mítico¹⁰¹ del movimiento socialista. Pero Henri de Man no podía dejar de echar mano de un argumento que tan fácil estrago hace en los intelectuales del Novecientos, seducidos por el esnobismo de la reacción contra el «estúpido siglo diecinueve». El revisionista belga observa, a este respecto, cierta prudencia. [Hace]¹⁰² «constar que Marx no merece el reproche que con frecuencia se le dirige de ser un fatalista, en el sentido de que negara la influencia de la volición humana en el desarrollo histórico; lo que ocurre es que considera esa¹⁰³ volición como predeterminada». Y agrega que «tienen razón los discípulos de Marx cuando defienden a su maestro del reproche de haber predicado esa especie de fatalismo». Nada de esto le impide, sin embargo, acusarlos de su «creencia en otro fatalismo, el de los fines categoriales ineluctables», pues «según la concepción marxista, hay una evolución¹⁰⁴ social sometida a leyes, la cual se cumple por medio de la lucha de clases y el resultado ineluctable de la evolución económica que crea opciones de intereses».

En sustancia, el neorrevisionismo adopta, aunque con discretas enmiendas, la crítica idealista que reivindica la acción de la voluntad y del espíritu. Pero esta crítica concierne solo a la ortodoxia social-democrática, que como ya está establecido, no es ni ha sido marxista sino lassalliana, hecho probado hasta con el vigor con que se difunde hoy en la social-democracia tedesca esta palabra de orden: «el retorno a Lassalle». Para que esta crítica fuese válida, habría que empezar por probar que el marxismo es la social-democracia, trabajo que Henri de Man se guarda de intentar. Reconoce, por el contrario, en la III Internacional a¹⁰⁵ la heredera de la Asociación Internacional de Trabajadores, en cuyas asambleas [recuerda que]¹⁰⁶ alentaba un misticismo muy próximo [al del cristianismo]¹⁰⁷ de las catacumbas. Y consigna en su libro este juicio explícito: «los marxistas vulgares del comunismo son los verdaderos usufructuarios de la herencia marxiana. No lo son en el sentido de que comprenden a Marx mejor con referencia a su época, sino porque lo utilizan con más eficacia para las tareas

⁹⁸ Omitido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

⁹⁹ «Guerra», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹⁰⁰ «utopísticas», así también en *Amauta* y *Defensa del marxismo*.

¹⁰¹ «mítico», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹⁰² «Hay que hacer», en *Amauta* y *Defensa del marxismo*.

¹⁰³ «esta», en *Defensa del marxismo*.

¹⁰⁴ «volución» en *Amauta* y «volición», en *Defensa del marxismo*.

¹⁰⁵ Omitido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹⁰⁶ Suprimido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹⁰⁷ «al cristianismo», en *Amauta* y «al de la cristiandad», en *Defensa del marxismo*.

de su época, para la realización de sus objetivos. La imagen que de Marx nos ofrece Kautsky se parece más al original que la que Lenin popularizó entre sus discípulos; pero Kautsky ha comentado una política en que Marx no ha influido nunca, mientras que las palabras que como santo y seña tomó Lenin de Marx son la misma política después de muerto éste y continúan creando realidades nuevas».

A Lenin se le atribuye una frase que enaltece Unamuno en su *La Agonía del Cristianismo*; la que pronunciara una vez, contradiciendo a alguien que le observaba que su esfuerzo iba contra la realidad: «¡Tanto peor para la realidad!». El marxismo, ahí¹⁰⁸ donde se ha mostrado revolucionario —vale decir ahí¹⁰⁹ donde ha sido marxismo— no ha obedecido nunca a un determinismo pasivo y rígido. Los reformistas resistieron a la revolución, durante la agitación revolucionaria postbélica, con razones del más rudimentario determinismo económico. Razones que, en el fondo, se identificaban con las de la burguesía conservadora, y que denunciaban el carácter absolutamente burgués, y no socialista, de ese determinismo. A la mayoría de sus críticos, la Revolución rusa aparece, en cambio, como una tentativa racionalista, romántica, anti-histórica, de utopistas fanáticos. [En primer término, los reformistas de todo calibre]¹¹⁰, reprueban en los revolucionarios su tendencia a forzar la historia, tachando de «blanquista» y «putschista» la táctica de los partidos de la III Internacional.

Marx no podía concebir ni proponer sino una política realista y, por esto, extremó la democratización de que el proceso mismo de la economía capitalista, cuanto más plena y vigorosamente se cumple, conduce al socialismo; pero entendió, siempre como condición previa de un nuevo orden, la capacitación espiritual e intelectual del proletariado para realizarlo, a través de la lucha de clases. Antes de¹¹¹ Marx, el mundo moderno había arribado ya a un momento en que ninguna doctrina política y social podía aparecer en contradicción con la historia y la ciencia. La decadencia de las religiones tiene un origen demasiado visible en su creciente alejamiento de la experiencia histórica y científica. Y sería absurdo pedirle a una concepción política, eminentemente moderna en todos sus elementos, como el socialismo, indiferencia por este orden de consideraciones. Todos los movimientos políticos contemporáneos, a comenzar por los más reaccionarios, se caracterizan, como lo observa Julián¹¹² Benda en su *Trabison des Clercs*, por su empeño en atribuirse una estricta correspondencia

¹⁰⁸ Suprimido en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ «los reformistas de todo calibre, en primer término», en *Amauta* p. 15, y en *Defensa del marxismo* p. 67.

¹¹¹ «que», en *Defensa del marxismo*, p. 67.

¹¹² Suprimido en *Amauta*, p. 15, y en *Defensa del marxismo*, p. 68 [Julien, no Julián].

con el curso de la historia. Para los reaccionarios de *L'Action Française*, literalmente más positivista que cualquier revolucionario, todo el período que inauguró la revolución liberal es monstruosamente romántico y antihistórico. Los límites y función del determinismo marxista están fijados desde hace tiempo. Críticos ajenos a todo criterio de partido, como Adriano Tilgher, suscriben la siguiente interpretación: «La táctica socialista, para conducir a un buen éxito, debe tener [...]»¹¹³ cuenta de¹¹⁴ la situación histórica sobre la cual le toca operar y, donde ésta es todavía inmadura¹¹⁵ para la instauración del socialismo, guardarse bien de reforzarle la mano; pero, de otro lado, no debe remitirse quietistamente a la acción de los sucesos, sino insertándose en su curso, tender siempre más a orientarlos en sentido socialista, de modo de hacerlos maduros para la transformación final. La táctica marxista es, así, dinámica y dialéctica como la doctrina misma de Marx: la voluntad socialista no se agita en el vacío, no prescinde de la situación preexistente, no se ilusiona de cambiarla¹¹⁶ con llamamientos al buen corazón de los hombres, sino que adquiere¹¹⁷ sólidamente a la realidad histórica, mas no resignándose pasivamente a ella, antes bien, reaccionando contra ella siempre más enérgicamente, en el sentido de reforzar económica y espiritualmente al proletariado, de acentuar en él la consciencia¹¹⁸ de su conflicto con la burguesía, hasta que habiendo llegado al máximo de la exasperación, y la burguesía al extremo de las fuerzas del régimen capitalista, convertido en un obstáculo para las fuerzas productivas, pueda ser útilmente derribado y sustituido con ventaja para todos por el régimen socialista» (*La Crisi Mondiale e Saggi critiche di Marxismo e Socialismo*).

El carácter voluntarista del socialismo no es, en verdad, menos evidente, aunque sí menos entendido por la crítica, que su fondo determinista. Para valorarlo, basta, sin embargo, seguir el desarrollo del movimiento proletario¹¹⁹, desde la acción de Marx y Engels en Londres, en los orígenes de la I Internacional, hasta su actualidad, dominada por el primer experimento de Estado socialista [...]»¹²⁰. En ese proceso, cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, [al cual sería absurdo buscar su impulso]¹²¹ en un mediocre y pasivo sentimiento determinista.

¹¹³ «en», agregado en *Defensa del marxismo*, p. 68.

¹¹⁴ Omitido en *Defensa del marxismo*, p. 68.

¹¹⁵ «inmadura», en *Defensa del marxismo*, p. 68.

¹¹⁶ «mudarla», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹¹⁷ «adhiera», en *Amauta* y «se adhiere», en *Defensa del marxismo*.

¹¹⁸ «conciencia», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹¹⁹ «proletariado», en *Amauta*, p. 16.

¹²⁰ «: la U.R.S.S.», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹²¹ «cuyo impulso sería absurdo buscar», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

LA OTRA EUROPA, POR LUC DURTAIN *

De su viaje a Moscú, Luc Durtain y Georges Duhamel han dado al público una versión en que la mesura y la *sagesse*¹²² francesas se combinan estrictamente con una sinceridad y una honradez intelectuales rigurosas. Ni Luc Durtain ni Georges Duhamel son hombres de partido. No son tampoco revolucionarios. Pertenecen a esa línea de artistas y escritores apasionadamente preocupados por la defensa de la civilización que reconoce su más alto líder en Romain Rolland. Sus nombres están inscritos en primer término en el escalafón de *Europe*. Pero ni siquiera en un «rollandismo» puro o rígido cabe situarlos, no sólo porque el «rollandismo» no existe como conducta de grupo —no es una actitud egregia y absolutamente personal— sino porque así Durtain como Duhamel, sobre todo el primero, tienen una curiosidad y un eclecticismo de artistas y muestran un goce un poco sensual en la indagación psicológica, en la «posesión del mundo» que no se avienen del todo con la manera un poco ascética del autor de *Jean Christophe*.

Duhamel y Durtain se distinguen de casi la totalidad de los escritores que han visitado la Rusia soviética, en que no han ido a Moscú y Petrogrado a interrogar a los jefes del bolchevismo, ni a los contrarrevolucionarios de derecha e izquierda, ni a las cifras de la estadística —que desde fuera es posible obtener y comprobar— sino a interrogar directamente, con sus lucidos sentidos, con su segura intuición de artistas, a la vida, a la calle, a las almas, a la multitud. ¿Cómo ha trascendido la revolución a las cosas, a las costumbres? ¿Cuál es su poder de elevación moral e intelectual? De este género son las preocupaciones que Durtain y Duhamel manifiestan en sus insospechables testimonios, tan distantes, tan diversos del «reportaje» truculento y vulgar con que nos obsequió hace dos años el escandalismo de Henri Béraud.

Luc Durtain, novelista y poeta —y médico como Duhamel— tiene finamente entrenadas sus facultades de captación e interpretación de todo lo que hay que descubrir en un fenómeno de estas dimensiones históricas. Es uno de los escritores que, con más poderosa imaginación, a la vez que con más agudo análisis, ha explicado algunos profundos aspectos de la vida de Norteamérica. El éxito de *L'Autre Europe*¹²³ sigue al éxito de *Quarangitieme Etage* y de *Hollywood dépassée*.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1084, 8 de diciembre de 1928. Incluido en *Signos y Obras* (1959) pp. 75-78. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 662-664.

¹²² Sabiduría.

¹²³ Véase parte de la obra *L'Autre Europe* sobre las costumbres de Rusia, traducida expresamente para *Amauta*, en *Amauta*, núm. 19, noviembre-diciembre de 1928, pp. 1-9; de la misma obra, sobre la salud pública, traducida

Y esta experiencia resulta particularmente útil al objeto de Luc Durtain, porque le permite medir la exacta distancia que separa a estos dos polos de un mundo moderno —Nueva York y Moscú, Estados Unidos y la U.R.S.S.— al mismo tiempo que el extraño parecido paradójicamente anexo a una radical oposición. Su conversación con el director de una de las grandes empresas del Estado ruso, le sugiere esta afirmación: «Hay más semejanza de la que se cree entre capitalismo y comunismo, que tienen la misma fecha y provienen del mismo año, iba a decir del mismo tonel. Estos hermanos siameses pueden aborrecerse: se encuentran ligados por el milésimo como por una membrana. El milésimo imparcial reina: el milésimo, es decir, el tanto de técnicas, de ideas, de pasiones, el tanto de necesidades idénticas que una misma época impone a los campos opuestos». La comparación o, al menos, la confrontación entre Estados Unidos y Rusia reaparece en varios otros instantes del viaje de Durtain. En el capítulo que resume sus impresiones, el paralelo se precisa. «Los dos países —observa Durtain— se encuentran compuestos de Estados casi independientes los unos de los otros, en teoría, enérgicamente soldados ante el extranjero por el interés y el orgullo. De una y otra parte, desdén por el imperialismo militar: las fuerzas de conquista confiadas aquí al dólar, allá a las ideas. En el fondo, teocracia, en Boston como en Moscú». Fiel a su método de investigación psicológica, Durtain busca la prueba de estas semejanzas, dentro de la oposición, en el hombre de la calle. «Mirad —dice— los rostros en las calles de Chicago; ved después los de Moscú. Escuchad, aquí y allá, hablar a los hombres. Y¹²⁴ buscad la cantidad de satisfacción real...». Sin duda, Norteamérica asegura a sus hombres un confort material mucho mayor. Pero Rusia, donde el Estado de nada se preocupa tanto como del bienestar físico, con medios más modestos mantiene a los suyos en un equilibrio moral de fundamentos más nobles y humanos.

Para llegar a estas conclusiones, Luc Durtain se atiene a los datos obtenidos en sus propias pruebas, en sus propios sondeos. Sus notas sobre las calles de Moscú, los tipos que circulan por ellas¹²⁵, los mercados y los almacenes, el tráfico¹²⁶ urbano, los bancos y las cooperativas, los restaurantes¹²⁷ y los comestibles, la escuela, el libro y el teatro, las costumbres, la mujer y el niño, las fuerzas y los adversarios del régimen, constituyen un documento de gran valor informativo y artístico que por sí

expresamente para *Amauta* por el doctor Hugo Pesce, en *Amauta*, núm. 22, abril de 1929, pp. 60-66; y un breve comentario de la obra por M. W. en *Amauta*, Libros y revistas, núm. 16, julio de 1928, p. 43.

¹²⁴ Omitido en *Signos y obras*, p. 77.

¹²⁵ «ella», en *Signos y obras*, p. 77.

¹²⁶ «tránsito», en *Signos y obras*.

¹²⁷ «restaurantes», en *Signos y obras*.

solos convidan al más reacio, al más hostil, a la lectura del libro. Luc Durtain se ha acercado a la vida rusa con la más pura simpatía humana; pero no sin cierta cautela de cirujano, no sin cierta ironía parisiense, no sin cierta desconfianza semiburguesa, que ponen a su objetividad a cubierto de todas las fallas a que podría exponerse un espíritu propenso al entusiasmo y a la admiración.

Moscú y su Fe, se subtitula el libro. Porque la fuerza creadora, la virtud sobrenatural de esta nueva Europa, reside para Luc Durtain en su fe revolucionaria, en esa creencia y en esa esperanza, que dan tan extraordinario sentido histórico a los esfuerzos de la Rusia soviética. Durtain quiere comportarse con la *sagesse*, de aquel cortesano que el 14 de julio del asalto a la Bastilla, decía a Luis XVI: «No es una revuelta, Sir¹²⁸, es una revolución». Hoy tal vez, hay que decir, según Durtain: «No es una revolución, es una religión nueva».

Su diagnóstico acepta la decadencia del Occidente europeo. «Los protagonistas de otro tiempo, el genio latino, germánico o anglosajón, retrocediendo a modo de comparsas hacia el fondo de la escena, en tanto que —viniendo de los lados opuestos de ésta, derecha e izquierda— actores inesperados, Moscú y Washington, avanzan a las candilejas: tal es la peripecia de los nuevos tiempos». El conflicto implacable, el choque eliminatorio entre estos dos órdenes no parece, por lo demás, indispensable a corto plazo. Comunismo y capitalismo pueden coexistir mucho tiempo como han coexistido y coexisten catolicismo y protestantismo. Porque para Luc Durtain la mejor analogía, a este respecto, es siempre la que puede encontrarse en el paralelo de dos religiones.

LA ECONOMÍA LIBERAL Y LA ECONOMÍA SOCIALISTA *

Las¹²⁹ fases del proceso económico que Marx no previó —y hay que desistir de consultar como si fueran las memorias de una pitonisa, los nutridos volúmenes de crítica y teoría en que expuso su método de interpretación— no afecta mínimamente los fundamentos de la economía marxista, exactamente como los hechos mucho más graves y profundos que han rectificado en el último siglo la práctica del capitalismo, forzándolo a preferir según los casos el proteccionismo al libre cambio y el intervencionismo a la libre concurrencia, no destruyen los fundamentos de la economía liberal, en cuanto bases teóricas del orden capitalista. Hoy

¹²⁸ «Sire», en *Signos y obras*.

* En *Mundial* (Lima), sec. «Motivos polémicos», núm. 444, 14 de diciembre de 1928. En *Amauta*, núm. 20, enero 1929, p. 15, y continúa en *Amauta*, núm. 21 febrero-marzo de 1929, p. 72. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959), pp. 75-77. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1309-1310.

¹²⁹ «Aquellas», en *Amauta*, núm. 20, p. 15, y en *Defensa del marxismo* p. 75.

mismo, en plena época de estadización mundial de servicios y empresas, el líder del Partido Republicano y presidente¹³⁰ electo de los Estados Unidos, reivindicó estos principios individualistas como esenciales a la prosperidad y desarrollo de esa nación, considerando un ataque a la más vital fuerza de la economía yanqui la tendencia del partido antagonico a hipertrofiar al Estado con funciones de empresario. Por mucho que el régimen republicano mantenga al Estado yanqui en su línea clásica, reservando los negocios y la producción a las empresas privadas, la política de los trusts, la práctica del monopolio, representan por sí solas la derogación de los viejos principios a los cuales se reclama Hoover con tanto vigor. Pero, sin estos principios, que en último análisis se reducen al principio de propiedad privada, el capitalismo no tendría nada que oponer ideológicamente al socialismo. Aunque los hechos restrinjan y en ciertos casos anulen su vigencia —como corresponde al proceso de una economía que ha cumplido su misión— esos principios, que constituyen la sustancia de la economía liberal, son irrenunciables por ésta, y, en consecuencia, por sus estadistas o políticos.

Esta constatación se emparenta estrechamente con la que, fallando en el proceso intentado a la economía marxista por su abstractismo¹³¹ — por su racionalismo diría ahora Henri de Man— sirvió a eminentes filósofos e historiógrafos de diversos campos, preocupados ante todo de una rigurosa objetividad científica, para demostrar la improcedencia y nulidad de ese cargo por parte de los profesores de economía política liberal, en razón de que esta misma tampoco correspondía exactamente a la realidad histórica regida por sus principios. «La economía política liberal — observaba Sorel— ha sido uno de los mejores ejemplos de utopías que se puede citar. Se había imaginado una sociedad en que todo estaría reducido a tipos comerciales, bajo la ley de la más completa libre concurrencia; se reconoce hoy que esta sociedad ideal sería tan difícil de realizar como la de Platón; pero grandes ministros modernos han debido su gloria a los esfuerzos que han hecho para introducir algo de esta libertad comercial en la legislación industrial». Croce a su vez no se explica a qué título los economistas liberales podían tachar de utopía al socialismo, siendo evidente que con mucha mayor razón «los socialistas podrían devolver la misma tacha al liberalismo, si lo estudiaran tal cual es presentemente y no cual era hace años, cuando Marx meditaba su crítica. El liberalismo se dirige con sus exhortaciones a un ente que, por lo menos ahora, no existe, al interés nacional o general de la sociedad¹³²; porque la sociedad presente está dividida en grupos antagonicos y conoce el interés de cada uno de estos

¹³⁰ «Presidente», en *Defensa del marxismo*.

¹³¹ «abstracción», subsanado en *Amauta*, p. 15.

¹³² «Sociedad», en *Amauta*, p. 15, y en *Defensa del marxismo*, p. 77.

grupos más no, o sólo muy débilmente, un interés general» (*Materialismo Storico ed Economía Marxística*, p. 96).

Y no se diga, de otro lado, que el marxismo como praxis se atiene actualmente a los datos y premisas de la economía estudiada y definida por Marx, porque las tesis y debates de todos sus congresos no son otra cosa que un continuo replanteamiento de los problemas económicos y políticos, conforme a los nuevos aspectos de la realidad. Los Soviets, que al respecto pueden invocar una variada y extensa experiencia, han sostenido, en la última Conferencia Económica Europea, el principio de la coexistencia legítima de Estados de economía socialista con los Estados de economía capitalista. Para esta coexistencia que hoy se da en la historia como hecho, reclamaban el reconocimiento como derecho, a fin de llegar a la organización jurídica y económica de sus relaciones. En esta proposición, el primer Estado socialista se muestra mucho más liberal que los Estados formalmente liberales. Lo que confirmaría la conclusión a que arriban los pensadores liberales cuando afirman que la función del liberalismo, histórica y filosóficamente, ha pasado al socialismo y que, siendo el liberalismo un principio de evolución y progreso incesantes, nada es hoy menos liberal que los viejos partidos de este nombre.

FREUDISMO Y MARXISMO *

El reciente libro de Max Eastman¹³³, *La Ciencia de la Revolución*, [que acaba de ser traducido al español]¹³⁴, coincide con el de Henri de Man en la tendencia a estudiar el marxismo con los datos de la nueva Psicología. Pero Eastman que, resentido con los bolcheviques, no está exento de móviles revisionistas, parte de puntos de vista distintos de los del escritor belga y, bajo varios aspectos, aporta a la crítica del marxismo una contribución más original. Henri de Man es un hereje del reformismo o la social-democracia; Max Eastman es una hereje de la revolución. Su criticismo de intelectual supertrotskyista, lo divorció de los Soviets, a cuyos jefes, en especial Stalin, atacó violentamente en su libro [*Après la morte de Lenin*]¹³⁵.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1087, 29 de diciembre de 1928. En *Amauta* (Lima), núm. 21, febrero-marzo de 1929, pp. 73-74. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959) pp. 79-83. *Mariátegui Total* Tomo I, pp. 1310-1312.

¹³³ Eastman Forrester, Max (1883-1969). Escritor estadounidense. Ligado en principio a ideas socialistas, las atacó más tarde. En 1941 pasó a dirigir el *Reader's Digest*. Su obra de más altura literaria es *The Appreciation of Poetry* (1913). Obras: *Marx y Lenin: La ciencia de la Revolución* (1927); *The Literary Mind* (1932); *Marxism: Is it a Science?* (1938). Véase: *La Enciclopedia*, Madrid: Salvat Editores, 2004, vol. 7, p. 4853.

¹³⁴ Suprimido en *Amauta*, núm. 21, p. 73, y en *Defensa del marxismo*, p. 79.

¹³⁵ «Depuis la Morte de Lenin», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

Max Eastman está lejos de creer que la psicología contemporánea en general y la psicología freudiana en particular, disminuyan la validez del marxismo como ciencia práctica de la revolución. Todo lo contrario: afirma que la refuerzan y señala interesantes afinidades entre el carácter de los descubrimientos esenciales de Marx y el de los descubrimientos de Freud, así como de las reacciones provocadas en la ciencia oficial por uno y otro. Marx demostró que las clases idealizaban o enmascaraban sus móviles y que, detrás de sus ideologías, esto es, de sus principios políticos, filosóficos o religiosos, actuaban sus intereses y necesidades económicas. Esta aseveración, formulada con el rigor y el absolutismo que en su origen tiene siempre toda teoría revolucionaria, y que se acentúa por razones polémicas en el debate con sus contradictores, hería profundamente el idealismo de los intelectuales, reacios hasta hoy a admitir cualquier noción científica que implique una negación o una reducción de la autonomía y majestad del pensamiento, o, más exactamente, de los profesionales o funcionarios del pensamiento.

Freudismo y marxismo, aunque los discípulos de Freud y de Marx no sean todavía los más propensos a entenderlo y advertirlo, se emparentan, [...] ¹³⁶, no sólo por lo que en sus teorías había de «humillación», como dice Freud, para las concepciones idealistas de la humanidad, sino por su método frente a los problemas que abordan. «Para curar los trastornos individuales —observa Marx Eastman—, el psicoanalista presta una atención particular a las deformaciones de la conciencia producidas por los móviles sexuales comprimidos. El marxista, que trata de curar los trastornos de la sociedad, presta una atención particular a las deformaciones engendradas por el hambre y el egoísmo». «El vocablo “ideología” de Marx es simplemente un nombre que sirve para designar las deformaciones del pensamiento social y político producidas por los móviles comprimidos. Este vocablo traduce la idea de los freudianos, cuando hablan de “racionalización”, de “traspaso”, de “desplazamiento”, de “sublimación”. La interpretación económica de la historia no es más que un psicoanálisis generalizado del espíritu social y político. De ello tenemos una prueba en la resistencia espasmódica e irrazonada que opone el paciente. La diagnosis marxista es considerada como un ultraje, más bien que como una constatación científica. En vez de ser acogida con espíritu crítico verdaderamente comprensivo, tropieza con racionalizaciones y “reacciones de defensa” del carácter más violento e infantil».

Freud, examinando las resistencias al Psicoanálisis, ha descrito ya estas reacciones, que ni en los médicos ni en los filósofos han obedecido a razones propiamente científicas ni filosóficas. El Psicoanálisis era objetado, ante todo, porque contrariaba o soliviantaba una espesa capa de

¹³⁶ «en sus distintos dominios», agregado en *Amauta*, p. 73, y en *Defensa del marxismo*, p. 80.

sentimientos y supersticiones. Sus afirmaciones sobre la subconciencia, y en especial sobre la libido, infligían a los hombres una humillación tan grave como la experimentada con la teoría de Darwin y con el descubrimiento de Copérnico. A la humillación biológica y a la humillación cosmológica, Freud podría haber agregado un tercer precedente: el de la humillación ideológica, causada por el materialismo económico, en pleno auge de la filosofía idealista.

La acusación de pansexualismo que encuentra la teoría de Freud, tiene un exacto equivalente en la acusación de paneconomicismo que halla todavía la doctrina de Marx. Aparte de que el concepto de economía en Marx es tan amplio y profundo como en Freud el de libido, el principio dialéctico en que se basa toda la concepción marxista excluía la reducción del proceso histórico a una pura mecánica económica. Y los marxistas pueden refutar y destruir la acusación de paneconomicismo, con la misma lógica con que Freud defendiendo el Psicoanálisis dice que «se le reprocho su pansexualismo, aunque el estudio psicoanalítico de los instintos hubiese sido siempre rigurosamente dualista y no hubiese jamás dejado de reconocer, al lado de los apetitos sexuales, otros móviles bastante potentes para producir el rechazo del instinto sexual». [...] ¹³⁷ En los ataques al Psicoanálisis no ha influido más que en las resistencias al marxismo el sentimiento antisemita. Y muchas de las ironías y reservas con que en Francia se acoge al Psicoanálisis, por proceder de un germano, cuya nebulosidad se aviene poco con la claridad y la mesura latinas y francesas, se parecen sorprendentemente a las que ha encontrado siempre el marxismo, y no sólo entre los antisocialistas, de ¹³⁸ ese país, donde un subconsciente nacionalismo ha inclinado habitualmente a las gentes a ver en el pensamiento de Marx el de un *boche* oscuro y metafísico. Los italianos no le han ahorrado, por su parte, los mismos epítetos ni han sido menos extremistas y celosos en oponer, según los casos, el idealismo o el positivismo latino ¹³⁹ al materialismo o la abstracción germana ¹⁴⁰ de Marx.

A los móviles de clase y de educación intelectual que rigen la resistencia al método marxista, no consiguen sustraerse, entre los hombres de ciencia, como lo observa Max Eastman, los propios discípulos de Freud, proclives a considerar la actitud revolucionaria como una simple neurosis. El instinto de clase determina este juicio de fondo reaccionario.

El valor científico, lógico, del libro de Max Eastman —y esta es la curiosa conclusión a la que se arriba al final de su lectura, recordando los

¹³⁷ «Así mismo» y «asimismo», agregados en *Amauta* y *Defensa del marxismo*, respectivamente.

¹³⁸ «en», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

¹³⁹ «latinos», en *Defensa del marxismo*, p. 82.

¹⁴⁰ «germanas», en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

antecedentes de su [*Après la Morte de Lenin*]¹⁴¹ y de su ruidosa excomunión por los comunistas rusos— resulta muy relativo, a poco que se investigue en los sentimientos que inevitablemente lo inspiran. El Psicoanálisis, desde este punto, puede ser perjudicial a Max Eastman como elemento de crítica marxista. Al autor de *La Ciencia de la Revolución* le sería imposible probar en sus razonamientos neorrevisionistas, en su posición herética y, sobre todo, en sus conceptos sobre el bolchevismo, no influyen [...] ¹⁴² sus resentimientos personales. El sentimiento se impone con demasiada frecuencia al razonamiento de este escritor que tan apasionadamente pretende situarse en un terreno objetivo y científico.

¹⁴¹ «Depuis la Morte de Lenin», en *Amauta y Defensa del marxismo*.

¹⁴² «mínimamente», agregado en *Amauta* y en *Defensa del marxismo*.

**CAMPO INTELECTUAL: OBRAS, HUELLAS Y
DESLINDES**

UNA POLÉMICA LITERARIA *

Dos abanderados de la nueva literatura italiana, Massimo Bontempelli y Curzio Malaparte han acabado por disputar acremente. Un reportaje de *Comedia* de París en que Malaparte declaró liquidado al d'annunzianismo, ha provocado este conflicto, que desde hace algún tiempo venía incubándose en la polémica entre *Stracittá* y *Strapaese*, términos que designan dos polos opuestos, dos tendencias contrarias de la literatura de la Italia contemporánea. Bontempelli ha arremetido destempladamente a Malaparte, negándole el derecho al mote de «novocentista» y mostrándose nauseado por el reportaje.

La disputa personal no tiene, naturalmente, sino un interés anecdótico. La polémica literaria, al calor de la cual ha prendido, merece, en cambio, ser debidamente ilustrada y comentada. No se trata de una de las frecuentes controversias sobre técnica o escuela. El diálogo entre *Strapaese* y *Stracittá* refleja una de las contradicciones, una de las antinomias de la Italia fascista. *Stracittá* (extraciudad) es el lema del novocentismo bontempelliano, cuyo capitán entiende al fascismo como un fenómeno profundamente italiano en su expresión y en su carácter, pero no extraño a las grandes corrientes europeas y modernas. Esta tendencia se alimenta de sentimientos cosmopolitas y urbanos, es imperialista más bien que nacionalista, y no comparte esa aversión a la modernidad en la que tan frecuentemente se complace el espíritu fascista, afirmándose instintiva y violentamente como espíritu reaccionario. *Strapaese* (extrapueblo) es el lema de un tradicionalismo que se supone apto para interpretar lo moderno a través de algo así como un retorno a lo antiguo. La tradición italiana es —para los literatos de esta tendencia— sustancialmente rural. Bontempelli, cuya revista *900* se subtítulo intencionalmente *Cuadernos de Italia y de Europa*, es el caudillo natural de la primera corriente. Malaparte, en tanto, se ha enrolado en la segunda cuando la oposición entre ambas se había ya planteado, a consecuencia del programa de *900* que obtuvo al principio la adhesión del bizarro autor de *Italia bárbara*. El suscitador y animador reconocido de la tendencia *strapaesana* es Mino Maccari, director del *Selvaggio*, quien la explica de esta manera: «**Strapaese** no se agota absolutamente en una formulita literaria, sino quiere ser la expresión ideal y práctica de aquella Italia clásica, sobria, laboriosa, volitiva, prudente. *Strapaese* ha sido creado a propósito para distinguir todo lo que de esta Italia es franca emanación, de lo que no siéndolo, aunque con diversas mascaradas simule serlo, se resiente de influencias y contagios de origen extranjero y de doctrinas estéticas incompatibles y en contraste con la naturaleza, con los caracteres y con las tradiciones peculiares italianas; ha surgido para contribuir con vivacidad y

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1037, 14 de enero de 1928. En *El Artista y la Época* (1959), pp. 137-140. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 651-652.

con intransigencia a restituir su valor a algunas dotes que, precisamente a causa de las modas y de las andanzas de proveniencia exótica, han ido perdiendo importancia en la consideración de la gente (en especial, por desgracia, si literaria) esto es: honestidad, sinceridad, fundamento moral y religioso, seriedad sustancial, sentido de armonía, capacidad de seleccionar los valores de la vida y de hacer a cada uno la justicia que merece, a cualquier costo. Cosas todas a tal punto elementales y claras como para parecer casi sueños y locuras».

Maccari define, en su esencia, la corriente *strapaesana* como una corriente doméstica, conservadora, nacionalista, campesina. El humor de *Strapaese*, no aparece, por primera vez, en esta polémica, ni es de específica y original propiedad de Maccari y sus amigos. Sus primeras manifestaciones no son, por cierto, de ahora. Fácil es identificarlas en la conversión de Papini a un catolicismo beligerante y panfletario y en la colaboración con Doménico Giuliotti, de la cual nació el *Dizionario dell'uomo selvatico* (¿caso el *Sevaggio* no es una reiteración de este título?); en la intransigente y romántica antimodernidad del exfuturista Ardengo Soffici, violento impugnador de todas las herencias y secuelas espirituales de la Reforma; en el neotomismo a lo Rocco de algunos teóricos del fascismo, terriblemente nacionalista que, sin embargo, templaron ideológicamente su tradicionalismo en la lectura de ciertos notorios franceses; y, finalmente, en la complacencia con que Mussolini proclamó hace más de tres años el origen campesino, *strapaesano*, del fascismo, saludando entusiasta, en un congreso fascista, a los delegados de la «rústica y cuadrada provincia». Aunque la corriente *strapaesana* encuentre adherentes en Milán, tiene ostensibles raíces toscanas y romañolas y, en general, se la siente muy propia de cierta Italia provinciana y casera que gustó siempre de sentirse en su casa y, a su modo, un poco distante y diversa, si no extraña, de la Europa cosmopolita y modernista. Papini, tan conectado por sus estudios con el pensamiento internacional de su tiempo, conservó siempre un orgulloso sentimiento toscano que, a partir de su enfervorizamiento católico, profesó y confesó abiertamente. Recuerdo la ninguna simpatía con que hablaba de Milán, llamándola la ciudad de la gran industria literaria.

El novecentismo de Bontempelli se guarda de pronunciarse respecto a estos antecedentes de *Strapaese*. Pero bien se advierte que los dos fenómenos de los cuales procede y a los cuales se dirige —cosmopolitismo y urbanismo— son los más opuestos al nacionalismo ruralista y al provincianismo antañero. Bontempelli, repito, no es nacionalista sino imperialista (el imperialismo contemporáneo requiere elementos y capacidad cosmopolitas). Mientras Malaparte se proclama archiitaliano, Bontempelli se declara archirromano. Lo decía en la presentación de *900*: «En el mismo momento en que nos esforzamos por ser europeos, nos sentimos perdidamente romanos».

Bontempelli es secretario general¹ del Sindicato Fascista de Escritores y Autores. No tiene un riguroso origen fascista; pero el fascismo le ha abierto un largo crédito de confianza. Corre, sin embargo, en la actual aventura el riesgo de la herejía, mucho más que Malaparte, fascista y escuadrista de la primera hora y quien hasta por su tesis Fascismo-Contrarreforma (aunque entienda al fascismo como contrarreforma en un sentido civil y laico), suscribe la interpretación reaccionaria, antimoderna y nacionalista de la que, sin embargo, se llama a sí misma «revolución fascista».

Mussolini, que, en uno de sus más sonados discursos últimos, reafirmó no sólo su agrarismo, sino también su honda antipatía por la urbe industrial, parece inclinarse, por el momento, a *Strapaese* más que a *Stracittá*.

CONFESIONES DE DRIEU LA ROCHELLE *

Las confesiones de Drieu La Rochelle podrían llamarse, como las otras, *Confesiones de un hijo del siglo*. Drieu La Rochelle, literato de la generación de la guerra, ha vivido todas las experiencias intelectuales de la crisis francesa: clartismo, dadaísmo, suprarrealismo, reacción antidemocrática. Pero, en verdad, no se puede decir que Drieu La Rochelle haya militado en ninguno de estos movimientos. Al estado de ánimo clartista lo aproximó su amistad con Raymond Lefevre y Vaillant Courturier, junto con la corriente revolucionaria que, después de la paz, recorrió Europa. Su libro *Mesure de la France* se incubó en la misma atmósfera exasperada que produjo antes los libros de Barbusse, Duhamel, Romain² Rolland, etc. Actitud más sentida que pensada. No se le podría exigir a Drieu La Roche fidelidad a ella, ahora que no existen los estímulos externos, colectivos, que la provocaron. Y casi lo mismo se podría decir del dadaísmo y del suprarrealismo de Drieu La Rochelle. [En la guerrilla del dadaísmo y suprarrealismo de Drieu La Rochelle]³. En la guerrilla dadaísta y suprarrealista, el autor de *Mesure de la France* y *Plainte contre inconnu* no fue sino un transeúnte, un pasajero. Se le sentía venido de fuera, para marcharse apenas tocara la órbita de una gravitación nueva. Por eso, después de haber colaborado en un panfleto suprarrealista contra Anatole France, con Aragón y Bretón, se separó de éstos, que desde entonces no han dejado de dedicarle sus más feroces epítetos. Drieu La Rochelle, enamorado sin fortuna, responde estos agravios con nuevas declaraciones de amor. Los

¹ «Secretario General», en *El artista y la época*, p. 140.

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1039, 28 de enero de 1928. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959), pp. 175-177. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1344-1346.

² Omitido en *Defensa del marxismo*, p. 175.

³ Error, en la revista *Variedades*. Suprimido en *Defensa del marxismo*.

líderes del suprarrealismo son para él los mejores escritores de su generación.

Drieu La Rochelle está ahora en su ciclo reaccionario. Pero también en esta actitud se le encuentra aire transeúnte e intención versátil. Demasiado realista, como buen burgués de Francia, se mantiene a distancia del monarquismo nacionalista de Maurras y Daudet. Prefiere el oportunismo imperialista de Lucien Romier que sueña con una liga europea presidida napoleónicamente por una Francia renacida bajo la sugestión de una élite taumatúrgica. Drieu La Rochelle no puede ser dogmático. En el fondo, guarda un romántico culto a la libertad, entendida como la antítesis del dogma. Pero la libertad es también la herejía limitada y, como piensa Tilgher, la actividad absoluta equivale al éxtasis absoluto. Y es así como Drieu La Rochelle se halla de pronto entre los predicadores de la reacción, dispuesto a obedecer cualquier dictadura que le prometa restaurar la libertad.

El drama de este escritor, sensible a las más encontradas atracciones, está muy lejos de ser un drama personal, exclusivo, individual. Es el drama del espíritu pequeñoburgués, que en una época de orden se siente empujado irresistiblemente al anarquismo y en una época de transformación o inseguridad clama por la autoridad que le imponga su dura ley.

Pero su problema, aún en medio de su más desesperada afirmación reaccionaria y autoritaria, será siempre el problema de la libertad. Escuchemos las confesiones de este nuevo hijo del siglo: «Yo vivo tal vez más que hace dos o tres años, pero en fin no soy un hombre. He supuesto siempre que no se trataba sino de una cosa en el mundo: de ser un hombre. Un hombre, el que hace justicia a todas sus facultades. De lo que más he sufrido es de la imperfección de los hombres. Para ser un hombre, necesitaría ser a la vez un atleta, un amigo, un amante, un obrero y que sin embargo la muerte pueda venir».

Todas estas son las exigencias desmesuradas de su tiempo: todas se encuentran por encima de este «joven europeo». «A despecho de la ametralladora de Lenin o de Mussolini —continúa— no quiero regresar a vuestra usina americana. No más oficios, puesto que hoy todos los oficios matan». «¿Creéis que uso todavía tinta y papel? Por cobardía, por ganar mi pan, prefiero aún este oficio a otro. Y luego un resto de coquetería, de lascivia. La peor suciedad es hacer este oficio, pues es el que amo, pero no creo más en él y lo hago por ganar dinero. Escribir es para mí lo que más se parece a la prostitución». Pero cuando la confesión de Drieu La Rochelle alcanza su tono más patético es cuando dice: «Soy el hombre de hoy, el hombre amenazado, el hombre que se olvida, el hombre que se va a ahogar y que se crispa. Soy un desesperado, yo el europeo que amo todavía todo aquello de que desespéro».

La última certidumbre que dejan, sin embargo, esas confesiones, es la de que si Francia hubiese tenido ya su revolución socialista o su golpe de

Estado fascista, el discurso de Drieu La Rochelle no sería el mismo. Porque a tan trágica desesperanza no se puede llegar sino bajo el régimen parlamentario.

EL ALMA MATINAL 4*

[Hace ya tiempo que registré, a fojas 10 de los anales de la época, la decadencia del crepúsculo como motivo, como asunto y fondo literarios, y agregué que el descubrimiento más genial de Ramón Gómez de la Serna era, seguramente, el del alba. Hoy regreso a este tema, después de comprobar que la actual apologética del alba no es exclusivamente literaria]⁵.

Todos saben que la Revolución adelantó los relojes de la Rusia soviética en la estación estival. Europa occidental adoptó también la hora de verano, después de la guerra. Pero lo hizo sólo por economía de alumbrado. Faltaba en esta medida de crisis y carestía, toda convicción matutina. La burguesía grande y media, seguía frecuentando el tabarín. La civilización capitalista encendía todas sus luces de noche, aunque fuesen clandestinamente. A este período corresponde la boga del *dancing* y de Paul Morand.

Pero con Paul Morand había quedado ya licenciado el crepúsculo. Paul Morand representaba la moda de la noche. Sus novelas nos paseaban por una Europa nocturna, alumbrada por una perenne luz artificial. Y el nombre que más legítimamente preside la noche de la decadencia postbélica no es el de Morand sino el de Proust. Marcel Proust inauguró con su literatura una noche fatigada, elegante, metropolitana, licenciada, de la que el occidente capitalista no sale todavía. Proust era el trasnochador fino, ambiguo y pulcro que se despide a las dos de la mañana, antes de que las parejas estén borrachas y cometan excesos de mal gusto.

Se retiró de la *soirée*⁶ de la decadencia cuando aún no habían llegado el charlestón, ni Josefina Backer. A Paul Morand, diplomático y *demimondain*⁷, le tocó sólo introducirnos en la noche postproustiana.

La moda del crepúsculo perteneció a la moda finisecular y decadente de anteguerra. Sus grandes pontífices fueron Anatole France y Gabriel D'Annunzio.

El viejo Anatole sobresalió en el género de los crepúsculos clásicos y arqueológicos: crepúsculos de Alejandría, de Siracusa, de Roma, de Florencia, económicamente conocidos en los volúmenes de las bibliotecas

* En *Mundial* (Lima), núm. 399, 3 de febrero de 1928. Incluido en *El Alma Matinal*, (1970), pp. 9-12. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 493-494.

⁵ Suprimido en *El Alma Matinal* y *Mariátegui Total* Tomo I. En *El Alma Matinal*, a pie de página, p. 9, los editores explican las razones de su omisión e incluyen el párrafo omitido.

⁶ Noche.

⁷ Medio mundano.

oficiales y en viajes de turista moroso que no olvida nunca sus maletas en el tren y que tiene previstas todas las estaciones y hoteles de su itinerario. A la hora del tramonto, siempre discreto, sin excesivos arreboles ni escandalosos celajes, era cuando *monsieur* Bergeret gustaba de aguzar sus ironías. Esas ironías que hace diez años nos encantaban por agudas y sutiles y que ahora nos aburren con su monótona incredulidad y con su fastidioso escepticismo.

D'Annunzio era más fastuoso y teatral y también más variado en sus crepúsculos de Venecia vagamente wagnerianos, con la torre de San Jorge el Mayor en un flanco, saboreados en la terraza del Hotel Danieli por amantes inevitablemente célebres, anidados en el mismo cuarto donde cobijaron su famoso amor, bajo antiguos y recamados cobertores, Jorge Sand y Alfredo de Musset; crepúsculos abruzes deliberadamente rústicos y agrestes, con cabreros⁸, pastores, chivos, fogatas, quesos, higos y un incesto de tragedia griega; crepúsculos del Adriático con barcas pescadoras, playas lúbricas, cielos patéticos y tufo afrodisíaco, crepúsculos semiorientales, semibizantinos de Ravenna y de Rimini, con vírgenes enamoradas de trenzas inverosímiles y flotantes y un ligero sabor de ostra perlera; crepúsculos romanos, transteverinos, declamatorios, olímpicos, gozados en la colina del Janiculum, refrescados por el agua paola que cae en tazas de mármol antiguo, con reminiscencias del sueño de Escipión y los discursos de Cola di Renzo; crepúsculos de Quinto al Mare, heroicos, republicanos, garibaldinos, retóricos, un poco marineros, dignísimos a pesar de la vecindad comprometedora de Portofino Kulm y la perspectiva equívoca de Montecarlo. D'Annunzio agotó en su obra magníficamente crepuscular, todos los colores, todos los desmayos, todas las ambigüedades del ocaso.

Concluido el período d'annunziano y anatoliano —que⁹ en España, a no ser por las sonatas del gran Valle Inclán, no dejaría más rastros que los sonetos de Villaespesa, las novelas del Marqués de Hoyos y Vinent y las falsas gemas orientales de Tórtola Valencia— desembarcó en una estación ferroviaria de Madrid, con una sola maleta en la mano, pasajero de tercera clase, Ramón Gómez de la Serna, descubridor del alba.

Su descubrimiento era un poco prematuro. Pero es fuerza que todo descubrimiento verdadero lo sea. Proust con su *smoking*¹⁰ severo y una perla en la pechera, blando, tácito, pálido, presidía invisible la más larga noche europea —noche algo boreal por lo prolongada— de extremos placeres y terribles presagios, arrullada por el fuego de las ametralladoras de Noske de Berlín y de las bombas de mano fascistas en los caminos de las planicies lombarda y romana y de las Montañas Apeninas.

Ahora, aunque quede todavía en ella mucho de la noche de Charlotemburgo y de la noche de Dublín, la Europa que quiere salvarse, la

⁸ «cabras», en *El Alma Matinal*, p. 10.

⁹ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 11.

¹⁰ «esmoquin», DRAE.

Europa que no quiere morir, aunque sea todavía la Europa burguesa, cansada de sus placeres nocturnos, suspira porque venga pronto el alba. Mussolini, manda a la cama a Italia a las diez de la noche, cierra *cabarets*¹¹, prohíbe el charlestón. Su ideal es una Italia provinciana, madrugadora, campesina, libre de molicie y de artificios urbanos, con muchos rústicos hijos en su ancho regazo. Por su orden, como en los tiempos de Virgilio, los poetas cantan al campo, a la siembra, a la siega. Y la burguesía francesa, la que ama la tradición y el trabajo, burguesía laboriosa, económica, mesurada, continente —no malthusiana¹²—, reclama también en su casa el horario fascista y sueña con un dictador de virtudes romanas y genio napoleónico que cultive durante las vacaciones su trigo y su vino. Oíd cómo amonesta Lucien Romier a la Francia noctámbula: «Es grave que un pueblo se entregue a los placeres de la noche, no por el mal que encuentran en esto los sermoneadores. Es grave como índice de que tal pueblo pierde sus días. Si tú quieres crecer y prosperar, ¡oh francés! acuérdate de que la virilidad del hombre se afirma en el triunfo matinal. Es a la hora del alba que viene el invasor perseguido por el Sol¹³ levante».

No es probable que Lucien Romier sepa renunciar a la noche. Pertenece a una burguesía, clarividente en su ruina, que se da cuenta de que el hombre nuevo es el hombre matinal.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

En oposición con su pasado imperialista y ecuménico, España es, dentro de Europa, como todos sabemos, un país bastante clausurado y doméstico. Le falta en su presente lo que le sobró en su pasado: universalismo, internacionalismo. Sin la fidelidad y el vasallaje literarios de las antiguas colonias de América, la literatura española de los últimos tiempos habría viajado muy poco. Intelectualmente, España no es una nación exportadora, sino en muy modesta escala.

Por esto, el primer aspecto que conviene destacar en la obra de Blasco Ibañez es su carácter de artículo de exportación. La literatura de Blasco Ibañez —y Blasco Ibañez mismo— constituyen una de las principales exportaciones intelectuales de España en el primer cuarto del 900 como, con gusto italianísimo, se llama ahora al siglo XX. Unamuno y Blasco Ibañez eran los escritores españoles más conocidos en la Europa que yo visité del 19 al 23. Pero el renombre de Unamuno crecía en profundidad, mientras el que Blasco Ibañez crecía en extensión. De suerte que éste era mucho más visible. Unamuno disfrutaba de una estimación cualitativa; Blasco Ibañez gozaba de una popularidad cuantitativa. Unamuno debía su difusión a su don quijotismo señero, a su genio castizo, a su individualismo

¹¹ «cabarés», DRAE.

¹² «malthusiana», DRAE.

¹³ «sob», en *El Alma Matinal*, p. 12.

áspero y, en general, a los elementos esenciales, permanentes, intrínsecos de su obra; Blanco Ibáñez debía su difusión a su ambulatismo mediterráneo, inmigrante, a su buena gracia de valenciano andariego, a su afinidad con los sentimientos de un mundo liberal, democrático y republicano; y en general a [...] ¹⁴ los elementos contingentes, temporales, extrínsecos de su literatura. Blasco Ibáñez era el escritor español más notorio no sólo al público, sino a los editores, a los periódicos, a los críticos, a los novelistas. Profesaba ideales estandarizados que le permitían estar de acuerdo con toda una Europa genéricamente progresista, humanitaria y democrática; escribía novelas de propaganda aliadófila, ampliamente vulgarizadas por la prensa más numerosa y potente del mundo y por la cinematografía mejor financiada y más industrializada; poseía una villa magnífica en Mentón, tres bibliotecas con cuarenta mil volúmenes, autógrafos de todos los divos del arte y de la política, retratos de todos los monarcas, capotes de todas los toreros; se alojaba en París en el hotel Lutecia y en Madrid en el Ritz; había visitado la Argentina con Anatole France, de quien lo distinguía, aunque no fuera sino aparentemente, un optimismo radical de valenciano rico, boyante; se le suponía entre otras propiedades cuantiosas, cotos valencianos, estancias en la Argentina, minas en Patagonia, acciones en el Congo, bonos de los empréstitos chinos.

Blasco Ibáñez jugó siempre a las cartas más seguras: la democracia, el capitalismo, la Entente, la victoria de la Justicia y el Derecho, la novela realista. No podía fallarle ninguna de estas cartas, a menos que viniese la revolución, perspectiva absurda para un hombre tan optimista, casi panglossiano.**

¿Cómo llegó a ser el novelista más famoso de España? Es evidente, incontestablemente, que escribió algunas buenas novelas; pero también las ha escrito, mejores por cierto, Pío Baroja, quien permanece, sin embargo, casi confinado dentro de las fronteras literarias de su patria, prisionero de sus rústicas costumbres de médico aldeano, solterón y malhumorado. Según una sumaria autobiografía reciente, Blasco Ibáñez quiso ser, de primera intención, marino. Una contumaz aversión a las matemáticas, que persistió en él hasta la vejez —y que lo coloca radicalmente fuera de la línea de Pascal y Descartes—, lo apartó de este destino. Buscó entonces una profesión estándar —él mismo lo confesaba— y recordando que, como reza el refrán, «todo español es abogado, mientras no pruebe lo contrario», optó por la carrera del Derecho. La vida de estudiante lo condujo a la política. Su intuición de capitalista larvado, de negociante en embrión, aunque inepto para las matemáticas, lo predisponía contra una institución monárquica llena de resabios absolutistas. Era aún el

¹⁴ «dos», en *Signos y obras*, p. 129.

** Locuaz, charlatán, por alusión al Dr. Pangloss, personaje del «Cándido» de Voltaire; encarnación de optimismo [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y Obras*].

tiempo en que el republicanismo español conservaba su prestigio intelectual. Blasco Ibáñez llegó a la demagogia más exaltada y turbulenta. Este republicanismo le valió el destierro; pero le valió también a la larga un puesto en el Parlamento. El republicanismo español se revelaba ya como un movimiento malogrado y estéril, al cual el socialismo desposeía poco a poco de sus fuerzas populares. Blasco Ibáñez era un hombre nacido para el poder en una España republicana, capitalista, pingüe, democrática, exportadora al por mayor de vinos, carbón, anchoas, naranjas, alpargatas, hierro, etc., no para envejecerse en la oposición como diputado republicano, en un parlamento inexorablemente condenado a ser disuelto por un Primo de Rivera, dictador badulaque y jaranero. «Yo pensé —decía Blasco— que había veinte mil españoles que podían ser diputados y llenar su rol tan bien, si no mejor que yo, mientras había tal vez un poco menos de españoles capaces de escribir novelas pasables». La novela dio a Blasco Ibáñez lo que no podían dar la marina, la abogacía, ni la política: celebridad, dinero, poder, etc.

Su nombre tiene derecho a un puesto preferente en un capítulo de la literatura española. Se le llamaba el Zola español. Para serlo de veras le faltaba, sin duda, pasión, romanticismo, originalidad. Ensayó en la novela diversos caminos, coqueteando con agudo sentido práctico, con las tendencias más propicias al éxito y la fama. *La Barraca*, *La Catedral*, *Sónica la cortesana*, *Sangre y Arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nôstrum*,*** señalan las principales estaciones de su itinerario un poco versátil y oportunista. Entre los méritos artísticos de sus relatos, vale la pena recordar cierta alegría de naranjos en flor y de huerto valenciano, cierta claridad de Mar Mediterráneo, cierto vigor y concisión de novelista latino que representaron, acaso, las cualidades más resaltantes de su literatura. España, quizá por esto mismo, está mucho menos presente en su obra que en la de Pío Baroja.

El último capítulo de su vida —episodio de bizarra beligerancia contra Primo de Rivera— le costó una parte de su fortuna, pero le ganó en el espíritu hispanoamericano una parte de las simpatías que le enajenaron sus ataques a México revolucionario. Blasco Ibáñez ha terminado su carrera como la comenzó: de combatiente republicano. Hay que reconocerle, entre otras cosas, que sus devociones fueron casi siempre las de un burgués honesto: la Revolución Francesa, los Derechos del Hombre, la fraternidad universal. Me parece innecesario agregar que el poeta de su admiración era Víctor Hugo.

*** Mar Nuestro. Así, denominaban los antiguos romanos al Mar Mediterráneo [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y obras*].

WALDO FRANK, AMÉRICA Y ESPAÑA*

Waldo Frank se aproxima cada día más a Hispano-América. La aparición de su hermoso libro *España Virgen*, en las ediciones de la *Revista de Occidente*; la publicación de recientes ensayos en revistas hispanoamericanas, entre las cuales señalaré con especial simpatía los *Cuadernos de Oriente y Occidente* que, por inteligente y por fervoroso empeño de Samuel Glusberg, han empezado a editarse en Buenos Aires; el anuncio de su próxima visita a Buenos Aires, invitado por la Universidad para sustentar en su aula una serie de conferencias; he aquí algunos hechos que confieren a la clara y fuerte figura de Waldo Frank la más interesante actualidad continental. Con la traducción de otros dos libros suyos: *Our America* y *Holiday* [—la del segundo ha sido confiada por la Editorial Babel de Buenos Aires a un compatriota nuestro, J. Eugenio Garro—]¹⁵ el público hispánico tendrá un conocimiento más o menos preciso de la obra de este gran americano, que me complazco en haber sido quizá el primero en comentar entre nosotros. La sugestiva serie de artículos que, con el título de «El Redescubrimiento de América» está publicando presentemente Waldo Frank en *The New Republic* —una de las más altas tribunas del pensamiento americano— nos persuade, en fin, de que la vida espiritual e intelectual del continente tiene acontecimientos mucho más trascendentales para su destino que la VI Conferencia Pan-Americana. En este notable trabajo, Waldo Frank bosqueja una magnífica profecía del porvenir de América.

[...] ¹⁶

[Este escritor admirable]¹⁷ se siente —y es— «portador de la verdadera tradición americana». Porque¹⁸ no es cierto, que esta tradición esté representada en nuestro siglo por [Roosevelt, Morgan, Ford, Hughes, etc]¹⁹. En las páginas de *Nuestra América*, Waldo Frank nos enseña en dónde y en quiénes está la fuerza espiritual de los Estados Unidos. En un²⁰ mensaje fraterno a la inteligencia iberoamericana [dice:]²¹ «Nosotros, la minoría de los Estados Unidos, que se dedica a la tarea de dotar a nuestro país de un espíritu digno de su magnífico cuerpo, sentimos que somos la verdadera tradición americana. En una generación más sencilla, Whitman,

* En *Mundial* (Lima), núm. 401, 17 de febrero de 1928. Incluido en *El Alma Matinal*, 1959, pp. 152-158 (con modificaciones; y nota aclaratoria de sus editores). *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 606-609.

¹⁵ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 153.

¹⁶ Agregado de tres párrafos en *El Alma Matinal*, pp. 153-154.

¹⁷ «Y bien: Waldo Frank», en *El Alma Matinal*.

¹⁸ Omitido en *El Alma Matinal*.

¹⁹ «Hoover, Morgan y Ford», en *El Alma Matinal*.

²⁰ «su», en *El Alma Matinal*.

²¹ «reivindica para su generación el honor y la responsabilidad de este patrimonio histórico», en *El Alma Matinal*, p. 154.

Thoreau, Emerson, Lincoln, representaron esa tradición; en un medio más complejo y difícil de manejar, nuestra generación encarna el Verbo. Todavía estamos diseminados en pequeños grupos en mil ciudades, todavía tenemos poca influencia en asuntos políticos y de autoridad; pero estamos creciendo enormemente; estamos apoderándonos de la juventud del país; disponemos del poder de persuasión de la fe religiosa; tenemos la energía del afecto, tenemos la permanencia de la verdad; disponemos, por decirlo así, del futuro».

*Our America*²² no es un libro de historia en la acepción común de esta palabra²³, pero sí lo es en su acepción profunda. No es crónica ni análisis; es teoría y síntesis. Es un bosquejo de pocos y sobrios trazos, Waldo Frank logra una acabada imagen espiritual e histórica²⁴ de los Estados Unidos. Más que explicar, su libro quiere sugerir. Y lo consigue²⁵ admirablemente. «No escribo una historia de las costumbres; menos aún una historia de las letras —dice Frank en su prólogo—. Si me he detenido largamente en ciertos escritores y ciertos artistas, lo hecho tal como el dramaturgo elige, entre las palabras de sus personajes, las más saltantes y [...]»²⁶ significativas para hacer su pieza. He escogido, he omitido, con la mira de sugerir un vasto movimiento por algunas líneas que puedan asir y retener algo de la solidez de la vida». Waldo Frank no se preocupa sino de las verdades fundamentales. Con ella compone una interpretación del todo el fenómeno norteamericano.

Este libro tiene, además, el mérito de no ser un producto de laboratorio. Su génesis es sugestiva. Waldo Frank lo dedica en el prólogo a Jacques Copeau y a Gastón Gallimard quienes en una visita a los Estados Unidos suscitaron en su espíritu el deseo y la necesidad de encontrar una respuesta a las interrogaciones de una curiosidad inteligente y acendrada. Copeau y Gallimard plantearon a Waldo Frank con sus preguntas «el problema enorme de llevar la luz hasta las profundidades vitales y escondidas para hacer surgir en su energía y su verdad, el juego de una vida articulada». En el curso de sus conversaciones con sus amigos franceses, Waldo Frank vio que América era un concepto por crear.

[En su sustancioso libro]²⁷, señala al *pioneer*, al puritano y al judío, como los elementos primarios de la formación de Norteamérica. El *pioneer*, sobre todo, es el que da su tonalidad al pueblo, a la sociedad, a la vida yanquis. El espíritu de los²⁸ Estados Unidos se precisa, a lo largo de su historia, como un espíritu *pioneer*. El *pioneer* se asimiló al puritano. «Bajo la

²² «Nuestra América», en *El Alma Matinal*, p. 155.

²³ «este vocablo», en *El Alma Matinal*, p. 155.

²⁴ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 155.

²⁵ «logra», en *El Alma Matinal*, p. 155.

²⁶ «das más», en *El Alma Matinal*, p. 155.

²⁷ «Waldo Frank», en *El Alma Matinal*, p. 156.

²⁸ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 156.

presión de las necesidades del *pioneer* —escribe Frank—, absorbida toda la energía humana por el empirismo, la religión se materializó. Las palabras místicas subsistieron. Pero, en el hecho, la cuestión de vivir era el mayor problema. La religión debía ayudar a resolverlo». En este terreno de la acción y de la utilidad, el espíritu puritano y el espíritu judío [—cuyo contacto y enlace eran sin duda anteriores—]²⁹ se combinaron y se entendieron fácilmente. Waldo Frank sigue la trayectoria de este acuerdo que no es a él al primero a quien se le revela. También en Europa se ha advertido la concomitancia de estos dos espíritus en el desarrollo de la civilización occidental. Piensa Frank certeramente que el fondo de la protesta religiosa del puritano se agitaba su voluntad de potencia. Un escritor [israelita de Italia]³⁰ define en esta sola frase toda la filosofía del judaísmo: *Pam conosce Dio Operando*³¹. La cooperación del judío y del puritano en el proceso [...] ³² del capitalismo y del industrialismo se explica así perfecta y claramente. El pragmatismo, el utilitarismo de los gregarios de dos religiones severamente moralistas, nace de su voluntad de acción y de potencia. El judío y el puritano, por otra parte, son individualistas. Aparecen en consecuencia, como los naturales artífices de una civilización cuyo pensamiento político es el liberalismo y cuya praxis económica es la libertad de comercio y de industria.

La tesis de Waldo Frank sobre los³³ Estados Unidos nos descubre una de las virtudes, una de las prestancias del nuevo espíritu. Frank, en el método y en el concepto, en la investigación y en el resultado, se muestra a la vez muy idealista y muy realista. El sentido de la realidad no perjudica su lirismo. Este exaltador del poder del espíritu sabe afirmar bien los pies en la materia. Su obra, prueba concreta y elocuentemente la posibilidad de acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario. Waldo Frank emplea el método positivo³⁴, pero en sus manos el método no es sino un instrumento. No os sorprendáis de que en una crítica del idealismo de Bryan razone como un perfecto marxista y de que en la portada de *Our America* ponga estas palabras de Walt Whitman: «La grandeza real y durable de nuestros Estados será su religión. No hay otra grandeza durable ni real. No hay vida ni carácter que merezca este nombre, fuera de la Religión».

En Waldo Frank, como en todo gran intérprete de la historia, la intuición y el método colaboran. Esta asociación produce una aptitud superior para penetrar en la realidad profunda de los hechos. [...] ³⁵ Waldo

²⁹ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 156.

³⁰ «italiano isrealita», en *El Alma Matinal*.

³¹ «*Puomo conosce Dio Operando*», en *El Alma Matinal*, p. 156.

³² «de creación», en *El Alma Matinal*, p. 156.

³³ Omitido en *El Alma Matinal*.

³⁴ «positivista», en *El Alma Matinal*.

³⁵ En *El Alma Matinal* (1970), p. 157, se agrega lo siguiente:

Frank declara: «Nosotros creemos ser los verdaderos realistas, nosotros que insistimos en que el ideal es la esencia de toda realidad». Pero este idealismo no empaña su mirada con ninguna bruma metafísica [...]»³⁶ cuando escruta el panorama de la historia de los Estados Unidos. «La historia de la colonización —escribe entonces— es el resultado de los movimientos económicos en las metrópolis. No hay nada, ni aun ese gesto casto, [...]»³⁷ el puritanismo, que no haya nacido de la inquietud en que la situación agraria e industrial arrojaba a Inglaterra. Si América fue colonizada es porque Inglaterra era la rival comercial de España, de Holanda y de Francia. Si América fue colonizada es, ante todo, porque el fervor espiritualista de la Edad Media había pasado el tiempo de su florecimiento y por reacción se transformaba en un deseo de grandeza material [...]»³⁸.

[De *Virgen España*³⁹ hablaré en un próximo artículo. Pero, en tanto, quiero invitar a quienes en el Perú pueden interesarse por esto — intelectuales, estudiantes, artistas— a considerar la posibilidad de que Waldo Frank nos visite a mediados de año si la Universidad de Lima — siguiendo el ejemplo de la de Buenos Aires— le ofrece su tribuna. Waldo Frank no es una figura universitaria, aunque colabore en *The New Republic* con una de las más grandes figuras universitarias de Norte América —John Dewey—. Pero no le hace falta esta calidad para ser uno de los más grandes artistas y pensadores del continente. Su mensaje, en todo caso, es mucho más fecundo y profético que el que nos han traído los agentes viajeros del panamericanismo, desde el señor Root hasta el señor Rowe].⁴⁰

ESPAÑA VIRGEN DE WALDO FRANK 41*

Un escritor español puede expresar a España; pero es casi imposible que pueda entenderla e interpretarla. El español, además, expresará una de las voces, uno de los gestos de España; no la suma de sus voces, de sus gestos y de sus colores. Sólo Unamuno, entre los españoles contemporáneos, logra esta expresión profunda, esencial, íntima, en la que el genio de España no se repite sino se recrea. Hay que venir de lejos, de un mundo nuevo descubierto por el espíritu aventurero e iluminado de España,

Unamuno modificaría probablemente su juicio sobre el marxismo si estudiase el espíritu —no la letra— marxista en escritores como el autor de *Nuestra América*.

³⁶ «ni retórica», en *El Alma Matinal*, p. 157.

³⁷ «en», en *El Alma Matinal*, p. 157.

³⁸ Agregado de dos párrafos en *El Alma Matinal*, pp. 157-158.

³⁹ Posible lapsus cáلامي, debió decir: *España Virgen*.

⁴⁰ Omitido en *El Alma Matinal*.

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1048, 17 de marzo de 1928. Incluido en *El Alma Matinal*, Waldo Frank, cap. II, 1970, pp. 158-161. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 609-610.

de una raza vieja, errante, portadora de un mensaje universal, dueña del don de la profecía, de un pueblo niño, alucinado y gigantesco, deportivo y mecánico, para comprender y descubrir a esta nación en cuyo pasado se mezclan gentes y culturas tan distintas y que, sin embargo, alcanza una unidad acabada y original. Waldo Frank reúne todas estas calidades. Judío de los Estados Unidos, su sensibilidad afinada en una época de cambio y de secesión, enlaza y supera la experiencia occidental y la experiencia oriental. Es el hombre que se siente, a la vez, más allá y más acá de la cultura europea y de sus celosas supersticiones sajonas y latinas. Y que, por esto, puede entender a España como una obra concluida, no [como una nación]⁴² fracasada ni decadente sino, por el contrario, acabada y completa.

Mauricio Barrès nos dio, en las postrimerías de una época, una versión de excelente factura francesa, equilibrada hasta en sus excesos, sabiamente dosificados; versión de burgués provisional aunque refinado, de educación aristocrática, tradicionalista, racionalista, suavemente pascaliana; versión ordenada ochocentista, que se detenía en la realidad, con un indeciso elegante e insatisfecho anhelo de desbordarla [y desbordarla]⁴³. Waldo Frank nos da, en tanto, una versión temeraria, aventurera, suprarrealista, que no retrocede ante ninguna hipótesis ni ante ninguna conjetura; versión de un espíritu nómada —el de Barrès era un espíritu sedentario y campesino—, mesiánico y ecuménico, que rebasa a cada instante la realidad para descubrir sus contornos extremos y sus dimensiones inmateriales.

El viaje de Waldo Frank empieza por África. Para conquistar España, sigue la ruta del moro, del berebere. Su primera estación es el oasis; su primera pregunta es al Islám. Se equivocará de camino, quien entre a España por Barcelona o San Sebastián. Cataluña es una fisura, una grieta en el cuerpo de España. Frank percibe —oyendo los cantos milenarios, cálidos y vehementes como el hálito del desierto [del Islam]⁴⁴— las limitaciones de la religión mahometana. La psicología de las religiones engendradas por el desierto y el éxodo, le es familiar. También él procede de un pueblo cuyo espíritu se formó en la marcha y la esperanza. Los pueblos del desierto viven con el alma y la mirada en el horizonte. De la lejanía de su meta, depende la grandeza de su conquista y la magnitud de su mensaje.

El Islám se detuvo en España. España lo conquistó, al ser conquistada por él. En el clima amoroso de España aflojaron los ímpetus guerreros del árabe. Para un pueblo expansivo y caminante, el reposo es la derrota. Detenerse es tocar el propio límite. España se apropió de la energía, de la voluntad del Islám. Esta energía, esta voluntad, se volvieron contra el pueblo de Mahoma. La España católica, la España medioeval, la España de Isabel, de Colón y de los conquistadores, representa la trasfusión

⁴² Omitido en *El Alma Matinal*, p. 159.

⁴³ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 159.

⁴⁴ Omitido en *Elma matinal*, p.159.

de esa energía y esa voluntad intransigentes y conquistadoras en el cuerpo de la Iglesia romana. Isabel creó, con ellas, la unidad española. Con los abigarrados elementos históricos depositados por los siglos en la península ibérica, Isabel compuso una España de un solo bloque. España expulsó al moro, al judío. Cerró sus puertas a la Reforma. Se mantuvo intransigente, inquisitorial y dogmáticamente católica. Afirmó la Contrarreforma con las hogueras de la Inquisición. Absorbió, [destruyó o expulsó]⁴⁵ todo lo que era distinto o diverso del alma que le había infundido [...] ⁴⁶ Isabel la Católica. Es el momento de la suprema exaltación española. «La voluntad de España —escribe Frank— se manifiesta, hace surgir un conjunto brillante de fuerzas individuales tan varias y grandes que la engrandecen. Cortés y Pizarro, anárquicos buscadores de oro, colaboran con Loyola, cazador de almas y con Vitoria, fundador del derecho internacional; juntos colaboran Santa Teresa, San Juan de la Cruz, la Celestina, alchahueta inmortal, el amador don Juan, con Fray Luis de León; Cristóbal Colón con don Quijote; Góngora con Velázquez. Ellos son toda España; los impulsos que simbolizan venían apuntando en la naturaleza propia de España pero en ese momento la voluntad de España los condensa y da cuerpo a cada uno. El santo, el pícaro, el descubridor y el poeta aparecen cual estratificaciones del alma de España; y son grandes y engrandecen a España, porque en cada uno de ellos vive la voluntad entera de España, su plena fuerza vital. Isabel puede descansar».

Pero alcanzar la propia meta, cumplir el propio destino, es concluir. España quiso ser la máxima y última expresión del Medioevo. Lo consiguió cuando ya el mundo empezaba a dejar de ser el⁴⁷ medioeval. El descubrimiento y la conquista de América rompían la unidad, fracturaba el espíritu que España quería mantener intactos. La misión de España terminaba. «El español —piensa Frank— eligió una forma de propósitos y una forma de verdad que podía alcanzar; y así que la alcanzó, dejó de moverse. Su verdad vino a ser la iglesia⁴⁸ de Roma. El español obtuvo esa verdad y desechó las demás. Su ideal de unidad fue homogéneo; la simple fusión en cada español del pensamiento y la fe conforme a un ideal concreto. A este fin, el español redujo los elementos de su mundo psíquico, a agudas antítesis que contrapuso entre sí; el resultado fue, realmente, simplicidad y homogeneidad, es decir, una neutralización de presiones psíquicas contrarias que sumaron cero».

El libro de Waldo Frank está preñado de sugerencias. Excitante, incitador, moviliza todas nuestras energías intelectuales hacia la meta de una personal y nueva posesión de España y su verdad.

⁴⁵ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 160.

⁴⁶ «su reina» agregado en *El Alma Matinal*, p. 160.

⁴⁷ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 161.

⁴⁸ «Iglesia», en *El Alma Matinal*, p. 161.

ÚLTIMAS AVENTURAS DE LA VIDA DE DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN*

[Hace pocos días]⁴⁹, a propósito de la barba de Tristán Marof, bosquejé yo a algunos, en una plática íntima, la «teoría de la barba biológica». Mis proposiciones, aproximadamente, se resumían así: La barba decae, porque desaparecen sus razones biológicas, históricas. La barba tramonta, porque es extraña a una civilización maquinista, industrial, urbana, cubista. La figura del hombre moderno no necesita de esta decoración medioeval, inadecuada a sus gustos deportivos, a su movimiento, a su mecánica. La estética de la figura humana está, en el fondo, regida por las mismas leyes que la estética de los edificios. La necesidad, la utilidad, justifican y determinan sus elementos. La barba, en un hombre, debe ser como la columna, como la cariátide, en un palacio o un templo: debe ser necesaria. Está demás, cuando no lo es. Hay personas que se dejan barbas, porque piensan que les sientan bien; otras, porque quieren parecerse a sus antepasados. Estas barbas de carácter puramente hereditario o de origen exclusivamente estético, no son biológicas, no son arquitectónicas. Carecen de función vital. Aunque parezcan arraigadas y naturales, es como si fueran postizas. Pero todas las reglas de nuestra edad —reglas behavioristas— tienen excepciones, vale decir sin variedad, sin diversidad. También en nuestra época, nacen y crecen barbas biológicas. La de Marof, nacida y crecida para amparar su evasión, es de estas. Ya he dicho hasta qué punto la encuentro vital, económica, pragmática, espontánea. Ha brotado sólo ayer y parece muy antigua, al revés de las barbas facticias⁵⁰, arbitrarias, deliberadas, que aún siendo muy viejas tienen el aire de haber aparecido la víspera, durante un descuido.

La barba de don Ramón del Valle Inclán, aunque haya tenido un proceso mucho más ordenado, es de la misma estirpe. Tiene todos los atributos de un buen espécimen de barba biológica. La barba de Valle Inclán es como su manquera. ¿Cómo habría podido Valle Inclán ser Valle Inclán sin su barba? (Entre los mitos de la Biblia, el de la cabellera de Sansón me parece más eficaz y sabio que un tratado de biología). No es por acaso que el soneto de Rubén Darío comienza con el célebre verso: «este gran don Ramón de las barbas de chivo». El genio poético de Rubén tenía que asir la personalidad de Valle Inclán por la barba. Esto es por lo más vital de su figura.

Esta barba, que es uno de los muchos ornamentos de España, uno de los más ultramontanos retintos y señeros atributos de su individualidad, ha comparecido hace poco ante un juez. Porque, muy donquijotesicamente,

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1047, 24 de marzo de 1928. En *El Artista y la Época* (1959) pp. 130-134. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 654-655.

⁴⁹ Omitido en *El artista y la época*.

⁵⁰ «ficticias», en *El artista y la época*, p. 131.

muy caballero, muy español como es, Valle Inclán está siempre dispuesto a romper una lanza por la justicia, contra jueces y alguaciles. El haber gritado en un teatro contra una pieza mala, le ha valido un proceso. Un proceso que no ha sido sino un interrogatorio, en el cual Valle Inclán rehusó declarar su nombre, profesión y domicilio como cualquier anónimo. Era el juez que debía decirle su nombre, porque mientras en la sala de la audiencia nadie ignoraba el de Valle Inclán, muy pocos sabían sin duda el del magistrado que lo interrogaba. Valle Inclán declaró, en su diálogo, ser coronel-general de los ejércitos de [Temas calientes]⁵¹ y se afirmó católico, apostólico y antidinástico.

Valle Inclán es tradicionalista, ultramontano, por oposición a la España jesuiticamente constitucional, burocráticamente dinástica, falsamente liberal de don Alfonso XIII. Es o ha sido carlista; pero no a la manera de don Carlos ni de su líder Vázquez de Mella. Ha sido carlista, por sentir en el carlismo algo así como una reivindicación del caballero andante. En 1920, estaba hasta la médula con la revolución rusa, con Lenin, con Trotsky, con todos los grandes donquijotes de la época. De partir en⁵² guerra, lo habría hecho por los Soviets, no por don Jaime. Y hoy mismo, interrogado sobre el porvenir del liberalismo por un diario español, ha respondido que un liberalismo iluminado debe hacerse socialista. El porvenir no será liberal, sino socialista. Don Ramón no lo piensa como político, ni como intelectual; lo siente como artista, lo intuye como hombre de genio. Este hombre de la España negra es el que más cerca está de una España nueva.

Los amigos y paisanos de Blasco Ibáñez andan quejosos de la manera desdeñosa y agresiva como Valle Inclán ha tratado la memoria del autor de *Sangre y Arena*. Esta ha sido otra de las últimas aventuras de Valle Inclán. También, aunque no lo parezca, aventura de viejo hidalgo, porque es muy de viejo hidalgo guardar sus ojerizas y sus aversiones más allá de la muerte. La aversión de Valle Inclán a Blasco Ibáñez refleja un contraste profundo entre la España del 800 y la España inmortal y eterna. ¿Qué podría amar Valle Inclán en⁵³ un mediterráneo optimista, republicano, democrático, de gusto mesocrático y de ideales estandarizados, y sobre todo tan exento de pasión y tan incapaz de tragedia?

La crítica nueva hará justicia a este gran don Ramón, pendenciero, arbitrario y donquijotesco. Waldo Frank, en su magnífico libro *España Virgen* —que tan justicieramente pasa por alto otros valores adjetivos, otros signos secundarios de la literatura española— destaca el carácter singularmente representativo, profundamente español, de Valle Inclán. «El último gesto lógico de Larra —escribe Frank— fue levantarse la tapa de los sesos. Pero el espíritu de Larra está en las mesas de los cafés de Madrid. El

⁵¹ «Tierras Calientes», en *El artista y la época*, p. 131.

⁵² «a la», en *El artista y la época*, p. 132.

⁵³ «de», en *El artista y la época*, p. 132.

sueño es un vino del arte histórico de España. La desesperación es una voluptuosidad, y la incompetencia un culto. Entre los devotos de este trance narcisista se encuentran los escritores más exquisitos de España. El principal de todos ellos es, sin duda, don Ramón María del Valle Inclán. Cervantes era manco y a don Ramón le falta un brazo. Rojas, el autor de *La Celestina*, hace cuatro siglos, dialogó sus novelas y las dividió en actos; don Ramón hace lo mismo y entremezcla en su prosa palabras y giros que el mismo Rojas habría encontrado arcaicos. Los libros de Valle Inclán no se venden por pesetas sino por reales de vellón. Su tipografía es afectadamente antigua. Sus volúmenes se abren con la *opera omnia*⁵⁴ y están ilustrados con grabados a la usanza medioeval. Su forma revela gran maestría en el uso del castellano antiguo, con el que se mezclan vocablos puros del gallego, que fue en otros tiempos la lengua poética de España. Es un arte armonioso y de plasticidad vernal⁵⁵. Don Ramón es un hidalgo de Galicia, la rocosa provincia del nordeste que apenas hollaron los árabes. Don Ramón se jacta de su sangre celta. Hay un estrecho y curioso parentesco entre la música del diálogo de sus libros y el sonido de la siringa, pero este parentesco no es más profundo que un eco. La plasticidad de la prosa de Valle Inclán vive para dar forma a la muerte. Su drama es un drama de furiosa retórica. Los espíritus más gloriosos de España pasan por sus libros. La Iglesia con “la caridad de la espada”, la caballería enmohecida y deshecha en su largo peregrinaje hacia el sur; las guerras patriarcales, la lealtad, el amor místico, están personificados en la fiereza ampulosa de sus escenas. Pero, aunque estas formas sean espectros, no tienen ellos el hálito del sepulcro; la sal de la ironía moderna —la ironía perenne de España— está en ellos. Su pujanza no se puede negar. Es tan atrayente el candor firme y sombrío de esta prosa, que uno acepta de buen grado la pantomima quimérica y sentimental... la pompa gesticulante de esos sueños, que son el sueño de España».

El gesto bizarro, el lenguaje osado, la imaginación aventurera, la sensibilidad genial de Valle Inclán es, para todos los que estamos siempre dispuestos a mandar al diablo las invitaciones de un hispanismo diplomático y metropolitano, uno de los testimonios más fehacientes de la vitalidad de la España que amamos, y de la cual no estamos nunca tan cerca como cuando nos vence la gana de renegar a España, ahítos de sus borbones, infantes, duques, académicos, curas, doctores, alguaciles, bachilleres y cupletistas. Desde el fondo de la historia de España, don Ramón del Valle Inclán, cenceño y filudo personaje del Greco, manco como Cervantes, nos tiende su única mano, generosa e impávida.

⁵⁴ Todas las obras u obra completa.

⁵⁵ «verbal», en *El artista y la época*, p. 133.

Aunque «es obvio que un Embajador no puede entrar en polémicas periodísticas» el señor Maeztu ha creído necesario responder al artículo en que yo examinaba el proceso y las razones de adhesión a la dictadura de Primo de Rivera, porque «puede y debe rectificar una inexactitud». La inexactitud en que yo he incurrido y que el señor Maeztu en una carta a don Joaquín García Monge, director de *Repertorio Americano*, califica de cronológica, se encontraría en el párrafo siguiente: «El reaccionario explícito e inequívoco no ha aparecido en Maeztu sino después de tres años de meditación jesuítica y de duda luterana. Para que el pensamiento de un intelectual formalmente liberal y orgánicamente conservador, haya recorrido el camino que separa la reforma de la reacción han sido necesarios tres años de experiencia reaccionaria, planeada y cumplida de modo muy diverso del que habría sido grato a un especulador teórico. El hecho ha precedido a la teoría; la acción a la idea. Maeztu ha encontrado su camino mucho después de Primo de Rivera». Son estas las palabras de mi artículo que Maeztu copiará⁵⁶ para contradecirlas. Y su artículo se contrae a sostener que el «cambio central de sus ideas» o, mejor dicho, la «fijación de sus ideas fundamentales» data de 1912. Hasta entonces Maeztu había escrito indistintamente en periódicos liberales como el *Heraldo de Madrid* y conservadores como *La Correspondencia de España* y, consecuente con la fórmula favorita de los hombres del 98, «escuela y despensa», no se había preocupado gran cosa del problema de derechas e izquierdas. Posición que correspondería en propiedad a un intelectual «formalmente liberal y orgánicamente conservador», como yo me he permitido definir al señor Maeztu.

Mi ilustre contradictor no niega, precisamente, el cambio. Y ni siquiera lo atenúa. Lo que le importa es su cronología. Mi inexactitud no es de concepto sino de fecha. El «reaccionario explícito e inequívoco» no ha aparecido en Maeztu después de tres años de experiencia reaccionaria, sino mucho antes de la experiencia misma. ¿Cuándo y cómo? He aquí lo que Maeztu trata de explicarnos. La cronología de su conversión es la siguiente: En 1912, de regreso de Londres, se encontró con que un militar amigo suyo, persuadido por un libro de Mr. Norman Angell de que la guerra no es negocio, se había vuelto pacifista. Los libros de Mr. Norman Angell fueron, diversa y opuestamente, camino de Damasco, de Maeztu y su amigo militar. El militar se desilusionó de la guerra y la fuerza; el escritor, por reacción, comenzó a apasionarse por ellas. Y el día en que descubrió que la fuerza

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1049, 7 abril de 1928. Incluido en *Defensa del Marxismo* (1959), pp. 181-185, segunda parte. *El Alma Matinal* (1959), pp. 217-221, segunda parte. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 1347-1349.

⁵⁶ «copia», en *El Alma Matinal* y en *Defensa del marxismo*.

tiene que ser un valor en sí misma, ese día —son sus palabras— pudo advertir que «se había alejado definitivamente del sector de opinión que actualmente le combate». En 1916 publicó en inglés un libro, traducido en 1919 al castellano con el título de *La Crisis del Humanismo*, que contiene sustancialmente todo su pensamiento de hoy.

Conforme a esta versión, psicológica o intelectualmente sincera sin duda alguna, a pesar de provenir de un Embajador, la conversión de Maeztu ha sido en gran parte causal. Sin la claudicación de un militar honesto y sedentario, capaz de interesarse por las ideas de un pacifista inglés, Maeztu no habría leído con atención los libros de Norman Angell. Y sin meditar en estos libros, no habría llegado —al menos, tan pronto— a las opiniones expresadas en *La Crisis del Humanismo*. Se trata, en suma, de una conversión totalmente causal⁵⁷, vital, pragmática y polémica. En esto, Maeztu descubre la filiación íntimamente protestante y británica de su mente y su cultura. Y he aquí dos factores más serios de su cambio que el encuentro del militar pacifista y la lectura meditada de *La Gran Ilusión*. Más o menos lo mismo que al señor Maeztu, en este siglo, le sucedió a la Gran Bretaña en el siglo pasado. La Gran Bretaña era pacifista en la época del apogeo de las ideas librecambistas y manchesterianas. Gladstone, liberal, acabó practicando, sin embargo, una política imperialista. Y Chamberlain, antiimperialista de origen y escuela, se transformó, como Ministro de Colonias, en apóstol del imperialismo. Terminado el período de revolución liberal —y, por ende, de emancipación política de los pueblos— liquidados o reducidos a modestos límites los imperios feudales, Inglaterra advirtió que su interés había dejado de ser antiimperialista. La concurrencia de nuevos [imperios]⁵⁸ capitalistas como Alemania, la obligaba a asegurarse la mejor parte en la distribución de las colonias. El capitalismo británico se tornó agresivo, conquistador y guerrero, hasta precipitar la guerra mundial en la forma que todos sabemos. El señor Maeztu, que formal o teóricamente, había permanecido hasta 1921 fiel a una filosofía más o menos liberal, humanista y rousseauniana, estaba ya espiritual y aún racionalmente demasiado impregnado del nuevo clima y del nuevo sentimiento del capitalismo británico. El militar pacifista y Norman Angell son menos responsables de lo que el señor Maeztu cree.

En *La Crisis del Humanismo*, el señor Maeztu no se revelaba sólo contra las ideas políticas, sociales y filosóficas que se habían engendrado al impulso del movimiento romántico iniciado por Rousseau. Sus tiros, según él mismo, iban más lejos. «El culpable del romanticismo era el humanismo, el subjetivismo de los siglos anteriores y del Renacimiento, por el que el hombre había tratado de convertirse en la medida de todas las cosas, del bien y del mal, de la verdad y de la falsedad». Más o menos así razonan también los ideólogos fascistas. Su condena no se detiene en el demoliberalismo burgués; alcanza al Renacimiento, a la Reforma y al

⁵⁷ «casual», en *Defensa del marxismo*, p. 182.

⁵⁸ Omitido en *Defensa del marxismo* p. 219, y en *El Alma Matinal*, p. 183.

protestantismo, después de hacer justicia sumaria en la Enciclopedia, Rousseau y la Revolución Francesa. Pero el señor Maeztu, inveterado y recalitrante admirador de las creaciones del genio anglosajón —y, por consiguiente, del capitalismo y el industrialismo, de la grandeza y del poder de Inglaterra y Estados Unidos— no puede asumir esta actitud, sin contradicción flagrante con algunas de sus opiniones más caras. Al señor Maeztu le debemos sagaces críticas del ideal de Rodó, inteligentes interpretaciones del espíritu puritano de su influencia del fenómeno yanqui. No puede arribar, por consiguiente, a las mismas conclusiones que un neotomista francés o un nacionalista católico italiano. Condenando «el humanismo, el subjetivismo de los siglos anteriores y del Renacimiento», el señor Maeztu condena la Reforma, el protestantismo y el liberalismo, esto es los elementos religiosos, filosóficos y políticos de los cuales se ha nutrido la civilización capitalista, fruto de un régimen de libre concurrencia. La Reforma representó la ruptura entre el mundo medioeval y el mundo moderno. ¿Y qué es, en último análisis, el protestantismo, sino ese subjetivismo, o mejor, ese individualismo que el señor Maeztu repudia?

En el terreno de la doctrina y de la historia, se le podría dirigir al señor Maeztu muchas interrogaciones embarazantes. Pero esto no cabe de los límites forzosos de mi dúplica. El señor Maeztu ha rectificado una «inexactitud cronológica». Y a esta rectificación debo contraerme, sosteniendo que la inexactitud no existe. Es una inexactitud subjetiva, que tiene realidad y valor solo para el señor Maeztu. Pero objetiva, históricamente, no tiene realidad ni valor alguno. Yo no he dicho que todas las ideas actuales del señor Maeztu sean posteriores a tres años de dictadura española. He dicho sólo que el reaccionario «explícito e inequívoco» no ha aparecido en él sino después de esos tres años. Poco importa que en *La Crisis del Humanismo* estuviese ya, en esencia, toda la filosofía actual de su autor. ¿No he definido acaso al Maeztu de ayer como un intelectual formalmente liberal y «orgánicamente conservador»? Maeztu había querido, antes de *La Crisis del Humanismo*, un concepto, que él llamara tal vez, realista, de la fuerza. Pero esto no fijaba todavía totalmente su posición política. Hace sólo cuatro años, en artículos de *El Sol*, de los cuales recordaré precisamente uno titulado «Reforma y reacción», atribuía toda la responsabilidad del momento reaccionario que atravesaba Europa, a la agitación revolucionaria que lo había antecedido. Hasta entonces no había abandonado aún del todo, ideológicamente, el campo reformista. Esto es lo que he afirmado. Y en esto insisto.

Me explico que a un hombre inteligente y culto como el señor Maeztu, con el orgullo y también la vanidad peculiar del hombre de ideas, le moleste llegar en retardo respecto de Primo de Rivera, por quien no puede sentir excesiva estimación. Pero el hecho es así, cualesquiera que sean las atenuantes que se admitan. Y mi tesis es ésta: que el destino del intelectual —salvo todas las excepciones que confirman la regla— es el de seguir el

curso de los hechos, más bien que el de precederlos y anticiparlos. Lo que no obsta para que la Revolución sea en gran parte, obra desinteresada.

NOTA POLÉMICA *

¿Un edificante *spécimen*⁵⁹ de la literatura española de vanguardia? Más bien, un testimonio de acusación para el pleito de Hispanoamérica, están demasiado contagiadas de frivolidad decadente snobista⁶⁰. Pero, con todo, no es probable que el ingenioso juego de Jiménez Caballero les parezca una ejemplar expresión de vanguardismo y de modernidad.— Existe, sin embargo, motivo para denunciar oportunamente estos frutos de la teoría de la «deshumanización del arte»: G. C. dirige *La Gaceta Literaria* y es un literato de talento, notoriamente bien situado en las letras de España, extensamente divulgado en estos países que —aunque sus vanguardias protesten— le pagan todavía a la vieja metrópoli largo y puntual tributo. Hay el peligro de que de esta actitud se enamoren muchos de esos jóvenes desorientados que no saben separar en lo contemporáneo, los elementos de revolución de los elementos de decadencia. ¡Los hijos de esta América todavía aldeana y rural son tan propensos a la seducción de cualquier artefacto cosmopolita! El propio G. C. no encontraría, probablemente, en el *bidé*⁶¹ un asunto tan estimulante para su imaginación si hubiese nacido en un país más habituado a la *toilette*⁶² moderna —níquel y porcelana—. Su emoción y su fantasía tienen, en este pueril retozo, algo de deslumbramiento. Deslumbramiento posible sólo en el ciudadano de una villa vieja, insuficientemente habituada aún al baño y a la ablución cotidianas, donde el confort occidental no ha acabado hasta ahora de instalarse.

Literatura de señorito trivial ejercicio de una imaginación en ocio vespertino que prueba su fuerza en el *punching-ball* descendencia esterilizada de la «greguería» castiza y aventurera. Si no hubiera otro testimonio de la época, tendríamos que creer en la «deshumanización del arte», en el arte puramente deportivo. Pero, por fortuna, aquí mismo, en esta América un poco bárbara aún, no obstante el aliño citadino que disimula su ruralidad, el arte cala más hondo en la vida y en las cosas.

* En *Amanta* (Lima), núm. 15, mayo-junio de 1928, p. 40. Incluido *Mariátegui Total*, Tomo I, como nota al pie en «Notas», p. 479.

⁵⁹ «spécimen», DRAE.

⁶⁰ «esnob» DRAE.

⁶¹ «bidé», DRAE

⁶² Baño, lavabo.

LA ÚLTIMA NOVELA DE MÁXIMO GORKI

Esta tarde plúmbea, sorda, opaca, se parece extrañamente a la tarde en que descendí de un tren alemán, hace cinco años, en la estación de Saarow Ost, para visitar a Máximo Gorki. El paisaje de cartón de Saarow Ost era esa tarde igual a los paisajes que los niños iluminan con lápices de colores en sus cuadernos germanos. Paisajes que yo había gustado por primera vez en mi infancia con un alpestre y ladino sabor de leche *Nestlé*. Paisaje seguro, para niños [y]⁶³ convalecientes, donde uno no podría nunca extraviarse, porque sus caminos lo toman enseguida de la mano para guiarlo. Paisaje que le prescribe a uno dieta, apetito, sueño a las ocho, leche al pie de la vaca. No se concibe en este lugar menús indigestos, con langostas, caviar, *gänseleobepaste*.^{**} Berlín no dista sino cinco horas; pero para llegar aquí hay que pasar por un bosque de pinos y tomar en Furstenwalde un trencito vecinal que corre solo dos veces al día. En los pinos del camino, el viajero deja sus ideas ciudadanas, sus hábitos urbanos. Todas las figuras se dejarían recortar con una tijera. Las rutas tienen postes con letreros y flechas que conducen al lago, al bosque, al sanatorio, a la estación. Es imposible perderse, aunque se quiera.

Máximo Gorki convalecía en Saarow Ost de las jornadas de la Revolución rusa. Yo me preguntaba, mientras caminaba de la estación al Neue Sanatorium,^{***} cómo podía trabajar en este pueblo de convalecencia, infantil, albo y lacteado, un rudo vagabundo de la estepa. Saarow Ost no es un pueblo sino un sanatorio. Un sanatorio encantado, con bosques, jardines, lagunas, *chalets*⁶⁴, tiendas, un café, gente sana y un ambiente sedante, esterilizado, higiénico. Las excitaciones están rigurosamente proscritas. El crepúsculo —espectáculo sentimental y voluptuoso—, severamente prohibido. La población parece administrada por una *nurse*,^{****} la naturaleza tiene un delantal blanco y no ha proferido jamás una mala palabra. ¿Qué podía escribir Gorki en esta aldea industrial, bacteriológicamente pura, de cuento de Navidad? Fue la primera cosa que le pregunté, después de estrechar su mano huraña. Gorki había escrito en Saarow Ost el relato de su infancia. Estaba contando a los hombres su historia. Quería contar la de otros hombres. Todos sus recuerdos eran matinales. La serie de sus grandes novelas realistas estaba interrumpida. Saarow Ost: en cada convalecencia me visitan tus imágenes.

Ahora que acabo de leer *Los Artamonov*, siento que Gorki no podía volver a escribir así bajo los tilos y los pinos del Neue Sanatorium. Esta

⁶³ Omitido en *Signos y obras*, p. 84.

^{**} Pasta alemana preparada con grasa de ganso; parecida al paté. [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y obras*].

^{***} Nuevo Sanatorio. [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y obras*].

⁶⁴ «chalés», DRAE.

^{****} Niñera. [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y obras*].

novela ha sido escrita probablemente en Italia, donde Gorki ha pasado los últimos años. Los italianos son generalmente malos novelistas; pero Italia es propicia para la novela. Los enfermos se curan; pero el clima, la naturaleza, nos rodean de las mismas garantías científicas e higiénicas de la convalecencia. Todas las excitaciones operan libremente. Y aunque la novela italiana es escasa, toda la evolución de la novela moderna cabe entre Manzoni y Pirandello. Muchas de las novelas de Gorki han sido escritas en Italia, en el clima nupcial⁶⁵, tónico, pagano, de Capri, Amalfi o Frascati. La fantasía de Gorki recupera, ratifica, disciplina, en contacto con la naturaleza excesiva, teatral, patética de Italia, sus dotes de sobriedad y concisión. *Los Artamonov*; en las 332 páginas de la traducción italiana (Milano, Fratelli Treves) caben holgadamente tres generaciones, 55 años, la historia de la Rusia campesina y provinciana, desde la abolición de la servidumbre hasta la revolución bolchevique⁶⁶. Zola no habría podido narrar todo esto sino en una serie como la de los *Rougon Macquart*^{****}, con muchos raptos románticos y mucho diletantismo sociológico entre etapa y etapa de su biografía. Gorki desmiente con esta novela que haya muerto el realismo. ¿No tendrá razón René Arcos cuando nos dice que el realismo está recién⁶⁷ naciendo? Ciertamente, la tiene. La literatura de la burguesía no podía ser realista, del mismo modo que no ha podido serlo la política, la filosofía. (La primera teoría y práctica de *realpolitik* es el marxismo). La burguesía no ha logrado nunca liberarse de resabios románticos ni de modelos clásicos. El superrealismo es una etapa de preparación para el realismo verdadero. Llamémosle, más bien, adoptando el término de René Arcos, infrarrealismo. Había que soltar la fantasía, libertar la ficción de todas sus viejas amarras, para descubrir la realidad.

La burguesía larvada, frustrada, incompleta de Rusia nos enseña su alma y su carne en *Los Artamonov*. La última novela de Gorki es una biografía. Los Artamonov son una familia burguesa: espécimen de una burguesía retardada, provinciana, alcohólica, cuya existencia histórica empezó en 1861 con la abolición de la servidumbre y que no alcanzó jamás a imponer a Rusia su doctrina ni su régimen. Sus comerciantes, sus industriales, no supieron superponerse al zarismo ni a la monarquía. Para que el zarismo concediera a Rusia una constitución y un parlamento, fue menester que amenazara la revolución socialista, la marejada proletaria y campesina. La burguesía rusa se agitó siempre en la impotencia. Entró en su etapa de decadencia, sin conocer una etapa de plenitud. Miliukoff, su *leader*⁶⁸ específico, no tuvo propiamente su hora de poder, ni aun cuando se

⁶⁵ «especial», en *Signos y obras*, p. 85.

⁶⁶ «Revolución Bolchevique», en *Signos y obras*, p. 85.

**** Nombre de una novela de Zola en 20 tomos. [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y obras*]

⁶⁷ «ahora», en *Signos y obras*, p. 85.

⁶⁸ «líder», DRAE.

derrumbó el absolutismo. Cuando sonó esa hora, un pequeño burgués socialista, Kerenski, ocupó su puesto. Las obras de los grandes novelistas rusos, son la historia clínica de una neurosis: la neurosis de una burguesía, que no pudo construir un Estado democrático y capitalista. Esta burguesía produjo, desde su segunda generación, toda suerte de renegados, de nihilistas y de utopistas. No pudiendo realizarse en la sociedad capitalista, sus hijos soñaban vagamente con realizarse en la sociedad obrera. El fundador de la familia Artamonov es un siervo emancipado. Carece de esa cultura, de esa tradición que los burgueses occidentales adquirieron en un largo proceso de ascensión. Es fuerte, brutal, instintivo. Funda una familia burguesa y una empresa capitalista que se disolverían antes de que muriese el último de sus hijos. Nikita Artamonov no consigue ser un monje; Pedro Artamonov no logra ser un industrial. En la primera generación, se agota un impulso histórico, apenas definido. Nikita se evade del monasterio. Pedro no sabe de qué evadirse: ¿de la fábrica, de la ciudad provinciana de Driomov, de su casa, de su mujer?, ¿cuál de estas cosas es su cárcel? No obtendrá una respuesta ni cuando, viejo, demente, lo sorprende imprevista, inconcebible, la Revolución. No entiende el mundo que lo rodea. Se embriaga sin convicción. Termina sin comprender nada.

El epílogo de este drama absurdo lo están viviendo todavía algunos dispersos sobrevivientes que acaso no encontraremos en la próxima novela de Gorki. Porque la próxima novela de Gorki será, probablemente, una novela de la Revolución.

MÁXIMO GORKI, RUSIA Y CRISTÓBAL DE CASTRO *

El júbilo, la emoción, el clamor con que el pueblo ruso ha saludado el retorno de Gorki a su patria, refrendan plebiscitariamente el homenaje tributado por los Soviets al genial novelista en su sexagésimo cumpleaños. Este homenaje no fue un seco homenaje oficial o académico. Tuvo evidente calor popular. Pero la muchedumbre ha estado más visible y espectacularmente presente en la estruendosa bienvenida. El abrazo que ha esperado a Gorki en la estación de regreso ha sido el abrazo multitudinario de la Revolución.

Y Gorki ha vuelto a Rusia, solicitado por un irresistible y espontáneo impulso interior. Es, como escribe Víctor Serge, el «testigo» de la Revolución, el testigo lúcido, alerta, ferviente. Serge define con certeras palabras este papel: «Gorki sabía, veía, juzgaba, comprendía todo. Veía lejos, veía justo, de una manera que le era propia (y que además no era la “nuestra”). Otros, que hacían la revolución veían infinitamente mejor que él, que no aspiraba a este rol, lo que se debía hacer, los fines y los caminos. Estos no tenían la aptitud de ahondar en el contenido humano de sus

* En *Mundial* (Lima), sec. «Peruanicemos al Perú», núm. 435, 3 de agosto de 1928. *Signos y obras* (1959), pp. 87-91. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 659-661.

propios actos, de comprender al enemigo de otro modo que, como enemigo, de ver la Revolución diversamente que como una grande y ruda tarea por proseguir sin debilidad. Gorki era su igual y su hermano; pero un hermano “diferente”. La historia es hecha por las masas; pero las masas se encarnan en hombres en las horas críticas de la historia. En esta hora de la Revolución, había un hombre que era el cerebro de la República, otro que era su voluntad de vivir y su espada, un tercero inflexible y probó que era el Terror. Gorki era el “testigo”. Me parece difícil precisar mejor la misión, el sino de Gorki ante la Revolución rusa».

El testimonio del gran escritor no acepta tergiversaciones. Ningún testimonio ha sido, sin embargo, tan tenazmente invocado y mistificado por los enemigos de los Soviets. Cuando Gorki, urgido por su campaña a favor de las víctimas del hambre, más que por su estado de salud, salió de Rusia en 1921, la prensa burguesa propagó las más insidiosas conjeturas sobre las relaciones ente el novelista y los Soviets. En diciembre de 1922, visité a Gorki en Saarow Ost. Le escuché entonces un terminante desmentido de los juicios que se le atribuían. Gorki, de incógnito en Saarow Ost, se negaba a todo reportaje. Esto no obstaba para que las agencias telegráficas difundiesen entrevistas a las que jamás se había prestado. Su posición no había cambiado: su admiración a Lenin, de la cual dio fe en páginas archinotorias, se mantenía intacta. Volvería a Rusia apenas su salud lo consintiese y su trabajo lo reclamase. Así ha sucedido: convaldecidas sus fuerzas en Saarow Ost y Capri, Gorki ha regresado a Rusia, nostálgico de su gente, para escribir una novela de la vida obrera. *Los Artamonov*, su última obra, es una novela de la vida burguesa. La historia de los Artamonov concluye cuando la Revolución empieza. Para su nuevo trabajo, Gorki necesitaba documentarse en la misma Rusia.

No faltan hoy mismo, periodistas bastante inescrupulosos para mentir en torno de esto. El señor Cristóbal de Castro, en un artículo de *La Libertad*⁶⁹ de Madrid, desahoga una vez más su odio inepto y mezquino a la Revolución rusa, exhumando las más mendaces versiones acerca de la actitud de Gorki ante los Soviets. Al revés de Gorki novelista, el señor Cristóbal de Castro no ha menester de documentarse para tratar un tema. Tiene la osadía irresponsable del gacetillero para afirmar cualquier cosa, sin ningún temor de engañarse. Le bastan los recuerdos dispersos de sus lecturas apresuradas y vulgares para escribir la historia. Puede trazar la biografía de Gorki, sin haberse jamás acercado a su obra ni a su vida. «El hombre y los ex-hombres» se titula el lamentable artículo de este lamentable Cristóbal que no descubrirá ninguna América, porque su autor tiene la curiosa sospecha de que el de los ex-hombres es el asunto central de la obra de Gorki. Escribe que «al estallar la revolución bolchevique, Máximo Gorki

⁶⁹ Véase, relacionado al artículo del señor Cristóbal de Castro, en *Amauta*, Documentos, «Una carta de Máximo Gorki», núm. 17, septiembre de 1928, p. 95.

culminaba su apostolado por los ex-hombres», confundiendo probablemente a los ex-hombres con el pueblo ruso. Esta afirmación nos persuade de que el señor de Castro no conoce la obra de Gorki sino de oídas, por lo que se conversa sobre ella en los cafés. De otra manera no se habría formado un juicio tan sumario y grosero.

Haré gracia al público de los demás truculentos lugares comunes de que el cronista de *La Libertad* se vale para explicar a su modo la posición de Gorki ante los Soviets. Me interesa denunciar su más flagrante y original mentira, que constituye precisamente el motivo central de su divagación. No obstante su costumbre de servir a la glotonería de su público cualquiera vulgaridad, el señor Cristóbal de Castro no habría escrito este artículo si no hubiese tenido algo que decir de la reciente novela de Gorki, aún no traducida al español, si no me equivoco. He aquí lo que dice: «En Capri, junto al mar azul, el apóstol de los ex-hombres fue metodizando sus cóleras por la reflexión y sus juicios por el documento hasta dar en su libro *Los Artamonov*, un robusto resumen del comunismo a través de tres generaciones: el *mujik*,* de la época de los siervos; el industrial dilapidador de la época zarista y el revolucionario bolchevique. Generación aldeana y crédula. Generación industrial y ambiciosa. Generación revolucionaria y tiránica. Las tres generaciones de Artamonov no sólo se dañaron a sí mismas, sino que quitaron la fe y la paz a los siervos, a los *mujiks*, a los obreros de toda Rusia». Guardo muy frescos y precisos mis recuerdos de este libro, sobre el cual he escrito⁷⁰ [justamente para los lectores de *Mundial*, hace dos semanas]⁷¹, (Me diferencia del señor De Castro el hábito de no comentar o resumir sino libros que he leído). Y me siento en grado de suponer que el señor Cristóbal de Castro no conoce *Los Artamonov* sino a través de uno de esos retazos de crónica, recogidos sin ningún discernimiento crítico, de que se sirve generalmente para su trabajo periodístico. Porque en caso de haber leído *Los Artamonov*, su absurda interpretación lo dejaría en muy mala postura. Resultaría que el escritor de *La Libertad* no solo está mal informado por gacetilleros presurosos y confusos, sino que es incapaz de informarse mejor por su cuenta. Habría leído *Los Artamonov*, pero sin entender una palabra del asunto ni de los personajes. Remito a los lectores [*de Mundial*]⁷² a mi anterior artículo. [Los remito al libro mismo]⁷³. Les será fácil enterarse de que ni el asunto ni los personajes de *Los Artamonov* tienen algo que ver con el comunismo. Las tres generaciones de la familia Artamonov que nos presenta Gorki son tres generaciones burguesas. El fundador de esta precaria dinastía de burgueses

* Campesino pobre. [Tomado de la nota a pie de p. de *Signos y obras*]

⁷⁰ Se refiere al artículo de «La última novela de Máximo Gorki», que precede a este artículo del presente libro.

⁷¹ Omitido en *Signos y obras*, p. 90, e incluye a pie de página las razones.

⁷² Omitido en *Signos y obras*, p. 90.

⁷³ Ídem.

de provincia, procede del servicio de un príncipe expropiado. Es un siervo emancipado, como los que se encuentran en los orígenes de la burguesía de otros países. Es un campesino, pero no es un *mujik*. Proviene quizá de una generación aldeana y crédula, pero él mismo no lo es. En él se reconoce, más bien, el impulso creador que mueve el surgimiento de toda burguesía. Toda la obra de la familia Artamonov —una fábrica y su provecho— es del viejo exdoméstico. De sus hijos, uno lo sucede en el comando de la fábrica, el otro, un jorobado, se refugia en un monasterio. Su sobrino, hijo natural de un noble, se prolonga en un industrial de cierta facundia y presunción, contagiado de ideas reformadoras y progresistas, que miran al afianzamiento del poder de la burguesía contra el poder supérstite de la aristocracia. Uno de los Artamonov de la tercera generación repudia la fábrica y la familia. Los repudia por adhesión intelectual al socialismo; pero escapa por este mismo acto al argumento de la novela. Es un personaje ausente, desertor. La ruina de los Artamonov tiene un testigo implacable, el viejo portero Tikhon. Cuando la revolución sobreviene, habla por sus labios. Pero tampoco Tikhon es comunista ni es obrero. No es sino un testigo rencoroso y desilusionado del drama al que le toca asistir.

Don Cristóbal de Castro concluye su artículo atribuyendo a Gorki una niña de pocos años. He visto en *Crítica* de Buenos Aires la fotografía en que aparece Gorki con esta niña y su madre. Y he reconocido en la última a la nuera de Gorki, la esposa de su hijo, precisamente la intérprete de mi entrevista. Es una lástima que desde un rincón de Sudamérica se pueda sorprender en tan grosero error a un periodista de Madrid trotamundos y experimentado.

GUILLERMO FERRERO Y *LA TERZA ROMA**

El historiógrafo de Roma antigua deviene, en su ancianidad, el novelista de Roma moderna. La serie de novelas con el título de *La Terza Roma* ha comenzado a publicar (*Le Due Verità, La Rivolta del Figlio*, [A. Mandadori⁷⁴, Milano, 1927]⁷⁵) nos inician⁷⁶ en la vida romana, en los últimos años de la administración de Francesco Crispi, cuando se entrevisté ya el fracaso de la aventura colonial de Abisinia.

Zola, en una de sus tentaculares novelas, intentó aprehender en un solo volumen el espíritu de esta misma Roma. Pero, encontrando todavía demasiado frágil y exigua la Roma del *Risorgimento*, esbozó más bien un

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1066, 4 de agosto de 1928. En el *Alma Matinal* (1950), pp. 101-104 (ed. 1959, pp. 83-86). *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 527-528.

⁷⁴ Arnoldo Mandadori Editore es una casa editorial italiana, fundada en 1907 por Arnoldo Mandadori.

⁷⁵ Eliminado en *El Alma Matinal*.

⁷⁶ «introducen», en *El Alma Matinal*.

cuadro de la Roma pontificia. Sus pasos buscaron el ánimo compleja y múltiple de Roma en el tortuoso *borgo transteverino* y en los umbrosos palacios eclesiásticos. Y por este lado no iban mal encaminados. Mas Roma les escapó siempre. Cerrando el volumen, se advierte enseguida que la Roma del Vaticano y del Quirinal no está en la enorme anécdota urdida por Zola para capturarla.

Guglielmo Ferrero sigue otro derrotero. Nos introduce en Roma por la puerta de un palacio que aloja en sus tortuosos y antiguos salones la alianza de la prepotente y alacre burguesía de Milán y de la conquistadora y cultivada aristocracia del Piamonte. En este palacio en el cual los nuevos amos de la Ciudad Eterna han sucedido a la decaída nobleza romana, se respira el ambiente oficial de la Italia crispiana, que empieza su acercamiento al mundo [...] vaticano, bajo el auspicio de la catolicidad de la aristocracia y, en especial, de sus matronas.

La figura del senador Alamanni, hijo de un plebeyo, más aún de un siervo enriquecido, que se hace perdonar su origen por la aristocracia mediante su unión con una patricia empobrecida, es en los dos primeros tomos de *La Terza Roma*, la figura central de la novela. Alamanni tiene en su juventud la dureza, el ímpetu, los dotes de comando y potencia de los grandes burgueses. Capitán de finanza y de industria, posee el genio de los negocios. La acumulación de capitales es, en su teoría y⁷⁸ en su práctica, la vía de la posesión del mundo. Siente un desprecio altanero de plebeyo victorioso, por la nobleza desmonetizada y parasitaria. Pero, a los cuarenta años, el enlace con doña Eduvigis —a quien Guglielmo Ferrero, generoso con los vencidos, caballero con el pasado, concede todas las cualidades y virtudes de la nobleza cristiana— domestica su voluntad agresiva. Alamanni se enamora insensiblemente de los hábitos y los gustos de la aristocracia. Reconoce a la tradición y a la estirpe el valor que antes les había negado. Se deja ganar por los sentimientos de la aristócrata, gentil y delicada, a la cual sus millones le han permitido llegar.

La psicología de la época es propicia a este cambio. «La Monarquía, la Aristocracia y una parte, la más ambiciosa y la más fina, de la Riqueza no blasonada todavía, habían comenzado, desde hacía un *ventennio*, en toda Europa, a atrincherarse en la acrópolis de la sociedad contra la Democracia y la llanura; y a fin que la trinchera fuese alta y sólida, cada uno aportaba lo que podía, que todo servía: la cultura, la gloria, la potencia, el blasón, el valor, la elegancia y las bellas maneras, la riqueza y el lujo y el arte, antiguo patrimonio de los grandes y los humildes; y quien no poseía otra cosa, su frivolidad, ignorancia y disipación». El dinamismo de la idea liberal, generadora del *Risorgimento*, inquietaba a los espíritus. En las masas prendía la idea socialista, catastrófica y mesiánica. La política de Francesco Crispi tendía a dar al orden el cimiento de la tradición, sofocando las

⁷⁷ «del», agregado en *El Alma Matinal*, p. 83.

⁷⁸ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 84.

consecuencias lógicas de los principios del *Risorgimento*. Contra esta política, se alzaban en el parlamento, además de los tribunos socialistas, los hombres de izquierda del liberalismo. Cavalloti y Di Rudiní preparaban con sus requisitorias contra la administración crispiana el advenimiento de la era Giolitti. Alamanni, que había gastado su impulso original en la creación de una gran fortuna y que había suavizado su soberbia de nuevo rico en un sedante palacio romano, se sentía un soporte del orden. Intuitivo, práctico, pesimista, no abría su espíritu un excesivo crédito de confianza a los dotes del presunto Bismarck italiano. Pero sus sentimientos y móviles de conservador lo constreñían a sostener esta política, contra todas las amenazas tormentosas del sufragio y de la plaza. Los paladines de la izquierda demo-liberal, Cavallotti, Di Rudiní, Giolitti, le parecían peligrosos demagogos. Prefería a su victoria, el compromiso directo entre la plutocracia y el socialismo, entre el poder [y el proletariado]⁷⁹, conforme a la praxis bismarckiana. Mas estas ideas eran de naturaleza absolutamente confidencial, privada. Alamanni no era un político; era sólo un plutócrata. [...] ⁸⁰ Estaba ligado al conservatismo de Crispi por todos los vínculos de su ambición y de su riqueza. Crispi lo había hecho marqués. El despreciador de títulos y blasones, había gestionado solícitamente esta merced, que lo igualaba formalmente con su mujer en la jerarquía mundana.

Pero el argumento de *La Terza Roma* no es la vida misma de este hombre. Ferrero le antepone una intriga de sabor folletinesco que, si nos conduce a la entraña de algunos aspectos de la vida social de la época, se apropia demasiado, con sus episodios, de las páginas de la obra y del espíritu del narrador. El novelista, se impone, con prepotencia de diletante y debutante, al historiógrafo. Y, al cerrar el segundo volumen —*La Rivolta del Figlio*—, la impresión de que *La Terza Roma* está escapando también a Ferrero, trae al lector el recuerdo de la frustrada tentativa de Zola. El conflicto sentimental y moral del hijo del senador Alamanni, que parte al África en vísperas del desastre de Adua, acapara demasiado la obra y el novelista. Esperemos que éste, en el descanso que ha seguido a *La Rivolta del Figlio*, tenga tiempo y voluntad para advertirlo.

⁷⁹ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 85.

⁸⁰ En *El Alma Matinal*, p. 85, se agregó a continuación lo siguiente:

Daba al orden el apoyo de sus millones, de su riqueza, en cambio de las garantías que le otorgaban para acrecentarlos. Su campo era la economía, no la política, ni la administración. Vagamente percibía el peso muerto de la política y de sus funcionarios y doctrinas en el libre juego de los intereses económicos. Los políticos le parecían costosos y embarazantes intermediarios.

ANDANZAS Y AVENTURAS DE PANAIŢ ISTRATI*

Monde, la nueva revista internacional de Henri Barbusse, (*Clarté*, emancipada hace algunos años de Barbusse, se ha transformado recientemente en *La Lutte de Classes*), publica en sus primeros números algunos relatos de viajes de Panaït Istrati. Las últimas estaciones de la vida del genial autor de *Los relatos de Adrián Zograffi* (*Kira Kyralina*⁸¹, *Tío Anghel*, etc.⁸²) nos son contadas así por él mismo, con su encantado y oriental don de narrador.

La exaltación, la intensidad, la pasión de Panaït Istrati vagabundo nos eran maravillosamente comunicadas por sus novelas. Pero nos escapaba el Istrati artista, el Istrati renacido. Su biografía, divulgada en todas las lenguas, concluía con el episodio de su frustrado suicidio y de su revelación como artista en una carta a Romain Rolland. Espíritu agónico, al buscar la muerte, Panaït Istrati halló la vida: la vida inmortal del creador, del artista. Pero, ¿el literato habría extinguido al vagabundo? He aquí una pregunta ansiosa de todos los que desde su primer libro lo conocimos y amamos. ¿Qué habían hecho París y la gloria, del errante amigo de Mikhail? Sabíamos que Panaït Istrati, hombre antes que literato, había ido a Rumania a combatir la dura batalla de su pueblo. Lo oíamos responder siempre ¡presente! al llamado de la Revolución. Mas nos faltaba su confidencia. Necesitábamos que nos contase, con su voz *amical*⁸³, fraterna, su experiencia íntima de escritor célebre.

Hace varios meses, lo escuchamos en un reportaje de Frederic Lefevre. Con Istrati, Lefevre no podía emplear la técnica habitual de sus entrevistas: «Une heure avec...»⁸⁴. A Panaït Istrati no es posible acercarse como reportero sino como amigo. No una sino muchas horas duró el diálogo de Istrati y Lefevre; gozoso itinerario de imágenes y aventuras, que después de conducirnos a Braïla, donde del amor de un griego y una rumana nació Istrati, hace cuarenta años, nos devuelve a su intimidad de ahora. Por esta confesión, sabemos que el novelista no vive menos insatisfecho y atormentado que el vagabundo. El placer y el dolor de la creación no colman su alma. ¡Qué miserable cosa le parece haberse convertido en un literato, nada más que un literato! Sobre sus hombros

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1068, 18 de agosto de 1928. Incluido en *El Artista y la Época* (1959) pp. 147-150. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 712-713.

⁸¹ Véase: el comentario por Armando Bazán (traducción de Eugenio Garro) en *Amauta*, Libros y revistas, núm. 5, enero de 1927, p. 3.

⁸² En *El artista y la época* se agregó *Los Haiducs* y omitió «etc». [Véase el comentario «Panaït Istrati, Los Haiducs» por Mariátegui, en *Amauta*, Libros y revistas, núm. 3, noviembre de 1926, pp. 1-2].

⁸³ Galicismo, por amistosa.

⁸⁴ Frederic Lefevre empezó sus reportajes en 1922 con «Una hora con...».

sensibles y porfiados, pesa una responsabilidad nueva. «No veo en mi caso —dice a Lefevre— sino una aventura edificada sobre un accidente auténtico y sangriento sobrevenido en mi vida. En tanto que los hombres deberán esperar accidentes semejantes para poder expresarse, no tendré mi ejemplo por un éxito. Soy pobre y espero morir pobre porque marchó en mi vida de hoy acompañado de la inmensa familia de los vagabundos encontrados en mis rutas. Estoy en la mitad de mi obra tal como la he concebido durante mis largos años de vagabundo. Cuando haya doblado el cabo de esta jornada, dejaré la pluma, tornaré a los caminos de ayer y reviviré con mis compañeros recuperados horas oscuras y alegres, exentas tal vez de las pesadas responsabilidades que me oprimen. Así, habré dado mi más bello ejemplo: liberarse de lo que se lleva en sí de mejor, sin hacer de esta liberación un hábito ni un oficio».

Ahora, en estos artículos de *Monde*, Panaït Istrati reanuda su relato. Instalado en París, su instinto nómada no lograba conformarse con una existencia sedentaria. La partida de Rakovsky, exembajador de los Soviets en París, encendió súbita e irresistiblemente sus nostalgias de viajero. Rakovsky e Istrati son viejos camaradas de la lucha revolucionaria rumana. Se conocieron hace muchos años, cuando Rakovsky, mitad rumano, mitad búlgaro (según él mismo, dos países se han disputado el honor de no ser su patria), era sólo un agitador oscuro y Panaït Istrati secretario de un sindicato de albañiles. Se reencontraron últimamente en París, Rakovsky embajador, Istrati novelista famoso, traducido a dieciséis lenguas, consagrado por la más alta crítica mundial. El exembajador invitó a su amigo a un viaje a Rusia. Ambos partían unas horas después.

Istrati nos cuenta un episodio de este viaje, quizá el de más interés autobiográfico: su visita a Grecia, el país de su padre. Grecia, según parece, en esta oportunidad no ha tenido tiempo de ser descortés con Istrati, quien a su turno no ha tenido tiempo de entrar en la batalla contra el gobierno como en Rumania. El poeta de la amistad —la amistad es el motivo central de la obra de Istrati— ha hallado en Grecia amigos que ingresan definitivamente en su existencia.

Ninguna victoria literaria, ningún éxito editorial, de los últimos tiempos, mejor ganados que éstos de Panaït Istrati. Desde su primer libro, que en el orden editorial es *Kyra Kyralina* y en el orden biográfico *Tío Anghel*, se reconoció en Istrati dotes de inmortalidad. Su obra era el mensaje de un hombre de acendrada, generosa, ingente humanidad. Tengo la sospecha de que esta obra ha dejado ya su huella en la literatura hispanoamericana. Me parece encontrar su resonancia en el magnífico *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes. Esta novela es, como las de Istrati, un canto a la amistad. Y Don Segundo tiene el instinto andariego, la alegría aventurera de los personajes de Istrati. Como éstos, posee el don del relato. Su filosofía se alimenta de los mismos sentimientos. Si no me equivocas —es una asonancia espiritual más que una analogía artística la que he percibido entre

las dos obras— no sufriría ninguna disminución el mérito de *Don Segundo Sombra*. Porque la vecindad a Istrati no puede ser sino un caso de grandeza.

POLÍTICA, FIGURAS, PAISAJES, POR LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA*

[En las novísimas ediciones de *Historia Nueva*, que constituyen la primera fase de una labor de «organización de la comunidad hispánica», concebida y dirigida por un peruano ilustre ya, a quien me unen los más caros y fraternos vínculos: César Falcón, ha aparecido un libro de Jiménez de Asúa, *Política, Figuras, Paisajes*, que inaugura un capítulo en la copiosa bibliografía del brillante profesor español. En este volumen, ha reunido Jiménez de Asúa sus recientes escritos sobre temas políticos, culturales y estéticos, reintegrando a los primeros cuanto les amputara y recortara la censura, en las primeras planas de *La Libertad*, de Madrid. Tenemos aquí entero y vivo, sin mutilaciones inquisitoriales, el juicio de Jiménez de Asúa sobre los objetivos de la batalla liberal contra la dictadura de Primo de Rivera, sobre la amnistía y el indulto acordados por este gobierno para cancelar las responsabilidades militares de Marruecos, sobre el derecho penal militar tan entonado en España a los intereses y sentimientos de la burocracia marcial, etc. El libro es, ante todo, el alegato escrito de Jiménez de Asúa contra la dictadura ríjosa y flamenca que impone temporalmente a España un regreso espicioso a la monarquía absoluta].⁸⁵

Como tantos hombres de cátedra o de letras que, refugiándose en un cómodo y cobarde agnosticismo de la ciencia y el arte, se sienten exonerados de todo deber civil de combatir o resistir el retorno al despotismo, especialmente si tiene como *condotiere*⁸⁶ a un crudo e inculto pretor, Jiménez de Asúa habría podido clausurarse en su dominio técnico, sentirse penalista y catedrático puro, ignorar la suerte de su pueblo, eludir su responsabilidad de ciudadano y de intelectual. Pero Jiménez de Asúa, como don Miguel de Unamuno —tan presente y esencial en todo pensamiento que nos conduzca a España—, como Gregorio Marañón, pertenece a un tipo de intelectuales que no entienden los deberes de la inteligencia restringidos a un plano profesional sino extendidos a la defensa de todos los valores de la civilización que no se reducen ciertamente a la ciencia, la cátedra, el arte. Hombres de sensibilidad exquisita, que reconocen en todo *ritorno all'antico*⁸⁷, en toda recaída en el absolutismo, en política, una agresión

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1070, 1 de septiembre de 1928. En *Signos y obras* (1959) pp. 132-134. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 655-657.

⁸⁵ Suprimido en *Signos y obras*, incluido como nota a pie de página con aclaración de sus editores, p. 132.

⁸⁶ «condotiero», DRAE.

⁸⁷ Volver al pasado.

a la cultura, a la civilidad⁸⁸, agresión que si no es rechazada victoriosamente comprometerá e insidiará el progreso de todas las actividades del espíritu, a comenzar por aquellas que algunos suponen más autónomas.

Jiménez de Asúa ha empezado a reflexionar y a ocuparse en la política de su patria, solicitado por la necesidad de resistir una reacción de este género, que ya ha trascendido a la vida intelectual de su pueblo, de la manera que en alguna parte de su libro comenta. «La vocación por las ciencias del delito —escribe en el prólogo— me hizo desentenderme, durante largos años, de preocupaciones políticas y sociales. A tiempo he comprendido que los técnicos que abjuran de su cualidad ciudadana merecen el más denso menosprecio. El universo íntimo de mi ser se ha colonizado por nuevos pobladores, a los que se deben las páginas de esta obra. El Directorio y los que continúan ahora sus maneras no son ajenos a esta evolución de mi intimidad, que contemplo con extremo regocijo».

El pensamiento político de Jiménez de Asúa no está netamente formulado en su obra. Más que una doctrina, se dibuja en sus escritos una actitud. Una actitud que no es únicamente suya y que se podría tal vez definir con esta palabra: neoliberalismo, porque la palabra liberalismo sabe a cosa rancia, bastante desacreditada. Este liberalismo no se estima, doctrinal ni prácticamente, inconciliable con el socialismo. Por el contrario, descansa en la convicción de que la realización de la idea liberal, en lo que encierra de más esencial, es en nuestro tiempo misión del socialismo y de las clases obreras. Es, en sustancia, el liberalismo dinámico, dialéctico, histórico, del cual ha sido siempre insigne y austero maestro Benedetto Croce, exento como pocos pensadores de la misma escuela, de toda gazmoñería liberal —o pseudoliberal— condenaba desde 1907 inexorablemente a la Reacción, con estas palabras: «La pretensión de destruir el movimiento obrero, nacido del seno mismo de la burguesía, sería como pretender cancelar la Revolución Francesa, la cual creó el dominio de la burguesía; más aún, al absolutismo iluminado del siglo decimotercero⁸⁹, que prepara la revolución; y de grado en grado suspirar por la restauración del feudalismo y del Sacro Imperio Romano y por añadidura el retorno de la historia a sus orígenes, donde no sé si encontraría el comunismo primitivo de los sociólogos (y la lengua única del profesor Trombetti, pero no se encontraría, por cierto, la civilización). Quien se pone a combatir al socialismo, no ya en este o tal momento de la vida de un país, sino en general (digamos así en su exigencia), está constreñido a negar la civilización y el propio concepto moral sobre el cual la civilización se funda». Liberales de esta estirpe, aunque no acepten siempre la etiqueta liberal, son en Europa don Miguel de Unamuno y Bertrand Russell y en la América Latina, Sanín Cano.

⁸⁸ «civilización», en *Signos y obras*, p. 133.

⁸⁹ «décimo octavo», en *Variedades y Signos y obras*. DRAE: decimotercero.

Mas esto indica que el liberalismo no tiene continuación y actualidad sino en un plano netamente intelectual y filosófico; y que, si se descende al terreno de la política práctica y concreta, el liberalismo está representado por conservadores atentos sólo a su técnica administrativa y económica y ausentes de su espíritu revolucionario, que se obstinan en la tarea reaccionaria de resistir al socialismo, al cual incumbe todo desarrollo posible y lógico de la idea liberal. Con penetrante percepción, un literato ajeno a teorizaciones políticas, como don Ramón del Valle Inclán, declara que el deber de todo liberalismo consciente es hacerse socialista. El liberalismo, por tanto, en cuanto quiere permanecer tal, carece de doctrina. Su programa económico es el del socialismo, que recibe todo su patrimonio histórico. Y, por consiguiente, no se ve cuál puede ser, en sentido revolucionario, el oficio de los partidos liberales. El liberal verdadero, proclama que su función ha pasado a los partidos socialistas, a la clase trabajadora. El drama del liberalismo está en su obligación de reconocer que ha llegado la hora de su liquidación como programa económico y como partido político.

Jiménez de Asúa constata que el neoliberalismo español no puede transigir con el regreso al antiguo régimen constitucional y a los hombres y métodos que lo representaron. «Con independencia de los añejos partidos republicanos, cuya única misión parecía la de dar ministros al Monarca, se ha constituido ya un poderoso núcleo de acción republicana. España posee, en suma, hombres capaces de regir los destinos del país por rutas certeras y democráticas, pero esas juventudes intelectuales, que combaten contra el Directorio y que resudan sus procedimientos, no sólo quieren luchar contra la episódica dictadura vigente, sino que desean derrotar al germen de futuros despotismos. No se contentan, pues, con un cambio de métodos de gobierno, pretenden la sustitución del régimen monárquico, por una República democrática que viva en estrecha alianza con los obreros. La empresa de derrotar al Directorio no hubiera sido difícil si la intelectualidad liberal quisiera convivir con la monarquía; pero como sus aspiraciones flechan más dilatados horizontes, aún deberá soportar España la opresión por algún tiempo».

El partido socialista español, a su turno, en su último congreso, ha revelado, a través de los discursos de Indalecio Prieto y Teodomiro Menéndez, una acentuada preocupación respecto a la conveniencia de entonar su acción con las aspiraciones de la opinión liberal, hasta transformarse en el núcleo central de ésta. Prieto y Menéndez son, sin duda, mucho más liberales que socialistas. Son dos liberales que se dan cuenta de que no hay nada que hacer en el liberalismo; pero en quienes los resabios de la política parlamentaria y electoral, operan todavía lo bastante para que el liberalismo les parezca, por algún tiempo, la mejor política socialista.

Hace falta en España una clarificación mayor de las ideas para que se arrije a una concentración decisiva de las fuerzas. Tanto las valuaciones de Jiménez de Asúa como las del socialismo oficial, dicen que esa

clarificación está aún lejos. Las unas y las otras, denuncian este hecho: que los liberales no se deciden a ser absoluta y efectivamente liberales, tanto como los socialistas no se deciden a ser efectivamente socialistas.

EL CENTENARIO DE TOLSTOY *

El primer centenario del nacimiento del Conde León Tolstoy nos invita a todos, con más o menos instancia, a un momento de meditación tolstoyana. La América Latina es uno de los continentes espirituales que menos ha sentido el ascendiente de Tolstoy. Sabemos que de esto no es posible hacerle un mérito. Tolstoy no ha penetrado en el espíritu latinoamericano por defecto de sensibilidad. La América sajona podía, por razones de vitalidad capitalista, mostrarse poco permeable a la prédica del autor de *La Guerra y La Paz*. La moral puritana o judía le bastaba como fermento espiritual en su desarrollo capitalista. ¿Qué se iba a hacer un pueblo de *pionners*, del⁹⁰ mensaje de un patriarca rural eslavo, ásperamente hostil a la civilización industrial y urbana, orientalmente impregnado de ideas budistas y taoístas? Tolstoy en Norteamérica no habría tenido la fortuna de William James, de Ralf Waldo Emerson, ni de Walt Whitman. Habría sido un rudo caso de soledad y de protestas a lo Thoreau. Latinoamérica, agraria y colonial, le ha resistido por otras razones: por negligencia espiritual e intelectual, por carencia de preocupaciones religiosas, por sensualidad tropical. El veneno de todos los decadentismos, nos ha hallado más propicios. Tolstoy ha llegado tarde a nuestra conciencia. Vasconcelos es, quizá, el único portador de su mensaje.

Tolstoy está presente y operante, sobre todo, en Asia. Romain Rolland acaba de agregar a su *Vida de Tolstoy* un capítulo sobre «la respuesta del Asia» a su llamamiento. Gandhi, el Mahatma hindú, es el continuador del pensamiento tolstoyano. La relación entre Tolstoy y Gandhi quedó hace tiempo perfectamente esclarecida. Romain Rolland anexa a su nuevo capítulo una carta escrita por Tolstoy a Gandhi dos meses antes de su muerte. En esta carta, que saluda con júbilo los albores del gandhismo, Tolstoy formula, en términos definitivos, el evangelio de la No-resistencia al mal. La política gandhiana de la no-cooperación no es sino la aplicación a la lucha del pueblo hindú de la doctrina de la no-resistencia. Uno de los mayores movimientos nacionales contemporáneos, lleva así inscritos en sus banderas los lemas de Tolstoy. No debatiremos aquí con qué eficacia: queremos sólo registrar, lacónica y objetivamente, el hecho. [Y]⁹¹ la siembra de Tolstoy en Oriente, según ahora se estudia, fue más extensa y profunda

* En *Variedades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núm. 1072, 15 de septiembre de 1928. Incluido en *El Artista y la Época* (1959), pp. 134-137. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 661-662.

⁹⁰ «con eb», en *El artista y la época*, p. 134.

⁹¹ Omitido en *El artista y la época*.

de cuanto se sospecha. Tolstoy tuvo siempre la mirada dirigida al Oriente más que a Occidente. Sus ideas religiosas y filosóficas se nutrieron abundantemente de la tradición asiática. Sus corresponsales y amigos de la India, China, el Japón, ganaron a lo que parece, su predilección.

Pero, como está también averiguado, ningún ascendiente iguala acaso al de Rousseau en la formación ideológica del fuerte labriego de Yasnaia Poliana. Por su filiación rousseauiana —no anulada por una amorosa asimilación del pensamiento de Lao Tse, Buda, Krishna y aun Mahoma—, Tolstoy pertenece, en gran parte, a Occidente, donde su influencia intelectual es considerable, por mucho que su agreste acento de campesino eslavo se avenga poco con el espíritu activista y ciudadano del europeo moderno. La civilización occidental está habituada a superar estas contradicciones, en virtud de las cuales San Francisco de Asís y Juan Jacobo Rousseau no son menos suyos que Nietzsche y Karl Marx.

La historia ha querido que tocarse a una revolución marxista honrar en Rusia a Tolstoy, en su primer centenario. Los Soviets se han comportado noblemente en esta fecha universal y rusa. Lunatcharsky, ministro de Educación Pública, ha formado parte del comité de conmemoración. La experimentación de las ideas pedagógicas de Tolstoy en Yasnaia Poliana, es uno de los homenajes rendidos a su memoria. Una edición completa de sus obras, de la cual cuida su íntimo amigo Chejov, se cuenta entre las empresas editoriales del Estado ruso.

Mas, si se aprecian bien las cosas, no hay nada de irónico en esta solemne conmemoración del apóstol de la no-resistencia, por un gobierno socialista, obediente a la fatalidad histórica de la violencia. La Revolución Rusa no se ha mostrado nunca avara de su reconocimiento con ninguno de los grandes hombres que, por diversos caminos, prepararon la revuelta moral del pueblo ruso contra el viejo régimen. La deuda de Rusia a Tolstoy encuentra en el poder a los espíritus mejor dispuestos a pagarla. Los marxistas rusos están unidos a la civilización oriental exactamente por el lado opuesto que Tolstoy. La realización de su ideal depende del empleo de la ciencia y la técnica occidentales, no menos que de una concepción energética, activista y operante de la vida. El capitalismo no puede ser superado y vencido con otras armas. Tolstoy, campesino y aristócrata, íntimamente, no podía comprenderlo. Rusia, para realizar su revolución, tenía que decir oportunamente adiós a la doctrina tolstoyana, sin renegar a Tolstoy, que tan definitivamente queda insertado en su historia.

La mayoría de sus comentaristas reconoce en la literatura rusa dos personalidades dominantes: la de Tolstoy y la de Dostoievsky. Un crítico de la nueva Rusia, Ilya Ehrenburg, ha escrito que, en las nuevas generaciones, el ascendiente de Tolstoy es, ciertamente, mayor que el de Dostoievsky, contra lo que se entretienen en suponer, en sus arbitrarias conjeturas sobre el fenómeno bolchevique, gentes incapaces de concebir sino una Rusia más o menos neurótica. La literatura de estirpe dostoievskiana refleja, en mi opinión, la neurosis de una burguesía retardada, que no llegó a encontrar su

equilibrio en el poder político. La literatura de Tolstoy, tiene un espíritu diverso. Dostoievsky decía que las obras de Turguenev y Tolstoy, por bellas que fueran, eran una literatura de *pomietschik*: esto es, de terratenientes. Por lo que toca a Tolstoy es evidente que, aunque su genio rebasara muchos límites, sabe clasificarlo como la sublimación de la vieja aristocracia. Si no conservó el alma del terrateniente, como pretende la frase de Dostoievsky, conservó el alma y los gustos del campesino.

Y si la Rusia, a pesar de su revolución obrera y marxista, es aún principalmente un gran país campesino, son sin duda muchas y muy frescas las raíces que Tolstoy conserva en su historia.

«1928» Y «LA ODA AL BIDET» *

La revista cubana *1928* comenta, con cierto fastidio, en su número de agosto, que acaba de traernos el correo, la nota polémica con que apostilló *Amauta* en su Index la «Oda al Bidet» de Giménez Caballero. *1928* no asume la defensa de este espécimen de literatura vanguardista española, denunciado por nosotros desde puntos de vista reiteradamente expuestos sobre la confusión de elementos de revolución y de decadencia en el arte nuevo. Pero se supone injustamente aludida en las líneas o entrelíneas de nuestro comentario. Debemos apresurarnos a asegurar a nuestro estimado colega de La Habana que en la nota polémica citada no hay ninguna reticencia contra *1928*. Al hablar del largo y puntual tributo que nuestros países pagan aún a la metrópoli, no nos hemos referido absolutamente a las colaboraciones españolas, de esa revista —que en la nuestra no faltan—, sino a un hecho general del cual arranca nuestra voluntad de reaccionar contra el ascendiente, particularmente peligroso, de los modelos de la moda literaria madrileña. *Amauta*, no obstante su reivindicación de lo autóctono, está exenta de todo vulgar anti-españolismo. La España de Unamuno tiene nuestra más encendida devoción. Estamos contra la España de Alfonso XIII, de Primo de Rivera, de Martínez Anido y de sus clientelas políticas e intelectuales. ¿Por qué encuentra despectiva *1928* la frase «la greguería castiza y aventurera»? ¿Habría que reivindicar los términos «aventura» y aventurera, tan malamente aplicados en la mayoría de los casos?

A *1928* le debemos el más cordial reconocimiento por su protesta contra la suspensión de *Amauta* hace un año. Es una revista definitivamente inscrita en nuestro cariño. Deploramos doblemente, por esto, que no se haya percatado de la intención exacta de nuestro «Index».

* En *Amauta* (Lima), núm. 17, Notas, septiembre de 1928, p. 91. Incluido en *Mariátegui Total*, Tomo I, p. 479.

ESQUEMA DE UNA INTERPRETACIÓN DE CHAPLIN *

El tema de Chaplin me parece, dentro de cualquiera explicación de nuestra época, no menos considerable que el tema Lloyd Georges o el tema de Mac Donald (si le buscamos equivalente en solo la Gran Bretaña). Muchos han encontrado excesiva la aserción de Henri Puolaille de que *The Gold Rush* (*En pos del oro*, *La quimera del oro* son traducciones apenas aproximadas de ese título), es la mejor novela contemporánea. Pero — localizando siempre a Chaplin en su país— creo que, en todo caso, la resonancia humana de *The Gold Rush* sobrepasa largamente a la del *Esquema de Historia Universal* de Mr. H. G. Wells y a la del teatro de Bernard Shaw. Este es un hecho que Wells y Shaw serían, seguramente, los primeros en reconocer (Shaw exagerándolo bizarra y extremadamente y Wells atribuyéndolo, algo melancólico, a la deficiencia de la instrucción secundaria).

La imaginación de Chaplin elige, para sus obras, asuntos de categoría no inferior al regreso de Matusalén o la reivindicación de Juana de Arco: el Oro, el Circo. Y, además, realiza sus ideas con mayor eficacia artística: el intelectualismo reglamentario de los guardianes del orden estético se escandalizará por esta proposición. El éxito de Chaplin se explica, según sus fórmulas mentales, del mismo modo que el de Alejandro Dumas o Eugenio Sué. Pero, sin recurrir a las razones de Botempelli sobre la novela de intriga ni suscribir su revaluación de Alejandro Dumas, este juego simplista queda descalificado tan luego se recuerda que el arte de Chaplin es gustado, con la misma fruición, por doctos y analfabetos, por literatos y boxeadores. Cuando se habla de la universalidad de Chaplin no se apela a la prueba de su popularidad. Chaplin tiene todos los sufragios: los de las mayorías y las minorías. Su fama es, a la vez, rigurosamente aristócrata y democrática. Chaplin es un verdadero tipo de elite, para todos los que no olvidamos que elite quiere decir selecta⁹².

La búsqueda, la conquista del oro, el *gold rush*, ha sido el capítulo romántico, la fase bohemia de la epopeya capitalista. La época capitalista comienza en el instante en que Europa renuncia a encontrar la teoría del oro para buscar sólo el oro real, el oro físico. El descubrimiento de América está, por esto, sobre todo, tan íntima y fundamentalmente ligado a su historia. (Canadá y California: grandes estaciones de su itinerario). Sin duda, la revolución capitalista fue, principalmente, una revolución tecnológica: su primera gran victoria es la máquina; su máxima invención, el capital

* En *Varietades* (Lima), sec. «Figuras y aspectos de la vida mundial», núms. 1075 y 1076, 6 y 13 de octubre de 1928. Incluido en *Amauta*, con el título «Esquema de una explicación de Chaplin», con modificaciones, núm.18, octubre de 1928, pp. 66-71. *El Alma Matinal* (1970), pp. 55-62. *Mariátegui Total*, Tomo I, pp. 514-517.

⁹² «selecta», en *Amauta* y en *El Alma Matinal*.

financiero. Pero el capitalismo no ha conseguido nunca emanciparse del oro, a pesar de la tendencia de las fuerzas productoras a reducirlo a un símbolo. El oro no ha cesado de insidiar su cuerpo y su ánima⁹³. La literatura burguesa ha negligido, sin embargo, casi totalmente este tema. En este siglo decimonono⁹⁴, sólo Wagner lo siente y lo expresa en su manera grandiosa y alegórica. La novela de oro aparece en nuestros días: *L'Or* de Blaise Cendrars, *Tripes d'Or* de Crommelynk, son dos especímenes distintos pero afines a esta literatura. *The Gold Rush* pertenece también, legítimamente, a ella. Por este lado, el pensamiento de Chaplin y las imágenes en que se vierte, nacen de una intuición actual. Es inminente la creación de una gran sátira contra el oro. Tenemos ya sus anticipaciones. La obra de Chaplin aprehende algo que se agita vivamente en la subconsciencia del mundo.

Chaplin encarna, en el cine, al bohemio. Cualquiera que sea su disfraz, imaginamos siempre a Chaplin en la traza vagabunda de Charlot. Para llegar a la más honda y desnuda humanidad, al más puro y callado drama, Chaplin necesita absolutamente la pobreza y el hambre de Charlot, el romanticismo y la insolencia de Charlot. Es difícil definir exactamente al bohemio. Navarro Monzó, para quien San Francisco de Asís, Diógenes y el propio Jesús serían la sublimación de esta estirpe espiritual, dice que el bohemio es la antítesis del burgués. Charlot es antiburgués por excelencia. Está siempre listo para la aventura, para el cambio, para la partida. Nadie lo concibe en posesión de una libreta de ahorros. Es un pequeño Don Quijote, un juglar de Dios, humorista y andariego.

Era lógico, por tanto, que Chaplin sólo fuera capaz de interesarse por la empresa bohemia, romántica del capitalismo: la de los buscadores de oro. Charlot podía partir a Alaska, enrolado en la codiciosa y miserable falange [de los que salían]⁹⁵ a descubrir el oro con sus manos, en la montaña abrupta y nevada. No podía quedarse a obtenerlo, con arte capitalista, del comercio, de la industria, de la bolsa. La única manera de imaginar a Charlot rico era ésta. El final de *The Gold Rush* —que algunos hallan vulgar, porque preferirían que Charlot regresara a su bohemia descamisada— es absolutamente justo y preciso. No obedece mínimamente a razones de técnica yanqui.

Toda la obra está insuperablemente construida. El elemento sentimental, erótico, interviene en su desarrollo como medida matemática, con rigurosa necesidad artística y biológica. Jim Mc Kay⁹⁶ encuentra a Charlot, su antiguo compañero de penuria y de andanza, en el instante exacto en que Charlot, en tensión amorosa, tomará con una energía máxima

⁹³ «ánimo» en *Amauta*, y «alma» en *El Alma Matinal*.

⁹⁴ «décimo nono», en *Varietades*, *Amauta* y *El Alma Matinal*. DRAE: decimonono

⁹⁵ «que salía», en *El Alma Matinal*, p. 57.

⁹⁶ Ídem.

la resolución de acompañarlo en la busca de la ingente mina perdida. Chaplin, autor, sabe que la exaltación erótica es un estado propicio a la creación, al descubrimiento. Como Don Quijote, Charlot tiene que enamorarse antes de emprender su temerario viaje. Enamorado, vehementemente y bizarramente enamorado, es imposible que Charlot no halle la mina. Ninguna fuerza, ningún accidente, puede detenerlo. No importaría que la mina no existiera. No importaría que Jim Mc Kay, oscurecido su cerebro por el golpe que borró su memoria y extravió su camino, se engañase. Charlot hallaría de todos modos la mina fabulosa. Su *pathos* le da una fuerza suprarrenal. La avalancha, el vendaval, son impotentes para derrotarlo. En el borde de un precipicio, tendrá sobrada energía para rechazar la muerte y dar un volatín sobre ella. Tiene que regresar de este viaje, millonario. ¿Y quién podía ser, dentro de la contradicción de la vida, el compañero lógico de su aventura victoriosa? ¿Quién, sino este Jim Mc Kay, este tipo feroz, brutal, absoluto, de buscador de oro que, desesperado de hambre en la montaña, quiso un día asesinar a Charlot para comérselo? Mc Kay tiene rigurosa, completamente, la constitución del perfecto buscador de oro. No es excesiva ni fantástica la ferocidad que Chaplin le atribuye famélico, desesperado. Mc Kay no podía ser el héroe cabal de esta novela, si Chaplin no lo hubiese concebido resuelto, en caso extremo, a devorar a un compañero. La primera obligación del buscador de oro es vivir. Su razón es darwiniana y despiadadamente individualista.

En esta obra, Chaplin, pues, no sólo se ha apoderado genialmente de una idea artística de su época, sino que la ha expresado en términos de estricta psicología científica. *The Gold Rush* confirma a Freud. Desciende, en cuanto al mito, de la tetralogía wagneriana. Artística, espiritualmente, excede, hoy, al teatro de Pirandello y a la novela de Proust y de Joyce.

[*El circo*, en un próximo artículo, nos ayudará a explicarnos a Chaplin como fenómeno de nuestro tiempo].⁹⁷

II

El circo es espectáculo bohemio, arte bohemio por excelencia. Por este lado, tiene su primera y más entrañable afinidad con Chaplin. El circo y el cinema, de otro lado, acusan un visible parentesco, dentro de su autonomía de técnica y de esencia. El circo, aunque de manera y con estilo distintos, es movimiento de imágenes como el cinema. La pantomima es el origen del arte cinematográfico, mudo por excelencia, a pesar del empeño de hacerlo hablar. Chaplin, precisamente, procede de la pantomima, o sea del circo.

El cinema ha asesinado al teatro, en cuanto teatro burgués. Contra el circo no ha podido hacer nada. Le ha quitado a Chaplin, artista de

⁹⁷ Suprimido en *Amauta*, p. 69, y en *El Alma Matinal*, p. 58.

cinema, [pero]⁹⁸ espíritu de circo, en que⁹⁹ está vivo todo lo que de bohemio, de romántico, de nómada hay de circo. Botempelli ha despedido sin cumplimientos al viejo teatro, burgués, literario, palabrero. El viejo circo, en tanto, está vivo, ágil, idéntico. Mientras el teatro necesita reformarse, rehacerse, retomando el «misterio» medioeval, al espectáculo plástico, a la técnica agonal o circense, o acercándose al cinema con el acto sintético y¹⁰⁰ la escena móvil, el circo no necesita sino continuarse: en su tradición encuentra todos sus elementos de desarrollo y prosecución.

La última película de Chaplin es subcientíficamente un retorno sentimental al circo, a la pantomima. Tiene, espiritualmente, mucho de evasión de Hollywood. Es significativo que esto no haya estorbado sino favorecido una acabada realización cinematográfica. He encontrado en una [novísima]¹⁰¹ sazónada revista de vanguardia [(*Pulso*, Buenos Aires. Director: Alberto Hidalgo)]¹⁰², reparos a *El Circo*, como obra artística. Opino todo lo contrario. Si lo artístico, en el cinema, es sobre todo lo cinematográfico, con *El Circo* Chaplin ha dado como nunca en el blanco. *El Circo* es pura y absolutamente cinematográfico. Chaplin ha logrado, en esta obra, expresarse sólo en imágenes. Los letreros están reducidos al minimum. Y podría haberseles suprimido totalmente, sin que el espectador se hubiese explicado menos la comedia.

Chaplin proviene, según un dato que [ignoro si es exacto]¹⁰³, de una familia de *clowns*¹⁰⁴, de artistas de circo. En todo caso, él mismo ha sido *clown* en su juventud. ¿Qué fuerza ha podido sustraerlo de este arte, tan consonante¹⁰⁵ con su ánimo de bohemio? La atracción del cinema, de Hollywood, no me parece la única y ni siquiera la más decisiva. Tengo el gusto de las explicaciones históricas, económicas y políticas y, aún en este caso, creo posible intentar una, quizás más seria que humorística. [(Para mí el humorismo es, tal vez, lo más serio que existe)]¹⁰⁶. El *clown* inglés representa el máximo grado de evolución del payaso. Está lo más lejos posible de esos payasos bulliciosos¹⁰⁷, excesivos, estridentes, mediterráneos, que estamos acostumbrados a encontrar en los circos viajeros, errantes. Es un mimo elegante, mesurado, matemático, que ejerce su arte con una dignidad perfectamente anglicana. A la producción de este tipo humano, la

⁹⁸ Omitido en *Amauta* y en *El Alma Matinal*.

⁹⁹ «quien», en *El Alma Matinal*.

¹⁰⁰ «de la», en *El Alma Matinal*, p. 59.

¹⁰¹ Omitido en *Amauta* y en *El Alma Matinal*.

¹⁰² Suprimido en *El Alma Matinal*, p. 59, e incluido como nota a pie de página.

¹⁰³ Sustituido por «en que insiste siempre su biografía», en *Amauta* y *El Alma Matinal*.

¹⁰⁴ Voz inglesa de payaso.

¹⁰⁵ «consecuente», en *Amauta*.

¹⁰⁶ Suprimido en *Amauta*, p. 70, y en *El Alma Matinal*, p. 60.

¹⁰⁷ «muy viciosos», en *El Alma Matinal*.

Gran Bretaña ha llegado —como a la del *pur sang* de carrera o de caza— conforme a un darwiniano riguroso principio de selección. La risa y el gesto del *clown* son una nota esencial, clásica, de la vida británica, una rueda y un movimiento de la magnífica máquina del Imperio. El arte del *clown* es un rito; su comicidad, absolutamente seria. Bernard Shaw, metafísico y religioso, no es en su país otra cosa que un *clown* que escribe. El *clown* [inglés]¹⁰⁸ no constituye un tipo, sino más bien una institución, tan respetable como la Cámara de los Lores. El arte del *clown* significa el domesticamiento de la bufonería salvaje y nómada del bohemio, según el gusto y las necesidades de una refinada sociedad capitalista. La Gran Bretaña ha hecho con la risa del *clown* de circo lo mismo que con el caballo árabe: educarlo con arte capitalista y zootécnico, para puritano recreo de su burguesía manchesteriana y londinense. El *clown* ilustra notablemente la evolución de las especies.

Aparecido en una época de exacto y regular apogeo británico, ningún *clown*, ni aún el más genial Chaplin, habría podido desertar de su arte. La disciplina de la tradición, la mecánica de la costumbre, no perturbadas ni sacudidas, habrían bastado para frenar automáticamente cualquier impulso de evasión. El espíritu de la severa Inglaterra corporativa era bastante, en un período de normal evolución británica, para mantener la fidelidad al oficio, al gremio. Pero Chaplin ha ingresado a la historia en un instante en que el eje del capitalismo se desplazaba sordamente de la Gran Bretaña a Norteamérica. El desequilibrio de la maquinaria británica, registrado tempranamente por su espíritu ultrasensible, ha operado sobre sus ímpetus centrífugos y secesionistas. Su genio ha sentido la atracción de la nueva metrópoli del capitalismo. La libra esterlina bajo el dólar, la crisis de la industria carbonera, el paro en los telares de Manchester, la agitación autonomista de las colonias, la nota de Eugenio Chen sobre Hankow, todos estos síntomas de un aflojamiento de la potencia británica, han sido presentidos por Chaplin —receptor alerte de los más secretos mensajes de la época—, cuando de una ruptura del equilibrio interno del *clown*, nació Charlot, el artista de cinema. La gravitación de los Estados Unidos, en veloz crecimiento capitalista, no podía dejar de arrancar a Chaplin a un sino de *clown* que se habría cumplido normalmente hasta el fin, sin una serie de fallas en las corrientes de alta tensión de la historia británica. ¡Qué distinto habría sido el destino de Chaplin en la época victoriana, aunque ya entonces el cinema y Hollywood hubiesen encendido sus reflectores!

Pero Estados Unidos no se ha asimilado espiritualmente a Chaplin. La tragedia de Chaplin, el humorismo de Chaplin, obtienen su intensidad de un íntimo conflicto entre el artista y Norteamérica. La salud, la energía, el *élan* de Norteamérica retienen y excitan al artista; pero su puerilidad burguesa, su prosaísmo arribista, repugnan al bohemio, romántico en el fondo. Norteamérica, a su vez, no ama a Chaplin. Los gerentes de

¹⁰⁸ Omitido en *El Alma Matinal*, p. 60.

Hollywood, como bien se sabe, lo estiman subversivo, antagónico. Norteamérica siente que en Chaplin existe algo que le escapa. Chaplin estará siempre sindicado de bolchevismo, entre los cuáqueros¹⁰⁹ de la finanza y la industria yanquis.

De esta contradicción, de este contraste, se alimenta uno de los más grandes y puros fenómenos artísticos contemporáneos. El cinema consiente a Chaplin asistir a la humanidad en su lucha contra el dolor con una extensión y simultaneidad que ningún artista alcanzó jamás. La imagen de este bohemio trágicamente cómico, es un cotidiano viático de alegría para los cinco continentes. El arte logra, con Chaplin, el máximo¹¹⁰ de su función hedonista y liberadora¹¹¹. Chaplin alivia, con su sonrisa y su traza dolidas, la tristeza del mundo. Y contribuye¹¹² a la miserable felicidad de los hombres, más que ninguno de sus estadistas, filósofos, industriales y artistas.

¹⁰⁹ «neo-cuáqueros», en *Amauta* y *El Alma Matinal*.

¹¹⁰ «máximo», en *El Alma Matinal*, p. 62.

¹¹¹ «libertadora», en *Amauta*, p. 71, y en *El Alma Matinal* p. 62.

¹¹² «concorre», en *Amauta*, p. 71, y en *El Alma Matinal*, p. 62.

COLOFÓN: REFLEXIONES DISIDENTES

Ricardo Melgar Bao

Muchos proyectos visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que solo realizaré los que un poderoso mandato vital me ordene. Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso. Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de —también conforme un principio de Nietzsche— meter toda mi sangre en mis ideas.

José Carlos Mariátegui

José Carlos Mariátegui (1894-1930) es el escritor y político socialista más publicado y leído de nuestro continente, dentro y fuera de sus confines. En vida, nuestro autor publicó dos libros: *La escena contemporánea* (1925) y *7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana* (1928). En el primer texto, agrupó una selección de escritos publicados con anterioridad en la revista *Varietades*, al amparo de una sección que el propio autor denominó «Figuras y aspectos de la vida mundial». El ensayista peruano en la presentación de su libro señaló que en él estaban contenidos «dos elementos primarios» de un ensayo de interpretación acerca de los problemas «tormentosos» de la época que le tocaba vivir. Leer el mundo, la escena contemporánea, fue una actividad intelectual ineludible y no porque nuestro socialista quisiese descentrarse de su mirador continental o nacional, sino porque sabía de sus muchas interrelaciones y las seguía con atención. El segundo texto, considerado de manera unánime por sus críticos y estudiosos como su obra cumbre, será motivo de un desarrollo polémico al final de este colofón.

PREÁMBULO

Decir el mundo en función de la trayectoria histórica de sus contradicciones y sus contemporáneas urgencias y alternativas fueron para Mariátegui parte del aprendizaje que debía asumir como intelectual latinoamericano y parte también de lo que quiso enseñarnos como el maestro que supo ser. Para nuestro Amauta, más allá de ciertas discrepancias, la unanimidad entre los afines era infecunda. Por otro lado, consideraba que, si se mantenía el respeto frente a sus oponentes y antagonistas, el debate sería enriquecedor. Caricaturizar las ideas del adversario le parecía éticamente deleznable y políticamente un yerro injustificable. Nuestro ensayista fue un conductor para los que convergían con él en sus diálogos, reflexiones y actividades intelectuales y/o políticas. El Amauta poseía dotes de guía del pensamiento y de polemista. Sin embargo, fue ajeno a todo tipo de sectarismos en los campos intelectual y político. Reiteramos que nuestro socialista mayor, frente a sus oponentes, fuesen estos adversarios o antagonistas, reivindicó el debate de ideas, la

presentación y confrontación de argumentos. Bastaba el hecho de que un oponente intelectual o político, al acercársele de manera directa o por vía epistolar o periodística, tuviese la honestidad de asumir públicamente sus convicciones para que fuese recibido o atendido con respeto, sin transigir en sus convicciones e ideales. La comunicación franca y directa no es un acto de claudicación u oportunismo. Escuchar o leer al otro, es parte de la dialéctica de la comunicación y del buen debate.

Para Mariátegui, decir el mundo no era describir sus manifestaciones fenoménicas, sino formular preguntas y explicaciones posibles, al tiempo que advertía a sus lectores de los límites de tal o cual práctica intelectual o política letrada. Consideraba nuestro autor, que «no es posible aprehender en una teoría el eterno panorama del mundo contemporáneo que no es posible fijar en una teoría su movimiento». Esta certidumbre, lo llevó a reivindicar un método «un poco periodístico y un poco cinematográfico» para seguir el movimiento en sus ritmos, virajes y estaciones. Y aspirar, a partir de él, a ir sentando las bases de varios ensayos de interpretación sobre significativos temas. Estas coordenadas nos han de ser útiles para comprender mejor lo que encierran muchos de los artículos que ofrecemos en esta compilación —que se pretende completa— de lo escrito en 1928, pero que concede la posibilidad de nuevos hallazgos. Y si en *La Escena Contemporánea*, encontramos en ciernes sus esbozos de ensayos de interpretación, en *7 Ensayos* los vemos realizados magistralmente, pero con una atingencia del autor: no considerarlos como textos cerrados. Los ensayos, para Mariátegui y los cultores de tal práctica escritural, no pueden considerarse textos acabados, ya que la investigación que los solventa tiene su cuota de relatividad para descifrar los procesos concretos. Por tal razón, Mariátegui afirmó en 1928, en la advertencia a su libro cumbre: «Volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mi investigación y mi polémica. Tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado».

El que nuestro Amauta escribiera sus mejores artículos como esbozos de ensayos y que más tarde decidiese desarrollarlos y pulirlos para su inclusión en los planes de edición de sus propias obras, nos reitera que la firmeza de sus convicciones no estaba reñida con el propio reconocimiento de cierta relatividad en algunos de sus juicios, tesis o registros.

En la tradición socialista mundial el ensayo tiene una hermosa tradición, tan respetable como la generada bajo otros géneros escriturales, consagrados o no por las academias. El ensayo debe ser constantemente confrontado con la realidad para añadir, modificar cambiar o eliminar aquello que no estuviera de acuerdo con la problemática estudiada, investigada. Recordemos que el desarrollo de la sociedad es constante y el conocimiento es inconmensurable de acuerdo con la realidad cambiante que modela al propio intelectual y sus modos de vivir, investigar y escribir.

Mariátegui fue un intelectual probo, honrado, que sabía que la escritura no debía congelar la vida, ni el proceso en desarrollo, ni la memoria de lo acaecido; tampoco debería faltar a la moral de los productores, ni a la adhesión inquebrantable al ideal y a la esperanza en el horizonte de futuro. Sabía que el acierto y el error formaban parte del quehacer intelectual y político. Tal postura sugería un puente frente a los jóvenes intelectuales socialistas que serían sus sucedáneos. Mariátegui en su mensaje fue claro, no había agotado los tópicos de la sociedad en que vivió, mal podrían sus lectores y adherentes convertir los asertos, así como las hipótesis e intuiciones de sus ensayos en textos monolíticos y talmúdicos. Lamentablemente, a pesar de su mensaje, florecieron de tiempo en tiempo hasta el presente como mala hierba: popes y rezanderos, hermeneutas y repetidores de frases que vivieron y viven de espaldas a lo que la realidad tiene de contingente y duradero, a la historia abierta, al mensaje de su mentor.

Si la temprana muerte del pensador peruano cerró su obra, su legado quedó abierto. El estudio de la realidad debía continuar, no tenía más norte que proseguir. La obra de Mariátegui suponía muchas estaciones necesarias y fecundas en un recorrido difícil y sinuoso compartido por los intelectuales socialistas peruanos, latinoamericanos y de otros continentes.

La plástica concepción de Mariátegui acerca de la práctica escritural y sus ligas con la investigación y el ejercicio crítico y polémico nos permitirá calibrar, en cada escrito suyo, tanto lo que hubo de germinal en sus ideas como lo que se encontraba en algún estadio diferenciado de su proceso de maduración. Esta postura fue parte de su legado crítico, de su ética intelectual y política.

1928 fue un año fecundo en la vida y obra ensayística de Mariátegui. Algo más de ochenta años de por medio permitirá a sus críticos más exigentes diferenciar lo que hay de perdurable y de efímero en sus textos. Lo que hay de ideas gérmenes y de basamentos interpretativos en sus escritos perdurará y seguirá suscitando búsquedas y debates. Para nuestro autor, los esquemas, las cuestiones o problemas, así como los procesos, fueron llaves analíticas, reales instrumentos heurísticos que modelaron sus respectivos ensayos de interpretación.

Presentar los artículos, notas y epístolas como un conjunto unitario, nos permitirá apreciar que, desde los bordes de sus *7 Ensayos*, Mariátegui siguió desplegando su imaginación y análisis crítico con vistas al mundo, a nuestra América Latina y al Perú mismo. Sabía y atendía ese juego de movimientos complejos que tensaban la malla de relaciones múltiples del mundo. Atisbaba el curso de la crisis de la democracia en uno y otro escenario continental. Seguía con preocupación la fase ascendente del fascismo, los ascensos y repliegues de los movimientos socialistas, los rostros de la crisis mundial, la construcción del socialismo en la URSS y sus disidencias, sin olvidarse de los avatares de la Revolución china y mexicana ni de los movimientos anticolonialistas.

Los ojos del Amauta exploraban acuciosa y críticamente su entorno. Apostó a interrogar lo obvio y la presunta normalidad social o natural, interpeló lo que el cable no decía, lo que la realidad no mostraba a los sentidos, lo que la tradición en su heterogeneidad y contradicción velaba o descubría parcialmente. Lo que el lenguaje de los ritos, las emociones, las imágenes plásticas o arquitectónicas, los símbolos y los mitos eran capaces de decir y afectar las voluntades colectivas e individuales.

El término «creación» fue utilizado por nuestro autor en muchos de sus escritos, lo que nos da la medida de la importancia que para él tenía, tanto en su concepción del mundo como en su particular matriz interpretativa. El elogio estético y político que formuló nuestro ensayista acerca de la imaginación se movió en una zona liminar entre la modernidad periférica y la tradición andina. Su direccionalidad iba en pos del cambio, estético y/o revolucionario.

Hablar de creación heroica, fue la manera en que el Amauta supo transmitirnos, tanto a sus coetáneos como a sus sucedáneos, la trascendencia política y ética de remodelar el mundo. Obra nada fácil de realizar, toda vez que suponía, además de subvertir los diversos planos de la existencia social, imaginar y diseñar los basamentos del nuevo orden. Intuía Mariátegui que los riesgos y equívocos podían presentarse entre los que aspiraban a ser creadores, pero que ello no debería amilanar su espíritu de cambio. Se oponía firmemente a conceder posiciones bajo el imperio del miedo o la desconfianza frente a lo nuevo o lo desconocido. La creación heroica demandaba espíritu aventurero en su sentido más positivo. Consideraba que el inmovilismo intelectual y político se hermanaba en su vocación reaccionaria con los cultores del pasado y añejo orden.

En 1924 Mariátegui ya había sentenciado que: «Ser revolucionario o renovador es, desde este punto de vista, una consecuencia de ser más o menos imaginativo. El conservador rechaza toda idea de cambio por una especie de incapacidad mental para concebirla y para aceptarla. (...) La historia les da siempre razón a los hombres imaginativos».¹¹³

Hasta la imitación y la traducción poseen su veta creadora y moral. El que repite a Mariátegui, por rutina militante o esclerosis de la imaginación y del pensamiento, definitivamente puede ser filiado como un hombre tradicionalista, conservador. Consideremos como realista el camino que se apoya en la imitación para elevarse a la creación colectiva. La imitación como peldaño o asidero elemental se justifica a condición de elevarse más allá de los linderos de la reiteración. Toda creación, necesariamente, parte de lo real si quiere tener fundamento, pero no se agota ni en su naturaleza ni en sus órdenes. Podríamos decir que hasta la imitación misma tiene que procurar ser creadora, es decir, hacerlo para tomar los elementos originales y luego remontarse más allá de la copia para

¹¹³ Mariátegui, José Carlos, «La imaginación y el progreso», *Mundial* (Lima), 12 de diciembre de 1924.

realizar algo nuevo con lo ya existente. Debe subrayarse la idea de que la imitación no debe nutrirse de actos de piratería, todos reprobables.

Fronrosa fue la producción de José Carlos Mariátegui en 1928, a pesar de que, dicho año, fue accidentado para su ya quebrantada salud. Año de deslinde con Víctor Raúl Haya de la Torre, líder de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Año de la constitución orgánica del socialismo peruano y, de la reorientación de la revista *Amauta* e inicio del quincenario *Labor*. Agrupar los textos de 1928 tiene una pertinencia especial, por todas las investigaciones y debates que se vienen reactualizando, más allá de sus eventos conmemorativos ya cumplidos o por realizar.

Ha quedado muy atrás su condición de pensador proscrito. Tras su deceso en 1930, la izquierda cominternista inició la llamada campaña contra el «mariateguismo». No fue casual que la obra de Mariátegui fuese reeditada coincidiendo con el primer año de la disolución de la Internacional Comunista. El debate sobre Mariátegui reapareció en la revista cubana *Dialéctica*. Carlos Rafael Rodríguez, su director, resintió, tras sus ataques al pensador peruano, algunas réplicas que resonaron en varios países de la región. Su sectarismo ya no pudo frenar un movimiento de rectificación acerca del socialista latinoamericano. En fechas más recientes hay quienes, desde una postura posmoderna e insolvente han invocado la «necesidad» de decirle *Adiós a Mariátegui...* (2007), aduciendo que sus tesis entraron en proceso de obsolescencia por circunscribirse al contexto nacional peruano y a otro tiempo. Un lector con un mínimo de objetividad frente a la obra de Mariátegui tendría que reconocer que su obra no es exclusivamente producto de una presunta sacralización de lo nacional. Sus reflexiones acerca de la crisis mundial son elocuentes, alejándose de los enfoques economicistas o «politicistas» de su época y de nuestro tiempo.

Recordemos que la obra del insigne escritor socialista José Carlos Mariátegui, ha sido motivo de varios esfuerzos de compilación y edición, durante las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Muchas de sus obras no fueron inmunes a las dudas razonables de sus lectores y críticos acerca de lo que dejaban fuera, voluntaria o involuntariamente. Causales técnicas o ideológicas se hicieron visibles. Algún crítico aprista encontró que en alguna edición de *7 Ensayos* desapareció la alusión explícita del autor a Haya de la Torre. Otro crítico de izquierda demostró que en otra antología intitulada *La Organización del proletariado* (1967), se incluyó un artículo de Eudocio Ravines como si fuese de la autoría de Mariátegui ¿Error o contrabando discursivo? Es probable que fuese lo segundo. En 1970 un anónimo compilador publicó en México una antología de escritos bajo el título militante de: *El Proletariado y su organización*, la cual invirtió de manera oportunista el título de la antología de 1967 y batió el récord de mutilaciones practicadas por diversos editores a sus escritos. Las demás ediciones fueron más discretas en sus yerros. En descargo parcial podemos afirmar que se arrastraban algunas omisiones o errores de imprenta

perceptibles para algunos lectores en vida de Mariátegui. A ellos se sumaron otros, atribuibles, sea a la responsabilidad de los editores de las llamadas Obras Completas y de *Mariátegui Total* o a la de los impresores.

Un colofón de esta naturaleza no puede obviar la simbólica presencia de *7 Ensayos...* a través de nuestras propias reflexiones emanadas de su relectura. Mirados en su conjunto los textos de 1928, nos han de permitir calar, en esa fase ascendente de la adscripción de Mariátegui al marxismo crítico, al socialismo indoamericano, que él deseaba que no fuese ni traducción ni copia del europeo, sino creación heroica. Nuestro autor, durante ese año de madurez intelectual y política, publicó un libro trascendente: *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana* al cual dedicaremos nuestras reflexiones.

DESDE EL MARGEN: REFLEXIONES ACERCA DE *7 ENSAYOS...*

La mayor parte de la obra editada de José Carlos Mariátegui La Chira fue entregada al público lector al filo del primer centenario de su nacimiento (1994). A partir de entonces, los estudiosos de su obra vienen realizando nuevas indagaciones y debates. Ciertamente es que *Mariátegui Total* pretendía haber agotado la cantera de sus escritos (epístolas, notas, prólogos, artículos y libros) y superado las deficiencias de la edición de sus obras completas, sus propios descuidos, aunados al develamiento de nuevos escritos de Mariátegui en el curso de los tres últimos lustros, invitan a un nuevo emprendimiento editorial más prolijo e integral. Sin embargo, gracias a la edición de 1994 y a todos los nuevos estudios que propició, se reafirmó un consenso acerca de la obra conocida del pensador peruano al sostener que *7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana* (1928) representa la mejor contribución intelectual de José Carlos Mariátegui y la más polémica. De manera menos unánime, se afirma que dicha obra, representa la mejor expresión del marxismo peruano y latinoamericano frente a una realidad nacional. Compartimos plenamente tal aserto. El contenido del epígrafe extraído de la «Advertencia» redactada por el autor a los lectores de *7 Ensayos...* fue elocuente sobre su tenor crítico y polémico, el «mandato vital» que dio origen a la obra tenía inconfundible sello socialista.

7 Ensayos..., a casi nueve décadas de distancia de la primera edición en vida de su autor, ha gravitado por afinidad, distancia u oposición en el campo intelectual peruano, y más allá de él, convirtiéndose en un clásico de la ensayística peruana, latinoamericana y mundial. Tampoco ha sido ajeno al campo político, habiéndose convertido en soporte de diversas tradiciones de las izquierdas en el Perú, y objeto de ataque por parte de figuras importantes del pensamiento neoconservador como Víctor Andrés Belaúnde, por diversos intelectuales aporistas y por sacerdotes católicos de derecha. Algunas corrientes de la vieja y de la nueva izquierda nacional, han preferido distanciarse por diversas razones y motivos de Mariátegui y de sus *7 Ensayos...* Sin lugar a dudas, se trata de un proceso de parricidio ideológico

y político que merece ser investigado y discutido. Lo que sí es indudable, es que dicha obra sigue gravitando por rechazo, contradicción o simpatía y adhesión parcial o integral, tanto en el campo intelectual y político, más nacional que internacional.

Los *7 ensayos...* dicen en prosa clara, fluida y penetrante la realidad peruana de su tiempo, la que quiso dar cuenta el autor. Mariátegui pensaba que dicha realidad demandaba más ensayos y persistía en su elaboración. Nuestro insigne ensayista tuvo que optar por diferenciar los tiempos de realización y entrega de sus ensayos en función de su público y de las urgencias de su quehacer intelectual y político. *7 Ensayos...* salió con oportunidad y caló hondo con el paso del tiempo, cimbrando el campo intelectual y el campo político. Nosotros, presentaremos algunas entradas acerca del ensayo de interpretación, ciertas aristas de su producción y algunas ideas en torno al símbolo que le dio distintividad al libro.

En la actualidad, otro ciclo conmemorativo —los ochenta años de *7 ensayos...*— nos vienen mostrando en torno a la obra y al autor, otras exigencias, nuevas preguntas y respuestas, valoraciones y descalificaciones propias a los actores que se mueven en el campo intelectual y político, o en ambos. Un texto polémico como el que nos ocupa, lo es por lo que tiene de actualidad y trascendencia en el Perú y más allá de su escenario nacional.

PRIMERA ENTRADA

La ensayística de Mariátegui marcada por la originalidad de su estilo y de sus abordamientos críticos sobre diversos tópicos nacionales y extranjeros, no puede ser disociada de la tradición ensayística peruana y latinoamericana. Recordemos que los primeros ensayos habían sido cribados en el seno de los círculos de criollos ilustrados durante el Siglo de las Luces. Durante la segunda mitad del siglo XIX este género había logrado un nicho en el campo intelectual latinoamericano y por ende, cierta legitimidad.

El ensayo sobrevivió a la moda del monografismo científico de cuño positivista y reafirmó sus fueros en el siglo XX, y fue en ese proceso, que la práctica ensayística de José Carlos Mariátegui dio sus frutos y suscitó nuevas agendas o puntos de vista sobre añejas y complejas problemáticas peruanas, latinoamericanas, orientales y europeas. En lo general, una línea de continuidades y rupturas en la historia del ensayo latinoamericano ha sido motivo de exploración y debate entre los especialistas. Y en su seno, ha tenido cabida el debate en torno a la significación del ensayo en la obra del escritor peruano.¹¹⁴

¹¹⁴ Revueltas, Eugenia, «El ensayo como una forma de acercamiento y develamiento de la realidad», en *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina* de Liliana Irene Weinberg y Ricardo Melgar Bao (editores), México, UNAM, 2000 (Cuadernos de Cuadernos), pp. 31-37.

Los intelectuales latinoamericanos durante las primeras décadas del siglo XX no fueron ajenos a la lectura del género ensayo. Ellos, según sus respectivas preferencias, pudieron encontrar dignos y valiosos ejemplos en las diversas vertientes humanísticas (literatura, filosofía, política, antropología, sociología e historia), así como en las canteras de las denominadas ciencias exactas y experimentales. Mariátegui y algunos de sus coetáneos cultivaron con interés la lectura y la escritura del ensayo. Género cuyo cuidado por la forma le confiere especial atractivo a la presentación de sus preguntas, ideas y tramas argumentales acerca de los temas e inquietudes propias del tiempo y la sociedad del autor, sin necesariamente anclarse en el presente como lo prueban, por ejemplo, los ensayos de índole histórica y utópica. En todo caso, la virtud del ensayo en el terreno intelectual, más allá de la valoración de su cuidadoso estilo, radicó en marchar a contracorriente de las ideas y las prácticas hegemónicas. El ensayo en esta dirección nos ha sugerido por su intencionalidad y trayectoria dos imágenes: las del vuelo de altura para alcanzar o resignificar panorámicas de lo real y las del buceo en las profundidades para develar lo no conocido o intuitivo.

Cultivar el ensayo fue y sigue siendo un modo de aventura intelectual signada por el pensar y escribir con originalidad y consistencia sobre un tópico considerado relevante por el autor. El ensayo ha permitido y permite: explorar desde los márgenes e intersticios lo obvio o ya conocido para mostrarnos rasgos no antes percibidos; calar en honduras y zonas ignotas de los procesos de lo real, para dar cuenta de ellos de otro modo y a veces, trascenderlos. La pasión explícita de Mariátegui por el viaje, la aventura y la vida heroica, además de mostrar los signos espirituales de la modernidad, eran compatibles con el espíritu que subyacía y modelaba al ensayista y su obra. Mariátegui, tras su adhesión al marxismo encontró en el ensayo una vía interpretativa de primer orden. En enero de 1927, nuestro autor se encontraba en vísperas de terminar la redacción de su ensayo sobre la literatura, y aunque siempre le faltaba un buen trecho por recorrer para culminar la obra, no perdió la ocasión para criticar a la adhesión formal al marxismo y el modo de pensarlo en abstracto, con motivo de su mensaje al movimiento obrero, así afirmó:

El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo, comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades. Por eso, después de más

de medio siglo de lucha, su fuerza se exhibe cada vez más acrecentada.¹¹⁵

El ensayo en la obra de Mariátegui poseía tres rasgos adicionales: la superación de la crónica de ideas, la asignación de un lugar central a la contradicción y el develamiento histórico del fenómeno o problemática estudiada. Cada uno de los ensayos de Mariátegui se construyó como negación y alternativa a ciertas ideas y creencias, acrecentando su tenor polémico. En 1928, frente a la cuestión boliviano-paraguaya nos brindó un ensayo de interpretación, dejando explícita su concepción del género:

Mis opiniones, sobre la cuestión boliviano-paraguaya, en general, no se avienen sin duda con los términos diplomáticos de los comunicados oficiales de Bolivia ni del Paraguay: me situó, ante éste como ante cualquier otro acontecimiento internacional, en un terreno de interpretación, no de crónica. Indago, quizá, con alguna audacia, por razones de temperamento y de doctrina, lo sustancial, diversa y opuestamente a la diplomacia, que tiene que contentarse con lo formal.¹¹⁶

Todo parece indicar que el ensayo fue considerado por Mariátegui como una estación deseable, dúctil y provisoria del trabajo intelectual, significativamente asociada a su función polémica sobre los temas abordados. El marxismo como coordenada de la interpretación mariateguiana, no cayó en la tentación de la fragmentación disciplinaria como lo podían sugerir las siete temáticas y problemáticas abordadas. Los vasos comunicantes con que Mariátegui nutrió la escritura de cada uno de sus ensayos de interpretación y de toda su obra, significaron una malla unitaria de relaciones.¹¹⁷ El modo mariateguiano de vincular lo económico, lo social, lo racial, lo educativo, político y religioso refrendaron su originalidad y capacidad de penetración en las diversas esferas de lo existente. Se equivocan quienes proyectan sus matrices monodisciplinarias para estudiar y comentar los ensayos mariateguianos que consideran dentro de sus fueros disciplinarios.

¹¹⁵ Mariátegui, José Carlos, «Mensaje al Congreso Obrero», *Amauta* (Lima), núm. 5, enero de 1927, incluido en *Ideología y Política*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1987, pp. 111-112.

¹¹⁶ Mariátegui, José Carlos, «América Latina y la disputa boliviano-paraguaya», *Variedades* (Lima) 29 de diciembre de 1928, reproducido en *Temas de Nuestra América*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1988, p. 34.

¹¹⁷ Scarano, Mónica E., «Los *Siete Ensayos* de José Carlos Mariátegui: La forma de la Interpretación», en Weinberg, Liliana y Melgar Bao, Ricardo (editores), *Ob.cit.*, pp.17-30.

Nuestro ensayista al valorar la intencionalidad de su esfuerzo afirmó: «Toda esta labor no es sino una contribución a la crítica socialista de los problemas y de la historia del Perú.»¹¹⁸ Preguntémosnos: ¿qué sentido tenía tal contribución para el autor en 1928? Mariátegui cerró su advertencia preliminar, reivindicando su opción a favor de politizar su obra, a articularla a su proyecto político revolucionario. No vemos otra manera de entender el afán reiterativo y de mayor contundencia de las siguientes palabras:

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesional y del espíritu universitario.¹¹⁹

Discutir desde la perspectiva socialista e investigar bajo la guía del marxismo, según nuestro ensayista, eran dos prácticas eslabonadas entre sí. Las reflexiones de nuestro pensador acerca de la construcción teórica parecen converger con otra preocupación suya, la de forjar algunos libros orgánicos derivados del desarrollo de sus propios ensayos. En su nota de advertencia a su libro afirmó:

Volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mi investigación y mi polémica. Tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado.¹²⁰

En otras palabras, para Mariátegui cada uno de sus ensayos refrendaba su adhesión al marxismo como base interpretativa de la problemática abordada. El carácter de «contribución socialista» de su obra, remarcaba su preferencia por un público potencialmente afín, independientemente de que hubiese otros tipos de lectores. El vocablo método apareció en su obra en dos acepciones: la primera en su sentido laxo y popular de modo de hacer, y la segunda como «métodos de investigación»¹²¹ o «métodos didácticos» o «pedagógicos». Mariátegui muchas veces usó el término concepto en el sentido genérico de juicio u opinión, práctica aceptada en la lengua castellana. En algunas ocasiones, el concepto operó como un término propio de alguna teoría literaria, sociológica o económica susceptible de validación. Los conceptos que usó nuestro ensayista en sus 7 ensayos con fines explicativos tienen una deuda visible con la tradición teórica marxista cribada en Europa a lo largo de 8

¹¹⁸ Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*, Lima, Empresa Editora Amauta, 2005, p. 13.

¹¹⁹ Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 12.

¹²⁰ *Ibid.* p. 12.

¹²¹ *Ibid.*, p. 80.

décadas, si consideramos al *Manifiesto Comunista* (1848) como un hito constitutivo. Sin embargo, el pensador peruano tomó prestados otros conceptos extraídos de obras de autores no marxistas, los que creyó necesarios para darle soltura a su lógica interpretativa frente a una realidad, frente a una problemática dada. La crítica que hizo al pensamiento de Manuel González Prada fijó una frontera cognitiva y axiológica entre la retórica de la imagen y la del concepto que deben presidir o no en los ensayos de interpretación.¹²²

Mariátegui no aplicó el marxismo a la realidad peruana, esa figura de opaca del formalismo deductivista y la exterioridad mecanicista del «pensar en abstracto», sino que lo fue reelaborando y desarrollando en el análisis concreto del proceso estudiado.¹²³ Nuestro autor reconocía la existencia de «varias teorías marxistas» en su época, las cuales comenzaban a interesar a los estudiantes universitarios vinculados al movimiento de reforma universitaria. No es difícil advertir en estos pasajes de *7 Ensayos...* una cierta distancia frente a las lecturas y usos marxistas de Haya y de otros líderes estudiantiles de su tiempo. Recordemos que Haya en sus dos obras aurales: *Por la Emancipación de América Latina* (1927) y *El Antiimperialismo y el Apra* (1928), prefirió una lectura más continental que nacional.¹²⁴

Frente al teorismo marxista diletante, Mariátegui siguió el camino firme y terrenal de configurar lo «concreto del pensamiento» vía el develamiento de lo real fenoménico o concreto sensible. Y si ello, suponía distanciarse del marxismo vulgar y deductivista, nuestro autor no dudó en

¹²² «En los discursos, en los ensayos que componen estos libros, González Prada no trata de definir la realidad peruana en un lenguaje de estadista o de sociólogo. No quiere sino sugerirla en un lenguaje de literato. No concreta su pensamiento en proposiciones ni en conceptos. Lo esboza en frases de gran vigor panfletario y retórico, pero de poco valor práctico y científico». Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, pp. 258-259.

¹²³ «El verdadero marxismo excluye por principio el procedimiento del “pensar en abstracto” porque sólo puede medirse en forma fructífera con la realidad: 1) si es capaz de no separar el juicio sobre un fenómeno histórico del proceso de su formación; 2) si en el examen de dicho proceso no convierte a una de sus características en un elemento tal que le permita suprimir todas las otras. Siempre es útil recordar las observaciones que hace Lenin respecto del estilo de pensamiento en abstracto en su polémica contra Bujarin y Trotsky acerca del papel de los sindicatos», Aricó, José, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Siglo XXI (Cuadernos de Pasado y Presente núm. 60), 1980, p. XXI.

¹²⁴ La reescritura del *Antiimperialismo y el Apra* para la primera edición chilena de 1936 ha sido abordada en: Melgar Bao, Ricardo, *Redes e imaginario del exilio latinoamericano en México 1934-1940*, Buenos Aires, Libros en red, 1993, (Colección Insumisos Latinoamericanos).

decirlo.¹²⁵ Pero también se cuidó de las telarañas legadas por el positivismo y su culto al dato empírico. Al respecto, Mariátegui había redactado en lo fundamental sus ensayos sobre la evolución económica y regionalismo y centralismo, encontrándose abocado a retomar el dedicado a la literatura nacional.¹²⁶ Bajo tales circunstancias resultó valiosa su postura crítica de investigador y ensayista frente al dato en cuanto tal: «...el dato no es sino dato. Yo no me fío demasiado del dato. Lo empleo como material. Me esfuerzo por llegar a la interpretación».¹²⁷

Una lectura atenta del ensayo sobre la literatura, motivo de la distancia, nos permite apreciar la densidad interpretativa, el develamiento de los complejos nexos e interacciones entre la economía, los intereses de clase y las corrientes literarias nacionales y extranjeras. Descubrir y esclarecer el problema indígena tras sus apariencias y los discursos que se constituyen sobre ellas, le permitió, afirmar su interpretación como crítica y alternativa.¹²⁸ Camino análogo siguió en sus demás ensayos, así por ejemplo, frente a la cuestión educativa puso cable a tierra en su sentido figurado y real.¹²⁹ En su ensayo sobre la literatura peruana, advirtió a sus lectores, que

¹²⁵ «Y no intentaré sistematizar este estudio conforme la clasificación marxista en literatura feudal o aristocrática, burguesa y proletaria. Para no agravar la impresión de que mi alegato está organizado según un esquema político o clasista y conformarlo más bien a un sistema de crítica e historia artística, puedo construirlo con otro andamiaje, sin que esto implique otra cosa que un método de explicación y ordenación, y por ningún motivo una teoría que prejuzgue e inspire la interpretación de obras y autores», Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 239.

¹²⁶ Véase: Anexo 1. Guía cronológica de artículos de Mariátegui publicados en *Mundial* 1924-1928, incluidos en *7 Ensayos...*

¹²⁷ «Una encuesta a José Carlos Mariátegui», *Mundial* (Lima) 23 de julio de 1926), reproducida en Mariátegui, José Carlos, *La Novela y la Vida*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1956, p. 156.

¹²⁸ Todas las tesis sobre el problema indígena, que ignoran o eluden a éste como problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos —y a veces sólo verbales—, condenados a un absoluto descrédito. No las salva a algunas su buena fe. Prácticamente, todas no han servido sino para ocultar o desfigurar la realidad del problema. La crítica socialista lo descubre y esclarece, porque busca sus causas en la economía del país y no en su mecanismo administrativo, jurídico o eclesiástico, ni en su dualidad o pluralidad de razas, ni en sus condiciones culturales y morales. La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo, mientras subsista la feudalidad de los «gamonales». Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 35.

¹²⁹ «La experiencia enseña que, en este terreno, [el problema de la educación, RMB] con desdeñosa prescindencia de los factores de la realidad y de la historia,

abstracciones tales como *literatura nacional* o *nación* no se bastan a sí mismas para dar cuenta de proceso formativo y de desarrollo de la literatura peruana.¹³⁰ El concepto de región abordado en su ensayo sobre regionalismo y centralismo, más allá de sus rasgos geográficos merece ser revisitado y discutido, por su fuerza heurística y mediadora en el análisis de la formación de la nacionalidad y de la nación.¹³¹

SEGUNDA ENTRADA

José Carlos Mariátegui, a sus 34 años de edad, nos legó la primera obra clásica del marxismo latinoamericano en torno a cuestiones inquietantes del Perú. En la actualidad, este libro sigue suscitando nuevas lecturas y debates sobre tópicos culturales, históricos y políticos en Estados Unidos, China, Japón, Rusia y en diversos países europeos. No es casual que hasta la fecha sumen más de treinta las ediciones internacionales de *Siete ensayos...*, sin contar las más de 70 publicadas en Perú:¹³² Argentina (2005, 2014), Brasil (1975), Chile (1955), Cuba (1963, 1969, 1975), Colombia (1995), México (1969, 1979, 1988, 2002, 2007, 2014, 2015), Uruguay (1970) y Venezuela (1979, 2007).¹³³ Repárese en un hecho relevante para una obra marxista, haber logrado diecinueve ediciones impresas poscaída del socialismo real: catorce ediciones en el Perú, tres en países latinoamericanos (Colombia, México y Venezuela), una en Europa (Grecia) y otra en Oceanía (Australia). A todo ello debemos sumar varias ediciones electrónicas en castellano a las que cualquier usuario puede acceder y bajar de la red. ¿Qué méritos tiene este libro para seguir despertando el interés de las editoriales y comunidades de lectores, dentro y fuera del ciberespacio? ¿Qué virtudes condensaron los 7 *Ensayos...* que devinieron en prismas de abordaje de tópicos nacionales o de la propia naturaleza del ensayo de interpretación? No hemos de conjeturar al respecto, únicamente destacaremos el hecho de que la presencia de Mariátegui y su obra no se agotó con la crisis del

es imposible no sólo resolverlo sino conocerlo», Mariátegui, José Carlos, 7 *Ensayos...*, p. 156.

¹³⁰ «En la historiografía literaria, el concepto de literatura nacional del mismo modo que no es intemporal, tampoco es demasiado concreto. No traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización, no aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos (La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable)», Mariátegui, José Carlos, 7 *Ensayos...*, p. 235.

¹³¹ «Una región no nace del Estatuto político de un Estado. Su biología es más complicada. La región tiene generalmente raíces más antiguas que la nación misma. (...) En España y en Italia las regiones se diferencian netamente por la tradición, el carácter, la gente y hasta la lengua», Mariátegui, *Ob. cit.*, pp. 176-177.

¹³² Véase: Anexo 2. Ediciones peruanas de 7 *Ensayos...*

¹³³ Véase: Anexo 3. Ediciones internacionales de 7 *Ensayos...*

socialismo real y del marxismo institucional, ni con las críticas a los discursos de la modernidad. Sería ingenuo suscribir la creencia transmitida por la pedagogía militante y la historia tradición de que todas sus ideas siguen vigentes, obviando la propia advertencia de Mariátegui de que sus escritos se encontraban en constante proceso de revisión y desarrollo. Separar la paja del grano tiene su marca temporal. Leemos y valoramos desde nuestro tiempo, como otros lo hicieron desde el suyo y a partir de allí, cabe la posibilidad de convergencias, afinidades, discensos y rupturas.

La intelectualidad latinoamericana sigue reconociendo el carácter renovador de la ensayística de Mariátegui frente al complejo proceso de afirmación nacional. Cada uno de sus ensayos de interpretación, siguiendo el método dialéctico, ha dotado de visibilidad a los límites de ideológicos y políticos de sus oponentes; al mismo tiempo, que daba cuenta de los rasgos de cada problema estudiado en su decurso histórico, sin olvidarse de señalar tanto sus respectivas líneas de continuidad como sus fracturas, llámense económicas, sociales, políticas, educativas, religiosas y literarias.

Esta obra magistral del intelectual peruano nos permite apreciar que la ruta seguida por él durante su investigación de los siete problemas peruanos fue diferenciada de su método de exposición de resultados. Un cotejamiento rápido del índice de 7 *ensayos* con la relación de artículos publicados en la revista *Mundial* permitirá apreciar los contrastes. En orden cronológico la investigación y la escritura de la obra siguieron una ruta no lineal, los dos primeros artículos publicados correspondieron a fragmentos del ensayo sobre la literatura nacional (9 de diciembre de 1924 y 2 de octubre de 1925), al que debemos sumar un artículo dedicado a la cuestión indígena (25 de septiembre de 1925). Le siguieron en orden de publicación: cinco artículos dedicados a regionalismo y centralismo (16 de octubre al 18 de diciembre de 1925), cuatro dedicados al esquema de evolución económica (15 de enero al 5 de febrero de 1926), tres dedicados a regionalismo y centralismo (12 al 26 de febrero de 1926), 17 dedicados a la literatura nacional (12 de marzo al 13 de septiembre de 1926), 7 dedicados a la instrucción pública (10 de septiembre al 3 de diciembre de 1926), 3 a la literatura nacional (21 de enero al 4 de febrero de 1927), 14 al problema de la tierra (18 de marzo al 4 de junio de 1927), 6 a la instrucción pública (8 de agosto al 30 de septiembre de 1927), 8 al factor religioso (9 de diciembre de 1927 al 27 de enero de 1928), 2 a la literatura nacional (6 al 14 de julio de 1928) y 2 a la instrucción pública (14 y 17 de septiembre de 1928). Hacemos notar que, con la excepción del ensayo dedicado a la cuestión de la tierra, todos los demás mostraron ciertas discontinuidades en su desarrollo. Nos eximiremos de comentarlas por razones de economía tanto textual como de tiempo.

En el libro hay una valiosa propuesta de autonomía conceptual. Destacaron igualmente sus distancias frente a la celebración del mestizaje y del romanticismo indigenista e indianista en boga. Por el contrario, nuestro pensador apostó a favor de que los diversos sujetos culturales se

reconocieran en la tradición nacional y en un nuevo y compartido proyecto de nación, aunque se le puede reclamar la ausencia de visibilidad y reconocimiento a los aportes a la tradición nacional legados por los migrantes africanos y asiáticos y sus descendientes.¹³⁴ El énfasis descolonizador en cada uno de sus ensayos tiene aristas epistémicas, políticos y culturales, recordemos nuevamente la actualidad innovadora del concepto de región para debatir acerca de la actual crisis del estado-nación.

Hay en esta obra un esfuerzo por proponer al *Ensayo de interpretación* como una práctica intelectual deseable que no clausurase lecturas, que impulsase nuevas búsquedas, reescrituras, reactualizaciones y debates sobre los grandes temas nacionales. En septiembre de 1924, como perspicazmente lo señaló Ramón García, Mariátegui nombró por primera vez al ensayo de interpretación en la revista *Claridad*, no para caracterizar a un texto suyo, sino para presentar el escrito por su compañero César Falcón, intitulado «La Familia Peruana».¹³⁵ Nuestro ensayista, durante los meses noviembre y diciembre de 1924, dio muestras visibles de estar afinando un proyecto de libro. En carta fechada el 18 de noviembre de 1924, nuestro intelectual le informaba a Ricardo Vegas García (1897-1956) la idea de escribir un libro sobre el Perú, al mismo tiempo, revelaba la confianza y autoridad intelectual que le confería al entonces director de la revista *Variedades*, para resolver lo referente a la selección y consulta de fuentes de calidad:

Pienso escribir un libro de crítica social y política sobre el Perú. Necesito con este motivo, apertrecharme de material histórico, leer lo que no he leído y releer lo que ya he leído, no porque me proponga hacer una obra de documentación y bibliografía, sino porque no quiero ninguna injusticia al realizar crítica de crítica. Le agradeceré cualquier libro que a su juicio puede serme útil.

El tenor de la carta indicaba que el intelectual socialista no andaba muy interesado en escribir un tratado o estudio monográfico sobre el Perú, sino una obra crítica sobre asuntos sociales y políticos, aunque sin aclarar el género de la misma. La crisis de salud que le costó una amputación de la pierna y afectó su vida, su trabajo intelectual y por ende su proyecto de libro dilató sus planes. Los primeros días de junio de 1925, en una

¹³⁴ Para analizar el proceso de desarrollo de Mariátegui en torno a la cuestión afro, Véase: Melgar Bao, Ricardo, «Rearmando la memoria: el primer debate socialista acerca de nuestros afroamericanos», *Humania del Sur* (Venezuela), núm. 3, julio-diciembre de 2007, pp. 145-166; Melgar Bao, Ricardo y González Martínez, José Luis, *Los combates por la identidad. Resistencia cultural afroperuana*, México, Dabar, 2007, pp. 167 y ss.

¹³⁵ García R., Ramón, «7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana», (07 de octubre de 1988), reproducido en foro centenario.

http://es.groups.yahoo.com/group/foro_centenario/

circunstanciada entrevista realizada por Ricardo Vegas para su revista, Mariátegui manifestó lo siguiente: «...revisó y perfecciono el plan de un libro sobre el Perú y que me propongo escribir muy pronto».¹³⁶

Cada uno de los *Siete Ensayos...*, y la obra en su conjunto, fue marcada por una legítima y muy contemporánea vindicación del pathos escritural. La fría racionalidad letrada no garantizaba más objetividad que la que articulaba razón y sentimiento. Y el asunto no era menor tratándose de un intelectual marxista que marchaba con su ensayística a contracorriente del esquematismo y determinismo reinantes.

Algunos lectores se preguntarán, ¿por qué siete ensayos? Feliz coincidencia con la fuerza simbólica del número cabalístico, útil para signar el desciframiento de los males e incógnitas del Perú. Sin embargo, no hubo motivación esotérica en el autor-editor, sino una razón profana y convincente acerca del número de ensayos de conformidad con una respetuosa economía textual. Recordemos que en 1927 había rotulado tentativamente su obra como *Diez Ensayos...* A mediados de 1928 la producción ensayística concluida debería probar su viabilidad editorial frente a su deseado público. Mariátegui confesó que le parecía ya excesivo el volumen como para incluir su octavo ensayo sobre ideología y política socialista; de los demás no dijo nada explícitamente, quizás porque no pudieron ir por falta de oportunidad y tiempo, más allá de los límites de las crónicas culturales, de las crónicas de ideas que había ya redactado o venía revisando. Sus rastros habrá que recuperarlos en las principales secciones desde donde gustaba abordar las cuestiones peruanas.

El octavo ensayo, el de mayor espesor político construido con vistas al futuro, simplemente desapareció. A la fecha no se sabe si su extravío tuvo que ver con la acción sectaria y depredadora de los cuadros de la Internacional Comunista que atendieron a la sección peruana frente a una pieza creadora del marxismo latinoamericano, o quizás a un extravío involuntario o intencional de uno o más de los colaboradores de Mariátegui.¹³⁷

Al valorar los *Siete Ensayos...* se omite con frecuencia que Mariátegui era editor y que su primera experiencia laboral como operario en una imprenta capitalina le permitió ingresar a las filas del periodismo. Y decimos esto porque uno se deleita con la materialidad de 7 *ensayos...* pulcramente impreso bajo su dirección, con una atractiva portada que ha devenido con el paso de los años en figura simbólica. La portada, al suscitar en sus lectores el primer estímulo de aproximación al libro merece unas líneas.

¹³⁶ «¿Qué prepara Ud.?»; *Varietades* (Lima) 6 de junio de 1928, incluida en *La Novela y la Vida* de José Carlos Mariátegui, Lima, Empresa Editora Amauta, 1959, p. 146.

¹³⁷ Melgar Bao, Ricardo, «La Tercera Internacional y Mariátegui», *Nuestra América* (México), núm. 2, UNAM, mayo de 1980, pp. 47-78.

La vistosa carátula ha presidido las cuarenta ediciones de *7 ensayos...* a cargo de la familia Mariátegui. Un umbral abstracto de tonos nativistas simboliza la obra gracias a la pintora Julia Codesido. La imagen dominante hace coincidir el título del libro con la figura trapezoidal tan fuertemente anclada en la iconografía y en la arquitectura incaica, así como en el propio imaginario andino. Figura signada por la densa grafía de color que imita la traza manuscrita e ilumina un fondo negro. Es el ensayo de interpretación que opera simbólicamente como limen entre el presente y el pasado milenario. El recuadro cromático (café, negro, naranja y blanco) desplegado en grecas quebradas sugiere un textil andino, es decir, una marca de autoctonía etnocultural. La metonimia del textil andino representa a su creador y su tradición. Densa peruanidad se expresó en la exitosa composición de Julia Codesido.

La entrada a la obra asume la figura de una clara y necesaria *Advertencia* al lector. En ella encontramos algo más de lo que ya comentábamos al inicio de este texto, una carga moral que orillaba al autor a transparentar el propósito de su libro, así como a develar su posición como un intelectual «*lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario*». Su obra ensayística fue caracterizada sin ambigüedades por el mismo autor como una «*contribución a la crítica socialista de los problemas y la historia del Perú*».

La crítica ha objetado aspectos particulares de la historia, la economía, la religión, la educación y la literatura, tratados en esta obra del pensador y ensayista peruano. La crítica sobre *7 Ensayos...* ha seguido un curso sinuoso y complejo, entre las generadas por posturas ideológicas adversas y aquellas cuyas fuentes de inspiración se afincan en posturas disciplinarias y teóricas no compatibles con las categorías y matrices interpretativas y argumentales de Mariátegui. Por otro lado, todavía no existe un inventario de las «defensas» de tal obra y de su autor, y menos un balance crítico de las mismas. Las defensas de *7 Ensayos* y del autor deben decantarse.

Defender cerradamente a *7 Ensayos...* traicionaría el legado de Mariátegui, su concepción del marxismo, su método de investigación y de exposición. Defender todas y cada una de las afirmaciones de Mariátegui iría en contra del carácter mismo del género que sirvió de asidero para formular sus interrogantes, proponer sus categorías y ejercicios analíticos, así como sus balances o conclusiones provisorias. La defensa de *7 ensayos...* radica en valorar el marxismo como matriz interpretativa de la problemática estudiada y su compromiso a favor de una resolución afín a los intereses de las clases y grupos etnoculturales subalternos. Defender el legado de *7 ensayos* implica: asumir la invitación a continuar viejas y nuevas líneas de investigación reflexiva y comprometida, así como a valorar las virtudes del ensayo como instrumento bifronte, de investigación y de exposición, sin negar las ventajas de otras opciones investigadas como las desarrolladas por Carlos

Marx. Agregaremos algo más, el método de exposición en Mariátegui tiene su dimensión estética, su indiscutible calidad literaria.

Unos señalamientos intencionales y fundados pueden ser explicados en función del autor, los límites del ensayo ajeno a las señas académicas de la erudición, así como a los moldes del monografismo cultivado por las ciencias sociales. Otras críticas han obviado lo inocultable, la inaccesibilidad o extrema dificultad para los intelectuales de acceder a ciertas fuentes de información coyuntural o histórica. Todo escritor y toda obra dicen su tiempo y su sociedad, incluidos sus propios condicionantes. El lugar y el modo de la enunciación intelectual expresan un sentido histórico, cultural y político que merece ser revisitado por los estudiosos.

El mirador académico muchas veces ha pecado de anacronismo en su manera de leer y criticar las obras extraacadémicas. Los exponentes del medio universitario han olvidado con cierta frecuencia que el campo intelectual en el Perú de 1928 expresaba por un lado la crisis de la cultura y el saber oligárquicos, y por el otro, los avatares de su fase formativa. Por último, ciertos críticos han omitido el hecho de que muchos de los mejores logros intelectuales y expresiones vanguardistas asumieron en dicho periodo un sello extra universitario, y a veces, anti-universitario.

La selectividad y arbitrariedad de cierto tipo de estudios que no corresponden únicamente a los de corte ensayístico puede ser controversial, no por lo que deja fuera o incluye, sino por los criterios y razones que la fundan. Confundir lo primero con lo segundo, es perder la perspectiva entre la minucia y el rigor en el ejercicio crítico. El propio carácter selectivo de su obra con su inocultable cuota de arbitrariedad puede ser discutido, no usado como argumento para descalificarla por lo que dejó fuera o incluye en sus ensayos sobre literatura e instrucción pública.

Mariátegui distinguió los que algunos de sus críticos olvidan, un ensayo nunca será equivalente a un tratado, tampoco será equivalente a un inventario de formal erudición al estilo de Luis Alberto Sánchez. Sería más provechoso discutir: la pertinencia del concepto de «valor-signo»; su eje interpretativo en torno a la dialéctica de lo colonial y lo nacional; la intención y su modo de trazar las señas ideológicas de quienes participan de un antagonismo en desarrollo, sin descuidar su articulación clasista y nacional; la legitimidad ideológico-política de proponer un proceso a la literatura o a la instrucción pública. Mariátegui, en su «Balance Provisorio» de la literatura, reiteró el tenor del enfoque que presidía y orientaba su ensayo y sobre el que fundó su muestra, representativa y arbitraria al mismo tiempo:

No he tenido en esta sumarísima revisión de valores-signos el propósito de hacer historia ni crónica. No he tenido siquiera el propósito de hacer crítica, dentro del concepto que limita la crítica al campo de la técnica literaria. Me he propuesto esbozar los lineamientos o los rasgos esenciales de nuestra literatura. He

realizado un ensayo de interpretación de su espíritu; no de revisión de sus valores ni de sus episodios. Mi trabajo pretende ser una teoría o una tesis y no un análisis.

Esto explicará la prescindencia deliberada de algunas obras que, con incontestable derecho a ser citadas y tratadas en la crónica y en la crítica de nuestra literatura, carecen de significación esencial en su proceso mismo.¹³⁸

El asunto de las exclusiones en *7 Ensayos...* ha sido motivo de otros debates de claro signo político, como no los recuerda una mutilación alusiva de una frase alusivamente positiva a Haya de la Torre, nos remite al prejuicio militante de los encargados del «cuidado» de algunas ediciones, no a Mariátegui.¹³⁹ Este asunto es relevante, recuérdese que, en 1928, poco antes de la edición de esta obra se produjo la ruptura de Mariátegui con Haya de la Torre. En *7 Ensayos...* son identificables e importantes dos alusiones explícitas entre otras que sin nombrarlo confrontó algunas de sus ideas políticas. Reseñaremos el contenido de estas dos referencias, dejando para más adelante nuestro comentario sobre un par de alusiones genéricas de tenor crítico y polémico, que pueden ser consideradas como alusivas a Haya y al aprismo.

La primera mención directa de Haya apareció en el ensayo dedicado a la educación, mencionando positivamente su liderazgo en el movimiento universitario y su positivo papel como mensajero de las «juventudes del Sur» en 1922.¹⁴⁰ La segunda mención que hace Mariátegui de Haya de la Torre figuró en el acápite dedicado a la obra de Ricardo Palma en su ensayo sobre la literatura peruana. En ella, nuestro ensayista valoró positivamente el penetrante juicio de Haya sobre la proximidad de Palma a González Prada en su crítica a la colonia, remarcando además su fina apreciación acerca de la sensibilidad de los lectores peruanos, la cual tuvo más aprecio por la sátira del autor de las *Tradiciones Peruanas* que por la diatriba y el latiguillo del autor de *Horas de Lucha*. Además de ello, Mariátegui reivindicó el punto de vista no literario de Haya por la fecundidad de su análisis, para golpear en la misma dirección en que iba cribando su proceso a la literatura, fracturando el monopolio discursivo de los tradicionales críticos literarios por lo que eran incapaces de percibir, olvidándose de interpelar la relación dinámica del autor y su obra con su contexto.¹⁴¹

¹³⁸ Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, pp. 303-304.

¹³⁹ Alberto Tauro aparece como responsable de otro borramiento de Haya de la Torre en el texto de Mariátegui intitulado «Arte, Revolución y decadencia» (1926), durante los años 1959 y 1988 que correspondieron a las 13 ediciones de: *El Artista y la Época*.

¹⁴⁰ Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 121.

¹⁴¹ «No hay nada de extraño ni de insólito en que esta penetrante aclaración del sentido y la filiación de las *Tradiciones* venga de un escritor que jamás ha oficiado

Las réplicas y matices no han faltado y el debate sigue y posiblemente continuará bajo otros términos. Lo que queda claro es que *7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana* ha resistido el vendaval de la crítica fundada o sesgada, ya que la fuerza de los ensayos radica en la fecundidad no sólo del método, sino de sus ideas, así como del género ensayo.

Mariátegui trazó algunos lineamientos para orientar su producción periodística, dotándola de unidad y sentido, dicha práctica la cultivó antes de su viaje a Europa. Nos referimos a las secciones en las que situó sus artículos a partir del año de 1914.

Las secciones propuestas por Mariátegui en los diversos medios gráficos en que colaboró o dirigió, tuvieron diversa suerte, unas fueron más trascendentes que otras porque sirvieron de vehículo progresivo para la generación de sus ensayos. Otras secciones tuvieron vida efímera, no así los artículos que circunstancialmente le dieron vida. Las secciones operaron como nichos legítimos para canalizar las diversas preocupaciones del autor a través de sus crónicas y análisis culturales, históricos, políticos, sociales, económicos y literarios. Y unas y otras secciones expresaron como tales, los modos de aproximación del autor a las expectativas del público lector, pero más que para satisfacer sus gustos, para renovarlos.

Un mapa no exhaustivo sobre la manera en que Mariátegui rotuló y resignificó las secciones ayudaría a entender su estrategia intelectual y periodística: «Del Momento», «Crónicas», «Cuentos de Hoy» (*La Prensa*); «Voces», «Cartas de Italia», «Del Carnet de un peregrino», «De la vida europea», «Aspectos de Europa» (*El Tiempo*). Resulta significativo por ello revisar las series de artículos que congregaron sus secciones: «Motivos polémicos», «ensayos sintéticos», «Tópicos de arte», «Croquis», «Tópicos actuales», «Esbozos críticos», «Temas olvidados», «Temas de Nuestra América» (revista *Mundial*), «Figuras y Aspectos de la vida mundial», incluyendo su legítima apropiación de la sección fundada a mediados de 1925 por Ezequiel Balarezo bajo el pseudónimo de Gastón Roger intitulada «Peruanicemos el Perú». Escribir artículos proveía a Mariátegui de algo más que una opción de trabajo o de vida, toda vez que apostó en diversos momentos a ser editor, modelador de opinión pública nacional, mucho antes de su viaje a Europa. La labor cumplida por nuestro cronista en *La Noche* (1917), *Nuestra Época* (1918), *La Razón* (1919) ha sido destacada por

de crítico literario. Para una interpretación profunda del espíritu de una literatura, la mera erudición literaria no es suficiente. Sirven más la sensibilidad política y la clarividencia histórica. El crítico profesional considera la literatura en sí misma. No percibe sus relaciones con la política, la economía, la vida en su totalidad. De suerte que su investigación no llega al fondo, a la esencia de los fenómenos literarios. Y, por consiguiente, no acierta a definir los oscuros factores de su génesis ni de su subconsciencia», en Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 213.

diversos autores. Y como todo editor y cronista, supo el papel cumplido en toda diagramación periodística, por las secciones frente a su público lector.¹⁴²

Hemos de destacar la relevancia de la sección que Mariátegui bautizó en la revista *Mundial* como «ensayos sintéticos» porque en su pensamiento y obra, le permitieron establecer una distinción que en materia ensayística consideró necesaria. La sección «ensayos sintéticos» únicamente albergó a dos escritos suyos sobre dos tópicos en debate: el primero giró en torno a la moda, y el segundo, acerca del contraste entre la situación del intelectual en tiempos premodernos y modernos. En estos casos, hay un esfuerzo de fundar en la síntesis de lo tratado, una reflexión disidente y polémica.

Mariátegui a fines de 1924 y durante el curso del año de 1925 puso especial atención en la elaboración de ensayos sintéticos y de interpretación desde las páginas de la revista *Mundial*. Y un tercero, que tenía toda la fisonomía de dicho género como acertadamente anotase en su momento Alberto Tauro, nos referimos a «Veinticinco años de sucesos extranjeros»¹⁴³ Ciertamente es que Mariátegui prefirió filiar este texto como una crónica. Los nexos existentes entre las crónicas de ideas y de sucesos por un lado y los ensayos sintéticos y de interpretación por el otro, han sido poco atendidos por los estudiosos de la obra del pensador peruano, no obstante, sus visibles y relevantes mediaciones. Las exigencias de Mariátegui con respecto al ensayo a veces resultan injustas con su propia obra. Recordemos otro caso que, para los lectores y críticos, pondrá en evidencia el desajuste entre el autor y su obra, nos referimos a su primer libro *La Escena Contemporánea* publicado en Lima en 1925. Mariátegui, en la página introductoria, sostuvo que su obra contenía: ...los elementos principales de un bosquejo o ensayo de interpretación de esta época y sus tormentosos problemas que acaso me atreva a intentar en un libro más orgánico.¹⁴⁴

La lectura de cada uno de los siete capítulos que conformaron *La Escena Contemporánea* muestra algo muy distinto a la presencia de un solo ensayo de interpretación o bosquejo acerca de «esta época y sus tormentosos problemas», sugieren la presencia de varios más. La crisis neocolonial de Occidente no había sido resuelta por el desenlace de la primera guerra mundial, siendo acompañada de otros procesos de obsolescencia caros a la democracia, al socialismo reformista, y a la intelectualidad frente a la sociedad y la política. Frente a todo ello,

¹⁴² Carnero Checa, Genaro, *La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1980.

¹⁴³ *Variaciones* (Lima) 6 y 13 de marzo de 1929. Reproducido en *Historia de la Crisis Mundial*, vol.8 de la Colección Obras Completas de José Carlos Mariátegui, Lima, Empresa Editora Amauta, 1959, pp. 175-202.

¹⁴⁴ Mariátegui, José Carlos, *La Escena Contemporánea*, Lima, Empresa editora Amauta, 1985, p. 11.

Mariátegui analizó tendencias y procesos de la posguerra que apuntaban a remodelar el mundo contemporáneo: el desarrollo del fascismo, la Revolución rusa, el movimiento revolucionario en el Oriente, el renacimiento judío y las nuevas expresiones ideológicas y políticas de la intelectualidad. Algunos esbozos de interpretación incluidos en dicha obra fueron más detallados que otros, a manera de ejemplo podemos contrastar el magistral análisis del fascismo italiano frente a la apretada síntesis de la Revolución rusa a través de las reseñas biográficas de tres de sus líderes: Trotsky, Lunatcharsky y Zinoviev. Sorprendentemente quedó fuera Lenin, fallecido un año antes de la publicación del libro. El capítulo concluyó con la presentación crítica de la recepción francesa de la Revolución rusa. Nuestra comparación no pretende descalificar la lectura del experimento bolchevique, sino señalar los propios límites de su desarrollo.

En lo general, tanto en *La Escena Contemporánea* (1925) como en *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1928) sus respectivos capítulos revistieron los trazos propios de los ensayos de interpretación, unos más afinados que otros.

Nuestro autor, en su primer ensayo sintético «La civilización y el cabello»¹⁴⁵, discutió la moda como fenómeno cultural más allá de la indumentaria, es decir, como un signo visible del cuerpo a través del acicalamiento y la valorización del cabello. Esta línea de reflexión acerca de la vida cotidiana fue más visible en diversas crónicas publicadas antes de su viaje a Europa, como la que escribió sobre la procesión del Señor de los Milagros. A su retorno de Europa, nuestro cronista provisto de nuevos elementos teóricos desarrolló nuevas e interesantes entradas sobre algunos procesos rituales cumplidos en fechas anuales extraordinarias como la Navidad y el carnaval. A lo que podríamos sumar un valioso ensayo de interpretación acerca de Chaplin en el que propuso, por un lado, tomar en cuenta la importancia del oro en la mitología burguesa, y por el otro, su interés en desarrollar una teoría del circo. El pensador peruano no desdeñó el análisis de las culturas populares, el cual le permitió comprender el peso de las creencias, los rituales, el humor, la risa y la emocionalidad popular. Su apreciación sobre la obra de Ricardo Palma se inscribió en la misma dirección. Un sagaz y penetrante comentario de Antonio Melis merece ser citado:

El pensador peruano, en una fase histórica en la que se están cerrando progresivamente los canales del debate y de la investigación en el campo marxista, reafirma también con estas «divagaciones» su antidogmatismo coherente. El antiguo Croniqueur, el glosador de las cosas cotidianas, sigue viviendo en forma novedosa en el político marxista de la madurez. Lo estimula a

¹⁴⁵ *Mundial* (Lima), núm. 236, 21 de noviembre de 1924.

trabajar con espíritu crítico para llenar el abismo que tiende a separar la doctrina abstracta de la vida concreta de los hombres.¹⁴⁶

Nuestro ensayista tuvo una fuente de inspiración polémica explícita, nos referimos a uno de los ensayos de análisis cultural de Georg Simmel (1858-1918) acerca de la moda, que había sido traducido del alemán al castellano en 1923.¹⁴⁷ El estudio del ensayista alemán fue en su idioma y tierra natal en 1906 y reimpresso en el año de 1911.¹⁴⁸ El pensador alemán no había pasado desapercibido para algunos intelectuales marxistas europeos como Lukács, considerándolo en una oportuna nota necrológica, como un insigne filósofo impresionista, «un Monet de la filosofía».¹⁴⁹ Mariátegui desde una perspectiva de larga duración criticó la tesis sobre la arbitrariedad de la moda sustentada por el teórico alemán, ofreciendo a cambio una explicación alternativa.

En su segundo ensayo sintético intitulado «El artista y la época»¹⁵⁰ Mariátegui cuestionaba a toda una corriente pasadista y reaccionaria que sostenía que el mecenazgo medieval o renacentista, había dotado a los intelectuales de mayor libertad y mejores condiciones de vida que la brindada por las instituciones de la sociedad contemporánea. Revindicaba en particular el experimento socialista en la URSS para la vida artística e intelectual.

Mariátegui debutó en la sección «Peruanicemos el Perú» a inicios del año 1925.¹⁵¹ Siete meses después, asumió formal y regularmente dicha sección el 11 de septiembre de 1925, publicando una sugerente y oportuna reseña crítica sobre el libro de Luis E Valcárcel, *De la vida incaica*.¹⁵² Gracias a esta sección, Mariátegui iría pergeñando las páginas de sus muy conocidos y polémicos «ensayos de interpretación».

TERCERA ENTRADA

7 *Ensayos...* dejó significativa huella desde el primer año de su recepción continental. Recuerdo el interés del periodista y escritor Genaro Carnero Checa en seguir buscando con acuciosidad datos acerca de la recepción mexicana de la obra de Mariátegui, el título de su proyectado

¹⁴⁶ Melis, Antonio, *Leyendo Mariátegui 1967-1998*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1999, p. 109.

¹⁴⁷ Simmel, J. «Filosofía de la Moda», *Revista de Occidente* (Madrid) núms., 1 y 2, 1923.

¹⁴⁸ Melis, Antonio, *Ob.cit.*, p. 109.

¹⁴⁹ Citado en Lozano, «Jorge, Simmel: la moda, el atractivo formal del límite», <http://www.ucm.es/info/especulo/numero16/simmel.html>, consultado el 5/12/2008.

¹⁵⁰ *Mundial* (Lima), núm. 252, 10 de abril de 1925.

¹⁵¹ *Mundial* (Lima), núm. 291, 8 de enero de 1925.

¹⁵² *Mundial* (Lima), núm. 274, 11 de septiembre de 1925.

libro era *Tras las huellas de Mariátegui* en México. Genaro, entre 1977 y 1978, nos sorprendía cada vez que nos veíamos en su oficina de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) con la información que había conseguido a través de sus amigos mexicanos y de las entrevistas que realizó a personajes políticos e intelectuales tanto de la izquierda comunista y lombardista, como de las filas del Partido Revolucionario Institucional. La lectura de *7 Ensayos...* y de la revista *Amauta* apareció como recurrente en los testimonios recogidos. El sorpresivo agravamiento de la salud de Genaro y su ulterior deceso, frustraron tan loable iniciativa y esfuerzo. En 1977, de manera paralela, aunque convergente, el intelectual argentino José Aricó, exiliado en México venía realizando una valiosa compilación de reseñas críticas sobre *7 ensayos* publicadas en revistas latinoamericanas, fuera de otros textos polémicos que dieron más tarde origen a su valioso y conocido libro. Le aportamos una copia de la reseña elaborada por Esteban Pavletich.

Las búsquedas de Carnero Checa y Aricó, trunca la primera y lograda la segunda, nos develaron, entre otras cosas que *7 ensayos...* había gravitado de manera importante en el campo intelectual latinoamericano sirviendo de espejo o marco de referencia para reflexionar sobre otras problemáticas nacionales. Una relectura de dicha obra nos permitió percatarnos de que en ella existían varias referencias que de manera explícita trascendían los límites de las siete cuestiones peruanas. A los lectores de *7 Ensayos* no les pasaron desapercibidos los pasajes sobre los procesos de la Independencia sudamericana en sus particularidades y ligas con los intereses capitalistas del Imperio Británico,¹⁵³ así como el más actual y polémico para su tiempo, sobre el curso y la trascendencia del movimiento de la Reforma Universitaria en la recepción del marxismo, la solidaridad con el movimiento obrero y la generación de las Universidades Populares a contracorriente de los conservadores programas de extensión

¹⁵³ «Enfocada sobre el plano de la historia mundial, la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalista. El ritmo del fenómeno capitalista tuvo en la elaboración de la independencia una función menos aparente y ostensible, pero sin duda mucho más decisiva y profunda que el eco de la filosofía y la literatura de los enciclopedistas. El Imperio Británico destinado a representar tan genuina y trascendentalmente los intereses de la civilización capitalista, estaba entonces en formación. En Inglaterra, sede del liberalismo y el protestantismo, la industria y la máquina preparaban el porvenir del capitalismo, esto es del fenómeno material del cual aquellos dos fenómenos, político el uno, religioso el otro, aparecen en la historia como la levadura espiritual y filosófica. Por esto le tocó a Inglaterra —con esa clara conciencia de su destino y su misión histórica a que debe su hegemonía en la civilización capitalista—, jugar un papel primario en la Independencia de Sud-América», Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, pp. 17-18.

universitaria.¹⁵⁴ Nuestro ensayista, por comparación, determinó con más consistencia argumental, las características que revistieron dichos procesos en el Perú. Frente a la cuestión del movimiento estudiantil y obrero del 23 de mayo de 1923 contra la entronización del culto oficial al Corazón de Jesús, rectificó sus posturas iniciales de rechazo al movimiento,¹⁵⁵ revalorando en 1928 su real impacto social.¹⁵⁶ Mariátegui al comparar la sinuosa orientación del movimiento estudiantil peruano, frente a la reorientación seguida por su similar argentino, fue muy cáustico en su balance. Veía un lastre ideológico, insinuando acaso su origen, en la impregnación de los mensajes de Haya de la Torre en el destierro, previos y posteriores a la formación del aprismo.¹⁵⁷

¹⁵⁴ Es, en todo caso, un hecho uniformemente observado la formación, al calor de la Reforma, de núcleos de estudiantes que, en estrecha solidaridad con el proletariado, se han entregado a la difusión de avanzadas ideas sociales y al estudio de las teorías marxistas. El surgimiento de las universidades populares, concebidas con un criterio bien diverso del que inspiraba en otros tiempos tímidos tanteos de extensión universitaria, se ha efectuado en toda la América Latina en visible concomitancia con el movimiento estudiantil. De la Universidad han salido, en todos los países latinoamericanos, grupos de estudiosos de economía y sociología que han puesto sus conocimientos al servicio del proletariado, dotando a éste, en algunos países, de una dirección intelectual de que antes había generalmente carecido. Finalmente, los propagandistas y fautores más entusiastas de la unidad política de la América Latina son, en gran parte, los antiguos líderes de la Reforma Universitaria que conservan así su vinculación continental, otro de los signos de la realidad de la «nueva generación». Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 127.

¹⁵⁵ Véase: una explicación de esta rectificación de Mariátegui en: Rouillon, Guillermo, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. Tomo II. La Edad Revolucionaria*, Lima, Viuda del autor e hijos, 1984, pp. 194-197.

¹⁵⁶ «El 23 de Mayo reveló el alcance social e ideológico del acercamiento de las vanguardias estudiantiles a las clases trabajadoras. En esa fecha tuvo su bautizo histórico la nueva generación que, con la colaboración de circunstancias excepcionalmente favorables, entró a jugar un rol en el desarrollo mismo de nuestra historia, elevando su acción del plano de las inquietudes estudiantiles al de las reivindicaciones colectivas o sociales. Este hecho reanimó e impulsó en las aulas las corrientes de revolución universitaria, acarreado el predominio de la tendencia izquierdista en la Federación de Estudiantes, reorganizada poco tiempo después y, sobre todo, en las asambleas estudiantiles que alcanzaron entonces un tono máximo de animación y vivacidad», Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos...*, p. 122.

¹⁵⁷ «Y aunque encabezaba a estas masas una vanguardia singularmente aguerrida y dinámica, sea porque las contingencias de la lucha contra la reacción interna y externa acaparaban demasiado su atención, sea porque su propia conciencia pedagógica no se encontraba todavía bien formada, es lo cierto que no empleó la acción de las asambleas, de ambiente más tumultuario que doctrinal, en reclamar y conseguir mejores métodos. Se contentó, a este respecto, con

Mariátegui supo de las virtudes explicativas de las comparaciones y las analogías, pero supo también de sus límites, por eso fue cuidadoso al presentar matices y particularidades. Siguió las mismas prevenciones cuando analizó problemáticas intranacionales, regionales o locales.¹⁵⁸

Varios ejemplares del libro llegaron a otros países latinoamericanos, gracias a los ocasionales viajeros o al servicio postal. La circulación del libro correspondió en la mayoría de los casos, con las redes de los exiliados peruanos y colaboradores de la revista *Amauta*. Le debemos a Guillermo Rouillon el primer inventario, a José Aricó la primera compilación de reseñas críticas y a Horacio Tarcus, el más exhaustivo análisis y rescate de las fuentes en un solo país, Argentina. La recepción peruana de *7 Ensayos* durante el primer año de circulación del libro acusó desinterés y silencio por parte de la intelectualidad dejándole a nuestro autor un agrio sabor de boca.¹⁵⁹ Muy distinta fue la recepción intelectual en otros países sudamericanos según nos muestran las reseñas compiladas. La mayoría de ellas fueron parciales, toda vez que algunos ensayos cobraron autonomía de lectura y valor frente al resto de la obra.

La recepción de *7 ensayos* nos permite explorar las dificultades de la intelectualidad latinoamericana en su recepción del marxismo, máxime tratándose de una obra que versa sobre una realidad nacional que puede servir de contraste, espejo o prisma, para pensar la propia. La reproducción de las aprehensiones idealistas frente al método marxista, se sentían afectadas por la manera en que Mariátegui tomaba en consideración las determinaciones en primera y última instancia de la economía según los aspectos de la existencia social que se fuesen abordando. Atenderemos en las páginas siguientes, únicamente la recepción argentino-uruguaya de *7 Ensayos*...

Desde el Uruguay, Alberto Zum Felde y Jaime L. Moranza dieron cuenta de sus respectivas apreciaciones de la obra y del autor peruano. Alberto Zum Felde (1890-1976), el escritor uruguayo y director de la revista *La Pluma* de Montevideo, reseñó el libro de Mariátegui. Hemos de destacar

modestos ensayos y gaseosas promesas destinadas a disiparse apenas se adormeciera o relajara en las aulas el espíritu vanguardista», Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos*..., p. 122.

¹⁵⁸ Véase: la cuestión de la Montaña en Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos*..., p. 204 y ss.

¹⁵⁹ El 21 de septiembre de 1929, Mariátegui le escribió al historiador Raúl Porras Barrenechea lo siguiente:

«la indiferencia con que la crítica de Lima ha recibido hasta hoy mis *7 Ensayos*, cuya aparición sólo ha sido reseñada hasta hoy en periódicos o revistas de aquí por atentas notas de Ud., Luis Alberto Sánchez y Armando Herrera, es una razón más para que yo me sienta reconocido a *Mercurio Peruano*», Mariátegui, José Carlos, *Correspondencia Tomo II*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1984, p. 632.

que Zum Felde participó en la primera campaña de ayuda a Mariátegui para trasladarse a residir al Cono Sur, tras la represión de junio de 1927.¹⁶⁰ La mirada de Zum Felde sobre el libro cumbre de Mariátegui mantuvo un tono cálido y elogioso sin dejar de señalar sus propias aprehensiones ideológicas frente al marxismo:

Acaso pudiera reprochársele a Mariátegui ser un doctrinario demasiado cerrado, demasiado absoluto, aplicando un poco dogmáticamente su teoría económica a las realidades peruanas. Pero ello no es óbice para que, en los términos generales y en lo principal, sus ensayos de interpretación de aquella realidad expresen por primera vez, en la historia intelectual del Perú, verdades sustanciales, hasta ahora ocultas tras su verbología de pseudoidealismo burgués... Fuera de nuestro modesto Proceso histórico del Uruguay, no sabemos que en ningún otro país de América Latina se haya escrito un estudio de esta índole, y tan a fondo, y tan completo, sobre la realidad nacional.¹⁶¹

El intelectual gallego Jaime L. Moranza, escribió una reseña de 7 *Ensayos* para la revista de vanguardia uruguaya *La Cruz del Sur*, dirigida por Alberto Lasplaces.¹⁶² Moranza tuvo conocimiento de Mariátegui al iniciarse el canje de la revista *Amauta* por la de *Cruz del Sur*. El primer artículo de Mariátegui leído por Moranza fue «Arte, revolución y decadencia», le mereció el siguiente comentario epistolar:

El artículo que Ud. publica en dicho número es notable, tanto por su forma como por su fondo.
Compartimos en absoluto el concepto que a Ud. le merece el arte de vanguardia y lo felicitamos por el vigor y acierto con que ha tratado el asunto.¹⁶³

Moranza en su reseña destacó el hecho de que Mariátegui no procedía de las canteras universitarias y que, a pesar de ello, «pocos los

¹⁶⁰ «Se trabaja en la iniciativa de celebrar algunos actos intelectuales, como demostración de simpatía y con objeto también de arbitrar recursos, a fin de que pueda venir al Plata el prestigioso escritor peruano Sr. José Carlos Mariátegui» en: «Pro-Mariátegui», *La Pluma* (Montevideo), septiembre de 1928, pp. 157-158, reproducido por Rouillon, Guillermo, *Ob. cit.*, p. 191.

¹⁶¹ Zum Felde, Alberto, «El Perú de Mariátegui», *Labor* (Lima), núm. 7, 21 de febrero de 1928. Reproducido en Arico, José, *Ob. cit.*, pp. 252.

¹⁶² Moranza, Jaime L., «Un nuevo Libro de Mariátegui», *La Cruz del Sur* (Montevideo), núm. 23, mayo 1929, pp. 10-13. Reproducido en: Arico, José, *Ob. cit.*, pp. 244-249.

¹⁶³ Carta de Jaime L. Moranza a José Carlos Mariátegui, Montevideo, 3 de enero de 1927, reproducida en *Mariátegui Total Tomo I*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, p. 1829.

aventajan en preparación intelectual». También subrayó su adhesión ideológica a un «socialismo dinámico, activo, esencialmente revolucionario. En razón de eso, su obra es reflejo de su concepción doctrinaria». ¹⁶⁴ En la lectura de Moranza, reivindica al marxismo por su valor esclarecedor, siguiendo el ejemplo de *7 Ensayos...* así sostuvo:

La doctrina que informa su obra es aplicable a toda la historia de América, sin excluir la del norte: el criterio con que está enfocada la labor crítica, salvo ciertos aspectos peculiares a su país, también. ¹⁶⁵

La reseña de Moranza fue detallista y reflexiva sobre los tres primeros ensayos. Y en varios pasajes, se observa que la obra de Mariátegui fue apreciada por él como prisma y espejo de problemáticas análogas, así, por ejemplo, mencionó que la concepción rentista del terrateniente peruano que Mariátegui analizó y criticó, por extensión ayuda a entender a dicha clase propietaria en el Uruguay. Moranza aclaró que su omisión de los frigoríficos fue por considerarlos una extensión de «consorcios industrial-financieros» del exterior. Este crítico tomó distancia únicamente frente a la lectura que propuso Mariátegui sobre el mito socialista como vehículo de insurgencia y emancipación indígena. ¹⁶⁶

Desde la Argentina la recepción osciló entre la recepción fraternal brindada por Samuel Glusberg y los afanes polémicos del socialista Ramón Doll (1896-1970). Glusberg atendió con cierto cuidado la lectura del ensayo dedicado a la literatura peruana, prescindió de hacer comentarios sobre los otros seis, arguyó que no conocía el Perú. A lo largo de su reseña, glosó las partes que le parecieron relevantes del siglo XX, desde Palma y González Prada como puntos de transición entre la literatura colonial y nacional hasta autores más contemporáneos. Mencionó de pasada a Chocano y Eguren, para prestar más atención al poeta Alberto Hidalgo y la estética del anarquismo. Hidalgo radicaba en Buenos Aires y era por tanto una figura conocida para todo crítico argentino. Remató su reseña elogiosamente al afirmar que «José Carlos Mariátegui, el autor de estos *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en quien nuestra América no tardará en reconocer a uno de sus mejores ensayistas». ¹⁶⁷ Salvo este elogioso y

¹⁶⁴ En: Aricó, José, *Ob. cit.*, p. 244.

¹⁶⁵ *Ibid.*

¹⁶⁶ En los conceptos del libro de Mariátegui que hasta aquí hemos venido glosando, nos parece ver aplicado el método marxista muy exacta y rigurosamente. Hay una parte del libro en que ese rigor desaparece. Más concretamente: hay una parte en el que materialismo dialéctico es suplantado por otra teoría, que, en nuestro concepto, carece de valor revolucionario. Nos referimos a las teorías de los mitos. *Ibid.*, p. 248.

¹⁶⁷ Glusberg, Samuel, «*7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*» por José Carlos Mariátegui», *Vida Literaria* (Buenos Aires), núm. 20, mayo de 1929. Reproducido en: Aricó, José, *Ob. cit.*, pp. 242-244.

profético comentario de Glusberg, la obra fue considerada con exterioridad a las cuestiones argentinas y latinoamericanas.

Ramón Doll quien venía destacando en el medio intelectual y político argentino como un crítico mordaz y todavía militaba en las filas del Partido Socialista que fundase Juan B. Justo, desarrolló la reseña más polémica de *7 Ensayos*. La lectura de Doll está orientada con explícita intencionalidad política. Le interesaba saber y discutir el modo en que Mariátegui diagnostica un problema social y sugería una salida desde el lado de los sectores oprimidos y expoliados, particularmente en el campo. Las fuentes doctrinarias de Doll evidenciaron el peso de la tradición reformista de la II Internacional, con Bernstein afirmó coincidir en la convicción de que la redención del indio no conduce a una solución práctica, fuera de descalificar su condición de potencial sujeto revolucionario. Con Mac Donald recusó la posibilidad de un renacimiento tawantinsuyano que injustamente pareció atribuirle a Mariátegui. Y con Juan B. Justo ofertó a los yanacunas peruanos el camino de la vía parcelaria en aras de crear una clase de pequeños propietarios, independientemente de que su destino bajo conducción burguesa liberal los orillase a su ulterior proletarización. Doll asumió la defensa del programa del socialismo reformista, frente al revolucionario que se desprendía entre líneas de la obra de Mariátegui. Para el peruano resolver el drama de cinco millones de indígenas, era atender el problema de la tierra vía el socialismo revolucionario. El socialista argentino concluyó su balance en los siguientes términos:

...entre un método experimental (Rusia puede en este mismo caso servir de ejemplo, pues fraccionó sus tierras y hoy, recobrando su impulso creador, se esfuerza por socializar esa agricultura, que la misma revolución atomizó) realista, práctico, acompasado al ritmo del comunismo integral, como preconiza Mariátegui, que si bien pretende también inspirarse en una realidad de 5 millones de indios aptos para la producción colectivista, la verdad es que se trata de una hipótesis arrojada, rayana en utopía, que debemos tomar con mucha parsimonia; entre los dos programas —repito— no podríamos vacilar.

Las razones expuestas que he tratado de referir más que al marxismo ortodoxo, al autor mismo, no nos impiden admirar el talento de José Carlos Mariátegui como uno de los mejor dotados de la América nuestra.¹⁶⁸

Por su lado, el profesor y sindicalista argentino Atilio E. Torrasa al reseñar el libro para el vocero de la Internacional Magisterial Americana (IMA), rama continental de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE) liderada por Henri Barbusse desde París, destacó al final

¹⁶⁸ Doll, Ramón, «7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana», *Nosotros* (Buenos Aires), reproducido en Aricó, José, *Ob. cit.*, p. 265.

de sus glosas y comentarios sobre el ensayo de la Instrucción Pública, una comparación que merece ser transcrita:

Compare el lector las tres etapas descritas con el movimiento educacional argentino. Podrían aplicarse aquí las mismas interpretaciones. Lo cual prueba que en toda América existen problemas análogos. Por eso el vigoroso libro de Mariátegui tiene un valor continental. Sus valiosísimos estudios enriquecen la sociología y la economía americanas en las cuales deben basarse, para tener contenido de realidad, todas las orientaciones económicas, sociales y pedagógicas que están modificando la estructura feudal de los países de nuestra raza.¹⁶⁹

CERRANDO LÍNEAS

Si *7 Ensayos* representa el centro de la obra de Mariátegui de 1928, esta compilación prueba que sus otros escritos, fueron algo más que sus márgenes, mucho más que satélites. En su conjunto le permitieron a Mariátegui tejer ideas y procesos que en su simultaneidad o afinidad espejaban el mundo y lo particular, o lo que es lo mismo el Perú y el mundo. El Perú reaparece desde muchas aristas, huellas y movimientos críticos de orientación antioligárquica. Las dos Américas durante su complejo proceso de diferenciación y antagonismo, revelan la convergencia del imperialismo con las fuerzas y clases que solventar el viejo orden y la renuncia a la soberanía nacional y continental. El epistolario da cuenta de muchas realidades nacionales, redes intelectuales y compromisos o desencuentros políticos. Incluso las notas y dedicatorias expresan en su brevedad rasgos y quehaceres efímeros o trascendentes del presente. La crisis de la democracia logra la confluencia de ideas y asertos acerca de sus expresiones políticas, en particular, las que se manifiestan en el centro mismo del Estado. Los catorce artículos agrupados bajo el acápite de *Socialismo* muestran la heterogeneidad ideológica y política de sus agrupaciones partidarias y movimientos, también sus logros, audacias, límites y caídas. Destaca en estos textos el acápite dedicado al campo intelectual con sus diecisiete artículos. Los intelectuales forman parte de un sector que ha cobrado durante la primera posguerra mundial una nueva fisonomía ideológica y estética. Destaca su pluralidad, sus tendencias, aciertos y extravíos. Quedan dibujadas algunas figuras señeras a favor del cambio, la revolución, la creación en sus muchas formas, y otras tantas, que representan su contraparte, la reacción y lo arcaico.

Y en lo que respecta a su obra cumbre sostenemos que: *7 Ensayos...* dice más que una realidad nacional, dice el marxismo, dice el

¹⁶⁹ Torrasa, Atilio, «7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana por José Carlos Mariátegui», *Boletín de la I.M.A.* (Buenos Aires), núm. 6. Reproducido en Arico, José, Ob. cit., pp. 249-251.

socialismo peruano y el indoamericano, dice América Latina, dice la modernidad y la no modernidad. Además de ello, debemos considerar que se trata de una obra en la cual el autor supo tejer relaciones significativas entre la razón, el pathos y el compromiso ideológico.

En la obra, el autor interpretó y recuperó voces que emergieron del seno de las clases y agrupamientos culturales subalternos. En algunos ensayos, constatamos la existencia de atisbos e indicios de un diálogo intercultural, aunque no de plena concordancia.

Es perceptible en *7 Ensayos...* el filo crítico del autor, su vena de polemista, su afán de dar cuenta de siete procesos de la realidad peruana. El autor apostó en su tiempo, a que sus lectores lo acompañasen a la realización de una tarea colectiva, la de procesar, es decir, de juzgar política y moralmente a las clases y élites dominantes. El autor tenía la certeza que inapelables razones históricas asistirían a los juzgadores, al autor y sus lectores, a los afines, sin lugar a dudas. Juzgar a la realidad injusta, a la fractura del desarrollo en todos los órdenes, a la exclusión, a la expoliación y opresión indígena, fue pensada como un modo de repudiar el viejo orden, para lo cual sugería e insinuaba una opción a favor de la transformación de dicha realidad. *7 Ensayos* fue una invitación a los peruanos para decirle adiós al viejo orden, o mejor dicho a despedir en clave socialista a la economía colonial y su superestructura, obviamente, incluía la despedida a sus clases y élites dominantes.

En esta oportunidad, más que realizar una lectura pormenorizada y crítica de cada capítulo del libro, optamos por privilegiar las condiciones y las coordenadas del proceso de producción de *7 ensayos...*, así como de las aristas y condicionantes de su recepción continental, aunque por razones de espacio, tuvimos que particularizarla, remitiéndola a la Argentina y el Uruguay.

Hemos pasado revista y analizado aquellos rasgos que tienen que ver con la obra mayor de José Carlos Mariátegui, con su posicionamiento extrauniversitario, su filia socialista y su adhesión al marxismo. Hemos subrayado la compatibilidad entre el marxismo y el ensayo de interpretación, sin desvincularla de una tradición intelectual de larga data en América Latina. Quedan muchos aspectos por tratar, lo que nos motiva a retornar a esta obra y a escribir lo que ahora quedó sugerido, medianamente abordado u omitido.

**ANEXO I. GUÍA CRONOLÓGICA DE ARTÍCULOS DE MARIÁTEGUI
PUBLICADOS EN *MUNDIAL* 1924-1928, INCLUIDOS EN 7 ENSAYOS**

Año	Esquema de la Evolución Económica	El Problema del Indio	El problema de la Tierra	El proceso de la Instrucción Pública	El Factor Religioso	Regionalismo y Centralismo	El proceso de la Literatura
1924							Abraham Valdelomar y el movimiento Colónida, 9/12
1925		El indio de la República, 25/9				Regionalismo y centralismo, 16/10	"los laureles de Guillén", 2/10
						Regionalismo y gamonalismo, 23/10	
						La región en la República, 30/10	
						(continuación), 13/11	
						(Conclusión) 20/11	
						El estudio de la montaña, 18/12	
1926	La evolución de la economía peruana I, 15/1						
	La evolución de la economía peruana II, 22/1						
	La evolución de la economía peruana III, 29/1						
	La evolución de la economía peruana IV, 5/2					El porvenir de Lima", 12/2	
						Sobre el tema de la capital, 19/2	
						Otras consideraciones sobre el porvenir de Lima, 26/2	
							El proceso de la literatura nacional 12/3
							El proceso de la literatura II, 19/3

							El proceso de la literatura peruana III, 26/3
							El proceso de la literatura peruana IV, 2/4
							El proceso de la literatura peruana V, 9/4
							El proceso de la literatura peruana VI, VII y VIII, 16, 23 y 30/4
							El proceso de la literatura peruana IX, 7/5
							El proceso de la literatura peruana X, 14/5
							El proceso de la literatura peruana XI y XII, 21 y 28/5
							El proceso de la literatura peruana XIII y XIV, 4 y 11/6
							El proceso de la literatura peruana XV y XVI, 18 y 25/6
							El proceso de la literatura peruana XVII, XVIII y XIX, 2,9 y 16/6
							El proceso de la literatura peruana XX y XXI, 23 y 28/7
							El proceso de la literatura peruana XXII, 6/8
							El libro de la <i>Nave Dorada</i> de Alcides Spelucin, 13/8

							La poesía de Magda Portal, 27/8
							La poesía de Magda Portal II, 3/9
				El debate y el proceso de la instrucción pública en el Perú, 10/9			
				El debate y el proceso de la instrucción pública II y III, 17/9 y 29/10			
				El debate y el proceso de la instrucción pública IV 5/11			
				El debate y el proceso de la instrucción pública V 12/11			
				El debate y el proceso de la instrucción pública, 19/11			
				El debate y el proceso de la instrucción pública, 19/11			
				El debate y el proceso de la instrucción pública VIII, 3/12			
1927							El indigenismo en la literatura, 21/1
							El indigenismo en la literatura II, 28/1
							El indigenismo en la literatura nacional III, 4/2
			El problema de la tierra, 18/3				

			El problema de la tierra II, 25/3				
			El problema de la tierra III, 1/4				
			El problema de la tierra IV, 8/4				
			El problema de la tierra V, 15/4				
			El problema de la tierra VI, 22/4				
			El problema de la tierra VII, 29/4				
			El problema de la tierra VIII, 6/5				
			El problema de la tierra IX, 13/5				
			El problema de la tierra X, 20/5				
			El problema de la tierra XI, 27/5				
			El problema de la tierra XII, 3/6				
			El problema de la tierra XIII, 10/6				
			El problema de la tierra XIV, 24/6				
				La reforma universitaria I, 8/7			
				La reforma universitaria II, 15/7			
				La reforma universitaria III, 28/7			
				La reforma universitaria IV, 28/7			
				La reforma universitaria V, 23/9			

				La reforma universitaria VI, 30/9			
						El factor religioso, 9/12	
						El factor religioso II, 16/12	
						(sin título) (El factor religioso), 17/12	
						El factor religioso IV, 20/12	
1928						El factor religioso V, 6/1	
						El factor religioso VI, 13/1	
						El factor religioso VII, 20/1	
						El factor religioso VIII, 27/1	
						Ubicación de Hidalgo, 6/7	
							Introducción al proceso de nuestra Literatura, 14/7
				El proceso y debate de la instrucción pública, 14/9			
				El proceso y debate de la instrucción pública II, 17/9			
	7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana (prefacio), 26/10						

Los artículos publicados por Mariátegui en la revista *Mundial* entre el 9 de diciembre de 1924 y el 17 de septiembre de 1928, fueron corregidos o usados parcialmente para los diversos acápites de sus *7 Ensayos de Interpretación*. Habiendo concluido la redacción íntegra de su libro y encontrándose en proceso de impresión en los talleres Minerva a cargo de la sociedad editora Amauta, fueron publicados cuatro textos que formaban parte del libro. En *Mundial* fueron publicados: «Contribución al planteamiento de la cuestión indígena» (10 y 19 de octubre de 1928) y «Advertencia» (26 de octubre), precedido de una nota propagandística del libro. «Sobre el problema indígena» se publicó en el quincenario *Labor* (10 de noviembre).

ANEXO 2. EDICIONES PERUANAS DE 7 ENSAYOS...

Ed.	Ciudad	Año	Editorial
1ª	Lima	1928	Biblioteca Amauta
2ª	Lima	1944	Biblioteca Amauta
3ª	Lima	1952	Biblioteca Amauta
5ª	Lima	1957	1ª edición popular
6ª	Lima	1958	2ª edición popular
7ª	Lima	1959	Biblioteca Amauta (Colección Obras Completas)
8ª	Lima	1963	3ª edición popular
11ª	Lima	1964	4ª edición popular
12ª	Lima	1965	5ª edición popular
13ª	Lima	1967	6ª edición popular
14ª	Lima	1968	Biblioteca Amauta
16ª	Lima	1969	7ª edición popular
17ª	Lima	1969	8ª edición popular
20ª	Lima	1970	9ª edición popular
22ª	Lima	1971	10ª edición popular
25ª	Lima	1972	11ª edición popular
26ª	Lima	1973	12ª edición popular
29ª	Lima	1974	13ª edición popular
31ª	Lima	1975	14ª edición popular
33ª	Lima	1976	15ª edición popular
35ª	Lima	1977	16ª edición popular
38ª	Lima	1978	17ª edición popular
39ª	Lima	1979	18ª edición popular
40ª	Lima	1980	19ª edición popular
43ª	Lima	1980	20ª edición popular
44ª	Lima	1981	21ª edición popular
45ª	Lima	1982	22ª edición popular
46ª	Lima	1984	23ª edición popular
47ª	Lima	1985	24ª edición popular
48ª	Lima	1986	25ª edición popular
49ª	Lima	1987	26ª edición popular
50ª	Lima	1988	27ª edición popular
55ª	Lima	1989	28ª edición popular
56ª	Lima	1991	29ª edición popular
57ª	Lima	1991	Editorial Horizonte
58ª	Lima	1992	30ª edición popular
60ª	Lima	1994	31ª edición popular
61ª	Lima	1994	Biblioteca Amauta [Mariátegui total]
62ª	Lima	1995	Biblioteca Amauta
63ª	Lima	1996	Edición electrónica
64ª	Lima	1996	32ª edición popular
65ª	Lima	1998	33ª edición popular
66ª	Lima	1999	34ª edición popular
67ª	Lima	1999	35ª edición popular
68ª	Lima	2000	36ª edición popular
69ª	Lima	2001	37ª edición popular
70ª	Lima	2002	38ª edición popular
71ª	Lima	2002	39ª edición popular
73ª	Lima	2006	Diario <i>El Comercio</i>

74ª	Lima	2007	40ª edición popular
75ª	Lima	2008	Biblioteca Amauta [2ª de Mariátegui total]
¿?	Lima	2010	Cantabria
¿?	Lima	2012	Minerva
¿?	Lima	2014	RDC
¿?	Lima	2015	CreaLibros [edición electrónica]
¿?	Lima	2016	Fondo Editorial Cultura Peruana

Fuente: Biblioteca Casa Museo Mariátegui; Biblioteca Nacional del Perú; Biblioteca Ricardo Melgar; www.worldcart.org

ANEXO 3. EDICIONES INTERNACIONALES DE 7 ENSAYOS...

País	Ciudad	Año	Editorial
Chile	Santiago	1955	Universitaria
Cuba	La Habana	1963	Casa de las Américas (1ª edición)
URSS	Moscú	1963	Literatura Extranjera
Francia	París	1968	Francois Maspero (1ª edición)
Cuba	La Habana	1969	Casa de las Américas (2ª edición)
México	Ciudad de México	1969	Solidaridad
Uruguay	Montevideo	1970	Marcha
EEUU	Austin	1971	University of Texas Press (1ª edición)
Italia	Turín	1972	Gulio Binaudi Editore
Cuba	La Habana	1975	Casa de las Américas (3ª edición)
Brasil	Sao Paulo	1975	Editora Alfa-Omega
EEUU	Austin	1975	University of Texas Press (2ª edición)
España	Barcelona	1976	Crítica/Grijalbo
Francia	París	1977	Francois Maspero (2ª edición)
Hungría	Budapest	1977	Editorial Kossuth
Venezuela	Caracas	1979	Biblioteca Ayacucho
México	Ciudad de México	1979	Editorial Bra
Alemania	Berlín	1988	Exodus-Argument Editions
China	Beijing	1988	Editorial Shanwu
Japón	Tokio	1988	Tuge Shobo Publishers
EEUU	Austin	1975	University of Texas Press (3ª edición)
México	Ciudad de México	1988	Bra (2ª edición)
Colombia	Cali	1995	Instituto Cubano del Libro y Universidad del Valle
México	Ciudad de México	2002	Editorial Bra (3ª edición)
Argentina	Buenos Aires	2005	Editorial Gorla
Venezuela	Caracas	2007	Biblioteca Ayacucho (2ª edición)
México	Ciudad de México	2007	Editorial Bra (4ª edición)
Grecia	Atenas	2008	Agas
España	Barcelona	2008	Red-ediciones [edición electrónica]
Argentina	Buenos Aires	2014	Editorial Gorla
México	Ciudad de México	2014	Bra [edición electrónica]
México	Ciudad de México	2015	CONACULTA
EEUU	San Bernardino, Calif.	2016	CS Publish [edición ilustrada]

Fuente: Biblioteca Casa Museo Mariátegui; Biblioteca Nacional del Perú; Biblioteca Ricardo Melgar; www.worldcart.org

Bibliografía

- Álvarez García, Marcos. *Líderes políticos del siglo XX en América Latina*. Chile: LOM Ediciones, 2007.
- Álvarez, Luciano. «Henri de Man y el desencanto». En: *El País* (Uruguay): <http://www.elpais.com.uy/opinion/henri-man-desencanto.html>, consultado el 6 de mayo de 2015.
- Anuario Mariateguiano*, núm. 10. Lima: Empresa Editora Amauta, 1998.
- Antología de cuentos rusos*. Madrid: Akal, 2004.
- Arango Jaramillo, Mario. *Manual de cooperativismo y economía solidaria*. Colombia: Uni-versidad Cooperativa de Colombia, 2005.
- Aricó, José. *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Siglo XXI (Cua-dernos de Pasado y Presente núm. 60), 1980.
- Audi, Robert (Ed.). *Diccionario Akal de Filosofía*. Madrid: Ediciones Akal S.A., 2004.
- Aulard, Alphonse. *Le Christianisme et la révolutions française*. Paris: s.p.i., 1925.
- Azuela, Arturo. *Prisma de Mariano Azuela*. México: Plaza y Valdés, 2002.
- Backhaus, Jürgen G. y Wolfgang Drechsler. *Friedrich Nietzsche, 1844-1900: Economy and Society*. New York: Springer, 2006.
- Barroetaveña, Mariano. *Ideas, política, economía y sociedad en la Argentina: (1880-1955)*. Buenos Aires: Biblos, 2007.
- Basadre, Jorge. *Perú, problema y posibilidad: y otros ensayos*, prólogo de David Sobrevilla. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.
- Bassols Batalla, Narciso. *Marx y Mariátegui*. México: El Caballito, 1985.
- Beigel, Fernanda. *La epopeya de una generación y una revista: las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Benda, Julien. *La trahison des clercs*. Paris: Bernard Grasset, 1927.
- Berg, Walter Bruno y Markus Klaus Schäffauer. *Discursos de oralidad en la literatura rio-platense del siglo XIX al XX*. Tübingen: Narr, 1999.
- Biagini, Hugo y Arturo Roig. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX: Obre-rismo, vanguardia, justicia social, 1930-1960*. Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Blanco Mamani, Elías. *Enciclopedia Gesta de autores de la literatura boliviana*. La Paz: Plu-ral, 2005.
- Borinsky, Alicia. «Una sonrisa premonitora». En: *La Nación*, 27 de febrero de 2002: <http://www.lanacion.com.ar/220231-una-sonrisa-premonitoria>, [consultado 25 de noviembre de 2014].
- Brum, Blanca Luz. *Mi vida: cartas de amor a Siqueiros*. Santiago: Mare Nostrum, 2004.
- Brun, Jean. *Platón y la academia*. México: Cruz O., 2001.
- Bueno, Marta. *Diccionario enciclopédico*. 2000. Colombia: Larousse. 1999.
- Bueno, Salvador. *Cuentos negristas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2003.
- Caldera, Rafael. *Los Causabientes: De Carabobo a Puntofijo*. Libros Marcados, 1999.

- Calderón, Alfonso. *Antología poética de Gabriela Mistral*. Santiago: Editorial Universitaria, 2001.
- Carnero Checa, Genaro. *La acción escrita: José Carlos Mariátegui, periodista; ensayo*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1980.
- Centi, Beatrice. *Antonio Labriola: dalla filosofia di Herbart al materialismo storico: il «ragionevole determinismo» tra etica e psicologia*. Bari: Dedalo, 1984.
- Cornick, Martyn. *Intellectuals in History: The Nouvelle Revue Française under Jean Paulhan, 1925-1940*. Amsterdam: Rodopi, 1995.
- Darwin, Charles. *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. España: Ediciones Ibéricas, 1966.
- Debicki, Andrew Peter. *Antología de la poesía mexicana moderna*. London: Tamesis Books, 1977.
- Díez del Corral, Francisco. *Blaise Pascal: la certeza y la duda*. Madrid: Visión libros, 2008.
- Dunkerley, James. *Rebelión en las Venas*. La Paz: Plural Editores, 2003.
- Enciclopedia universal*. Barcelona: Salvat, 2009.
- Fairweather, Maria. *Madame De Staël*. London: Robinson, 2006.
- Foster, John Bellamy. *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*. Barcelona: Ediciones de Intervención Cultural, 2004.
- Frank, Waldo. *Our America*. New York: Boni & Liveright, 1919.
- Galeote, Manuel. «La recuperación de un escritor andaluz: Cristóbal de Castro». En: *Artes y Letras*, suplemento de cultura de *Ideal*, 22 de octubre de 1994.
- Gallo, Edit. *Prensa política: historia del radicalismo a través de sus publicaciones periódicas (1890-1990)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, 2006.
- Garbín Díaz, Raúl, et., al. (Eds.). *Diccionario biográfico del Perú*. Lima: Escuelas Americanas, 1943.
- García Calderón, Francisco. *Le Pérou contemporain: étude sociale*. Paris: Dujarric, 1907.
- García Costa, Víctor O. «Jacobó Samet, librero y editor, idealista y precursor». En *Elcatoblebas*, núm. 54, agosto 2006, p. 12: <http://www.nodulo.org/ec/2006/n054p12.htm> [consultado 25 de noviembre de 2014].
- García Sánchez, Laura. *Diego Rivera*. Madrid: Susaeta, 2004.
- Garrón de Doryan, Victoria. *Joaquín García Monge*. San José: Universidad Estatal a Distancia, 1989.
- Gobetti, Piero. *La revolución liberal. Ensayo acerca de la lucha política en Italia*. México: FLACSO, 2008.
- Goldemberg, Isaac. *El gran libro de América judía*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998.
- González Cuevas, Pedro Carlos. *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- González Prada, Manuel. *Horas de lucha*. Callao: Tip. Lux, 1924.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*, vol. 2. México: Era, 1999.

- Grimberg, Carl. *Historia Universal Daimon, vol. 6: Descubrimientos y reformas: nuevos horizontes... nuevas perspectivas*. Madrid: Daimon, 1966.
- Guerri, Giordano Bruno. *Giuseppe Bottai, fascista*. Milano: Mondadori, 1996.
- Hansen, Alvin. *Guía de Keynes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Haugen Brenda. *Benito Mussolini. Fascist Italian Dictator*. Minneapolis: Signature Lives, 2007.
- Haya Segovia, Fernando. *Santo Tomás de Aquino: Bachillerato*. Madrid: Editex, 2003.
- Henríquez Ureña de Hlito, Sonia. *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*. Mé-xico: Siglo Veintiuno Editores, 1993.
- Hillers de Luque, Sigfredo. *Doctrinas y regímenes políticos contemporáneos: I / 1. El Socialismo (Socialismo marxista-Socialismo democrático)*. Madrid: Palibrio, 2014.
- Histoire politique de la Révolution française*. Bielefeld: Velhagen & Klasing, 1925.
- Johannet, René. *Eloge du bourgeois français*. Paris: B. Grasset, 1924.
- Kersffeld, Daniel. «Jacobó Hurwitz: semblanza de un revolucionario latinoamericano». En: *Pacarina del Sur* [www.pacarinadelsur.com], núm. 2, enero-marzo del 2010, [consultado el 1 de abril de 2015].
- Kultermann, Udo. *Historia de la historia del arte: el camino de una ciencia*. Madrid: Akal, 1996.
- La Enciclopedia, vols. 20*. Madrid: Salvat, 2004.
- Lachs, John y Robert B. Talisse. *American Philosophy*. Routledge, 2008.
- Lecaros, Fernando. *El joven Basadre*. Lima: Rikchay Perú, 1983.
- Loyo Camacho, Martha Beatriz. *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército Mexicano, 1917-1931*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Luchaire, Julien. *L'Eglise et le seizième siècle d'Alexandre Borgia à Sixte-Quint*. Paris: Pages libres, 1904.
- Luna, Félix. *El Antipersonalismo*. Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, 2004.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta, 1928. Citamos además las siguientes ediciones: Lima: Biblioteca Amauta, 1957; Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1979; Lima: Empresa Editora Amauta, 2005.
- _____. *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. Lima: Amauta, 1950.
- _____. *La novela y la vida: Siegfried y el profesor Canella*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1955.
- _____. *El Artista y la Época*. Lima: Amauta, 1959.
- _____. *Obras completas*. Lima: Amauta, 1959.
- _____. *Temas de Nuestra América*. Lima: Biblioteca Amauta, 1959. Citamos además la edición: Lima: Empresa Editora Amauta, 1970.
- _____. *Defensa del marxismo: polémica revolucionaria*. Lima: Amauta, 1959.
- _____. *Signos y Obras*. Lima: Biblioteca Amauta, 1959.
- _____. *Ideología y política*. Lima: Biblioteca Amauta, 1969.

- _____. *Figuras y aspectos de la vida mundial, II, (1926-1928)*. Lima: Biblioteca Amauta, 1970.
- _____. *Peruanicemos al Perú*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1970.
- _____. *Temas de educación*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1970.
- _____. *Correspondencia (1915-1930)*. Ed. de Antonio Melis. Lima: Empresa Editora Amauta, 1984.
- _____. *La escena contemporánea*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1985.
- _____. *Mariátegui total: 100 años*. 2 tomos. Lima: Empresa Editora Amauta, 1994.
- _____. *La realidad peruana*. Buenos Aires: Tecnicbook Ediciones, 2010.
- Martínez de la Torre, Ricardo. *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*. Lima: Empresa Editora Peruana, 1947.
- Martínez Díaz, Nelson. *Hiopólito Yrigoyen: el radicalismo argentino*. Madrid: Anaya, 1988.
- Marzal, Manuel M. *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Barcelona: Anthropos, 1993.
- Melis, Antonio. *Leyendo Mariátegui, 1967-1998*. Lima: Biblioteca Amauta, 1999.
- Melgar Bao, Ricardo. *Redes e imaginario del exilio latinoamericano en México, 1934-1940*. Buenos Aires: Libros en Red, 2003.
- _____. «Rearmando la memoria: El primer debate socialista acerca de nuestros afroamericanos». En: *Humania del Sur*, núm. 2, enero-junio de 2007, pp. 145-166.
- _____. «La Tercera Internacional y Mariátegui». En: *Nuestra América*, núm. 2, mayo de 1980, pp. 47-78.
- _____ y José Luis González. *Los combates por la identidad. Resistencia cultural afroperuana*. México: Dabar, 2007.
- Méndez Calzada, Enrique. *Las tentaciones de Don Antonio*, estudio preliminar de Liliana L. Guaragno. Buenos Aires: Colihue, 2006.
- Míguez, Roberto Augusto. «Poesía y Filosofía en F. Schlegel: La época de la revista *Athenäum* (1798-1800)», en *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Barcelona: Universidad Complutense de Madrid, 2003.
- Milla Batres, Carlos. *Diccionario histórico y biográfico del Perú, siglos XV-XX*. 9 vols. Lima: Milla Batres, 1986.
- Ojeda Bär, Ana. «Manuel Gleizer: el último de los editores románticos». En: *La Nación*, domingo 02 de abril de 2006: <http://www.lanacion.com.ar/793369-manuel-gleizer-el-ultimo-de-los-editores-romanticos> [consultado 25 de noviembre de 2014].
- Pareto, Vilfredo. *Trattato di sociologia generale*. Firenze: G. Barbèra, 1916.
- Pintura republicana del Perú*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú, 1988.
- Prado y Ugarteche, Javier. *Estado social del Perú durante de la dominación española*. Lima: El Diario Judicial, 1894.
- Prezzolini, Giuseppe. *Fascism*. London: Methuen, 1926.
- Prrollet Camile. «Reflexiones sobre Paul Souday». En: *La gaceta literaria* (Madrid), año III, núm. 64, 15 de agosto de 1929, p. 1.

- Rama, Carlos M. *El anarquismo en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- Ramos, Ángela. *Una vida sin tregua*. Lima: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1990.
- Romero, Emilio y Carlos Contreras. *Historia económica del Perú*. Lima: UNMSM, 2006.
- Rosental, Mark Moiseevich y P. Ludin. *Diccionario filosófico*. Argentina: Ediciones Universo, 1973.
- Rouillon, Guillermo. *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963.
- _____. *La Creación heroica de José Carlos Mariátegui, vol. 2.: La Edad revolucionaria*. Lima: Viuda del autor e hijos, 1984.
- Rovira, José Carlos. «Clemente Althaus y la tradición italiana». En: *Scriptura*, núm. 8-9, 1992, pp. 53-72.
- Sorel, Georges. *Introduction à l'économie moderne*. Paris: M. Rivière, 1922.
- Tamames, Ramón y Xavier Casals. *Miguel Primo de Rivera*. Barcelona: Ediciones B, 2004.
- Tauro del Pino, Alberto. *Diccionario Enciclopédico del Perú*. 4 vols. Lima: Mejía Baca, 1966.
- _____. *Enciclopedia Ilustrada del Perú*. 17 vols. Lima: Peisa, 2001.
- Tello Garust, Guillermo. *Pinturas y pintores del Perú*. Lima: C & C, 1997.
- Tilgher, Adriano. *La scena e la vita: nuovi studi sul teatro contemporaneo*. Roma: Libreria di Scienze e Lettere, 1925.
- Veres, Luis. *La narrativa del indio en la revista Amauta*. Valencia: Universitat de Valencia, 2001.
- Villarán, Manuel Vicente. *Estudios sobre educación nacional*. Lima: Librería-Imprenta Gil, 1922.
- Wanner, Adrian. *Baudelaire in Russia*. University Press of Florida, 1996.
- Weinberg, Liliana y Ricardo Melgar Bao (eds.). *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*. México: UNAM, 2000.
- Zapata, Emiliano. *Decretos*. Barcelona: Linkgua digital, 2010.
- Zubieta Núñez, Filomeno. *Eugenio Garro: vida y legado. Cuentos a la tierra*. Lima: 2014.
- Revista *Amauta*. Núms. 1 - 32, edición en facsímil, Empresa Editora Amauta S.A.

Tiene como propósito publicar trabajos que apunten, en especial, a los estudios del pensamiento, en sus variadas expresiones y sus conexiones con realidades no propiamente eidéticas: redes, institucionalidad, medioambientes intelectuales, circulación de las ideas, entre otras. Aparece luego de años de redificación en el medio suramericano, donde se han articulado personas que constituyen los diversos grupos que cultivan este ámbito disciplinar, y donde convergen especialistas con mayor trayectoria con otros que se inician en estas labores, aunque ya comprometidos en esta dirección con investigaciones y publicaciones.

El público al cual se dirige la Colección está integrado, tanto por especialistas en este ámbito, como por personas interesadas en la vida de las ideas. Algunos de los asuntos que más interesan a la Colección, consisten en la actualización de los estudios de historia intelectual y de las ideas que se han venido produciendo en la región suramericana y en áreas disciplinares variadas: la circulación eidética entre Chile -y Suramérica- el amplio mundo, cuestiones teóricas y metodológicas que contribuyan al desarrollo de este campo disciplinar, poniendo en relieve a quienes han cultivado este campo, reeditando obras clásicas. Sus objetivos pueden sintetizarse así:

- Fortalecer un espacio disciplinar que se constituye, cada vez, con mayor identidad, resultado, entre otras cosas, de polémicas entre tendencias y subespecialidades;
- Ampliar la cobertura de los estudios eidéticos, sin restringirlos a los temas de mayor desarrollo en nuestro medio, sino fomentando encuentros interdisciplinares sin que se pierda que el punto de mira son los estudios de las ideas;
- Ofrecer otra oportunidad para publicar sobre estos asuntos, siendo la voz de una comunidad epistémica;
- Interesar en el estudio de las ideas a jóvenes u otras personas que están buscando caminos posibles de desarrollo académico.

Comité Editor de la Colección: Andrés Kozel, Bernardo Subercaseaux, Carlos Ossandón, Eduardo Devés, Sandra Iturrieta

José Carlos Mariátegui

ORIGINALES E INÉDITOS 1928

Ricardo Melgar Bao
Manuel Pizarra Pasara
[editores]

El título de esta obra *Originales e inéditos 1928*. José Carlos Mariátegui es, en cierta medida, atrevido, por cuanto se considera que las obras completas, es decir, todos los escritos de Mariátegui están publicados, según se tiene conocimiento. Pese a dichas publicaciones, las lecturas de sus fuentes directas (léase, revistas de 1928) prosperaron y tomaron dimensiones para la decisión de compilar los escritos y cotejar con las posteriores publicaciones.

Entendemos por inédito lo no publicado y estaría en contradicción si las obras de Mariátegui hubieran sido publicadas en su totalidad. Pero existe un enigma para los que desean leer y confiar en esa llamada totalidad. No hay nada más inquietante para un acucioso lector que indagar las fuentes directas como si en la indagación se tratara de manuscritos, y estas fuentes, indudablemente, son los primeros escritos de Mariátegui en distintas revistas de su época (consideramos aquí 1928). Y esta edición crítica nos presenta la compilación de los escritos de Mariátegui poco conocidos, digámoslo de alguna manera, como «manuscritos» o «inéditos», porque fueron archivados, y no tuvieron la disposición de su reedición. No nos plantearemos sus razones, sólo dejamos constancia de ello como un acto irresoluto.

